

ISAAC DE LA ESTRELLA

EL
MISTERIO
DE
CRISTO
sermones

PADRES CISTERCIENSES

ISAAC DE LA ESTRELLA

Isaac de la Estrella nació en Inglaterra en los alrededores del año 1100. Su persona e incluso su obra están envueltos, para nosotros, en un cierto misterio. Si bien no podemos saber con seguridad dónde estudió, sus escritos muestran familiaridad con el pensamiento de los maestros que actuaban en París y en Chartres hacia los años 1130: Hugo de San Víctor, Pedro Abelardo, Guillermo de Conches y Thierry de Chartres. Antes de abrazar la vida monástica, Isaac era un escolástico y continuó siéndolo hasta el fin de su vida. Hacia 1140 ingresó probablemente en la gran casa cisterciense de Pontigny, en Auxerre. En 1147 es designado abad de la Estrella, en Poitiers. Fue un enamorado del ideal monástico. En su deseo de vivirlo plenamente, se retiró, con un grupo de monjes, a la isla solitaria de Ré. Murió hacia 1168-1169.

Su obra auténtica no es extensa: dos tratados en forma epistolar y cincuenta y cinco sermones. Sus escritos revelan una mente teológica y poderosa, al par que un estilo denso y altamente personal. Es un teólogo más especulativo que Bernardo de Claraval, aunque no posee los supremos vuelos místicos de éste.

SUS SERMONES

En un género literario muy cuidado, muchos de sus sermones traslucen elementos de conferencias dadas en el capítulo monástico. Hasta los que nunca fueron predicados fueron creados de algún modo para lectura, meditación o comentario de los monjes. Por lo menos la mitad son fruto de la abundante actividad literaria del período vivido en la isla de Ré. Entre los principales grandes temas que aborda pueden citarse los de la doctrina de Dios, la predestinación, Cristo y los sacramentos.

Isaac ha sido considerado como uno de los más destacados exponentes de la doctrina del Cristo total en el siglo XII.

Auguramos una buena recompensa a quienes con simpatía, atención y esmero lean a este profundo autor.

EL MISTERIO DE CRISTO

SERMONES

PADRES CISTERCIENSES Nº 15



ISAAC DE LA ESTRELLA

EL
MISTERIO
DE
CRISTO

sermones



C 60.15.15
(13.728)

PADRES CISTERCIENSES

Edición Monasterio Trapense de Azul

1992

Con las debidas licencias

Agosto de 1991

Texto traducido:

Del texto crítico latino, presentado por Anselme Hoste y Gaetano Raciti, en *Isaac de l'Étoile* SC n° 130, 207 y 339, Ed. du Cerf, Paris, 1987.

Traducción: Monjas benedictinas de Santa Escolástica

Diseño de tapa:

Monjas benedictinas de Sta. Escolástica

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito que previene la ley.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

©Monasterio Trapense de Ntra. Sra. de los Ángeles, 1992

MONASTERIO TRAPENSE
DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES

Casilla de Correo 34
(7300) AZUL(B)

República Argentina

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	xi
SERMONES 1-55	3
APÉNDICES	338
ÍNDICE BÍBLICO	353
ÍNDICE GENERAL	373

CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN	1
2. EL MÉTODO	2
3. EL MODELO	3
4. EL PROCESO	4
5. EL RESULTADO	5
6. EL CONCEPTO	6
7. EL CONCEPTO	7
8. EL CONCEPTO	8
9. EL CONCEPTO	9
10. EL CONCEPTO	10
11. EL CONCEPTO	11
12. EL CONCEPTO	12
13. EL CONCEPTO	13
14. EL CONCEPTO	14
15. EL CONCEPTO	15
16. EL CONCEPTO	16
17. EL CONCEPTO	17
18. EL CONCEPTO	18
19. EL CONCEPTO	19
20. EL CONCEPTO	20
21. EL CONCEPTO	21
22. EL CONCEPTO	22
23. EL CONCEPTO	23
24. EL CONCEPTO	24
25. EL CONCEPTO	25
26. EL CONCEPTO	26
27. EL CONCEPTO	27
28. EL CONCEPTO	28
29. EL CONCEPTO	29
30. EL CONCEPTO	30
31. EL CONCEPTO	31
32. EL CONCEPTO	32
33. EL CONCEPTO	33
34. EL CONCEPTO	34
35. EL CONCEPTO	35
36. EL CONCEPTO	36
37. EL CONCEPTO	37
38. EL CONCEPTO	38
39. EL CONCEPTO	39
40. EL CONCEPTO	40
41. EL CONCEPTO	41
42. EL CONCEPTO	42
43. EL CONCEPTO	43
44. EL CONCEPTO	44
45. EL CONCEPTO	45
46. EL CONCEPTO	46
47. EL CONCEPTO	47
48. EL CONCEPTO	48
49. EL CONCEPTO	49
50. EL CONCEPTO	50
51. EL CONCEPTO	51
52. EL CONCEPTO	52
53. EL CONCEPTO	53
54. EL CONCEPTO	54
55. EL CONCEPTO	55
56. EL CONCEPTO	56
57. EL CONCEPTO	57
58. EL CONCEPTO	58
59. EL CONCEPTO	59
60. EL CONCEPTO	60
61. EL CONCEPTO	61
62. EL CONCEPTO	62
63. EL CONCEPTO	63
64. EL CONCEPTO	64
65. EL CONCEPTO	65
66. EL CONCEPTO	66
67. EL CONCEPTO	67
68. EL CONCEPTO	68
69. EL CONCEPTO	69
70. EL CONCEPTO	70
71. EL CONCEPTO	71
72. EL CONCEPTO	72
73. EL CONCEPTO	73
74. EL CONCEPTO	74
75. EL CONCEPTO	75
76. EL CONCEPTO	76
77. EL CONCEPTO	77
78. EL CONCEPTO	78
79. EL CONCEPTO	79
80. EL CONCEPTO	80
81. EL CONCEPTO	81
82. EL CONCEPTO	82
83. EL CONCEPTO	83
84. EL CONCEPTO	84
85. EL CONCEPTO	85
86. EL CONCEPTO	86
87. EL CONCEPTO	87
88. EL CONCEPTO	88
89. EL CONCEPTO	89
90. EL CONCEPTO	90
91. EL CONCEPTO	91
92. EL CONCEPTO	92
93. EL CONCEPTO	93
94. EL CONCEPTO	94
95. EL CONCEPTO	95
96. EL CONCEPTO	96
97. EL CONCEPTO	97
98. EL CONCEPTO	98
99. EL CONCEPTO	99
100. EL CONCEPTO	100

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN*

Un gran amor por el ideal monástico plenamente vivido, una mente teológica, original y poderosa, y un estilo denso y altamente personal, son las características que hacen de Isaac de la Estrella un autor difícil pero provechoso al mismo tiempo.

Menos humano, de menos fácil acceso que su gran contemporáneo, el cisterciense inglés Elredo de Rieval, Isaac lo supera en la profundidad y el alcance de su visión teológica. Carente de la virtuosidad del estilo, la increíble amplitud y los supremos vuelos místicos de Bernardo, el mayor de los autores cistercienses, Isaac es, sin embargo, un teólogo más especulativo que el abad de Claraval. En cuanto a su poder intelectual podría ser comparable más bien con el cuarto de los grandes nombres entre los Padres cistercienses del siglo XII, el profundo y sutil Guillermo de Saint-Thierry. Ambos demuestran un interés en la teología negativa, una antropología abierta a la influencia de Gregorio de Nisa y de Juan Escoto y una eclesiología en la que el tema del Cuerpo Místico desempeña un papel clave. Pero hay importantes diferencias entre ambos, no sólo en la manera en que desarrollaron sus intereses comunes, sino también en la actitud que cada uno adoptó frente a las tensiones teológicas del momento. El abad de la Estrella tiene originalidad propia por vitales que sean los temas que lo vinculan a los otros grandes cistercienses.

Existen algunas buenas introducciones generales al pensamiento de Isaac, especialmente las de Fr. G. Salet y Gaetano Raciti¹. Yo mismo he escrito con cierta amplitud acerca de aspectos

* La presente *Introducción* es traducción del original inglés, publicado en Isaac of Stella, *Sermons on the christian Year*, vol. I, Cistercian Publications, Kalamazoo, Michigan, 1979 pp. IX-XXX (*Cistercian Fathers Series 11*). Agradecemos al autor y a la editorial su gentil autorización.

1. Isaac de L'Étoile. *Sermons I* (Paris, Éditions du Cerf, 1967; *Sources Chrétiennes* 130). G. Salet, "Introduction" 7, 63. (En adelante este volumen se abreviará *Sermons I*) G. Raciti, "Isaac de L'Étoile" *Dictionnaire de Spiritualité* VII: cc. 2011-38 (Paris, Letouzey et Anc, 1971).

importantes de su pensamiento², y hay un cuerpo respetable de literatura especializada que puede consultarse con provecho³. Aunque todavía no tan conocido como los demás grandes autores cistercienses, apenas si puede Isaac ser considerado "el gran misterio entre los cistercienses" como lo ha llamado alguna vez Louis Bouyer⁴. De todos modos sigue siendo un autor difícil, para quien cierta forma de acceso (*accessus ad auctorem*) es sobremanera útil. No es necesario que tal *accessus* intente rivalizar con las introducciones corrientes, pero ha de proveer una perspectiva desde la que se pueda leer al abad de la Estrella. La publicación de la colección de los Padres cistercienses se fundamenta en la premisa de que nada puede substituir la lectura de estos maestros del monaquismo, aunque resultan irremediabilmente distorsionados bajo el velo de un idioma diverso. Lo que sigue tiene por finalidad preparar el terreno para el encuentro del lector con este autor; no pretende determinar de antemano el resultado.

Existen, por supuesto, varias maneras de leer a un autor, especialmente a un autor que ha muerto hace ochocientos años. Una manera de abordar los textos teológicos del pasado es buscar en ellos una correspondencia con el presente, intentar recobrar ciertos temas, métodos y conclusiones merecedores todavía de respeto y con alguna utilidad para tareas teológicas corrientes. En un enfoque así el presente juzga al pasado, confrontándolo con conocimientos contemporáneos, criticando, seleccionando, rescatando. Pero es posible enfocar los textos clásicos de otra manera, dejándonos confrontar por ellos más bien que intentar

2. B. McGinn, *The Golden Chain. A Study in the Theological Anthropology of Isaac of Stella*, CF 15 (Washington, D. D.: Cistercian Publications, 1972); "Theologia in Isaac of Stella" *Cîteaux* 31 (1970) 219-35; "Isaac of Stella on the Divine Nature", *Analecta Cisterciensia* 29 (1973) 3-56.
3. Esta literatura anterior se encontrará en las bibliografías anexas a las obras generales ya mencionadas, especialmente en los artículos y traducciones publicados en *Cistercian Studies* en los últimos años.
4. *The Cistercian Heritage* (Westminster, Md, Newman, 1958) 161.

encajarlos en nuestros propios límites, por amplios que éstos nos parezcan. Podemos volvernos hacia el pasado no sólo para explotarlo en provecho nuestro sino también para ser nosotros mismos interpelados por ellos. Nuestros criterios, nuestros más preciados enfoques y conclusiones pueden ser refutados y tal vez ensanchados si queremos realmente oír estos textos hablándonos en sus términos propios. Si falta esta lectura hecha "con simpatía", al menos como un paso inicial, es dudoso que la apropiación teológica de cualquier texto clásico pueda ser otra cosa que una lectura ilustrada, pero errada.

Muy pocos están totalmente libres del moderno prejuicio de que lo último es muy probablemente lo mejor —el último modelo de auto, el último pasatiempo o la última idea. Vale la pena reflexionar que exactamente el criterio opuesto constituyó un *a priori* por muchos siglos para la historia intelectual de occidente, aquello que sucintamente expuso Richard Hooker cuando dijo: "Pocas cosas se reconocen como buenas antes de que se hayan vuelto viejas"⁵. Cualquiera de estos puntos de vista, aplicado burdamente, sería desastroso como único criterio de juicio; pero al menos indican los límites dentro de los cuales se debe llevar a cabo la delicada tarea de leer los clásicos de teología. Una búsqueda obstinada de correspondencia con el presente no es otra cosa que un disfraz del prejuicio de que lo más nuevo ha de ser lo mejor. El prejuicio de arcaísmo, si bien es la menor tentación de hoy, puede fácilmente enmascarse bajo el laudable deseo de escuchar al texto hablar en su propia voz. Incluso reconocer los peligros no es siempre equivalente a evitarlos, ya que la hermenéutica es tanto arte como ciencia, con un momento metódico y otro no metódico, para decirlo con palabras de Paul Ricoeur.

Estas dificultades no nos absuelven de la obligación de hacer al menos algunas sugerencias generales. Pienso que la mejor manera de *empezar* a leer un autor tan distante y sin embargo tan poderoso como Isaac de la Estrella es acercarse lo más posible

5. *Ecclesiastical Polity* V, vii, 3.

al segundo criterio, dejar que la visión del autor sea, al menos inicialmente, la medida y la norma de la nuestra, considerar lo antiguo como lo bueno y lo provechoso (Isaac mismo fue un testigo de la tradición más que un innovador a sabiendas). Para hacer esto debemos estar prontos a suspender, o mejor a poner entre paréntesis, nuestras reacciones críticas; debemos renunciar a nuestra "herejía" de seleccionar lo que todavía parece útil y verdadero y desechar lo que suena a pasado de moda, insípido y hasta dañoso. Precisamente lo extraño, desconcertante y distante puede ser sumamente revelador visto a la luz del conjunto. Si no hacemos un sincero esfuerzo para apreciar esto que aparece tan extraño a nuestros ojos, no saldremos de la lectura más ricos que cuando entramos, o en el mejor de los casos sólo con algunos textos más que prueban o prefiguran nuestras más queridas ideas. Pero si realmente hacemos el esfuerzo, si el texto mismo es suficientemente rico, nosotros podríamos cambiar, nuestros horizontes podrían ser ampliados, nuestro mundo, ensanchado.

Podríamos ser conducidos a un cambio en nuestra vida por ese mundo que el texto ha desplegado ante nosotros y así tornarnos capaces de apropiárnoslo en un nivel nuevo y más vital. Así es posible hacer uso de un texto hoy, pero no exactamente para hoy. A través de este proceso de cambio y conversión frente a un texto aprendemos a evitar el buscar el pasado simplemente para que sirva al presente y a comenzar a apropiarnos nuestro propio pasado y el de los otros al servicio de un futuro más amplio.

No todos los textos ofrecen un estímulo apropiado para tal esfuerzo. No tengo la intención de emprender un análisis de qué es lo que constituye un clásico teológico o monástico. Tan solo puedo ofrecer mi testimonio personal de que los sermones y los tratados de Isaac de la Estrella son de esa naturaleza, por lo que invito a otros a hacer esta experiencia.

EL MUNDO DE ISAAC

Isaac nació en un siglo notable por las realizaciones en casi todas las áreas del quehacer humano. Una economía floreciente y una población en crecimiento proveían sólida base material para un progreso creativo en el ámbito del gobierno, de la vida religiosa, de la legislación, la educación, la ciencia, el pensamiento, el arte y la literatura. Lo que más llama la atención en esa época tan rápidamente cambiante es la juvenil confianza en sí misma con la que se abordaban los problemas, la facilidad carente de esfuerzo con que surgían nuevas ideas y eran creadas nuevas instituciones⁶. La vida y el pensamiento del abad de la Estrella pueden ser entendidas sólo sobre el telón de fondo de dos de las más significativas de las nuevas instituciones del siglo XII: la reforma cisterciense y el nacimiento de la universidad.

Isaac nació en Inglaterra no mucho después de 1100⁷. Nada se sabe directamente de su vida hasta 1147, cuando aparece como abad de la Estrella, pero a través de sus escritos podemos hacer algunas conjeturas importantes. El dominio, por parte de Isaac, del vocabulario técnico de las Escuelas, y el carácter especulativo de su pensamiento, tal como aparece especialmente en sus sermones para Sexagésima y en su *Carta acerca del alma*, indican claramente que como tantos otros jóvenes brillantes había venido a Francia con anterioridad para asistir a las Escuelas catedrales que estaban involucradas no sólo en la creación de una nueva era en la historia de la teología sino también en la formación de una nueva institución, la universidad. No nos equivocaremos si colocamos su llegada a Francia hacia 1130, y si bien no podemos saber con seguridad dónde estudió, sus escritos muestran

6. Dos obras clave sobre la cultura y el pensamiento del siglo XII son R. W. Southern, *The Making of the Middle Ages* (New Haven, Yale, 1963) especialmente los capítulos IV y V; y M.-D. Chenu, *La théologie au douzième siècle* (Paris, Vrin 1957).

7. Los tres estudios biográficos más recientes se encuentran en *Sermons I*, 7-25; *The Golden Chain*, 7-23; y DS 7, 2011-16.

familiaridad con el pensamiento de los Maestros que actuaban en París y en la vecina Chartres hacia los años 1130: Hugo de San Víctor, Pedro Abelardo, Guillermo de Conches, y Thierry de Chartres⁸. Antes de hacerse monje, Isaac era un escolástico y continuó siéndolo siempre hasta el fin de sus días.

No mucho después de 1140, el erudito inglés ingresó en la vida monástica, muy probablemente en la gran casa cisterciense de Pontigny en la diócesis de Auxerre⁹. En 1147 fue erigido abad de la Estrella a unas doce millas de Poitiers, una pequeña abadía reformada que acababa de ser incorporada a la Orden cisterciense, como filial de Pontigny.

En 1147 el movimiento cisterciense estaba en su apogeo, Un discípulo de San Bernardo, Eugenio III, el primer papa cisterciense, había sido nombrado papa en 1145.

El incomparable abad de Claraval era la figura más influyente de la Cristiandad. Las casas cistercienses habían proliferado con tal rapidez en poco más de tres décadas que ahora se contaban por centenares y diseminadas por toda Europa. El monasterio “nuevo modelo” establecido en el Císter en 1098 se había tornado un arquetipo, mucho más de lo que sus fundadores podrían haber imaginado¹⁰.

De parte de Isaac, entrar con los cistercienses fue una decisión religiosa, una elección para dar la espalda al mundo y entregar su futuro a una forma rigurosa de vida monástica. Precisamente porque esta decisión era total, entrañaba también un componente intelectual. Dar la espalda al mundo no significaba volvérsela a la inteligencia y a la aplicación de la inteligencia a la fe en la teología, aunque sí significaba colocar ésta en una nueva perspectiva. Evidentemente así obraba Isaac y en esto no se mantenía totalmente

8. *The Golden Chain*, 8-9.

9. De acuerdo con G. Raciti (DS 7, 2013) contra mi anterior suposición de que había entrado directamente a La Estrella (*Golden Chain*, 10-12).

10. Para el florecimiento de la reforma cisterciense, ver *The Cistercian Spirit*, CS 3 (Spencer, Cistercian Publications, 1970); y L. Lekai, *The Cistercians. Ideals and Reality* (Kent State, Kent State University Press, 1977).

apartado de sus hermanos cistercienses. A pesar de la conocida oposición de Bernardo contra Abelardo y Gilberto de Poitiers, la amistad y el apoyo que brindó a Hugo de San Víctor y a Pedro Lombardo, entre otros, muestra que es una crasa simplificación caracterizarlo como anti-teológico o aun como anti-escolástico¹¹.

Guillermo de St-Thierry compartió las luchas de Bernardo contra algunas formas de la especulación contemporánea, pero, como Isaac, él había sido educado en la Escolástica y esta formación siguió influyendo en su carrera intelectual. Guerrico de Igny, amigo de Bernardo y predicador de nota, también había sido un escolástico antes de su conversión. Dos de los más destacados Maestros del siglo XII, cuyo pensamiento tiene muchos puntos de contacto con el de Isaac, terminaron sus días como cistercienses: Thierry de Chartres —hacia 1150— y Alano de Lila —hacia 1200¹².

Isaac pensaba que la relación de estos dos grandes movimientos del siglo XII, el mundo de la Escolástica y el mundo del Císter, eran complementarios, no antagónicos. Difícilmente se puede dejar de pensar que sus estudios teológicos hayan sido un factor que contribuyó a que eligiera el camino del Císter; sus sermones y tratados evidencian el hecho de que su experiencia de la vida monástica le ofreció una situación ideal para la meditación teológica, mientras que sus deberes de abad hicieron que la comunicara a los demás. Aun cuando en 1165 el abad de la Estrella juzgó necesario suprimir temporariamente el tono especulativo de sus alocuciones, no abandonó la teología. Un importante pasaje es el sermón 48, conocido en algunos manuscritos como “La Apología de Isaac, Abad de la Estrella” muestra que mientras reconocía los problemas que creaban algunos Maestros, para él seguían

11. Ver J. Chatillon, “L’influence de S. Bernard sur la pensée scolastique au XII^e et au XIII^e siècle” *Saint Bernard Théologien* (Rome, Editions Cistercienses, 1954) 268-88.

12. Lekai, *The Cistercians*, 46-7, 77, 229, recalca la atracción que ejerce la orden sobre los intelectuales del siglo XII.

siendo "...hombres de ingenio notable y de sorprendente habilidad"¹³.

Nuestra información acerca de la vida de Isaac después de 1146 nos permite entrever algo, pero no nos ofrece suficiente información para un verdadero estudio biográfico. Dos acontecimientos clave sobresalen como indicios importantes de sus empeños personales: uno, su adhesión a la causa de Tomás Becket, el otro, su misterioso retiro a un nuevo monasterio en la isla de Ré.

El 22 de junio de 1164, Juan Bellesmains, el obispo inglés de Poitiers, escribió a su buen amigo Tomás Becket que él y su común amigo Isaac de la Estrella habían estado intercediendo por él ante la gran abadía de Pontigny. Esta intercesión no fue en vano, porque cuando Becket pudo por fin escapar del poder de Enrique II en octubre de ese mismo año, fue recibido precisamente en Pontigny, donde comenzó su exilio en enero de 1165. En noviembre de 1166, sin embargo, Becket abandonó Pontigny a pedido nada menos que del Capítulo General de la Orden cisterciense. Después de una difícil lucha entre las facciones en pro y en contra de Becket, de una manera por cierto no bernardina, la Orden había capitulado ante las amenazas y las presiones del implacable Enrique II, retrocediendo de la postura estrictamente reformista de sus primeros días¹⁴.

13. Ver el detallado estudio de Raciti sobre este Sermón y sus implicaciones para la biografía de Isaac, en "Isaac de L'Étoile et son siècle", *Cîteaux*, 12 (1961) 281-306; y 13 (1962) 18-34, 133-45, 205-16. El estudio posterior de Raciti en DS parece haber desechado algunas de las posiciones adoptadas en estos artículos.

14. Para un estudio detallado de estos acontecimientos, ver *The Golden Chain*, 34-50; L. A. Desmond, "Becket and the Cistercians", *Canadian Catholic Historical Association Reports* 25 (1968) 9-29; y M. Preiss, *Die politische Tätigkeit und Stellung der Cistercienser im Schisma von 1159-1177* (Berlin-Halle: Historische Studien 248, 1934).

Isaac era, evidentemente, un miembro importante del partido favorable a Becket, un partido que se apoyaba fuertemente en Pontigny y sus filiales. Muchos cistercienses ingleses de nota se habían puesto del lado de Enrique. No podemos afirmar que el abad de la Estrella haya sufrido realmente como consecuencia de la derrota del partido favorable a Becket, pero podemos aventurar la suposición de que su alejamiento de la Estrella, probablemente en 1167, pudo haber sido al menos parcialmente motivado por su desilusión a raíz de los recientes acontecimientos de la Orden.

Muchos de los sermones de Isaac que nos han llegado hacen referencia a la desolada situación de la isla en la cual fueron dichos. Tres documentos y algunos testimonios indirectos nos permiten identificar este otro monasterio de Isaac como Notre-Dame des Chateliers en la isla de Ré en las afueras del puerto atlántico de La Rochelle. A pesar de la oscuridad que todavía rodea las circunstancias de la fundación de esta casa, se admiten generalmente algunos hechos. Por invitación del noble Eble de Mauléon, Isaac y su amigo Juan de Trizay establecieron aparentemente una pequeña fundación en Ré y allí se retiraron en 1167. Este hecho así como la introducción de costumbres no cistercienses, era técnicamente ilegal; parece que Isaac fue depuesto de su cargo de abad de la Estrella. Poco después, Eble pidió al abad de Pontigny y al Capítulo General que regularizaran la situación de la fundación, lo cual fue concedido y la casa fue aceptada por Pontigny. Los sermones evidencian que Isaac continuó como abad a pesar de las irregularidades que pudo haber cometido. Sería difícil no concordar con G. Salet en que fue primariamente por razones espirituales¹⁵, por el deseo de una más perfecta soledad y pobreza, que Isaac se dirigió, "a esta remota isla confinada por el océano" donde, como él mismo lo dice "...desnudos y náufragos estos pocos que somos podemos abrazarnos a la desnuda cruz del desnudo Cristo"¹⁶.

15. *Sermons* 1, 23.

16. Sermón 18, 2. Cf. Jerónimo, Ep. 52, 4.

Según una tradición tardía Isaac murió en 1169, pero la abundante actividad literaria del período de Ré (al menos veinticinco de los sermones que nos han llegado) puede muy bien señalar una vida más larga. Raciti ha abogado con bastante fundamento por la fecha de 1178¹⁷.

Una tumba ignorada, cercana a la soledad del mar parece un descanso apropiado para quien tanto amó la paz monástica.

LA OBRA DE ISAAC

La obra auténtica del abad de la Estrella no es extensa: dos tratados en forma epistolar y cincuenta y cinco sermones. En el siglo XX, dos trabajos sobre la Escritura, un *Comentario sobre el Cantar de los Cantares* y un *Comentario del Libro de Rut*, han sido atribuidos al abad de la Estrella pero no existe razón firme para sostener esta opinión. Un nuevo sermón descubierto hace algunos años por D. Jean Leclercq da esperanzas de otras sorpresas, pero es dudoso que se avizoren adiciones sustanciales a lo que ya conocemos.

Las dos cartas de Isaac fueron más leídas que sus sermones. Su *Carta sobre el Oficio y la Misa*, una interpretación alegórica de la liturgia según la tradición del carolingio Amalario de Metz, sobrevive en veinticinco manuscritos, por lo menos, y fue utilizada por una autoridad de la talla del Papa Inocencio III. La *Carta acerca del Alma*, uno de los más importantes tratados antropológicos del siglo XII, dirigida a Alquerio de Claraval, se halla en nueve manuscritos y tuvo influencia en el pensamiento medieval tardío, especialmente por el uso que de ella se hizo en el tratado pseudo-agustino *Sobre el Espíritu y el Alma*¹⁸. A pesar de que la tradición manuscrita de los sermones es fragmentaria,

17. DS 7, 2013, 2017-18.

18. Ambas obras están traducidas en *Three Treatises on Man. A Cistercian Anthropology*, CF 24 (Kalamazoo, Mich., Cistercian Publications, 1977). Para un detallado estudio de la *Carta*, ver *The Golden Chain*, c. 3-4.

lo que indica que no fueron ampliamente conocidos¹⁹, se puede válidamente argumentar que los sermones que han llegado hasta nosotros constituyen el meollo del aporte teológico de Isaac. Las grandes líneas de la antropología teológica que se hallan en la *Carta acerca del Alma* pueden ser rescatadas de los sermones (p. ej. del sermón 4), pero muchos de los principales temas acerca de la doctrina de Dios, la predestinación, Cristo y los sacramentos, tratados por el abad en sus sermones no se hallan en los tratados epistolares.

Debemos tener presente que los sermones de Isaac son una forma de "retórica escrita", un género literario muy cuidado cuya relación con la predicación actual es muy lejana y a veces inexistente²⁰. Indudablemente en muchos de ellos se traslucen elementos de conferencias dadas en el capítulo monástico; algunos están relacionados con sermones predicados a los hermanos y a los *conversi* con ocasión de alguna fiesta. Hasta los que nunca fueron predicados fueron creados de alguna manera para lectura, meditación o comentario de los monjes. Hemos de tener cuidado de considerar las encantadoras ficciones literarias que esmaltan algunos de los sermones (p. ej. los Sermones 9, 11, 24 y 25) como evidencia de situaciones de la vida real.

El carácter propiamente teológico de los sermones de Isaac está realzado por la manera como los ordena agrupándolos por temas específicos o en series de temas. El mayor número de las piezas que nos han llegado no son meditaciones aisladas para

19. Los sermones sobreviven en ocho manuscritos, pero ninguno de éstos contiene los cincuenta y cinco. En realidad, dependemos de impresos primitivos para seis sermones, cuyos manuscritos han desaparecido. El estudio más completo del estado del texto es el de A. Hoste (*Sermons* 1, 69-81) responsable de la edición que se encuentra en *Sources Chrétiennes*. Vol. I (1967) contiene los Sermones 1-17; Vol. II (1974) Sermones 18-39. Esta edición se ha usado como base para esta traducción, salvo que se indique otra cosa.

20. Ver. J. Leclercq, *L'Amour des Lettres et le Désir de Dieu* (Paris, Cerf, 1957) ss. para generalidades sobre el sermón como "retórica escrita"; y Salet, *Sermons* 1, 31-5 para su aplicación a Isaac.

fiestas particulares, sino partes de tratados sobre temas teológicos desarrollados a partir de las lecturas de la liturgia. De esta manera sistemática que tiene Isaac de enfocar el misterio cristiano resulta un uso de la Escritura mucho menos arbitrario de lo que podría parecer.

Es difícil un acuerdo acerca de la fecha de los tratados, pero hay un amplio consenso²¹. Los sermones 1 al 5 —un tratadito sobre los grados de la vida espiritual en la forma de un comentario sobre las bienaventuranzas— no se los puede datar. Los sermones 7 al 12, 15 y 14 forman una serie de dos sermones para cada uno de los cuatro domingos después de Epifanía²². El tema es soteriológico: las grandes líneas de la caída y la redención del hombre. Los sermones 16 y 17 forman un corto tratado sobre la conversión, mientras los sermones 18 al 26 sobre la parábola del sembrador, evangelio del domingo de Sexagésima, forman un tratado sobre la naturaleza divina, la expresión más profunda de la especulación de Isaac²³. También existen algunas colecciones cortas correspondientes a los sermones posteriores²⁴.

EL PENSAMIENTO DE ISAAC

El verdadero carácter de la altamente sintética teología del abad de la Estrella ha sido empañado por intentos de examinarla según doctrinas minuciosas. Tal procedimiento puede aportarnos los bloques de la construcción, pero no el sistema, el modo como todo se traba. El estilo de los sermones y el interés especial de Isaac en cada caso, excluyen la existencia de algo semejante a

21. Ver *The Golden Chain*, 27, nota 119; y DS 7, 2018-19.

22. Raciti demuestra que el Sermón 13 no pertenece a la serie y que el 15 y 14 tendrían que ser invertidos. Argumenta por evidencia interna que la serie data de 1173 (DS 7, 2017).

23. Este grupo de sermones data claramente del período de Ré. Lo he estudiado detalladamente en mi artículo "Isaac de la Estrella sobre la Naturaleza Divina".

24. Sermón 27 al 29 para el Domingo de Quincuagésima, un opúsculo sobre ascetismo; y los sermones 33 al 37 sobre la salvación y la predestinación.

un resumen doctrinal o *summa* en que todos los elementos de su pensamiento aparecieran reunidos en un solo lugar. Al menos hasta un cierto punto, la presentación de su síntesis ha de ser, pues, cuestión de interpretación.

No creo que sea falso respecto a esta síntesis de Isaac —aunque ciertamente sobrepase lo que él diga de manera explícita— describir la coherencia de su pensamiento según la tríada neoplatónica de Dios en sí mismo, Dios como origen de todas las cosas, y Dios como la meta universal. En términos más cristianos, estos tres momentos se reducen frecuentemente a dos: *creatio* y *recreatio*, o la salida (*exitus*) y el *retorno* (*reditus*) de todas las cosas a Dios. Tal visión cósmica unificada era común a muchas de las fuentes utilizadas por el abad; la exposición que sigue tratará de mostrar que ella es central para entender las armonías que gobiernan también su propio pensamiento²⁵.

A modo de prolegómeno, debemos ver primero cómo el abad cree que es posible al hombre conocer algo acerca de Dios. Según el Sermón 9 existen seis "libros" por medio de los cuales el hombre es instruido acerca de Dios: la Sabiduría divina, el espíritu creado, el mundo visible, el Antiguo Testamento el Verbo hecho carne y el Evangelio^{25a}. El hombre caído ha quedado tan ennegrecido por el pecado que apenas puede conocer algo acerca de Dios por los tres primeros libros; si Dios no hubiese optado por hablarle de nuevo por medio de Cristo y de las Escrituras el conocimiento de la salvación le hubiera sido imposible.

25. Para una espléndida y breve caracterización de las dimensiones cósmicas de la teología de Isaac, ver la introducción que hace L. Merton en *Cistercian Studies* 2 (1967) 245.

25a. Donde sea posible, voy a restringir las referencias a los veintiséis sermones traducidos aquí (se refiere a la edición de Cistercian Fathers). Por ese motivo, algunos aspectos del pensamiento de Isaac que aparecen más fuertemente en los sermones posteriores serán pasados por alto. Entre éstos, los más importantes son su manera de tratar el tema de la Virgen María, algunos aspectos de su doctrina de los sacramentos, y especialmente su enseñanza sobre la predestinación.

Para Isaac, como para otros cistercienses contemporáneos suyos, la teología era fundamentalmente bíblica y cristocéntrica; una manera correcta de leer la Escritura era la condición previa esencial para la tarea teológica. El abad de la Estrella no proporciona una introducción sistemática a la hermenéutica bíblica, pero parciales argumentaciones esparcidas en sus sermones nos permiten reconstruir su pensamiento (ver p. ej. los Sermones 9, 10, 11, 16, 33, 48, 52 y 54)²⁶.

Para Isaac, como para muchos de sus predecesores, las Escrituras son la expresión de la Sabiduría divina, y por lo tanto, una fuente inagotable de verdad. Diversas interpretaciones son no sólo permitidas sino exigidas (Sermón 16, 1-3)²⁷. El abad adhiere al esquema tradicional de los cuatro sentidos: histórico, moral, alegórico y anagógico (p. ej. Sermones 9, 14; 10, 14; 54), pero muestra claramente su preferencia por el alegórico, o mejor aún, por el sentido místico antes que el moral (Sermones 11, 16; 33, 11; 35, 3). Su Sermón 52, un breve esbozo de interpretación del *Cantar de los Cantares*, ese libro tan querido a los autores cistercienses, sienta el principio de que "...casi todo lo que ocurre externamente de un modo histórico, se repite internamente en el misterio". La tendencia especulativa de Isaac iba a la par con su deseo de la búsqueda del misterio que se revela en el corazón de la palabra de Dios.

La doctrina del abad acerca de Dios en sí mismo y de Dios como la fuente de todo es expresada en detalle en los Sermones para la Sexagésima. En el Sermón 22, de esta serie, expone cómo entendía él la naturaleza y las divisiones de la teología, a la manera neoplatónica en armonía con el pensamiento del Seudo-Dionisio y de Juan Escoto²⁸. La teología simbólica así como la racional que utilizan palabras humanas son útiles, pero siempre dentro

de una jerarquía que privilegie la teología negativa sobre Dios, que niega que haya palabra que pueda ser aplicada con propiedad a Dios y por eso se refugia en las superafirmaciones (p. ej. *supersubstancia* o "más-que-ser" del Sermón 19, 19) que son positivas en la forma pero negativas en el significado (22, 6-12).

Teniendo esto en cuenta, podemos seguir a Isaac en sus exploraciones acerca de las posibilidades de la teología racional dentro de los límites del horizonte de la negación, primero respecto de Dios Uno (Sermones 19 a 21) y luego respecto de Dios Trino, la doctrina cristiana de la Trinidad (Sermones 23 a 26). En el Sermón 19, Isaac introduce su discusión con una densa visión panorámica de la metafísica. La razón básica para introducir este momento tan escolástico en sus escritos es indicar los límites de la metafísica filosófica: el análisis de la sustancia y del accidente muestra que Dios no puede ser contenido dentro de estas categorías (Sermón 20). En el Sermón 21, una consideración sobre la unidad, la simplicidad y la inmutabilidad, las tres propiedades de la naturaleza supersubstancial de Dios, ya empieza a aludir a Dios como Creador, pues la unidad de Dios es la fuente de la multiplicidad de la creación, como su simplicidad e inmutabilidad son condiciones previas del carácter compuesto y cambiante de las realidades del universo. Estos contrastes son cruciales para el concepto de creación en Isaac.

Los Sermones para Sexagésima desarrollan dos temas entrelazados: la naturaleza triple de la Divinidad y la relación de las tres Personas con la obra de la creación. Isaac no sostiene que Dios sea tres porque crea, pero indica ciertamente que a través de la acción creadora de Dios tal como se la conoce en la Escritura llegamos a conocer la Trinidad. Dios es el origen y la causa eficiente de todo (Sermones 21, 1-3; 22, 8), pero también, el Ejemplar, el "Santo Espíritu" que da de lo suyo (Sermón 24, 15-20) e ilumina a todo hombre que viene al mundo (Sermón 26). Así, la creación nos revela al Padre y al Hijo. Otra actividad divina comienza a hacerse conocer a través de una consideración de la creación en términos de su causa final. El profundo acuerdo entre Moisés y Platón (Sermón 24, 7), el gozo

26. Ver "Note complémentaire 12. Les sens de l'Écriture", en *Sermons* 1, 343-44.

27. Para la historia de este tema, ver H. de Lubac, *Exégèse médiévale* (Paris, Aubier, 1959-64) parte I, Vol. I, c. 2, "Mira profunditas".

28. Para un estudio más detallado de su enseñanza y sus fuentes, ver mi "Theologia in Isaac of Stella".

y la bondad de Dios mencionados por estos dos teólogos, señalan al Espíritu Santo, tercera Persona de la Trinidad. Apropiándose en los Sermones 24 y 25 varias analogías agustinianas para la relación entre Trinidad y creación, Isaac presenta una de las teologías de la creación más estrictamente organizadas de su tiempo²⁹.

El universo del abad de la Estrella era altamente antropocéntrico: la naturaleza corporal existe para servir a la racional, cuyo fin es gozar en Dios (Sermón 25, 4-5). Luego, es esencialmente en su antropología teológica donde encontramos el *reditus* así como el *exitus* de la creación, el retorno a Dios y la salida de Dios. Por medio de la gracia primera o creadora³⁰, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios (p. ej. Sermones 2, 13-15; 8, 3; 16, 15-16; 25, 15). La antropología de Isaac, en conformidad con la tradición patristica y de la temprana edad media, estaba fundada en la noción de *imago Dei*. Pero el hombre fue creado también para ser la imagen del mundo, el microcosmos para el cual el "animal grande" del universo fue hecho. La homología entre los cinco niveles del ascenso del poder intelectual (*sensus*) a Dios y los cinco elementos ascendentes del universo físico expuestos en la *Carta acerca del Alma* subyace en los sermones y es explícitamente presentada en el Sermón 4. Éste, junto con el notable Sermón 17, que ofrece una sucinta presentación de la psicología y la fisiología de la conversión (un buen ejemplo de texto que exige que se ponga entre paréntesis la perspectiva moderna, si se quiere escuchar el mensaje), nos ofrece las grandes líneas de la antropología teológica de Isaac.

El hombre había sido creado con estas prerrogativas y poderes, pero no permaneció mucho tiempo en este estado. Por medio

29. El Sermón 26 contiene una breve teología de la historia, si bien no se puede decir que Isaac tuviera en ello un especial interés.

30. La distinción entre la primera gracia (creadora) y la segunda gracia (auxiliante) es de capital importancia en Isaac, p. ej. *Carta acerca del Alma* 21, y Sermón 26, 4-6. Ver *The Golden Chain*, 186-88, para este tema y notas para su interpretación.

de la opción libre que Dios le había otorgado (Sermón 10, 18), cayó de su condición primera. El pecado original y sus efectos desempeñan un gran papel en el pensamiento del abad, como en cualquier pensador medieval. El interés de Isaac no es tanto definir el pecado original como describir sus estragos³¹. Un importante pasaje en el Sermón 54 (PL 194: 1874 D-75A) nos muestra que para Isaac lo más importante en este pecado arquetípico fue la destrucción del orden cósmico.

Sin embargo, la visión cósmica de Isaac no está pervertida en último término por el pecado original³². Dios es no sólo el origen de todas las cosas sino el fin último de todas ellas, y nada puede anular el movimiento por el cual hace que todas las cosas retornen a él. La armonía cósmica que Adán destruyó es restaurada en Cristo; lo que la primera gracia no pudo realizar, la segunda gracia lo llevó a la perfección.

La doctrina del retorno nos lleva al centro cristológico del pensamiento del abad. El interés de Isaac en la constitución metafísica de la persona de Cristo no es muy marcada³³; mucho más le interesa la encarnación redentora, la obra por la que Cristo restituye el hombre a Dios. Cristo Redentor es descrito por medio de una amplia serie de metáforas —como Médico celestial (Sermón 6), Ejemplar de virtudes (Sermón 8), el Fuerte que nos libra del demonio (Sermón 39); también pone de relieve el papel de los misterios de la Pasión y la Resurrección (Sermón 15). Lo que es central en la teología de la redención tal como la expone Isaac, es la solidaridad que existe entre el Hombre-Dios y el resto de la raza humana. El tema es tradicional, pero pocos autores

31. Hay una breve discusión escolástica del mal como una *passio* en el Sermón 16, 10. Ver *Sermons* I, 338-39, para una nota útil sobre el pecado original en Isaac.

32. Isaac no se interesa mucho en la cuestión contemporánea de la Escolástica sobre cómo se transmitía el pecado original. Para otros puntos sobre el tema, ver los Sermones 7, 17, 26, 35, y la *Carta acerca del Alma*, 19-20.

33. Repite fórmulas tradicionales con respecto a las tres "sustancias" (carne, alma y la Palabra), las dos naturalezas, y única Persona en Cristo (p. ej. Sermones 9, 14; 29, 5; 42) pero no le interesa explorar el modo de unión.

lo han desarrollado con tanta fuerza como Isaac³⁴. Vuelve a ello una y otra vez (Sermones 5; 6, 10; 10, 3-4; 29; 33; y especialmente, 51).

Esta solidaridad, el restablecimiento de la armonía cósmica en Cristo, se halla en la raíz de la concepción que Isaac tiene de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Isaac ha sido considerado, a partir de las investigaciones de E. Mersch, como uno de los más destacados exponentes de la doctrina del Cristo total en el siglo XII³⁵. Entre los sermones que aquí publicamos el Sermón 9, 15 y especialmente el 11, son ricas fuentes para esta enseñanza; entre los últimos se destaca el Sermón 41. La íntima unión entre Cristo y la Iglesia en un cuerpo ha de presuponerse para los detalles de la eclesiología de Isaac. La noción de la obediencia a la autoridad en el Sermón 13 se fundamenta en el humilde ejemplo de Cristo, y la doctrina de la penitencia en el Sermón 11 también está enraizada en esta solidaridad.

Si la obra del retorno se cumple arquetípicamente en el Hombre-Dios, su cumplimiento en el hombre caído requiere, sin embargo, considerable atención de parte de un escritor que es fundamentalmente un guía espiritual. Como lo ha señalado Jean Leclercq³⁶, la teología monástica está siempre orientada directamente a la experiencia de fe, por lo tanto no nos sorprenderá el papel preponderante que la enseñanza de Isaac acerca del retorno del alma, tiene en las obras que de él conocemos. Ya existen varios estudios muy útiles acerca de su enseñanza sobre los grados de la subida del alma, notablemente el de G. Raciti³⁷; lo que sigue es tan sólo una introducción.

Una observación preliminar es necesaria para comenzar. Isaac era un abad cisterciense que escribía para monjes. Aunque resulta

34. Ver G. Salet, *Sermons* I, 44-47; y L. Gaggero, "Isaac de L'Étoile et la Théologie de la Rédemption", *Collectanea OCR* 22 (1960) 21-36.

35. E. Mersch, *Le Corps mystique du Christ* (Paris, 1933) Vol. 2, 142-48. Ver también "Note complémentaire 13. Le Corps mystique du Christ" en *Sermons* I, 344-45.

36. *L'Amour des Lettres*, p. 202 ss.

tentador intentar una división en su enseñanza espiritual entre las exigencias formuladas para todos los cristianos en general y aquéllas dirigidas a los monjes en particular, tal división no es fácil de efectuar en detalle.

A diferencia de Bernardo, que abarca un campo mucho más amplio, especialmente en sus *Cartas*, y ofrece consejos y pareceres apropiados para varias categorías en la Iglesia, Isaac siempre habla directamente a quienes están a su cargo. Sería insensato pensar que el abad de la Estrella no viera posibilidad de llegar a Dios fuera del estado monástico, pero en sus sermones no hallamos un testimonio directo de sus ideas sobre la espiritualidad no monástica.

Desde el punto de vista del monje individual, la conversión a Dios tiene un punto de partida existencial, el deseo de conocerse a sí mismo (Sermones 2, 11-13; 17, 5; *Carta acerca del Alma* 20)³⁸. Este deseo es la condición previa para el *reditus* o retorno, un movimiento dinámico descrito con varias metáforas, de las cuales las dos más populares son las de la subida del alma (*ascensus*, especialmente Sermones 5, 10 y 12) y la de la conversión del alma (*conversio*, véase Sermones 16 y 17). Estas metáforas y los temas relacionados con ellas, como la comunión en la verdad y la caridad (Sermones 5, 20-21; 16, 16), la noción de virtud (Sermones 3, 1-2; 17, 10-13)³⁹, y la purificación de la mirada (Sermón 4, 1-5), se hallan tan diseminadas en los sermones de Isaac que intentar tratarlas más específicamente sería salirse de los límites de esta introducción. Ningún comentario puede sustituir la lectura del texto.

La dialéctica de la vuelta del alma a Dios por Cristo en el Espíritu Santo (véase el Sermón 24 acerca de la obra del Espíritu)

37. DS 7, 2026-35.

38. Ver *The Golden Chain*, 109-12; un estudio clásico de E. Gilson sobre este tema en el cap. 11 de *The Spirit of Mediaeval Philosophy* (New York, Scribner, 1940).

39. Ver *The Golden Chain*, 143-49; y R. Javelet, "La vertu dans l'oeuvre d'Isaac de l'Étoile", *Cîteaux* 11 (1960) 252-67.

no puede separarse de la enseñanza del abad sobre el sentido del monaquismo. La pobreza (Sermón 2), la castidad (Sermón 5), la obediencia (Sermón 13), el ayuno (Sermón 31) y la separación del mundo (Sermón 1) son virtudes necesarias; pero la enseñanza de Isaac cala más hondo. Central en su doctrina es el énfasis que pone en la vida de contemplación (p. ej. Sermón 14), sin embargo, el abad nunca olvida que el monje tiene el deber de la misericordia y del amor al prójimo (Sermones 3, 12-16; 12, 6; 25, 10) y éste es otro rasgo que tiene en común con Bernardo de Claraval y los maestros cistercienses de su tiempo.

La meta de la conversión y del ascenso es la unión con Dios. Isaac no economiza en sus sermones los intentos de describir esta indescriptible condición, ya sea en términos del lenguaje tradicional del matrimonio (Sermón 5, 17-22), o en los acentos más metafísicos de la iluminación de la facultad superior del alma, el entendimiento (Sermón 26, 7-10)⁴⁰. Pocos son los sermones del abad de la Estrella que dejan de abordar de alguna manera este tema de la meta última del retorno.

La intención de estas breves notas ha sido subrayar la densidad y profundidad del pensamiento de Isaac, así como la recompensa que les aguarda a quienes lo lean con atención y cuidadosamente. Quien haya luchado alguna vez con el texto original latino se dará cuenta de los problemas con que tuvo que enfrentarse el traductor. Frente al texto, tanto quien lo tradujo como quien lo comenta asumen la posición correcta: "Somos simplemente servidores: tan sólo hemos cumplido con nuestro deber" (cf. *Lc* 17, 10).

Bernard McGinn,
Universidad de Chicago

SERMONES

40. Para la doctrina de Isaac sobre la unión, ver Raciti, DS, 2029-31.

SERMÓN 1

(En la fiesta de todos los Santos)

Jesús, viendo a la muchedumbre subió al monte¹. ¡Ojalá nos sucediera a veces también a nosotros ver a la muchedumbre y, alejándonos de ella preparar ascensiones en nuestro corazón!² Es difícil entre la muchedumbre ver a la muchedumbre; es inevitable sentirse turbado en medio de ella; y en la turbación, es imposible a la mirada ver con claridad, discernir o juzgar. Por eso, es necesario alejarse de la muchedumbre para poder verla, para poder juzgarla. Quienquiera que la mira con atención la desdenna por completo, la rehúye de buen grado y la abandona espontáneamente. 2. Quien nunca vio la luz, tampoco conoció las tinieblas. Así el Omnipotente, después de decir: *De las tinieblas brille la luz*³, entonces separó la luz de las tinieblas, entonces las dividió, entonces las distinguió, entonces llamó a la luz día y a las tinieblas noche. Y vio⁴, dice, como si antes no hubiera visto. De igual modo, sin duda, no vio a la muchedumbre quien no se elevó por sobre ella. No experimentó la turbulencia de la muchedumbre, ni oyó el tumulto de la muchedumbre, quien no gustó el silencio de la soledad. 3. Mi Señor Jesús, y tal vez sólo él, pudo ver a la muchedumbre en medio de la muchedumbre, sin ser turbado por ella. Y a pesar de verla la dejó y se retiró al monte adonde la muchedumbre no podía seguirlo. ¡Ay!, hermanos, cuántos se proponen hoy en día huir de la muchedumbre, y sin embargo se quedan allí, donde son hallados por ella y apretujados aún más, de suerte que el último alboroto de la misma resulta peor que el primero⁵. 4. Por eso, hermano, aléjate a escape; no vuelvas a la muchedumbre

1. Mt 5, 1

2. Sal 83, 6

3. 2Co 4, 6

4. Gn 1, 4-5

5. Cf. Mt 27, 64

sino permanece en la soledad⁶, sigue a Jesús, sube al monte, di a la muchedumbre: *Adonde yo voy, no puedes venir*⁷.

Amadísimos, aunque conste por el sentido histórico que se trata de una muchedumbre visible y de un monte concreto, yo quiero prestar atención al misterio, sobre todo, a aquél que es más apto para ordenar nuestra conducta y sobre cuyo fundamento se puede edificar⁸. 5. Aunque difícilmente o nunca pueda darse muchedumbre —turba— sin turbación, me resulta más sospechosa, sin embargo, la muchedumbre interior, tanto más eficaz para turbar cuanto más interior. Por eso, hermano, elévate y sigue a Jesús. Para eso bajó a ti, para que tras él y por él te elevases por encima de ti, e incluso en ti hasta él.

6. ¡Oh misterio grandioso! Él abandona a la muchedumbre, sube al monte⁹. Los discípulos lo siguen, todos, y sólo ellos. ¿Acaso tenían un cuerpo más vigoroso que todos los demás? O bien, ¿eran espiritualmente más fervorosos, de modo que *marchaban a donde los impelía el espíritu*?¹⁰ Pero ¿cómo es que Jesús abandona a casi todos estos discípulos —por otra parte tan dispuestos, tan leales, tan fuertes, tan ardientes— y sólo con algunos sube a otro monte, a un monte alto, al decir de la Escritura?¹¹ Es más, ¿qué hemos de pensar, hermanos, cuando un día abandone a éstos y a todos los demás, e incluso a todos los hombres absolutamente y suba *solo a un monte para orar*?¹² 7. ¿Qué significan estos montes? Sube al primero para enseñar; al segundo para manifestar su gloria; al tercero para orar al Padre. ¿Acaso este monte será *la casa del Señor, asentada en la cima de los montes*?¹³ Tal vez es en este sentido como él *viene saltando por los montes y brincando por los collados*?¹⁴ En primer lugar brincando por sobre toda la muchedumbre salta al monte con los discípulos; en segundo lugar, brincando por sobre los propios discípulos considerados como inferiores a los tres, salta a un monte elevado; en tercer lugar, allí donde nadie puede seguirlo, brincando por sobre todo lo creado, salta, solo, el igual

6. Cf. Sal 54, 8 9. Mt 5, 1 12. Mt 26, 36
7. Cf. Jn 8, 21 10. Cf. Ez 1, 12 13. Is 2, 2
8. Cf. 1Co 3, 10-12 11. Mt 17, 1 14. Ct 2, 8

hacia el igual, el Hijo hacia el Padre. En el primer monte se oye sólo al Hijo; en el segundo, se ve al Hijo y se oye al Padre; en el tercero nadie ve ni oye al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre¹⁵. 8. ¿No son éstas las cosas inefables que *el hombre no puede expresar*?¹⁶ ¿No pueden entenderse estos tres montes como los tres cielos? En el primero está figurada la vida espiritual del hombre; en el segundo se manifiesta la vida angélica; en el tercero se oculta la vida divina. En el primero se designa la santidad presente; en el segundo se manifiesta la gloria futura; en el tercero —que es como el cielo del cielo, adonde sube sobre el ocaso hacia el Oriente aquél cuyo nombre es el Señor¹⁷— la Trinidad gloriosa, conocida de ella sola y del hombre asumido en Dios, habita la luz inaccesible¹⁸. 9. En esta paz, que *sobrepasa todo entendimiento*¹⁹, es donde sin embargo este hombre ruega al Padre por nosotros, como dice el bienaventurado Apóstol: *Asiste ante el rostro del Padre e intercede por nosotros*²⁰. He aquí cómo ora en lo secreto, aquél que nos ha enseñado a *orar al Padre en lo secreto*²¹. Hermano, haz para ti, en ti, el lugar secreto, adonde puedas huir de ti, si quieres orar al Padre en lo secreto.

10. Ahora, *oigamos lo que dice el Señor Dios*²² del primer retiro, del primer lugar secreto, de la primera alcoba, del primer cielo o sea el monte: *Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu*²³. La muchedumbre ha sido dejada atrás: nada queda de la debilidad, ni del vicio; ni de la malicia del día. Todo el sermón versa sobre la vida virtuosa, la bienaventuranza gloriosa, el reino de los cielos. 11. *Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu*²⁴. La Sabiduría siempre actúa y habla sabiamente. Queriendo atraer en pos de sí a las doncellas, les abrió los siete cofres de ungüentos, para que deleitadas por el perfume corran tras él, como está escrito: *Llévame tras de ti: corramos al perfume de tus ungüentos*²⁵.

12. *Y cuando se hubo sentado, él abrió su boca*²⁶. Quién me diera sentarme con Jesús, y en el monte sentarme a sus pies y

15. Cf. Mt 11, 27 19. Flp 4, 7 23. Mt 5, 3
16. Cf. 2Co 12, 4 20. Hb 7, 25 24. Id.
17. Sal 67, 5-34 21. Mt 6, 6 25. Ct 1, 4
18. 1Tm 6, 16 22. Sal 84, 9 26. Mt 5, 2

recibir su doctrina. En la muchedumbre él está de pie y camina; obra, se fatiga, lo aprietan, de modo que casi no les es posible, ni a él ni a sus discípulos, comer²⁷ *el pan de la vida y de la inteligencia*, y beber el *agua de la sabiduría*²⁸ que se bebe en el sosiego, y que extraen los que están libres de quehaceres²⁹ porque *el pozo es profundo*³⁰. 13. *Él abrió su boca*³¹, esa boca de la cual la Esposa implora un beso³²; la boca del vaso precioso en el que se encuentran ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia³³, la boca por la cual *el día trasmite al día la palabra*³⁴. Muchos han indagado acerca de la sabiduría; muchos, acerca de la bienaventuranza; pero por no haber escuchado a esta boca santa ni haber visto el día, incurrieron en las tinieblas palpables del error, donde la noche anuncia a la noche³⁵ una ciencia engañosa.

14. Abriendo pues su boca para dirigirse al corazón de Jerusalén, hablándole en la soledad³⁶, esto es, en el monte, dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu*³⁷. La propia Bienaventuranza habla de la bienaventuranza; el que se hizo Pobre, de la pobreza; [el Rey, del reino; el Manso, de la mansedumbre; el Paráclito, de la consolación]; el Pan, de la saciedad; la propia Misericordia, de la misericordia; la Pureza de los corazones, de la pureza de los corazones; el verdadero Pacífico y el Hijo por naturaleza, de la pacificación y de la filiación. El verdadero Verbo del Padre dice lo que él es, la Sabiduría divina enseña lo que ella es, y dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu*³⁸. Sabiamente se pone en primer lugar, se propone en primer lugar a todos, lo que todos buscan, lo que todos anhelan, lo que todos desean, y de lo cual, sin embargo, casi todos se desvían. 15. ¿Quién no querría ser feliz? ¿Por qué todos los hombres pleitean, luchan, se llenan de actividades, de gestiones, maltratan o son maltratados? ¿No es acaso para arrancar lo que les parece bueno para sí, y lo que hasta cierto punto creen que puede proporcionarles la felicidad?

27. Cf. Mc 6, 31.

28. Cf. Si 15, 3.

29. Cf. Si 38, 25.

30. Jn 4, 11.

31. Mt 5, 2.

32. Ct 1, 2.

33. Col 2, 3.

34. Sal 18, 3.

35. Id.

36. Os 2, 14.

37. Mt 5, 3.

38. Id.

En efecto, cada uno se considera tanto más feliz cuanto realiza lo que prefiere. Todos los hombres sin excepción desean la felicidad, pero tienen ideas diferentes acerca de ella: para unos, se halla en el placer de los sentidos y la dulzura de la vida; para otros, en la virtud del alma; para otros, igualmente en el conocimiento de la verdad. 16. Por eso, el doctor de todos, quien por la sola caridad se hace *deudor de los sabios como de los ignorantes*³⁹, encamina en primer lugar a los que se extravían, en segundo lugar dirige a los que van de camino, en tercer lugar acoge a los que llaman a la puerta, según aquello: *Llamad y se os abrirá*⁴⁰. El Profeta clama por los extraviados: *Condúceme, Señor, por tus caminos*⁴¹. Clama por los que van de camino: *Y yo entraré en tu verdad*⁴². Clama por los que llaman: *Que se alegre mi corazón para que tema tu nombre*⁴³. Clama por los extraviados: *Condúceme en tu justicia*⁴⁴. Clama por los que van de camino: *Dirige mi camino en tu presencia*⁴⁵. Clama por los que llaman: *Alegrense todos los que esperan en ti: exultarán para siempre, y habitarás en ellos, y se gloriarán en ti todos los que aman tu nombre*, etc.⁴⁶.

17. Y así, aquél que es el *Camino, la Verdad y la Vida*⁴⁷, que encamina, dirige, acoge, comienza así: *Bienaventurados los pobres de espíritu*⁴⁸. La falsa sabiduría de este siglo, que es verdadera necesidad⁴⁹, sin comprender lo que habla ni lo que afirma, expresa su opinión. Llama bienaventurados a los hijos del extranjero, *cuya diestra está llena de iniquidad y cuya boca profiere la vanidad*⁵⁰; y esto a causa de sus graneros llenos, desbordantes los unos en los otros, a causa de sus ovejas fecundas, de sus vacas gordas⁵¹, etc., todo lo cual pertenece a las riquezas inciertas, a su paz que no es paz⁵², y a su necia alegría. Contra esto la Sabiduría de Dios, el Hijo por naturaleza, la diestra del Padre, la boca que dice la verdad, proclama bienaventurados a los pobres, porque serán los futuros reyes, los del reino eterno. 18. Como si dijera:

39. Rm 1, 14.

40. Lc 11, 9.

41. Sal 85, 11.

42. Id.

43. Id.

44. Sal 5, 9.

45. Id.

46. Sal 5, 12.

47. Jn 14, 6.

48. Mt 5, 3.

49. Cf. 1Co 3, 19.

50. Sal 143, 8.

51. Sal 143, 13.

52. Jr 6, 14.

Vosotros buscáis la bienaventuranza, pero ella no se encuentra donde la buscáis. Corréis, pero fuera del camino. Éste es el camino, por donde se va a la felicidad. La pobreza voluntaria por causa de mí, éste es el camino; el reino de los cielos en mí, ésta es la felicidad. Mucho corréis pero mal; cuanto más velozmente, tanto más os apartáis de él. El camino es la pobreza, no la felicidad. Por el camino se ha de ir, para poder llegar.

19. No temamos, hermanos: pobres, escuchemos al Pobre, que recomienda a los pobres la pobreza. Es preciso creer al que tiene experiencia. Pobre nació, pobre vivió, pobre murió. Quiso morir, ciertamente; hacerse rico, no. Creamos pues a la Verdad que nos indica el camino de la vida. Si bien es áspero resulta breve, y la felicidad es eterna. Si bien es estrecho conduce a la vida, y nos llevará a la anchura⁵³ y *pondrá nuestros pies en lugar espacioso*⁵⁴. Pero es arduo porque se va hacia lo alto, se tiende hacia el cielo. Por eso nos conviene estar libres de impedimentos y no caminar agobiados. 20. ¿Qué queremos? ¿Buscamos la felicidad? La Verdad muestra cuál es la verdadera. ¿Buscamos las riquezas? El Rey adjudica los reinos y hace a los reyes. La malísima peste de la curiosidad sedujo a los hombres: cuesta poco esfuerzo lo que vale poco; uno se afana por lo superfluo. Cinco yuntas de bueyes los excusan a ellos de las nupcias celestiales, en las cuales se pasa de la pobreza a la plenitud, de la escasez a la abundancia, del último lugar al primero, de la abyección a la dignidad, del trabajo al reposo. Eliseo sacrificó los bueyes para seguir más libremente a Elías⁵⁵; y nosotros obremos del mismo modo para seguir a Cristo.

Hermanos, hoy debemos detenernos aquí, para que el segundo día empecemos un segundo sermón sobre la segunda virtud, con la ayuda de aquél que es el Sermón del Padre, por quien y para quien hablamos, quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

53. Sal 17, 20

54. Sal 30, 9

55. 1R 19, 19

SERMÓN 2

(Segundo en la fiesta de todos los Santos)

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra¹. El mal de la curiosidad culmina en el vicio de la soberbia. Ésta es la sabiduría, que no es de arriba sino terrena, animal, demoníaca², llena de envidia y de contiendas, que compra un campo³ para poder dominar a los demás y estar siempre pleiteando, que pone su felicidad en el dominio. Hermanos, esta sabiduría es pues verdaderamente demoníaca e hija primogénita del propio demonio, que ambicionaba colocar su trono por encima de los demás astros⁴; sabiduría turbada y turbadora que los discípulos abandonaban al abandonar la turba y que los hace dignos de oír: *Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra*⁵. 2. No dice: ésta o aquella o cualquier otra porción de tierra, sino la tierra. ¿Quién por su sudor, su industria, su dinero, sus puños, obtuvo alguna vez otra cosa que una porción de tierra? Y esto lo obtuvieron pocos, muchos no pudieron obtenerlo, ¿quién pudo pues poseerla? ¿Qué necesidad hay de adquirir con largas fatigas, lo que será preciso perder rápidamente? El cielo es para los pobres, la tierra para los mansos, ¿qué les queda a los pendencieros? O bien, ¿qué más quieren los que desean hacerse ricos? 3. A aquéllos a los que no les basta el cielo y la tierra, ¿qué les sucederá? *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? ¿hasta cuándo amaréis la vanidad y buscaréis el engaño*⁶. La vana dominación terrena es un poder engañoso, una dignidad engañosa, una bienaventuranza engañosa. ¿Por qué deteneros en lo parcial? ¿Por qué desear lo poco? ¿Por qué ambicionar lo limitado? Se os promete el todo, se os muestra el camino: se va por la pobreza,

1. Mt 5, 4

2. Cf. St 3, 15

3. Cf. Lc 14

4. Is 14, 13

5. Mt 5, 4

6. Sal 4, 3

se apresura uno por la mansedumbre. A los pobres les está destinada la bienaventuranza del cielo, a los mansos la bienaventuranza de la tierra. 4. Decidme, ¿qué les queda a los miserables pendencieros sino la miseria infernal? Ricos ¿qué hacéis? Poderosos ¿qué hacéis? Es necesario reflexionar. He aquí el dinero, he aquí la mansedumbre. El ladrón está cerca. Si defendéis el dinero, perderéis la mansedumbre, si tenéis la mansedumbre, se os arrebatará el dinero. Por ambas partes temo que, al mismo tiempo, el ladrón os quite el dinero, y el diablo, la paciencia. 5. ¡Oh hermanos míos carísimos, ojalá nunca hubiese existido este dinero, que en estos días malos no puede ser poseído junto con la mansedumbre, y que no puede ser llevado en el camino por los discípulos de Jesús!⁷ Por eso es, quizá, que la Sabiduría que viene de lo alto, que es en primer lugar pura y además pacífica⁸, enseña a no llevar bolsa, ni dinero para el camino; a no entrar en juicio con nadie; a dar algo de añadidura al que nos quita; a no reclamar lo quitado; a conservar la mansedumbre, que es el camino de la bienaventuranza. El Apóstol, elogiando a algunos dice: *Gustosamente soportáis a los insensatos, siendo vosotros sensatos. Soportáis que os devoren, que os roben*⁹. 6. Oh Señor Jesús, ¿quién creará hoy nuestra noticia¹⁰ y a quién le ha sido revelado este camino tuyo en el transcurso de su vida? ¡Oh camino estrecho¹¹ en demasía, por el cual muy pocos andan! Éste fue *tu camino en el mar* inmenso, y *tus huellas no se reconocen*¹² hoy. Este camino, al que tu Apóstol llama sabiduría, es hoy necedad suma, desidia e inercia. ¡Ay hermanos míos, hasta qué punto estas palabras —leídas en todas partes— son casi en todas partes desatendidas! 7. Con todo los cartujos algo las oyen, teniendo oídos para oír¹³; por eso voluntariamente tienen poco, para no litigar mucho. Poseen poco, para no excitar al mundo contra ellos. Los del Grandmont las oyen mejor aún: ellos nada poseen. El monje del Grandmont, viajero del cielo, vacío de todo, cantará, y felizmente, ante el ladrón del mundo. Se los acusa sin embargo

7. Cf. Lc 9, 3

10. Is 53, 1

13. Mt 13, 9

8. St 3, 17

11. Mt 7, 14

9. 2Co 11, 20

12. Sal 76, 20

de saludar a muchos en el camino¹⁴. Allá ellos. 8. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar al servidor ajeno?¹⁵ Guardo silencio respecto de aquéllos cuyas *manos son las manos de Esaú, pero cuya voz es la voz de Jacob*¹⁶, cuyas manos se levantan contra todos y las de todos contra ellos¹⁷. Bienaventurados pues los mansos, que con tanta felicidad como facilidad poseerán eternamente *la tierra de los vivos*¹⁸; en tanto que nosotros, audaces y esforzados, luchamos por Dios —contra el precepto o el consejo de Dios— un combate temporal, por la tierra de los que mueren. *Los mansos*, está escrito, *heredarán la tierra, y habitarán por los siglos de los siglos esta tierra*¹⁹, que designa el rostro de Dios, el cual solo y por siempre permanece inmóvil, a pesar del movimiento de las demás cosas, así como la tierra en medio del movimiento de los otros elementos. Una generación viene y otra generación va, pero la tierra permanece²⁰.

9. Y sigue: *Bienaventurados los que lloran*²¹. Hermanos, estas cosas podrían bastar para corregir a los extraviados, si la malignidad del diablo no se extendiera más lejos y si este mal canceroso no hubiera penetrado más íntima y profundamente hasta la médula. Ladra aún un Cerbero, y (Cristo) le quiebra la tercera cabeza, es decir, la prudencia de la carne, enemiga de Dios²², sabia para sí sola, cuya *gloria está en la confusión*²³, cuya morada está en el viento, y cuyos habitantes no pueden agradar a Dios. 10. Ella dice: ¿Qué son para mí el cielo y la tierra?²⁴ ¿Qué las riquezas amasadas para desgracia de sus poseedores? ¿Qué las fuerzas tímidas y siempre temibles? Todo esto está afuera; yo me ocupo de mí. *Alma mía, tienes muchos bienes, come y bebe*²⁵. ¿Qué provecho saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol?²⁶ *Comamos y bebamos, que mañana moriremos*²⁷. ¡Necio, atesoras y no sabes para quién!; el rico posee dinero, y no se posee a sí mismo. 11. Vive, mientras vives. ¿Por qué te pierdes a ti mismo

14. Cf. Lc 10, 4

19. Sal 36, 11.29

24. Cf. Sal 72, 25

15. Rm 14, 4

20. Qo. 1, 4

25. Lc 22, 19

16. Gn 27, 22

21. Mt 5, 5

26. Qo 1, 3

17. Gn 16, 12

22. Cf. Rm 8, 7

27. 1Co 15, 32

18. Cf. Sal 26, 13

23. Flp 3, 19

antes de tiempo? Tú padeces letargo, estás olvidado de ti. Comienza a conocerte a ti mismo, a amarte a ti mismo, a poseerte a ti mismo para favorecerte, y serás feliz. Hermanos, ésta es aquella *última impostura, peor que las precedentes*²⁸, aquel lago de miseria, aquel fango cenagoso²⁹, aquella *alegría que se convertirá en llanto*³⁰ y quizá tarde —cuando padezca la aflicción— no hallará consuelo. 12. Por eso, a los miserables que se extravían, misericordiosamente vuelve a llamar al camino esta sabiduría sublime a la que le plugo salvar —por la necesidad de la predicación— a los que creen en su palabra³¹, diciendo: *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.*

Como si dijera: por la aflicción se va al gozo, por la desolación al consuelo, por la pérdida de la propia vida es como se la encuentra³², por su rechazo es como se la posee, odiándola es como se la ama, despreciándola es como se la conserva. 13. Si quieres conocerte a ti mismo, poseerte, entra en ti mismo, no te busques fuera de ti. Una cosa eres tú, otra lo que es tuyo, otra lo que está en derredor tuyo. En derredor tuyo está el mundo; tuyo es tu cuerpo; tú fuiste hecho interiormente a imagen y semejanza de Dios. Por lo tanto, vuelve “prevaricador, adentro de ti, donde tú eres, a tu corazón”³³. Por fuera eres un animal, a imagen del mundo; de ahí que se diga del hombre que es un pequeño mundo. Por dentro, eres un hombre a imagen de Dios, de ahí que también puedas ser deificado. Por eso, hermanos, el hombre vuelto a sí mismo, al igual que el hijo menor, el pródigo, ¿dónde se encuentra sino en una región lejana, en una región de semejanza, *en una tierra extranjera*³⁴, donde se sienta y llora, mientras recuerda a su padre y a su patria?³⁵ Si apacienta los cerdos y tiene hambre, ¿no encontrará en sí motivo para llorar? Si muchos jornaleros en la casa de su padre tienen pan en abundancia, y él, el hijo desterrado y pobre busca en vano las algarrobas, ¿no verterán fácilmente lágrimas sus ojos? 14. Oh

28. Cf. Mt. 27, 64

29. Sal 39, 3

30. Pr 14, 13

31. 1Co 1, 21

32. Mt 10, 39

33. Cf. Is 46, 8

34. Cf. Ex 2, 22;

Sal 136, 4

35. Cf. Lc 15, 13ss.

*Adán, ¿dónde estás?*³⁶ Tal vez ahora, en la sombra —a fin de no verte a ti mismo— coses hojas fatuas para cubrir tus vergüenzas³⁷, las que están fuera, en derredor de ti, y las que ves en ti, pues tus ojos están abiertos a ellas. Mira adentro, para verte, y allí están las que más te avergüenzan, las que te hacen avergonzar al exterior. Prevaricador, vuelve adentro, a tu alma; mírala y llora por esta alma sujeta a la vanidad, a la iniquidad y al cautiverio y que no puede liberarse. 15. Sal fuera y mira hacia la carne, y llórala, sujeta como está a la corrupción, a la mortalidad y a la debilidad que le impide levantarse. Y para abreviar, amadísimos, ninguno que penetre el abismo de su miseria, de su ignorancia, de sus dificultades, de sus pasiones, ninguno que juzgue su conciencia, se conmueve ni siquiera cuando los hombres lloran naturalmente: en las exequias de algún pariente muy cercano, ni es consumido por la tristeza, ni es sacudido por el llanto más que en las suyas propias, que les son más próximas puesto que están en su interior. ¿Por qué tener piedad de otro, cuando no se tiene piedad de sí mismo?

16. Hermanos, es pues evidente que nosotros estamos fuera de nosotros mismos, por detrás también y no delante, olvidados de nosotros o en total desconocimiento de nosotros mismos, siempre que reímos, bromeamos, que nos deleitamos en bagatelas, que nos alimentamos de fábulas y condescendemos en palabras que mueven a risa, que andamos *en comilonas y borracheras*³⁸, y que nos perdemos en las demás molicies del cuerpo. De ahí que siempre fue preocupación de la sabiduría virtuosa, invitar a la casa del duelo más que a la casa del banquete³⁹, es decir, volver a llamar en sí al hombre que estaba fuera de sí mismo, diciendo: *Bienaventurados los que lloran*⁴⁰ y en otro pasaje: *¡Ay de vosotros los que ahora reís!*⁴¹ 17. Lloró aquél que nos aconseja llorar; nada se dice de que riese. Son las lágrimas de las hermanas las que merecieron la resurrección de su hermano. Las lágrimas de las hermanas, las que hicieron llorar a aquél que resucita, a fin de que también tú, llorando sobre ti, resucites. ¡Vamos, hermanos,

36. Gn 3, 9

37. Gn 3, 7

38. Rm 13, 13

39. Qo 7, 3

40. Mt 5, 5

41. Lc 6, 25

se trata de algo serio, es una tarea viril la que hemos emprendido! Elías, al entrar en el desierto despidió al niño⁴². No llevemos con nosotros, ni nos siga nada pueril; sobre todo, no retornemos nunca a nada pueril. Dice el Apóstol: *El cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia*⁴³. Por consiguiente, lo que vive en nosotros llora y rece, para que algún día resucite lo que yace y huele mal. 18. Dice alguien que llora su propia muerte: *¡Pobre de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?* Pero a continuación sigue el consuelo: *La gracia de Dios, por Jesucristo*⁴⁴. En otro tiempo, entre los santos Padres y los profetas, en los cuales todas las cosas por lo general acontecieron en figura; ¡cuán grande fue el celo por obrar y padecer, por llorar a sus muertos, por tener días solemnes de duelo —a menudo siete días— para prolongarlo conforme a la duración de la semana! Y nosotros, por los cuales ellos lloraban, descarados, reímos a carcajadas y morimos, o bien hemos muerto hace tiempo y damos mal olor; nosotros nos descuidamos y se nos descuida; nadie hay que llora su dolor, antes de irse allá de donde nadie vuelve⁴⁵: nadie, que provoque las lágrimas del buen Jesús. 19. Hermanas, ¿qué hacéis? ¿Qué haces tú, la activa, por qué no trabajas y lloras? ¿Qué haces tú, contemplativa, por qué no rezas y lloras? ¿Por qué no hay desolación en todas partes, en el interior de la casa y fuera en la plaza, hasta que gima Jesús, hasta que él mismo se turbe⁴⁶ y diga, no tanto al muerto cuanto a la muerte: *Sal fuera para que esta mortalidad sea absorbida por la vida*?⁴⁷

20. Finalmente, hermanos, dejémonos corregir por la doctrina de la sabiduría celestial, y ya sea en la acción, ya sea en el reposo, tengamos compasión de nosotros mismos y lloremos. *Lloremos ante el Señor*⁴⁸, que es benigno y compasivo, *convirtámonos a él en ayuno, en llanto y en lamento*⁴⁹ sobre nosotros mismos, a fin de que un día *según los muchos dolores de nuestro corazón, sus consuelos regocijen nuestras almas*⁵⁰. Pues: *Bienaventurados los que*

42. 1R 19, 3

43. Rm 8, 10

44. Rm 7, 24

45. Cf. Jb 10, 21

46. Cf. Jn 11, 33-34

47. 2Co 5, 4

48. Sal 94, 6

49. Jl 2, 12

50. Sal 93, 19

*lloran*⁵¹, no porque lloran, sino porque serán consolados. El dolor es el camino; el consuelo la bienaventuranza. 21. He aquí cómo *afirma toda la tierra el que juzga a los pueblos con equidad*⁵². En efecto, para Dios que es bueno y sabio, la equidad consiste en corregir a los perversos, dirigir a los corregidos y acoger a los dirigidos. Tres y tres, uno contra uno. Tres llaman desde Dios hacia el mundo, tres vuelven a llamar desde el mundo hacia Dios. *Todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, o concupiscencia de los ojos, o soberbia de la vida*⁵³. La primera toma esposa, la segunda prueba bueyes, la tercera compra una propiedad⁵⁴. Lujuria, avaricia, soberbia; deseos carnales, deseos terrenos, y espíritus malos en los cielos⁵⁵. 22. He aquí pues que los discípulos, abandonando a la muchedumbre y subiendo al monte, como pasando de las realidades inferiores a las superiores, de las exteriores a las interiores, de las corporales a las espirituales oyen: Bienaventurados los pobres, los mansos, los afligidos *porque de ellos es el reino de los cielos* y la tierra, y para ellos es el contento, la fuerza, la suavidad, el reino, el poder, la paz; y todo esto se halla en lo interior, en la casa donde habita el simple y el manso; mientras que el agreste, el hirsuto, el salvaje, es perseguido y suplantado en su prerrogativa de primogénito⁵⁶, prerrogativa que transfirió a nosotros el primogénito entre muchos hermanos⁵⁷, el unigénito que reina con el Padre por los siglos de los siglos. Amén.

51. Mt 5, 5

52. Sal 95, 10.13

53. 1Jn 2, 16

54. Lc 14

55. Ef 6, 12

56. Gn 27

57. Cf. Rm 8, 29

SERMÓN 3

(Tercero para la fiesta de todos los Santos)

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia¹. Hermanos, el libro de la Sabiduría *está escrito por dentro y por fuera*². Habla, por así decir, por fuera, cuando corrige a los perversos; por dentro, cuando dirige a los convertidos. En fin, escuchemos cómo y de qué manera dirige a aquéllos que ponen la bienaventuranza no en el cuerpo, ni en las realidades corporales, sino en la virtud del alma. La virtud es, en efecto, un hábito del alma bien formada. Por eso, es necesario disponer y formar las afecciones del alma y también ordenarlas en función de su deber y de la manera de llevarlo a cabo para alcanzar las virtudes. 2. Son ellas, en efecto, las que califican las obras exteriores: o bien acaban en vicios, o bien se convierten en virtudes. Cuando estas afecciones son formadas prudente, sobria, fuerte y justamente, se elevan hasta las virtudes de prudencia, templanza, fortaleza y justicia, que son llamadas raíz y quicio de todas las virtudes. Entre ellas, la justicia, que parece ser una especie de cima o ápice y ocupar el lugar más elevado, posee el nombre de virtud por excelencia. Por eso, son bienaventurados, los que eligiendo esta síntesis tienen hambre y sed de la justicia. 3. Así como algunos piensan que los rayos resplandecientes de todas las estrellas forman en lo más alto del firmamento un círculo de notable resplandor al que llaman galaxia; así también, en el firmamento espiritual, se piensa que el fulgor de todas las virtudes constituye la justicia; por eso se la considera como un cierto equilibrio, una medida de las cosas y también como un límite determinado, más allá y más acá del cual no puede haber rectitud. En efecto, la justicia es la que iguala todo, dando a cada cual lo que es suyo. La ley natural la contiene, la Escritura la prescribe, el Evangelio la completa: no sólo no debemos hacer a otro lo que no queremos

que se nos haga a nosotros, sino que debemos hacer a otro lo que queremos que se nos haga³. 4. Por eso, quien busca la bienaventuranza, no debe apartarse de la justicia, sino volver a ella y dirigirse por ella, para no quedarse en la ley natural —como el filósofo— ni apoyarse en la justicia de la ley —como el judío— sino someterse a la justicia de la fe —como el cristiano⁴; y como humilde acusador de sí mismo⁵, alcanzar el premio que Dios nos destina allá arriba en Cristo Jesús⁶. Aquí, lo que se tiene o se puede tener de justicia es parcial; allá, en cambio, es perfecto. Parcial, en el camino; perfecto, en la plenitud de la bienaventuranza. 5. Sigue pues de lo parcial a lo parcial, como de *virtud en virtud*⁷: hasta que alcances lo que te ha alcanzado a ti⁸. Vela, para que nunca la justicia se aparte de tu mano, de tu boca, de tu corazón⁹; porque aquél que se adhiere a la justicia la obtendrá; no cualquier justicia, sino aquélla plena, perfecta, pacífica, que uno no obtiene por un esfuerzo laborioso, sino que se la conserva con tanta facilidad como felicidad. Por eso: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*.

6. Dice también el Maestro: *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia*¹⁰. He aquí, hombre, lo que debes buscar; he aquí lo que tu Dios busca de ti, para que tú lo busques en él. Los gentiles buscan qué comer, qué beber, con qué vestirse. Tu Padre celestial sabe que tienes necesidad de todo eso¹¹. *Descarga sobre él toda tu preocupación*¹², guarda para ti el trabajo; él tiene cuidado de ti, si tú no descuidas ocuparte de la justicia. 7. Ocupate de ella, búscala por sobre todas las cosas, y busca todas las cosas a causa de ella; busca el Reino de Dios a causa de ella y no a ella a causa de él. No comiences de nuevo a ser mercenario y entendido en negocios; no entrarás en el poder del Señor, como quien no se acuerda sólo de su justicia¹³. Todo lo demás es añadidura, algo insustancial, que por eso no merece ser buscado. *Todo lo demás, está escrito, se os dará por añadidura*¹⁴. 8. Cuántos,

3. Mt 7, 12

4. Flp 3, 9

5. Pr 18, 17

6. Flp 3, 14

7. Sal 83, 8

8. Cf. Flp 3, 12

9. Cf. Jos 1, 8

10. Mt 6, 33

11. Mt 6, 32

12. 1P 5, 7

13. Sal 70, 16

14. Mt 6, 33

1. Mt 5, 6

2. Ez 2, 9

y con cuánto esfuerzo buscan hoy lo que no hay que buscar, y descuidan lo que hay que buscar, de tal modo que, si alguien creyendo en la palabra del Verbo, y seguro de tales cosas, tendiera a algo más alto, a la justicia, ¡se convertiría en motivo de risa y de menosprecio!

Pero ¿qué pensar del hecho de que no diga: buscan, sino: *Los que tienen hambre y sed de justicia?* ¿No habremos de entender que la justicia es para el alma, lo que el alimento y la bebida son para el cuerpo? Ella es como el viático para el camino, siendo parcial; es el banquete en la patria, donde ella es perfecta; es leche para los niños, y es comida para los adultos. De donde esta maldición del profeta: *Como un niño arrancado de los pechos de su madre así retribuirás a mi alma*¹⁵. *Bienaventurados*, pues, *los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados*¹⁶. 9. Entonces habrá felicidad plena, cuando la saciedad sea plena; entonces será plenamente saciado por esta plenitud de justicia de la cual gozó ahora en parte, parcialmente. Ahora es remedio, entonces será delectación; ahora es una disciplina, que en el presente pareciera implicar dificultad y pena; entonces será la gloria, cuando a los ejercitados por ella les ofrezca el fruto apacible de la propia justicia¹⁷. Aquí aparece como la flor de la justicia y de todas las virtudes, allí en cambio se recogerán en plenitud los frutos. 10. Así, así, deben ser dirigidos, desde el principio de la justicia, a través del progreso, hasta la perfección, los que buscan la bienaventuranza de la virtud. El principio de la justicia es no hacer injuria a nadie; el progreso, soportar con paciencia la que se nos hace; la perfección, hacer bien a todos, si se puede, y si no, por lo menos, querer hacerlo.

De donde se sigue: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia*¹⁸. No es prudente, ni aun para el justo, contender con el Justísimo; pues de mil cargos no podría responder a uno¹⁹. Es insensato oponerse con diez mil hombres al enemigo que viene contra él con veinte mil²⁰. 11. Por eso

15. Sal 130, 2

16. Mt 5, 6

17. Hb 12, 11

18. Mt 5, 7

19. Jb 9, 3

20. Lc 14, 31

vale la pena, cuando todavía está lejos, enviar una embajada de paz que le diga: *Señor, no entres en juicio con tu siervo*²¹, incluso con aquél que es justo según tu testimonio, al que tú encontraste según tu corazón, al que ungiste con tu óleo santo²² *porque ningún hombre vivo es inocente frente a tí*²³. ¿Pero qué? ¿Cuál es esta embajada de paz? La misericordia. Pues sólo la misericordia obtendrá misericordia. Ella es la corona áurea que está sobre la cabeza del justo, marcada con el signo de la santidad; es por ella que el justo será salvado, allí donde a duras penas será salvado²⁴. Porque la justicia sin misericordia es cruel; ella no será salvada. 12. La misericordia no tendrá que temer oír lo malo, ni la palabra severa, cuando los justos sin misericordia *caigan mil al lado de Dios y diez mil a su derecha*²⁵. Al contrario, sus oídos se llenarán de gozo y alegría cuando se diga: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino*²⁶. ¿Por qué? *Porque tuve hambre y me disteis de comer*, etc. Como si dijera: Porque tuvisteis misericordia, obtendréis misericordia. Por eso, *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia*²⁷. Aquí percibo los lamentos de algunos de vosotros y sorprende sus suspiros. Decís en vuestros corazones, gimiendo en vuestros lechos²⁸. 13. ¡Ay de nosotros! Sólo la misericordia obtendrá misericordia: está dicho, está probado, es verdadero. ¿Qué haremos? Según lo que hagamos, se hará con nosotros. ¿Qué podemos hacer pues por el hambriento, el sediento, el desnudo, el vagabundo, el enfermo, el preso, nosotros que lo dejamos todo, que no tenemos nada y a quienes nos está terminantemente prohibido todo trabajo remunerado? ¿Cómo se dará pues esa misericordia, la única que será alabada, salvada, acogida? Éste es el dolor que se ha renovado en vosotros; y arde vuestro corazón, lo sabemos. Éste es el fuego que se enciende en vuestra meditación. 14. Pero vosotros enmudecisteis y os humillasteis, y a causa de la gravedad de la taciturnidad y por el bien del silencio, que es un homenaje a la justicia, calláis incluso las

21. Sal 142, 2

22. Cf. 1S 13, 14;

Sal 88, 21

23. Sal 142, 2

24. Cf. 1P 4, 18

25. Sal 90, 7

26. Mt 25, 34

27. Mt 5, 7

28. Sal 45, 5

palabras buenas²⁹. Hablemos pues, nosotros, a quienes se nos ha confiado la dispensación de la palabra, no con nuestra lengua, sino con la del Señor, y demos a conocer el fin de esta realidad, para que sepáis lo que os falta. David canta ante el Señor la misericordia y el juicio³⁰, pero el juicio después de la misericordia, de lo contrario, tendría que haber llorado. Pues habrá un juicio sin misericordia, para aquél que no tuvo misericordia³¹. 15. Hay dos clases de misericordia: dar y perdonar. Por eso se dice: *Dad y se os dará; perdonad y seréis perdonados*³². Y esto proporcionalmente, de ahí que: *Perdónanos como también nosotros perdonamos*³³ y también: *Con la medida con que midiereis se os medirá*³⁴.

Además, la división de cada especie de misericordia es tripartita. Porque en una y otra la misericordia es grande, mayor y máxima; la principiante, la adulta y la vigorosa. Medida por medida. Quien no tuviera ningún grado de misericordia, no tendrá derecho a ninguna indulgencia. Por eso, el primer grado de misericordia consiste en dar de lo suyo, según la admonición del Salvador: *Haced limosna, y todo será puro para vosotros*³⁵. 16. El segundo grado de misericordia consiste en dar todo lo suyo, como si dijera: *He aquí que hemos dejado todo; ¿qué recibiremos?*³⁶ El tercer grado consiste en darse a sí misma, como si pudiera decir: *No sólo me gastaré, sino que me desgastaré por vuestras almas*³⁷. *Nadie tiene mayor amor*³⁸: éste da al Señor todo lo que puede, recibiendo el cáliz de la mano del Salvador y confiando en el Señor, él invoca su nombre³⁹.

Del mismo modo hay también otra especie de misericordia, que, o bien libera de una parte de la deuda, o bien perdona la deuda y a veces libera a quien se debe totalmente a sí mismo. 17. Pero la misericordia no se ejerce sólo al exterior y en lo que se refiere a las cosas materiales; porque ella perdona la injuria, propone el consejo, ofrece la oración, da el buen ejemplo,

29. Sal 38, 34

30. Sal 100, 1

31. St 2, 13

32. Lc 6, 37

33. Mt 6, 12

34. Mt 7, 2

35. Lc 11, 41

36. Mt 19, 27

37. 2Co 12, 15

38. Jn 15, 13

39. Sal 115, 13

trabaja en la formación, y se practica de infinitas maneras. A veces, por cierto, en contra de la voluntad del interesado, pero siempre para su bien, pues a menudo los beneficios se prestan a quienes no los quieren.

¿Dónde está, decidme, lo que teméis? Si dejasteis todo, juzgaréis también a aquéllos que obtendrán misericordia. 18. Si cada día, después de haber dejado toda propiedad, os dais vosotros mismos no guardando albedrío o libertad ni de vuestro cuerpo ni de vuestra voluntad, diciendo: *Abba, Padre, no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tñ*⁴⁰, os sentaréis sobre doce tronos, convocaréis y juzgaréis con autoridad a las doce tribus de Israel⁴¹.

19. Por eso, *bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia*. Ciertamente, la perfección de toda la vida activa está colocada como cima de este monte; pues más allá no hay dónde apoyar el pie. Si te agrada, con renovadas fuerzas, volar a la contemplación, toma alas como las del águila⁴²; si al presente es demasiado para ti, dirás: *¿Quién me dará alas como de paloma para volar y reposar?*⁴³ 20. Pues, ¿qué más puede hacer un hombre entre los hombres en esta vida mortal o en esta muerte vital, por sí mismo o por otros, sino, mediante el desprecio voluntario de las riquezas injustas⁴⁴ ser él mismo moderado y firme; por la mansedumbre ser para los otros calmo y apacible; por la compunción, reservado y piadoso; por la justicia, con los de fuera y consigo mismo delicado y sin aristas; por la misericordia, bienhechor de muchos, benévolo con todos? ¿Qué más puede hacer, sino por el amor de la pobreza, rechazar las sonrisas del mundo; por la virtud de la mansedumbre, despreciar la ira; por el don de la compunción, recogerse; por la justicia, someterse a Dios; por la misericordia, ganar al prójimo; por el amor de la pobreza, contentarse con poco; por su comportamiento modesto, excluir toda enemistad; por el ardor de su compunción, velar sobre sí mismo; por el rigor de su justicia, ser agradable a Dios; por la dulzura de su misericordia *hacerse todo a todos*?⁴⁵

40. Mc 14, 36

41. Cf. Mt 19, 27

42. Is 40, 31

43. Sal 54, 7

44. Lc 16, 9

45. Cf. 1Co 9, 22

21. He aquí lo que oyen aquellos que, abandonando a la muchedumbre, suben al monte. He aquí lo que son; porque según lo que son es lo que oyen. Ahora bien, ¿qué oyen sino la virtud, sino la bienaventuranza? Y ellos mismos por causa de esto son aquello. En el monte se habla de las virtudes, se proclaman las bienaventuranzas, indirectamente se censuran los vicios, se señalan sus consecuencias nefastas; cómo y dónde y quiénes pierden el cielo, la tierra, a sí mismos, a Dios y al prójimo. Por lo demás, no se nombran entre ellos tales cosas, como conviene a los santos⁴⁶ y como desearíamos llegar a ser nosotros. Por nuestro Señor. Amén.

SERMÓN 4

(Cuarto en la fiesta de todos los Santos)

Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios¹. Todos tienen esta aspiración: querer ver lo que aman. Por eso, se sigue naturalmente aquello de: *Bienaventurados los puros de corazón*, etc. En efecto, sólo los puros de corazón verán a Dios; y Dios será visto sólo por el corazón puro. Pero, os pregunto, hermanos, ¿para qué durante largo tiempo hemos realizado tantos esfuerzos, si todavía no hemos purificado nuestro corazón? Si lo hemos purificado para la virtud, hemos de purificarlo para la verdad; si lo hemos purificado para la caridad, hemos de purificarlo para la visión. 2. Por cierto, hemos curado al cojo, pero hemos de iluminar también al ciego. Porque son dos las penas de los hijos de Adán: la ignorancia y la debilidad; la una cierra los ojos de la razón, y la otra, por así decirlo, retrasa en su marcha las afecciones del alma. El profeta deplora estos sufrimientos comunes y dice: *Mi virtud me ha abandonado, y la*

46. Cf. Ef 5, 3

1. Mt 5, 8

luz de mis ojos no está conmigo. La virtud se forma en la afección, o más bien, la propia afección se forma en la virtud. Sin duda la verdad se muestra a la razón, pero para ser vista, ésta debe ser iluminada por aquélla. 3. Por eso el Señor, al purificar los ojos del alma para que pueda ver la verdad, ilumina por así decir, a un ciego. De ahí que las palabras siguientes no se refieran a la purificación de los vicios que se designan con el nombre de amor perverso o afecto desordenado, sino a la purificación de las fantasías que se introducen por los sentidos corporales y dan vueltas dentro, en la imaginación, y como nubecillas interpuestas, nos ocultan la claridad del sol, o bien, muy alejadas del propio cuerpo solar, fuente de toda luz nos la interceptan o al menos atenúan su resplandor.

4. Del mismo modo que si nosotros tuviéramos la facultad de volar hacia este cielo visible, sería necesario abandonar la tierra, y también las aguas que —se dice— están por encima de la tierra, e incluso aquellos elementos más ligeros que están suspendidos con arte admirable y forman las nubes; así también ciertamente, quien eleva la mirada del alma para ver al ser puramente incorpóreo; debe trascender no sólo todo cuerpo o semejanza de cuerpo, sino también toda agitación de los pensamientos. ¿Por qué os asombráis? Cuando hayáis atravesado todas estas nubes que hemos dicho por la vigilancia del alma y la pureza de corazón, después de haber hecho callar todo pensamiento, es más, habiéndolo dejado atrás, aparecerá por fin la nube brillante, la nube luminosa, no ya la agitada, la densa, no ya la nube de la ignorancia sino la de la sabiduría. 5. Porque hay tinieblas en la luz, y mucho más en una luz intensa; porque esa luz, cuando entra en su incomprehensibilidad, en su inaccesibilidad en la que habita² y por último en su *paz que sobrepuja todo sentimiento*³, priva a nuestros ojos de la claridad misma, de suerte que finalmente vosotros aprendéis algo de ella por revelación más que por contemplación, como los santos apóstoles aprendieron de los varones que estaban ante ellos con vestiduras blancas⁴.

2. 1Tm 6, 16

3. Flp 4, 7

4. Hch 1, 10

6. Del mismo modo que este mundo visible se eleva gradualmente por cinco elementos distintos: la tierra, el agua, el aire, el éter o firmamento, y también el cielo más elevado —llamado empíreo— así también para el alma que peregrina en el mundo de su cuerpo, hay cinco etapas hacia la sabiduría: el sentido, la imaginación, la razón, el intelecto, la inteligencia. 7. El sentido percibe los cuerpos; la imaginación, percibe las semejanzas de los cuerpos; la razón, las dimensiones de los cuerpos y otras cosas semejantes, esto es, el primer grado de lo incorpóreo, que sin embargo para subsistir tiene necesidad del cuerpo, y por ende, del lugar y del tiempo. El intelecto se eleva sobre todo lo que es cuerpo o espíritu creado unido al cuerpo que, para subsistir, no tiene necesidad del cuerpo ni por consiguiente de lugar, pero no puede en absoluto arreglárselas sin el tiempo, puesto que es mutable por naturaleza. 8. La inteligencia, en la medida en que le está permitido a una naturaleza creada sobre la cual sólo está el Creador, ve inmediatamente lo incorpóreo en sí mismo, único, supremo y puro, que no tiene necesidad ni del cuerpo para existir, ni del lugar para estar presente, ni del tiempo para durar.

9. Así el corazón debe ser purificado, y es preciso que se aleje de la tierra y del agua, para llegar a la serenidad de la razón, para discernir el primer género de lo incorpóreo; que suba hasta la solidez del intelecto a fin de contemplar el segundo género de lo incorpóreo; que se eleve al resplandor ígneo de la inteligencia —como sobre el monte Tabor, sobremanera elevado— para ver el tercer género invisible de lo incorpóreo; y que así vea con sus propios ojos a Jesús transfigurado, glorificado, con sus vestidos resplandecientes por la gloria de su carne, tales como ningún lavadero de la tierra podría blanquearlos⁵. Pero que no fije la mirada sobre esta forma simple de incomprensibilidad, de incorporeidad, de invisibilidad, en la cual él permanece igual al Padre; más aún, que la razón, el intelecto, la inteligencia, se postren rostro en tierra. 10. Que Pedro, Santiago y Juan escuchen al Padre aunque sin verlo; incluso, que al bajar no digan a nadie

5. Mc 9, 3

lo que vieron u oyeron⁶. Porque, amadísimos hermanos, los hombres espirituales y que tienen los sentidos ejercitados por el hábito⁷, ven, gustan, sienten muchas cosas admirables, suaves, agradables, resplandecientes de luz, durante su oración y su contemplación, un instante y como en un transporte del alma; y vueltos a sí mismos, ellos no pueden decir absolutamente nada, es más, apenas si pueden recordarlo. 11. He aquí por quiénes, cómo y para qué fines el corazón debe ser purificado, a fin de poder contemplar a aquél que subsiste sin cuerpo, que es bello sin cualidad, que es grande sin extensión, que está en todas partes sin estar en un lugar, que es siempre sin estar en el tiempo. Sin esto, de ningún modo el corazón podría ver a Dios, y por eso se dice: *Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*⁸; aquí en un espejo y oscuramente⁹, allí tal cual es. 12. Ésta es aquella hermosa y de mirada límpida, a quien eligió y desecó aquel prófugo y exiliado, por la cual sirvió siete años¹⁰ abrasado por el calor y el frío; y todo este tiempo le resultó breve y llevadero a causa de la esperanza en la cual se alegraba. Ésta es, la que por su simplicidad, es llamada oveja o visión del principio. 13. Hermanos, deseo vivamente que me sea dado investigar a partir de cada objeto visible su propiedad y sus diferencias, su naturaleza y su forma, su causa y su esencia, hasta ver su principio eficiente, formal y final; es decir, de dónde proviene y cómo, de dónde y por qué. Pues todas las cosas tienen en sí naturaleza, forma, uso, número, medida y peso. Pero busco de dónde son estas cosas y cuál es su principio y no lo encuentro fácilmente; por eso sirvo con gusto, y con paciencia soporto todo. Y a causa de las costumbres del país, se me da una mujer legañosa y desagradable, que yo no deseaba. 14. Dice Labán: *Entre nosotros no es costumbre casar y dar a un hombre la menor antes que la mayor*¹¹. Ésta es, hermanos, esa afección del alma o apetito, de la cual hemos hablado ya tantas veces y tan largamente; que debe ser sometida primero al sentido racional, debe ser disciplinada, ordenada, dejada siempre en la casa, para que ella misma, en

6. Cf. Mc 9, 9

7. Cf. Hb 5, 14

8. Mt 5, 8

9. 1Co 13, 12

10. Cf. Gn 29, 16 ss.

11. Gn 29, 26

el calor del día, encuentre a los tres ángeles, como Abrahán, cuando Sara fue dejada en la casa¹². 15. Para hablar con mayor claridad, nadie puede ser plena y perfectamente espiritual, ni idóneo para disponerse al ocio de la contemplación ni para salir con seguridad de su tienda, si primero no ha liberado su alma de los vicios, es decir, de todo amor malo y desordenado; si no la ha adornado y embellecido con las buenas costumbres; si no la ha defendido y protegido con las virtudes; no sea que si el espíritu adúltero e inundo vuelve para poner insidias al tálamo legítimo, y encuentra la casa barrida y adornada pero carente de virtudes, irrumpa o se introduzca, ocupe la casa, se refuerce con siete satélites peores que él, y corrompa la afección misma que es la señora de la casa; y el último estado espiritual de éste sea peor que los primeros¹³, porque habiendo comenzado en espíritu será consumado o más bien consumido por la carne¹⁴.

16. En síntesis, se debe educar la afección con discreción, sobriedad, energía y justicia, para que en ella el hábito del alma que se llama virtud, esté bien regulado, y para que sea formada y ordenada por la caridad según se lee: *Ordenó en mí la caridad*¹⁵. Y que aquél que desea ser espiritual, lo sea más bien por la afección que por la razón, y más bien por la conducta que por la meditación. Que se apoye en los pies para emprender el vuelo; y, porque no siempre podrá volar, que vuelva a caer sobre sus pies, para no precipitarse de cabeza, es decir, para que la afección no se precipite, ella que tiene a su cargo el cuidado de la casa, de todo su amoblamiento y de todo el personal. 17. Ella anda solícita y se inquieta por todo¹⁶. Asigna su nombre y su función a todas las acciones y a todos los movimientos de los miembros; si es buena y ordenada, todo lo demás será bueno y ordenado; pero si es mala, lo demás será malo; si está corrompida, lo demás se corromperá. Por tanto, así como la acción está sometida a la voluntad, así también que la voluntad o la afección se someta a la razón; pero que la razón se someta a la Sabiduría y al Verbo de Dios, a fin de que como varón sabio y a cara descubierta

12. Gn 18, 9

14. Cf. Gn 3, 3

16. Cf. Lc 10, 41

13. Cf. Mt 12, 45

15. Ct 2, 4

contemple a Dios del que es imagen¹⁷, y no tenga un velo sobre la cabeza, dependiendo inmediatamente sólo de Dios¹⁸. 18. Pero que la mujer sea prudente y no litigiosa, que tenga velada su cabeza ante el varón —del cual es imagen— a fin de que haya paz en la casa, merezca ser bendecida, ser fecunda, y también tener rebaños que no disminuyan¹⁹. Que haya hijos e hijas, es decir los frutos de las meditaciones espirituales; que haya la familia muy numerosa de las virtudes, y las ovejas fecundas²⁰ de las costumbres apacibles y simples; los caballos y las vacas de los ejercicios corporales, y que toda la casa sea ordenada, enriquecida y fecundada por sabios y prudentes; pero, finalmente, que sea guardada —como está escrito: *Para que lo cultive y guarde*²¹— y que así esté en paz todo lo que poseen. 19. Que también ellos estén en paz, mientras poseen *la paz en su territorio*²², es decir, entre el hombre y su señor, o sea la razón, el espíritu y Dios; entre la mujer y su marido, es decir entre las afecciones del alma y la razón, entre la mujer y lo que depende de su autoridad, a fin de que consiguientemente merezcan oír aquello de: *Bienaventurados los pacíficos*²³, etc. Pero hermanos, todo aquello que sobre esta extrema y suprema virtud se dignare revelar el Señor de las virtudes, lo abordaremos otra vez. Entre tanto, reposemos hoy en Cristo. Amén.

SERMÓN 5

(Quinto para la fiesta de todos los Santos)

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios¹. ¿Qué más desea el servidor sino devenir hijo? Es más, hermanos míos, ¿quién osaría tener la más leve idea de esto, si la propia benignidad de Dios no lo hubiera

17. Cf. 2Co 3, 18

20. Sal 143, 13

23. Mt 5, 9

18. 1Co 11, 7

21. Gn 2, 15

1. Mt 5, 9

19. Cf. Sal 106, 38

22. Sal 147, 14

permitido y prometido? Éramos impíos, y por ende, enemigos, sin hacer nada por nuestra salvación, ni esperar nada acerca de ella; y vino gratuitamente y de forma inesperada nos previno, aquél que en verdad *nos amó primero*, Cristo, *que murió por los impíos*. 2. Es lo que admira al Apóstol y le hace exclamar: *¿Cómo Cristo murió por los impíos*², mientras que por un justo apenas habrá quien muera? Porque por uno bueno, es decir, por un amigo y que nos resulta grato tal vez alguien osaría morir —como se lee de Pilades y de Orestes—; pero nosotros éramos enemigos, como se dice a continuación: *Si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora*³, etc. ¿Qué significa este: *mucho más*? Realmente, que recibimos la filiación por el propio Hijo. Notad la gradación, distinguid la progresión. 3. Éramos enemigos, esclavos del pecado, libres con respecto a la justicia. El Hijo nos liberó y en verdad fuimos liberados del pecado y del diablo, deviniendo esclavos de la Justicia. Y éste es el primer grado, el que desea quien clama: *Señor, libera mi alma*⁴. Y habiéndolo obtenido exulta: Señor, porque me libraste *soy tu siervo e hijo*, no digo todavía tuyo, sino *de tu esclava*⁵. *Rompiste mis cadenas*, con las cuales el diablo me había aherrojado como un cuadrúpedo, de modo que no tenía la libertad de salir ni de obrar como está escrito: *Sale el hombre a su trabajo, a sus faenas*⁶. 4. Ahora nuevo el pie, ahora extendiendo mi mano desecada⁷, de pervertido me he transformado en convertido, de enemigo en siervo, siervo totalmente inútil para hacerte el bien a ti, que no necesitas de mis bienes; y sin embargo útil para mí, que con temor y temblor obro mi salvación⁸. *Cuando hayáis hecho estas cosas decid: siervos inútiles somos*⁹, etc. He aquí que es considerado enemigo el que realiza perversamente el mal o hace perversamente el bien; el que hace todo bien, no es llamado aún amigo, sino siervo. 5. Así, corresponde al siervo hacer el bien, cumplir obras virtuosas de justicia y de misericordia; pero el amigo comparte los secretos, conoce los proyectos. De ahí que, en el segundo grado, los otrora enemigos, convertidos en siervos oyen que se

2. Rm 5, 6-7

3. Rm 5, 10

4. Sal 114, 4

5. Sal 115, 16

6. Sal 103, 23

7. Cf. Mt 12, 13

8. Cf. Flp 2, 12

9. Lc 17, 10

les dice: *Ya no os llamo siervos, sino amigos míos*¹⁰, etc. ¿Qué esperamos todavía? Que en el tercer grado, de amigos lleguemos a ser hermanos de Cristo, hijos de Dios, y finalmente, ya que los hijos son herederos¹¹, lleguemos a ser sus herederos.

Está escrito: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*¹². Por la contemplación, los limpios de corazón han conocido todo lo que el Hijo ha oído del Padre¹³; porque ellos, también por ser pacíficos serán llamados hijos. 6. Hermanos dilectísimos, ¿cuál es —os ruego por la caridad de Cristo—, cuál es esta paz que debe ser tan amada, tan deseada, esta paz tan cara o esta pacificación que debe ser colocada por encima de todos los grados de la virtud, que debe ser puesta por encima de todos los méritos, que alcanza la cima de todo, que otorga la bienaventuranza más alta y más excelente de todas? Busquemos junto a los hombres, busquemos junto a los santos ángeles, que se interesan por nosotros y por nuestras cosas. Y sobre todo, puesto que esta sabiduría nos es absolutamente necesaria, pidámosla a aquél que da con abundancia y sin reproche¹⁴. 7. Busquemos en la oración, en la meditación, en la lectura, sin desfallecer jamás¹⁵. Porque si insistimos en la búsqueda ciertamente encontraremos; lo ha afirmado esa misma Verdad que buscamos: *Buscad y encontraréis*¹⁶. Éste es el tesoro escondido en el campo, la perla preciosísima que debe ser buscada con ahínco, adquirida a un alto precio, y guardada con sumo cuidado¹⁷. Es el monte de los montes, en el cual sólo el Hijo existe, por naturaleza, con el Padre. Pero, para no ser él solo el heredero, se dignó adoptar hermanos. Debe buscarse pues, con el mayor cuidado, todo aquello que hace que podamos ser hermanos de Cristo e hijos de Dios: *Herederos de Dios, coherederos de Cristo*¹⁸. 8. Y he aquí que uno de los serafines, en quien se encuentra la plenitud de la dilección, y tal vez la misma que buscamos dice: *A cuantos le recibieron les dio el poder de devenir hijos de Dios*¹⁹.

10. Jn 15, 15

11. Cf. Rm 8, 17

12. Mt 5, 9

13. Cf. Jn 15, 15

14. St 1, 5

15. Cf. Ga 6, 9

16. Lc 11, 9

17. Mt 13, 45

18. Rm 8, 17

19. Jn 1, 12

¿Acaso dice: "A cuantos le vieron"? Los puros de corazón son los que ven, pero los pacíficos son los que reciben. Tal vez es éste, más aún, verdaderamente es éste el campo donde se encuentra escondido el tesoro. Dice: *A cuantos le recibieron*. Y también: *Yo vine en nombre de mi Padre y no me recibisteis*. ¿Qué es entonces recibir al Verbo de Dios? Es una desgracia no ver al Verbo de Dios; es el colmo de la desgracia verlo y no recibirlo. ¿Cómo y dónde debe ser recibido este Verbo? 9. Dos son las tareas de la economía: trabajar y guardar. De ahí que al primer hombre se le dijo: *Que cultive y guarde el jardín*²⁰. La primera tarea compete al varón, la segunda a la mujer. A aquél le corresponde salir a su trabajo, pues el hombre nace para el trabajo²¹ y lo que gana con él debe llevarlo a la casa. A ésta le corresponde permanecer en la casa, aguardar al varón, estar pendiente de su regreso; preparar lo que él le ha entregado, para que, cuando llegue, juntos coman y beban y se deleiten en la alegría²². Muchos trabajan mucho, y aprovechan poco; con el sudor de su frente acopian riquezas y las ponen en saco roto²³, de donde caen por tierra y se pierden.

10. Conviene hablar más claramente. ¿Habéis comprendido todo esto? Conocéis bastante y habéis oído ya quién es este varón del cual intentamos hablar y quién esta mujer, cuál es su trabajo y cuál la comida y las demás cosas que fueron dispuestas. Pues muchos, por la agudeza de su ingenio, por la aplicación vehemente de su espíritu, por la vivacidad de su inteligencia, y su hábito respecto de estas realidades, escrutan lo profundo, penetran lo elevado. En efecto, lo cognoscible de Dios les es manifiesto, su eterno poder y su divinidad, de manera que son inexcusables²⁴. 11. Pero porque no buscan la sabiduría por ella misma se pierden en sus pensamientos²⁵ y en la vanagloria se deleitan ante los hombres a causa de la fama o de la utilidad. Incluso después de haber visto la verdad, no la reciben con el afecto del corazón y con la dilección que vienen del Padre. Sino que, en el deseo de su alma, aspiran viento²⁶ y siguiendo la vanidad

20. Gn 2, 15

21. Jb 5, 7

22. Sal 67, 4

23. Ag 1, 6

24. Rm 1, 19.20

25. Rm 1, 21

26. Cf. Sal 118, 131

se vuelven vanos; y lo que habían adquirido elevándose, al caer lo pierden; ellos disipan toda la parte de la hacienda preciosa en la fornicación y en la lujuria²⁷. Y así, en su lecho legítimo, no tienen paz, por lo que no son dignos de escuchar: *Bienaventurados los pacíficos*²⁸, etc. Éstos son los que, elevados en las alturas, se contemplan a sí mismos; los que al mirar hacia abajo son presa del vértigo, no tienen en dónde aferrarse y se precipitan de cabeza. 12. En efecto, por un juicio profundo es derramado en ellos un espíritu de vértigo que los hace vacilar como un hombre borracho presa del vómito²⁹. Porque ellos vomitan al exterior, aquello de lo que deberían vivir en su interior. Su corazón insensato está oscurecido, y alardeando de su sabiduría, se muestran necios, más amantes de las tinieblas que ahora los entenebrece, que de la luz con la que fueran iluminados³⁰.

13. Por eso, hermanos, esta alma santa y verdaderamente consagrada a Dios, que había entrado en el santuario de Dios³¹, y había comprendido al fin, mientras el santo Jacob había servido desde el principio³² considerando lo que le estaba reservado en el cielo, y reprochándose haber deseado algo en la tierra, ahora que ha desfalecido su carne y el corazón que abrigaba estos deseos, exclama: *Dios de mi corazón*, es decir, de mi meditación, y *mi porción*³³ —la que espero, a la que tiendo, en la que me deleito, donde establezco mi fin, por la que trabajo— a fin de dar una morada a mi afección ordenada, en la cual ella cene conmigo y yo con ella³⁴, es decir, el propio Dios. Él es mi meditación, él mi deleite. A él, por él mismo es a quien busco y no a mí. Por él, y de él me alimento en mi interior. Él es para mí el campo en el cual trabajo, él es para mí el fruto por el cual trabajo. Él es para mí la causa, es para mí el efecto, es para mí el principio, es para mí el fin que no tiene fin; él es mío eternamente; y dice: *mi porción es Dios por siempre*³⁵. 14. Porque los que se alejan de ti para no escucharte, o si escuchan para no ver, o si ven para no recibir, sino que te

27. Cf. Lc 15, 12.13

28. Mt 5, 9

29. Is 19, 14

30. Cf. Jn 3, 19

31. Sal 72, 17

32. Cf. Gn 29, 18

33. Sal 72, 26

34. Cf. Ap 3, 20

35. Sal 72, 26

escuchan, te buscan, te ven, te proclaman, pero no a causa de ti, prostituyéndose con otras cosas lejos de ti, perecerán³⁶. Porque en tu juicio secreto ya has perdido a todos los que se prostituyen lejos de ti. Por eso, dice, *mi bien es adherirme a Dios*³⁷ siempre, para subir por él hasta él, y una vez subido, no caer de él, que es bueno. Y puesto que no reposamos todavía en la visión sino que caminamos en la esperanza³⁸ dice, *mi bien es poner en el Señor Dios mi esperanza*³⁹.

15. He aquí, hermanos míos, en qué campo, con qué manos y con qué esperanza tenéis que trabajar, vosotros que habéis entrado no sólo a la soledad del lugar, sino también a la del espíritu y también a la de Dios, allí donde él ha dejado las noventa y nueve ovejas⁴⁰. He aquí dónde percibiréis los frutos que debéis obtener, dónde y con qué debéis comer y beber *el pan de la vida y de la inteligencia, y el agua de la saludable sabiduría*⁴¹. Porque conviene que el agricultor que trabaja reciba las primicias de sus frutos⁴². *Porque ¿quién plantó una viña y no bebió de su vino?*⁴³. 16. Carísimos, prestad atención a esto y a todas las cosas con sumo cuidado, para que en este secreto connubio que se da en vosotros; ni el marido permanezca en el torpor y en la ociosidad, ni trabaje para otros, ni gane nada a no ser para su esposa legítima; y tampoco la esposa —en lo que de ella depende— ordene algo sin consultar al marido, ya que, si tratáis de guardar el orden, primero debéis guardarlo dentro de la propia casa. Que todo ejercicio corporal, que aprovecha poco⁴⁴ esté regulado por una piadosa afección; que toda afección y voluntad estén sometidas a la razón; pero que el alma racional esté sometida al Verbo de Dios, a fin de no apartarse jamás de su magisterio y tal como allí viere u oyere, así juzgue, modere, ordene todas las cosas inferiores. Aprenda allí lo que debe enseñar y diga: *Mi doctrina no es mía*⁴⁵ sino de aquél a quien estoy sometida. 17. Que ella se adhiera continuamente a él por una dilección infatigable, que

36. Sal 72, 27

37. Sal 72, 28

38. Cf. 2Co 5, 7

39. Sal 72, 28

40. Cf. Lc 15, 4

41. Cf. Si 15, 3

42. 2Tm 2, 6

43. Cf. 1Co 9, 7

44. 1Tm 4, 8

45. Cf. Jn 7, 16

se goce en contemplarlo, diciendo: *Mi bien es adherirme a Dios*⁴⁶, pues quien se adhiere a Dios, es un solo espíritu con él⁴⁷. Porque si el que se adhiere a la carne —por esa voluptuosidad afeminada y blanda en donde el propio espíritu deviene casi por entero carne— se hace una sola carne, de modo que aquéllos que se adhieren carnalmente ya no son dos, sino una sola carne⁴⁸; ¿no sucederá acaso que los que con corazón fuerte y alma viril —con una dilección no menor, sino más casta y pura se vuelcan totalmente a Dios sin retener nada para sí, sin reservarse nada— se adhieran a él, despojados de sí mismos y devengan un solo espíritu con Dios? ¿Acaso aquella peste será más eficaz para dañar, para cautivar, para devorar, para pervertir, que esta virtud para auxiliar, para liberar, para unir, para transformar? 18. La palabra omnipotente, que puede cuanto quiere, es más, en la cual poder y querer son lo mismo, dice: *Yo quiero, Padre, que así como tú y yo somos uno, así también estos sean uno con nosotros*⁴⁹. ¡Oh voluntad misericordiosa, voluntad de Dios digna de Dios, voluntad llena de gracia y de caridad, voluntad llena de verdad, porque es de la Verdad! *Que como tú y yo somos uno, así también estos sean uno con nosotros*. He aquí hasta dónde progresa el siervo, hasta dónde es reconciliado el enemigo; de modo que de enemigo deviene siervo; de siervo, amigo; de amigo, hijo; de hijo, heredero; de heredero deviene uno, es más deviene también uno con esa misma herencia, de modo que así como no podría ser privado de sí mismo, así tampoco podría ser privado de la herencia que es el propio Dios. Y por eso dice *mi porción es Dios, por siempre*⁵⁰. He aquí cómo *son uno con nosotros*. 19. ¡Oh unidad única! ¡Oh unidad únicamente una! ¡Oh unidad absolutamente necesaria! Unidad por la cual hay que dejar todas las cosas dulces de este mundo, hay que soportar las amargas, hay que huir de las deshonestas y abrazar las honestas. Unidad hacia la cual se corre de variadas maneras, en la cual uno se mantiene invariablemente, uno reposa, uno se dilata. ¡Oh, si me fuera permitida la expresión audaz! ¡Oh, si se pudiera parangonar la torpeza con el encanto,

46. Sal 72, 28

47. 1Co 6, 17

48. Cf. Gn 2, 24;

Mt 19, 5

49. Cf. Jn 17, 11.22

50. Sal 72, 26

lo deshonesto con lo casto, la cima del espíritu con el envilecimiento de la carne! Nada mejor, nada más exacto, nada más expresivo para mostrar en estas tinieblas esta unión santa, espiritual, divina, que la comparación con su contrario. **20.** Nada más desemejante en la realidad, nada más semejante en la comparación. Así como en el instante de la unión carnal, el espíritu pasa completamente a la carne sin fuerza, sin dominio de sí, olvidado de sus cosas⁵¹, adormecido en lo que atañe a sus cuidados y preocupaciones, de tal modo que en ese momento el avaro no se acuerda de su dinero, ni el ambicioso del honor, ni el vanidoso de la gloria; que fuera de esto ni goza, ni se duele, ni desea, ni teme, mientras está absorbido por esta sola y única voluptuosidad; así, o todavía más, el espíritu todo, en una sobria ebriedad, fuertemente debilitado, será omnipotente en Dios y gozará de todas las cosas, cuando por la plenitud de la verdad, de la virtud, de la caridad, se adhiera a aquél que será todo en todo⁵². **21.** Él lo contemplará por él mismo, lo amará por él mismo, de modo que no le delecte ver nada, a no ser a aquél a quien ama, amar nada, a no ser a aquél a quien ve. La visión iluminará su amor, el amor inflamará su visión, al punto que mientras es ayudado siempre por uno y otra, recorrerá el círculo de la felicidad infinita, donde sólo los santos podrán andar; porque amó, será digno de ver y conocer; porque conoció, estará deseoso de amar. **22.** En efecto, es imposible ver a Dios y no amarlo; pero él no podría rehusar mostrarse al que lo ama. Dice: *Y yo, me mostraré a mí mismo*⁵³.

Amadísimos, éstas son aquellas alas de los serafines bienaventurados, con las cuales ellos siempre vuelan hasta el que se sienta en el trono⁵⁴, al cual todos los ángeles desean contemplar⁵⁵, al que contemplan siempre bajo el impulso del deseo, al que desean siempre bajo la influencia de esta contemplación. Por eso, hermanos, para terminar con este sermón laborioso, he aquí lo que considero como la cima de toda la vida religiosa, como el fin supremo de los ejercicios espirituales. **23.** Porque, del mismo modo que sabemos que en los órdenes de los ángeles celestiales,

51. Si 37, 6

53. Cf. Jn 14, 21

55. 1P 1, 12

52. Cf. 1Co 15, 28

54. Is 6, 1.2

los querubines y los serafines ocupan lo más elevado de su cielo; así también en nuestro cielo —o sea, en el alma del justo, sede de la sabiduría, donde pueden y deben encontrarse los mismos órdenes y grados de virtudes, que son como sus ángeles, para que los ángeles no estén ausentes de nuestro cielo—, el conocimiento y el amor, semejantes a los querubines y a los serafines, ejercen la soberanía, y todo el ejército de las virtudes les debe obediencia y servicio. Lo cual, si no lo habéis olvidado, recordaréis que en otra ocasión lo habéis oído de nosotros. **24.** Así, hermanos míos, os pido que el sudor de vuestro trabajo, la aspereza de la soledad, vuestro esfuerzo vigilante en los ejercicios corporales o en los estudios espirituales, no tiendan a otra cosa que a expulsar los vicios, ordenar las costumbres, promover las virtudes, de modo que, como buenos trabajadores *que viven sobria, justa y piadosamente en este siglo*⁵⁶, purifiquéis vuestro corazón para contemplar, os inflaméis para amar la *bienaventurada esperanza*⁵⁷ de la divina visión en la cual os será concedida la plenitud de la paz, gracias a la auténtica filiación divina. Dignese concedérsela por el Hijo, en el Espíritu Santo, aquél que vive y reina, Dios por los siglos de los siglos infinitos. Amén.

SERMÓN 6

(Sexto para la fiesta de todos los Santos)

Jesús, viendo a la muchedumbre, subió al monte. Amadísimos, hoy podemos ver al médico celestial abrir los vasos de medicamentos que trajo consigo al venir del seno del Padre, para curar las heridas de aquél que, al bajar de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones¹. Porque este hombre que baja es Adán, cabeza de la humanidad, quien por haber bajado voluntaria y neciamente, mereció caer en medio de ladrones. En efecto, Adán

56. Cf. Tt 2, 12

57. Tt 2, 13

1. Lc 10, 30

hubiera podido, de haberlo querido, permanecer en esa paz en la que había sido creado, rica de todo, segura contra cualquier agresión. Por consiguiente, no cayó por coacción, sino que porque quiso bajar, y por haber bajado cayó en manos violentas; de modo que tuvo que sufrir lo que no hubiera querido, el que no hubiera sufrido nada si hubiese querido permanecer. 2. Estos ladrones son los espíritus malos, pero también las diversas pasiones de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu, por las cuales él mismo, herido, se lamenta así: *¡Cuántas tribulaciones numerosas y graves me has hecho ver!*² Tribulaciones que sufre por cierto a pesar suyo aquél que por decirlo así, bajó porque quiso mereciendo en justicia caer en medio de ladrones y a causa de ellos en dolores. Porque de ninguna manera hubiera permitido el Señor, en su bondad, que cayera en manos tan crueles, si él por una culpabilidad íntima e innata no se hubiera apartado antes de aquél junto al cual hubiera debido guardar su fuerza³. Habiéndolo abandonado bajó, y porque bajó fue abandonado por aquél que permanece. 3. Así abandonado, cayó en manos de aquél a quien había sido entregado es decir, al diablo, que en modo alguno tuvo consideración de él sino que lo despojó, lo cubrió de llagas, y lo dejó semivivo⁴. Al que estaba totalmente muerto lo dejó semivivo, y dejarlo semivivo equivale a decir medio muerto. Porque la vida de los hombres es mortal, hasta el punto de ser también una muerte vital; pero la muerte del diablo es totalmente mortal, sin posibilidad de ser nuevamente llamada a la vida, así como por otra parte la vida del ángel es totalmente vital, sin posibilidad de inclinarse a la muerte.

4. Así, el hombre es dejado semivivo; vivo, pero incapaz por sí mismo de evitar la muerte; muerto, pero todavía capaz de curar mediante el remedio. Dice: *lo cubrieron de llagas*⁵. Pero veamos cuáles, aunque nosotros las conocemos mejor experimentándolas que hablando de ellas. Excepto pues las enfermedades y heridas corporales, que *superan todo número*⁶, las heridas que han corrompido al género humano, en nuestro primer padre y por

2. Sal 70, 20

4. Cf. Lc 10, 30

6. Cf. Sal 39, 6

3. Cf. Sal 58, 10

5. Lc 10, 30

él, comprenden siete géneros, pero muchas especies e infinitas categorías. Porque son siete nuestras corrupciones generales y originales, de las cuales nace toda la generación perversa⁷ y la descendencia viperina⁸ de los vicios y de los pecados. 5. Estas son las raíces amargas⁹ de donde se multiplican hacia arriba las llamas del pecado, los cubiles de los demonios y el nido de la muerte. La primera de estas corrupciones, yendo en orden descendente —según los vicios, su número, su orden y su malignidad— es la soberbia. En efecto, la soberbia es el amor de la propia excelencia. Ella es la usurpadora que en cuanto puede, se iguala al Altísimo¹⁰; y como rehúsa dar a otro la gloria de sus obras, de ella nace su hija primogénita, la envidia; porque todo arrogante es necesariamente envidioso. La envidia es el odio de la felicidad del otro.

6. Tras ésta viene la ira, es decir, la perturbación del alma, porque uno no puede mantenerse sereno ante aquél a quien envidia. Si ésta penetra el alma más profundamente, engendra la tristeza, la cual, absorbiendo sin medida al que está perturbado, lo sumerge en el torbellino de la desesperación. Allí lo recoge la avaricia, es decir, el amor del mundo, que como a quien carece de una esperanza mejor, lo consuela suave y dulcemente, y después lo entrega a la gula diciendo: *Alma mía, tienes muchos bienes almacenados para muchos años, come y bebe*¹¹. Habiéndolo devorado la gula, lo digiere la lujuria, que de este hombre de tan alto precio hace un excremento vilísimo, y se cumple en él lo que se ha dicho: *Los que se nutrían con delicadeza, abrazan los estercoleros*¹². Y también: *Se pudrieron como animales en su estiércol*¹³. 7. He aquí cómo el hombre que se ha deshonrado es comparado a las bestias, no sólo a las irracionales, sino también a las inmundas¹⁴, porque se ha hecho semejante a ellas. La soberbia lo despojó de Dios; la envidia, del prójimo; la ira, de sí mismo; la tristeza lo echó por tierra; la avaricia lo encadenó; la gula lo devoró; la lujuria lo convirtió en estiércol. Éstas son las fuerzas

7. Cf. Dt 32, 5

10. Cf. Is 14, 14

13. Jl 1, 17

8. Cf. Mt 3, 7

11. Lc 12, 19

14. Sal 48, 13

9. Cf. Hb 12, 15

12. Lm 4, 5

que militan contra el alma, que ponen asechanzas contra la miserable. Pero los ladrones que bloquean el camino de los que bajan —en manos de los cuales cae el que baja— son la carne, el mundo y el diablo. La excreción, la ingestión, la lujuria y la gula vienen de la carne; la avaricia y la tristeza vienen del mundo; la ira, la envidia y la soberbia vienen del diablo. 8. Éstos son los deseos carnales y mundanos¹⁵, y los espíritus del mal en los espacios celestes¹⁶. Por la soberbia cayó el ángel; por la envidia se precipitó el hombre; la ira, por medio de Caín provocó el primer fratricidio¹⁷; la tristeza desesperó primeramente al mismo fratricida¹⁸; la avaricia, por este desesperado, fue la primera en fundar una ciudad terrena¹⁹. La gula y la lujuria, porque “Sin Ceres y Liber, Venus se enfriá”, al turbar el orden normal entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres²⁰ impulsaron al propio Dios a arrepentirse de haber creado al hombre, provocaron el diluvio que destruyó al hombre²¹.

9. Porque el hombre que se comporta así ha sido destruido por el hombre y ha sido trocado en animal, con la diferencia que éste es por naturaleza lo que aquél llega a ser por el vicio. Estas son las heridas comunes a Adán y a nosotros, las corrupciones naturales u originales porque nacen con nosotros en el origen y comienzan con nosotros con la naturaleza. Aquí nuestro padre el amorreo y nuestra madre la jetea²² nos abandonaron. Quien nace así es *raza de Canaán y no de Judá*²³. Quien nace así *no fue lavado con agua, ni frotado con sal, ni envuelto en pañales, ni se le cortó el ombligo*²⁴. 10. Porque no hay nadie que por bondad le preste el menor servicio del que se tiene necesidad. He aquí cuáles son los padres que tuvimos en la tierra, terrenos y de la tierra²⁵. No fueron primero padres de la naturaleza y luego de la falta; no lo fueron primero de la vida y luego de la muerte; ellos sembraron lo que tenían, dieron lo que encontraban, engendraron lo que eran: y así, como sucede siempre,

15. Cf. 1P 2, 11

19. Gn 4, 17

23. Cf. Dn 13, 56

16. Ef 6, 12

20. Gn 6, 1.2

24. Ez 16, 4

17. Gn 4, 8

21. Gn 6, 7

25. Cf. 1Co 15, 47

18. Gn 4, 13

22. Ez 16, 3

de tal padre, tal hijo. Y así como en ellos las cosechas fueron diversas, así también fueron diversas las semillas; de Dios, la naturaleza; del diablo, la falta. Por eso, también nosotros tenemos necesariamente ambas cosas: somos hijos de Dios e hijos del diablo; buenos, que vienen del Ser bueno, por una creación buena; malos, que vienen del malo por una corrupción perversa; por una parte tenemos la naturaleza por la que somos algo, por otra arrastramos la falta que nos redujo a la nada. 11. Y esta obra es totalmente del diablo, no de nosotros, porque el Hijo de Dios vino a desatar, liberar y salvar algo de nosotros. Él vino a reparar lo suyo, a destruir lo que era del enemigo; a religar consigo lo suyo —de donde proviene la palabra religión— y a desatar lo que era del enemigo; a separar, en suma, lo suyo de lo del enemigo, y lo del enemigo de lo suyo; así como se separa lo precioso de lo vil. Dice el Profeta: *Si separas lo precioso de lo vil, tú serás como mi boca*²⁶. Así, la boca del Padre, es su Cristo.

12. Escuchemos pues, cómo se ha provisto y preparado para venir. Dice Isaías: *Brotará una vara de la raíz de Jesé*²⁷, porque no hubiera podido salir de la fronda, y *una flor subirá de su raíz*. Comienzo ya a esperar, porque la flor significa la esperanza del fruto. Y *sobre ella reposará el espíritu del Señor*²⁸. ¡Oh, qué fruto bueno! Con razón fue concebido en Nazaret y nació en Belén *el espíritu de sabiduría y de inteligencia*²⁹. ¡Oh alma fecunda en virtudes, llena de gracias! Siete a causa de las siete, y siete opuestas a las siete. Siete gracias en Cristo, siete concupiscencias en Adán. Siete plagas, siete remedios, en todo opuestos el uno a la otra. En Adán, por un lado la naturaleza, por otro la falta; sin embargo simultáneamente, la naturaleza y la falta. 13. Del mismo modo que en una fuente única que tuviera sin embargo numerosos conductos por donde manaran juntamente vino y agua, no se podría beber otra cosa que vino aguada o agua vinosa, así también, ¡oh hijo de Adán!, nuestro vino está mezclado con agua, de modo que brota juntamente una culpa de naturaleza y una naturaleza culpable; no sois en primer lugar buenos que vienen

26. Jr 15, 19

28. Id.

27. Is 11, 1

29. Is 11, 2

del Ser bueno por la naturaleza; y luego malos que vienen del malo por la falta; simultáneamente el hombre es engendrado del hombre; y el pecador; del pecador; en nosotros la naturaleza buena no existe nunca sin alguna maldad, y no puede haber maldad sino en una naturaleza buena. 14. Así pues, hermanos, considerad que hay en nosotros tres realidades: la concupiscencia carnal, el sentido animal, el espíritu racional. Cada una tiene su paraíso, con el varón, la mujer, la serpiente. La concupiscencia arde, la animalidad se deleita, la voluntad racional consiente: el pecado es consumado y el pecador, por sí mismo, es arrojado fuera. Hermanos, esto es lo que todavía hoy realiza el hombre, en el hombre, cuando peca. Porque es tentado por su concupiscencia, una de aquellas siete; el sentido animal se deleita y el pecado es concebido; la voluntad racional consiente y es dado a luz; pero el pecado, cuando es consumado, es decir, cuando ha nacido por el pleno consentimiento de la voluntad, mata a su padre y a su madre y así produce la muerte. 15. En efecto, el día en que comieren lo prohibido, de muerte morirán³⁰. Dice el Apóstol: *Cada uno es tentado por su propia concupiscencia que lo atrae y lo seduce; la concupiscencia, cuando ha concebido —por la delectación— da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado —por el consentimiento— engendra la muerte* para quien consiente y se deleita, es decir, para el hombre y para la mujer³¹. Ésta es aquella generación mala y perversa³², que brota hacia arriba de una raíz amarga³³, que echa renuevos continua y totalmente del semen viperino y venenoso, sin el cual ni es concebido, ni nace, ni vive, ni muere ningún hijo de Adán. De ahí que es concebida en sordidez, nace en dolor, vive en trabajos y muere no exenta de peligro. Era necesario pues un remedio; este enfermo tenía necesidad de un médico.

16. Que venga pues el Samaritano, que traiga el vino de la compunción y el óleo de la consolación, el vino de la penitencia y el óleo de la indulgencia³⁴. Que entre el médico hasta el enfermo,

30. Cf. Gn 3, 3
31. St 1, 14-15

32. Cf. Dt 32, 5
33. Cf. Hb 12, 15

34. Cf. Lc 10, 34

más aún, que entre en el enfermo. Que asuma todo lo que correspondé a la naturaleza, que eche fuera todo lo que corresponde a la falta, que sufra todo lo que conviene a la pena, que aporte todo lo que compete a la gracia, para que, finalmente, la naturaleza ayudada por la gracia venza la concupiscencia, cosa que ella no podía hacer por sí misma. En efecto *¡Ay del solo, porque si cae, no tiene quien lo levante!*³⁵. 17. Por eso, cuando el Señor entró en el hombre, necesariamente el hombre revistió a Dios. Porque *todos los que habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo*³⁶, todos los que os habéis revestido de Cristo, os habéis despojado de Adán, de modo que la concupiscencia ataca ahora por fuera, y la gracia ayuda por dentro; la gracia de la regeneración es en la naturaleza, lo que la falta de la generación es en el origen. Por dentro resplandece en una verdad nueva la imagen de Dios, por fuera languidece ahora la vieja semejanza de la carne pecadora. Por una parte está la concupiscencia, por otra, la gracia; entre ambas está la naturaleza; la concupiscencia se enardece, tienta, sugiere. Si la naturaleza se deleita, concibe; si consiente, da a luz; si da a luz, muere; porque la prole viperina sólo nace desgarrando a su madre. 18. La gracia también sugiere y exhorta a la naturaleza, da su consejo y ofrece su auxilio; si la naturaleza se deleita, concibe; si consiente, da a luz la virtud; pero la virtud, una vez dada a luz, da a luz la bienaventuranza, y entonces merece oír: *Bienaventurados los pobres de espíritu*³⁷. La pobreza de espíritu es la virtud; el reino de los cielos la bienaventuranza; aquella es la madre; ésta, la hija. La gracia que permite que la naturaleza, deleitándose, conciba esta virtud, y consintiendo, la dé a luz, es el espíritu de temor. Está escrito: Vuestro temor nos *hace concebir y dar a luz el espíritu de salvación*³⁸. Y el comienzo de la ascensión hacia la sabiduría es el temor del Señor³⁹.

19. Así, los carismas, o gracias, o dones pertenecientes al Espíritu, y que en Cristo tienen su origen, son siete en sus géneros, múltiples en sus especies, infinitos en su número. Estas gracias engendran y forman en el alma —por el consentimiento

35. Qo 4, 10
36. Ga 3, 27

37. Mt 5, 3
38. Cf. Is 26, 18

39. Cf. Sal 110, 10;
Si 1, 16

que previamente crean— virtudes que merecen tener sus diferentes bienaventuranzas. De modo que por doquiera y en todos, el don llamado gracia —porque se da gratuitamente— viene de Dios; la virtud y el mérito vienen del don; la recompensa, que es la bienaventuranza, es según el mérito; y el propio Dios es la recompensa. 20. Por consiguiente, de Dios viene todo don; del don de Dios todo mérito; según el mérito viene la recompensa y el propio Dios; de modo que de él, y por él, y en él son todas las cosas. La gracia es la que nos previene para que queramos; la que nos ayuda para que no queramos en vano; la que nos asume; porque no quisimos en vano. Son siete, pues, las gracias opuestas a las siete corrupciones; de las cuales provienen siete virtudes y siete bienaventuranzas, opuestas a los siete pecados y a sus siete castigos correspondientes; hay oposición general de unas contra otros, y oposición singular de una contra otro. Se encuentra también en la oración dominical siete peticiones, que imploran cada una una gracia. 21. Porque quien pide recibe, y quien recibe vence; de modo que la expedición de la milicia cristiana se desarrolla en siete septenarios, mientras en este ciclo de siete días se desarrolla la vida sobre la tierra. En cuanto al modo como nacen unos de otros, y al modo como los contrarios se oponen a los contrarios, dejamos, hermanos, a vuestra meditación el descubrirlo. Pues nada hay en el presente, ni en el futuro: bueno, malo, infeliz, bienaventurado, que no nazca de aquí o de allí y que no se encuentre involucrado en esta generalidad. Sin embargo, en la designación y distinción de los pecados sufrimos la pobreza de vocabulario, lo mismo que en lo referente a los vicios que les dan nacimiento; y designamos muchos de ellos, aunque sean diferentes bajo los mismos términos; y en verdad, lo mismo ocurre en la distinción de las penas. Pero bendito sea Dios, que nos dio la mejor parte, por Jesucristo nuestro Señor.

SERMÓN 7

(Primer sermón para el domingo de la octava de Epifanía)

Cuando Jesús tuvo doce años... Acerca de lo que el Señor Jesús hizo en su infancia, en el tiempo anterior a su bautismo, la Escritura canónica es muy sobria, y si recuerdo bien, nos enseña sólo esto. Y por eso debemos admirar más el sentido de este episodio y hemos de preguntarnos por qué se dice sólo eso. Porque sería locura pensar que Jesús hubiese vivido casi todo el transcurso de su vida ocioso y sin hacer nada. Considero que este pasaje nos enseña la manera como él realizó todo lo que hizo, es decir, con sabiduría y bondad. Porque con el número diez se designa clarísimamente la sabiduría, y con el número dos, la caridad. Sería superfluo probar lo evidente. 2. Por eso, también los santos Apóstoles, lámparas del mundo, que brillan con el resplandor de la sabiduría y arden con el fervor de la caridad, no sobrepasan este número. Este hecho nos indica que Jesús así como obró esta vez, así también obró todas las demás veces. Porque los santos Evangelios, en lo que se refiere a su infancia, contienen más bien lo que se le hizo o lo que se hizo respecto de él, que lo que él hizo. *Según la costumbre*¹... Es una obligación —si no quieres causar escándalo o padecerlo— seguir las costumbres de aquéllos con los cuales convives, y sobre todo no desaprobarnos; de otra manera, o bien habría que cambiar de país, o bien seguir sus costumbres. 3. Seguir y obedecer a sus padres es también para un niño conforme a la regla. Pero que permaneciese después de la partida de sus padres, por cierto que es algo así como un símbolo y un dulce misterio.

Ellos se alejan sin Jesús durante un día —el día que ningún niño en la tierra vivió en la inocencia². Pero Jesús, que es santo y está *separado de los pecadores*³, como santo que procede de la santidad y no como santificado después de concebido, no hizo

1. Lc 2, 42

2. Cf. Jb 14, 4; 25, 4

3. Cf. Hb 7, 26

el camino de este día. Mientras sus padres bajaban, Jesús permaneció, y solo. *Todos se descarriaron, todos a una se hicieron inútiles, no hay quien haga el bien* a excepción de este solo. 4. Éste nunca se desvió, por eso no bajó con los otros; siempre fue útil, hizo sólo el bien.

Pero ¿de dónde bajaron sus padres y dónde lo dejaron? Por cierto que de Jerusalén, de aquella de donde bajó aquel necio y desdichado que cayó en manos de ladrones⁵. ¡Oh Adán, ojalá hubieses permanecido en la paz y en la visión donde fuiste colocado por la gracia del Creador, y así no nos encontraríamos todos nosotros, tus hijos, sentados al borde del camino cerca de Jericó, ciegos y mendigos!

5. Hermanos, como hijos, hemos seguido a nuestro padre por una necesidad de naturaleza y le seguimos cotidianamente por nuestra voluntad culpable. Nadie se mantiene en pie, nadie permanece. Nadie subsiste en aquello que recibió, en el estado en que fue creado, sino sólo Jesús. Nosotros bajamos, resbalamos, caemos de cabeza; y si no hubiésemos retornado a aquel único que permanece, *nuestra alma habitaría poco menos que en el infierno*⁶. 6. Pero si conturbados y llenos de espanto dijéramos, porque caminamos sin Dios en este mundo, que *nuestros pies vacilan*⁷ demasiado, y retomando la marcha volvemos a Jesús, sin duda alguna *su misericordia nos ayudará*⁸ a que podamos encontrarle al menos después de tres días; tras el alejamiento de la falta, el retorno de la penitencia, el ardor de la búsqueda.

Pero el templo, o bien Jerusalén, es nuestra naturaleza constituida racional, es decir, creada para ver a Dios que es la paz verdadera y para devenir su templo donde él habita. Subimos allí por un primer movimiento que viene del no ser al ser, de la nada a lo que es. Aquí volvemos por la falta, al caer del ser al no ser, de lo que es a la nada. Porque si el pecado es la nada, ciertamente no es; y por esto, quien se inclina al pecado,

retrocede del ser a la nada y al no ser. 7. También el hombre, tomado de la tierra por naturaleza, sobrelevado por la gracia del Creador, retorna a la tierra por la falta. De ahí que se le diga: *Eres tierra y a la tierra irás*⁹. De allí vuelve por la penitencia, que es fructuosa siempre que encuentre a Jesús.

Sólo Jesús permaneció en la condición en la que fue establecido, y por eso no bajó del templo sino que progresó cada vez más en sabiduría y en edad¹⁰ y en modo alguno descendió. Nunca su carne santa y saludable cayó por la intemperancia, nunca se degradó por la impureza hasta la corrupción. 8. Concebida por el Espíritu Santo y por la Virgen, nació santa y virgen, vivió y sufrió la muerte. Pero esta alma bendita unida a la carne, no se adhirió a la carne, como Adán que gime: *Mi alma está pegada al suelo*¹¹; por la ley de la afección natural ella pudo amar su carne, pero no pudo asociarse a la carne por el atractivo de la concupiscencia. Creada buena por la Bondad, y unida a una carne buena creada igualmente por la Bondad, de tal manera conservó el bien de una y otra condición buena que al pasar del no ser al ser, como creaturas que son, nunca miraron hacia atrás y progresaron mucho hacia lo que está adelante.

9. ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro? *¿Quién sobre las nubes se igualará al Señor Jesús, será semejante a Dios entre los hijos de Dios?*¹² Juan Bautista era una nube, una nube era Jeremías; ambos nacieron santos, pero ambos fueron santificados: Dice: *Antes que salieras del seno materno te santifiqué*¹³. Ambos nacieron santos, pero ¿fueron santos en su concepción? ¿Dónde, pues, y cómo fueron santificados? Porque si fueron santificados, alguna vez estuvieron manchados. Y esto ¿dónde y cómo? 10. ¿Quién será capaz de explicar esto?¹⁴ El Ser bueno crea una carne buena, el Ser bueno le infunde un alma buena; sin embargo, encuentro que ambas son malas; que ambas están corrompidas; de modo que ambas necesitan de santificación y en ninguna de las dos está el bien antes que el mal, lo sano antes que lo

4. Sal 13, 3

6. Cf. Sal 93, 17

8. Id.

5. Cf. Lc 10, 30

7. Sal 93, 18

9. Cf. Gn 3, 19

11. Sal 118, 25

13. Jr 1, 5

10. Cf. Lc 2, 52

12. Cf. Sal 88, 7

14. Cf. 2Co 2, 16

corrompido, para que la corrupción aparezca ya en el origen y no como un efecto de la acción.

11. Por consiguiente, ni la una ni la otra permanecen un instante en el estado en que la creación las ha llamado al ser; sino que, por un defecto original, ellas retornan al no ser cuando comienzan a ser; de modo que admirable e infelizmente el ser no comienza en ellas antes que el no ser, el venir antes que el volver; el subir antes que el bajar; el alma miserable no comienza a dar la vida antes de recibir la muerte; ni la carne infeliz recibe la vida antes de dar la muerte; de modo que la carne da muerte a lo que la vivifica, y el alma da vida a lo que la mortifica.

Aquí se dan aquellas lúgubres bodas de la hija de Ragüel, siete veces celebradas y otras tantas veces homicidas, que Tobías, hijo de Tobías, pudo contraer sin peligro; él, que tuvo como compañero, más aún, como guía, a un ángel más fuerte que el demonio¹⁵. 12. Tobías y Tobías, el padre y el hijo, el viejo y el nuevo, el ciego y el vidente; Adán y Adán, el primero y el segundo, el padre y el hijo, el viejo y el nuevo, el ciego y el vidente, el hombre y el hijo del hombre. Pero estas expresiones: el hombre y el hijo del hombre, indican a veces la carne, otras el alma, y otras, una y otra. Aquí, Tobías significa el alma del hijo del hombre; Sara representa en general la carne del hombre; el ángel —guía y compañero de Tobías— representa al propio Señor, al Verbo de Dios, que al alma asumida por él le dio sabiamente su dirección, fielmente su compañía, fuertemente su auxilio, prudentemente su consejo. 13. Empero, los siete varones, casados más con la muerte que con la mujer, representan a todas las almas —excepto el alma dilecta de Cristo, el Señor— que han sido ligadas a la carne de Adán por la unión de un casamiento personal. Todas las cuales —como dijimos— estuvieron unidas simultáneamente a la muerte y a la carne, unidas por lo demás a la muerte a causa de la carne, y separadas de la carne a causa de la muerte. El demonio que las ahoga, debe ser entendido

15. Cf. Tb 6 ss.

como aquella concupiscencia de origen y de naturaleza, que no es arrojada de la casa de Ragüel y del aposento de Sara sino por la venida del más fuerte.

14. Y así, al sobrevenir el poder más fuerte del Verbo, el fuerte es expulsado, es puesto en fuga, es encadenado; su bagaje —es decir las cosas naturales que él tenía cautivas¹⁶— es saqueado. La cautividad¹⁷ es llevada cautiva, el aposento es purificado, la casa es liberada, Sara es desposada sin peligro, el padre se admira; reconociendo el misterio da gracias al ángel, prepara un banquete, invita a los vecinos. Hermanos carísimos, todo esto está lleno de misterios, sobreabunda en simbolismo. El ángel, durante la celebración de la boda de Tobías, se retira, de modo que, semejante a Tobías el esposo, aparece como un hombre verdadero, que da vagidos, mama, no habla.

15. Sin embargo, después de un tiempo vuelve, no con las manos vacías, sino con el documento del precioso depósito¹⁸, de modo que, aquél que es hombre, se revela en algunas cosas, como Dios.

Es pues en vano que en este día de separación y de olvido se busque al niño Jesús entre los parientes y conocidos¹⁹. Es en el templo donde se le deja; en Jerusalén es donde permanece; es en el templo donde le encuentra aquél que vuelve y le busca. ¡Oh bienaventurada alma, aquélla que nunca olvida ni deja al niño Jesús! ¡Más feliz aquélla que siempre medita en Jesús hecho grande! ¡sobremana feliz, aquella alma que contempla siempre a Jesús en su inmensidad!

16. Dice la Escritura del hijo de Abrahán (que significa “risa”): *Creció hasta hacerse muy grande*²⁰. Hermano, crezca en ti el Hijo de Dios, que ya está formado en ti, hasta devenir inmenso para ti, y sea para ti risa, exultación y gozo pleno, que nadie te quitará²¹. Porque si a veces le hubieras olvidado, o si por descuido le hubieras abandonado, comienza por acordarte de él para venir a su presencia. El recuerdo ahuyenta el olvido, induce al

16. Cf. Lc 11, 22

17. Cf. Sal 67, 15

18. Cf. Tb 9, 6

19. Cf. Lc 2, 44

20. Gn 26, 13

21. Cf. Jr 16, 22

arrepentimiento; el arrepentimiento provoca la conversión, la conversión repara el alejamiento; de modo que, cuanto te hubieres alejado, retórnese, según clama el Vidente: *Volved, volved, los que os habéis alejado como separados por un profundo abismo*²². 17. Sin embargo, es en vano que vuelvas de tus malos caminos, por los que andabas sin Jesús, si no te vuelves a él para buscarlo. Porque la diligencia en la búsqueda es la que merece la alegría del encuentro. Dice Isaías: *Si buscáis buscad*²³ —es decir diligentemente— *y encontraréis. Y le encontraron en el templo*...²⁴

Pero aquí, amadísimos, es necesario que callemos, para disponernos a lo poco que queda del trabajo del día. Tal vez también allí encontremos a Jesús. Porque también Sara encontró fuera a Isaac, es decir, la risa; lo cual nos conceda encontrar dentro y fuera, aquél que siendo Dios, vive y reina. Amén.

SERMÓN 8

(Para el mismo domingo)

Vamos, hermanos, fatigados ya del trabajo respiremos un poco, y para volver al trabajo más renovados, gustemos un momento lo que hemos guardado de nuestra comida de ayer. *Y lo encontraron*, dice, *entre los doctores y los sabios*³. Es normal, hermanos, que un joven escuche e interroge a los ancianos. *Y ellos se admiraban de su sabiduría y de sus respuestas*². Y no deja de ser normal que un joven responda al ser interrogado.

Pero volvamos a la secuencia de nuestra exposición precedente; aquí, como dice Jerónimo, observa que Cristo es un hombre desde el seno, más aún, al decir de Jeremías, en el seno de su madre: *Hará el Señor*, está escrito, *algo nuevo sobre la tierra*, la

22. Is 31, 6

23. Is 21, 12

24. Lc 2, 46

1. Lc 2, 46-47

2. Lc 2, 47

*mujer rodeará al varón*³ en el seno, María a Cristo. 2. En efecto, su alma era viril, sabia, fuerte y grande en su cuerpecito infantil, débil y pequeño.

Porque aun en los otros cuerpos humanos las almas no se corresponden con las cualidades o dimensiones de los cuerpos, de modo que sean deformes cuando ellos son deformes, hermosas cuando son hermosos, o bien grandes cuando son grandes, pequeñas cuando son pequeños. Estas propiedades, hermanos, están lejos, muy lejos de la naturaleza del alma hecha a imagen de Dios; la cual según su cualidad, no es ni blanca, ni negra, ni de otro color; según su cantidad no es larga, ni ancha; no está localmente aquí o allá; por sí misma, no es llevada por el movimiento hacia arriba ni hacia abajo, ni hacia adelante ni hacia atrás, ni a derecha ni a izquierda. 3. Porque las naturalezas corporales son afectadas por estas cualidades o cantidades o dimensiones o movimientos; pero el alma racional es puramente espíritu, que sólo tiene sobre sí la naturaleza divina, que es ella misma Espíritu, de la cual lleva la imagen sin igualar la esencia.

Y sin embargo, el alma también posee cualidad, cantidad, situación, movimiento; dicho de otro modo, ella es blanca y negra, larga, ancha y alta, posee algo hacia arriba y hacia abajo, hacia adelante y hacia atrás, hacia la derecha y hacia la izquierda; pero todo según su modo y sin que el cuerpo la siga en tales cosas. 4. La sabiduría la hace hermosa y clara; la ignorancia, deforme y oscura; blanca, ligera y gozosa la buena conciencia; negra, pesada y triste la mala conciencia; larga, la fe; dilatada, la caridad; alta, la esperanza; contraída, el temor; estrecha, la avaricia; pequeña, la pusilanimidad. Aquí una virtud, allí un vicio; tiene delante de ella lo que busca; detrás, lo que olvida; arriba, lo que no alcanza; debajo, lo que desdeña; a la derecha lo que la deleita, a la izquierda lo que le desagrada.

En todo esto Jesús niño tiene un alma viril, formada según la prudencia, la templanza, la fuerza, la justicia por la divinidad, que es su compañera y maestra, un alma que sabe en todo

3. Jr 31, 22

*desechar lo malo y elegir lo bueno*⁴, porque se alimenta de miel y de manteca. 5. Admiramos pues también nosotros su sabiduría y sus respuestas. Porque sólo este niño en edad discernió así las virtudes, pudo responder así a los vicios.

Hijo, ¿por qué nos hiciste esto? O más bien: madre, ¿por qué hiciste esto a tu hijo? José pudo olvidar a quien no engendró; ¿cómo tú te olvidaste del hijo de tus entrañas? Dice el Profeta: *¿Acaso puede la mujer olvidar a su hijo, no compadecerse del hijo de sus entrañas?*⁶ Porque si alguna pudo hacerlo, ciertamente que tú no debiste hacerlo. 6. ¿Qué? En todo aquel día tenebroso y oscuro ¿no oraste a Dios, no pensaste en Dios, no te acordaste de Dios? ¿Quién podría creerlo? Ciertamente, él también es Dios. Pero tal vez oraste al Padre sin acordarte del Hijo. Mas ¿cómo puede ser esto, puesto que en el nombre del Padre es también nombrado el Hijo? Además, quien no tiene al Hijo, tampoco tiene al Padre⁷.

O quizás, consciente de la verdad oculta, ¿enuncias un misterio? *Hijo, ¿por qué nos hiciste esto?* Yo creería de buen grado que esta frase debería leerse más bien en forma admirativa, en lugar de interrogativa o increpadora. Porque la admiración provoca la investigación, la investigación merece el conocimiento. 7. María se admira pues, de lo que sin embargo no ignora; pero con su admiración te invita a investigar, diciendo con gravedad y admiración: "Hijo, ¿por qué nos hiciste —para doctrina y enseñanza— esto, es decir, permaneciendo aquí mientras nosotros nos alejábamos?" Si leyeras esto interrogativamente, nada del sentido se perdería.

Pero dirá alguno: No está bien acusar de olvido a la madre de Jesús, porque ella no olvidó a su hijo sino que pensó que iba en compañía de los otros⁹ y por eso no lo veía. ¡Sea! para no parecer obstinados; con todo, aquél que fue perdido por negligencia o al menos por inadvertencia, es encontrado por

4. Is 7, 15

5. Lc 2, 48

6. Is 49, 14

7. Cf. 1Jn 2, 23

8. Lc 2, 48

9. Cf. Lc 2, 44

diligencia, para que también tú seas estimulado a buscar diligentemente, y deploras haberlo perdido por inadvertencia.

8. Dice ella: *Yo y tu padre, apenados, te buscábamos*. Y Jesús: *¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?*¹⁰ He aquí dónde quiere el Hijo que se le busque, ciertamente en las cosas del Padre. He aquí dónde no quiere que se ignore que él se encuentra. Por eso, a la que le buscaba entre los muertos le dice: *No me toques, aún no he subido al Padre* en tu corazón; aún no me buscas *en las cosas de mi Padre*¹¹; aún no sabes que me conviene estar en las cosas de aquél que es todo lo que tiene, porque yo no soy él, sino de él, y sin embargo soy una sola cosa con él. 9. A excepción de esta unidad de naturaleza, de esta unidad natural del Padre y del Hijo —de la cual no se apartan ni el Padre ni el Hijo— el Hijo, incluso en su abajamiento, no se apartó del Padre, sino que permaneció siempre en su obediencia y en su voluntad. De ahí que increpe a algunos y les diga: *Vosotros tenéis por padre al diablo, y hacéis los deseos de vuestro padre*¹². Como si dijera: En las cosas de vuestro padre permanecéis y estáis.

10. Tres son los padres de los hijos de Adán: Dios, el hombre, el diablo. Dios por la naturaleza; el hombre por la especie; el diablo por la malicia. En las cosas de los hombres están implicados por necesidad; en las de Dios, por la buena voluntad; en las del diablo, por la malignidad.

Si amas, guardas y diriges a su fin la naturaleza en la cual fuiste creado bueno por el Bueno, bueno y para el bien, permaneces en las cosas de tu Padre y no te alejas de Jerusalén. Y por la prudencia y las respuestas que das a las mil tentaciones de la carne, del mundo, del diablo, que tentándote, te cuestionan de una manera sutil y harto maliciosa, llenas de admiración a los propios espíritus malos que son tus tentadores.

11. Pero si no reconoces el honor de tu naturaleza creada, que ha sido hecha hermosa entre las mujeres, y sigues las huellas del rebaño¹³ y comienzas a parecerte a *animales irracionales*¹⁴;

10. Lc 2, 48-49

11. Jn 20, 17

12. Cf. Jn 8, 44

13. Cf. Ct 1, 8

14. Cf. Sal 48, 13

si incluso infectas el mismo bien que hay en ti por la malicia concebida por el maligno, de modo que te hinchas por el orgullo, eres consumido por la envidia, agitado por la ira, abatido por la tristeza, angustiado por la avaricia, te vuelves ávido por la gula, impuro por la lujuria, revelas manifestamente que estás en las cosas de tu padre el diablo.

Por otra parte, hermanos, en lo que respecta a las cosas de nuestro padre el hombre —a causa de nuestro cuerpo todavía animal que nos impone la necesidad de estar en él, o más bien de habitar en él— busquemos sólo el alimento y el vestido, y que la tentación de querer algo más no sobrepase la medida humana¹⁵. 12. Porque por una tentación diabólica son arrastrados quienes quieren devenir ricos y caen en los lazos del diablo¹⁶, en tentaciones tras tentaciones y en muchas malicias, de modo que merecen oír del Hijo de Dios: *Vosotros tenéis por padre al diablo*¹⁷; y a ellos les concierne aquella regla verdadera y universal: de tal padre, tal hijo; del diablo, un diablo. *¿No elegí yo a los doce*, dice, *y uno de vosotros es un diablo*?¹⁸ De Dios, un Dios: *Yo dije: sois dioses*¹⁹. Del hombre, un hombre. Así pues el hombre, dejando las cosas diabólicas para no estar nunca en ellas, a través de las cosas humanas, sin las cuales no puede estar, pase a las cosas divinas, en las cuales sólo habrá bien para él. Huya del diablo y de todo lo suyo; vuelva al hombre y esté contento de lo suyo; suba a Dios y enriquezcase con lo que es de él.

13. Sin embargo, todos los hijos del diablo son ciegos; los engeguació su malicia²⁰, de modo que siendo ricos se creen pobres. Lo que basta a la naturaleza de su cuerpo animal está a su alcance, ellos no lo ven, y porque también son sordos, no escuchan la voz divina que promete que nada ha de faltar a los que temen a Dios²¹, y por eso siempre se afanan por lo superfluo.

Pero vosotros, amadísimos, escuchad con atención al Doctor que os ha sido dado desde el cielo²², que asumió al hombre,

no sólo para sanarlo sino también para enseñarle; lo desnudó del diablo, lo revistió de Dios. 14. Sigamos el modo de vida de aquél que nació pobre, vivió pobre y murió pobre. Porque nuestra confianza estriba en que como él fue en este mundo, así también lo seamos nosotros, y así como él anduvo, así ande quien dice que permanece en él²³.

Él, que por el espíritu de temor fue tan humilde, que, siendo Dios, se sometió a los hombres. Se nos dice: *Y les estaba sometido*²⁴. Que por el espíritu de piedad fue tan manso, que no se turbó por las injurias —dos virtudes tuyas que en grado sumo recomendó, al punto de decir: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*²⁵. Que por el espíritu de ciencia fue tan compasivo y humano, que al ver la ciudad enemiga lloró sobre ella²⁶; y él, que siendo manso no podía ser turbado por los enemigos, lleno de afecto por el amigo se turbó en su interior, gimió en espíritu y lloró. 15. Él, que por el espíritu de fortaleza amó tanto la justicia, que por ella se entregó a la muerte, no eximiendo a nadie por su silencio, como lo muestra cuando repite a menudo: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos! y de vosotros, doctores de la ley, ¡ay!²⁷ Que por el espíritu de consejo fue tan misericordioso que ni a sí mismo se perdonó, sino que —no hay mayor caridad—²⁸ dio su vida en redención de muchos²⁹. Que por el espíritu de inteligencia tuvo un corazón tan puro que, más excelente que toda creatura, su alma santa veía a Dios a quien estaba unida. Que por el espíritu de sabiduría fue tan pacífico, que pacificó a todos en sí con Dios³⁰, y siendo el Hijo unigénito por naturaleza, devino, por esta unión estrecha, el primogénito entre los hermanos³¹.

16. Por consiguiente, hermanos míos, que Cristo sea vuestro único maestro, que sea también para vosotros el libro escrito por dentro y por fuera³²: en él, leedlo; de él, aprended a él mismo; de este mismo ejemplar transcribidlo, como ejemplo para vuestros

15. Cf. 1Co 10, 13

18. Jn 6, 70

21. Cf. Sal 33, 10

16. Cf. 1Tm 6, 9

19. Sal 81, 6

22. Cf. Jl 2, 23

17. Jn 8, 44

20. Cf. Sb 2, 21

23. Cf. 1Jn 2, 6

27. Mt 23

31. Cf. Rm 8, 29

24. Lc 2, 51

28. Cf. Jn 15, 13

32. Cf. Ap 5, 1

25. Mt 11, 29

29. Cf. Mt 20, 28

26. Cf. Lc 19, 41

30. Cf. Ef 2, 14-17

corazones en el interior, y para vuestros cuerpos en el exterior; mostrad de qué modo vivió, ofrecedlo a leer a los otros en vuestra vida. Por eso se dice: *Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo*³³. Que él se digne concedérmelo. Amén.

SERMÓN 9

(Primero para el primer domingo
después de la octava de Epifanía)

Hubo una boda en Caná de Galilea¹, etc. Hermanos, cuando pienso en esta boda, confieso que me deleita más el misterio interior, que el tan grande milagro exterior. Porque éste edifica la fe, aquél la sobreedifica. Éste es un signo para los infieles; aquél, un sacramento para los fieles². Sin embargo, ambos son útiles, ambos deleitables, ambos grandes, ambos divinos.

El libro de la Sabiduría está escrito por dentro y por fuera³, de manera que los que entran y los que salen encuentran dónde pastar⁴. Por fuera, la historia; por dentro, la tropología.

El primer libro de la Sabiduría está totalmente escrito por dentro; bienaventurados aquéllos a los cuales les es concedido verlo y leerlo; es allí donde el Padre escribió al mismo tiempo y de una sola vez desde la eternidad. Es de allí de donde están como transcritas todas las cosas que pueden leerse en el segundo libro, es decir, en el espíritu racional. 2. El primer libro es pues el propio Verbo de Dios, la propia Sabiduría; el segundo, es el espíritu creado, y está totalmente escrito por dentro. Allí está todo simultáneamente, aquí está la semejanza de todo, porque en el segundo se encuentra la imagen del primero. Pero así como en todo cuerpo se oculta la forma de todo cuerpo, fácil de

33. 1Co 6, 20

1. Jn 2, 1

2. Cf. 1Co 14, 22

3. Cf. Ap 5,1

4. Cf. Jn 10, 9

reconocer para quien sabe develarla, así también en el espíritu racional, hecho a imagen de la Sabiduría total, está contenida la forma de toda sabiduría, de suerte que a él no le sería necesario instruirse por fuera, si por dentro no estuviera oscuro. 3. Estos dos libros bastan a los santos ángeles —que no envejecieron y por eso no se les debilitaron los ojos⁵—; la contemplación de ellos mismos y de Dios —que es como una mañana y una tarde— constituye su día.

Viene después el tercer libro —la creatura corporal y visible— que está también escrito por dentro y por fuera; de manera que, al comprender a estas creaturas, se contempla la Sabiduría que las hizo; libro oscuro, que a los ojos debilitados no impacta con demasiado resplandor, ojos que para ver el sol tienen necesidad como de una lámpara⁶.

4. Sin embargo, como lo deploraba aquel antiguo pecador que por dentro estaba ciego, el hombre fue hecho prisionero de sus iniquidades hasta el extremo de no poder ver a Dios en su interior con los ojos de su inteligencia, ni tampoco ver su propio espíritu con el ojo del intelecto; el ojo de su razón estaba turbado por el delirio de la concupiscencia⁷, de manera que así como nada puede ver dentro, así tampoco puede discernir algo de lo de fuera; por eso la Sabiduría escribió para él, en su misericordia —es decir con el dedo de Dios— un cuarto libro para el oído. De ahí que el Vidente le diga al ciego: Israel ciego. *¿Quién es ciego, sino mi siervo Israel?*⁸ Tú que no puedes ver sino para desear malamente, al menos oye de otro, por fuera, lo que deberías ver por dentro: El Señor tu Dios es único⁹.

5. Pero además —porque el ciego se hizo sordo a esta trompeta, de modo que despreciando al único Dios verdadero fornicó con muchos falsos demonios, siguiéndolos ciego y sordo, como buey destinado al sacrificio, como lo reprocha la propia Sabiduría: *Moisés os dio una ley, y ninguno de vosotros cumple la ley*¹⁰—, se escribió para él un quinto libro fácil de usar, y la propia Sabiduría

5. Cf. Gn 27, 1

6. Cf. Ap 22, 5

7. Cf. Sal 6, 8

8. Is 42, 19

9. Cf. Dt 6, 4

10. Cf. Jn 7, 19

devino palpable, para que la Sabiduría fuese justificada en todo por sus hijos¹¹ y venciera cuando fuera juzgada¹².

6. Porque *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*¹³: *lo que hemos oído, dice el Apóstol, y hemos visto, lo que nuestras manos tocaron del Verbo de vida...*¹⁴ Hermanos, ¿qué más hubiera debido hacer que no haya hecho?¹⁵ Hermanos míos, él mismo, el verdadero Verbo, se hizo carne; el propio Señor Jesús, nuestro único Maestro, Cristo, deviene un libro también para nosotros. Él, que se hizo hombre para enseñarnos cómo debemos ser nosotros.

7. El propio Verbo santo, al que los bienaventurados ojos de los Apóstoles vieron en la carne, tocaron con sus manos, hoy está con nosotros, visible en la letra, palpable en el misterio. Mas si en la carne se alejó, permanece en cambio en la letra. Porque para cumplir lo que predijera el Vidente: *Tus ojos verán a tu maestro, y no haré desaparecer más al que te instruye*¹⁶, nos concedió, en su bondad, un sexto libro, es decir el santo Evangelio, para que el texto del santo Evangelio sea como la presencia corporal del Verbo visible.

8. Veamos pues en este sexto libro, lo que nos ha dicho el Verbo de Dios a través de este milagro exterior, pues la propia obra del Verbo es un verbo. Veámosle en su obra que es como su cuerpo; en verdad la propia obra es una especie de velo. Por eso, ocurre que al presente hay tres clases de bodas. La primera es exterior; la segunda, interior; la tercera, superior. La primera es por fuera; la segunda, por dentro; la tercera, en lo íntimo. La primera, entre los hombres; la segunda, en los hombres; la tercera, más allá de los hombres. La primera, entre la carne y la carne; la segunda, entre la carne y el espíritu; la tercera, entre el espíritu y el espíritu. La primera hace de seres diversos uno solo, de modo que, como está escrito, sean *dos en una sola carne*¹⁷. La segunda hace de los contrarios una unidad mayor —pues el alma racional y la carne son naturalezas contrarias— pero una

sola persona. La tercera hace de seres incorpóreos la máxima unidad, pues *el que se adhiere a Dios, se hace un espíritu con él*¹⁸. 9. En la primera unión, la carne, al adherirse a la carne, deviene una sola carne; en la segunda, la carne, al adherirse al espíritu y el espíritu a la carne, deviene no una carne ni un espíritu sino un hombre; en la tercera, el espíritu al adherirse a Dios deviene uno con él, deviene lo que él es. De ahí que el Hijo hable así al Padre en favor de sus hermanos: *Quiero, Padre, que así como yo y tú somos uno, así también estos sean uno con nosotros*¹⁹. ¡Oh unidad anterior a toda unidad, unidad superior a toda unidad, unidad ulterior a toda unidad! Unidad de la cual procede todo, unidad por la cual es todo. Mucha es la unidad, allí donde dos en una sola carne ya no son dos, sino una sola carne; mayor es la unidad, allí donde dos en un solo hombre, ya no son dos sino una sola persona; máxima es la unidad, allí donde Dios y el espíritu que se adhiere a él ya no son dos, sino un solo espíritu. 10. Por consiguiente, la primera unidad genera el ser; la segunda, especifica en el ser; la tercera, perpetúa y glorifica al propio ser. En la primera el hombre comienza; en la segunda es formado; en la tercera es consumado. Porque en la primera viene al ser; en la segunda subsiste; a la tercera tiende naturalmente, porque es el fin por el cual viene primero al ser y luego subsiste. El hombre, hecho por los hombres, es para Dios.

Pero a fin de que algún día pueda llegar por la gracia a aquello a lo que siempre tiende por la naturaleza, se han realizado ciertas bodas misteriosas entre la segunda y la tercera, muy distante de la primera: la del Verbo y la carne, la de Cristo y la Iglesia. 11. Dios se había alejado del alma, pero sin Dios no podía existir ningún bien para ella, ni podía ser fecundada legítimamente. Dice el Profeta: *Nuestros pecados apartaron el bien de nosotros*²⁰, es decir, a Dios; *establecieron una división entre nosotros y Dios*²¹, como entre el marido y su esposa. De ahí que también se introdujera el adúltero y el opresor, del cual ella *conció el dolor y dio a luz la iniquidad*²². Fue descubierto, pues, no por nosotros, sino

11. Cf. Mt 11, 19

14. 1Jn 1, 1

17. Cf. Mt 19, 5-6

12. Cf. Sal 50, 6

15. Cf. Is 5, 4

13. Cf. Jn 1, 14

16. Is 30, 20

18. Cf. 1Co 6, 17

20. Cf. Jr 5, 25

22. Cf. Sal 7, 15

19. Jn 17, 11

21. Is 59, 2

para nosotros por Dios, quien debía asir a los dos, uniendo en sí mismo a ambos, excluyendo al tercero; achicando el lecho para que el adúltero se caiga de él, y acortando la manta, para que ella no pueda cubrir a los dos²³. 12. Suprimió pues el muro medianero del pecado, por el cual se deslizaba el adúltero, e hizo de los dos uno solo; reconciliando en sí mismo a la esposa con su marido, al hombre con Dios²⁴; quitando de en medio las viejas enemistades, clavándolas en la cruz²⁵.

Éste es, amadísimos, el misterio del Mediador, quien, para interceder convenientemente, lleva en sí a ambos; quien para reconciliar de modo suficiente, es decir, el todo con el todo, aportó todo lo que es de Dios, asumió todo lo que es del hombre, y para acabar fielmente su obra, no admitió nada del tercero. 13. Nada hay pues, sino Dios y el hombre, pero uno y otro totalmente. Es por él solo, como la mujer, que abandonada por su marido fornicó con numerosos amantes, tiene la posibilidad y el permiso, más allá de la ley, en virtud de la gracia, de volver a su marido. Tal como en otro tiempo fuera prometido por medio del profeta: *Tú has fornicado con numerosos amantes, y sin embargo volverás a mí, dice el Señor*²⁶.

Ésta es, como dijimos, la misteriosa boda que hemos considerado después de la segunda y la tercera, que ha de ser colocada desde ahora entre la segunda y la tercera, para que la primera sea entre la carne y la carne; la segunda entre el espíritu y la carne; la tercera entre el Verbo y el hombre; la cuarta entre Dios y el alma. 14. La primera es histórica; la segunda, moral; la tercera, alegórica; la cuarta, anagógica. Por la primera Jesús no vino, ni pasó por ella; porque ni fue engendrado por ella, ni por ella engendra; pero fue invitado y vino a ella, consagrándola con su presencia, defendiéndola contra los calumniadores con la virtud del milagro; y sobre todo, significaba místicamente la boda en la cual estaba comprometido y aquélla por la cual había venido. Porque ya la segunda y la tercera unión estaban realizadas en

23. Cf. Is 28, 20

24. Cf. Ef 2, 14

25. Cf. Col 2, 14

26. Jr 3, 1

él: él era carne, alma, Verbo; tres substancias, dos naturalezas, una sola persona: Dios y hombre. Por la cuarta unión había venido; y ya en sí mismo la poseía de un modo más excelente que todos los hombres. 15. Porque ninguna alma —como aquella alma santa— obedeció a Dios con más humildad, se sometió con más plenitud y se adhirió con más firmeza.

El hombre está dividido en su dualidad y Dios no está en él. Dios en su Trinidad es uno, y el hombre no está en él. Allí, excepto la dualidad, nada había, no hubo quien apaciguara la lucha. Aquí, sólo la Trinidad existía, no hubo quien turbara la paz. Aquí, en la Trinidad, no está admitido un cuarto, para que la paz no sea turbada; allí, en nuestra dualidad no se encuentra un tercero, para que la lucha sea apaciguada. Aquí, desde la Trinidad, nadie es enviado, para que la dualidad no dé comienzo a la lucha; allí, si un tercero no hubiera intercedido, la lucha no hubiera cesado. 16. Como lo veis, hermanos míos, era necesario un gran consejo, donde el cielo no perdiera la gloria de su paz, y donde algún día la tierra desdichada encontrara la paz. Por eso fue enviado, no obstante no haberse alejado, el Ángel del gran consejo y del auxilio poderoso²⁷, el tercero de los tres en la Trinidad, el Hijo, cuyo nacimiento salutífero no turbó las regiones celestiales, sino que las regiones terrenales fueron invitadas a la paz, y una multitud de miríadas de ángeles canta himnos diciendo: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz*²⁸. 17. ¡Oh consejo grande y admirable, según el cual, en Dios, la eterna Trinidad no se disminuye, y en el hombre empieza una nueva trinidad, por la que se asciende de la guerra natural e intestina, a la paz inusitada e imperturbable! ¡Oh consejo grande y verdaderamente divino, por el cual todo se dispuso de modo que Dios, viniendo al hombre, produjera una trinidad necesaria, y el hombre, pasando hacia Dios, no produjera una cuaternidad superflua! Por cierto, como dijimos —dado que una sola persona, Hijo de Dios e hijo del hombre subsiste en tres substancias y dos naturalezas—, en la eterna Trinidad divina el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son un solo Dios. 18. En la nueva trinidad

27. Is 9, 6

28. Lc 2, 14

del hombre, la carne, el alma y el Verbo son un solo hombre. Allí, tres personas, una sola substancia; aquí, tres substancias, una sola persona. Allí, unidad de naturaleza, diversidad de personas; tres personas, todas coeternas y coiguales; aquí, tres substancias todas diversas y desiguales. Allí, en fin, nada es mayor o menor; aquí, ascendiendo y descendiendo gradualmente, uno es más grande y más pequeño que el otro, para que también tú subas siempre por grados de lo menor a lo mayor, de la carne al espíritu, del espíritu a Dios; de la segunda boda, a la cual viniste a través de la primera, subas a la cuarta por mediación de la tercera. 19. De Adán, que por la concupiscencia engendró carnalmente, a Cristo, que por la gracia reengendra espiritualmente; y por él al Padre, que felizmente da su herencia al reengendrado, como a su Hijo. De la vetustez, por la novedad, a la eternidad. De la vanidad, por la verdad, a la virtud. De la desviación, por el camino, a la vida. 20. Debéis recordar, amadísimos, que es con el deseo de la migración como se celebra esta boda a la cual sois invitados con Jesús, si sois sus discípulos. *Jesús, está escrito, fue invitado con sus discípulos a la boda*²⁹.

Pero, al prolongar este sermón, la hora casi ha pasado, de modo que no podemos ahora cumplir sin dificultad el peso de nuestro trabajo matutino. Por eso, es preciso que nos apresuremos, para que con el trabajo de la tarde gustemos lo poco que queda del sermón, como un bocado de pescado con pan de cebada³⁰, si el Señor Jesucristo, Palabra de Dios, nos hace el don de la palabra. Amén.

29. Jn 2, 2

30. Cf. Jn 6, 9

SERMÓN 10

(Segundo sermón para el primer domingo después de la octava de Epifanía)

Jesús fue invitado con sus discípulos a la boda¹. Porque como lo dijimos, en el deseo ardiente de una migración fue celebrada esta boda; también debe decirse de nosotros lo que antes oísteis, es decir, de dónde, por dónde y hacia dónde hemos de emigrar, para que podamos volver allí de donde caímos, y para que donde caímos, allí nos apoyemos a fin de levantarnos de allí.

Pero hemos de emigrar por así decir, con los dos pies: la inteligencia y el afecto; por la una se va de la letra al espíritu; por la otra, del vicio a la virtud. Más aún, hermano, esta migración debe hacerte pasar siempre de una inteligencia a otra, y de una virtud a otra, hasta que veas con un conocimiento perfecto al amado de tu alma; y que por así decir estreches con los brazos de un amor pleno a aquél a quien ves, y por este conocimiento, llenándote de admiración digas: *Este es mi amado*. 2. Y por este amor añadas: *Y él es mi amigo*². Y aquello: *Yo soy para mi amado y mi amado es para mí*³. *El descansará entre mis pechos*⁴. Este es el camino de la migración, que no has de recorrer con tibieza, con temor, con lentitud, sino con corazón dilatado, con celo y fervor, con inenarrable dulzura, dejándote conducir siempre hacia donde te lleve el ímpetu del espíritu⁵.

Observa con qué deseo ardiente emigró por debajo de sí el Hijo de Dios, porque por arriba de sí no podía subir para llegar hasta ti, ni tampoco debía bajar por debajo de sí, y todo por ti, para llegar a esta boda.

Hermanos, tened en vosotros los sentimientos de Cristo Jesús, buscando y comprendiendo de dónde, por qué y hasta dónde

1. Jn 2, 2

3. Ct 2, 16

5. Cf. Ez 1, 12

2. Ct 5, 16

4. Ct 1, 13

se anonadó a sí mismo, pasando de la forma de Dios hasta la semejanza de la carne de pecado⁶. 3. Pero ¿por qué? No ciertamente por temor del castigo, ni por deseo de ganancia, sino sólo y únicamente por amor a nosotros, a fin de que nosotros, yendo en sentido inverso al suyo, grado por grado, no por temor del castigo como esclavos, ni por ambición del reino, como mercenarios, sino sólo por amor de Dios, como hijos, salgamos y emigremos de la fosa de la carne de pecado, a la cual no podía ni debía descender, y corramos a su encuentro en su semejanza de la carne de pecado, a fin de que la misericordia y la verdad se encuentren, la justicia y la paz se besen⁷. 4. Emigremos de la fosa del pecado, por la semejanza de la carne de pecado, a la forma de Dios; del pecado, por la penitencia, al Señor; llenándonos por doquiera de inteligencia y virtud, como dijimos, hasta el conocimiento pleno, es decir, la sabiduría y hasta la dilección perfecta, o sea la caridad, y, por así decir, hasta los ángeles supremos, los querubines y los serafines, así como él se anonadó hasta la necedad y la debilidad. Porque *plugo a aquél salvar a los creyentes por la necedad de la predicación*⁸ y la debilidad del sufrimiento, y, por así decir, embriagar a los que beben en la boda. 5. Porque la necedad, o bien la debilidad, son el agua, a la que convierte sin embargo en vino, es decir en sabiduría y en fuerza; porque lo que es necedad en Dios es más sabio que los hombres, y lo que es debilidad se revela más fuerte⁹. No pudo el mundo —está escrito— conocer a Dios por la sabiduría¹⁰ porque le faltaba el vino. Por eso, plugo a Dios por la necedad, es decir por el agua, dar de beber a los convidados, no sin antes haber convertido esta agua en vino, no sin haberla transformado en sabiduría.

6. Del vino mejor, se habla, y con toda verdad. Por comparación con él y en alabanza de él es desaprobado el primero, esto es, la sabiduría de este siglo a la que la sabiduría de Dios convirtió en necedad¹¹, la sabiduría de los filósofos que se debilita en sí misma. Porque las verdades han sido atenuadas por los hijos

6. Cf. Flp 2, 5-7

8. 1Co 1, 21

10. Cf. 1Co 1, 21

7. Cf. Sal 84, 11

9. Cf. 1Co 1, 25

11. Cf. 1Co 1, 20

de los hombres¹², de ahí que cada uno ha dicho necedades a su vecino, el maestro a su discípulo. Los filósofos paganos han tropezado contra la piedra¹³, Cristo.

¿Dónde está el sabio, dónde el escriba, dónde el razonador de este siglo?¹⁴ Los sabios fueron prendidos en su propia astucia¹⁵, se turbaron, vacilaron como borrachos, y toda su sabiduría fue devorada¹⁶; bebieron, y el vino faltó.

7. Por esto es bueno y útil para ti, hermano, que te falte tu propio vino y que no sigas tu propio juicio. Que Jesús haga llenar primero tus vasos con agua y que después la convierta en vino. Escucha al Doctor de las naciones, escucha a uno de los servidores que sabe de dónde viene y cómo fue hecho el buen vino. Dice: *Si alguno de vosotros parece ser sabio* —es decir, tener vino— que lo vacíe cuidadosamente para ser llenado de vino mejor, esto es, que *devenga necio para ser sabio*¹⁷; que se vacíe de la arrogancia, porque quien se imagina conocer algo, todavía no lo conoce como se debe conocer¹⁸. Es más, ¡ay de aquéllos que son sabios a sus propios ojos, porque declarándose sabios se han hecho necios! 8. Que se llene de agua, es decir, que conozca su presunción y su debilidad. Y de este modo, se muestre a sí mismo como es, a fin de devenir rápidamente lo que todavía no es. Que sea necio, para devenir sabio. Que reciba el agua, para beber el vino; que renuncie a sí mismo, esto es, a su propio juicio y a su propia voluntad, para progresar en sabiduría y en caridad por la virtud de la obediencia. En este sentido, hermanos, interpretamos las palabras: *Les quitas el espíritu y desfallecen, y vuelven a ser polvo*¹⁹, porque lo que aquí es polvo, allí es agua; lo que aquí es su espíritu, allí es el primer vino; lo que aquí es el Espíritu de Dios, allí es el vino de Cristo. 9. *Envía*, dice, *tu espíritu*²⁰, como si dijera: da tu vino, y en un hombre nuevo serán creados, por decirlo así, serán embriagados.

12. Sal 11, 2

13. Cf. Sal 140, 6

14. Cf. 1Co 1, 20

15. Cf. Jb 5, 13; 1Co 3, 19

16. Sal 106, 7

17. 1Co 3, 18

18. 1Co 8, 2

19. Sal 103, 29

20. Sal 103, 30

Y la madre de Jesús estaba allí²¹. Ella ciertamente sugirió a su Hijo, y con su sugerencia intercedió. Obtuvo el milagro, sin ignorar el misterio. Porque cuando su Hijo respondió: *Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti?*²², como si dijera: cuando se trata de los poderes me va a mí y a mi Padre, cuando se trata de las debilidades, a mí y a mi madre, ella comprendió perfectamente y advirtió a los servidores que obedecieran en todo a lo que había dicho Jesús.

10. Muchos sabios de este siglo que disertan abundantemente acerca del alma y de Dios, del modo como ella fue creada por él, de su purificación mediante él, de su bienaventuranza en él, se agotaron vanamente en sus búsquedas²³, porque se jactaban de ser padrinos en ausencia de Jesús: se puede decir que no invitaban a Jesús a la boda y por eso erraban lejos de la verdad. Dice el Apóstol: *Que habite Cristo Jesús por la fe en vuestros corazones*²⁴. Pero ¿de dónde nos viene Jesús, es decir, esta fe? Y ¿cuál es su madre que nos la ha dado a luz? ¿Qué méritos la han precedido? Volvamos al Apóstol, escuchemos al discípulo que asistió del modo más profundo a la boda mística. *Es por gracia*, dice, *que habéis sido salvados mediante la fe*²⁵.

11. Ésta es pues la madre, que dio a luz a Jesús en lo íntimo de nuestros corazones la gracia que previene al indigno; esa profundidad que no se ve, de donde nace y surge toda longitud, anchura y altura que se ve²⁶. A ella, por decirlo así, la justicia responde de manera piadosa, afectuosa y llena de caridad: *Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti?*²⁷ Sin embargo, ella obedece a la misericordia. Todo lo cual encerró el Apóstol en estas pocas palabras: *Nos salvó, no por las obras justas que hubiéramos hecho nosotros, sino según su misericordia*²⁸. Por tanto, la madre estaba allí, la gracia por la cual es creada la fe —la primera de las virtudes— y que fue estimulada a obrar por la dilección, para que Jesús no esté inactivo y los discípulos no dejen de creer en él.

12. Pero ¿cuáles son estos discípulos que siguen a Jesús, sino las virtudes del alma que siguen a la fe, que obedecen a la fe, y sin la cual nada valen? Ellas pueden tener una apariencia, pero sin la fe, no pueden tener verdad. Porque sin la fe es imposible que agraden a Dios²⁹, es más, todo lo que no procede de la fe, es pecado³⁰.

Mas, las seis jarras duras y frías ¿qué significan? Eran tal vez las obras del hombre. Porque el número seis significa la acción, así como el siete expresa el reposo después de la acción, y el ocho la resurrección después de toda la obra. 13. Por eso, las ceremonias de los paganos, por las cuales honraban a los demonios, y las tradiciones de los judíos, según las cuales éstos se purificaban, fueron abolidas por la fe, como si estuvieran llenas de agua, porque en ellas se encierra una vanidad inútil e insípida, y en ésta, en la fe, se encuentra la verdad útil y sabrosa. En efecto, la tarea de la enseñanza consiste primeramente en alejar de la insensatez a los que ella ha pervertido, y después en enseñar la sabiduría a los convertidos. Escucha todo esto, brevemente, en el Apóstol: *La circuncisión*, dice, *es nada*, como si dijera: es agua, y *es nada la incircuncisión*³¹. 14. Estas dos palabras encierran todo el culto de los paganos, y los ritos y observancias carnales de los judíos; después de haberlos llenado de agua, a saber, de inutilidad y de necedad, finalmente los convirtió en vino, diciendo: *sino la observancia de los mandamientos de Dios*³².

Bajo este símbolo, Jesús abolió el sábado carnal, y los discípulos comen sin lavarse las manos³³, atrayendo todo al sentido espiritual y convirtiendo el agua en vino. De ahí que también Pedro, al interrogar sobre el significado de la parábola, escucha: *¿También vosotros estáis sin inteligencia?*³⁴

Las jarras contienen cada una dos o tres medidas, porque los paganos ven en sus ritos sagrados un sentido físico y moral; y nosotros, en las Escrituras de los judíos, más allá del sentido histórico, escrutamos también el sentido moral, el alegórico, y

21. Jn 2, 1

22. Jn 2, 4

23. Sal 63, 7

24. Ef 3, 17

25. Ef. 2, 8

26. Cf. Ef 3, 18

27. Jn 2, 4

28. Tt 3, 5

29. Hb 11, 6

30. Rm 14, 23

31. 1Co 7, 19

32. Id.

33. Cf. Mt 15, 2

34. Mt 15, 16

a veces, el anagógico. El sabio Salomón, encerrando la multiplicidad de todas las cosas y de todas las palabras como en una estrechísima jarra de vino, dice al igual que Pablo: *Teme a Dios y observa sus mandamientos, porque eso es el hombre todo*³⁵. 15. Tal vez, el propio temor es el agua. Porque quien renuncia a su presunción, y reconoce fácilmente su necedad y su debilidad, comienza a temer y progresa hacia la sabiduría, pues: *el comienzo de la sabiduría es el temor del Señor*³⁶. Pero la sabiduría perfecciona la caridad, la cual *echa fuera el temor*³⁷ y convierte el agua en vino. Podemos entender como doble o triple el temor, que hace que temamos caer —por causa del pecado— de la gloria al castigo. Podemos también, con razón, entender el agua como la penitencia por las obras muertas³⁸, ya que el número seis significa las obras, así como el vino significa el reino de Dios. 16. Por eso, el comienzo de la predicación de Jesús, así como el comienzo de sus milagros fue: *Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos*³⁹. La penitencia, notémoslo, es también doble o triple: está la contrición del corazón, la confesión de los labios y, si es posible, la satisfacción de las obras.

Los servidores —que llenan al pecador del conocimiento de sí, o del temor de Dios, o del pesar por el mal— debe entenderse que son los ángeles, los apóstoles, los predicadores, que, conscientes del misterio, sacan de donde y cuando Jesús ordena, y llevan a quien él ordena.

17. *Luego que el maestro sala lo gustó*⁴⁰... Avergüencense quienes son los primeros en sentarse y los últimos en beber. A ellos debe presentárseles el vino para que lo pregusten y prueben. Pero embriagados por el primer vino, todavía mareados, elegidos como maestros de espiritualidad, se hicieron negociantes de los asuntos seculares. Yendo casi al interior del desierto, no conducen sus ovejas sino que las empujan; malos para sí mismos, benignos para con los demás, cuidan de sus propios cuerpos y de las almas de los otros, y merecen que se diga de ellos: *Haced lo que os*

*digán, pero no hagáis lo que ellos hacen*⁴¹. 18. Así, hermanos míos, una comunidad donde el padre, vagabundeando por fuera, trata los asuntos seculares y cuida de intereses extraños, mientras obliga a sus súbditos a observar el buen orden, me hace el efecto de un bello cuerpo humano que marcha con la cabeza hacia abajo. ¡Quiera Dios que al juzgar al servidor de otro, moderemos las palabras que tal vez hubiera sido mejor suprimir completamente!

En este responsable principal del servicio de la mesa, entendemos el libre arbitrio del hombre, al que se le ofrece primero la fe, y que es el único responsable ante Dios del rechazo o de la obediencia, porque preside toda el alma, la cual es triple, por causa de la racionalidad, del apetito concupiscible y del apetito irascible.

SERMÓN 11

(Primero para el tercer domingo después de Epifanía)

Cuando Jesús bajó del monte¹... El monte es el cielo, y la tierra el valle. Dios es el monte, y el hombre el valle. El monte es la condición de Dios, y el valle la condición de siervo. Cuando Dios, en la condición de Dios, bajó del cielo a la tierra, anonadándose hasta la condición de siervo y comportándose como un hombre², la muchedumbre que lo esperaba podía seguirlo; ella, que sin él no podía seguirlo adonde él iba. Sin embargo, ¿adónde la condujo? En primer lugar a curar a un leproso, tal vez porque ellos mismos eran leproso sin saberlo. La primera desgracia de un enfermo es no tener la salud; la segunda, desconocer su enfermedad; la tercera, no buscar el remedio; la cuarta, despreciarlo cuando se lo ofrecen. 2. Por eso, el sabio médico y Dios benévolo, condujo a la muchedumbre adonde pudiera enseñarle, adonde se presenta un hombre que ve su enfermedad y por eso busca la salud, que reconoce su mal, implora la benevolencia (del Señor), a fin de que la muchedumbre,

35. Qo 12, 13

37. 1Jn 4, 18

39. Mt 4, 17

36. Sal 110, 10

38. Cf. Hb 9, 14

40. Jn 2, 9

41. Cf. Mt 23, 3

1. Mt 8, 1

2. Flp 2, 6-7

al contemplar lo que ocurre exteriormente pueda ser enseñada en su interior, y que el ciego más enfermo, siga al enfermo que ve.

Dice el Apóstol: *A Abraham y a su descendencia fueron hechas las promesas*³; por eso *Cristo fue ministro de la circuncisión, por la veracidad de Dios, para cumplir las promesas hechas a los padres, mientras que los gentiles glorifican a Dios por su misericordia*⁴. 3. Por tanto, yo veo en la muchedumbre que espera y sigue, y en el leproso que se presenta y es purificado, dos categorías: la circuncisión, que esperaba y vio antes la presencia corporal; y la gentilidad, que saliendo al encuentro después, mereció recibir antes el beneficio y la gracia, por creer fácilmente la predicación de los apóstoles, por confesar verazmente su lepra e implorar humildemente el médico. Porque de la muchedumbre que lo seguía, todavía no había curado a nadie. 4. Pero ¿qué quiere decir que la muchedumbre lo seguía? Así como los fariseos lo observaban, pero para criticarlo; lo interrogaban, no para aprender sino para sorprenderlo en alguna palabra⁵; lo buscaban, no para tenerlo consigo sino para perderlo, así también por cierto los incircuncisos lo seguían, no para alcanzarlo sino para perseguirlo, no para comprenderlo sino para sorprenderlo. Porque los que de entre ellos se presentaron descubriendo sus pecados, adorando la majestad de él, implorando su bondad, místicamente son del número de este leproso. 5. Del mismo modo que otrora, para emulación de los gentiles, la circuncisión profesaba el culto de un solo Dios⁶; así también después, para provocar la fe de los judíos en la divina Trinidad, la gentilidad fue antepuesta a ellos. Lo cual también hoy podemos ver: *Los últimos son los primeros y los primeros, los últimos*⁷; los maestros devienen discípulos y los discípulos, maestros; quienes no veían ven, y quienes veían se volvieron ciegos. 6. Lo que Israel buscaba, no lo ha conseguido, es más, lo ha perseguido; pero los elegidos lo han alcanzado. Diariamente, en su presencia, los extranjeros devoran sus dominios⁸, y los advenedizos comen el desierto de la letra, convertido en abundancia de inteligencia espiritual. El reino de Dios les ha sido arrebatado, y ha sido

entregado a un pueblo que produzca sus frutos⁹. En presencia de los sanos —que no lo son—, el buen enfermo es curado, y reconociendo su pecado se anticipa a decirlo, para ser justificado. Porque el justo es ante todo acusador de sí mismo¹⁰, esto es, que al principio de su justificación se acusa a sí mismo, vale decir, que al acusarse comienza a ser justo. 7. Porque la primera tarea de la justicia del pecador es la acusación de la falta; la segunda es la corrección; la tercera, la consideración atenta: *Y yo seré, dice, íntegro con él, y me guardaré de mi iniquidad*¹¹.

Por eso el leproso, adelantándose comienza por decir: *Señor, si quieres, puedes limpiarme*¹². Dos cosas confiesa: su propia impureza y el poder del Señor; una tercera implora, su bondad. Alabando invoca al Señor, y por eso es despachado curado de su lepra. Alabando el poder invoca la gracia, la cual en modo alguno podía faltar dadas las dos primeras confesiones, a saber: la acusación y la alabanza. Porque todo el que invoque el nombre del Señor será salvo¹³ y escuchará: *Quiero, queda limpio*¹⁴. De ahí que el bienaventurado profeta dice: *Alabando invocaré al Señor, y quedará salvo de mis enemigos*¹⁵.

8. Tocado por Jesús, fue curado; pero aquél que lo curó le prohibió declararse curado antes de presentarse al sacerdote y ofrecer la ofrenda legal. ¿Qué significa esto, hermanos? Quien fue curado por Cristo, ¿podrá callar las alabanzas de Cristo? Sin haberlo experimentado todavía alabó el poder; ¿y callaría la gracia, habiéndola experimentado? Purificado por Cristo, ¿necesitaba de un sacerdote, tal vez impuro? O bien (Cristo) ordenó algo inútil; ¡Dios nos libre!, o bien enseña un misterio.

Dos cosas convienen a Dios solo: el honor de la confesión y el poder del perdón. La confesión debemos hacérsela nosotros a él, y hemos de esperar de él el perdón. 9. En efecto, perdonar los pecados corresponde sólo a Dios, y por eso sólo a él hemos de confesarlos. Pero cuando el Todopoderoso desposó consigo a la débil, el Altísimo, a la humilde, hizo reina a la sierva; a

9. Cf. Mt 21, 43

12. Mt 8, 2

15. Sal 17, 4

10. Cf. Pr 18, 17

13. Cf. Jl 3, 5

11. Sal 17, 24

14. Mt 8, 3

3. Cf. Gn 28, 4; Ga 3, 16

5. Cf. Mt 22, 15

7. Cf. Mt 19, 30

4. Rm 15, 8-9

6. Cf. Rm 9 ss.

8. Cf. Is 1, 7

la que estaba detrás, a sus pies, la admitió a su lado. De su lado, en efecto, salió; es allí donde la desposó consigo. Y así como todo lo del Padre es del Hijo, y lo del Hijo es del Padre¹⁶, puesto que son uno por naturaleza, así también el Esposo dio todo lo suyo a la esposa, y el Esposo compartió todo lo de la esposa, a la que hizo también una con él y con el Padre. *Quiero*, dice el Hijo al Padre, intercediendo por la esposa, *que como tú y yo somos uno, también ellos sean uno con nosotros*¹⁷.

10. Y así el Esposo —que es uno con el Padre, uno con la esposa—, arrancó lo que encontró de extraño en la esposa clavándolo en la cruz¹⁸; allí colocó sus pecados sobre el madero¹⁹ y por el madero los suprimió. Porque lo que era natural y propio de la esposa lo asumió y lo revistió, y lo que era propio de él y divino, lo dio. En efecto, suprimió lo diabólico, asumió lo humano, dio lo divino, para que todo lo de la esposa fuera del Esposo. Por eso *Él, que no cometió pecado y en cuya boca no se halló engaño*²⁰ puede decir: *Ten piedad de mí, Señor, porque estoy enfermo; sana mi alma porque pequé contra ti*²¹. De modo que quien tiene la debilidad de la esposa, tenga también su llanto, y todo sea común al Esposo y a la esposa, tanto el honor de la confesión como el poder del perdón, por esta razón tiene que decir: *Vé, muéstrate al sacerdote*²². 11. En efecto, estas prerrogativas no dejan de pertenecer a Cristo solo, por el hecho de pertenecer a la Iglesia; pero si no pertenecen a la Iglesia tampoco pertenecen totalmente a Cristo. Así como tampoco dejan de pertenecer únicamente a Dios, porque pertenezcan a Cristo; sino que, por decir así, no pertenecen totalmente a Dios, si no pertenecen a Cristo.

Por consiguiente, que el pecador no diga a nadie que está curado cuando se haya arrepentido interiormente —donde perdona sólo Cristo, pero no Cristo todo entero— si ha desdeñado mostrarse al sacerdote, a quien se le confió la facultad de perdonar y a quien, por esto, se le debe el honor de la confesión. Porque si dijera que está curado, la lepra volvería; y con razón entonces

16. Cf. Jn 17, 10

19. Cf. 1P 2, 24

22. Mt 8, 4

17. Cf. Jn 17, 21

20. Cf. 1P 2, 22

18. Cf. Col 2, 14

21. Sal 6, 3

sería declarado más impuro aquél que despreciara al que purifica, que lo purificó bajo esta condición: que no se llame de ningún modo puro antes de haberse mostrado al sacerdote y de haber hecho su ofrenda. 12. Porque así como las deudas perdonadas, recaen sobre aquél que rehúsa perdonar²³, así también las perdonadas interiormente no sirven de nada a quien desdeña confesarlas exteriormente. Del mismo modo que quien no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió²⁴, así también quien desprecia a la esposa, deshonra al Esposo que la escogió; y quien desprecia al Esposo, es decir, al Hijo, ciertamente desprecia también al Padre y ofende al Espíritu Santo, sin el cual ni el Padre, ni el Hijo, ni la Iglesia perdonan los pecados.

13. La misericordia todopoderosa tiene sus leyes propias, según las cuales se rigen su don y su perdón. *Dad*, dice, *y se os dará*²⁵; de lo contrario, también lo que se os ha dado, se os quitará²⁶. Igualmente: *Perdonad y se os perdonará*²⁷; de lo contrario también lo perdonado a vosotros, con ira os será reclamado hasta el último centavo²⁸. Según estas leyes, también no sin razón se escucha: *Mira, estás curado, no vuelvas a pecar más, para que no te suceda algo peor*²⁹. Y también: *Tampoco yo te condeno; no vuelvas a pecar más*³⁰. Y el texto que tenemos entre manos: *Quiero, queda limpio. Pero vé a mostrarte al sacerdote*³¹...; de modo que cuando lo que se dice a menudo se omite, siempre lo debemos sobreentender.

14. Por tanto, la Iglesia no puede perdonar nada sin Cristo; ni Cristo quiere perdonar nada sin la Iglesia. A nadie puede perdonar la Iglesia sino al penitente, es decir, a aquél a quien antes tocó Cristo. Cristo no quiere conceder el perdón al que desprecia a la Iglesia. Cristo todopoderoso puede por sí mismo hacer todo: bautizar, consagrar la Eucaristía, ordenar, perdonar los pecados y cosas semejantes; pero el Esposo humilde y fiel, nada quiere hacer sin la esposa. Por eso *lo que Dios unió no lo separe el hombre*³². Yo digo: *Gran misterio éste, pero entendido de Cristo y de la Iglesia*³³. No quieras en modo alguno quebrar la

23. Cf. Mt 6, 15

27. Lc 6, 37

31. Mt 8, 3-4

24. Cf. Jn 5, 23

28. Cf. Mt 5, 26

32. Cf. Mt 19, 6

25. Lc 6, 38

29. Jn 5, 14

33. Cf. Ef 5, 32

26. Cf. Lc 8, 18

30. Jn 8, 11

cabeza de la paloma³⁴, no quieras separar la cabeza del cuerpo. 15. Porque Cristo no ha querido ser decapitado, sino ser extendido, distendido, suspendido en la cruz, para unir lo bajo, lo alto y el medio. No quieras separar la cabeza del cuerpo, de tal modo que en ninguna parte exista Cristo todo entero; porque en ninguna parte existe Cristo todo entero sin la Iglesia, como tampoco en ninguna parte existe toda entera la Iglesia sin Cristo. En efecto, Cristo todo entero e íntegro, es la cabeza y el cuerpo. Por eso dice: *Nadie sube al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo*³⁵. Él es el único hombre que perdona los pecados, el que primero toca interiormente para provocar la penitencia del corazón, y después envía al sacerdote exteriormente, para la confesión de los labios; pero el sacerdote, envía a Dios, para que sea hecha la ofrenda de la satisfacción. 16. Porque tres cosas producen la pureza perfecta: la contrición del corazón, la confesión de los labios, la satisfacción de la obra; de modo que antes no le está permitido a nadie decir que está purificado.

Pero veo, hermanos, que no satisface vuestra expectativa; vosotros bebéis más ávidamente el sentido moral, que os permite elevar vuestro edificio sobre el cimiento donde estáis colocados³⁶. Os complaceremos, según la capacidad que nos sea concedida, pero confieso que contra nuestro gusto personal, al que por cierto le atraen más los misterios. Sin embargo, porque el Reino de Dios no consiste en discursos³⁷, levantémonos para el trabajo que nos queda hoy por hacer. 17. Porque no debemos venir al sermón para no trabajar, sino más bien debemos moderar a veces el trabajo para consagrarnos a la palabra de Dios. Porque el hombre no es sólo carne ni sólo espíritu, ni es todavía enteramente espiritual en el espíritu vivificante³⁸, ni puede vivir sólo de pan³⁹ por el cual trabajamos, ni sólo de la palabra, a la que nos consagramos, mientras vive aún en parte como un animal, y en parte como un ángel, hasta que desaparezca toda semejanza con el animal y devenga igual a los ángeles de Dios, por Cristo nuestro Señor. Amén.

34. Lv 5, 8

35. Jn 3, 13

36. 1Co 3, 10 ss.

37. Cf. 1Co 4, 20

38. Cf. 1Co 15, 45

39. Cf. Dt 8, 3

SERMÓN 12

(Para el tercer domingo después de Epifanía)

Cuando bajó Jesús del monte¹... Hermanos, este pasaje debe recordaros aquél donde el Señor Jesús, al ver a la muchedumbre subió al monte, para que, comparando las cosas espirituales con las espirituales², subáis siempre en espíritu, según la exhortación del bienaventurado Apóstol: *Si vivís según el Espíritu, andad también según el Espíritu*³. Esto, en efecto, lo exige el orden, lo reclama la razón, y nosotros, por lo general nunca lo callamos: que el que quiera ser verdaderamente espiritual, lo sea antes por la vida, por las costumbres, por las virtudes, para poder serlo algún día por la meditación, por la inteligencia, por la doctrina; que lo sea por la afición antes de serlo por la razón. Por eso se dice: *Si vivís según el Espíritu, andad también según el Espíritu*⁴. 2. Los discípulos siguen pues a Cristo al monte, alegres, dispuestos, con espíritu fervoroso⁵; cuando él baja, lo espera una muchedumbre inerte y apesadumbrada.

Mi Señor Jesús, Salvador de todos, se hace todo a todos, de modo que se revela sin embargo más pequeño que los pequeños, más grande que los grandes. Se inclina para salvar a un alma sorprendida en adulterio y acusada por los demonios, hasta escribir en la tierra con el dedo⁶, él, formado por el dedo de Dios, tierra hecha de la tierra por el bien de la tierra. Se eleva, de manera de subir por encima de los querubines y allí volar sobre las alas de los vientos⁷, es decir, sobrepasar las virtudes de todos los justos y las contemplaciones de todos los ángeles. 3. Porque *¿quién en las nubes es comparable al Señor, quién se iguala a Dios entre los hijos de Dios?*⁸ Por eso, a mi entender, él es el valle al cual baja, la llanura a través de la cual camina con la muchedumbre, el

1. Mt 8, 1

2. Cf. 1Co 2, 13

3. Cf. Ga 5, 25

4. Cf. Ga 5, 25

5. Cf. Rm 12, 11

6. Cf. Jn 8, 6

7. Cf. Sal 17, 11

8. Sal 88, 7

monte al que sube, ya con todos los discípulos, ya con unos pocos, ya solo para orar al Padre. Él, en fin, siendo todo lo que es Dios, permaneciendo todo lo que es el hombre, no puede subir por encima de sí mismo, ya que sobrepasaría a Dios; ni debe tampoco bajar por debajo de sí, ya que devendría un animal. 4. Él es, por tanto, esa escala santa y sublime que el peregrino vio mientras dormía⁹ —invisible quizá al sedentario y al hombre en vela—, levantada hasta Dios desde la tierra, o bien tendida por Dios hacia la tierra. Cuando quiere, él sube por sí mismo hasta él, acompañado a veces de algunos pocos, otras, de muchos, otras, sin que ningún hombre pueda seguirlo; pero cuando quiere, se junta a la muchedumbre común para decirle lo que ella puede comprender. A veces sale al encuentro del leproso, come con los publicanos y los pecadores, de modo que se le llama hombre comilón y bebedor de vino¹⁰. A veces también toca a los enfermos para curarlos, para sanarlos sin contentarse con decirles: *Quiero, queda limpio*¹¹. 5. Feliz el alma, hermanos carísimos, que puede seguir al Señor Jesús en todo, que corre tras el olor de sus perfumes¹², dondequiera que va, que sube por el ocio de la contemplación, vacando y viendo que es Dios¹³; que baja por el ejercicio de la caridad, siguiéndolo hasta abajarse en el servicio, hasta amar la pobreza, hasta soportar el hambre y la sed, la fatiga, el trabajo, el llanto, la oración, y finalmente la compasión y la pasión, él que vino a obedecer hasta la muerte¹⁴ y a servir, no a ser servido; y a dar, no oro ni plata, sino consejo y auxilio a la multitud, a dar su vida por la multitud¹⁵. ¡Oh bienaventurada alma la de Pablo, que siguiendo por todas partes a Jesús pudo decir: *Si hemos perdido el juicio, ha sido por Dios; si somos sensatos, lo es por vosotros*!¹⁶. Para él, estar con Cristo era mucho mejor, porque ¡es bueno estar aquí!¹⁷, y sin embargo no rehusó permanecer en la prisión de la carne, por amor de sus hermanos¹⁸.

9. Cf. Gn 28, 12

13. Cf. Sal 45, 11

17. Cf. Mt 17, 4

10. Cf. Mt 11, 19

14. Cf. Flp 2, 8

18. Cf. Flp 1, 23.24

11. Mt 8, 3

15. Cf. Mt 20, 28

12. Ct 1, 3

16. Cf. 2Co 5, 13

6. Hermanos, que éste sea para vosotros el modelo de vida, la verdadera norma de vuestra vida santa: vivir con Cristo por el pensamiento y el deseo en esta patria eterna; en esta fatigosa peregrinación no rehusar, por Cristo, ningún ejercicio de caridad. Seguir a Cristo, el Señor, subiendo al Padre; afinarse, simplificarse, vivificarse en el ocio de la meditación; seguir a Cristo bajando hacia su hermano, distenderse por la acción, dividirse de mil maneras, hacerse todo a todos¹⁹. No menospreciar nada de lo que concierne a Cristo; no tener nada más precioso que Cristo; tener sed de una sola cosa, ocuparse sólo de una cosa, cuando se trata del Cristo único; querer estar al servicio de Cristo, cuando se trata del Cristo múltiple. 7. Escuchad cómo se repartió de un modo eminente, aquél que de un modo eminente se ofreció por entero: *Sedienta está mi alma de ti, ¡cuántos deseos múltiples en mi carne por ti!*²⁰. En el alma, dice, uniformidad; en la carne, multiplicidad; el alma va por la uniformidad hacia la unidad; la carne, en su multiplicidad, es unidad, es decir, es múltiple con miras a la unidad. El alma arriba, la carne abajo, para que el hombre todo entero siga a Cristo todo entero, y con todo lo que es sirva al Cristo total. Porque Cristo todo entero es Dios y hombre; y el hombre todo entero es alma racional y carne. Vaya a ver el alma, por la contemplación de la verdad, a su modelo que está por encima de ella; vaya a ver la carne, por el ejercicio de la caridad, a su modelo que está junto a ella, y ninguna de las dos pecará en sí misma. Dice la Escritura: *Contemplando a tu modelo, no pecarás*²¹.

8. Si pues, la carne viera a su modelo puesto por debajo de ella a causa de la enfermedad, no lo aborrezca; no rehúya servirlo, no rechace tocarlo con misericordia. Porque nunca merecerá el alma contemplar mejor por la verdad a su modelo, por encima de ella, que cuando la carne se inclina, por la caridad, hasta su modelo, por debajo de ella. Por eso, la sabiduría divina, que es juntamente remedio y doctrina, que con una sola palabra hubiera podido curar al leproso, prefirió curarlo tocándolo, para que tú realices el bien no del modo más fácil sino del modo más

19. Cf. 1Co 9, 22

20. Sal 62, 2

21. Jb 5, 24

afectuoso que puedas. Que cumplas la obra de misericordia, que no la aborrezcas, que siempre prestes atención a aquél por quien la haces. 9. Porque él es siempre hermoso, siempre puro, siempre honesto, siempre digno en toda persona, lugar y obra.

*Quiero, dice, queda limpio*²². ¿Qué diremos, hermanos, de los que no quieren hacer todo el bien que pueden, cuando diariamente oímos vuestras quejas, gemidos y suspiros porque no podéis hacer cuanto queréis ni elevándoos, ni abajándoos, ni por vuestro padre, ni por vuestro hermano, ni por la unidad, ni por las múltiples tareas?

*Si quieres, dice, puedes limpiarme*²³.

10. En verdad, amadísimos, todo lo puede el Omnipotente, quien, cuando quiere algo, siempre tiene la posibilidad de hacerlo; pero no siempre quiere hacerlo, cuando tiene la posibilidad. Porque muchas cosas que no quiere hacer, puede hacerlas; aunque, sin embargo, su poder no se ejerce nunca contra su voluntad. Por eso, aquél que confiesa su lepra no duda de su poder; pero porque el que todo lo puede, no todo lo que puede, quiere, quien quiera algo, que implore su voluntad, adore su poder. Así, en Dios hay que considerar por separado la voluntad y el poder. Mientras al leproso, porque puede, quiere curarlo, diciendo: *Quiero* (yo, a quien tú le reconoces el poder) *queda limpio*, a nosotros nos enseña a no quedar inactivos ante el bien que podemos hacer, sino que, como dice el Apóstol: *Mientras hay tiempo, hagamos el bien a todos sin desfallecimiento, porque a su tiempo cosecharemos*²⁴. 11. En efecto, hay tiempo de sembrar y tiempo de cosechar. Por eso, hermano, haz el bien mientras puedes, en lo que puedes, a quien puedas. Porque vendrá la noche, en la que no podrás nada ni por ti ni por otro aunque lo quieras, si ahora mientras es de día no quieres cuando puedes. Desgracia grande es no poder cuando quieres, pero gran maldad no querer cuando puedes. Por eso, y con justicia, se le quitará el poder al que no tiene el querer, de modo que algún día ni pueda ni quiera, o quiera en vano cuando no puede; y se le

22. Mt 8, 3

23. Mt 8, 2

24. Cf. Ga 6, 9-10

dará a otro²⁵ para que tenga el poder con el querer; cuando Dios perfeccione en nosotros el poder pleno, según su benevolencia, él, que ahora nos ha dado el querer, según su voluntad²⁶; él, que da primero por la sola gracia, lo que después recompensará según la justicia. 12. Por esta razón, al obrar mediante el tacto esta curación que hubiera podido ser obrada fácilmente por la sola palabra, aquél que es sabiduría y fuerza de Dios²⁷ enseñó el amor; Jesucristo, obrando y enseñando, ahuyentó la lepra y la ignorancia, él que con Dios Padre vive y reina. Amén.

SERMÓN 13

(Primer sermón para el cuarto domingo
después de Epifanía)

Jesús subió a la barca y lo siguieron sus discípulos¹... Hermanos, léemos que el Señor Jesús ya sube, ya baja; y nosotros, considerando todo lo que él es, nos admiramos y preguntamos adonde sube aquél que es el Dios altísimo, o adonde baja el más humilde de los hombres. Por encima de Dios no puede ir, ni debe ir por debajo del hombre; porque lo uno sería imposible, lo otro sería indigno. Porque si se entiende esto materialmente acerca del solo y único lugar, es admirable adonde va este hombre, o bien de donde vuelve, él que está siempre en todas partes y a quien nada le está ausente. Por consiguiente adonde va, él ya está; y de donde viene, en modo alguno se retira. Pero estas cosas son propias de la majestad y de la naturaleza divina; busquemos entonces lo que sea propio de la humanidad y de la gracia.

2. La barca designa a la Iglesia, que navega ahora a fuerza de brazos por el mar grande y espacioso² de este mundo. Pero

25. Cf. Mt 25, 29

26. Cf. Flp 2, 13

27. Cf. 1Co 1, 24

1. Mt 8, 23

2. Sal 103, 25

¿cómo Jesús no ha bajado a ella, más bien que subido? Porque se anonadó a sí mismo, tomando la condición de siervo³, en la cual o por la cual entró en la Iglesia y bajó en ella o sobre ella, como la cabeza sobre el cuerpo. Sin embargo, hay dos cosas por las cuales se organiza la administración y el servicio de toda sociedad, de toda comunidad, y también de toda casa privada, a saber, la sumisión y la superioridad. 3. Ahora bien, en modo alguno le conviene a alguien presidir, si no ha aprendido antes a someterse; mandar, si no ha obedecido. Y por eso, aquella majestad sublime, cuya naturaleza es existir antes que todas las cosas, cuya propiedad es regir todo, del cual proviene todo orden y toda potestad, se abajó a sí misma para asumir la naturaleza del hombre, para cumplir sus deberes, para perdonar la deuda que ella no había contraído; ella pagó todo lo que no había robado⁴. De tal modo realizó el orden en todas las cosas, que en las obras admirables que hizo, no hay milagro más admirable ni enseñanza más luminosa que el ejemplo de ésa, su vida santa, que vivió como hombre entre los hombres. Por eso al Bautista, que lleno de temor exclamaba: *Soy yo quien debe ser bautizado por ti y ¿tú vienes a mí?* le respondió: *Déjame hacer ahora*, es decir, espera todavía, no quieras turbar el orden; pues así, es decir, siguiendo el orden y comenzando por la humildad *conviene que cumplamos toda justicia*⁵.

4. En efecto, por estos grados que arriba dijimos, a saber, la sumisión y la superioridad, se mantiene, se ejerce, se cumple toda justicia. Ella tiene la precedencia por el orden establecido, obedece por la sumisión; y nunca accede de por sí a la prelatura, sino por un llamado legítimo de otro. Porque dice el bienaventurado Apóstol: *Ninguno se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, como Aarón*⁶. De ahí que también el Señor Jesús, en el primer grado de la condición humana estuvo con el pueblo; vino al bautismo, entre la gente del pueblo, y no quiso subir al segundo grado, es decir, al oficio de superior por su propia decisión, sino que quiso ser elegido y constituido por Dios,

3. Cf. Flp 2, 7

5. Mt 3, 14-15

4. Cf. Sal 68, 5

6. Hb 5, 4

como lo afirma el bienaventurado Apóstol cuando escribe a los Hebreos⁷ que el propio Padre da testimonio de él y lo promueve diciendo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias*⁸, durante el tiempo en que por deber le estaba sometido. 5. En adelante escuchad a aquél que aprendió a escuchar. En adelante que hable aquél que hasta ahora calló. No le conviene hablar al que no supo callar. Que se escuche al doctor, que ha escuchado lo que enseña. Es digno de presidir, quien no ha desdenado estar sometido. Que escuche, por último: *Amigo, sube más arriba*⁹, quien durante treinta años ocupó el último lugar. Valga esto para comentar las palabras: *Jesús subió a la barca*¹⁰.

6. Y continúa: *le siguieron sus discípulos*¹¹. ¿Qué discípulo no siguió el ejemplo del maestro? ¿Quién se arrogó el honor? ¿Quién se hizo apóstol, quién evangelista? ¿Quién predicó si antes no fue enviado? *A algunos*, se dice, *constituyó apóstoles, a otros evangelistas*¹². Esto explica lo que oyen los hijos de Zebedeo que pretendían aquello a lo que no habían sido llamados: *No sabéis lo que pedís*¹³. Y hoy, hermanos, los discípulos siguen al maestro, ocupan los lugares inferiores hasta que se los llama más arriba. Porque quienes se imponen y se arrojan el honor no son discípulos de Jesús ni le siguen; no son enviados por él, sino que se presentan ante él movidos por su ambición; se anticipan al llamado y por eso él los califica de ladrones y salteadores¹⁴.

7. Os pregunto, ¿qué cosa más necia puede buscar, presumir o ambicionar un hombre, que anteponerse a todos como el único; como el único, a la multitud? ¿Qué otra cosa buscó el ángel necio cuando dijo en su corazón: *Subiré sobre la cumbre de las nubes, y sobre los astros del cielo*, es decir, sobre los ángeles mis compañeros, *elevaré mi trono*¹⁵. Por eso, el que en su alma pretende esto, ciertamente es un orgulloso o un loco. Porque si a sus propios ojos, se considera más sabio o más digno que los demás, es un orgulloso, y encontró en sí mismo de qué engeguerse. 8. En

7. Cf. Hb 5, 5-6

10. Mt 8, 23

13. Mt 20, 22

8. Mt 3, 17

11. Id.

14. Cf. Jn 10, 8

9. Cf. Lc 14, 10

12. Ef 4, 11

15. Cf. Is 14, 13

efecto, ¿cómo no estaría ciego, quien tuviera en sus ojos grosura e hinchazón? Porque el orgullo, donde nace, siempre enceguece el espíritu, como la mancha el ojo. De ahí proviene que ningún orgulloso se crea orgulloso ni pueda reconocerse como tal, del todo incapaz, como es, de verse a sí mismo. Si por el contrario, aun creyéndose menos idóneo, tiene no obstante ambición, ¿no es locura manifiesta?

9. Se dice a continuación: *Se produjo en el mar una agitación grande*¹⁶. El viento contrario es el Aquilón, viento abrasador, que esparce todo mal, al cual increpaba aquélla que presentía su violencia, diciendo: *Levántate Aquilón, ven tú, Austro, sopla sobre mi jardín para que fluyan sus aromas*¹⁷. Así, el viento contrario es el diablo, Satanás, que conturba lo profundo del mar¹⁸, es decir, que provoca a los hijos de este siglo e intenta el naufragio de la Iglesia desencadenando sin cesar perturbaciones, de modo que, en su violencia, quebranta también los montes¹⁹ por las tribulaciones que sin medida los han atacado²⁰. Pero: ¿dónde está, os pregunto, aquella fuerza que experimentaron en la barca, que les hacía decir con presunción: *No temeremos, aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar*²¹ 10. He aquí que ahora retemblaron, y las aguas fueron conturbadas, las de los montes marinos. Y por cierto, los montes de la Iglesia, los montes de esta barca fueron quebrantados por la fuerza y la furia de la tempestad. ¿Por qué son quebrantados? ¿Por qué temen? Ciertamente porque su fuerza y su seguridad duerme. Donde duerme la fuerza, ¿cómo no habría de reinar el temor? Que esté pues despierto el viento mientras Cristo duerme. Que esté despierta la furia del mar mientras duerme la fe en Cristo. 11. Por último, que esté despierto el temor, mientras duerme la fuerza de Cristo, para que los tímidos y los adormecidos en una fe mezquina recurran a él, junto al cual deberían haber guardado su fuerza para no temer y digan: *Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, nuestro auxilio en las tribulaciones que nos han sobrevenido sin*

16. Mt 8, 24

18. Cf. Sal 64, 8

20. Cf. Sal 45, 2

17. Ct 4, 16

19. Cf. Sal 45, 4

21. Sal 45, 3

*medida*²². Despierta, sálvanos, porque estando tú dormido perecemos. La primera precaución para los discípulos era no dejar dormir al maestro; la segunda, despertar al que dormía. Aquello era la fuerza; esto, el refugio; aquello, una actitud de fervor; esto, de temor. La atención mantiene al que está despierto; la necesidad estimula al que duerme. No obstante, ¡feliz necesidad, la que obliga a la virtud! 12. Porque la primera virtud es la fuerza que impide temer; la segunda es buscar el consejo y la ayuda para no perecer.

Así, hermanos, siempre que la persecución se desencadene contra nosotros, refugiémonos junto a Cristo a ejemplo de los santos Apóstoles. Excitemos en nosotros la fe en Cristo y el recuerdo de su pasión y por así decir de su dormición, porque tal vez no sea descabellado pensar que esta dormición significa su pasión. Los que en nosotros mismos somos débiles y tímidos o locamente audaces, encontremos en él el ejemplo de la paciencia, recibamos de él la fuerza de la resistencia, aprendamos de él el modelo de la constancia; sin él nunca podremos nada, y en él seremos todopoderosos, como dice el bienaventurado Apóstol: *Todo lo puedo en aquél que me conforta*²³. 13. Sus párpados nos observan²⁴. Él cierra los ojos, se enfurece el mar, todo es cruel y duro: no nos desalentemos. Cuando él abre los ojos todo está tranquilo, la navegación es favorable: no nos enorgullecamos. Todo está seguro, hay paz en todos lados: no languidezcamos. En las cosas adversas esperemos las prósperas, en las prósperas temamos las adversas. Porque todo se transforma y conoce vicisitudes²⁵. Por eso, el sabio debe temer menos en la adversidad y más en la prosperidad, pero en la una y en la otra debe evitar languidecer o dormir, para no desesperar en la una, ni perderse en la otra. Por lo cual, hermanos, colocados entre el temor y la esperanza, mantengamos despierta en nosotros la fe en nuestro Señor Jesucristo. Amén.

22. Sal 45, 2

24. Cf. Sal 10, 5

23. Flp 4, 13

25. Cf. St 1, 17

SERMÓN 14

(Segundo sermón para el mismo domingo)

R *mientras dormía, se produjo una agitación grande*¹... ¿Qué quiere decir, amadísimos, sino que el Señor, mientras dormía, obró, con lo cual despertó a los discípulos cuyo corazón estaba como dormido? Porque mientras dormía es cuando obró su fuerza e hizo salir vientos de sus escondrijos²; en absoluto silencio y durante su sueño es cuando el Verbo habló, enseñando que sería peligroso para los discípulos dejar que el maestro calle, languidezca, duerma. En efecto, la sabiduría se aprende en el ocio, pero no en la ociosidad. Porque nada hay más activo que aquel ocio, nada más laborioso que aquel reposo donde se aprende la sabiduría, donde se interroga al Verbo de Dios. **2.** Marta trabajaba, María estaba en reposo³, ella no languidecía, mientras que Lázaro languidecía, pasando de la languidez a la muerte, pasando de la muerte al hedor⁴. ¡Oh, cuántos hoy, desocupados del trabajo útil exterior, inactivos y perezosos en su interior, asegurados respecto de lo necesario y ocupados en fábulas y en pensamientos estúpidos, se quedaron sin la solicitud inquieta de Marta, pero en modo alguno encontraron la devoción de María! De ahí que también en Betania, es decir, en la casa de la obediencia, cayeron en la languidez de la desidia. **3.** ¡Oh desdichados!, débiles junto a la fuerza, necios en presencia de la sabiduría, ciegos ante la luz, mudos ante el Verbo, que mueren de hambre junto al pan de vida y de inteligencia⁵, y de los cuales está escrito: *Toda comida era abominada por su alma, y estaban ya a las puertas de la muerte*⁶. Y del mismo modo como allí el Señor dejó morir al enfermo para ser despertado de la muerte⁷, así también aquí —como junto a enfermos o a apóstoles que parecían estarlo— quiso él dormir, para que al menos el estar en peligro los incitara a despertarlo.

1. Mt 8, 24

2. Sal 134, 7

3. Cf. Lc 10, 39-40

4. Cf. Jn 11

5. Cf. Si 15, 3

6. Sal 106, 18

7. Cf. Jn 11, 11

Se adormeció exteriormente, cuando ellos, adormecidos, no estaban más con él. Les mostró exteriormente su estado interior. Pero porque no tenía cabida en ellos una instrucción suave y sutil, fueron amonestados más duramente desde el exterior. **4.** Se hace imponente el oleaje del mar, para que el Señor aparezca imponente en las alturas⁸. Dormido, mediante la tempestad, enseña a los que están demasiado seguros; despierto, mediante la tranquilidad, enseña a los que están justamente turbados. Creedme, hermanos, una y otra cosa son palabras de este santo Verbo, la tempestad como la tranquilidad, el que duerma como el que esté despierto. Por cierto, mientras duerme, maldice la acedia por la voz de la tempestad que sigue a la fluctuación de los pensamientos, como una especie de tempestad interior e intolerable; mientras está despierto y en vela, recomienda, por la voz de la tranquilidad la vigilancia del alma y el fervor del espíritu.

5. Así, hermanos míos, con sumo cuidado debemos vigilar, tanto más atentamente cuanto que hemos elegido una soledad más lejana, a fin de que en nuestro hombre interior, para quien el hombre exterior es como el mar, nunca duerma en la barca el Verbo de Dios, porque en sí mismo jamás duerme ni dormita. Cristo no puede, inactivo, velar por nosotros; y, para decirlo brevemente, siempre quiere que nosotros le pidamos o le preguntemos algo; o al menos que, mientras él habla, lo escuchemos atentamente. Porque, si mientras habla, hermano, comienzas a dormir para él, al punto duerme él también para ti. Mas ¡ay de ti, si él durmiera para ti! **6.** Para ti vela el viento, vela el mar, vela la tempestad con el fluir de los pensamientos, con el ardor de mil tentaciones; basta para esto que él solo esté dormido para ti. Por eso, en la oración dile con el Profeta: *Ilumina mis ojos Señor, para que no me duerma en la muerte*⁹. En efecto, si tú no comenzaras primero a dormir para él, él estaría siempre en vela para ti. Pedro no pudo velar una hora con Cristo, y por eso pudo negar a Cristo tres veces; porque estaba dormido cuando el Señor le dijo: *Velad y orad para no entrar en tentación*¹⁰, es decir, en la tempestad del alma. ¿Dónde están pues

8. Cf. Sal 92, 4

9. Sal 12, 4

10. Mt 26, 41

aquéllos que en el claustro dejan caer la cabeza sobre sus libros, en la iglesia roncan durante las lecciones o bien duermen en los capítulos durante los sermones de viva voz? Para todos ellos habla el Verbo de Dios y ellos lo desprecian. 7. El Maestro, el Señor, habla; y el hombre, el discípulo, duerme.

Hay tres ejercicios: la lectura, la meditación y la oración. Por la lectura o el sermón, que es también una especie de lectura, Dios te habla. Por eso dice el Señor: *El que tiene oídos para oír, que oiga*¹¹. Por la meditación, tú le interrogas. Por la oración, le ruegas. Por lo cual dice la Escritura: *Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá*¹². La oración pide; la meditación llama. Comprenderán lo que digo, los que por el fervor espiritual tienen sus sentidos ejercitados en virtud de la costumbre¹³. Porque el hombre animal no percibe estas cosas, aunque su vida sea espiritual¹⁴. 8. Porque, os lo repito sin cesar y quiero que os acordéis de ello, hay quien tiene un sentido animal y una vida espiritual; así como hay quien tiene una vida animal y un sentido espiritual. Por otra parte, hay un tercero que tiene la vida y el sentido animal; mas un cuarto, que en el sentido y en la vida es espiritual. Y así, en estas tres prácticas, a saber: en la lectura, en la meditación, en la oración, consiste toda la ejercitación del sentido espiritual y se da un cierto habitar en espíritu, en las regiones celestiales, donde como Moisés en el monte se habla, se escucha, se conversa con Dios como con su prójimo¹⁵, pero sólo por el sentido interior. 9. Porque la vida tiene también como una especie de aproximación secreta al Señor. De ahí que dice el Señor: *Acercaos a mí y yo me acercaré a vosotros*¹⁶. Algunos, como dijimos, están próximos por el sentido y lejos por la vida; otros, próximos por la vida y lejanos por el sentido; otros, lejanos por ambos; otros, próximos por ambos. Por el sentido, próximos; más próximos por la vida; más próximos aún por ambos.

10. Vigilemos, pues, hermanos, y muchísimo, contra la peste de la acedia que suele ser engendrada por una seguridad inmadura; los más perfectos, seguros de haber domeñado los vicios, se

11. Mt 11, 15

13. Cf. Hb 5, 14

15. Cf. Ex 33, 11

12. Mt 7, 7

14. Cf. 1Co 2, 14

16. St 4, 8

adormecen en su buena conciencia como si no tuvieran nada que temer; los imperfectos se adormecen en la seguridad de las cosas materiales, todas las cosas les vienen sin trabajo, los otros se las procuran.

He aquí, amadísimos, por qué los santos Padres, de los cuales nosotros, hombres hartos y robustos, por no decir llenos de grasa, engordados¹⁷, hemos osado seguir sus huellas por senderos arduos y estrechos, colocaron como piedra angular de los dos muros del edificio espiritual la pobreza, dividiéndola en dos clases y orientándola en dos direcciones: la pobreza efectiva y la espiritual, a fin de que quien ve su incapacidad en la una y en la otra, sea circunspecto y solícito en ambas y no pueda descuidar ninguna de las dos.

11. Por eso, carísimos, os hemos conducido a esta soledad apartada, árida y áspera. Sagazmente, por cierto, donde podéis ser humildes pero no podéis ser ricos. A esta soledad de soledades, repito, tendida en el mar lejano, que no tiene de ordinario nada en común con el resto del mundo, a fin de que privados de toda consolación mundana, y por así decir humana, haya en vosotros silencio absoluto del mundo; en vosotros, para quienes fuera de esta pequeña isla, la última de toda la tierra, ya el mundo no existe más.

¡Oh Señor!, al alejarme huí, y al huir me alejé, de manera que más allá no sé en absoluto, tú lo sabes, adonde huiré y me alejaré. 12. En otro tiempo, en mi deseo de huida y en mi sed de soledad, me dirigí por fin a este desierto, tan vasto y tan apartado¹⁸, por cuya causa algunos de los que podría llamar cómplices de esta expedición me abandonaron, poquitos me siguieron; ellos también experimentaron horror, el mismo horror de la soledad que a veces, lo confieso, experimento a veces en mí mismo. Añadí, Señor, soledad a soledad, silencio a silencio. Porque para ser más hábiles y estar más habituados a hablarte sólo a ti, nos obligamos una y otra vez a no hablar entre nosotros. Pero nos interesa en grado sumo, carísimos, considerar con acción de gracias y alabanza la misericordia de Dios, en la cual esperamos

17. Cf. Dt 32, 15

18. Cf. Dt 32, 10

y que nos fue concedida. 13. Ella se dignó atemperar para nosotros este exilio de modo que podamos orar, meditar, leer, pero nos sea necesario trabajar, a fin de que no nos falte qué dar al que padece necesidad, es decir, a nuestro cuerpo todavía animal. Porque con el sudor de nuestra frente¹⁹, más que con el de los domésticos o de los bueyes, debemos comer nuestro pan.

14. Por eso, hermanos, co-cautivos y co-fugitivos míos, como dice el Profeta: *Vosotros, que os acordáis del Señor, no os calléis y no guardéis silencio con él*²⁰. Velad por él, a fin de que él no duerma para vosotros. Mas yo, Señor, siempre clamaré hacia ti. Pero tú, Dios mío, no guardes silencio conmigo, pues si callas para conmigo²¹, me asemejaré a los que peligran en el mar; cuando por la meditación te llamo, ábreme; cuando te interrogo, respóndeme; cuando oro, escúchame. Por cierto, bondadosamente y con abundancia lo harás, siempre que al hablar tú, mis oídos no se hayan apartado de tus palabras. Al que te escucha, lo escuchas. Al que te atiende, lo atiendes; pero la oración de quien aparta su oído para no oír tu ley, será abominable²². 15. *Habla, Señor, que tu siervo escucha*²³, y responde a su palabra: ni uno ni otro, mientras navegan, duerma. Porque si duermes para mí, vuestro servidor, el mar, no duerme, el recuerdo del mundo no duerme; si tú duermes, las olas y el ardor de los pensamientos no duermen. Si yo duermo para ti, la carne no duerme para mí. Por eso, Señor, tú eres mi refugio²⁴, tú que hubieras podido ser la fuerza que me impidiera huir de ti; estimulado por mis sollozos, por los gemidos de mi corazón, por mi propia necesidad que nunca calla, despiértate. 16. Levántate, manda a los vientos y al mar²⁵, sálvame de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad²⁶, para que dentro y fuera haya una gran calma; y los ángeles y los hombres, para quienes hemos venido a ser espectáculo²⁷, digan con admiración: *¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?*²⁸ Lo cual, sin duda alguna, hermanos, se realizará para nosotros y para vosotros, si obedecemos a aquél que vive y reina. Amén.

19. Cf. Gn 3, 19

20. Is 62, 5

21. Sal 27, 1

22. Pr 28, 9

23. 2S 3, 10

24. 2S 22, 3

25. Cf. Mt 8, 26

26. Sal 54, 9

27. Cf. 1Co 4, 9

28. Mt 8, 27

SERMÓN 15

(Tercer sermón para el mismo domingo)

Cuando Jesús subió a la barca¹... ¡Oh curiosidad de los hombres y presunción audaz de los seres frágiles! Ante todo, ¿qué se les ha ocurrido a estos míseros mortales, para sentirse estrechados por los propios límites de la tierra y recorrer los mares confiando sus vidas a un leño frágil? Ante nuestros ojos está el mar; la barca, como lo veis, hermanos, es sacudida por las olas. ¿Qué hay, pregunto, para estos desgraciados navegantes, que se interponga entre la vida y la muerte, sino un leño frágil, como dijimos, y éste mismo sin espesor? Pero detengámonos un poco, hermanos, y consideremos esto más profundamente, y como es nuestra costumbre, aprovechemos las cosas vistas en el exterior, para nuestra instrucción interior. Ya estamos cansados y algo de tiempo nos queda. 2. Creedme, hermanos, si comparamos el mar con este mundo, no me parece que aquéllos que vosotros veis, corran más peligro en el mar que el que corren todos los hombres en el mundo y en la carne. Porque también nuestra propia carne, con razón puede ser llamada mar. Para ellos, al menos, algo se interpone, aunque tenue, frágil, inseguro, entre el aire que sopla y vivifica y el agua salada densa y mortal. Mientras que para nosotros, nada en absoluto se interpone entre el alma y la carne, ni hay ninguna separación entre la carne y el mundo.

Por eso, desde que venimos a esta carne corruptible, venimos, por cierto, a la muerte. No somos concebidos en la una, antes de ser absorbidos en la vorágine de la otra; no somos introducidos en la vida, antes de estar sumergidos en la muerte; no somos hombres, antes de ser pecadores; no hemos nacido, antes de haber naufragado. 3. Desde que vinimos al mundo, al punto, el mundo nos hizo inmundos. Pero mientras estamos en la carne, no podemos

1. Mt 8, 23

agradar a Dios²; mientras somos del mundo, no podemos ser del reino de Cristo. Este naufragio, hermanos, es el que presintió el bienaventurado profeta. De ahí que clame con fuerza: *¡Sálvame, oh Dios, porque penetraron las aguas hasta mi alma. Entré en lo profundo del mar y la tempestad me devoró*³.

Pero diréis: ¿Es verdad que todas las almas, en la carne, son sumergidas y puestas en peligro, y que todas al venir al mundo han sufrido el naufragio? 4. Ciertamente. Porque esto lo tenemos simbolizado de un modo óptimo, en aquel diluvio famoso y universal, donde el abismo cubría la tierra como un vestido, donde las aguas estaban sobre todos los montes⁴, de modo que en ninguna parte apareciera tierra firme⁵. El hecho de que unas pocas almas hayan conservado allí la vida⁶ gracias al leño —como lo veis también aquí en la barca— es tipo del leño de la vida, o de la cruz vivificante de Cristo, de aquél que es la única protección y defensa donde son salvados pocos elegidos, cuando muchos son llamados⁷, y muchos más aún no son llamados y son sumergidos.

5. Por eso, el que establece para nosotros la separación entre la vida y la muerte, es el único y sólido leño de la fe. En verdad, gustosamente yo querría ver en esta barca la cruz misma a la cual subió el Salvador, donde apartó de nosotros la muerte, o bien nos apartó de la muerte y nos sustrajo, nos separó, nos liberó del mundo, de la carne y del diablo. *Subió*, dice, y muy bien. Porque no subió obligado ni arrastrado, sino que subió queriendo. Se sacrificó voluntariamente al Padre, hecho él mismo sacrificio y sacerdote, ofreciéndose porque quiso⁸. Él entregó su vida cuando quiso, como quiso, y todo el tiempo que quiso⁹; corrió con gozo al combate que se le ofrecía¹⁰.

6. ¿Dónde están esos murmuradores y quejumbrosos, esos tibios y temerosos, esos tardos, a quienes es preciso arrastrar y empujar a la cruz y al sufrimiento de la vida religiosa y de la

vida penitente, a las que se consagraron por juramento? *Sus discípulos lo siguieron*¹¹, dice. Conviene pues que los discípulos sigan a su maestro, los siervos a su señor, los hijos a su padre. *Porque todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecución*¹². Y si falta el perseguidor de fuera, es preciso que los discípulos de Jesús crucifiquen su hombre exterior con sus vicios y concupiscencias¹³; también el hombre interior debe ser clavado en el patíbulo de la obediencia de Jesús, a fin de que absolutamente en todo diga el discípulo humilde a su padre espiritual: *Abba, Padre; no lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*¹⁴.

7. Y si la carne en su debilidad se ve agobiada, si el alma se turba y comienza a estar triste, a sentir hastío y a atemorizarse¹⁵, que el espíritu, que es responsable ante Dios solo, esté al menos siempre pronto para reprimir las cosas inferiores y colocarlas bajo su obediencia, así como él obedece al superior. Yo llamaría una cruz, y con razón, a esta disciplina de vuestra profesión y a este desierto retirado donde, así como esta soledad os separa de los otros, así también la disciplina de la obediencia os separa de vosotros mismos. Porque nada de lo que os agrada os está permitido; no tenéis bienes, ni la propiedad de vuestros cuerpos, ni obras, ni la libertad de reposar. ¿Qué es esto, os pregunto, sino estar clavados, por Cristo, al rigor del mandato de otro por los clavos de la obediencia, sino estar crucificados con Cristo?

8. Y he aquí que desde ahora, a partir de lo que hemos dicho, el significado del dormir de Cristo en la barca se presenta espontáneamente. Por cierto, dormir en la barca es morir en la cruz, según aquello: *Yo me dormí, y quedé sumergido en el sueño*¹⁶. En efecto, ¿quién con tanta facilidad o con tanto poder, cuando quiso, pudo dormir mientras velaba, o pudo velar mientras dormía, como el Señor que cuando quiso entregó su vida y cuando quiso la recobró?

Pero mientras él duerme, el mar se arremolina por la fuerza de los vientos, y los discípulos, turbados, temen el naufragio; mientras muere, los judíos se llenan de alegría e insultan, movidos

2. Cf. Rm 8, 8

5. Gn 7, 17 ss.

8. Cf. Is 53, 7

3. Sal 68, 2-3

6. Cf. 1P 3, 20

9. Cf. Jn 10, 17

4. Sal 103, 6

7. Cf. Mt 20, 16

10. Cf. Hb 12, 1

11. Mt 8, 23

13. Ga 5, 24

15. Cf. Mt 26, 41

12. 2Tm 3, 12

14. Mc 14, 36

16. Sal 3, 6

por los demonios, mientras los discípulos desesperan casi, dominados por el temor. 9. Estas cosas, hermanos, son clarísimas en el Evangelio; creemos que deben más bien ser señaladas que explicadas. En efecto, el velar de Cristo y su resurrección de entre los muertos, qué tranquilidad estableció primero en el corazón de los apóstoles y después en la Iglesia entera, una vez que fue sometido el mundo y que fue aprisionado su príncipe. Quien no se admire con gozo, ése, en su dolorosa estupidez se muestra digno de ser mirado como algo sorprendente.

10. Consideremos pues, hermanos, qué grande es Cristo, y qué seguro es navegar con él y por él, y sufrir y morir con él para completar lo que falta a su pasión¹⁷, es decir, en nosotros sus miembros. Es absolutamente necesario que todos los miembros sufran, con la cabeza que sufre; y que el Cristo total sufra, sea consumado por su pasión y así entre en su gloria¹⁸. Por eso, quien no sufre con él, en modo alguno reinará con él.

A quien el viento y el mar le obedecen¹⁹: sólo cuando él lo permite, y como durante su sueño, la tentación interior o exterior, superior o inferior puede algo; si él amenaza, ella nada puede. 11. Como lo dice el salmo sagrado: *Él dijo e hizo levantar el huracán, y elevó las olas del mar; subían hasta los cielos y bajaban hasta los abismos (...) y tornó el huracán en suave brisa y las olas se calmaron*²⁰. Porque él es fiel, y no permitirá que los suyos sean tentados más allá de lo que pueden soportar; pero con la tentación da el provecho²¹, de modo que si la tentación crece, crezca la virtud de la paciencia, y mediante ésta, crezca la corona a la que sólo alcanza la perseverancia.

12. Por eso, hermanos, siempre que la tentación nos ataque, sea por la enfermedad, la pobreza, las asperezas de la disciplina o un exilio demasiado prolongado²², o también por el tedio de una soledad tan apartada y un silencio profundo; sea por una tentación de cualquier tipo —que son innumerables—, por la lectura, la meditación, la oración, despertemos para nosotros a

17. Cf. Col 1, 24 19. Cf. Mt 8, 27 21. Cf. 1Co 10, 13
18. Cf. Lc 24, 26 20. Sal 106, 25. 26. 29 22. Cf. Sal 119, 5

Cristo que duerme. Dirijamos nuestra atención al ejemplo de su cruz y de su pasión sufridas por nosotros; como mordidos por la serpiente que reptaba por lo bajo, contemplemos la serpiente suspendida en lo alto²³. 13. Porque, como lo dice el bienaventurado apóstol Pedro: *Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas*²⁴. En efecto, amadísimos, allí encontramos para nosotros no sólo un ejemplo a seguir, sino un antídoto para no morir; no sólo el ánimo para tolerar, sino también la gracia para perseverar; no sólo el modelo para la lucha, sino también la energía para la victoria. Es aquí donde la paloma prudente y simple hizo su nido, en las hendiduras de la roca, en las grietas de las cuevas²⁵. 14. Es aquí donde la tórtola encontró un nido donde colocar sus polluelos, tus altares, Señor de los ejércitos²⁶; de donde sube un suavísimo olor a mirra e incienso, según está escrito: *El sacrificio a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón contrito y humillado tú no lo desprecias*²⁷. En modo alguno lo ignora aquella que dice y conoce bien adonde va y por donde va: *Iré al monte de la mirra y a la colina del incienso*²⁸. Porque sintiéndose fatigada y conturbada en sí misma, el alma comenzó a acordarse del Señor Jesús, es decir, de su propio Salvador²⁹, no desde lo alto del cielo, adonde él subió a la gloria que tuvo antes de la creación del mundo junto al Padre³⁰, sino desde la tierra del Jordán, es decir, de la ascensión, y del Hermón, monte humilde, donde el abismo llama al abismo³¹; esto equivale a decir, que nuestra mortificación invoca, como modelo y auxilio, la muerte de Cristo el Señor, nuestra pasión invoca su Pasión, nuestra paciencia invoca su paciencia. 15. También en este monte de la mirra, Pablo había establecido a aquéllos a quienes dice: *Vosotros estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*³².

Así pues, acordándonos de nuestro Salvador, y sobre todo de su dilección, de sus sufrimientos y de su paciencia, donde

23. Cf. Nm 21, 6-9 27. Sal 50, 19 31. Cf. Sal 41, 7-8
24. 1P 2, 21 28. Ct 4, 6 32. Col 3, 3
25. Cf. Ct 2, 14 29. Cf. Sal 41, 6-7
26. Cf. Sal 83, 4 30. Cf. Jn 17, 5

muestra su caridad suprema hacia nosotros y nos da el ejemplo supremo, seamos infatigables y mantengámonos inmóviles ante todo género de tentaciones, asociados por él a sus sufrimientos para ser asociados con él a su gloria; que él nos lo conceda, él, sin el cual nada podemos y en el cual todo podemos, quien vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo. Amén.

SERMÓN 16

(Primer sermón para el domingo de Septuagésima)

El reino de los cielos es semejante a un padre de familia¹... En verdad, amadísimos, la sabiduría de Dios es multiforme², sin embargo, aun siendo simplicísima e incluso invariablemente una, con todo se revela múltiple de varias maneras. *Pasarán muchos*, dice el Profeta, *y múltiple será la ciencia*³. Ciertamente, con razón se la llama fuente de los jardines y pozo de aguas vivas⁴; fuente por su inagotable fluir, pozo por su inabarcable profundidad, y pozo de aguas vivas, esto es, de sentidos siempre surgentes. 2. De ahí que la misma parábola, o también lo que en la Escritura parece evidente, es expuesto rectamente y comentado de maneras diferentes por unos y otros sin que, por otra parte, nadie pueda agotar el tema del todo, como si el primero hubiera logrado decir todo lo que se podía decir al respecto, de modo que el siguiente no pueda encontrar algo más que decir. En efecto, todo lo que sabía y verdaderamente de algún modo se puede decir sobre algo, existe desde la eternidad, contenido completa y simultáneamente bajo todos sus aspectos en la Sabiduría y la Verdad eternas. 3. Por eso, cuando a través de alguien habla el Espíritu —que escruta las profundidades de Dios⁵ no investigándolas sino abarcándolas, y del cual está escrito:

*Aquél que abarca todo, tiene la ciencia de la palabra*⁶— el Espíritu siente, entiende, quiere al mismo tiempo todo lo que esta palabra, en cierta medida, puede decir veraz y útilmente; mientras que aquél por el cual él se expresa, a veces no tiene de ello ninguna inteligencia, a veces se contenta con un solo sentido, a veces es iluminado por muchos, sin que no obstante alcance jamás toda la plenitud. De ahí que sea posible a menudo que quienes disienten acerca de la misma Escritura u opinan de forma diversa puedan concordar perfectamente o ser de la misma opinión en el Espíritu Santo, siempre que se mantengan firmes en no disentir de la expresión fiel de la verdad, ni de la edificación de la caridad, ni de la lucha contra la pasión, cosas todas sobre las cuales la Escritura santa fija una mirada vigilante. 4. Porque cada uno de los que comentan el mismo pasaje tiene ideas diferentes y sucesivas; y sin embargo estas ideas no proceden de espíritus diferentes, a condición de que por ambas partes, como se dijo, se esté concorde en la verdad y la caridad. En efecto, no se debe afirmar la verdad contra la caridad, ni mantener la caridad contra la verdad. Por eso, hermanos, hemos recordado estas cosas en pocas palabras, a la manera de un corto prefacio, para que, al señalar que osamos decir cosas diferentes de las que habéis oído o leído en otros, alguno de vosotros no imagine que ignoramos totalmente los comentarios antiguos, o que conociéndolos los desdeñamos, o que nos complacemos vanamente en novedades personales. 5. El oyente atento debe en todo considerar la palabra según el fin que ella se propone. Porque no intentamos tanto exponer lecciones sobre el santo Evangelio, cuanto más bien, con ocasión de estos textos, hacer una exhortación capaz de edificar a los hermanos y a nosotros mismos, teniendo en cuenta el momento, el lugar y las personas, puesto que no nos permitís guardar silencio con vosotros. Sin embargo el Apóstol nos exhorta a no recibir en vano ninguna gracia de Dios⁷; es más, también David nos exhorta a no recibir en vano nuestra alma, diciendo: *Quien no ha recibido en vano su alma*⁸, es decir, la inteligencia racional. Según el Evangelio también se reclama que todo talento sea

1. Mt 20, 1 ss.

3. Dn 12, 4

5. 1Co 2, 10

2. Cf. Ef 3, 10

4. Ct 4, 15

6. Sb 1, 7

7. Cf. 2Co 6, 1

8. Sal 23, 4

duplicado⁹. Y el hijo de la promesa cuidó los pozos cavados por su padre y cavó para sí otros nuevos¹⁰.

6. Así dejo a salvo, con la debida reverencia, la opinión que fiel y adecuadamente ve en esta viña la Iglesia universal; donde la vid es Cristo; los ramos, los cristianos; el agricultor y el padre de familia, el Padre¹¹; el día, todo el tiempo o vida del hombre; las horas, las edades del mundo o del hombre individual; el lugar, la actividad ambiciosa e indiscreta del propio mundo. 7. Pero yo interpreto que mi alma y no sólo ella sino también mi cuerpo, y ambos a la vez, es decir todo yo, es como una viña a la que no debo descuidar sino excavar y trabajar para que no sea sofocada por hierbas y raíces extrañas, ni marchitada por sus chupones propios y naturales; debo limpiarla para que no se vaya en ramas; debo podarla para que produzca más fruto¹²; debo rodearla completamente de un cerco para que no esté expuesta al saqueo de los que pasan por el camino¹³, y sobre todo para que el jabalí de la selva y la bestia solitaria no la destruya¹⁴; y, en síntesis, debo cultivarla con suma diligencia para que el sarmiento vigoroso de la vid elegida no degenera y se convierta en una viña bastarda, incapaz de alegrar a Dios y a los hombres, o tal vez capaz de contristarlos; debo protegerla con suma vigilancia para que el fruto que fue cuidado con tanto ahínco y fue largo tiempo esperado no se pierda, ya sea por una sustracción oculta realizada por aquéllos que en secreto devoran al pobre¹⁵, ya sea por una devastación inesperada. 8. De ahí que al primer hombre se le dice —acerca del paraíso que era como su viña— que lo cultive y lo guarde¹⁶.

Pero, amadísimos, así como el propio tiempo comprende la luz y las tinieblas, es decir, alternativamente, el día y la noche, así también la vida temporal de los hombres, algunas veces está en las tinieblas —aunque haya un sol meridiano—, otras está en la luz, en medio de la noche. Y así como Dios no hizo salir la noche del día, sino que de las tinieblas hizo brillar la luz¹⁷,

9. Mt 25, 14 ss.

12. Cf. Jn 15, 2

15. Cf. Hb 3, 14

10. Cf. Gn 26, 15 ss.

13. Cf. Sal 79, 13

16. Cf. Gn 2, 15

11. Cf. Jn 15, 5

14. Cf. Sal 79, 14

17. Cf. 2Co 4, 6

así también el hijo de este siglo —que es llamado hijo de la noche y de las tinieblas— nace de las tinieblas; y sólo de las tinieblas nace aquél que es llamado por el Apóstol hijo de la luz y del día: *Todos sois hijos de la luz y del día, y no de la noche ni de las tinieblas*¹⁸. Y también: *Vosotros fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor*¹⁹. 9. El hijo de la luz es llamado luz y el hijo de las tinieblas, tiniebla. Porque por doquiera, de tal padre, tal hijo. La noche es, por eso, la infidelidad; y el día, la fe; la noche es el pecado, y el día la virtud; las tinieblas son la ignorancia, y la luz la sabiduría; las tinieblas es el odio y la luz la caridad; las tinieblas es el diablo, y la luz es Dios; las tinieblas es Adán, y la luz, Cristo. En fin, la noche y las tinieblas profundas es la mala conciencia y la delectación del pecado; la luz serena es la buena conciencia y el amor de la virtud; las tinieblas es el sentido o la vida carnal, mientras que el día es el sentido y la vida espiritual.

10. Por consiguiente, en todo lo que dijimos se da la noche, en la cual —como dice el Salvador— nadie puede obrar²⁰; porque quien obra el mal, ciertamente más que obrar en la noche, la padece; porque toda acción mala que proviene de una naturaleza buena es una pasión. Porque quien abusa del bien que por naturaleza es o posee, al corromperse a sí mismo, él mismo se corrompe; y al obrar la corrupción, la sufre. Así, lo que pertenece a la noche y a las tinieblas no es acción sino pasión; sólo es acción lo que pertenece al día y a la luz. De ahí que las pasiones sufridas por los santos mártires a causa de Cristo suelen ser llamadas más bien gestas y victorias; y sus muertes, nacimientos. Porque nada es más operante que esta obra que opera la incorrupción y la impasibilidad. 11. Nada es más operante que la constancia de un alma fuerte que quebranta, de un solo golpe, juntamente la carne, el mundo, el diablo, con sus crueldades y sus lisonjas.

Por eso, es evidente cuán sutil y verdadera es aquella afirmación de la Verdad según la cual nadie puede trabajar en la noche

18. 1Ts 5, 5

19. Ef 5, 8

20. Cf. Jn 9, 4

sino solamente en el día: *Es preciso, dice, que yo haga las obras mientras es de día; vendrá la noche, en la cual nadie podrá trabajar*²¹. Sin embargo, rectamente se interpreta esto de aquella noche tras la cual nadie podrá obrar, sino sólo padecer siempre y para siempre. Porque en los infiernos siempre es noche y siempre pasión; en el cielo, en el día eterno, se da la sola y eterna alabanza y acción de gracias. 12. De ahí que el bienaventurado Profeta cante: *Bienaventurados los que viven en tu casa, Señor, te alabarán por los siglos de los siglos*²². Hay pues una primera noche de la cual puede brillar el día²³ y después de la cual se puede trabajar, aunque no se pueda trabajar durante ella. Mientras que la segunda noche es tinieblas perpetuas, de modo que nadie puede trabajar durante ella, porque es tinieblas, y nadie después de ella, porque es perpetua. No hay obra, ni plan, ni proyecto en los infiernos donde se precipitan²⁴ los hijos de esta luz y de estas tinieblas²⁵.

Por eso, amadísimos, mientras hay tiempo, es decir, mientras tenemos el día —no el del hombre del cual habla el Profeta: *No desee el día del hombre, tú lo sabes*²⁶, ese día que él mismo y el bienaventurado Job maldijeron con muchas imprecaciones²⁷— hagamos el bien a todos²⁸ comenzando, no obstante, por nosotros mismos. 13. Porque quien es malo consigo mismo, ¿con quién será bueno?²⁹ *Ten piedad de tu alma, dice, y agradecerás a Dios*³⁰. Quien descuida su propia viña, ¿cómo cultivará la ajena? En la noche no podíamos nada, he aquí que la luz vino por gracia al mundo, y se anticipó al mundo. En la noche nacimos, en la noche fuimos creados, fuimos formados de lo alto y de lo bajo: de la saliva que proviene de la cabeza, del barro que está bajo los pies. Untados, se abrieron los ojos del ciego de nacimiento³¹. La noche universal precedió, aquélla en la que todos pecaron; pero bajo el resplandor del sol verdadero ella se retiró y las tinieblas desaparecieron, de modo que quienes antes no podían

trabajar, en lo sucesivo no tienen ninguna excusa si rehúsan trabajar durante el día. *Porque si no hubiera venido* —dice aquél que es el mismo día— *y no les hubiera hablado*, es decir, si no hubiera resplandecido, *no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado*³². 14. Quien no utiliza la gracia recibida está ocioso durante el día y es reprendido con razón por su ociosidad. *Tú tiendes las tinieblas*, dice el Profeta, *y se hace la noche*, durante la cual no se puede trabajar, *en ella corretean todas las bestias de la selva*³³ contra las cuales y por las cuales hay que cercar y custodiar la viña; *los leoncillos rugen por la presa*³⁴, por cuya causa el hombre no puede salir a su trabajo. Pero he aquí, carísimos, que se levanta el sol y al brillar sobre la tierra hace despuntar el día, a fin de que el hombre, que ha dejado de ser una bestia, salga a su trabajo por la mañana, es decir, precedido por la gracia preveniente, y *sude en su trabajo hasta la tarde*³⁵. Porque cualquiera fuere la hora en que comenzó a trabajar, debe proseguir la obra hasta la tarde, y no se le paga el salario antes de la tarde. En efecto, la perseverancia en el bien obrar es la última en venir y la primera en recibir³⁶.

15. Así pues, dado que la hora pasó, digamos brevemente que el alejamiento de Dios —ya sea que la razón se aparte de la verdad, ya sea que la vida se aparte de la caridad— es la noche, en la cual nadie puede trabajar; pero la conversión a Dios mediante la búsqueda y la imitación es el día, en el cual el hombre sale a su trabajo, es decir, a conocer y a amar a Dios, y a deleitarse en este conocimiento y en este amor. En verdad, por esto el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, y por esto fue recreado y reformado a esta imagen y semejanza: por la razón, a su imagen; por la vida, a su semejanza. 16. Pero creado a imagen y semejanza, es recreado a semejanza y a imagen, debe ser reformado por la conformidad de la vida, con miras a la participación de la naturaleza. Conocer al verdadero Dios es la vida eterna³⁷, pero amarlo de todo corazón es el camino eterno. La caridad es pues el camino, la verdad es la vida; la caridad

21. Jn 9, 4

25. Cf. 1Ts 5, 5

29. Si 14, 5

22. Sal 83, 5

26. Jr 17, 16

30. Si 30, 24

23. Cf. 2Co 4, 6

27. Cf. Jr 20, 14; Jb 3, 1ss.

31. Cf. Jn 9, 6

24. Cf. Qo 9, 10

28. Cf. Ga 6, 10

32. Cf. Jn 15, 22

34. Sal 103, 21

36. Cf. Mt 20, 8 ss.

33. Sal 103, 20

35. Cf. Sal 103, 22-23

37. Cf. Jn 17, 3

es la semejanza, la verdad es la imagen; la caridad es el mérito, la verdad es el premio; por la caridad se camina, por la verdad se reposa. De aquí que Lucifer³⁸, que por la mañana se levantó pero hasta la tarde no perseveró, no se mantuvo en la verdad³⁹ porque se apartó de la caridad. Mas como la caridad no desaparece jamás⁴⁰, cuando se llega a la verdad, la caridad no termina sino que por la verdad de la caridad y por la caridad de la verdad se vive felizmente, como también eternamente.

17. Así pues, amadísimos, saliendo el hombre de la noche del pecado y de las costumbres carnales a este trabajo que es el suyo, por la primera iluminación de la gracia, como en la primera mañana de su conversión a Dios⁴¹, le sale al encuentro su conciencia y él ve de qué modo vivió, mientras vivió en el mal; en la luz discierne cómo fue en las tinieblas. Así, en este primer envío a la viña, mientras se acusa, la conciencia recuerda diligentemente todas sus acciones, evoca todo, e inclinándose, sin duda alguna con humildad, cava en profundidad; y arrancando todas las raíces de la injusticia, comienza realmente a cultivarse con miras a la justicia. 18. Porque el justo es en primer lugar acusador de sí mismo⁴². Sin embargo, así como al convertirse a Dios se acusa severamente del pasado, así también es necesario que según la naturaleza, el número y el motivo de sus obras, discierna minuciosamente todas las cosas y las examine con rigor; ya que a la conciencia que acusa y que por esa acusación misma trabaja en la viña, le sigue la razón que discierne con minuciosidad lo que se le presenta y que sufre el dolor y la contrición del corazón con sus torturas.

Así hermanos, en nosotros, en esta especie de capítulo interior, que la conciencia acuse, la razón juzgue, el dolor torture; para que mientras nosotros mismos nos acusamos, nos juzgamos, nos torturamos, seamos absueltos por el Señor, a fin de no ser condenados con este mundo⁴³. 19. Por eso, a la contrición del corazón le sigue la confesión de los labios, y a ésta finalmente

la enmienda de las obras; la cual, si bien llegó última al trabajo, es remunerada, no obstante, la primera; sin ella, la confesión de los labios es sólo viento, la contrición del corazón sólo un vapor, el juicio de la razón deviene una condenación y la acusación de la conciencia un testigo de cargo. Porque es un embustero, no un penitente, quien deplora lo cometido y comete lo que deplora. 20. Por lo cual, con la enmienda de las obras todo aprovecha y recibe la recompensa del trabajo; pero sin ella, todo perjudica y se convierte en testimonio que origina una justa condenación.

Hermanos, acerca de estas horas y de estos viñadores aún se podría decir alguna cosa y tal vez con mayor profundidad. Pero, como dijimos, la hora está avanzada; esto mismo que oísteis lo hemos tratado más bien como al pasar y no como explicándolo. De ahí que preferimos reservar para otra exposición lo que hemos de decir a vuestra Fraternidad; que por vuestras oraciones se dignará concedernos la misma Sabiduría de Dios, el Verbo del Padre, Cristo el Señor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo. Amén.

SERMÓN 17

(Segundo para el mismo domingo)

Amadísimos, acerca de este día en el que la parábola evangélica distingue la mañana, la tercera hora, la sexta, la nona, la undécima y la tarde para el trabajo y el salario por el trabajo¹, no cambiamos hoy nada de lo que dijimos ayer, a saber, que el día significa la conversión a Dios por el espíritu y la afección, así como la noche, en la que nadie puede trabajar, significa el alejamiento de Dios. Porque en los hombres existen el sentido y el apetito, según los cuales son llamados "animales" y no tienen ninguna superioridad que los distinga de las bestias. 2. Sin embargo, si al sentido y al apetito se les superpone

1. Mt 20, 1 ss.

38. Cf. Is 14, 12

40. Cf. 1Co 13, 8

42. Pr 18, 17

39. Cf. Jn 8, 44

41. Cf. Mt 20, 1

43. Cf. 1Co 11, 32

la razón, para regir a ambos, se tiene ciertamente a la vez de los animales el sentido y el apetito, y de los hombres el alma racional y también el castigo de la mortalidad; deben morir después del pecado y a causa del pecado, ellos, que antes del pecado y sin el pecado podían no morir. Aquéllos pues, en quienes el sentido y el apetito no siguen todavía a la razón sino que se rebelan contra ella, como ¡ay! sucede en algunos, ¡qué vergüenza!, abusan de la razón contra la razón misma. 3. Estos, ciertamente, aunque sean ingeniosos, hábiles, sensatos, encantadores, apacibles, no son todavía hombres; o bien, si porque hablan se les llama hombres, ciertamente, porque caminan con la cabeza hacia abajo, se revelan más como monstruos en la humanidad que como hombres. Dice el poeta: "Él dio al hombre un rostro que mira hacia lo alto" (OVIDIO). En estos hombres, amadísimos, a veces la razón lucha, pero, por estar sola, es vencida y arrastrada cautiva. *¡Ay del solo, que, si cae, no tiene quien lo levante!*² 4. Pero a veces, sucede que la razón, sin fuerzas, quebrantada y debilitada, sucumbe y se entrega gustosamente a todas las inmundicias. De estos hombres, los primeros son malos, los segundos son pésimos, unos y otros son hijos de la noche y de las tinieblas; pero unos aman su noche, otros desean el día; unos no tienen nada de hombres, otros tienen poco de ello; unos son disolutos, otros están atados. Unos y otros están en las tinieblas y en las tinieblas caminan³; han devenido una presa nocturna para las bestias de la selva, es decir, para las pasiones de la carne y los deseos del siglo⁴; una presa para los leoncillos, es decir, los espíritus malos en los espacios celestes⁵, según está escrito: *Tú tiendes las tinieblas y se hace la noche; en ella corretean todas las bestias de la selva y los leoncillos*⁶...

5. Por eso, cuando el hombre retorna a sí mismo, ya sea a su propio sentido, ya sea a su voluntad o también a su razón, aunque haya progresado hasta despojarse del animal y revestir al hombre, no se evade ciertamente de la noche ni llega aún al día. Dice el Vidente: *Conturbada está mi alma dentro de mí;*

2. Qo 4, 10

4. Cf. Tt 2, 12

6. Sal 103, 20-21

3. Cf. Sal 81, 5

5. Cf. Ef 6, 12

*por eso comenzó a acordarse*⁷ de Dios como del día. Pues Dios es todo luz y sólo en él no hay tinieblas⁸. Porque los santos ángeles si bien en él encuentran la mañana, también en sí mismos encuentran la tarde. Para ellos su propia tarde y la mañana de Dios componen un día o el primer día. Sólo Dios encuentra en sí mismo el día, él, que al comenzar a resplandecer en el espíritu racional por la gracia preveniente, hace para él la mañana, y divide las tinieblas y la luz⁹.

6. Así, el alba que precede a la aurora del día espiritual es la gracia que previene a la razón y la convierte de sí a Dios, y la hace pasar de las tinieblas de la ignorancia o, como se ha dicho, de la impotencia o incluso de la malicia, al día de la sabiduría, de la virtud y de la justicia, es decir de Cristo el Señor. Pero en cuanto a mí, considero que no hay que hablar de un solo día de Cristo, porque él mismo alude a muchos al decir: *Abrahán, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mis días; los vio y se alegró*¹⁰. 7. En efecto, existe el día del temor, el día del amor, el día del gozo, el día del trabajo, el día del reposo, el día de la exultación. *Exultemos*, dice el Profeta, *y regocijémonos en este día que hizo el Señor*¹¹. Existe el día de la cruz, el día del sepulcro, el día de la resurrección. *Él nos vivificará*, dice, *a los dos días, y al tercero nos resucitará*¹². Existe el sexto día, en el cual se acaba toda la obra¹³; el sábado, en el cual se reposa de toda la obra; el día del Señor, en el que se resucita a una alegría nueva, al día solemne en el que se llevan ramas frondosas hasta los cuernos del altar¹⁴, es decir a la gloria de la pasión, al fruto del trabajo, a la sublimidad de la cruz. 8. ¡Oh, alma bienaventurada, aquélla que oprimida aún en esta morada terrena¹⁵ pudo, en espíritu, estar en el día del Señor y escuchar tras de sí la voz¹⁶ que ojalá oyera ante mí, aun de lejos! Pero por el momento, amadísimos, reprimiendo este ímpetu del espíritu y midiéndonos según nuestra propia medida¹⁷, volvamos al día del

7. Sal 41, 7

11. Cf. Sal 117, 24

15. Cf. Sb 9, 15

8. Cf. 1Jn 1, 5

12. Os 6, 2

16. Cf. Ap 1, 10

9. Cf. Gn 1, 4

13. Cf. Gn 2, 2

17. Cf. 2Co 10, 12

10. Jn 8, 56

14. Cf. Sal 117, 27

temor, al día del hastío y del miedo, para comenzar a tener parte en el hastío y en el miedo de Cristo¹⁸; y en el día de su fatiga y de su sudor, colaborar con él, padecer con él y ser crucificados con él. Porque en el día de su combate el Señor Jesús soportó realmente todo por nosotros y misteriosamente prefiguró todo lo que debe ser soportado por nosotros.

9. Por tanto, el que se aleja de las tinieblas y de la sombra de la muerte¹⁹, es decir, quien renuncia a apartarse de Dios y renuncia a dirigirse perversamente al mundo y a sí mismo a fin de volverse hacia Dios, como por un movimiento que va del occipital al frontal ve presentarse en primer lugar ante él el recuerdo de los males pasados, el temor de los futuros, el disgusto por sus acciones y el miedo de lo que tendrá que sufrir. Porque comienza a recordar lo mal que vivía, a temer que su muerte sea aún peor, y se encuentra como el primer trabajador de la viña: la conciencia acusándose a sí misma.

10. Y ésta es la primera gracia del penitente y la hora de la conversión; pero lo que la memoria recuerda, lo ofrece al corazón, es decir a la afección, porque se piensa que la sede de la afección está en el corazón, así como la del pensamiento en la cabeza. Pero en el sentido racional se distinguen tres facultades, a saber: la inteligencia, la razón, la memoria; las cuales —se piensa— obran y ejercen sus funciones propias en zonas distintas y organizadas en la cabeza de los animales: la frente, la mitad de la cabeza, la nuca. 11. Así, aquél cuyo sentido va de atrás hacia adelante, olvidando, como dice el Apóstol, lo que está detrás y tendiendo a lo que está delante²⁰, ve primero presentarse ante él, repitámoslo, el recuerdo del pasado y comienza a ver cómo vivía cuando vivía mal. El afecto o afección es también doble. Porque de dos modos el corazón es afectado por las cosas que le ofrecen las tres facultades, a saber: el amor o el odio; éstas, conforme al tiempo cuya mutabilidad sigue siempre el corazón mudable y temporalmente variable, dan origen a las denominadas y conocidas cuatro afecciones, que son los fundamentos de todas

las virtudes y de todos los vicios, su materia común y, por así decirlo, sus elementos. 12. Acerca de las cuales la Filosofía, consolando a su discípulo canta así: “Rechaza la alegría, rechaza el temor, huye de la esperanza, evita el dolor: el espíritu es turbado, es retenido y frenado dondequiera estas cosas dominan” (BOECIO).

13. Así, según el presente, el pasado y el futuro, del amor nacen la alegría y la esperanza; del odio, el temor y el dolor. Pero el amor y el odio proceden del concupiscible y del irascible; así, como la cabeza posee tres compartimentos, así también en el corazón se encuentran dos compartimentos. Y toda el alma, cuya perfección natural se consume en el pensamiento y la afección, es, en su totalidad, concupiscible, racional, irascible. Por eso el prevaricador, al volver a su corazón²¹ encuentra en primer lugar el irascible, al que, al alejarse, había dejado el último, y en toda el alma existe la tercera parte.

14. De ahí que, no sin una razón de conveniencia, la segunda gracia es enviada a la viña a la tercera hora, de modo que todo lo que la conciencia acusa por medio de la memoria según la razón que aprecia la cualidad y la cantidad de ella, todo, bajo la influencia del irascible, tortura por la compunción y el dolor íntimo. Así, todo lo que en otro tiempo, por la delectación, tenía un dulce sabor en la vida, es ahora, por la compunción, una amargura en el recuerdo, como está escrito: *Me acordaré ante ti de todos mis años, en la amargura de mi alma*²². Así, lo primero que obra es el recuerdo, enseguida la amargura. El recuerdo es la mañana; la amargura, la tercera hora. 15. Es mísero y necio olvidar los propios pecados; es más mísero aún acordarse de ellos sin compunción del corazón; es sobremanera mísero encontrar en el recuerdo de ellos una delectación.

Pero a la sexta hora, que evoca la obra de los seis días, la afección buena, obra; porque es la afección la que cualifica la obra y es el fruto de la obra el que hace conocer la cualidad de la intención. Como dice el poeta, por el exterior se descubre

18. Cf. Mc 14, 33-34 19. Sal 106, 14 20. Cf. Flp 3, 13

21. Cf. Is 46, 8

22. Is 38, 15

la cualidad interior. 16. El cambio de la afección en el corazón, entraña necesariamente el cambio en la conducta del cuerpo. Porque el movimiento del corazón es como el señor y se sirve de los movimientos de su cuerpo como de un esclavo que le obedece. De ahí que el movimiento del cuerpo en sí mismo no es libre y no proviene del juicio; porque sólo el movimiento del corazón es pasible de un juicio tocante a la obediencia o a la desobediencia, a la virtud o al vicio; sólo él en efecto tiene de Dios la libertad de elección. Así, del mismo modo que al apartarse de Dios y al complacerse en el mal, entregó los miembros de su cuerpo al servicio de aquello de lo que él mismo era siervo, es decir, de la impureza y de la iniquidad para la iniquidad; así también, al convertirse a Dios, los entrega al servicio de la justicia con miras a la santidad²³. 17. A la sexta hora pues, la tercera gracia enviada a la viña es la mortificación del cuerpo, para que, así como el dolor trabaja al hombre interior, así también la mortificación trabaje al hombre exterior, corrigiéndolo por la abstinencia, fatigándolo por el trabajo, debilitándolo por las vigias. Porque el hombre, cuando emerge de las tinieblas de la carne a la luz del mundo, nace ciertamente para el trabajo, pero comienza por el dolor; y de un modo semejante, aquél que emerge de las tinieblas de la vida carnal a la luz de la vida espiritual comienza ciertamente por el dolor y nace para el trabajo, como está escrito: *El hombre nace para el trabajo*²⁴.

18. Pero lo que sigue: *Y el pájaro para volar*, concuerda muy bien con esta secuencia de nuestros pensamientos. Porque por el término pájaro se designa convenientemente la razón misma del alma: el pájaro es superior a los animales que caminan y es parecido a los ángeles. Es pues a la novena hora cuando la cuarta gracia es enviada a la viña, en el momento que, por encima de la vida activa que es un ejercicio para el alma inferior, uno se eleva para buscar a Dios sobre las alas de la lectura, de la meditación, de la oración y uno se dispone a amarlo.

19. Porque, así como la razón es enviada a la novena hora, así también la delectación es enviada a la viña a la undécima hora. Pues,

23. Cf. Rm 6, 19 24. Jb 5, 7

después de la vida activa ¿qué queda sino la vida contemplativa que culmina en la visión de Dios y la delectación? Mas, porque en esta peregrinación llena de pruebas, donde todo es parcial, donde no se encuentra nada perfecto²⁵, ni la una ni la otra está consumada, no se nos muestra que ésta llegue al número diez, ni aquélla al número doce. Así, la delectación viene más tarde; trabaja menos pero recibe más. Se dice: *En el camino de tus mandamientos me deleité, como en medio de todas las riquezas*²⁶.

20. Por tanto, todo lo que en nuestros ejercicios y en nuestras fatigas sentimos de dulzura, de delectación y de suavidad lo pregustamos, sin ninguna duda, como recompensa por nuestro trabajo. Porque antes de que comencemos a deleitarnos en la disciplina del Señor y a amarlo, apenas si soportamos o toleramos todo bajo el peso del día y del calor. En el dolor y en la contrariedad, bajo el temor y la murmuración, todo inspira hastio y acedia. Pero, cuando a la undécima hora, la quinta gracia asocia la caridad con la disciplina y une a los trabajos la afección buena que lleva a deleitarse y gozarse en todas las cosas, hace que todo peso devenga ligero y todo yugo, suave²⁷, y comienza una especie de ocaso del temor y del trabajo, del hastio y de la tristeza. 21. Se da el nacimiento del amor y de la suavidad, del fervor y de la alegría, la tarde del primer día y la mañana del segundo, es decir, una cierta delectación y dilatación del corazón, una cierta exultación interior y regocijo del espíritu, los cuales, sin duda alguna, nadie conoce sino aquél que los recibe²⁸. Es el inicio de la perfección que termina los comienzos; el inicio de la plenitud que hace desaparecer lo que es parcial²⁹; en una palabra, el inicio de la perfecta caridad que echa fuera el temor³⁰, suprime el trabajo, disipa el dolor. 22. Así, cuando ya la memoria trabajó largo tiempo, cuando el apetito irascible y la mortificación corporal soportaron el peso del día y del calor, cuando el sentido racional también se afanó, entonces el apetito concupiscible, que es el último en venir y el primero en recibir, indica el fin del trabajo y el comienzo de la recompensa; fatigándose menos que todos,

25. Cf. 1Co 13, 9-10

26. Sal 118, 14

27. Cf. Mt 11, 30

28. Ap 2, 17

29. Cf. 1Co 13, 10

30. Cf. 1Jn 4, 18

mitiga la fatiga de todos; recibiendo el primero, permite recibir; y mientras él reposa, conduce todo al reposo. Así el espíritu, deleitándose en Dios, habla de este modo a su alma que antes había sentido en sus mortificaciones el hastío, el temor, la tristeza, la preocupación, la turbación y la fatiga: *Vuelve alma mía a tu reposo, porque el Señor te hizo bien, porque libró mi alma de la muerte*, es decir, del pecado; *mis ojos de las lágrimas*, es decir del dolor del pecado pasado, *mis pies de la caída*³¹, es decir, del temor por lo futuro. **23.** Por tanto, quien se deleita en todo lo que obra o padece, no se agita por nada, por nada se preocupa, por nada se fatiga, de manera que bajo un yugo ligero y una carga agradable, encuentra verdaderamente como salario por su trabajo el reposo de su alma, conforme a la promesa del Salvador que dice: *Y encontraréis reposo para vuestras almas*³². Y así, en una vida santa debida al hábito del bien, con el corazón dilatado por una dulzura inenarrable, en la exultación y en la alabanza, recorre el camino de los mandamientos de Dios³³ el segundo día, es decir, el de la caridad que echa fuera el temor³⁴. **24.** Él, que en el primer día, es decir el día del temor, era oprimido por el peso del calor en el cultivo de la viña adonde lo condujo un camino estrecho, adonde lo introdujo una puerta angosta³⁵, en cuyo interior la tierra que debía cavar era dura e indomable.

Pero cuando nosotros, amadísimos, lleguemos a esa sobreabundante dulzura de Dios, que él reservó para los que le temen³⁶ pero reveló a los que le aman, no habrá para nosotros nada duro, nada áspero, nada insoportable en lo que nos pida el servicio de Cristo. **25.** Mas, al sentir por todas partes dulzura y delectación, sólo lamentaremos que sea tan poco lo que hacemos; gustosa y fervorosamente nos dispondremos a ejercicios más arduos para pregonar en todo una mayor dulzura en la alegría. El propio recuerdo de los pecados no nos incitará a una compunción temerosa, sino que nos impulsará a la acción de gracias.

Porque en estos días de hastío y de fatiga, en el día sexto, en el día del trabajo, en el día de la pasión y de la cruz, estos

31. Sal 114, 7-8

33. Cf. Sal 118, 32

35. Cf. Mt 7, 14

32. Mt 11, 29

34. Cf. 1Jn 4, 18

36. Cf. Sal 30, 20

hombres se sienten afligidos en su prueba³⁷, mientras que viviendo todavía en la carne, son crucificados con Cristo³⁸. **26.** Pero en el día de la paz y del reposo, en el día de la tranquilidad y del silencio, en el día de la sepultura y del sábado, como muertos en sí mismos al pecado y al mundo, son sepultados con Cristo³⁹ y reposan con él, para que, el tercer día, día de la exultación y de la salvación, día de la solemnidad y de la alegría, día de la resurrección y de la gloria, en síntesis, día del Señor, octavo y primer día de la luz nueva, a ejemplo de Cristo resucitado de entre los muertos para gloria del Padre, ellos, también resucitados con él, caminen en la vida nueva⁴⁰ viviendo del espíritu y caminando según él, como dice el bienaventurado Apóstol: *Si vivimos según el Espíritu, andemos también según el Espíritu*⁴¹. Lo cual se digne concedernos el Espíritu Santo quien, siendo un solo Dios con el Padre y el Hijo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén

SERMÓN 18

(Primer sermón para el domingo de Sexagésima)

El sembrador salió...¹ En medio de las numerosas privaciones de nuestra tranquila y amable pobreza ¡somos ricos, lo veis, en carencia de libros y sobre todo de comentarios! Pues así como aquél, que lleno de gozo, decía admirablemente: "Di el Evangelio a causa del Evangelio" ¡así también nosotros dejamos nuestros libros a causa de los libros! **2.** En efecto, enseñados por los libros santos acerca del valor de la santa soledad, el fruto de la paz, la gracia de la pobreza, no sólo, como otrora, hemos salido de nuestra casa y de nuestra parentela carnal², sino mejor aún hemos como olvidado a muchos de nuestros santos hermanos y la casa de nuestro padre espiritual³;

37. Cf. Sal 54, 3

40. Id.

2. Gn 12, 1

38. Cf. Ga 2, 19

41. Cf. Ga 5, 25

3. Sal 44, 11

39. Cf. Rm 6, 4

1. Lc 8, 5

hemos arrojado por la borda, además de otras riquezas, libros numerosos y variados, el mundo entero y casi el género humano, cuando unos pocos, desnudos y náufragos, nos evadimos a esta isla remota incrustada en el océano, para abrazar allí desnudos la cruz desnuda de Cristo.

3. Por esto no nos permitís callar y nos forzáis a portarnos como necio al exigirnos, a falta de lectura, que os hablemos asiduamente de viva voz. Cuando se trata de otros pasajes del santo Evangelio, no seguimos siempre, es verdad, las explicaciones habituales, sino que desarrollamos con cierta libertad lo que consideramos oportuno según el tiempo, el lugar, la circunstancia, las personas. Porque no hay disonancia con el sentido del Escriba soberano, es decir, del dedo de Dios, si la interpretación deja de lado las alegorías de las Escrituras para dedicarse a destruir en los oyentes el reino de la ambición y a edificar en ellos el de la caridad. Al contrario, para esta lectura que tenemos entre manos, el enunciado de una interpretación precisa de la parábola, excluye tal libertad audaz: él mismo propone e interpreta⁴.

4. Así pues, la semilla es el Verbo de Dios, el sembrador es el Hijo del hombre; pero el propio Verbo de Dios es el propio Hijo del hombre, de ahí que hay identidad entre la semilla y el sembrador. Por lo cual él mismo es quien se siembra y quien es sembrado por sí mismo. Él solo, hermanos míos, tiene poder para sembrarse, es decir para predicarse a sí mismo. *No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesús*⁵, dice el gran predicador. 5. Temo que no haya hoy alguien que no se predique a sí mismo; que al hablar de Jesús, no desee hacerse un nombre; al hablar de lo que no es de él, busque su gloria o su provecho; arrojándose fuera de sí mismo, se siembre para el viento, permaneciendo vacío por dentro y no recogiendo en modo alguno de fuera. Ese tal, presentando la verdad, aporta la vanidad; administrando el antídoto, bebe el veneno. Cuanto mejor diserta sobre la humildad, tanto más se enorgullece. Predica la pobreza, ama las riquezas; siendo codicioso, habla del desprecio del mundo;

siendo avaro, habla de la limosna; siendo ambicioso, habla de la sumisión y todo por el estilo. 6. El santo Verbo del Padre dice lo que es; el Hijo del hombre enseña y hace lo que es, como está escrito: *Lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar*⁶. Y por eso este sembrador se siembra a sí mismo por el ejemplo de su vida y por el verbo de su doctrina diciendo: *Aprended de mí, lo que veis en mí, porque soy manso y humilde de corazón*⁷.

7. Pero, pregunto, ¿de dónde salió para sembrar? *El sembrador* —dice— *salió*. Salió, pues, de donde no se alejó, y vino adonde no tuvo que llegar. Salió del seno del Padre sólo como Verbo y vino al seno de la Virgen; saliendo de allí, vino hecho carne al mundo, como sembrador en el campo, como Hijo del hombre. Los que siembran suelen extraer la semilla del fondo de los graneros, suelen llenar cestos portátiles de donde sacan para la siembra, y así salen al campo para sembrar. Así esta Semilla, y a la vez Sembrador, saliendo del granero misterioso e impenetrable de la divinidad, donde habita la plenitud, fue introducida mediante la maternidad de la Virgen, en el cesto de la carne, donde se puso él mismo para sembrarse, siendo a la vez semilla, sembrador y cesto.

8. *Pero al sembrar*⁸, etc. Este agricultor prudente conoce las diversidades de su tierra; y sin embargo, siembra indiferentemente, y como sin saberlo, arroja, laborioso, la preciosa semilla. ¿Qué significa esto? ¿Tal vez siembra de diferentes maneras? Porque hay muchas clases de siembra del Verbo: una interior, otra exterior; una a los oídos del cuerpo, otra a los oídos del corazón; o mejor: una al exterior, a los oídos, por el verbo de la doctrina; otra a los ojos, por el ejemplo de la vida; otra al interior, al corazón, por la inspiración de la gracia.

9. En estas tres siembras consistía, en Cristo, la perfección del magisterio celeste. Porque en el cielo tiene la cátedra el que enseña a los corazones. Los discípulos de Moisés, escribas y fariseos, dicen pero no hacen⁹; siembran a los oídos, no a los

4. Cf. Mt 13, 18-23 5. Cf. 2Co 4, 5

6. Hch 1, 1
7. Mt 11, 29

8. Lc 8, 5
9. Cf. Mt 23, 3

ojos. Mas la justicia de los discípulos de Cristo es sobreabundante porque ellos dicen y hacen, sembrando tanto a los oídos como a los ojos. Pero el único y verdadero maestro, Cristo, siembra al exterior por la vida y por la voz, y ayuda en el interior con el don de la gracia. Por esto no siembra indiferentemente en el campo, aunque por fuera esparza por todas partes la semilla del verbo. *El Espíritu*, dice la Escritura, *sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va*¹⁰. Ciertamente, oyes su voz sin que haya diferencia por fuera; pero ignoras cuál es la intención, por qué razón, por qué gracia, según qué discernimiento esta voz, emitida hacia afuera para todos, viene del oculto y profundo consejo de Dios para alcanzar más especialmente por dentro a éste o a aquél.

10. Así pues, entre los que escuchan al Verbo hay cuatro categorías diferentes: Unos tiene el corazón pisoteado y endurecido, oyen con el oído la predicación exterior, pero en modo alguno la reciben en el corazón; en ellos, las palabras caen al borde del camino no en el campo de la fe y de la obediencia: *Pues no es de todos la fe, ni todos obedecen al Evangelio*¹¹. Entre el oído y el corazón revolotea el demonio y, como se ha dicho, hace que, lo que entra por un oído salga por el otro, para que no baje al corazón. Porque cuando el predicador se levanta para hablar exteriormente, se levanta también el diablo para contradecir interiormente, sugiriendo que lo que se dice es falso, o de algún modo desvirtuando lo que en realidad se dice o suscitando oposición con aquél que habla, o entorpeciendo al que escucha con el sueño u otros pensamientos. 11. Otros, en cambio, tienen facilidad para obedecer pero carecen de la virtud de la constancia; como *los hijos de Efraín, diestros para tender el arco*, vuelven la espalda el día del combate¹², rápidamente conmovidos, más rápidamente desecados; húmedos en su superficie, áridos en sus entrañas; que perseveran cierto tiempo pero son inconstantes; que carecen de la raíz profunda de la caridad que *todo lo cree* y también *todo lo soporta*¹³; en el tiempo de la paz creen, y en el tiempo

10. Jn 3, 8

12. Sal 77, 9

11. 2Ts 3, 2 ; Rm10,16

13. 1Co 13, 7

de la tentación —ya interior, ya exterior— retroceden; son castos mientras nada por dentro los acicatea; valientes, mientras por fuera nada los amenace; mansos, si nada los molesta; piadosos si todo sucede conforme a sus deseos. A ellos les concierne aquello de: *Te alabará cuando lo colmes de bienes*¹⁴. Verdaderamente son hijos de Adán —de tal padre, tales hijos— quienes quedan en pie hasta que se presente una ocasión de caer. ¡Oh el soldado esforzado y valiente que valerosamente está en pie, hasta que un leve empujón fácilmente lo derriba! Del mismo modo que los primeros eran demasiado duros, así también éstos son demasiado blandos; aquéllos obstinados, éstos pusilánimes; aquéllos no reciben el verbo, éstos no lo guardan. 12. Los terceros, por su parte lo guardan, pero no para su provecho, sino en testimonio contra ellos —tierra que bajo la antigua maldición es escuálida e inculta, y hace brotar espinas y abrojos—¹⁵ contra los cuales clama el profeta: *Roturad vuestro campo y no sembréis sobre espinas*¹⁶. 13. A los primeros los endurece la malicia; a los segundos los destruye la sequedad de su corazón; a los terceros los aprieta la avaricia, las preocupaciones los trastornan, los cuidados los oprimen, las riquezas los sofocan, los placeres los debilitan, la crápula y la ebriedad los hacen pesados¹⁷, de modo que las espinas crecidas en lugar del trigo en la mano del borracho, la punzan y la laceran¹⁸.

14. ¿Quién, hermanos, a pesar de la afirmación del propio Verbo de Dios, de la explicación dada por la propia Verdad, de la interpretación debida a la Sabiduría divina —que conoce la naturaleza de todas las cosas, el orden, el número, la medida, el peso, la propiedad, la figura, el modelo de lo real— considera hoy que las riquezas son espinas? ¿Quién rehúsa abrazar las riquezas como si fueran espinas? Creedme, es más, creed al Verbo de Dios: las riquezas son espinas; quien las abraza, como a un manojo de espinas, cuanto más estrechamente las aprieta, tanto más acerbamente se pincha. Pero los necios consideran que hay delicias bajo las zarzas y se laceran con lastimaduras reales y

14. Cf. Sal 48, 19

16. Jr 4, 3

18. Pr 26, 9

15. Cf. Gn 3, 18

17. Cf. Lc 21, 34

penetrantes mientras que son burlados por placeres engañosos y momentáneos. 15. Aquí se me ocurre decir, amadísimos, que, cuando hablando al exterior, apartamos a los hombres de estas espinas como de un alimento que conduce al infierno, todos proclaman que verdaderamente las riquezas son espinas; desacreditan más que nosotros el mundo, lo abominan, lo maldicen. Detestan la vida desgraciada y las preocupaciones espinosas de este siglo, y sin embargo, no las abandonan; nos felicitan, nos alaban, nos beatifican como si ya casi nos hubiéramos liberado. Se acusan, se condenan, y maldicen el mundo aunque lo aman. Lo sirven aunque lo denigran. "Llevan el heno aunque murmuran". No poseen el mundo pero son poseídos por él; o más bien, son oprimidos y aplastados; como aquel gigante que vomita fuego bajo la mole de las montañas, son incapaces de levantarse. En ellos, entre quienes reina el amor de este mundo, la caridad del Padre, la única que recibe con fruto la semilla del Hijo, no tiene, según la expresión rústica, la miga profunda.

16. Demos gracias al agricultor, al Padre, que por el Espíritu Santo nos hizo capaces de recibir la semilla del Hijo, derramando en nuestros corazones el fuego de la caridad¹⁹; porque quemadas las espinas, nuestra tierra depurada lleva fruto en la paciencia²⁰, treinta, sesenta o también ciento por uno. Porque la obediencia acoge la semilla del verbo, la paciencia la hace fructificar, la perseverancia la cosecha. Y así como acerca de los atletas enseña el Apóstol: *Todos corren, pero uno solo alcanza el premio*²¹, así también se puede decir de las virtudes: todas corren hacia el reino de Dios, pero una sola alcanza el premio. 17. El desprecio del mundo corre, corre la pobreza, corren las vigias, corre la limosna, corre la abstinencia, corre la obediencia, corre la paciencia: sólo la perseverancia es coronada. Porque *quien perseverare hasta el fin se salvará*²², y el Señor juzga los confines de la tierra²³. Pues los medios como los comienzos no entran en discusión; no es el empezar, sino el acabar, lo que se considera virtud. Y así, la paciencia da valor a la obediencia; la perseverancia corona y

19. Rm 5, 5
20. Lc 8, 15

21. 1Co 9, 24
22. Mt 10, 22

23. 1S 2, 10

beatifica la paciencia. La paciencia prueba y ejercita la obediencia; la perseverancia glorifica la paciencia. Que se digne concedernos la perseverancia aquél que nos ha concedido la obediencia y no nos ha privado completamente de la paciencia, el Padre, por el Hijo, en el Espíritu. Amén.

SERMÓN 19

(Segundo sermón para el domingo de Sexagésima)

El sembrador salió para sembrar su semilla¹. El Hijo del hombre salió del seno de la Virgen y se sembró a sí mismo, es decir al Verbo de Dios, en los oídos de los hombres por la palabra, en los ojos por el ejemplo, en los corazones por la gracia. Pero mientras siembra, se revelan cuatro categorías diferentes de oyentes. Los primeros oyen, pero el Maligno al cual se han entregado no les permite creer para hacer el bien; devenidos esclavos de él y en cierta manera vencidos por él, se vendieron para hacer el mal². Los segundos oyen y reciben con alegría, es decir fácilmente; pero con la misma ligereza, abrasados por la tentación, rechazan la palabra y la hacen abortar; a éstos les concierne aquello de Jeremías: *la fe ha perecido, ella ha sido arrancada de su boca*³. Los terceros confiesan su fe con palabras pero la sofocan con sus actos. Los cuartos creen en su corazón para ser justificados y confiesan su fe para ser salvados⁴. 2. Pero con una mirada más elevada aparece claro que este Sembrador no salió en primer lugar de aquí, no sembró en primer lugar aquí, no encontró ahora por primera vez estas diversidades en el campo. *Salí del Padre*, dice, *y vine al mundo*⁵ ciertamente por el seno de su Madre. Así, no salió en primer lugar de un ser

1. Lc 8, 5

2. Cf. 1M 1, 16

3. Jr 7, 28

4. Cf. Rm 10, 10

5. Jn 16, 28

humano, ni sembró en primer lugar entre los hombres. Pues no es a los hombres ni a los ángeles a quienes Dios habló primero. *Una sola vez*, dice, *habló Dios y no lo repitió una segunda vez*⁶. Y nosotros buscamos, hermanos, —y la cuestión vale la pena, tratándose de piedad y no de curiosidad, de devoción, no de presunción— a quien Dios dijo una sola vez lo que no debe repetir, ni reemplazar por otra palabra, él, que todo lo puede.

3. Por esto, hermanos míos, un alma entregada a Dios en la impaciencia de su amor buscó en su lecho, buscó fuera de su lecho en la ciudad, buscó por las calles, buscó por las plazas a su amado y no pudo encontrarlo hasta haber pasado a los centinelas, es decir, a los ángeles que nunca duermen⁷. Pero cuando hubo sobrepasado lo más elevado de la naturaleza angélica, entonces solamente lo encontró, y habiéndolo encontrado lo retuvo y no lo abandonó. ¡Oh alma bienaventurada que buscó con tanto ardor, que encontró con tanta felicidad, abrazó con tanta fuerza, guardó con tanta sabiduría! 4. ¿Qué hacemos hermanos? ¿Acaso para toda nuestra actividad espiritual no deben bastar estas pocas pero no insignificantes palabras: buscó, encontró, abrazó, no abandonó? ¿Qué otra cosa queda por hacer?

5. Buscó aquella águila de ojos penetrantes y capaz de ver a Dios, lo que nosotros buscamos, al Verbo primero y único, y después de haber hecho el recorrido de todo lo que viene del no ser al ser, descubrió en el principio lo que no comenzó a ser: *En el principio*, dice, *era el Verbo*⁸. Pero ¿cómo en el principio lo que no puede ser sin principio? En efecto, todo lo que es verbo, no puede de ningún modo ser sin algún principio. Todo lo que es verbo es necesariamente verbo de alguien; y está claro que, para ser verbo, sale de alguien que lo dice.

6. El Verbo salió pues de aquél del cual es el Verbo. Pero ¿cómo y cuándo y con qué cualidades y de quién salió en primer lugar el Verbo? ¿Quién habló primero, y qué dijo, y cómo, y a quién? Pero a fin de indagar ahora más plenamente estas cosas,

6. Jb 33, 14

7. Cf. Dn 4, 10

8. Jn 1, 1

hermanos, debemos partir de un poco más arriba que el lenguaje corriente y habitual.

7. Ante todo, para que las realidades —cualesquiera sean— existan de una manera determinada, es del todo necesario que pura y simplemente existan. Pues lo que no existe de ningún modo, nada es; ahora bien, lo que no existe, no existe absolutamente de ninguna manera y es entonces simplemente nada. Es pues la pura existencia la primera que se encuentra en la composición de todo y la última en su descomposición. Antes que ella nada se encuentra que esté bajo las formas; ni después de ella se encuentra nada cuando, por el pensamiento, se abstraen de ella las formas (el pensamiento separa lo que el efecto no separa); y aquello que puede sobrevenir a una realidad para que sea de una cierta naturaleza, puede también serle quitado para que no lo sea más. Pero si la forma misma, que puede unirse a la materia y separarse de ella no existe, nada existe. 8. Por consiguiente, todo lo que existe, que ha recibido la forma de ser, existe y subsiste de manera de poder ser esto o aquello, es decir, ser especificado. Todo ser, en efecto, existe por la razón de ser numéricamente uno, lo que le permite enseguida ser a la vez determinado por la medida y localizado por el peso. Todo, en efecto, sin excepción, está contenido en el número, la medida y el peso⁹: para negarlo es preciso ignorar todo. 9. Así, la primera cuestión que se plantea respecto de todo ser, desde el momento que existe, es ésta: “¿Qué es?”; la segunda: “¿cómo es?”; la tercera: “¿para qué es?” Es decir: “¿Cuál es su naturaleza, su forma y su uso?” Partiendo de allí, los estudiosos de estas cosas, no crearon sino que descubrieron tres disciplinas que existen naturalmente, y que engloban de modo suficiente —lo han constatado— toda búsqueda del saber: la física, la lógica, la ética; esto es, la ciencia de la naturaleza, la de la razón, la de las costumbres.

10. Y así, siguiendo primero la ciencia de la naturaleza, buscamos qué puede ser todo aquello cuya existencia hemos

9. Cf. Sb 11, 21

constatado. Todo lo que existe, o existe por sí mismo, o necesita de otros para existir. Ahora bien, lo que subsiste por sí mismo, es más digno que lo que necesita de otro para existir. Por tanto, los que buscamos a Dios, los que creemos que nadie es más digno que él, seguimos con agrado, carísimos, todo lo que se presenta de mejor y de más digno hasta que llegamos, al menos por el pensamiento, a aquél que es digno por excelencia y por relación al cual nada puede ser mejor, a aquél a quien nosotros poseemos por la afección y retenemos por la fidelidad.

11. Dejando pues de lado lo que no subsiste por sí sino que depende de otro para poder existir —de ahí que con razón se lo llame adyacente o accidente—, ocupémonos de la realidad existente por sí misma. Pero aquí es necesaria la segunda ciencia, de la cual hemos hablado, si queremos comprender de qué manera una realidad puede subsistir por sí misma.

12. Se dice que un ser subsiste como esencia o en acto, en el pensamiento o en la realidad. Por ejemplo, para que el hombre subsista en el pensamiento o como esencia, es preciso solamente un animal racional, mortal, porque esto es el todo del hombre, y para que el hombre subsista como hombre nada hay que añadir. Pero, que sea sabio o no, que tenga tales o cuales dimensiones, que sea padre o hijo, blanco o negro, que se siente o no, que esté aquí o en otra parte y cuándo, que obre o padezca, que esté armado o inerme, nada de todo esto es requerido para que exista el hombre, aunque evidentemente nadie existe, es decir, nadie subsiste realmente y en acto, sin estas determinaciones.

13. Por consiguiente, que subsista el hombre por sí, y el hombre existe; que subsista por sí cualquier hombre, y tal hombre existe. Y es por esto que, en ambos casos, se habla de substancia: tanto para el hombre que subsiste en el pensamiento, como para tal hombre que subsiste en acto. Sin embargo, es a la realidad conocida como subsistente en acto, a la que se la llama propia y principalmente, y en el sentido más fuerte, substancia, y también substancia primera, mientras que a lo que no subsiste más que en el pensamiento y el concepto y en forma secundaria, se le

da el nombre de substancia segunda. 14. Toda substancia, es decir toda realidad que existe por sí, es o bien primera, o bien segunda; pero hay esta diferencia: la primera subsiste ciertamente tanto por sí como en sí, mientras que la segunda subsiste por sí, pero no en sí. Porque la substancia segunda no existe sino en la primera. La substancia segunda existe pues solamente en el pensamiento, como esencia, o como concepto, de una manera abstracta; la substancia primera, existe simultáneamente en el pensamiento y en la realidad, como esencia y en acto, como concepto y como manera de ser. 15. Por consiguiente, se llama substancia y más verdadera y mejor a la que subsiste numéricamente una, a la vez en el pensamiento y la realidad; es por relación a ella por lo que es concebida solamente en el pensamiento y el concepto como general, vaga e incierta, tal como nunca se encuentra ella en la realidad. En ninguna parte en efecto, se encuentra que exista un hombre que no sea tal hombre; y por el contrario, si el hombre no existe absolutamente, tal hombre, éste o aquél, no existe. 16. Así pues, del mismo modo como la substancia segunda no subsiste más que en la substancia primera, así también la primera no subsiste sino a partir de la segunda. La substancia segunda tiene una prioridad de razón que permite la existencia de la primera; pero en acto, es la substancia primera la que subsiste, preservando a la segunda de no existir en ninguna parte, y por eso mismo, de no ser nada. Porque ningún hombre existe si el hombre no existe en absoluto; pero el hombre no existe en ninguna parte si ningún hombre existe. Pueden hacerse reflexiones semejantes sobre la substancia como tal. Porque si la substancia como tal no existe, ni esta substancia ni aquella otra existiría. Y sin embargo la substancia existente como tal no podría de ninguna manera existir a menos de ser tal o cual substancia.

17. Así, relativamente a todas las realidades existentes por sí mismas, es decir a las substancias, hay preexistencia de la substancia como razón y causa, esencia y por así decir materia, que les permiten no sólo ser, es decir, tener la existencia, sino ser lo que ellas son, es decir ser substancias. Y sin embargo la substancia

como tal, es decir común a todos y general, no existe en ninguna parte. Ella no tiene nada ante sí como materia de donde tendría el ser, sino que contiene por debajo de sí los seres sin los cuales, no obstante, no puede subsistir en ninguna parte y en los cuales solamente puede subsistir. 18. Nosotros llegamos a esta conclusión general: toda substancia es primera o segunda; toda substancia segunda existe por sí, ninguna existe en sí; toda substancia primera existe por sí, ninguna existe de sí. Así una y otra es imperfecta e indigente: a una le falta existir en sí, a otra existir de sí; ésta requiere antes de ella lo que le da ser; aquélla requiere después de ella lo que le da ser allá y de tal manera.

19. Pero he aquí, amadísimos, lo que, confieso, hace exultar mi espíritu por adelantado con no sé qué de impaciencia: a través de la imperfección de estas realidades que son solas y todo enteras substancias, he aquí que comienza a traslucirse una realidad que habría que llamar, si se puede, supersubstancia, la cual subsiste absolutamente por sí y en sí y de sí, y en el pensamiento y en la realidad misma, y como la esencia y en acto, y como concepto y como manera de ser. Nada la rige para darle ser algo; nada la sostiene para preservarla de la nada; nada está por encima de ella que sea su origen; nada por debajo, nada de menos en que pueda subsistir; nada está antes que ella para darle la esencia; nada después para darle la naturaleza; nada fuera para darle la forma. Si es verdaderamente así, si el espíritu no es juguete de una imaginación vana, este ser es mucho mejor que toda substancia. Por eso no debo adherirme ni a la substancia primera, ni a la substancia segunda, puesto que algo mejor, incluso suponiendo que no exista, es en todo caso susceptible de ser pensado.

20. En cuanto al accidente, como dijimos, es siempre posterior a la substancia y por eso, no pudiendo existir más que en una substancia, es preciso que, sin la substancia, no sea nada. Y así, si no hay substancia, no hay tampoco accidente; pero si no hay accidente comprendido en los nueve predicamentos, no habrá en absoluto ninguna substancia segunda capaz de distinguir

específicamente las substancias inferiores de las superiores y de hacer descender las substancias segundas en las primeras. Porque si no hubiera ninguna forma, ninguna substancia primera subsistiría en acto. Porque si no subsiste ninguna substancia primera, no existiría ninguna substancia segunda, ya que no puede subsistir sino en la primera.

21. Está pues comprobado que la substancia no es nada si el accidente no es nada; pero sin la substancia, el accidente no es nada; y sin el accidente, no existe ninguna parte de la substancia. Porque la substancia segunda, tal como nosotros la abstraemos por la inteligencia, no es ninguna parte en sí y no es nada en acto, sino que es concebida de una manera vaga por el espíritu y permanece incierta en el concepto hasta ser como revestida por las formas que sobrevienen y ser determinada en una substancia primera real y en acto. Sin embargo, no existiría absolutamente ninguna substancia primera, si no hubiese forma; pero tampoco forma, si ella misma no existe.

22. Así, ambos elementos, esto es el sujeto y el accidente, o la substancia y la forma, consideradas cada una por sí misma sin la otra, se revelan manifiestamente como nada y vacío: de modo que de dos nadas, es decir, de la materia por sí misma y la forma por sí misma, el tercero que resulta, a saber todo compuesto, no es sino nada. Como claramente dice el profeta, hablando del hombre en general: *Todos los pueblos son delante de él como nada* —esto es ante aquél que es verdaderamente y por sí mismo y en sí mismo, y no en otro que sería antes que él o por encima de él— *y han sido considerados como nada y vacío*¹⁰, pues fueron sacados de la nada y del vacío. Por lo tanto, hermanos, *si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña*¹¹.

23. Callemos pues y dejemos de buscar cosa alguna cuando nada somos; de buscar lo que verdaderamente existe, cuando en verdad no somos absolutamente nada. En efecto, para diferenciarse de todo él ha dicho: *Yo soy el que soy*¹², de modo que cualquiera

que no es, puede decir: "Yo soy aquél que no soy" o: "Yo no soy el que soy". ¡Ea, hermanos, ¿qué progresos hemos hecho? Buscando algo encontramos la nada. Buscando a Dios, nosotros mismos nos hemos perdido. En el instante en que, por una hendidura imperceptible, comenzó a filtrarse un rayo que viene de lo que no es nada, enseguida se nos manifestó bajo una viva luz hasta qué punto somos nada que viene de la nada. Señor, verdaderamente, "en tu luz veremos tu luz"¹³ y nuestras propias tinieblas.

24. Pero aquí, dilectísimos, debemos detenernos hoy, fatigados como estamos por el trabajo y por el sermón. Porque es con el sudor de nuestro rostro¹⁴ como nos alimentamos de ambos panes, mientras peregrinamos lejos de esta casa donde, *entre cantos de júbilo y alabanza, resuenan los acentos del banquete*¹⁵. ¡Al cual nos conduzca aquél por quien estamos exiliados en esta isla desértica, alejados de casi todo el universo! Amén.

SERMÓN 20

(Tercer sermón para el domingo de Sexagésima)

Ayer, amadísimos, buscando a Dios, como sabéis, nosotros mismos al perdernos nos encontramos. Por cierto, es conveniente, que habiendo caído como por debajo y fuera de nosotros, volvamos interiormente por nosotros mismos hasta él. Deslumbrados por la luz del rostro de Dios, que se filtraba por el enrejado tenue y apretado caímos rostro en tierra, caímos de la estima de nosotros mismos que sobrepasa lo que somos, hasta el conocimiento exacto de lo que somos. Enseguida, investigando lo que es Dios, descubrimos lo que no es él. 2. Caminando a

través de calles y plazas¹, es decir, a través de todas las maneras de ser de las substancias racionales y reales, no encontramos en ellas a aquél en quien no hay distinción entre la esencia y la existencia de la esencia, que no es concebido de distinta manera por abstracción del espíritu que como él subsiste en realidad. Por lo cual él no es nada de todo lo que es, o más bien todas las cosas, que vienen de la nada, son nada; él es el único ser que no es la nada ni viene de la nada. Es preciso buscarlo pues, como lo veis hermanos, por encima de todo lo que, viniendo de la nada, es nada, a él que no es ninguno de todos los otros seres y que en manera alguna es la nada. 3. Pero ¿adónde iremos, Señor Dios nuestro, fuera de la totalidad de los seres? ¿Qué alas nos harían volar por encima de toda substancia corpórea e incorpórea, a nosotros, hombres agobiados por la carne, entorpecidos por los pecados, para buscarte a ti, nosotros a quienes nada fuera de ti, podrá bastar ni agradar? Señor "he aquí que hemos dejado todo por ti"² y si hemos encontrado gracia ante ti, muéstrate tú mismo a nosotros, deseable y amable³.

4. Nuestra alma rehusó todo consuelo⁴. Sólo nos deleitamos en tu recuerdo y en tu búsqueda: y he aquí que nuestro espíritu desfallece porque todavía no te ha visto⁵. Si tú no eres ni substancia corpórea, ni substancia incorpórea ¿qué eres? Veamos pues, hermanos, si Dios tal vez no sea una substancia incorpórea, como esos centinelas a los cuales sin embargo pasó aquélla que buscó con diligencia y con alegría encontró⁶. 5. La substancia en el concepto más general que forma el espíritu, se divide en primer lugar y de modo satisfactorio en substancia corpórea e incorpórea. Porque toda substancia es necesariamente esto o aquello; faltando lo cual no es substancia. Pero la propiedad absolutamente propia de la substancia, lo que es su equivalente perfecto, es la posibilidad de admitir los contrarios. De ahí que esta posibilidad de los contrarios sea llamada regla de los pares, cualquiera sea la naturaleza de la substancia. Por consiguiente, sea la substancia corpórea, sea la substancia incorpórea, por el hecho mismo de ser substancia,

13. Cf. Sal 35, 10

14. Cf. Gn 3, 19

15. Sal 41,5

1. Cf. Cr 3, 2

3. Cf. Ex 33, 13

5. Cf. Sal 76, 3-4

2. Cf. Mt 19, 27

4. Cf. Sal 76, 3

6. Cf. Cr 3, 3-4

es susceptible de los contrarios. De allí proviene que sea mudable, no sólo por las propiedades diversas y dispares, sino incluso por propiedades contrarias. Por eso, en otra ciencia la substancia como tal ha sido llamada el fundamento de los elementos y de todas las mutaciones, siendo mudable en todo, sosteniendo todo, pero no siendo nunca constante consigo misma.

6. Pero nosotros buscábamos, no el fundamento mudable de los accidentes, sino al inmutable *Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de variación*⁷ a quien es evidente que no se puede nombrar en sentido propio substancia, ni incluso incorpórea, a quien sería impío considerar susceptible de los contrarios. Ciertamente, pues, es manifiesto que lo inmutable es mejor que lo mudable. Ahora bien, el Inmutable, como resalta de lo que se dijo, no debe ser considerado, substancia ni en una substancia, sino por encima de toda substancia, y debe ser llamado supersubstancia. 7. En efecto, hablar de substancia mudable y de substancia inmutable es una división absolutamente incompatible con la substancia como tal, puesto que su característica propia es admitir los contrarios y es imposible decir esto del inmutable. Además, no hay allí división de superior e inferiores, puesto que la substancia como tal no sobrepasa la substancia mudable sino que se identifica completamente con ella y, en la misma extensión, contiene todas las substancias y sostiene todas las formas. 8. Por tanto, la substancia que se llama inmutable de ninguna manera está subordinada a la substancia, sino que la sobrepasa en dignidad, se opone a ella por su esencia contraria y la domina por su eficiencia. Pues así como aquélla está dentro de toda realidad, así también ésta está por encima de toda realidad; aquélla es mudable en todo y por todo; ésta es inmutable fuera de todo y por encima de todo. Aquélla, en sí, no es comprendida más que por la sola concepción abstracta del espíritu y existe en los objetos que realizan su esencia; ésta, en sí, no es comprensible por ningún espíritu y existe verdaderamente, sin tener por encima de ella una esencia que permita concebirla, ni por debajo ninguna realidad de naturaleza que le den una existencia concreta.

7. St 1, 17

Ciertamente, lo que es uno es simple y estable; lo cual en modo alguno se lo puede encontrar en todos los seres. 9. De ahí que esté por encima de todo: lo que es uno, sobre la materia; lo que es simple, sobre el compuesto material; lo que es inmutable, sobre todo lo creado. Porque así como todo lo creado viene por un movimiento del no ser al ser, así también es mudable en el ser y puede inclinarse al no ser. Pero tú, Señor Dios mío, eres el mismo, tú que eres simple, y tus años no declinarán⁸, porque eres inmutable, y por esto mismo se comprende que eres eterno.

10. Ea, hermanos, puesto que nos hemos cansado de volar, aterricemos, descendamos a lo que nos queda del trabajo del día, alternemos el trabajo del hombre y el vuelo del pájaro⁹, instruidos y ayudados aquí y allá por aquél que ha presentado en sí el modelo de ambos, Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive por todos los siglos. Amén.

SERMÓN 21

(Cuarto sermón para el domingo de Sexagésima)

Buscando, amadísimos, a nuestro Señor, del cual está escrito: *Buscad siempre su rostro*¹ —porque es para buscarlo *mientras se lo puede encontrar*² que hemos perdido de buen grado a casi todo el género humano y nos hemos perdido a nosotros mismos— anteayer recorrimos los barrios y las plazas, ayer pasamos un poco a los centinelas de la ciudad³. De ahí, por encima de toda materia y forma de la substancia incorpórea de esencia simple, considerando su oposición a la materia, descubrimos un ser uno, simple e inmutable. Porque si nada

8. Cf. Sal 101, 28

9. Cf. Jb 5, 7

1. Cf. 1Cro 16, 11

2. Cf. Is 55, 6

3. Cf. Ct 3, 3-4

existe, es más, si nada mejor que él puede existir, ciertamente es nuestro Dios. Así pues buscamos hoy, no entre todos los seres, sino por encima de todos los seres, examinando si el ser que encontramos es el mejor, no sólo de todos los seres existentes, sino como dijimos, de todos los seres posibles.

2. Lo primero que nos viene al pensamiento es que el inmutable no puede de ningún modo progresar ni degradarse. No puede ser ni mayor, ni menor, ni otro, ni de otro modo que lo que él es. Y por consiguiente, todo lo que él es ahora, necesariamente lo será siempre. Lo segundo es que, siendo simple, es lo que posee. Porque es imposible que el ser verdaderamente simple posea en su esencia, su forma, su propiedad, otra cosa que lo que es él mismo. Lo tercero es que, siendo uno, no puede tener su ser de nada que sea antes que él: porque la unidad es necesariamente antes que todas las cosas. Ahora bien, que haya muchas cosas es imposible sin la unidad; es más, la pluralidad es igualmente imposible sino como procedente de la unidad. Por eso el ser uno es antes que todos los seres; del ser uno vienen todos los seres; y el principio de todos los seres es el ser absolutamente uno. 3. Así pues el uno existe antes que todos los seres, el simple existe más allá de todos los seres, el inmutable existe por encima de todos los seres. De la unidad viene la pluralidad de todos los seres; de la simplicidad, la diversidad de todas las cosas; de la inmutabilidad, toda la mutabilidad. Del uno procede todo lo múltiple numerable, del simple procede todo lo compuesto en su variedad; del inmutable, todo género de movimiento. Porque del mismo modo que todo movimiento surge del inmóvil, así también todo compuesto surge del simple.

4. Y yo os pregunto, hermanos míos, viendo que vuestros corazones arden de deseo, ¿qué mejor puede haber allí que lo que ya se revela a nuestras búsquedas bajo la claridad deslumbradora de la gracia, es decir, un ser que es antes de todas las cosas y de quien provienen todas las cosas; después del cual no hay nada, y por encima del cual no hay nada; el principio que conduce todo al ser, el fin que contiene todas las cosas para que no

recaigan en el no ser; la eternidad que mueve y rige todas las cosas en el ser, el creador, el moderador y el conservador del universo; el principio inmutable por el cual Jacob amado de Dios sirvió durante siete años —porque ésta es la traducción y el sentido de *Raquél*— el principio donde aquel bienaventurado Teólogo pescó en su red lo que buscamos, el santo Verbo de Dios, el principio que es todo lo que él posee y que no puede ser de otro modo u otro de lo que él es? 5. ¿Eres esto, Señor Dios mío, a quien busqué entre todos los seres y encontré por encima de todos los seres: no uno de todos estos seres, ni en modo alguno la nada, ni un intermediario entre todos los seres y la nada, donde Platón colocó la materia, sino aquél que, por una admirable operación, es la fuente de la materia misma?

6. Dos cosas nos mostraste, Señor, a nosotros tus servidores, a saber: lo que eres y lo que no eres; y deseamos ardientemente llegar a la tercera, esto es, saber lo que eres. Verdaderamente a quien concedes la ciencia, concedes también el dolor⁵. En efecto, somos atormentados por el deseo de saber lo que eres, porque sobre tu existencia y sobre lo que no eres, no hay ignorancia ni error posible. ¡Oh! ¡si pudiésemos ignorar lo que no eres e ilusionarnos con alguna imaginación deleitable que ocupe tu lugar! ¡O más bien, saber lo que eres y, verdadera y suavemente abrazarte a ti! 7. ¡Pero muéstrate a nosotros, Señor, tú mismo, tú que sabes que nada deseamos hoy sino a ti y nada amamos sino a ti y por ti mismo, nosotros que con toda la mente y casi todo el cuerpo, huimos del mundo a fin de estar disponibles para buscarte a ti! Pero puesto que soy incapaz todavía de apagar mi sed a tu vista, al menos apagaré yo la indignación de mi espíritu contra el insensato que blasfemó contra ti.

8. Pues dijiste, oh insensato, en tu corazón, estando tú mismo fuera de tu corazón: *No hay Dios*⁶, lo que sin embargo, en modo alguno hubieras podido decir, si aquél a quien niegas no existiese, y sin el cual nada podría existir. Si pues existes tú, que has dicho esta palabra, indudablemente existe también aquél del cual la has

4. Cf. Gn 29, 20

5. Cf. Qo 1, 18

6. Sal 13, 1

dicho. En efecto, todo ser o bien es principio o bien es necesariamente de un principio. Si eres de un principio, necesariamente existe el principio del cual tienes el ser; si por el contrario eres tú mismo el principio, entonces eres aquél del cual niegas la existencia. 9. De igual modo, todo ser, o es simple o es necesariamente compuesto, es decir sacado de lo simple. Así pues, o tú no existes o eres lo uno o lo otro. Parecidamente, todo ser o es inmóvil o tiene de lo inmóvil su movimiento cualquiera fuere: porque todo movimiento tiene su origen en lo inmóvil. Si un ser existe, necesariamente es uno, simple, inmóvil, o proviene del ser que tiene estas propiedades. Si absolutamente ninguno de los seres existe, queda en pie que existe Dios mismo, de quien podrá existir todo lo que es posible. Porque él tiene ante sí no sólo lo que es, sino también todo lo que puede ser, él que llama a lo que no es como a lo que es⁷. 10. Además, hombre sin corazón e insensato que negando afirmas eso mismo que niegas, si es verdadero lo que afirmaste, tu mentira recaiga verdaderamente sobre tu cabeza⁸. Porque si esto es verdadero, algo es verdadero: si Dios nunca existió, esto fue siempre verdadero. Si esto fue siempre verdadero, desde la eternidad algo fue verdadero. Eternamente pues la verdad existió, ya que esto era verdadero. Por esta razón antes de todas las cosas existió al menos esta realidad una, cuando era verdadero que nada existía todavía. Porque si era una realidad compuesta, seguramente también era mudable; si era mudable, era también temporal. Por consiguiente, desde toda la eternidad el tiempo existió: ¿Qué cosa más insensata puede decirse? 11. Y sin embargo, es una consecuencia necesaria de la proposición del insensato; si esta realidad una, que desde toda la eternidad no puede ser negada, es compuesta, es también ciertamente mudable; de otro modo, es simple e inmutable. Esto mismo que nosotros hemos descubierto, llenos de alegría, hermanos, el insensato al negarlo lo afirma; al destruirlo lo edifica.

12. Creedme, hermanos, o más bien creed en la conexión cierta y necesaria de esto: nadie puede negar la existencia de Dios sin afirmar lógicamente su existencia. Y esto no en virtud de la

7. Cf. Rm 4, 17 8. Cf. Dn 13, 58

fuerza de las afirmaciones o por una inferencia verbal, sino en virtud de la esencia misma de Dios. Porque si algo existe, la consecuencia es que él mismo existe. Y si nada existe, como fue el caso antes de que fuese creado esto que existe, él mismo existe sin embargo, capaz de crear todo lo que todavía no existe. Porque ningún ser puede crearse a sí mismo, nada puede ser anterior y posterior a sí mismo. 13. Nada me resulta más verdadero que la existencia del ser del cual el insensato dice que no existe, el ser sin el cual nada puede ser y por el cual todas las cosas tienen el ser, solo, uno, simple e inmutable, fuente del número, de la medida y del peso⁹ según los cuales subsisten todos los seres a su modo: los singulares, en razón del número que proviene del uno, limitados en una especie, en razón de la medida que proviene del simple; ordenados hacia un fin, en razón del peso que proviene del inmóvil. Porque los seres singulares son tales porque tienen una unidad numérica; porque en su constitución tienen una medida que les impide sobrepasar los límites de su diferencia específica; porque los movimientos que les animan están en relación con su peso para que tengan reposo.

14. ¡Y bien, hermanos! he aquí que al pasar más allá hemos encontrado; y hemos devenido Idhitun¹⁰, es decir “los que se adelantan” para ir hasta él, es decir a la pluralidad para llegar al uno. Es pues a él a quien buscamos; retengámosle, no lo dejemos¹¹ e interroguémosle sobre él mismo instante e importunamente. Él soporta que se le haga sufrir violencia¹²; quiere ser vencido, y es sólo una vez vencido cuando da su bendición; y es porque quiere absolutamente ser retenido, por lo que pide que se le deje ir: *Déjame ir*, dice, *es la aurora*¹³.

15. Retengámosle pues, hermanos, por el conocimiento, retengámosle por la afección, retengámosle por la conciencia, retengámosle por la vida, retengámosle a él por él mismo, deleitándonos en él y conformándonos a él, para que, estando nuestra multiplicidad reunida en la unidad, seamos unidos al

9. Cf. Sb 11, 21

10. Sal 38, 1 etc.

11. Cf. Ct 3, 4

12. Cf. Mt 11, 12

13. Gn 32, 26

único, seamos simplificados en el simple, permanezcamos, tanto cuanto sea posible, inmóviles con el inmóvil, durmiendo y reposando en él, en la paz, aquélla que desconocen *los que se han multiplicado por el fruto de su trigo, de su vino y de su aceite* no el de Dios sino *el suyo*¹⁴, es decir que se han entregado a la multitud de las distracciones, de los deseos, de las dificultades, de las agitaciones.

16. En efecto, así como aquél que quiere hacer pasar un hilo grueso de muchas hebras por el ojo estrecho de una fina aguja trata, como puede, con la punta de los dedos de reducirlo a la unidad, de retorcerlo y de afinarlo, así también aquél que fija su deseo sobre el amor de la sabiduría del cual hablamos, debe retirar su corazón de toda inquietud, manía de saber, ambición y voluptuosidad carnal, debe retorcerlo por la disciplina, afinarlo por una vigilancia muy grande sobre sus deseos; si no, él se ilusiona a sí mismo y se fatiga vanamente. 17. Porque, como dice el Verbo de Dios: *Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de Dios*¹⁵. En efecto, ¿en qué consiste este reino, sino en contemplar a Dios y deleitarse en él? Pero ¿cómo pueden lograrlo aquéllos cuyos pensamientos, alegrías y consolaciones están en otra parte y no en él? ¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis aquí vuestra consolación!¹⁶ Al contrario, es a los que tienen un alma, es decir, una voluntad de pobre, a los que pertenece, como se ha dicho, el reino de los cielos¹⁷. 18. Sin embargo, hermanos míos, así como se prepara a los enfermos el alimento que desean, que quieren desde hace largo tiempo y que al llegar el momento de comerlo aún sabiéndolo bueno y muy bien preparado, no tienen la fuerza, ni experimentan ningún apetito, ni gustan ningún sabor, porque su paladar está insípido, así también nosotros, enfermos todavía a causa del pecado, no tenemos gusto por el reposo otrora deseado ni por la tranquilidad largo tiempo buscada, la soledad, el alejamiento del mundo, la meditación, la oración, la lectura, la palabra misma de Dios. Pero cuando seamos sanados, todo tendrá para nosotros sabor, toda fatiga desaparecerá,

14. Cf. Sal 4, 8-9

16. Lc 6, 24

15. Mt 19, 24

17. Cf. Mt 5, 3

no habrá ningún disgusto, y nuestra refección será abundante, fácil y gozosa. 19. Así pues no rehuyamos, no rechacemos el alimento vital de nuestra alma¹⁸: la misma santa costumbre lo hará útil, sabroso y suave, de manera que sólo será deleitable, si nos contentamos con él solo, con la ayuda de la gracia y de la caridad de Dios en toda nuestra debilidad, por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo. Amén.

SERMÓN 22

(Quinto sermón para el domingo de Sexagésima)

Hermanos míos, puesto que decaídos por la carencia de libros exigís de nosotros una palabra de viva voz para reemplazar la lectura, la necesidad impone decir algo. En nuestro esfuerzo repetido por escrutar la naturaleza del ser que buscamos, muy a menudo recaemos; porque, queriendo investigar la majestad somos reprimidos por la gloria¹. Lo que buscamos nos sobrepasa², pero esta búsqueda es buena si es piadosa. 2. Nuestras reflexiones precedentes nos han hecho comprender que todas las cosas son nada, que sólo Dios no es la nada y que sin embargo él no es algo, ni intermediario entre algo y la nada, sino que está por encima de todo; que no puede ser entendido por una abstracción, sino que existe verdadera y propiamente, y que todas las cosas son de él, y que nada puede existir sino por él; que incluso si nada existiese, él existiría siempre, pudiendo llamar todo a la existencia. Sólo queda pues por buscar lo que es él mismo, él que se ha dignado mostrarse como uno, simple e inmutable.

3. Todo lo que es verdaderamente simple se identifica de modo necesario con lo que posee. Es preciso pues, examinar lo que él posee para tratar así de conocer lo que él es. Y para evitar

18. Cf. Sal 106, 18

1. Cf. Sal 106, 18

2. Cf. Si 3, 22

rodeos, pregunto si posee razón y afección: si no las posee, no es, me parece, el mejor; y tampoco, si las posee, el ser soberano. Porque la razón y la afección están en un sujeto y no pueden existir sin un sujeto. Por esto, poseyéndolas, se identifica él mismo con ellas, no puede existir sin un sujeto, y entonces es inferior a la substancia como tal. 4. ¿Qué diremos, hermanos? Necesariamente, él posee o no posee, y todo lo que posee, él lo es: de otro modo él proviene de elementos diversos y no es ni uno, ni simple, ni inmutable. Porque si él es razón y afección, o fuerza y sabiduría —ya que es todo esto si las posee— ¿qué sucede con lo que arriba establecimos con tanto trabajo, es decir que él no es nada de lo que existe, sino que está por encima de todo y que todo es de él? Pues si este principio es verdadero, es de él de donde vienen estas realidades como las demás. Si las posee ¿cómo es soberano? Si no las posee, ¿cómo es el mejor? 5. ¡Ay de nosotros! Nos hemos agotado inútilmente en nuestras reflexiones³. Yo imaginaba tener todo y perdí todo. ¡Ojalá desconociera toda literatura! En verdad hay tinieblas en la luz, y mucho más en una luz intensa. Ciertamente *el Señor es luz, y en él no hay tinieblas*⁴; pero su luz inaccesible es la que produce en nosotros las tinieblas. Porque hay dos causas que engendran las tinieblas: la ausencia y la sobreabundancia de luz. ¡Oh fuente misma de la luz, *aparta de mí tus ojos*, se ha dicho, *porque ellos me arrebatan fuera de mí*!⁵ ¡Oh Señor! puesto que hasta aquí has alumbrado mi lámpara, te suplico, ilumina también éstas mis tinieblas⁶.

6. Hermanos, si dijéramos lo que leemos a menudo y creemos firmemente, a saber, que Dios es su sabiduría, su razón, su fuerza, su justicia, sería fácil de decir, pero difícil de comprender. ¿Qué es Dios, si es la justicia? O ¿qué es la justicia, si es Dios? O estará él por debajo de la substancia, o estará ella por encima de la cualidad. Lo uno es indigno, y lo otro imposible. 7. Pero tal vez, como él mismo es la unidad, no el número ni la cantidad, sino la fuente y el origen del número; y como es la simplicidad, no la cualidad ni la especie, sino el principio y el origen de la

especie o de la medida; y como es también la inmovilidad, no el movimiento ni el peso que está en movimiento, sino el principio del movimiento y del peso; de igual modo seguramente no es sabiduría, ni cualidad especial o ciencia particular, sino fuente y origen de la sabiduría, y así también de la justicia, de la fuerza y de lo demás; de modo que no se debe llamar sabiduría, ni nada semejante, como tampoco número, medida o peso, sino principio y fuente y causa eficiente suprema de todas las creaturas. 8. Se le llama sin embargo número sin número, medida sin medida, peso sin peso; de modo que también puede ser llamado sabiduría sin cualidad, justicia y fuerza sin afección o hábito del alma. Sin embargo, creemos que es mejor llamarlo supersabiduría, superjusticia y así lo demás, como también supersubstancia: no ciertamente para expresar lo que él es, sino para no callarse completamente; o bien, puesto que él no es nada de todo lo que es, se lo pone aparte de todo lo demás: respecto de él, las negaciones son más verdaderas, porque es más exacto negar todo de él que afirmar algo. 9. Por eso, según la teología propiamente divina, él no posee la substancia ni la sabiduría, y no es tampoco la substancia ni la sabiduría. Pero en la pobreza y las estrecheces de nuestra propia teología racional se emplean estas dos expresiones. Y en la teología simbólica y por así decir sensible se llama también a Dios: cielo, tierra, sol, fuego, león, buey, ave, madera, piedra, oro; y se usan todos estos términos con tanto mayor libertad, por una similitud fundada sobre la esencia, la actividad, el fin, cuanto que no se emplea ninguno de estos vocablos en sentido propio. 10. Porque así como a Dios, en metáfora se le llama cielo y otras cosas semejantes; así también se le llama substancia, sabiduría y otras cosas semejantes según la figura opuesta que se llama hipérbole. Ésta, en efecto, sobrepasa la verdad y rebasa lo creíble, aquélla no alcanza la verdad y permanece lejos de la realidad auténtica. Porque decimos lo que podemos, en nuestro deseo de expresar lo inexpressable; imposible decir algo de él en términos propios: es preciso callar, o bien emplear un vocabulario prestado.

3. Cf. Sal 63, 7

5. Ct 6, 5

4. Cf. 1Jn 1, 5

6. Cf. Sal 17, 29

11. Ved, hermanos, cuántas angustias padecemos, cuánto sufrimos por la indigencia de los vocablos en nuestro esfuerzo por decir en términos propios algo del indecible, para enseñar acerca del incomprensible. Todo esto sea dicho para que no os limitéis a creer por la palabra de otro, sino que comprendáis por vosotros mismos que es imposible captar o comprender qué es Dios. Pero esto, carísimos, no es tampoco efecto de nuestra debilidad, de nuestro embotamiento, de nuestra necedad, sino efecto de su perfección y de su inaccesibilidad. 12. También se ve a los serafines, santos, sublimes, alados, con esas alas que simbolizan el esfuerzo de la contemplación, velar su rostro y sus pies⁷, señalando así que el principio y el fin les están velados no por su propia ignorancia, sino por la supersabiduría incomprensible de Dios. En efecto, del mismo modo que no viendo nada, vemos las tinieblas invisibles; no escuchando nada, escuchamos el silencio que no se puede oír; del mismo modo, no viendo ni soportando la luz sobreabundante e insoportable vemos al invisible, no ciertamente por haber devenido ciegos, sino por haber sido sobrepasados por la luz.

13. En verdad, Señor, yo me he ejercitado en buscarte, y *mi espíritu desfallece*⁸, no a causa de ti sino en ti. *Mi alma anhela y desfallece yendo a tus tabernáculos*⁹; mi espíritu desfallece a la vista de aquél a quien desea; mi alma desfallece y se derrite, deleitándose en aquél a quien vislumbra. Y sin embargo, animado por la delectación, siempre y todavía ahora ávido de contemplar, y encontrando en la contemplación una delectación nueva, soy levantado como por las dos alas medianas¹⁰ hasta ti, a quien los ángeles desean contemplar¹¹. 14. De ahí que, aunque sea ceniza y polvo¹², habiendo comenzado una vez te preguntaré todavía, acerca de ti, una cuestión, una sola: puesto que eres fuente y origen de lo que hemos dicho, ¿cómo eres esto? Hermanos míos, pensamos que es una cuestión que se ha de examinar, porque no ignoramos que a estos términos se les puede dar diferentes acepciones.

7. Cf. Is 6, 2

9. Cf. Sal 83, 3

11. Cf. 1P 1, 12

8. Cf. Sal 76, 4

10. Cf. Is 6, 2

12. Cf. Gn 18, 27

15. La fuente es el principio y el origen del río; pero la una y el otro son de la misma esencia, y se constata que el agua del río es la misma que la de la fuente. Del mismo modo, también la raíz es el principio del árbol; el género es el principio de todas sus especies. Y también, la semilla es el principio del retoño; el poder germinativo es el principio de la semilla; los elementos son el principio del poder germinativo; y esta materia primordial que se llama "silva" o "hylé" es el principio de los elementos. Y en todos estos casos y los casos análogos, considerando el principio esencial, cuando la naturaleza produce, por así decir, a partir de la cabeza el cuerpo, o a partir del semejante lo semejante, o a partir de las causas naturales sus efectos, llegamos a percibir que todo productor es el principio de su obra propia.

16. Pero hay uno que existe antes de la naturaleza y por encima de ella; hay otro que no hace más que imitarla. Y éste, sacando siempre un objeto de otro, no sobrepasa en una obra cualquiera el modelo de la naturaleza: por ejemplo, no puede fabricar o ejecutar con oro más que un objeto de oro, con piedra más que uno de piedra, con madera más que uno de madera, porque no hace más que imitar la naturaleza. Ahora bien, en cualquier obra sea cual fuere, encontramos siempre necesariamente tres cosas: la materia, la forma y la causa, explicando de qué, cómo y por qué se ha hecho la obra; añadiendo a esto por quién fue hecha, es decir el artesano, tenemos necesariamente cuatro principios diferentes: material, formal, final y eficiente. 17. Pero por otra parte, quien tiene el poder de suscitar algo de la nada o, una vez suscitado, de reducirlo a la nada, o bien de cambiar algo a otra especie, de aumentarlo sin añadirle nada, de disminuirlo sin quitarle nada, ése es manifestamente un artesano que precede y sobrepasa la naturaleza; es también el autor de la naturaleza, y es necesariamente, de una naturaleza diferente de todas sus obras. Se puede pues hablar de principio, de fuente, de origen según tantos cuantos sean los modos como él se presenta actualmente: y entonces el modo más digno, más sublime y más excelente que todos ¿quién discutiría que conviene a Dios cuya excelencia lo coloca en la cima de todos los seres?

18. Existe pues una unidad que no es el número, sino el principio del número y que no es principio final, ni formal, ni material, ni esencial según las razones seminales de las cosas o la proporción entre las semejantes o la unidad del cuerpo, sino que es absolutamente principio eficiente, por el cual existe el número y sin el cual le es imposible existir, principio de otra esencia y existencia desemejante. Ella es una, cuando todo número es plural; simple, cuando aquél es compuesto; inmutable, cuando es divisible. Existe verdaderamente en sí misma y da sin embargo a los otros una existencia desemejante. 19. Porque lo binario, que es un número y debe a la unidad ser lo que es, no tiene con todo la misma existencia que la unidad misma; y sin embargo, en lo binario, sólo la unidad tiene una existencia verdadera. Porque ¿qué es lo binario, sino dos veces uno o dos veces la unidad? Sin embargo la unidad no está en lo binario como la parte en el todo, sino como su principio eficiente sin el cual no puede existir. En efecto, ¿dónde está lo binario, si no hay unidad? 20. Que se diga sin embargo a veces que la unidad es una parte de lo binario; o lo simple, de lo compuesto; o el tiempo, de la duración: es preciso entonces comprenderlo según la intención del que habla. Por lo demás si la unidad es una parte de lo binario ¿cuál será la otra? Si es también la unidad, entonces habrá dos unidades; pero si hay dos, no habrá absolutamente ninguna. Pues existiendo la unidad antes que todo, es el principio de todo. Ahora bien, es imposible que haya dos principios de todo. Porque si son iguales, ninguno de los dos será principio del otro, ni por el mismo hecho principio de todo, ni anterior a todo, ni verdadera y propiamente uno. No existe pues más que una sola unidad y una por sí misma, por la unidad. 21. Así pues, repitámoslo, lo binario verdadero es dos veces uno, y no dos “uno” o dos unidades; y todo número es, por grande que fuere, otras tantas veces uno, salvo respecto de aquél que es incapaz de elevarse, a partir de los objetos enumerados y de la grandeza accidental que permite enumerarlos, hasta esta unidad de número de la cual hablamos. No hay pues en los números nada que exista verdaderamente, ni que deba ser llamado

verdadera existencia del número, sino la unidad, la cual no es número, ni parte del número, ni de la misma esencia que él, pero sin embargo es causa del número: ella existe antes que el número, sin ella el número no existe, y es en ella donde existe verdaderamente porque la posee existiendo en él. Ahora bien, de modo semejante ocurre entre el simple y el compuesto, e igualmente entre el inmóvil y el móvil. Porque la razón no admite de ninguna manera dos simples o dos inmóviles: el uno, más allá de todas las cosas, preservándolas de no ser; el otro, por sobre todas las cosas, rigiéndolas y moviéndolas hacia un fin.

22. Son pues tres: el uno, el simple, el inmutable; y estos tres son simultáneamente el uno, simultáneamente el simple e igualmente el inmutable. Ellos solos o más bien el que es solo y uno, existe verdaderamente en todas las cosas, sin subsistir en ellas; de modo que si él se sustrajera no habría ya más nada que sostuviera, que mantuviera, que sobreviniera. Todas las cosas no tienen en sí mismas más que una existencia vana y vacía, como lo dice el Sabio: *Vanidad de vanidades y todo es vanidad*¹³; tienen en él una existencia viva y eterna, o más bien ellas son eternidad y vida, como dice el bienaventurado apóstol: *Lo que ha sido hecho era vida en él*¹⁴. 23. Todas las cosas son pues en él; pero allá son lo que es él mismo. Aquí abajo también él está en todas las cosas, como ser de todas ellas: no ciertamente el ser mutable, según el cual son vanidad, que no es el ser sino una imagen y un vestigio del ser, este ser donde todas las cosas, que vanas y efímeras se mueven a través del tiempo y del espacio, son verdad y vida, todas juntas, una sola vez y para siempre; es decir que él es fuente del ser y principio eficiente de la sabiduría, de la justicia y de las perfecciones semejantes, poseyéndolas, siendo ellas, no tales como son las cosas, sino como aquéllas que hacen existir y sin las cuales no pueden existir aquéllas que están en las cosas y presentan a los investigadores algún vestigio de él, a fin de que, a través de las creaturas bellas y buenas, la inteligencia contemple el ser más bello y el mejor que las ha creado¹⁵, Dios que vive y reina. Amén.

13. Qo 1, 2

14. Jn 1, 3-4

15. Cf. Rm 1, 20

SERMÓN 23

(Sexto sermón para el domingo de Sexagésima)

Verdaderamente hermanos carísimos, es verdadera la promesa de la Verdad: *Llamad, dice, y se os abrirá*¹. Llamamos y como veis, se nos ha abierto una puerta grande y visible² donde manifestamente apareció el Uno, que llamamos Dios, que existe antes de todas las cosas, que puede existir sin ninguna de las cosas, sin el cual no hay nada y del cual es todo; hemos visto cómo todo viene de él, y de qué manera es él mismo en todas las cosas, que existen con más verdad y prioridad en él que en ellas mismas: porque en él existe desde la eternidad lo que ha sido creado en el tiempo o con el tiempo, como lo dice de él un filósofo: “El mismo, belleza soberana, lleva en su pensamiento la belleza del mundo” (BOECIO). Y otro: *Ha hecho lo que será en el porvenir*³ y también: *El que vive por la eternidad ha creado juntamente todas las cosas*⁴. 2. Ahora pues, dilectísimos, habiéndonos vuelto audaces por la benignidad de Dios, no guardemos silencio con él⁵, para guardar silencio con el mundo y entre nosotros. Gritémosle bien fuerte para que no guarde silencio ni se calle con nosotros, a fin de que no seamos semejantes a hombres que bajan del trono elevado y sublime donde vimos al Señor⁶, al hoyo de la ignorancia y del olvido⁷, como aquel insensato que, *después de haberse contemplado en un espejo, se olvidó de cómo era*⁸. 3. Porque aquí abajo Dios no manifiesta ni revela nada de sí para contentar el deseo de ver, sino solamente para excitar la búsqueda; revela, no para saciar ahora, sino para avivar la fe: *Seré saciado, dice, cuando aparezca tu gloria*⁹ pero entretanto: *Mi alma está sedienta de ti fuente viva*¹⁰. El que se contenta con lo que ya vio, pierde por eso mismo lo que deja de buscar.

1. Lc 11, 9

5. Is 62, 7

9. Sal 16, 15

2. Cf. 1Co 16, 9

6. Cf. Is 6, 1

10. Sal 41, 3

3. Is 45, 11

7. Cf. Sal 27, 1

4. Si 18, 1

8. St 1, 23-24

4. Preguntémonos pues, hermanos, acerca del santo pensamiento de Dios que engendra el mundo antes de la existencia del mundo, en el cual “se hizo lo que existirá en el futuro”, en el cual “creó todo juntamente”. Pero si él tiene un pensamiento, ¿cómo no es él mismo este pensamiento, él que es todo lo que tiene? Porque acerca de los hombres le agradó al filósofo decir: “El pensamiento de cada uno es él mismo”. Y precisamente del pensamiento del hombre consta lo dicho: *Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza*¹¹, si es que tiene un pensamiento sin el cual no podría tener ni sabiduría ni justicia. Así hay motivo para distinguir el ser como tal y el tener, el ser como tal y alguna cosa que es de él, que sea de él y sea lo que él mismo es. 5. Y he aquí, no sé cómo, de un modo asombroso, en esta verdadera y auténtica unidad, el razonamiento descubre también una verdadera dualidad; a saber lo que es y lo que es de él; lo que no es de nadie y lo que es de él mismo. Y estos dos son verdaderamente uno, porque lo que él posee, él lo es. Y este uno es verdaderamente dos, porque nada puede ser de sí mismo y no es posible ni exacto decir que uno se posea a sí mismo y que uno se pertenezca a sí mismo. 6. Así, en esta bienaventurada e inefable unidad que hemos descubierto, se prueba que hay, por una más admirable dualidad que sin embargo no se aparta de la unidad, una realidad que existe de una realidad, es decir una que viene de otra; son dos y sin embargo una, una y sin embargo dos: existe el principio y lo que es del principio; y este último es también el principio que antes de todas las cosas, el pensamiento en el cual son todas las cosas, y sin embargo no hay dos principios, porque lo que él tiene, lo es; padre y proge, lo que no es de nadie y lo que es necesariamente de alguien. Porque a lo que no es de nadie y de quien es siempre alguien, ¿cómo designarlo mejor que con el vocablo “padre” de lo que es de él? Del mismo modo, no es inadecuado, si ninguna razón se opone a ello, llamar proge suya a lo que es de él.

7. Existe pues el uno, el simple y el inmutable, que sin embargo, con toda evidencia es dos, puesto que es y que tiene

11. Gn 1, 27

lo que es de él; quien, sin embargo, no es más que uno, puesto que es lo que tiene; que tiene necesariamente de sí mismo lo que tiene en él y junto a él. Por lo tanto todo lo que en él se presenta, en una verdad incomprensible, como no siendo de nadie, lo llamamos Padre; todo lo que tiene su origen en él solo, que no es de nadie y es llamado Padre, porque algo es de él como si eso fuera progeñe suya, lo llamamos Hijo; es distinto por su propiedad, porque es suyo, de él y en él y junto a él; es idéntico a él en la unidad de esencia, puesto que es todo lo que tiene aquél que es todo lo que tiene, y puesto que lo que es en él mismo y de él mismo, no puede en modo alguno ser otro que él mismo, que es perfectamente simple e indivisible. 8. Porque lo simple no se divide; ni lo uno se dobla para ser dos; ni el inmóvil comienza a tener lo que antes no tenía, ni el inmutable puede cesar de ser lo que siempre ha sido. Porque el uno existe siempre y antes que todas las cosas; no proviene de nadie, y siempre en él hay una realidad que viene de una realidad; así siempre es Padre, y su Hijo, que viene de él solo, es sempiterno. Aquél que es sin principio jamás tiene principio; aquél que tiene un principio jamás es sin principio, para que jamás el Hijo sea su propio Padre, ni el Padre su propio Hijo. Aquél que no es de nadie y aquél que es de él, por él, en él son de todo tiempo una sola y misma realidad simple, eterna, de modo que el Padre y la prole sean una sola esencia, un mismo ser, y así lo demás.

9. El Padre es pues la eternidad, el Hijo es la eternidad que viene de la eternidad. El Padre es el principio, el Hijo es el principio que viene del principio. El Padre es la potencia, el Hijo, la potencia que viene de la potencia. Así la sabiduría, así la justicia, así la fuerza y las perfecciones de este género que conforme a nuestra teología racional, como dijimos, son múltiples pero que, en la teología suprema y divina, son inefable unidad: de tal suerte que, poseyendo todo esto, este uno posee sin embargo un único en quien todas estas perfecciones —que sin razón se mira de suyo como una multiplicidad y se descubre que no son nada en realidad— existen simultáneamente, una sola vez, siempre,

como una unidad. Descendiendo también hasta la teología simbólica, seguimos el mismo camino de verdad: cuando se habla de Verbo, de imagen, de esplendor, de carácter, de figura, de blancura, de brazo, de mano, de derecha, todos estos términos hacen entender algo que pertenece a alguien, todos designan a un solo que pertenece a un solo, idéntico a él por esencia, diferente por la propiedad.

10. Examinemos pues la cuestión de donde hemos partido: por qué es llamado Verbo. Hay tres ejercicios para el pensamiento racional, relativos al pasado, al presente y al futuro: él los efectúa por sus tres potencias naturales, la razón, la memoria, la inteligencia. La inteligencia explora lo desconocido, la razón juzga lo que se ha descubierto, la memoria guarda los juicios y propone además otras cuestiones que deben ser juzgadas. La inteligencia presenta a la razón lo que ha descubierto, la memoria hace volver lo que oculta, mientras que la razón se aplica al presente y, como en la boca del corazón, no cesa ya sea de masticar lo que los dientes de la inteligencia recogen, ya sea de rumiar lo que le pone ante los ojos la entraña de la memoria. 11. Porque lo que percibimos y en consecuencia llamamos conocimiento se encuentra a veces en la boca de nuestro corazón, de tal modo que hablamos de ello con nosotros mismos como de algo presente: dicho de otro modo, pensamos en ello, o para hablar más exactamente, lo meditamos; es decir, lo contemplamos interiormente presente, y, partiendo de allí, lo formamos en primer lugar como aquello mismo de lo cual vamos a hablar —porque seguramente el verbo del corazón precede al de los labios. Puede suceder también que este conocimiento permanezca oculto, incluso para nosotros, en las entrañas de la memoria. Porque no es de continuo como se nos presenta todo lo que sabemos, y aquél que sabe no tiene siempre bajo su mirada todo lo que sabe; sino que es momentánea y parcialmente como este conocimiento sale de la memoria, la cual lo tenía por decirlo así oculto, y también como el verbo es formado actualmente por la boca del corazón para resonar exteriormente en los labios.

12. Ahora bien, como es manifiesto por lo dicho, puesto que para Dios no hay futuro ni pasado, sino que todo lo que es o puede ser, con todas sus variaciones y sus posibilidades de variaciones, está presente simultáneamente y de una vez y siempre en el latido de la intuición, la reflexión no podría extraer nada de la memoria; no hay incluso lugar para la reflexión ni para la memoria allí de donde nada puede irse; adonde nada puede volver; la búsqueda no podría traer nada de la inteligencia: no hay incluso lugar para la una ni para la otra, allí donde nada podría faltar. Con acierto, se dice que todas las cosas están como superpresentes a Dios e inmutablemente eternas en el Verbo y la Razón de su Pensamiento, de manera de hablar consigo mismo de una vez y juntamente y siempre, y decírselas a sí mismo. 13. Él no dice solamente lo que es o lo que fue, o lo que será, sino también todo lo que puede ser, sean cuales fueren el modo y la causa; él dice la naturaleza, el fin y la razón de la existencia de lo que existe y la razón de la no-existencia de lo que no existe. Tampoco descubre las cosas parcialmente, viendo primero esto, luego aquello, ya que en él no hay cambio alguno, sino con una única mirada simple, eterna, inmóvil, simultáneamente, incluso, por decirlo así, supersimultáneamente; ni hace descubrimientos varios, como con un conocimiento finito, porque necesariamente es infinito lo que es igual al infinito. No puede hablar añadiendo esto o aquello, o dejando aquello; porque es manifiesto que dice indeciblemente todo lo que existe aquí abajo o todo lo que de cualquier manera es posible. 14. Por consiguiente no puede en modo alguno decir otra cosa ni de otro modo, ni repetir lo mismo, puesto que en él no hay nada viejo que pasa, nada nuevo que comienza, sino que todo permanece eterno; en él *no hay cambio ni sombra de variación*¹². Y así como dice todo simultáneamente, así también dice todo de una sola vez; y como nunca deja de estar por encima de todo y de ver todo en sí mismo, esto es así siempre. 15. En efecto, no existió primero y luego se vio a sí mismo; ni antes estuvo falto de sabiduría y luego halló la sabiduría y devino sabio; no estuvo

12. Cf. St 1, 17

primero ocioso y luego comenzó a pensar qué haría; lo que una vez pensó y se dijo a sí mismo interiormente, no lo cambió después, él, el inmutable. No terminó, él, el infinito, lo que no podía comenzar ni terminar; él, cuyo consejo no comienza ni pasa, sino que nace y perdura todo entero por la eternidad, y los pensamientos de su corazón, perfectos, sin ser terminados, ni pasajeros, ni concluidos, permanecen por todas las generaciones¹³. 16. En Dios, nada ha comenzado, nada ha terminado, sino que todo es infinito, sin ser por ello imperfecto. Nada ha pasado, nada es futuro, sino que todo es presente. E incluso no está expresado con propiedad. Porque si decimos: "Dios habla, o piensa" no se ve aún el verbo perfecto o el pensamiento que todo lo ha dicho y concebido. Y si decimos "Habló" parece que todo hubiera terminado, y que ahora calla. Si decimos "Hablará", parece que fuera algo futuro como si aún no hubiera comenzado. 17. Por lo tanto es evidente que cuando nos vemos obligados a hablar de la inefable superesencia de Dios o de su Verbo, nosotros que no podemos callar, constatamos que no se puede pensar ningún nombre que exprese a aquél de quien hablamos, ni tampoco una palabra que signifique de modo adecuado lo que con justa razón se dice de él.

18. Pero he aquí, amadísimos, que siguiendo al propio Verbo, que devino lámpara para nuestros pasos¹⁴, y adhiriéndonos a él por todas las partes por donde fue¹⁵, por todas las partes por donde pasó y por todas las partes hacia donde se dirigió, y sin dejarlo por todas las partes por donde penetró y entró, finalmente nos introdujo en la casa de su Padre y en la alcoba de su Madre¹⁶, es decir en la de la ingénita esencia paterna, de su sabiduría y de su poder: porque el Padre engendró al Hijo de su propia esencia. Y nosotros también introdujimos al Verbo —porque así está escrito— *en la casa de la madre* nuestra. Pues al indagar acerca del origen de esta semilla santa, es decir del Verbo de Dios, hemos descubierto la nuestra, que no proviene de otro principio, sino del mismo, aunque de manera diferente. Porque mientras todas las cosas provienen de un solo principio, por creación temporal, y con comienzo, él solo

13. Cf. Sal 32, 11

15. Cf. Ap 14, 4

14. Cf. Sal 118, 105

16. Cf. Ct 3, 4

proviene del mismo principio por generación natural y eterna, sin comienzo.

19. Al brillar esta lámpara, que como dijimos, iluminó nuestros pasos, encontramos en parte lo que nos propusimos buscar, y esto mismo lo hemos expuesto sólo en parte; y tal vez, una parte de nosotros sólo haya comprendido en parte lo que expusimos, a saber, de dónde salió el Verbo, cómo, cuándo y con qué cualidades; es decir, quién habló primero, qué dijo, a quién, cómo, y cuándo habló. Sin embargo en todo esto aún no encontramos al Verbo sembrado afuera, sino sólo al que puede ser encontrado afuera. 20. Por lo tanto, hermanos, otra vez, busquemos dónde, por qué, cómo y cuándo fue sembrado, pidiendo al propio Sembrador del Verbo santo y secreto, que se digne sembrar en nosotros la inteligencia de estas verdades, y a vosotros hermanos, os conceda cosechar de la paja de nuestro sermón, el fruto de esta misma inteligencia. Porque la semilla, gracias al ministerio del tallo, deviene cosecha abundante en la buena tierra. Que se digne concedérmolo a nosotros y a vosotros, el Hijo del hombre, el propio Verbo de Dios, que es a la vez semilla y Sembrador, nuestro Señor Jesucristo, a quien sea el honor y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 24

(Séptimo sermón para el domingo de Sexagésima)

Ahora nos corresponde ver, amadísimos, cómo todo hombre come su pan con el sudor de su frente¹. Porque ciertamente es traspasando la carne cómo la espada llega hasta el alma². Escardando este zarzal, para no sembrar sobre espinas³, destilamos sudor bajo el ardor del sol casi meridiano. Por eso, sumamente fatigados por esta siembra terrena, recostémonos un

1. Cf. Gn 3, 19

2. Cf. Jr 4, 10

3. Cf. Jr 4, 3

poco bajo el follaje de esa encina ampliamente abierta que veis cerca de nosotros; y allí, no sin sudor interior, arrojemos la semilla del Verbo divino, triturémosla, humedezcámosla, cocinémosla, comámosla para no desfallecer por el ayuno y el cansancio⁴. 2. Hoy pues, nuestro primer pan será investigar por qué salió el que salió a *sembrar su semilla*⁵. Porque él no tenía que temer interiormente una indigencia que lo llevara a buscar exteriormente un enriquecimiento. Pero del mismo modo que el uno no puede disminuir, así tampoco el infinito puede multiplicarse, ni el simple decrecer, ni el inmenso aumentar, ni el inmóvil moverse en absoluto. Es preciso, pues, lo veis, servir otro pan⁶, es decir, investigar cómo puede salir aquél que no puede moverse.

3. Hermanos, antes de que fuera creado este mundo sensible, no había absolutamente nada menos de lo que ahora hay, más aún, había infinitamente más de lo que existe en este dominio de lo sensible. Porque todo lo que se revela en la copia, necesariamente tiene que haber salido del modelo. Pero no es verdadero sin embargo, que todo lo que hay en el modelo haya pasado a la copia. En él, en efecto, lo hemos dicho ya a menudo, no sólo las cosas que han sido creadas, sino todas las que pueden ser creadas existen de un modo más hermoso y más verdadero, allí donde no son cambiantes, transitorias y vanas, sino que son verdad y vida. Porque esta manera de ser sensible es el extremo último de las cosas, así como el extremo supremo es el arquetipo. A su respecto está escrito: *Se extiende con fuerza de un extremo al otro, y lo gobierna todo con suavidad*⁷. 4. Esta encina que nos proporciona el beneficio de la frescura, fue por cierto, mucho más hermosa y más admirable cuando estaba toda entera contenida en la pequeña bellota que ahora, que es un árbol tan grande y prosiguiendo su ciclo, he aquí que lo consume en la bellota. A partir de la bellota como de un punto, la línea cíclica de la raíz, del tronco, del follaje, de las ramas, de la hoja, de la flor, termina una vez más en la bellota. La propia bellota, pequeña simiente de esta gran encina, se encuentra toda ella más hermosa

4. Mt 15, 32

6. Cf. Mc 8, 6

5. Cf. Lc 8, 5

7. Cf. Sb 8, 1

y más admirable en el poder germinativo de la madre tierra. Y el mismo poder germinativo, en los elementos; y éstos en la materia. La materia misma con todo lo demás, subsiste más excelente, más hermosa y más verdadera en la mente divina. 5. La encina existe pues, como veis, en la encina como realidad actual; en la bellota, como semilla; en la tierra, como en su origen; en los elementos, como en su causa; en la materia, como en su posibilidad; en Dios, como en su principio eficaz. En todas las otras causas, de un modo mudable y mortal; en Dios de un modo inmortal.

6. Puesto que todas las cosas están en Dios, no sólo por el poder que las crea, sino también por la presciencia o más bien, en cuanto a lo que le concierne a él mismo, por la ciencia actual, ¿qué idea podía tener aquel gran teólogo de los paganos, cuando se representaba a Dios en un transporte de inmensa alegría después del acabamiento del mundo? ¿Es que por ventura Dios vio en lo exterior algo nuevo que no hubiera visto por anticipado en su interior? ¿Es que por acaso vio en la copia una belleza que no se encontrara con más belleza en el ejemplar? Toda obra, en efecto, es más bella en la idea artística que en la obra. Por consiguiente, si había motivo para regocijarse, ciertamente en el interior, estaba el más profundo motivo de alegría. 7. Sin embargo, yo no querría tratar de puerilidad la expresión de un filósofo tan grande —ciertamente se trata de Platón— puesto que nuestro Moisés ha emitido una idea teológica semejante: *Y Dios vio, dice, que todo lo que había hecho era muy bueno*⁸, como si él no hubiera visto en sí mismo más luz o no hubiera tenido que alabarse de cosas mejores. ¿O tal vez, al fin de la obra, ambos teólogos hayan insinuado sutilmente la causa final de la misma, señalando aquél la alegría, éste otro la bondad? 8. ¿Cuánto gozo, pensamos, cuánta alegría, cuánta exultación, cuánta delectación, cuánto encanto hace experimentar a Dios en lo íntimo de sí mismo un poder tan majestuoso, una sabiduría tan luminosa, cuando, simultáneamente y de una vez y siempre, contempla en sí mismo toda belleza, toda razón, todo orden, toda causa, todo efecto, y se ve él mismo por encima de todo! ¿Por qué pues deseó

8. Gn 1, 31

contemplar una realidad exterior, por cierto incomparablemente menos bella? Quizá a causa del mismo gozo y de la delectación inefable e incomprensible.

9. Pero mientras nosotros buscamos terminar este sermón relativo a la causa final, he aquí que a través de esta inmutabilidad superincomprensible, una y simple, comienza a lucir un misterioso tercer término, que es necesariamente de alguien y no puede ser de uno solo. Si pues en lo íntimo de esta luz suya y con su luz Dios goza y se deleita, manifestamente esté gozo y delectación procedé de los dos: tanto de aquél que se regocija como de aquél de quien y con quien él se regocija. Está claro que uno y otro es principio de la alegría que uno da al otro. 10. Pero puesto que, como lo hemos establecido más arriba, el que se regocija es uno con aquél de quien se regocija y en quien se deleita, y puesto que todo lo que posee el ser uno, él mismo lo es, seguramente no hace más que uno con su alegría, porque en él nada extraño puede introducirse, nada nuevo puede comenzar, nada antiguo puede desaparecer, sino que todo permanece eterno. Y sin embargo, he aquí que en adelante él se revela como trino. Seguramente ama a aquél de quien proviene su alegría y tiene dilección por aquél en quien está su deleite. Así el amor y la dilección que vienen de uno y otro se encuentran evidentemente en uno y otro y se identifican con uno y otro. 11. En consecuencia, porque en esta adorable unidad, cualesquiera sean las palabras empleadas, llamamos Padre a lo que se presenta como no siendo de nadie, llamamos Hijo a lo que es de uno solo, queda por llamar lo que se encuentra allí como procedente de los dos, no ciertamente Hijo de uno y de otro, para que no haya confusión, sino su Espíritu Santo, para que se distinga su propiedad y se le mire como la dulzura y la dilección y la paz y la delectación de los dos, y se mantenga firmemente la unidad de este todo, a fin de que la Trinidad no haga abandonar la unidad.

12. Y así la luz verdadera, exultando y gozando en su propia luz, ¿tiene necesidad de nuestras tinieblas para percibir, oscurecida exteriormente, lo que en ella era tan luminoso? Si era la luz,

ciertamente era luciente. Pues ¿qué es lucir, sino engendrar de sí la luz? Pero, os pregunto, ¿qué luz engendra de sí la luz, mientras luce, sino la que ella es, ella que luce? ¿Acaso "luz" y "luciente" significan dos luces? Es la misma luz; y sin embargo hay que distinguir. 13. "Luz" significa sólo que existe, dicho de otro modo significa el ser de la "luz"; "luciente", designa la luz que viene de la luz. Esto no quiere decir sin embargo otra luz, sino la misma luz en otro estado: hay diferencia en la propiedad, no en la realidad de la luz. ¿Qué es lucir verdaderamente, sino ofrecer la luz? Y no otra luz sino aquélla que luce viniendo de la luz. Sin embargo la luz, por más que sea luz, no ofrece luz si no luce; por otra parte, si no es la luz, le es absolutamente imposible lucir. Lucir viene pues de la luz, y ambas son necesarias para ofrecer la luz. 14. Cuando pues se dice sólo esto: "Ofrecer la luz", se sobreentiende y en cierto modo se significa juntamente "lucir" y "ser luz", de los cuales viene el don o el ofrecimiento de la luz. Cuando por otra parte se dice "lucir", se sobreentiende igualmente que en tal ser está una luz que le permite brillar y que al lucir ilumina, es decir ofrece la luz. Cuando en fin se dice sólo "luz", se sobreentiende también que al lucir, es decir al engendrar de sí la luz, un ser ofrece la luz e ilumina. 15. Pero no es sobre todo en virtud del sentido propio de los términos y de las diferencias que ellos expresan, sino más bien en virtud de la esencia sin distinción y una de la realidad que ellas denotan —es decir de la luz— como estas significaciones son designadas juntamente y coexisten todas en cada una y cada una en todas. Porque por estos tres vocablos se designa la esencia una de la luz y sus tres propiedades. 16. He aquí, hermanos, que Raquel, incapaz de dar a luz fue sustituida por su sierva⁹. Porque en nuestra impotencia para expresar en términos propios lo que es verdaderamente esta luz inaccesible, sirviéndonos de una visión imaginativa, hablamos por similitud y por enigma, de lo que es semejante en una extrema semejanza.

17. La luz existe, y engendra de sí la luz, por la cual la luz misma aparece, y en virtud de su propia esencia se hace visible,

9. Cf. Gn 30, 15

de manera que, por este don que viene de su esencia, aparece ella misma por sí misma: en consecuencia ¿no es verdad que la característica que sobre todo debe ser amada en la luz, lo que sobre todo la hace más amable, es que ella misma sea susceptible de ser dada, y recibida, y gustada? ¿Para qué me sirve todo lo que es poderoso, fuerte, sabio, justo, bueno, si no es comunicable, si no puede ser participado? 18. He aquí pues sobre todo lo que, en la luz, hace amar la luz: que su resplandor la hace susceptible de ser vista y gustada, incluso si no hay nadie para verla y usar de ella; ésta al menos es la esencia de la luz, y, en cuanto está en ella, siempre se prodiga. Así en ella y de ella misma existe en virtud de su esencia un don porque ella luce, y otro porque es capaz de lucir por ser la luz. Y así de su don proviene toda posibilidad de usar de él; y de allí proviene su gran valor, es decir la causa por la cual es valiosa y se la ama.

19. Por lo tanto el amor proviene del uso: el uso, del don; el don, de la manifestación o de la aparición natural, es decir del resplandor y de la irradiación nativas; el uno y la otra, el don y la aparición, a su vez, de la eternidad de la luz¹⁰, es decir de la existencia misma o ser de la luz. Este ser, situado en esa luz inaccesible¹¹ que nosotros imaginamos como podemos según esta luz sensible, no procede absolutamente de nadie y es el origen de las otras dos, es decir, del resplandor y de la iluminación. 20. Esto pues, Señor Dios mío, mi iluminación¹², que amo sobre todo en ti, que me permite amarte, que me hace posible conocerte y tener parte contigo, es tu don natural, es decir, que seas por esencia susceptible de ser dado y recibido y gustado. Sí, es a esto a lo que aspiro, Señor, siempre que te hago un pedido; es a tu Santo Espíritu, bondad¹³ natural y generosidad gratuita, no accidental ni momentánea, salida de alguna fantasía o circunstancia, o provocada por mi afección, mi celo o mi acción sino naturalmente eterna, inmutable, por la cual tú eres siempre así.

10. Cf. Sb 7, 26

12. Cf. Sal 26, 1

11. Cf. 1Tm 6, 16

13. Cf. Sb 9, 17. Lc 11, 13

21. Pero en ti, que eres Trinidad Santa, Dios mío, luz verdadera¹⁴, este don de la luz no es por sí mismo —aunque sin embargo nos viene enteramente de él, a nosotros a quienes se nos concede gozar de él en una cierta medida—, sino de la manifestación y del resplandor que para la luz paterna es como una progenie, y por ella de la luz misma del Padre. Porque de la luz, porque ella luce, es de donde viene el don de la luz, y su uso proviene del don. Por consiguiente, en una sola adoración y una caridad indivisa, en ti veneramos y amamos al Espíritu Santo, y en él también al Hijo, y por éste también al Padre de quien viene todo presente óptimo y todo don perfecto¹⁵. 22. El Padre —en el nombre del Hijo, es decir por el Hijo—, da el Espíritu; el Hijo —del Padre— da el Espíritu; el Espíritu —del Padre y del Hijo—, se da a sí mismo. Porque a quien nada se le debe, nada se le da a no ser gratuitamente, esto es como don. Y a un deudor nada se le perdona, ni a quien no ha merecido un bien nada se le devuelve, a no ser como un gran don, un don mayor, un don máximo. Por eso todo es dado o perdonado en el Espíritu Santo; sin embargo él mismo, con toda posibilidad de usar de él, es dado por el Hijo, por el cual todo don o toda remisión es concedida en el Espíritu Santo, por el Padre que es como la bondad principal y fontal, del cual todo procede.

23. Así, hermanos, dando gracias a Dios Trinidad por su luz y por esta iluminación, pidamos también al Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo que nos revele por qué ha querido salir fuera, él a quien nada le faltaba en su interior, para quien nada más podía presentarse fuera; por qué quiso sembrar esta semilla, que no podía ni disminuir dentro, si él la conservaba, ni multiplicarse fuera si la sembraba. Pero hoy estamos fatigados, es preciso detenernos aquí, para comenzar de nuevo mañana a exponer lo que quiera concedernos el Dador y el Don eterno, el Espíritu Santo *a quien sea el honor y el imperio por siempre*¹⁶. Amén.

14. Cf. Jn 1, 9

15. Cf. St 1, 17

16. 1Tm 6, 16

SERMÓN 25

(Octavo sermón para el domingo de Sexagésima)

Amadísimos, en nuestra búsqueda de la causa final del universo, lo primero que se presenta es que el Todopoderoso no pudo hacer algo por necesidad; ni Aquél que posee todo, por ambición; ni la Sabiduría, por curiosidad; ni la Verdad, por vanidad; sino por una voluntad gratuita y por un don de su propia generosidad; ni por otra parte pudo concebir por un pensamiento nuevo, sino desde toda la eternidad hubo de tener en el pensamiento y la voluntad la obra que finalmente cumpliría. Como por esencia él es susceptible de ser de alguna manera recibido y participado, y como él exulta en sí mismo y de sí mismo con una alegría perpetua y constante e inefable, no es solamente en virtud de su bondad natural sino en virtud de la esencia de la alegría misma como ha querido tener a alguien que participe de un bien tan precioso y deleitable. 2. No sucede como en nosotros, para quienes a menudo es un defecto de disipación o de jactancia no poder abstenernos de comunicar a otro nuestra alegría íntima, y cuanto más grande es ésta, tanto menos poder disimularla. Pero es la gratuidad de la generosidad natural misma, es la naturaleza de la bondad, es también el bien a la vez gratuito y natural de la alegría querer expansionarse o derramarse en muchos y reunirlos para hacerles participar gratuitamente de ella misma. Porque jamás la generosidad puede ser avara, ni la bondad celosa, ni la caridad ociosa, ni la alegría puede buscar permanecer oculta o solitaria.

3. Así pues, la Trinidad indivisa creó de la nada, por un acto indivisible, cuando lo quiso, lo que ella nunca comenzó a querer, un ser que fuese capaz de recibirla, susceptible de participar en su delectación y en su felicidad y en su paz y en su alegría, es decir un espíritu racional, a su imagen. Solamente de la nada, por generosidad gratuita, como se ha dicho, pudo sacar una

primera creatura: no como algunos lo han enseñado, por necesidad inherente a su esencia, como si no pudiese pasarse sin ella, sino por bondad natural, únicamente porque lo quiere. Feliz naturaleza sin embargo que impulsa a hacer el bien: aquél que es impulsado por su bondad natural a hacer el bien ¿qué hace sino obrar por gratuidad y libertad? 4. Es pues la bondad natural y la delectación interior del pensamiento lo que ha motivado la obra, quiero decir el espíritu racional, motivando él mismo toda la naturaleza material. En efecto, el universo material está al servicio del espíritu racional para instruirlo y él proclama de algún modo su principio, y *nada carece de voz*¹. 5. Así pues el espíritu racional ha sido creado para regocijarse y deleitarse con Dios, de Dios y de todas las cosas en él solo. En verdad ha sido creado racional para buscar a Dios en sí mismo y en todas las cosas; ha sido creado concupiscible para amar y desear a él solo; ha sido creado irascible para rechazar todo lo que se opone a esta contemplación y a esta delectación, según la palabra: *Para que sepa*, por lo racional, *reprobar el mal*, por el irascible, y, por el concupiscible, *escoger el bien*². 6. Así el único y soberano bien del espíritu creado racional, y el fin de su aplicación o de su actividad natural, racional y moral, es aquello para lo cual ha sido hecho: contemplar y deleitarse en Dios. Ahora bien, el camino para llegar a este reposo es investigar e imitar, buscar y desear, buscando desear y deseando, buscar. Y por el contrario el único pecado y el único mal es desviarse de esta conversión a Dios, de esta investigación y de este desear para buscar y amar otra cosa con desprecio de él.

7. Y bien, hermanos carísimos, ¿para qué tantas idas y venidas, para qué buscamos ansiosamente lo que difícilmente descubrimos? Lo suficiente es fácil decirlo; lo perfecto está al alcance de la mano. El gozo, el amor, la delectación y la suavidad, la visión, la luz, la gloria, es lo que Dios exige de nosotros, aquello para lo cual Dios nos hizo. El orden y la religión verdadera es hacer aquello para lo cual fuimos hechos. Contemplemos lo que es la belleza suprema, deleitémonos en lo que es la dulzura suprema, luchemos vehementemente contra lo que se opone a ello. Que

1. 1Co 14, 10

2. Cf. Is 7, 15

todas nuestras actividades, el trabajo como el reposo, la palabra como el silencio, estén encaminados a este fin. Lo que no está encaminado a él, lo que no hacemos por el fin para el cual fuimos hechos por Dios, haciendo coincidir la razón y la intención de su obra y de la nuestra, no es una virtud y no merece recompensa. 8. El don que nos será concedido en pago de nuestras acciones tendrá el mismo lugar, la misma fuente, la misma naturaleza que ha tenido el don que ha presidido la obra de nuestra creación. Éste es nuestro principio y nuestro fin, principio final y fin principal, principio perfecto en razón del fin, fin infinito en razón del principio perpetuo. En efecto, lo que siempre termina allí donde comienza, siempre comienza allí donde termina, no puede carecer de perfección ni correr peligro de desaparecer. 9. En toda situación, en todo lugar, en toda persona, *la religión pura e inmaculada ante Dios nuestro Padre*, es ésta. Ésta sola es preciso observar, y por ésta es preciso *conservarse incontaminado de este siglo*³. Pero como es difícil en realidad vivir en este siglo sin ser contaminado por él, también por esto es preciso huir lejos de este siglo. Y como, por otra parte, este reposo tan dulce y amable de la contemplación, donde debe ejercerse toda la fuerza de la razón, donde debe centrarse todo el esfuerzo de la afectividad, encuentra su único obstáculo, sin que haya falta en ello e incluso de manera laudable, en el amor racional y el cuidado del prójimo, es sin duda por esto que en la frase que precede, el apóstol introdujo: *Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones*⁴.

10. Así pues, hermanos, toda nuestra vida regular, si es verdadera, procura entregarse a la dulzura de la contemplación o bien a la dilección, ya sea por el libre reposo en Dios solo, ya sea por el servicio bien ordenado del prójimo. En efecto, sólo esta solicitud por el prójimo, aceptada por una caridad bien ordenada, inclina al alma, sin falta de su parte, y a veces con provecho, a apartarse de esta contemplación continua y vigilante. Y el hecho de entregarnos al trabajo y a las tareas materiales, para tener con qué ayudar a quien padece necesidad⁵, es decir

3. St 1, 27

4. Id.

5. Cf. Ef 4, 28.

a nuestro propio cuerpo, todavía animal, no es, a nuestro parecer, del todo extraño a la caridad hacia el prójimo. 11. ¿Qué hay en efecto más cercano al alma que su propio cuerpo, al que no sólo debe amar sino al que también no debe odiar? Así, como ella es actualmente alma viviente y no es todavía espíritu vivificante⁶, incapaz por consiguiente de vivificar al cuerpo por sí sola, debe velar, según un orden racional, para hacerse ayudar de fuera en aquello que no puede realizar enteramente por sí misma desde dentro. Porque el espíritu es deudor con respecto a la carne para vivificarla, no para vivir según ella⁷. 12. Por consiguiente, todo cuidado o delectación que no esté centrado sólo en Dios —salvo, como hemos dicho, la caridad hacia el prójimo motivada por Dios—, es superflua y bastarda, extraña al fin del hombre, opuesta al designio de Dios sobre nosotros y de nuestros deberes hacia él.

13. Ved, pues hermanos, con qué fervor de espíritu, con qué esfuerzo infatigable debemos apartar los pensamientos insensatos, de los cuales se aleja el Espíritu Santo, Espíritu de disciplina que huye de la mentira⁸, y tender hacia aquella luz deífica que esclarece la verdad e inflama la caridad. Para poder hacerlo con más libertad y sin trabas, habéis encargado a otro las preocupaciones indispensables del cuerpo animal. Si el trabajo os es asignado por otro, la inquietud os es quitada, la preocupación os está prohibida. 14. La inquietud en efecto turba inevitablemente, como está escrito: *Tú te inquietas y te turbas por muchas cosas*⁹. En cuanto a la preocupación, ella pesa, de donde aquello de la Verdad: *No se hagan pesados vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida*¹⁰. La inquietud es un mal que excita; la preocupación, un mal peor que deprime; la acedia el mal pésimo que destruye. En efecto, el alma que en el reposo se entrega a la acedia, pierde el provecho de la acción, y en modo alguno encuentra la luz de la contemplación. Por otra parte, deprimida por las preocupaciones se siente a veces soliviantada por la turbación y no puede conocer la serenidad. Porque el corazón intranquilo, de ningún modo puede ser sereno; pero si

6. Cf. 1Co 15, 45

8. Cf. Sb 1, 5

10. Lc 21, 34

7. Cf. Rm 8, 12

9. Lc 10, 41

no es sereno, tampoco es diáfano. 15. Ahora bien, es necesario que el corazón del contemplativo sea diáfano como un espejo o como un agua limpiísima y quieta, para que en él, por él, como en un espejo, por un espejo, el espíritu vea su imagen a imagen de Dios. Para lograr esto, amadísimos, aquél que desea contemplar a Dios debe purificar su corazón no sólo de las preocupaciones nocivas o superfluas, sino incluso de las preocupaciones necesarias, y formarlo por la lectura, la meditación, la oración. *Bienaventurados*, pues, *los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*¹¹. Que él se digne concedérmolo. Amén.

SERMÓN 26

(Noveno sermón para el domingo de Sexagésima)

Dios, haciendo el don de su propia alegría, susceptible por naturaleza de ser comunicada, creó el espíritu racional, el primero y el único en recibir su imagen y también capaz de conocimiento y de amor. En efecto, fue creado capaz de recibir la Divinidad que es susceptible de ser recibida por medio de la razón y de la voluntad, es decir por la facultad de comprender y de amar, que son como recipientes o instrumentos de condición natural. El primer don de la gracia es crearlos para que existan; el segundo, llenarlos para que no estén vacíos o apenas llenos. 2. Ellos están apenas llenos cuando se ha vertido allí una visión errónea o un amor perverso. Dios solo, por quien y para quien han sido creados, puede llenarlos bien, sin que por otra parte puedan contenerlo todo entero: *Porque Dios*, dice el Apóstol, *es más grande que nuestro corazón y conoce todo*¹. Pero después de Dios, no hay nada que sea anterior ni superior al espíritu racional creado. Incluso, si se puede verter otra cosa que Dios, no se puede absolutamente llenarlo. He aquí por qué el espíritu

11. Mt 5, 8

1. 1Jn 3, 20

que desea otra cosa que Dios solo, cuanto más bebe, más sediento está. Y por mucho que busque su contentamiento fuera de Dios, no puede ser saciado por el deseo del dinero, de la gloria, del poder ni de otra cosa semejante. Él es más grande que todo lo que absorbe. 3. El espíritu es pues, como un recipiente, en donde la sabiduría y la fuerza de Dios² se vierte para llenarlo de su conocimiento y de su caridad; es como un campo, donde esta misma sabiduría y fuerza se siembra para que, de estas semillas broten la luz del conocimiento y el fervor de la dilección.

4. Así, por la primera gracia, el campo que no existía todavía, es creado apto para recibir y multiplicar la semilla; es decir, repitámoslo, que él es la facultad natural de comprender y de amar, de donde proviene, en el espíritu racional, el libre arbitrio. Por la segunda gracia, la semilla de la palabra es entonces esparcida en el campo mismo del libre arbitrio. Así pues, se prepara en primer lugar una lámpara capaz de arder, y enseguida se aproxima a ella el fuego para encenderla. 5. En este campo, la semilla de la palabra es sembrada, conforme a la naturaleza del campo, dentro y fuera. Fuera, es toda la creación exterior la que habla del Creador al espíritu racional y la que le da una enseñanza; dentro, es el ser más profundo del espíritu mismo; y por encima de ambos, son a veces palabras más elevadas bajo la inspiración de la gracia divina. 6. Sin embargo, el ojo, aunque teniendo siempre la facultad natural de ver, y el oído la de oír, no llegan nunca por sí mismos ni de sí mismos a ver o a oír de hecho, sin el beneficio y la gracia de la luz y del sonido exteriores; del mismo modo el espíritu racional, capaz —en virtud del primer don de la gracia creadora— de ver la luz défica, no podrá alcanzar efectivamente esta visión sin una iluminación del rayo de luz de lo alto. El ojo sólo ve el sol en la luz del sol; del mismo modo el espíritu sólo podrá ver la luz del verdadero y divino sol en su luz: *En tu luz*, dice el profeta, *veremos la luz*³.

7. Porque así como del sol sale lo que permite ver al sol mismo, y sin lo cual no se lo podría ver —sin que haya no

obstante separación entre el sol y lo que procede de él y lo hace resplandecer— así también el Verbo, que permaneciendo en Dios procede de él, resplandece sobre la mente para hacerle ver en primer lugar el resplandor mismo de la luz —sin la cual no vería nada— y en ella, todo lo demás, y también a aquél mismo del cual es el resplandor, sin que haya separación de él, ni abandono por parte de él. 8. El ojo corporal, ve primero la luz que resplandece del sol y en ella ve todo lo demás, y siguiendo con la mirada el mismo rayo hacia lo alto, ve el propio sol de donde procede y resplandece el rayo que lo ilumina como por un don que viene de él y un beneficio de su naturaleza; así, de esta luz inaccesible procede un fulgor que el espíritu ve antes que todo lo demás, sin el cual no vería nada, y que lo arrastra hacia lo alto para mostrarle su punto de partida y revelarle su fuente y su origen, lo cual no podría hacer si no procediera de él. 9. Procede de él, pues, para iluminar, e ilumina porque procede de él; así, uno es el beneficio que depende de su naturaleza, otro el principio de su naturaleza. Uno y otro provienen sin embargo de una única fuente de luz que le concede lucir para iluminar, e iluminar por el hecho de lucir. Sin embargo no es en un primer momento luz, que luego luce, y en tercer lugar ilumina; sino todo a la vez, porque él es luz, que luce por lo que es en sí, que siempre ilumina, sin que, no obstante, un objeto sea enseguida iluminado. 10. Supongamos que un ojo capaz de ver, sea creado en la luz de nuestro sol: enseguida será iluminado por la presencia del rayo de este sol, sin que éste sufra ningún cambio; podría también sucederle ser accidentalmente oscurecido o súbitamente enceguecido por completo, sin ninguna falla o cambio en el sol, de suerte que apenas sería posible distinguir en el tiempo el hecho de ser creado, iluminado, enceguecido. Sucede seguramente así con el espíritu: él, que no existía, habiendo sido creado por la luz y en la luz que existía por todas partes y siempre, pronto es invadido por su presencia, sin que en ella misma se produzca nada nuevo; y enseguida él queda cubierto de tinieblas, sin que ella sea oscurecida en este espíritu que huye de la luz. Es así cómo un rostro vuelto hacia el sol es iluminado y, si se aparta de él cuando el sol permanece inmóvil, queda oscurecido.

2. Cf. 1Co 1, 24 3. Sal 35, 10

11. Saliendo pues, según lo hemos dicho, el Sembrador de la luz y de la palabra, la propia Luz y la Palabra, sembró la primera semilla procedente del seno del Padre, gratuitamente, es decir por el don del Espíritu Santo, en el campo de la naturaleza angélica, iluminándola dentro, por la razón natural y concediéndole como un precepto de naturaleza. Pero mientras siembra, la semilla cayó en algunos al borde del camino. Porque el camino por el cual viene a la creatura el beneficio del Creador es su sola caridad y su dilección, que es gratuita; y el camino por el cual el servicio de la creatura racional sube al Creador es igualmente su sola caridad y su dilección. 12. Por consiguiente, como fue dicho, después que él hubo sembrado primero entre los ángeles, unos apartándose de sí mismos y volviéndose hacia Dios con acción de gracias, echaron profundas raíces de humildad e hicieron brotar el fruto de la obediencia, como está escrito: *Lo que se haya salvado de Judá, echará raíces por debajo y producirá frutos en lo alto*⁴; otros, tornándose hacia sí mismos *se entontecieron en sus razonamientos y alardeando de sabios, se hicieron necios* porque *su corazón insensato se oscureció*⁵, como sucede a los que se apartan de la luz. 13. En efecto, ellos no glorificaron como era debido a aquél por quien fueron iluminados, a aquél por quien, como un campo, fueron sembrados; sino que exaltándose personalmente, engendraron en sí mismos pensamientos orgullosos, vanos y ambiciosos, ladrones de la humildad, por consiguiente de la luz, que pisotean los espíritus fecundos, arrancándoles del corazón la bienaventurada semilla, a fin de que no lleven, en la obediencia, el fruto de la caridad que procede de la raíz de la humildad. Éstos son los que no se han mantenido ni un momento en la verdad⁶, para los cuales, como dijimos, no hubo casi distinción, en cuanto al tiempo, entre ser creados, iluminados, enceguécidos. Porque su propia malicia los enceguenció a ellos a quienes la gracia creadora iluminó. En ellos —el Sembrador no lo ignoró en su sabiduría— la semilla que él sembró había perecido; y sin embargo, en su deseo de la cosecha, no renunció a sembrar de nuevo.

4. Is 37, 31

5. Cf. Rm 1, 21-22 6. Cf. Jn 8, 44

14. Pero al sembrar, una parte cayó sobre piedra⁷. Esta tierra pedregosa, es la naturaleza humana en Adán, tierra que, conociéndose a sí misma por experiencia en David, dice al Señor: *Mi alma está ante ti, como una tierra sin agua*⁸. En esta segunda siembra la Palabra de Dios derramó sobre ella la semilla, iluminándola, no sólo dentro, por el beneficio del alma racional que ilumina a todo hombre que viene a este mundo⁹, sino también fuera, por el precepto que él le imponía en estos términos: *No comas del árbol de la ciencia del bien y del mal*¹⁰. 15. Por consiguiente, él sembró en primer lugar en el cielo, en segundo lugar en el paraíso. El hombre recibió con alegría la palabra¹¹ y permaneció de pie un momento; pero cuando ardió el fuego de la tentación que provenía de la mujer seducida, se infligió el grandísimo daño de ceder a aquélla que, víctima de un mal consejo, le daba otro peor. Y cuando él obedeció a la voz de la mujer más bien que a la de Dios, se desecó enseguida interiormente en la raíz de la humildad, privado como estaba del agua de la caridad, y pronto también se marchitó, despojado exteriormente del verdor de la obediencia.

16. Una tercera vez, este Sembrador tenaz quiso aún sembrar, sirviéndose de Moisés en el desierto; pero *al sembrar, una parte cayó sobre espinas*¹². En efecto los Judíos, en las observancias de los mandamientos y en las recompensas por las observancias, aspiran siempre y únicamente a lo temporal y a lo terreno, sólo ansían ávidamente lo carnal, y sofocan en la ley todo fruto de inteligencia espiritual.

17. Puesto que, como está escrito, “el trabajo tenaz triunfa en todo” (VIRGILIO) una cuarta vez aún este Sembrador que es el Hijo de Dios hecho hombre, personalmente y seguido por sus apóstoles, emprendió la siembra de su semilla, él mismo, en el mundo, donde *el resto de Israel y la plenitud de los Gentiles*¹³, como una buena tierra, recibieron con alegría la palabra, y en la prueba del sol y del frío dieron fruto¹⁴.

7. Lc 8, 6

8. Sal 42, 6

9. Jn 1, 9

10. Gn 2, 17

11. Lc 8, 13

12. Cf. Lc 8, 7

13. Cf. Rm 9, 27; 11, 25

14. Cf. Lc 8, 15

18. La primera siembra fue hecha en el cielo; la segunda, en el paraíso; la tercera, en el desierto; la cuarta, en el universo entero: *Id, está escrito, al universo entero, y predicad el Evangelio a toda creatura*¹⁵. La primera en los ángeles; la segunda en los primeros hombres; la tercera en los judíos; la cuarta en los gentiles. La primera por el precepto de la naturaleza, la segunda por el precepto oral, la tercera por el mandamiento escrito, la cuarta por el Evangelio de la gracia. La primera, por la Palabra en la razón, la segunda en la voz, la tercera en la letra, la cuarta en la carne: *La Palabra*, está escrito, *se hizo carne y habitó entre nosotros*¹⁶. La primera, toda adentro, por la razón; la segunda, afuera, por los oídos; la tercera, asimismo por los ojos; la cuarta, al mismo tiempo también por las manos: *Lo que oímos*, se ha dicho, *lo que vimos, y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida*¹⁷.

19. Así pues, amadísimos, durante toda la duración del mundo se ha constatado esta diversidad en el campo y estas diferencias entre los oyentes; así fue también en el momento en que el propio Verbo, presente en la carne, hablaba de sí mismo. Pero también hoy, cuando nosotros u otros esparcimos públicamente la semilla del propio Verbo, se encuentran, entre los oyentes, quienes la rechazan, quienes la rehúsan, quienes la sofocan, quienes la hacen fructificar en la paciencia, como también el ángel pudo hacerlo en la constancia, y el primer hombre en la sola obediencia. Así los primeros no conciben esta semilla, los segundos la hacen abortar, los terceros ahogan el fruto viviente, los cuartos nutren este fruto con piedad y diligencia maternas. Que Jesucristo, nuestro Señor, nos conceda esta gracia en su siembra interior. Amén.

15. Cf. Mt 28, 19. Mc16, 15
16. Jn 1, 14
17. 1Jn 1, 1

SERMÓN 27

(Primer sermón para el domingo de Quincuagésima)

He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los gentiles, etc.¹ Hermanos, ¡que el Dios de nuestra salvación nos conceda un camino favorable!² He aquí pues que también nosotros subimos a Jerusalén. Porque si nosotros bajamos a esta isla, la última de todas las tierras, tras la cual, como dice el profeta, no hay otra³, a esta isla pequeña perdida en la inmensidad del mar, es para subir a Jerusalén. No ciertamente a la terrena que es esclava con sus hijos, sino a la celestial, la de arriba, que es libre, madre de todos nosotros⁴, donde nadie es esclavo sino donde todos son reyes. Toda ella, en efecto, con los reyes, sus hijos, y con el rey, su esposo, hijo de rey, reina, como reina que es, por la eternidad⁵. 2. Así como los pájaros, para emprender con un batir de alas su vuelo por los aires, se afirman fuertemente, con todo su cuerpo contra el suelo donde están posados, así también los hombres y los animales salvajes, según un mismo arte de la naturaleza, o un arte innato o más bien según un arte también natural, cuando quieren saltar muy alto, se abajan a ras de tierra, como curvándose con todo su cuerpo. Así nosotros, buscando alcanzar el cielo, nos hemos retirado del mundo de los hombres; aspirando a la plenitud, hemos rechazado las riquezas; ambicionando los honores, nos hemos rebajado verdaderamente, y hemos llegado a ser como desechos de este mundo⁶. Nosotros que, en el mundo, parecíamos ser algo, que en la comunidad de nuestros hermanos teníamos también cierta reputación, he aquí que a fin de poder devenir verdaderamente algo, nos hemos reducido a la nada. Porque ¿qué estima o qué recuerdo de nosotros guarda el mundo? 3. Entregados al olvido del mundo, como muertos a su corazón⁷,

1. Lc 18, 31 ss.
2. Cf. Sal 67, 20
3. Cf. Is 18, 2
4. Cf. Ga 4, 25-26
5. Cf. Sal 44, 10. 17;
6. Cf. Sal 30, 13
7. Cf. Sal 71, 2

ojalá también nosotros nos olvidáramos completamente de él y él muriera en nuestro corazón desde lo hondo de nuestro corazón; a fin de que cada uno pueda decir con toda verdad tanto del lugar, como de su espíritu: *El mundo está muerto para mí, y yo lo estoy para el mundo*⁸. ¡Ojalá, abandonando por nuestras manos y olvidando al mismo tiempo en nuestros corazones lo que está detrás, estemos tendidos hacia adelante⁹ con todo nuestro pensamiento, y con todo nuestro ardiente deseo, y, retrocediendo como los carneros, nos lancemos con más fuerza hacia lo que está delante! 4. Ciertamente, hermanos, es una cumbre muy abrupta la que nos esforzamos en escalar, es un pasaje muy estrecho el que intentamos atravesar. Por eso conviene que estemos descargados y livianos, porque, cargado, es difícil escalar, hinchado, es difícil entrar por lo que es estrecho. No estar hinchado por la riqueza, ni cargado por las preocupaciones, ni entorpecido por la crápula, puede ser obra de un milagro divino; es absolutamente imposible a la debilidad humana, pero para Dios todo es posible¹⁰.

5. Por eso el texto continúa: *Y el Hijo del hombre será entregado a los gentiles para ser maltratado y crucificado*¹¹. Nuestro "hombre viejo", hijo del hombre viejo, ha sido un día crucificado con el nuevo Hijo del hombre, según lo dice el bienaventurado Apóstol: *Nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él*¹². Por eso conviene, dilectísimos, que en cada uno de nosotros permanezca todavía crucificado tan largo tiempo cuanto dure nuestro propio viernes. 6. Aunque yo sea en efecto, cuerpo y alma, un solo hombre en cuanto a la persona, descubro sin embargo dos hijos en mí, hijos de dos hombres: el viejo y el nuevo, el terreno y el celestial, el hijo del hombre y el hijo de Dios; está el hombre, hijo del hombre por la generación carnal, porque *lo que ha nacido de la carne es carne*¹³, y está el dios, hijo de Dios por la generación espiritual, porque *lo que ha nacido del Espíritu es espíritu*, o lo que ha nacido de Dios es dios, conforme al poder que él ha dado a los hombres de devenir hijos de Dios¹⁴. 7. Regenerados

8. Cf. Ga 6, 14

9. Flp 3, 13

10. Cf. Mt 19, 26

11. Cf. Lc 18, 32-33

12. Rm 6, 6

13. Cf. Jn 3, 6

14. Cf. Jn 1, 12

pues por el Espíritu Santo y por la Virgen Madre, es decir por la Iglesia, ¿no es verdad que nacemos de un modo admirable, nuevo y divino: de viejos que éramos devenimos maravillosamente, nuevos; de pecadores, justos; de carnales, espirituales; de hombres, dioses, nacidos *no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios*¹⁵. 8. En efecto, así como el Dios eterno, devenido Hombre nuevo, apareció Hijo del hombre, sin tener en modo alguno pecado¹⁶, no de la nada, ni de otra raza, sino del viejo hombre, y sin embargo no por el hombre, sino por el Espíritu Santo y la Virgen María; así, no es asombroso, o más bien es el asombro de los asombros, que el viejo hijo del viejo hombre renazca hijo de Dios para remisión de todos los pecados¹⁷, ni de la nada, ni de otra raza, sino del propio hombre viejo, y no por el hombre, sino por el propio Espíritu y la Iglesia, Virgen Madre. Pero este Hijo de Dios está oculto en nuestro interior¹⁸ como estaba oculto en él; mientras que en el exterior aparece en nosotros la imagen terrena del hombre terreno¹⁹ la vieja imagen del hombre viejo en la realidad de la carne de pecado, como ella apareció también en él, pero sólo en la semejanza de la carne de pecado²⁰. 9. La concepción y el nacimiento que él recibió por nosotros, de nosotros, en nosotros, nos lo ha dado en participación, de modo que, concebidos y nacidos como él, como él igualmente vivamos, muramos y resucitemos. *Quien dice que permanece en él debe vivir como él vivió*²¹. 10. Subió pues a Jerusalén, para que el Hijo del hombre, visible exteriormente, fuese entregado, flagelado, crucificado y, al tercer día, resucitado²² por el Hijo de Dios oculto en él. Y sin embargo, en cuanto a la persona, el hombre Hijo del hombre y el Dios Hijo de Dios son un solo ser, pero éste, sin embargo por naturaleza, aquél por gracia; éste en primer lugar, aquél después.

11. Así pues, puesto que soy, como se ha dicho, en cuanto a la persona, un solo hombre, y por la naturaleza, hijo del hombre cuya imagen aparece al exterior, pero, por la gracia divina, Dios,

15. Jn 1, 13

16. Cf. Hb 4, 15

17. Cf. Hch 2, 38

18. Cf. Ct 4, 1.

Sal 44, 14

19. Cf. 1Co 15, 49

20. Cf. Rm 8, 3

21. 1Jn 2, 6

22. Cf. Lc 19, 31-33

ojalá también nosotros nos olvidáramos completamente de él y él muriera en nuestro corazón desde lo hondo de nuestro corazón; a fin de que cada uno pueda decir con toda verdad tanto del lugar, como de su espíritu: *El mundo está muerto para mí, y yo lo estoy para el mundo*⁸. ¡Ojalá, abandonando por nuestras manos y olvidando al mismo tiempo en nuestros corazones lo que está detrás, estemos tendidos hacia adelante⁹ con todo nuestro pensamiento, y con todo nuestro ardiente deseo, y, retrocediendo como los carneros, nos lancemos con más fuerza hacia lo que está delante! 4. Ciertamente, hermanos, es una cumbre muy abrupta la que nos esforzamos en escalar, es un pasaje muy estrecho el que intentamos atravesar. Por eso conviene que estemos descargados y livianos, porque, cargado, es difícil escalar, hinchado, es difícil entrar por lo que es estrecho. No estar hinchado por la riqueza, ni cargado por las preocupaciones, ni entorpecido por la crápula, puede ser obra de un milagro divino; es absolutamente imposible a la debilidad humana, pero para Dios todo es posible¹⁰.

5. Por eso el texto continúa: *Y el Hijo del hombre será entregado a los gentiles para ser maltratado y crucificado*¹¹. Nuestro "hombre viejo", hijo del hombre viejo, ha sido un día crucificado con el nuevo Hijo del hombre, según lo dice el bienaventurado Apóstol: *Nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él*¹². Por eso conviene, dilectísimos, que en cada uno de nosotros permanezca todavía crucificado tan largo tiempo cuanto dure nuestro propio viernes. 6. Aunque yo sea en efecto, cuerpo y alma, un solo hombre en cuanto a la persona, descubro sin embargo dos hijos en mí, hijos de dos hombres: el viejo y el nuevo, el terreno y el celestial, el hijo del hombre y el hijo de Dios; está el hombre, hijo del hombre por la generación carnal, porque *lo que ha nacido de la carne es carne*¹³, y está el dios, hijo de Dios por la generación espiritual, porque *lo que ha nacido del Espíritu es espíritu*, o lo que ha nacido de Dios es dios, conforme al poder que él ha dado a los hombres de devenir hijos de Dios¹⁴. 7. Regenerados

8. Cf. Ga 6, 14

9. Flp 3, 13

10. Cf. Mt 19, 26

11. Cf. Lc 18, 32-33

12. Rm 6, 6

13. Cf. Jn 3, 6

14. Cf. Jn 1, 12

pues por el Espíritu Santo y por la Virgen Madre, es decir por la Iglesia, ¿no es verdad que nacemos de un modo admirable, nuevo y divino: de viejos que éramos devenimos maravillosamente, nuevos; de pecadores, justos; de carnales, espirituales; de hombres, dioses, nacidos *no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios*¹⁵. 8. En efecto, así como el Dios eterno, devenido Hombre nuevo, apareció Hijo del hombre, sin tener en modo alguno pecado¹⁶, no de la nada, ni de otra raza, sino del viejo hombre, y sin embargo no por el hombre, sino por el Espíritu Santo y la Virgen María; así, no es asombroso, o más bien es el asombro de los asombros, que el viejo hijo del viejo hombre renazca hijo de Dios para remisión de todos los pecados¹⁷, ni de la nada, ni de otra raza, sino del propio hombre viejo, y no por el hombre, sino por el propio Espíritu y la Iglesia, Virgen Madre. Pero este Hijo de Dios está oculto en nuestro interior¹⁸ como estaba oculto en él; mientras que en el exterior aparece en nosotros la imagen terrena del hombre terreno¹⁹ la vieja imagen del hombre viejo en la realidad de la carne de pecado, como ella apareció también en él, pero sólo en la semejanza de la carne de pecado²⁰. 9. La concepción y el nacimiento que él recibió por nosotros, de nosotros, en nosotros, nos lo ha dado en participación, de modo que, concebidos y nacidos como él, como él igualmente vivamos, muramos y resucitemos. *Quien dice que permanece en él debe vivir como él vivió*²¹. 10. Subió pues a Jerusalén, para que el Hijo del hombre, visible exteriormente, fuese entregado, flagelado, crucificado y, al tercer día, resucitado²² por el Hijo de Dios oculto en él. Y sin embargo, en cuanto a la persona, el hombre Hijo del hombre y el Dios Hijo de Dios son un solo ser, pero éste, sin embargo por naturaleza, aquél por gracia; éste en primer lugar, aquél después.

11. Así pues, puesto que soy, como se ha dicho, en cuanto a la persona, un solo hombre, y por la naturaleza, hijo del hombre cuya imagen aparece al exterior, pero, por la gracia divina, Dios,

15. Jn 1, 13

16. Cf. Hb 4, 15

17. Cf. Hch 2, 38

18. Cf. Ct 4, 1.

Sal 44, 14

19. Cf. 1Co 15, 49

20. Cf. Rm 8, 3

21. 1Jn 2, 6

22. Cf. Lc 19, 31-33

hijo de Dios, en la imagen y la semejanza interior²³, tengo razón en decir enseguida que soy uno y doble, y que en mí, hombre único, hay dos hombres, hijos de dos hombres. 12. De modo parecido, Abrahán tuvo en una sola casa dos hijos, uno de la esclava y otro de la mujer libre, aquél primero y éste después²⁴. Lo que es carnal precede siempre a lo que es espiritual²⁵. Y del mismo modo como entonces, según el Apóstol, el mayor perseguía al menor²⁶ —advirtamos que Sara vio al hijo de la esclava jugar con su hijo y no perseguirlo²⁷— así también en mí hoy, el mayor persigue al menor, es decir, el primero al segundo; el hombre exterior, al interior; el hombre animal, al espiritual; Ismael, a Isaac; el hijo de la esclava, al hijo de la mujer libre; el hijo del hombre, al hijo de Dios. Pero jugando con él, pero lisonjeándolo, pero acariciándolo y atrayéndolo hacia acciones vergonzosas, ilícitas y para él indebidamente e indecorosas. 13. Es así como la carne lucha y desea contra el espíritu, no echándolo lejos de sí, sino atrayéndolo hacia sí; no contristándolo sino seduciéndolo: *Cada uno*, dice el apóstol Santiago, *es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen*²⁸. He aquí por qué *los besos engañosos del enemigo*, son mucho peores que las reprimendas o los golpes del amigo²⁹. Por consiguiente, en mí, el hijo del hombre odia y persigue al hijo de Dios, es decir la carne al espíritu, por medio de halagos y atractivos mortíferos según aquello de: *Los enemigos del hombre son los de su propia casa*³⁰. 14. Pero, el hijo de Dios que soy, el hombre nuevo en mí en el viejo hombre, ama a aquél con el cual lucha, es decir el hijo del hombre, al cual golpea para enmendarlo, azota para castigarlo, entrega para liberarlo. Porque si el hijo de Dios llega a liberarlo, el hijo del hombre será verdaderamente libre³¹. Al azotarlo lo acoge, al acusarlo lo ama; finalmente lo entrega a la pasión y a la muerte, pero para resucitarlo al tercer día de la pasividad y la mortalidad. De continuo, sin misericordia, misericordiosamente lo atormenta hasta la muerte, con los latigazos y los clavos, la lanza y las espinas, los puñetazos y los salivazos, los oprobios y los ultrajes —siendo

23. Cf. Gn 1, 26

26. Cf. Ga 4, 29

29. Cf. Pr 27, 6

24. Cf. Ga 4, 22

27. Gn 21, 9

30. Mt 10, 36

25. Cf. 1Co 15, 46

28. St 1, 14

31. Cf. Jn 8, 36

todo esto, por cierto, no mortífero sino saludable, inspirado no por el odio sino por el amor, la simpatía, la prudencia— hasta haberlo matado por completo y se cumpla la palabra de Sara: *Echa a la esclava y a su hijo*³², a fin de que sólo el hijo de la libre promesa³³ y de la gracia, reine como hijo de Dios, en la casa paterna, y Dios sea todo en todos³⁴ en una paz plena.

15. En nuestra subida interior hacia la visión de paz en nosotros —éste es el significado de la palabra Jerusalén— es preciso, amadísimos, que el hijo del hombre sea entregado —es decir nuestro hombre exterior por el hombre interior— y no sin cierta astucia, a las naciones extranjeras, esto es, a las disciplinas y a los rigores de la regla, a la abstinencia y a las vigias, a la ceniza y al cilicio, a los trabajos y al silencio, a la pobreza y al desprecio, a la absoluta autoridad de otro, para ser por este medio flagelado y crucificado, hasta que quede completamente libre de su sentimiento y de su voluntad propios y de las costumbres de la antigua vida, a fin de que, muerto al pecado, viva en nosotros para la justicia con el hijo de Dios; en otros términos, a fin de que nosotros, completamente muertos al pecado por la penitencia y resucitados a la vida nueva, vivamos para la justicia³⁵.

16. Así pues, amadísimos, seamos crueles y duros con nosotros mismos, quiero decir con el hombre exterior, por temor de tener que hacer frente a un juez cruel y duro tanto para el interior como para el exterior. Si nos acusamos a nosotros mismos, dice la Escritura, con toda verdad, si nos juzgamos con severidad³⁶, si nos condenamos con dureza, no tendremos que temer otro acusador, ni que hacer frente a otro juez, ni que sufrir otro verdugo. 17. ¿Qué buscamos, delicias o reposo? Estamos en la cruz. O más bien, estuvimos en el mundo, estamos en un infierno —pero de misericordia, no de cólera—, estaremos en el cielo. En el mundo pecamos, aquí expiamos, allá arriba reposaremos. Allá, en las delicias, aquí en las penas, allá arriba en la gloria. Allá en la sordidez, aquí en la purificación, allá arriba en la paz.

32. Gn 21, 10

35. Cf. 1P 2, 24.

33. Cf. Ga 4, 28

Rm 6, 10-11

34. 1Co 15, 28

36. Cf. 1Co 11, 31

¿Hemos de buscar un infierno suave? ¿Por qué entonces abandonamos un mundo suave y deleitable? 18. Que nuestro abad sea el padre de nuestras almas, el verdugo de nuestros cuerpos. Que sea el padre del hijo de Dios en nosotros, su nodriza, su pedagogo y su tutor todo el tiempo que dure la infancia de quien será el heredero y como hijo permanecerá en la casa para siempre³⁷. Que para el hijo del hombre sea el que flagela, el que ultraja, el que traiciona y engaña, el que despoja y finalmente crucifica y sepulta. 19. Y si él, amadísimos, usa de negligencia con nosotros, seamos nuestros propios abades, asesinos del hijo del hombre pero nodrizas del hijo de Dios, a fin de que él crezca y devenga "muy grande", como se lee de Isaac³⁸, o como dice el Apóstol *hasta que Cristo sea formado en nosotros*³⁹, y *lleguemos al estado de hombre perfecto, que en la fuerza de la edad realiza la plenitud de Cristo*⁴⁰, quien vive y reina, Dios, con el Padre y el Espíritu Santo. Amén.

SERMÓN 28

(Segundo sermón para el domingo de Quincuagésima)

Cuando el Señor Jesús predijo en secreto a sus discípulos su pasión y su resurrección, el Evangelio añade, *ellos no comprendieron la palabra*. Y tal vez les ha hablado en secreto bajo el velo de este misterio porque lo que él dice es un secreto para ellos: *Esta palabra*, dice la Escritura, *les estaba oculta y ellos mismos no comprendieron nada de ella*¹. 2. Yo tampoco, hermanos, de todo lo que ayer dije con tanta insistencia y prolijidad sobre la crucifixión del hijo del hombre en mí, a decir verdad, no comprendo nada; cuál es el sentido de toda mi actividad y de mi trabajo continuo, lo ignoro; a qué resultado

37. Cf. Ga 4, 1 ss.
Jn 8, 35

38. Gn 26, 13
39. Cf. Ga 4, 19

40. Ef 4, 13
1. Lc 18, 34

llegaron, no lo sé; qué presagio anuncian, qué significan ante aquél que no tiene necesidad de mis bienes², no tengo de ello ninguna idea. En efecto, a menudo lo que es estimable a la mirada de los hombres, es abominable ante Dios³. 3. Nosotros no ponemos en duda ciertamente que nuestros méritos son signos de recompensas, y que todas nuestras acciones son como voces proféticas que predicen nuestro porvenir, recompensas o castigos. Porque *se le dará a cada uno según sus obras*⁴. Y también: *Nos es preciso a todos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba, conforme a lo que ha hecho durante su vida mortal*⁵. 4. Y sin embargo, amadísimos, puede verse a los publicanos y a las prostitutas entrar en el Reino de Dios⁶, mientras son excluidos de él los profetas, las vírgenes y los obradores de milagros⁷; puede verse también cómo aquéllos que soportaron *el peso del día y del calor* no reciben más que aquéllos que trabajaron sólo una hora y hacia el final del día⁸. Confieso que no comprendo, qué hago en todo lo que hago; y después de haber cumplido todo el bien y soportado todo el mal, confieso que no sé si merezco el amor o el odio⁹.

5. ¡Oh la palabra muy secreta, profundamente escondida, que no puede ser llamada, ni conocida!¹⁰ Las obras son palabras; todas claman y ninguna carece de sentido¹¹; pero no escuchamos todavía cuál es el fin del sermón; por eso no comprendemos el sentido del conjunto y su alcance. Del fin del sermón depende su significación. 6. Todo discurso permanece hasta el fin en suspenso; al fin del mismo es cuando se aplaude, al fin cuando se responde, al fin cuando se juzga. Antes del fin todo es oscilante y sin ninguna estabilidad; antes del fin, se pueden corregir las faltas, suplir las omisiones, suprimir lo superfluo, echar a perder lo que se había dicho bien. El fin es el que acaba todo, el que pone todo en su lugar, el que perfecciona todo; de suerte que es temerario determinar en absoluto antes del fin el valor de una

2. Sal 15, 2

3. Cf. Lc 16, 15

4. Cf. Ap 22, 12

5. 2Co 5, 10

6. Cf. Mt 21, 31

7. Cf. Mt 7, 22;

Mt 25, 11-12

8. Cf. Mt 20, 9-12

9. Cf. Qo 9, 1

10. Cf. Lc 12, 2-3

11. 1Co 14, 10

realidad. 7. Así todas las cosas, amadísimos, son mantenidas en la incertidumbre hasta más adelante. Pero allí donde el árbol caiga, ya a la derecha, ya a la izquierda, allí quedará; ya al sur, ya al norte¹², allí será su lugar ante el Señor para el cual no hay ni pasado ni futuro. Todo lo que vivimos es un punto o un instante. Todo lo que hacemos, en su diversidad y en su variabilidad, es una sola obra de la cual el Señor espera el bien y lo juzga. *El Señor*, se ha dicho, *juzgará los confines de la tierra*¹³. 8. Los principios y los medios son mudables, sin lugar determinado y por eso mismo escapan al juicio; es el fin el que da a todas las cosas su lugar, puesto que en él todas las cosas encuentran su lugar. *El que persevera hasta el fin se salvará*¹⁴. Porque las santidades de muchos, tarea de largos y múltiples esfuerzos, serán entregadas al olvido por haber terminado de manera muy diferente. Ellos, porque nada perfecto hicieron, nada hicieron; o más bien sólo hicieron lo que perfeccionaron y acabaron. En cuanto a aquéllos que empezaron y no hicieron, por haberlo abandonado, merecieron ser abandonados. 9. Igualmente, *todo el que ha nacido de Dios no peca*¹⁵, porque su pecado no es definitivo. Así el espíritu del Señor, desde el día de la unción de David y después, no se apartó de él¹⁶, porque él no se retiró definitivamente, porque volvió, porque se mantuvo hasta el fin. El Señor también oró por Pedro para que no desfalleciera su fe; y en este sentido es que él le dice: *Tú, convertido una vez por todas, confirma a tus hermanos*¹⁷. Ved que de la fe del apóstol —que desfalleció hasta el punto que a la voz de una criadilla niega por tres veces conocer a aquél a quien había seguido durante tres años— se dice que de ningún modo desfalleció: es así, porque *convertido a él de una vez por todas*, no consumió el desfallecimiento de su fe.

10. Todos estos ejemplos, amadísimos, y otros semejantes, son los que me han impulsado a declarar que no comprendo lo que hago por mí mismo o soporto en mí mismo; sí, todo lo que es mío, absolutamente todo, me está oculto. Es preciso

12. Cf. Qo 11, 3
13. Is 2, 10

14. Cf. Mt 10, 22
15. Cf. 1Jn 3, 9

16. Cf. Is 16, 13
17. Lc 22, 32

pues suplicarte, oh buen Jesús, que obres ante nosotros un signo cierto e indudable para trocar nuestras dudas en certezas, así como ante los discípulos de espíritu todavía ennegrecido, iluminaste los ojos de un ciego para que este milagro visible y actual les diese una fe cierta en la realización futura de las palabras todavía inciertas.

11. *Cuando, se ha dicho, se acercaba Jesús a Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino*¹⁸ etc. Jericó, al parecer, significa “la luna”. Cuando pues el vidente se acercaba a la luna, el ciego se acercó al sol: aquél se acercaba a las tinieblas, porque la luna también tiene muchas tinieblas, éste se acercaba al sol que es *todo luz y en él no hay tiniebla alguna*¹⁹: aquél se acercaba a lo que declina, éste a lo que progresa; aquél a la mutabilidad, éste a la estabilidad; y, digámoslo, aquél se acercaba a la insensatez, éste, a la sabiduría; porque el insensato muda como la luna, mientras que el sabio es estable como el sol²⁰. 12. En pocas palabras, tanto cuanto Dios Hijo de Dios se anonadó en el Señor Jesús, para devenir hombre, tanto fue exaltado el hombre hijo del hombre para devenir Dios. Como se acercaba el tiempo, determinado antes de los tiempos, de esta Encarnación santa y saludable, la Divinidad en pie, y viendo a la humanidad ciega y postrada en las tinieblas²¹, ordenó a los santos ángeles conducirla hacia ella; y con su propia luz la iluminó, para que no fuese ya alma ciega e inerte, reducida por la miseria a mendigar junto al camino, sino más bien para que, luminosa y fuerte, en el camino mismo, exultando con la plenitud de la luz que habita en ella corporalmente²², alabase y glorificase a Dios, reconducida finalmente a aquello para lo que había sido creada en otro tiempo.

13. Amadísimos, puesto que la fe nos dice que las obras del Salvador han sido hechas para nuestra redención, han sido escritas para nuestra instrucción, han sido hechas para curarnos, escritas para enseñarnos —*porque todo cuanto fue escrito fue escrito para enseñanza nuestra*²³— nos es posible, según el contenido de nuestra exposición anterior, descubrir que cada uno de nosotros

18. Lc 18, 35

19. Cf. 1Jn 1, 5

20. Cf. Si 27, 12

21. Sal 106, 10

22. Cf. Col 2, 9

23. Rm 15, 4

es a la vez vidente y ciego, capaz de andar y de arrastrarse: la aplicación del sermón precedente ha mostrado que nosotros estamos compuestos de dos seres hermanados. 14. Nuestra madre la cetea, por haber seguido el consejo de los impíos²⁴, es decir de su propia concupiscencia y del silbido de la serpiente, hizo que nuestro padre el amorreo abandonara el camino²⁵. Porque al obedecer a la voz de la mujer más que a la de Dios, seguramente perdió el camino, a saber, la obediencia, la única que, en la verdad, conduce a la vida²⁶. Por consiguiente nosotros, que provenimos de ambas substancias, desde el origen y siempre, hemos vivido mal como nuestra madre, y como nuestro padre hemos sido derribados todavía peor: vemos y andamos mal por el camino, y peor aún, yacemos ciegos y mendigamos fuera del camino. 15. No obstante, cuando el vidente se acerca a Jericó, el ciego suspira por la luz, ¿qué más? Cuando nuestro hombre interior, desobedeciendo a Dios que está por encima de él, y obedeciendo a la mujer que está por debajo de él, ha sido ennegrecido en lo que respecta a la intuición espiritual, el que es exterior ha sido iluminado en lo que respecta a la concupiscencia. De modo inverso, cuando el que es exterior se ha debilitado en su concupiscencia y se acerca a su declinar, aquél que es interior es fortificado en su intuición espiritual y es conducido a su progreso. Ahora bien, el interior es, por así decir, hombre e imagen de Dios; el exterior, es mujer e imagen del hombre.

16. Antes del pecado, ciertamente, no se dice: *los ojos de ambos estaban abiertos*²⁷; sino que sólo el hombre vio qué nombres debía dar a todas las cosas²⁸, como el espiritual que juzga de todo²⁹. El personaje exterior, al contrario, es carnal incluso antes del pecado: no posee ni la visión del Creador, ni el discernimiento de las creaturas que posee el que es interior, quien con el ojo de la intuición espiritual contempla al Creador y con el ojo de la razón examina a las creaturas. De estos ojos, uno quedó ennegrecido por la viga de la desobediencia (a Dios), el otro quedó enturbiado por la paja de la obediencia (a la mujer)³⁰; así, exasperado y ciego, yaciendo fuera del camino

24. Cf. Sal 1, 1

27. Gn 3, 7

30. Cf. Mt 7, 3

25. Cf. Ez 16, 3

28. Cf. Gn 2, 19

26. Cf. Jn 14, 6

29. Cf. 1Co 2, 15

y mendigando, se lamenta en estos términos: *Mis iniquidades me aprisionaron y no pude ya ver*³¹. Y en otra parte: *El furor enturbió mis ojos*³². Y como si tú le preguntaras por qué permanece echado en tierra en lugar de andar, aun siendo ciego él dice: Mi corazón se turbó, mi fuerza me abandonó, y me faltó la luz de mis ojos³³. 17. Pero cuando después del pecado se dice que *los ojos de ambos estaban abiertos*³⁴, ¿qué significa esto, sino que, con el personaje exterior, aquél que es interior fue arrastrado fuera por la ambición, la curiosidad, el placer; devino carnal con la carne, animal con lo animal, ciego con respecto a Dios, de vista aguda respecto al mundo, obtuso para la ciencia, penetrante para la concupiscencia? El hombre que perdió sus propios ojos no tiene otro recurso que los ojos de la mujer. ¡Oh vergüenza! ¡La mujer deviene cabeza del hombre, la mujer conduce al marido! Y como *los ojos del sabio están en su cabeza*³⁵ así los ojos del hombre insensato están en la cabeza de su mujer y, por ella, en los confines de la tierra³⁶.

18. Nuestro hombre exterior, únicamente hijo del hombre, es de la tierra y habla de la tierra; terreno, trata de lo terreno y piensa en lo terreno, se deleita en lo terreno, viendo y gustando las realidades en las cuales y de las cuales tiene su origen. El hombre interior, al contrario, que en otro tiempo podía ver al Creador con sus propios ojos, y acercarse a él con sus propios pies, y asirse de él con su propia mano, ahora, sentado, ciego y débil, mendiga, —esto es el conocimiento de la verdad— ya sea dirigiéndose a la creatura, buscando, a través de lo que ha sido hecho, a aquél que lo ha hecho³⁷, como por el clamor de su propia búsqueda; ya sea dirigiéndose a alguien que le enseñe, preguntando a un maestro exterior lo que él lleva inscrito por Dios en su interior. Y no podrá de ningún modo acercarse a la luz de la verdad sin alejarse de las tinieblas de la vanidad, ni marchar hacia “el progreso” de aquélla sin acercarse “al declinar” de ésta. En efecto, no deja de tener razón que la luna —esto

31. Sal 39, 13

34. Cf. Gn 3, 7

37. Cf. Rm 1, 20

32. Sal 6, 8

35. Cf. Qo 2, 14

33. Sal 37, 11

36. Cf. Pr 17, 24

es a la vez vidente y ciego, capaz de andar y de arrastrarse: la aplicación del sermón precedente ha mostrado que nosotros estamos compuestos de dos seres hermanados. 14. Nuestra madre la cetea, por haber seguido el consejo de los impíos²⁴, es decir de su propia concupiscencia y del silbido de la serpiente, hizo que nuestro padre el amorreo abandonara el camino²⁵. Porque al obedecer a la voz de la mujer más que a la de Dios, seguramente perdió el camino, a saber, la obediencia, la única que, en la verdad, conduce a la vida²⁶. Por consiguiente nosotros, que provenimos de ambas substancias, desde el origen y siempre, hemos vivido mal como nuestra madre, y como nuestro padre hemos sido derribados todavía peor: vemos y andamos mal por el camino, y peor aún, yacemos ciegos y mendigamos fuera del camino. 15. No obstante, cuando el vidente se acerca a Jericó, el ciego suspira por la luz, ¿qué más? Cuando nuestro hombre interior, desobedeciendo a Dios que está por encima de él, y obedeciendo a la mujer que está por debajo de él, ha sido enneguecido en lo que respecta a la intuición espiritual, el que es exterior ha sido iluminado en lo que respecta a la concupiscencia. De modo inverso, cuando el que es exterior se ha debilitado en su concupiscencia y se acerca a su declinar, aquél que es interior es fortificado en su intuición espiritual y es conducido a su progreso. Ahora bien, el interior es, por así decir, hombre e imagen de Dios; el exterior, es mujer e imagen del hombre.

16. Antes del pecado, ciertamente, no se dice: *los ojos de ambos estaban abiertos*²⁷; sino que sólo el hombre vio qué nombres debía dar a todas las cosas²⁸, como el espiritual que juzga de todo²⁹. El personaje exterior, al contrario, es carnal incluso antes del pecado: no posee ni la visión del Creador, ni el discernimiento de las creaturas que posee el que es interior, quien con el ojo de la intuición espiritual contempla al Creador y con el ojo de la razón examina a las creaturas. De estos ojos, uno quedó enneguecido por la viga de la desobediencia (a Dios), el otro quedó enturbiado por la paja de la obediencia (a la mujer)³⁰; así, exasperado y ciego, yaciendo fuera del camino

24. Cf. Sal 1, 1

27. Gn 3, 7

30. Cf. Mt 7, 3

25. Cf. Ez 16, 3

28. Cf. Gn 2, 19

26. Cf. Jn 14, 6

29. Cf. 1Co 2, 15

y mendigando, se lamenta en estos términos: *Mis iniquidades me aprisionaron y no pude ya ver*³¹. Y en otra parte: *El furor enturbió mis ojos*³². Y como si tú le preguntaras por qué permanece echado en tierra en lugar de andar, aun siendo ciego él dice: Mi corazón se turbó, mi fuerza me abandonó, y me faltó la luz de mis ojos³³. 17. Pero cuando después del pecado se dice que *los ojos de ambos estaban abiertos*³⁴, ¿qué significa esto, sino que, con el personaje exterior, aquél que es interior fue arrastrado fuera por la ambición, la curiosidad, el placer; devino carnal con la carne, animal con lo animal, ciego con respecto a Dios, de vista aguda respecto al mundo; obtuso para la ciencia, penetrante para la concupiscencia? El hombre que perdió sus propios ojos no tiene otro recurso que los ojos de la mujer. ¡Oh vergüenza! ¡La mujer deviene cabeza del hombre, la mujer conduce al marido! Y como *los ojos del sabio están en su cabeza*³⁵ así los ojos del hombre insensato están en la cabeza de su mujer y, por ella, en los confines de la tierra³⁶.

18. Nuestro hombre exterior, únicamente hijo del hombre, es de la tierra y habla de la tierra; terreno, trata de lo terreno y piensa en lo terreno, se deleita en lo terreno, viendo y gustando las realidades en las cuales y de las cuales tiene su origen. El hombre interior, al contrario, que en otro tiempo podía ver al Creador con sus propios ojos, y acercarse a él con sus propios pies, y asirse de él con su propia mano, ahora, sentado, ciego y débil, mendiga, —esto es el conocimiento de la verdad— ya sea dirigiéndose a la creatura, buscando, a través de lo que ha sido hecho, a aquél que lo ha hecho³⁷, como por el clamor de su propia búsqueda; ya sea dirigiéndose a alguien que le enseñe, preguntando a un maestro exterior lo que él lleva inscrito por Dios en su interior. Y no podrá de ningún modo acercarse a la luz de la verdad sin alejarse de las tinieblas de la vanidad, ni marchar hacia “el progreso” de aquélla sin acercarse “al declinar” de ésta. En efecto, no deja de tener razón que la luna —esto

31. Sal 39, 13

34. Cf. Gn 3, 7

37. Cf. Rm 1, 20

32. Sal 6, 8

35. Cf. Qo 2, 14

33. Sal 37, 11

36. Cf. Pr 17, 24

significa Jericó— exprese el declinar de la concupiscencia en el hombre interior. 19. A la hora y en la medida en que el hombre exterior declina en cuanto a la concupiscencia que le hace desear contra el espíritu³⁸, el hombre interior progresa en la concupiscencia que le hace desear contra la carne; y cuando la carne se acerca con su propia luz a las tinieblas, el espíritu se acerca a la iluminación de sus propias tinieblas. Lo cual sin embargo es totalmente imposible en la práctica, a no ser que intervenga el que es capaz de apartar a aquel hombre, de conducir a éste, según la súplica que el salmista eleva al Padre: *Envía tu luz y tu verdad; ellas me han guiado y han conducido a tu monte santo, a tus tabernáculos*³⁹. Que nos conduzca hasta allí, amadísimos, aquél que ha sido enviado hasta nosotros, Cristo, Luz y Verdad, que con el Espíritu Santo, Dios, vive y reina. Amén.

SERMÓN 29

(Tercer sermón para el domingo de Quincuagésima)

Amadísimos, el Hijo de Dios, Dios mismo, Luz y Verdad, Jesucristo, enviado por el Padre entre los rebeldes que tienen deseos contrarios, la carne contra el espíritu, intervino como mediador, y aboliendo las viejas enemistades¹ restauró finalmente en sí mismo la paz; no con la facilidad que le permitía la omnipotencia, sino con la caridad y paciencia que convenían a la bondad suprema, y con la pedagogía que reclamaba nuestra necesidad. Lo que ya a menudo dijimos, Dios asumió al hombre no sólo para rescatarlo sino para instruirlo. 2. Asumiendo pues al hombre entero, esto es la carne de la carne de Adán, por lo cual él se llama a menudo Hijo del hombre, y también el

38. Cf Ga 5, 17

39. Sal 42, 3

1. Cf. Ef 2, 14

espíritu racional, a la vez y de una sola vez, santificó a todo el hombre. Por otro lado, pasando ampliamente por casi todas las edades, le enseñó con su conducta cómo debía conducirse. Así pues, mientras bajo la acción y la conducción del Hijo de Dios, es decir del Verbo del Padre, el hijo del hombre, a saber la carne o nuestro hombre exterior, se acerca al declinar de sus concupiscencias, el espíritu, conducido por el mismo Hijo de Dios, se acerca a la luz deseada. 3. ¿No es verdad que él animosamente, fatigó, debilitó, desecó en sí mismo al Hijo del hombre, es decir, a la carne tomada del hombre, mediante los ayunos y la aspereza del desierto, el hambre y la sed, el trabajo y la fatiga, las vigiliass y los rigores? Y después ¿no es verdad que la expuso a la crueldad de las ligaduras y de los golpes, de los salivazos y de las bofetadas, de las espinas y de los clavos, y de las manos de los impíos, según está escrito: *La tierra ha sido entregada a manos de los impíos*?²

4. A fin de que el hijo del hombre suba a Jerusalén bajo la conducción del Hijo de Dios, él se acerca a Jericó, y el ciego a quien él ordenó traer a su presencia, vuelve a la luz. Porque para que la carne avance hacia la paz con su espíritu, es preciso que retroceda en ella por la gracia de Dios, su carnalidad; y para que el espíritu racional vuelva a la luz de la intuición espiritual, es preciso que, apartada la carnalidad, él se acerque sin pereza, bajo la conducción de la gracia, hasta el Verbo de Dios, según está escrito: *Acercaos a él y seréis iluminados*³. Ambas cosas amadísimos, imposibles para nosotros, son fáciles para el Hijo de Dios. En efecto, ¿qué somos nosotros, sino tinieblas⁴ y vanidad?⁵ Y él, ¿qué es, sino luz y verdad?

5. Sin la presencia y la acción en nosotros del Hijo de Dios, no abandonaríamos el mal ni avanzaríamos hacia el bien, no bajaríamos de la vanidad, ni subiríamos hacia la verdad. Sin embargo, así como en él, el Hijo de Dios asumió por naturaleza la carne y el espíritu, haciendo por gracia, a la una ciega, a causa de la concupiscencia, y al otro clarividente, para la sabiduría, y

2. Cf. Jb 9, 24

4. Ef 5, 8

3. Sal 33, 6

5. Sal 38, 6

significa Jericó— exprese el declinar de la concupiscencia en el hombre interior. 19. A la hora y en la medida en que el hombre exterior declina en cuanto a la concupiscencia que le hace desear contra el espíritu³⁸, el hombre interior progresa en la concupiscencia que le hace desear contra la carne; y cuando la carne se acerca con su propia luz a las tinieblas, el espíritu se acerca a la iluminación de sus propias tinieblas. Lo cual sin embargo es totalmente imposible en la práctica, a no ser que intervenga el que es capaz de apartar a aquel hombre, de conducir a éste, según la súplica que el salmista eleva al Padre: *Envía tu luz y tu verdad; ellas me han guiado y han conducido a tu monte santo, a tus tabernáculos*³⁹. Que nos conduzca hasta allí, amadísimos, aquél que ha sido enviado hasta nosotros, Cristo, Luz y Verdad, que con el Espíritu Santo, Dios, vive y reina. Amén.

SERMÓN 29

(Tercer sermón para el domingo de Quincuagésima)

Amadísimos, el Hijo de Dios, Dios mismo, Luz y Verdad, Jesucristo, enviado por el Padre entre los rebeldes que tienen deseos contrarios, la carne contra el espíritu, intervino como mediador, y aboliendo las viejas enemistades¹ restauró finalmente en sí mismo la paz; no con la facilidad que le permitía la omnipotencia, sino con la caridad y paciencia que convenían a la bondad suprema, y con la pedagogía que reclamaba nuestra necesidad. Lo que ya a menudo dijimos, Dios asumió al hombre no sólo para rescatarlo sino para instruirlo. 2. Asumiendo pues al hombre entero, esto es la carne de la carne de Adán, por lo cual él se llama a menudo Hijo del hombre, y también el

38. Cf Ga 5, 17

39. Sal 42, 3

1. Cf. Ef 2, 14

espíritu racional, a la vez y de una sola vez, santificó a todo el hombre. Por otro lado, pasando ampliamente por casi todas las edades, le enseñó con su conducta cómo debía conducirse. Así pues, mientras bajo la acción y la conducción del Hijo de Dios, es decir del Verbo del Padre, el hijo del hombre, a saber la carne o nuestro hombre exterior, se acerca al declinar de sus concupiscencias, el espíritu, conducido por el mismo Hijo de Dios, se acerca a la luz deseada. 3. ¿No es verdad que él animosamente, fatigó, debilitó, desecó en sí mismo al Hijo del hombre, es decir, a la carne tomada del hombre, mediante los ayunos y la aspereza del desierto, el hambre y la sed, el trabajo y la fatiga, las vigilias y los rigores? Y después ¿no es verdad que la expuso a la crueldad de las ligaduras y de los golpes, de los salivazos y de las bofetadas, de las espinas y de los clavos, y de las manos de los impíos, según está escrito: *La tierra ha sido entregada a manos de los impíos*?²

4. A fin de que el hijo del hombre suba a Jerusalén bajo la conducción del Hijo de Dios, él se acerca a Jericó, y el ciego a quien él ordenó traer a su presencia, vuelve a la luz. Porque para que la carne avance hacia la paz con su espíritu, es preciso que retroceda en ella por la gracia de Dios, su carnalidad; y para que el espíritu racional vuelva a la luz de la intuición espiritual, es preciso que, apartada la carnalidad, él se acerque sin pereza, bajo la conducción de la gracia, hasta el Verbo de Dios, según está escrito: *Acercaos a él y seréis iluminados*³. Ambas cosas amadísimos, imposibles para nosotros, son fáciles para el Hijo de Dios. En efecto, ¿qué somos nosotros, sino tinieblas⁴ y vanidad?⁵ Y él, ¿qué es, sino luz y verdad?

5. Sin la presencia y la acción en nosotros del Hijo de Dios, no abandonaríamos el mal ni avanzaríamos hacia el bien, no bajaríamos de la vanidad, ni subiríamos hacia la verdad. Sin embargo, así como en él, el Hijo de Dios asumió por naturaleza la carne y el espíritu, haciendo por gracia, a la una ciega, a causa de la concupiscencia, y al otro clarividente, para la sabiduría, y

2. Cf. Jb 9, 24

3. Sal 33, 6

4. Ef 5, 8

5. Sal 38, 6

aunque, siendo del Padre, él sea uno por naturaleza, tomando sin embargo nuestra dualidad, se ha hecho, por así decir, trino en substancias, doble en naturalezas, permaneciendo uno en persona, así también hermano, siendo uno en persona, doble en naturaleza tú también deviniste al recibir la gracia, trino a tu manera, según está escrito: *Les dio el poder de devenir hijos de Dios*⁶.

6. Del mismo modo que este Hijo de Dios es Hijo del hombre, así tú, hijo del hombre, eres hijo de Dios. Porque, del mismo modo que en él el Hijo de Dios llevó y rigió al Hijo del hombre, lo condujo y lo guió, así también en nosotros nuestro hijo de Dios, debe llevar, regir, conducir y guiar a nuestro hijo del hombre, por una parte al “declinar”, por otra parte al “progreso”: al “declinar” de lo carnal y de lo terreno, al “progreso” de lo espiritual y de lo celestial. 7. Y del mismo modo que él, como para recordar su caridad hacia nosotros, se llama bastante a menudo lo que por gracia ha devenido para nosotros, es decir Hijo del hombre, así también nosotros, considerando sin cesar con gratitud lo que hemos devenido por él, es decir hijo de Dios, dicho de otro modo *creatura nueva en Cristo Jesús*⁷ puesto que *voluntariamente nos engendró por la palabra de la verdad*⁸, tomemos con respeto el nombre de hijo de Dios, desdiciendo ser o ser llamados lo que somos por nuestro nacimiento carnal, es decir hijos de los hombres. A aquéllos se dirige la reprimenda del Espíritu Santo que dice por el profeta: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tendréis el corazón pesado?* Y en otra parte les dirige por el profeta este reproche: *Eres hija de tu madre, eres hermana de tus hermanas*⁹.

8. Confieso que al presente soy un extranjero y un peregrino aquí abajo¹¹, es decir en este mundo, como si yo no fuera de ningún modo originario de él; no soy hijo del hombre sino hijo de Dios, oculto bajo apariencia y semejanza de hombre; en adelante, no soy más hijo de mi padre y de mi madre, ni hermano de mis hermanos, ni siquiera si ellos dicen, afirman y juran falsamente que soy de los suyos. Si presentan testigos, si muestran también marcas reconocibles en mi piel y en mi carne, tengo

6. Jn 1, 12

8. Cf. St 1, 18

10. Ez 15, 45

7. 2Co 5, 17. Ga 6, 15

9. Sal 4, 3

11. Cf. 1P 2, 11

conciencia de mi origen, persisto en negar, contesto certificando absolutamente que no soy aquél que ellos pretenden, que están engañados por una semejanza; y tendiendo las manos hacia vosotros, declaro: *Éstos son mis hermanos*¹². 9. Al mismo tiempo, somos todos pupilos y huérfanos; no tenemos padre en la tierra, pues nuestro padre está en los cielos¹³ y nuestra madre es virgen. De allí somos originarios; aquí somos *extranjeros y peregrinos como todos nuestros padres*¹⁴. No somos en absoluto de la tierra ni terrenales, sino del cielo y celestiales¹⁵, revestidos solamente de un sayal terreno, que nos ha hecho ser tomados por terrenos hasta que podamos decir a nuestro Padre: *Desgarraste mi sayal y me revestiste de júbilo*¹⁶. 10. Veo lo que soy; discierno el paño con el que estoy cubierto. ¿Por qué, sino porque ante mí el ciego fue iluminado, ante mí se cumplió el signo de la gracia presente que confirma la fe en la gloria venidera? Porque está escrito: *El Señor dará la gracia y la gloria*¹⁷. La una es el signo, la otra, la recompensa. A quien dio esta gracia, sin ninguna duda dará la gloria. Al que iluminó con la fe, lo elevará a la visión. Lo que veo me permite creer lo que todavía no comprendo. Al considerar quién era yo y quién he llegado a ser, tengo la esperanza de llegar a ser aquél que él me promete que llegaré a ser.

11. Así, considerando no los méritos humanos sino los dones de Dios, lo que ha sido dado me hace advinar lo que es prometido; los grandes dones me hacen advinar dones mayores; las maravillas, las maravillas más grandes. Es así como el bienaventurado salmista decía para consolarse: *Vuelve, alma mía a tu reposo, porque el Señor te colmó de bienes*¹⁸, y en otra parte: *Clamaré al Dios altísimo, al Dios que me colmó de bienes*¹⁹. No, no son mis ayunos, ni las tradiciones humanas, ni el comportamiento farisaico; ni cualquier otra justicia de las obras, ni las obras de justicia que cumplo²⁰ las que para mí constituyen un signo cierto de justicia, sino la justicia de la fe²¹ es la que previene e ilumina gratuitamente a

12. Cf. Mt 12, 49

16. Sal 29, 12

20. Cf. Tt 3, 5

13. Cf. Mt 23, 9

17. Sal 83, 12

21. Cf. Rm 4, 13

14. Cf. 1Cro 29, 15

18. Sal 114, 7

15. Cf. 1Co 15, 48

19. Sal 56, 3

los que salva. 12. Muchos, más profundamente pecadores que yo, son asumidos gratuitamente por la gracia; y muchos, más altamente justos que yo, son rechazados justamente por la justicia. La justicia de las obras es siempre vana, y la obra de justicia es a menudo falaz; pero la justicia que viene de la fe en Cristo Jesús²² no ha engañado a nadie. A ella pongo como un sello sobre mi corazón; a ella sobre mi brazo²³; a ella, lo comprendo, que ha devenido para mí *un signo favorable, para que mis enemigos lo vean y sean confundidos*²⁴. Aquél que es mi luz es también mi salvación²⁵; es a él a quien seguiré para ir hacia él, alabando y glorificando a Dios en él. Aunque mil tentaciones o pasiones me increpen para hacerme callar, clamaré con todas mis fuerzas y sobrepasaré con mis clamores, los clamores de las que reclaman hasta que haga detener al propio Jesús que pasa²⁶ y le impida dejarme atrás.

13. Y prosiguiendo el tema del sermón precedente, del mismo modo que al propio Señor Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, lo acompañaba por el camino de su peregrinación un séquito dispar y de diversos orígenes, a saber: lo que era de la carne, lo que era del espíritu, lo que era del Verbo; lo que era de la humanidad, lo que era de la divinidad; lo que era de la debilidad, lo que era de la fuerza, del mismo modo, también en nosotros, es fácil reconocer una variedad parecida e imposible de no experimentar. Esto, lo constatamos en el libro de la experiencia con más certeza de lo que lo aprendemos por la voz del predicador. Sin embargo es útil, hermanos, determinar, por un discernimiento espiritual y una observación atenta, la fuente de donde nace todo lo que brota en nosotros, los orígenes de los pensamientos y de los sentimientos, las raíces de los deseos y de las voluntades lo mismo que de las insinuaciones y de las delectaciones.

14. Las obras que manifestaban su poder y los signos de los milagros lo acompañaban, como para atestiguar que era Jesús quien pasaba y para estimular a la muchedumbre a creer en él. De los milagros está escrito: *Tus testimonios son sumamente creíbles*²⁷;

22. Cf. Rm 3, 26

23. Cf. Ct 8, 6

24. Cf. Sal 85, 17

25. Cf. Sal 26, 1

26. Cf. Lc 18, 38-40

27. Sal 92, 5

y él mismo dice: *Las obras que yo hago dan testimonio de mí*²⁸. Por el contrario, había manifestaciones de debilidad que hacían ruido para impedir a los hombres que tuvieran confianza en él, y creyeran que aquél que veían sometido a la condición humana era Dios. A este contraste se refería en su respuesta a los enviados de Juan: *Anunciad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan...*²⁹ y enseguida: *Bienaventurado aquél que no se escandalizare en mí*. En efecto, los golpes y los salivazos, la cruz y el sepulcro eran un motivo de escándalo. Así sucede también en mí, amadísimos; a lo largo del camino de mi vida, arrastro conmigo el séquito de lo que atestigua mi salvación, de lo que la contradice, de lo que aprueba, de lo que protesta, y a ninguna parte voy sin estos compañeros. 15. Soy visitado al alba y súbitamente probado³⁰; soy tomado y al punto abandonado; soy elevado y al punto abajado, semejante a alguien que sube por la montaña sin encontrar camino llano. A veces, gozoso y envuelto en cantos de alabanza, inundado por una intensa luz y penetrado por una dulzura maravillosa, exulto con la esperanza indecible de una salvación inesperada; todo me alienta, todos los testimonios son favorables, no hay lugar para la duda, como si hubiera alcanzado el fin. A veces, temeroso y llorando, envuelto en tinieblas y lleno de amargura, me consumo en medio de una mezcla de tedio y de acedia tan grande, que todo lanza dicterios contra una esperanza mejor y me obliga al silencio. ¡Ay del hombre miserable que no puede adherirse a Dios según sus deseos, ni puede mantenerse sólidamente en sí mismo según su propósito! 16. Yo, lo confieso, nunca permanezco firmemente en mí. Sin cesar me veo triturado entre la esperanza y el temor; la una y el otro tienen en mí raíces y gérmenes; la una y el otro echan brotes y extienden sus ramas en mi alma. La gracia de Dios me hace encontrar en mí un motivo de esperar siempre; el yo me hace encontrar en mí un motivo de temer sin cesar. Alternativamente, tengo todo lo que espero y pierdo todo lo que tenía; y de nuevo, después de las tinieblas, espero la luz³¹. Subo hasta los cielos y bajo hasta los abismos; entre tales vicisitudes

28. Jn 5, 36

29. Mt 11, 4-6

30. Cf. Jb 1, 18

31. Cf. Jb 17, 12

mi alma languidece. Estoy confundido y tambaleo como un borracho, y toda mi sabiduría es aniquilada³². 17. Pero, como añade el salmo sagrado y como me enseña el ciego del Evangelio, no me queda otra cosa que vencer la maldad y gritar todavía mucho más fuerte al Señor Jesús en mis tribulaciones, hasta que él me libere de este peligro extremo³³, cambie la tempestad en suave brisa³⁴, haga callar las olas que ha desencadenado sobre mí y me conduzca, gozoso por esta calma, al puerto que invoco y deseo³⁵. 18. Hoy, oculto en este confin de la tierra y rodeado por el mar, deseo a él solo, testigo de ello me es él que con el Padre y el Espíritu Santo, es el Dios único, verdadero y bueno, y el Señor del universo, a quien sea el honor y la gloria, la alabanza y el poder, la dignidad y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 30

(Primer sermón para el primer domingo de Cuaresma)

Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto¹, etc. Mi Señor, Cristo Jesús, todo lo hace recibiendo una dirección, o una misión, o un llamado, o una orden: no hace nada de sí mismo². Una misión lo hace venir al mundo; una dirección lo conduce al desierto; un llamado lo resucita de entre los muertos, según está escrito: *Despierta gloria mía, despertad salterio y cítara*³. Pero cuando se trata de la Pasión, se apresura espontánea y voluntariamente, como lo predijera el Profeta: *Se ofreció porque quiso*⁴, y sin embargo, en esto mismo, se hizo obediente al Padre hasta la muerte⁵. Doctor y modelo de obediencia, no quiso obrar ni padecer nada fuera de ella, único camino que en la verdad conduce a la vida⁶.

32. Cf. Sal 105, 26-27

33. Cf. Sal 106, 28

34. Cf. Sal 106, 29

35. Cf. Sal 106, 30

1. Mt 4, 1

2. Cf. Jn 8, 28

3. Sal 107, 3

4. Is 53, 7

5. Cf. Flp 2, 8

6. Cf. Jn 14, 6

2. Fue pues llevado por el Espíritu al desierto o como lo dice otro evangelista: *Fue impulsado por el Espíritu a ir al desierto*⁷. Todos los que son impulsados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios⁸. Pero él, que es Hijo a título muy especial y con más dignidad, es también impulsado a ir al desierto o llevado a él de modo diverso y más excelentemente que los otros. *Lleno del Espíritu Santo*, está escrito, *volvió al Jordán*⁹; e inmediatamente fue impulsado por él a ir al desierto. A todos los demás el Espíritu sólo les es dado según una medida¹⁰; y según esta medida es como ellos son impulsados a realizar todas sus acciones. Pero él recibió la plenitud, *la plenitud de la divinidad se complació en habitar en él corporalmente*¹¹; por eso es impulsado más poderosa y vigorosamente a ejecutar todas las órdenes del Padre.

3. *Volvió del Jordán*, está escrito, *y fue impulsado a ir al desierto*¹². No recuerdo haber oído hablar hasta ahora del retorno del Señor Jesús. Jordán significa, según se dice, "su descenso". Al Jordán, pues, vino, y de allí retorna aquél que bajó al mundo y que, retornando de allí, deja el mundo y va al Padre¹³. Por consiguiente, quien quiera subir y volver al punto de donde no bajó sino que cayó, venga al Jordán, venga al descenso, venga a la humildad, que es el único lugar para la ascensión. Porque *todo el que se humille, será ensalzado*¹⁴. *Levantaos*, dice el salmista, *después de haber permanecido sentados*¹⁵. 4. Allí encontrará al Espíritu Santo que quiere reposar *en el humilde, el manso, el que tiembla ante las palabras del Señor*¹⁶, que resiste a los soberbios pero *da la gracia a los humildes*¹⁷, que les hace despreciar el mundo, huir del siglo, vencer al diablo, evitar la muchedumbre donde *las malas compañías corrompen las buenas costumbres*¹⁸, dirigirse al desierto y a los lugares solitarios para ocuparse solo de Dios, donde, como pichones de golondrina puedan gritar hacia él, y como la paloma, meditar acerca de él¹⁹. Allí, en respuesta, él

7. Lc 4, 1

8. Cf. Rm 8, 14

9. Lc 4, 1

10. Cf. Jn 3, 34

11. Cf. Col 2, 9

12. Lc 4, 1

13. Cf. Jn 16, 28

14. Cf. Mt 23, 12

15. Sal 126, 2

16. Is 66, 2 (LXX)

17. St 4, 6

18. Cf. 1Co 15, 33

19. Cf. Is 38, 14

hablará a su corazón, según el oráculo del profeta: *La conduciré a la soledad y allí hablaré a su corazón*²⁰.

5. Así nuestro Señor Jesucristo *manso y humilde de corazón* después de haber bajado a esta humildad y mansedumbre, para ser bautizado, por un inferior, mereció subir enseguida a un grado eminente según el testimonio de la voz del Padre: *Este es mi hijo amado* en quien yo, por causa de su humildad y de su obediencia *me complazco*²¹. Por eso, lo hago subir y lo coloco por encima de todos los demás: *Escuchadlo*²² pues, ahora. También el Espíritu Santo baja de manera visible *sobre el humilde y manso* como en su templo propio y familiar: es él quien lo llena y a su retorno del Jordán lo conduce al desierto.

6. Partiendo pues del Jordán, comienza a volver allí de donde había salido y venido. Después de haber recibido una dignidad eminente y la autoridad de la predicación, su primera etapa es ir solo al desierto: allí en primer lugar, quiere él hacer la experiencia, él, que habría de predicar a otros; quiere cumplir él mismo lo que habrá de enseñar a otros; quiere triunfar en primer lugar él mismo, de la carne, del mundo, del diablo, contra los cuales habrá de exhortar a los suyos a combatir. 7. Es necedad, ignorancia e inexperience en la milicia cristiana, lanzar a los demás a los combates en los cuales uno mismo no les ha precedido y en los cuales no se tiene el coraje de seguirlos; exhortar a la lucha, cuando no se ha estado en el combate o se huyó primero; pretender enseñar lo que uno no ha hecho primero, es más, lo que todavía no ha comenzado a hacer; ascender al grado de doctor e ignorar los deberes que ello impone; en fin, atar y echar cargas pesadas e intolerables a las espaldas de los otros sin querer tocarlas con el dedo²³. Por el contrario, nuestro doctor y conductor Jesucristo enseña lo que hace, como está escrito: *Lo que comenzó a hacer y a enseñar*²⁴. Predica lo que es él, diciendo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*²⁵. Reúne a su ejército, allí donde él, primero, venció: *Confiad*, dice, *yo he*

20. Os 2, 14
21. Mt 3, 17

22. Mt 17, 5
23. Cf. Mt 23, 4

24. Cf. Hch 1, 1
25. Mt 11, 29

*vencido al mundo*²⁶. 8. En el momento de este primer asalto, luchando solo, a solas, en la soledad, triunfó en secreto del enemigo común y singular del género humano; por su triunfo lo debilitó y, así debilitado, lo convirtió para los suyos en alguien fácil de vencer y carente de vigor. En el transcurso del segundo asalto, públicamente, en la arena de este mundo, bajo la mirada de los ángeles y de los hombres²⁷, lo humilló, lo echó por tierra y lo hirió, según está escrito: *Tú humillaste al orgulloso como a un herido*²⁸; una vez que lo echó por tierra, lo ató se apoderó de sus armas y saqueó sus bienes. Atando al fuerte, el más fuerte entró en el mundo por sus apóstoles y en el infierno por sí mismo. Se apoderó de sus bienes y los hizo pasar legalmente a su propio servicio²⁹. 9. Cuando el demonio lo adulaba, afectaba una benévola solicitud por su fama, hacía campaña en su favor, se apiadaba de su pobreza, lo rechazó con sabiduría. Más tarde, cuando se encarnizó contra él, resistió con paciencia y triunfó con valentía. Aquí, reconocemos la sabiduría de los santos, allí su constancia y su valentía: porque Cristo, Fuerza de Dios y Sabiduría de Dios³⁰ vino a enseñar y a conceder ambas. En ambas fue tentado; en ambas resultó vencedor.

10. El pérfido, en primer lugar, trata de combatir a la Sabiduría transformándose en ángel de luz³¹ y en espíritu de buen consejo: *Ordena pues*, dice, *que estas piedras se conviertan en panes*³², para que tu ayuno no te haga languidecer de hambre en esta soledad: has pisoteado con valentía la superfluidad y los deleites; remedia, sólo con pan, al menos la necesidad extrema. Pero como en esta primera mordedura, donde había imaginado una carne delicada, se quebró los dientes contra la dureza del hueso, la serpiente, retirando su dardo del talón, se yergue hacia las partes superiores que imagina más tiernas y donde choca contra lo más duro. Por eso lo toma y lo coloca sobre una cima, pero para precipitarlo al abismo. 11. Parece decirle: "Eres de una altura sublime, tú, que por la fuerza de la abstinencia pisoteaste

26. Jn 16, 33

27. Cf. 1Co 4, 9

28. Sal 88, 11

29. Cf. Lc 11, 22

30. Cf. 1Co 1, 24

31. Cf. 2Co 11, 14

32. Mt 4, 3

la concupiscencia de la carne. Agradas a Dios y estás cerca de él, tú que has sobrepasado la carne. No debes en adelante permanecer desconocido y vil. Por lo cual muéstrate a los hombres³³. Que ellos te vean volar, a ti que, liberado del peso de la carne posees la ligereza; tú que venciendo lo que eres, nacido carne de la carne, ahora nacido del Espíritu eres espíritu³⁴, nacido de Dios eres hijo de Dios³⁵. Arrójate pues hacia abajo³⁶ para que los ángeles te asistan a ti que adquiriste por el mérito de la virtud lo que ellos poseen por don de la gracia. De ahí, que deben asistirte y llevarte en sus manos *para que tu pie no tropiece contra la piedra*³⁷.

12. Éste es aquel basilisco, rey de las serpientes que, con solo mirar, con solo aparecer mata lo que el soplo del áspid no mató. También después de la tentación de la concupiscencia de la carne, es decir del áspid, el rey de las serpientes obra la tentación de la concupiscencia de los ojos. Pero nuestro atleta y defensor, del mismo modo que pisoteará más tarde con fuerza el furor del león, así también evita por el momento con sabiduría el veneno de la serpiente caminando sobre el áspid y el basilisco con los pasos de la sobriedad y de la humildad. Pisotea también al poderoso dragón³⁸ de la ambición del siglo y del orgullo de la vida que no viene del Padre sino que procede del mundo³⁹ cuando, por amor de la pobreza, rechaza con desprecio todos los reinos del mundo y su gloria, que le eran ofrecidos.

13. He aquí el vencedor, la victoria, el vencido. Por la sabiduría él vence a la astucia; por la abstinencia, a la gula; por la humildad, a la vanagloria; por la pobreza, a la ambición del siglo. El príncipe de este mundo, acometiendo al sabio, al abstemio, al humilde, al pobre, no encontró en él nada que le perteneciera⁴⁰, nada pudo robar de lo que no le pertenecía. Habiendo lanzado todos los dardos de su astucia, se alejó de él por un tiempo⁴¹, es decir hasta la hora de la Pasión, en la cual el león ataca al cordero, pero la crueldad es vencida por la mansedumbre; la fuerza es puesta a prueba por la crueldad, así como aquí la

33. Jn 7, 4

36. Mt 4, 6

39. Cf. 1Jn 2, 16

34. Cf. Jn 3, 6

37. Cf. Sal 90, 12

40. Cf. Jn 14, 30

35. Cf. Jn 1, 12-13

38. Sal 90, 13. Ap 12, 9

41. Cf. Lc 4, 13

sabiduría por la astucia; pero vence al león por la fuerza de la paciencia, el que venció al dragón por la circunspección y la prudencia.

14. De todas las virtudes la paciencia es la más grande: por ella las almas se poseen⁴², incluso cuando los cuerpos son sacrificados en manos de los perseguidores; por ella, según el testimonio de la Verdad, la buena tierra produce todo fruto⁴³. De ella el Apóstol declara: *La paciencia os es necesaria para que, haciendo la voluntad de Dios, alcancéis las promesas*⁴⁴. Por ella, como lo dice el bienaventurado Santiago, la obra es perfecta⁴⁵. Ella comprende dos virtudes: la templanza y la fortaleza; el alma a la que ella posee deviene sobria y fuerte, en la prosperidad y la adversidad, sea contra los escozores impuros de la carne y el brote interior de los vicios, sea en el exterior contra la lujuria y las crueldades del siglo. 15. Que se digne concedernos la gracia de compadecer con él y por él, aquél que en la paciencia ha sufrido por nosotros, Cristo Jesús, que con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 31

(Segundo sermón para el primer domingo de Cuaresma)

Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo¹. Amadísimos, estos cuarenta días de nuestro Señor y Salvador, profetizados por los cuarenta días de Moisés y de Elías o también por la peregrinación de nuestros Padres por el desierto durante cuarenta años, no pueden ser considerados como vacíos y desprovistos de sentido profundo y de simbolismo sagrado. 2. Sin duda alguna, hermanos, es difícil y excede las luces de nuestra pequeñez distinguir en tantos grados la progresión

42. Cf. Lc 21, 19

44. Hb 10, 36

1. Mt 4, 1

43. Cf. Lc 8, 15

45. St 1, 4

del ayuno espiritual; difícil señalar —para el peregrino que sube de Egipto a la Tierra Prometida, es decir de este mundo al Padre, en este desierto que era su espíritu en el tiempo en que habitaba la carne— tantas etapas entre las virtudes que lo alejan de la carne para acercarlo a Dios, según está escrito: *Dispuso subidas en su corazón en el valle de lágrimas, en el lugar que él fijó*.

3. Sin embargo por el número cuarenta décuplo de cuatro o cuádruplo de diez, de un modo admirable —mientras somos temporales y en el cuerpo corruptible que hace pesada el alma², pesados peregrinamos⁴ lejos de la mesa y del banquete delicioso del Señor— se nos hace saber que tenemos que castigar nuestros cuerpos⁵ para reducirlos a la obediencia de la ley de Dios⁶, a fin de que no perdamos por indolencia ni desbaratemos por orgullo los momentos de tregua concedidos para nuestra enmienda, sino que gastemos bien el tiempo y ejercitemos nuestro cuerpo en la observancia y la obediencia de los mandamientos de Dios, meditando su ley en nuestro corazón día y noche⁷. Y cuando esta ley se opone a nuestras concupiscencias, reconciliémonos con ella mientras vamos todavía por el camino, por temor de que al fin del camino, nos entregue al juez como rebeldes, y el juez nos entregue al verdugo⁸. 4. Seamos pues, amadísimos, nuestros propios verdugos en la ley, para no ser torturados por la ley. Abstengámonos de lo que es contrario a la ley, y ayunemos para que la ley no nos sea contraria, sobre todo cuando nos juzgue, ella, de quien nosotros nos mostramos contrarios cuando nos aconseja.

5. Éste es pues el ayuno que desea el Señor: abstenerse de todo mal, no sólo del acto que se realiza en lo exterior, sino de la voluntad perversa que obra en lo interior. En el exterior uno perjudica al otro; en el interior uno se perjudica a sí mismo. Porque uno se perjudica en primer lugar a sí mismo, y después a otro. A través de la túnica del otro, tú traspasas tu cuerpo. La ambición, la madre, te perjudica más a ti de lo que la hija nacida de ella —rapaña o robo— perjudica al otro. La envidia

te ocasiona más mal a ti, del que tu calumnia ocasiona, menoscabando el bien, a aquél que denigras por envidia. 6. El ayuno perfecto y tal como Dios lo desea no es para el hombre *mortificar su alma a lo largo del día, doblegar mucho la cabeza* y, al mismo tiempo, *hostigar avaramente a todos sus deudores* y pasar el ayuno *en la disputa y la querrela*⁹; sino abstenerse de todo mal y empeñarse en todo bien; no hacer a otro el mal que uno no querría para sí¹⁰, y hacer el bien que uno desearía que le hiciesen¹¹; es, de algún modo, cuadruplicar por el Evangelio la cifra diez de la Ley, y decuplicar por la Ley la cifra cuatro del Evangelio. 7. En efecto, en otro tiempo la perfección del Evangelio estaba oculta en la Ley, así como ahora la imperfección de la Ley alcanza su cumplimiento en el Evangelio. Como lo hacía la Ley respecto de la obra exterior, el Evangelio prescribe el ayuno de la voluntad mala y castiga a quien gusta de ella. Así nuestro Herald proclama en el Evangelio: *Habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás. Pero yo os digo no os irritéis*¹², y cosas por el estilo.

8. El texto continúa: *Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches*¹³, porque no ayunaba en público y de día —comiendo clandestinamente de noche— sino que como se presentaba al descubierto, así era en lo secreto; como era su rostro, así era su corazón.

9. El texto continúa: *Al fin tuvo hambre*¹⁴. Dios ayunó cuanto quiso; y el hombre tuvo hambre cuando quiso. Y entonces el tentador se acercó a él. ¿Por qué no antes? Porque no osaba, o porque no convenía. Astutamente teme al fuerte, invade al débil oportunamente.

10. Triple pues es el origen de toda tentación humana: a veces es del todo interior y viene de nosotros mismos; a veces es del todo exterior y viene de otro; a veces por el contrario es interior y exterior y viene de nosotros y de otro. Porque la tentación no viene siempre del diablo y no se comete pecado por su sola instigación. Nosotros somos tentados también por nuestras concupiscencias que nos atraen y nos engañan¹⁵, sin

2. Sal 83, 6-7

5. 1Co 9, 27

8. Cf. Mt 5, 25

3. Cf. Sb 9, 15

6. Rm 8, 7

4. 2Co 5, 6

7. Cf. Sal 1, 2

9. Cf. Is 58, 4-5

12. Cf. Mt 5, 21-22

15. Cf. St 1, 14

10. Cf. Tb 4, 16

13. Mt 4, 2

11. Cf. Mt 7, 12

14. Id.

ninguna instigación del diablo, tal vez sin que él lo sepa. 11. Ahora bien, la concupiscencia es doble: una, por la cual la carne desea contra el espíritu¹⁶; otra, por la cual el espíritu desea contra Dios; y las dos son malas. Además, hay una concupiscencia por la cual el espíritu desea contra la carne¹⁷ para retenerla lejos de los vicios y someterla a la razón; y otra, por la cual tiende hacia Dios para asirle y gozar de él. De ahí que esté escrito: *Mi alma anhela y languidece en los atrios del Señor*¹⁸. Y estas dos últimas son buenas. 12. Así, la concupiscencia mala nace a veces sin la participación del diablo; pero una vez nacida él ayuda gustosamente para que crezca. En cuanto a la concupiscencia buena, siempre la gracia de Dios se anticipa a su nacimiento, estimula su progreso, consuma su perfección. Por lo cual, cuando la concupiscencia es buena, incluso si puede desplegarse enteramente en el interior, no puede provenir enteramente de nosotros. 13. La tentación, que siendo toda ella interior, proviene de nosotros, surge de las necesidades de nuestro cuerpo animal, o de la debilidad de la corrupción que nos punza, o del retorno de un mal hábito, o de la falta de fortalecimiento de la gracia y de la virtud. Entonces, cuando el tentador astuto y traidor maligno descubre por un signo cualquiera la menor chispa incandescente, reúne a toda prisa, con suma diligencia y de todas partes las pajas¹⁹ que sabe que agradan a la concupiscencia, a fin de, si tiene éxito, hacer brotar de la chispa una llama y quemar la casa de nuestro corazón usando de lo nuestro y de lo suyo, según está escrito: *Destruyeron por el fuego tu santuario sobre la tierra*²⁰.

14. En cuanto al Señor Jesús, consolidado en Dios contra el pecado desde el seno de su madre, como está escrito: *En ti fui consolidado desde el seno materno*²¹, y sin embargo todavía carnal por su cuerpo, como el hombre antes del pecado, débil empero, como Hijo del hombre a causa del pecado ancestral, pudo ser tentado solamente, cuando quiso y cuanto quiso, por esa turbación que proviene de la necesidad o de la debilidad del cuerpo animal. 15. Puesto que hay tres estados propios de la

mutabilidad humana: antes del pecado, durante el pecado, después del pecado, nuestro doctor y médico quiso mostrar en sí mismo algo de cada uno de ellos; como doctor, recordó lo que fuimos y lo que somos; como médico mostró lo que seremos. Así, siendo, según el primer estado, carnal, pudo desear alimento y bebida; siendo, según el segundo, débil, pudo sufrir tristeza, tedio, temor y muerte; estando, según el tercero, consolidado, no pudo de ningún modo admitir ningún cosquilleo en el pensamiento que proviniese de él, ninguna instigación mala que viniese de otro. 16. De ahí que toda aquella tentación del pináculo y del monte fue exterior y vino de otro. La primera parece tener algo proveniente de sí mismo: es como una serpiente que ha acechado su talón²². Sin embargo, puesto que esta instigación no creó, ni aumentó, ni pudo influenciar de ninguna manera el hambre —que era natural y por eso, no culpable— como dice San Gregorio, “toda esta tentación diabólica fue exterior” pero precedida en lo interior por una tentación humana. Así, después del ayuno prolongado y estupendo, cuando el tentador, largo tiempo perplejo y estupefacto advirtió el hambre, por algún indicio exterior, habiendo encontrado al fin una ocasión favorable se envalentonó para acercarse a él.

17. Ved pues, amadísimos, la importancia que tiene para nosotros ser sobrios y vigilantes, según la advertencia del príncipe de los apóstoles²³, contra nuestro adversario, el diablo, que con tanta diligencia ronda, con tanta vigilancia escruta todo nuestro comportamiento, nuestra manera de vivir, nuestras dificultades, nuestras enfermedades físicas y morales, los acontecimientos y las circunstancias imprevistas y variadas, e incluso nuestro temperamento y sus complejos, con la intención de encontrar en nosotros, un medio de entrar en nuestro interior, una materia y una ocasión de tentarnos.

18. ¿Por qué, hermanos, tenemos menos solicitud en buscar los unos para los otros ocasiones de salvación, de manera de socorrernos más entre nosotros, allí donde vemos que sería más necesario, y en llevar como hermanos, mutuamente nuestras cargas?

16. Cf. Ga 5, 17

18. Sal 83, 3

20. Sal 73, 7

17. Id.

19. Cf. Ex 5, 12

21. Sal 70, 6

22. Gn 3, 15

23. Cf. 1P 5, 8

El Apóstol nos exhorta a esto diciendo: *Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo*²⁴; y en otra parte: *Soportándoos mutuamente en la caridad*²⁵. Ella en efecto es la ley de Cristo. 19. Cuando en mi hermano percibo algo incorregible a consecuencia de dificultades o debilidades físicas o morales, ¿por qué no soportarlo con paciencia, por qué no consolarlo de todo corazón, según la palabra de la Escritura: *Sus niños serán llevados en brazos y consolados sobre las rodillas*?²⁶ ¿Será que me falta esa caridad que soporta todo, que es paciente para sostener, indulgente para amar?²⁷ Ésta es, ciertamente, la ley de Cristo, quien por su Pasión tomó verdaderamente sobre sí nuestros sufrimientos y por su compasión cargó con nuestros dolores²⁸, amando a los que llevó, y llevando a los que amó. Aquél que por el contrario se muestra agresivo con su hermano en dificultad, aquél que tiende una trampa a su debilidad, cualquiera fuere, se somete manifiestamente a la ley del diablo y la cumple. 20. Así pues, seamos compasivos unos con otros y llenos de amor fraterno, soportemos las debilidades y persigamos los vicios, sobre todo nosotros que, siendo poco numerosos, con miras a un género de vida de ideal más austero, nos hemos evadido a esta lejana soledad y a esta isla apartada del resto del mundo. En efecto, todo género de vida que permite entregarse más sinceramente al amor de Dios y, por él, al amor del prójimo —cualesquiera fueren las observancias y el hábito—, es también más agradable a Dios. 21. La caridad es aquélla por la cual todo debe hacerse o no hacerse, cambiarse o no cambiarse. Porque es el principio por el cual, y el fin hacia el cual, conviene que todo sea dirigido. No hay ninguna falta en lo que, con toda verdad, se hace por ella y según su espíritu. Díguese concedérmola aquél a quien no podemos agradar sin ella, y sin quien no podemos absolutamente nada, que vive y reina, Dios, por los siglos infinitos. Amén

24. Ga. 6, 2

25. Ef 4, 2

26. Cf. Is 49, 22; 66, 12

27. Cf. 1Co. 13, 4-7

28. Cf. Is 53, 4

SERMÓN 32

(Tercer sermón para el primer domingo de Cuaresma)

Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto¹. Hermanos, mientras estuvimos en la carne, donde nadie puede agradar a Dios², gustamos lo que era de la carne, nos deleitamos en lo carnal, hablando y tratando de lo carnal. En realidad, por entero, es decir por el pensamiento, la delectación, la palabra y la acción, habitábamos en la carne, habiendo abandonado el espíritu y el alma racional. 2. Pero cuando, prevenidos y conducidos por un Espíritu más fuerte, penetramos en nuestro interior y entramos en nuestro propio espíritu, en otro tiempo descuidado y abandonado por Dios, por los ángeles y por nosotros mismos, cuando luchamos contra nosotros e impusimos el ayuno a nuestras concupiscencias y a nuestros deseos carnales, al instante nos hicimos odiosos al mal que habita en nosotros, es decir en nuestra carne. En efecto, lo sabéis tan bien como el Apóstol, no es el bien el que habita en nosotros, es decir en nuestra carne³. Excitamos contra nosotros al Leviatán⁴ que tendió trampas a los ermitaños novicios que somos. Nosotros que esperábamos ser solitarios con su tranquilidad bien asegurada, tropezamos con el tentador astuto y perverso traidor. Fuimos forzados a recordar constantemente aquella sentencia del sabio: *Hijo mío, si te das al servicio de Dios, permanece en el temor y prepara tu alma para la tentación*⁵.

3. Y acercándose el tentador le dijo: *Di que estas piedras se conviertan en panes*⁶. ¿Qué pecado habría en transformar una piedra en pan o en comer cuando se tiene hambre? Pero es peligroso creer a un enemigo, incluso en el caso de que diga la verdad o aconseje lo útil: si presenta lo verdadero, es para inspirar lo falso; si sugiere lo ventajoso, es para conducir a lo

1. Mt 4, 1

2. Cf. Rm 8, 8

3. Cf. Rm 7, 18

4. Cf. Jb 3, 8

5. Si 2, 1

6. Mt 4, 3

perjudicial; se disfraza al aconsejar para insinuarse más secretamente; se transforma en ángel de luz⁷ para engañar más fácilmente. 4. Por consiguiente, los hombres espirituales que, alejados de la parentela de la carne y de la sangre⁸, olvidados de su pueblo y de su morada carnal⁹, han entrado en la soledad del espíritu, no condescienden de ningún modo con todas las necesidades de la carne y de la sangre. Para tales hombres, es poco cercenar todo lo superfluo, si no reducen también lo necesario. Y lo que no osan denegar absolutamente al cuerpo animal y débil, sólo tarde y moderadamente terminan por concederlo, y esto no sin disgusto ni protestas. 5. Aquél que se restaura siempre que tiene hambre, ignora absolutamente lo que es el ayuno: su virtud y su mérito sólo comienzan con el hambre. En efecto, no comer no quiere decir ayunar. Lo mismo que comer inmediatamente después de haberse saciado es superfluo, así también, comer antes de tener hambre es ocioso; empero, comer cuando se tiene hambre es lícito, comer después que se tiene hambre es meritorio y tanto más meritorio cuanto más largo es el tiempo que le sigue. De igual modo le sucede a este hombre con el sueño y las otras necesidades del cuerpo animal y débil: contra ellas protesta ante el Señor un hombre espiritual que fue ermitaño en medio de las ciudades, pobre en el trono real: *De mis necesidades, dice, librame*¹⁰.

6. Hay además otro ayuno, más sagrado y más elevado, que aquéllos que han entrado en la soledad de su espíritu deben no sólo observar con atención y diligencia, sino prolongar sin interrupción cuarenta días y cuarenta noches, es decir todo el tiempo de esta vida, tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la preeminencia como en la sujeción, en la contemplación como en la acción: es decir, abstenerse de toda la consolación y la delectación de este mundo inundo, en las cuales hay curiosidad, voluptuosidad y soberbia de la vida¹¹. Al contrario, interiormente, allí donde el espíritu maligno no puede ver, que tengan por refección la meditación espiritual, la delectación que está en Dios solo y el placer por las buenas acciones hechas por

él, a fin de no desfallecer totalmente por el ayuno. 7. En efecto, es imposible —por lo menos en esta sombra de la muerte o en esta imagen de la vida, antes que se haya llegado a la vida totalmente *tenebrosa y cubierta de la negrura de la muerte, donde no hay lugar para ningún orden sino para el horror sempiterno*¹²— que el alma no sea reanimada por alguna consolación, sostenida por alguna delectación, aunque no se mantenga de ninguna manera a sí misma. Así como los cuerpos son llevados cada uno por su peso, así los espíritus quedan fijados por su propia delectación.

8. En el cuerpo de esta creatura de Dios que es el universo, donde los diferentes seres son como los miembros de un cuerpo, sólo el espíritu racional, que es como el ojo de todo el cuerpo, es capaz de percibir la luz del Creador, participar y gozar de ella por la delectación, y en esta luz, pronunciarse respecto de todos los demás miembros que están por así decir en la oscuridad y, por comparación con él, en las tinieblas. Así como la llama es la luz del mundo sensible y el ojo, la luz del cuerpo humano¹³, así en el cuerpo inmenso y magníficamente estructurado del universo, el espíritu racional, como dijimos, es la parte esclarecida, es decir el ojo. 9. Sin embargo, aunque sea un instrumento apto para la visión, creado como una luz más pequeña a imagen, en un cierto sentido, y a semejanza de una más grande, quiero decir de la luz del mundo, el ojo es completamente impotente para ver por sí mismo, como de sí mismo, a menos de estar dispuesto y penetrado por aquél del cual lleva la imagen. Del mismo modo, el espíritu racional, la máxima luz creada, si no hubiese sido hecho a imagen de la luz que es superior a él¹⁴, increada y suprema, con preferencia a los otros miembros del cuerpo al cual pertenece, tampoco hubiera visto nada. Pero, ni de sí mismo, ni por sí mismo, tiene la fuerza de ver lo que quiere, salvo cuando se encuentra a su disposición, y cuando lo ilumina, la luz que le es superior, de la cual lleva la imagen, y en la cual puede ver la luz: *En tu luz, se dice, veremos la luz*¹⁵. 10. Los otros miembros del universo participan del Creador según la capacidad

7. Cf. 2Co 11, 14. 9. Cf. Sal 44, 11. 11. Cf. 1Jn 2, 16.

8. Cf. Gn 12, 1. 10. Sal 24, 17. 12. Cf. Mt 24, 29.

12. Cf. Jb 10, 22.

13. Cf. Mt 6, 22.

14. Cf. Gn 1, 26.

15. Sal 35, 10.

de sus diferentes naturalezas: si ellos no participasen de él de alguna manera, no podrían ser absolutamente nada; pero unos reciben sólo el ser y la forma; otros, una cierta vida; otros, la sensibilidad; otros, la imaginación. Sólo el espíritu racional —por una prerrogativa natural que le distingue de todos los demás— es capaz de participar de él, en él, según el conocimiento y la delectación gracias a su razón y a sus afecciones, y ha sido creado por él para gozar de él por estos dos medios; sólo él es capaz de captar la divinidad que es comprensible y que, por su generosidad natural, es comunicable, participable y deleitable.

11. Porque esta luz suprema, que siempre resplandece y por esto ilumina cuanto en sí es, cuando quiso creó a su propia imagen¹⁶ un ser susceptible de ser iluminado por ella, a saber el espíritu racional cuya única ocupación debe ser el fin para el cual evidentemente fue creado; su deseo, el designio evidente de Dios sobre él; su único alimento, su única refección, deleitarse de él, en él y en todo a causa de él. De la delectación de la carne, de la curiosidad de los sentidos, de la ambición del siglo, debe continuamente abstenerse a causa de él: éstas son las cabezas del dragón que el Señor Jesús quebró en este desierto, y que son dadas como alimento a aquéllos que rehúsan ayunar con Cristo, es decir a los pueblos negros que como el Etíope no saben cambiar de piel¹⁷. *Tú, dice, quebraste las cabezas del dragón, tú lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía*¹⁸.

12. Por lo demás, así como a este mundo —el gran organismo viviente— Dios le dio dos grandes lumbreras¹⁹ y al pequeño mundo —el pequeño organismo viviente— le dio los dos ojos, así seguramente, en el inmenso cuerpo del universo, dispuso dos ojos al crear al ángel y al espíritu humano, que son de una sola y misma esencia, pero de condición y de rango diferentes. Ellos en efecto, siempre brillantes por el esplendor de la verdad y gozosos por el encanto de la delectación, no fueron jamás perturbados por ningún hambre de delectación extraña; ningún tentador se acercó a ellos en este lugar donde noventa y nueve

16. Cf. Gn 1, 27

18. Sal 73, 14

17. Cf. Jr 13, 23

19. Cf. Gn 1, 16

de las cien ovejas, en su *desierto*²⁰, pastan y se tienden *en las hierbas siempre verdes, en los pastos pingües, en las montañas de Israel, sin que haya nadie que las espante*²¹.

13. Nosotros, al contrario, miserables, vagabundos, fugitivos, que anduvimos errantes como aquella oveja que se había perdido²², a la que el buen pastor vino a buscar, que encontró y cargó sobre sus santos hombros²³ para devolverla al rebaño de los ángeles a fin de que no haya más que un solo rebaño y un solo pastor²⁴, nuestra propia debilidad nos hizo ceder interiormente a un hambre perversa, y la sugestión ajena nos invitó exteriormente a un alimento todavía peor: olvidados de comer nuestro propio pan²⁵, tuvimos hambre del ajeno.

14. Cuando aquél que siempre envidia y siempre tiende trampas nos ve melancólicos y tibios, conjeturando que ello es un signo de desfallecimiento interior, se acerca y nos propone el modo de rehacernos. Una vez nacido en nosotros lo que no podía introducir en nosotros, se apresura a fomentarlo y a hacerlo crecer. Quien al fuerte, al constante, al fervoroso no se atreve a acercarse sino que lo observa de lejos, al que padece acedia y rumia imaginaciones en su interior —es decir, *pensamientos sin inteligencia* de los cuales se aleja el Espíritu Santo²⁶— maligno, se acerca. No invade, no amedrenta, sino que leve y como modestamente, para no asustar, se acerca bajo el aspecto de consejero.

15. Dice: *Si eres el Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en panes*²⁷. No por cierto que el Hijo de Dios fuese de estos tales, tibios, sino que por el hambre que sentía podía personificarlos. ¡Oh malignidad digna de ser lapidada! ¡Sugieres al Hijo de Dios que se sacie con piedras! Los hombres, aunque malos saben dar cosas buenas a sus hijos, y el Padre celestial ¿daría una piedra a su Hijo que le pide pan? Si le pide un pescado, ¿le daría un escorpión, o en lugar de un huevo una serpiente?²⁸

20. Cf. Lc 15, 4

23. Cf. Lc 15, 4-5

27. Mt 4, 3

21. Cf. Ez 34, 14 ss.; Na 2, 11; So 3, 13

24. Cf. Jn 10, 16

28. Cf. Lc 11, 13

25. Sal 101, 5

22. Cf. Sal 118, 176

26. Cf. Sb 1, 5

Al espíritu debilitado por el deseo y la meditación de las cosas celestiales, el diablo le propone, en lugar del pan de los ángeles, una piedra fría, seca y dura, es decir el amor y la delectación de las cosas terrenas; de modo que, si perdió la primera consolación, sea acogido por esta otra y sea burlado por el diablo, por haber dado prueba, en primer lugar, de un desfallecimiento interior. 16. El alma pues, como arriba dijimos, no podría vivir de ningún modo sin alguna consolación; la consolación es su alimento y su pan; si la saca del mundo y de la carne, es de la piedra de donde la saca. A que tenga esta consolación, el tentador invita al alma que ve descuidada con respecto a la delectación divina. Así, en la serie de los vicios, la avaricia sigue a la acedia, porque a aquél que cae del cielo es al que este mundo viene a adular. El alma verdaderamente espiritual del bienaventurado David aborrecía esta consolación del mundo cuando decía: *Mi alma rehusó ser consolada*²⁹ por el mundo y todo lo que hay en el mundo, es decir la concupiscencia de la carne, la de los ojos, y la ambición del siglo. 17. ¿Y qué? ¿Podrás vivir sin consolación que te deleite? De ningún modo. *Pero me acordé de Dios y me he deleitado*³⁰. Y porque la ociosidad es enemiga del alma, me he ejercitado meditando acerca de él, y mi espíritu ha desfalecido³¹; no de él en el mundo o en mí mismo, sino de mí y de todo el mundo en él solo. Así también mi Señor Jesús, en el desierto, sin permanecer ocioso ni ocuparse de vanidades, sino meditando la ley del Señor³² día y noche, enfrentó todas las tentaciones que se presentan en las Escrituras Santas. 18. Porque aunque el maligno sea llamado “hacedor de mil artificios” a causa de las especies innumerables de tentaciones que provoca, digo, sin embargo, con toda seguridad, que hay un medio, a partir de la Sagrada Escritura, de poner con facilidad y oportunamente un término a todas sus invenciones. ¡Lejos de nosotros pues la idea de que la malicia triunfe de la Sabiduría y de que ella pueda fabricar un veneno del cual ésta no contenga el antídoto!

29. Sal 76, 3

30. Sal 76, 4

31. Id.

32. Cf. Sal 1, 2

19. Así, amadísimos, a ejemplo de nuestro Señor y Salvador, después de haberlo seguido con los ángeles al desierto, no sólo al de un lugar, sino también al del espíritu, y a veces incluso al de Dios sobrepasando nuestro propio espíritu, meditemos de continuo la ley divina escrita ya sea fuera por los caracteres, ya sea dentro de nosotros por la naturaleza, ya sea en la figura de este mundo, ya sea en la sabiduría misma de Dios que es Ley eterna a la que se puede llamar la Ley de las leyes. 20. Allí seremos alimentados con el pan de vida y de inteligencia, seremos abrevados con el agua de la sabiduría saludable³³ para que, repuestos y saciados por esta delectación interior, despreciemos exteriormente el pan de piedra que ofrece el diablo. Desdeñemos pues la exaltación del mundo a la que sigue la ruina —porque antes de la ruina el corazón se exalta³⁴—. Frente a la opulencia y a la gloria del siglo prometidas a quien cae a sus pies, mantengámonos firmes, enderecémonos y con un soplo expulsemos los deseos y los pensamientos de nuestro corazón al par que a aquél que los promete, diciendo: *¡Apártate, Satanás!*³⁵ Porque Satanás, es decir el adversario, es para nosotros todo movimiento que nos invita a caer: *Si cayendo*, dice, *me adoraras*³⁶. 21. Más bien, amadísimos, permanezcamos firmes sobre nuestros pies en los atrios de Jerusalén, y ciertamente, con estos mismos pies, iremos llenos de alegría a la casa del Señor, allí donde *toda participación será en él*³⁷, el cual será *todo en todos*³⁸. Que se digne conducirnos a todos allí, aquél sin el cual nadie podría llegar, aquél que por su tentación nos confirme en nuestra resistencia debilitando al tentador por su victoria, Jesucristo a quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sean el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

33. Cf. Si 15, 3

34. Cf. Pr 16, 18

35. Mt 4, 10

36. Mt 4, 9

37. Sal 121, 1-3

38. Cf. 1Co 15, 28

SERMÓN 33

(Primer sermón para el segundo domingo de Cuaresma)

Saliendo de allí Jesús, se retiró hacia la región de Tiro y de Sidón¹. Amadísimos, como Verbo del Padre, sempiterno y no transitorio o finito, el Señor Jesús conoce una salida eterna del Padre, y una permanencia eterna en el Padre, y un retorno eterno hacia el Padre. En efecto allí donde nace, retorna y permanece. Así como no se separa del Padre cuando en su nacimiento procede de él, así tampoco vuelve a reunirse con él cuando parece haber vuelto a él, donde siempre permanece y permaneció. 2. Sin embargo, esta salida incomprensible por el nacimiento inefable excede, creemos, la capacidad de todo hombre. Los ángeles tienen en esto más felicidad como también facilidad, pero a condición de salir de su territorio, es decir de elevarse por encima de ellos mismos. Pero ¿para qué aventurarnos en lo que nos sobrepasa e ignoramos totalmente, urgidos tal vez por un deseo prematuro, como pajarillos todavía en el nido y apenas emplumados que agitan sus alas todavía inaptas para volar, que pueden ser batidas, sin duda, pero que son incapaces de levantar el peso de su cuerpo? 3. Ahora bien, además de esta salida eterna y de naturaleza, hay una salida temporal y de gracia, cuando *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*², cuando salió del Padre y vino al mundo³, cuando *existiendo en la condición de Dios*, como saliendo de su patria, él *se anonadó a sí mismo* a fin de que, *en la condición de siervo y en carne semejante a la de pecado*⁴, pudiese ser encontrado por decir así en la región de Tiro y de Sidón, pero por aquéllos que salen de su propio territorio y van a su encuentro en esta misma región.

4. Para poder liberar, el Hijo de Dios, libre él mismo, vino pues *en la condición de siervo y en carne semejante a la de pecado*,

1. Mt 15, 21

2. Jn 1, 14

3. Cf. Jn 16, 28

4. Flp 2, 6-7. Rm 8, 3

pero no en la servidumbre o en la realidad de la carne de pecado. Vino a los pecadores, pero sin entrar en el pecado. Vino al enfermo, pero sin contraer la causa de la enfermedad; vino a la pena, pero sin ir hasta la culpa. En fin, vino como Salvador, libre del pecado por su primer estado; débil a causa del pecado por su segundo estado, fuerte contra el pecado por su tercer estado. 5. Si alguien, pues, siervo del pecado, enfermo por causa del pecado, débil contra el pecado, desea ser salvado por él, que salga de su pecado por la penitencia, que le salga al encuentro por la fe, que clame tras él por la oración. Porque siempre camina *el que no se ha detenido en la senda de los pecadores*⁵. Que el cautivo venga a aquél que es libre y por ello puede liberar⁶; el enfermo, a aquél que, habiendo padecido en la enfermedad, sabe compadecer⁷; el débil, a aquél que *obrando por su palabra poderosa la purificación de los pecados, puede dar la salvación por siempre*⁸. 6. Que salga pues la mujer cananea del interior de su territorio, y que encuentre, en la zona exterior de su propio país, al médico que viene espontáneamente, salido por misericordia de su propio territorio, y que se presenta con bondad, en territorio extranjero, al enfermo que no hubiera podido salirle al encuentro si él hubiera permanecido en el suyo. Él, en efecto, como Dios bienaventurado, justo y fuerte⁹, estaba en lo alto: estaba prohibido al hombre miserable subir allí. Por lo demás, no era ni tranquilizador para el injusto aparecer ante el justo, ni era posible delegar a algún otro en su lugar para que fuera a la morada de la fuerza, puesto que no había nadie que no estuviese enfermo. Como piadoso que era, realizó lo que convenía a la piedad: vino hasta el pecador, pero no hasta los pecados, lo que no debía ni podía. Vino a los avaros, pero no a la avaricia; a los codiciosos, pero no a la codicia; a los lujuriosos, pero no a la lujuria; en fin, vino misericordiosamente hasta los viciosos, pero no llegó miserablemente hasta los vicios.

7. Salgamos pues, hermanos, salgamos, cada uno por nuestra parte, del lugar de nuestra propia iniquidad. Salgamos de en

5. Cf. Sal 1, 1

6. Cf. Jn 8, 36

7. Cf. Hb 4, 15

8. Hb 1, 3; 7, 25

9. Cf. Sal 7, 12

medio de Babilonia¹⁰ y encontremos en sus fronteras a Dios nuestro Salvador, según la advertencia del profeta: *Prepárate Israel a salir al encuentro del Señor, porque él viene*¹¹. Salgamos de la fosa del pecado y vayamos hacia la semejanza de la carne de pecado¹². Salgamos de la voluntad del pecado y vayamos hacia la penitencia del pecado. Es allí donde encontraremos a Cristo, porque él mismo hizo penitencia por el pecado que en absoluto cometió. Allí salvará aquél que salva a los penitentes, *el que odia a los pecadores y se apiada de los penitentes*¹³. 8. Pero decís: “Si salimos ya del pecado, ¿qué necesidad tenemos de médico?” O bien: “¿Quién por sí mismo puede salir del pecado?” Pero, en verdad, el máximo pecado, es el amor al pecado; la máxima iniquidad, la voluntad de pecar. Por consiguiente, no quieras pecar, aunque todavía no puedas dejar de pecar. Odia el pecado, y del pecado saliste. Odiaste el pecado y encontraste a Cristo allí donde se lo encuentra: él no quiere que se peque, odia el pecado, y a quien odia el pecado y se encuentra así de acuerdo con él, le perdona ya la culpa en espera de quitar radicalmente el acto del pecado. 9. Pero decís que esto es mucho para vosotros, y que sin la gracia de Dios, es imposible al hombre odiar el pecado, desear la justicia, no querer pecar y querer arrepentirse. *¡Que el Señor sea alabado por sus misericordias, y por sus maravillas para con los hijos de los hombres!*¹⁴ En efecto, quien gratuitamente se ha retirado de forma visible a la región de Tiro y de Sidón donde la mujer podía encontrarlo, por gracia sacó secretamente a esta mujer de su morada más interior; o, si preferís, puesto que nadie viene al Hijo si el Padre no lo atrae¹⁵, el Padre la sacó en secreto interiormente, a ella a quien en forma visible el Hijo acogió exteriormente.

10. Esta mujer simboliza a la Iglesia, predestinada desde la eternidad, llamada y justificada en el tiempo, destinada a la gloria al fin de los tiempos, la cual por su hija, es decir por cada uno de los elegidos, ora sin interrupción; ella, sin embargo no es escuchada ni fácil ni inmediatamente, pero finalmente no será despachada sin

10. Cf. Jr 50, 8. Is 52, 11

12. Cf. Rm 8, 3

14. Sal 106, 8

11. Cf. Am 4, 12

13. Si 12, 3

15. Cf. Jn 6, 44

haber sido escuchada. *Hay un tiempo para todas las cosas*¹⁶, y todas esperan el lugar, el momento y el modo de su realización.

11. Pero, como veo, la exposición moral os agrada más y esperáis desde hace un momento lo que en sentido moral representa esta mujer o su hija. Pues bien, la mujer designa a toda alma prevenida por la gracia de Dios para odiar el pecado y desear la justicia, pero a la cual le falta la facultad de poder hacerlo con una facilidad igual a la de su deseo: querer el bien está a su alcance, pero no encuentra el poder cumplirlo¹⁷; ella no hace el bien que desea, sino el mal que aborrece¹⁸. Así implora por su hija, es decir por su libertad natural oprimida por la dificultad. Mientras su voluntad, que le hace amar el bien y lo justo, está por así decir, sana, su facultad de obrar, cautiva bajo el pecado, es impotente para realizarlo. 12. Por eso, como instruida por el Apóstol, exclama: “¡Qué mujer desdichada soy! ¿Quién librará a esta hija mía de este cuerpo de muerte¹⁹, es decir de la opresión del demonio?” Pues está allí el demonio del cual dice el Apóstol: *Yo sé que no habita en mí*, es decir en mi carne, *el bien*²⁰. En efecto, a quien quiere hacer el bien, se le presenta el mal, es decir el demonio duro y cruel que tortura a la hija de esta mujer. Pero como no hay nada que pueda salvarla, excepto la gracia de Dios, y esto por Jesucristo²¹, ella no cesa de gritar: *Jesús, hijo de David, ten piedad de mí*²². David, en efecto, significa “Mano poderosa”. Ahora bien, es preciso un auxilio poderoso para expulsar a un demonio tan poderoso.

13. Yo, amadísimos, soy el primero en ver la parte que me toca aquí y me sería difícil descubrir una que me tocara más de cerca. Prevenido gratuitamente por la gracia de Dios, me retiré, con el corazón contrito, no sólo de los pecados y de toda ocasión de pecar, sino también, como puede verse, de casi toda la sociedad y de todo el mundo de los hombres hasta este desierto perdido y árido, a fin de castigar en mí los placeres pasados y las curiosidades vanas y frívolas, mediante las arideces, las pri-

16. Cf. Qo 3, 1

19. Cf. Rm 7, 24

22. Mt 15, 22

17. Cf. Rm 7, 18

20. Rm 7, 18

18. Cf. Rm 7, 15

21. Rm 7, 25

vaciones y las desolaciones de ahora, y poder en adelante desembarazarme de toda materia y ocasión de este género, y más fácil y libremente olvidado de lo que está detrás, tender hacia lo que está delante²³. 14. Sin embargo, esta hija mía torturada tan violentamente por el demonio, y la facultad de hacer el bien que quiero verdaderamente, que deseo, que me propuse, por lo cual huí y me alejé²⁴ de los hombres, es oprimida por tanta dificultad, que ni la madre que parecía estar sana puede permanecer tranquila ni segura, ni puede tender hacia el objeto de su sano deseo, es decir a la contemplación de la pacífica Sabiduría; sino que toda la solicitud y el temor de la madre se torna hacia la hija, para que no perezca entre tantos males, y para que ella misma, su madre, no sucumba junto con ella, y que ambas vayan a la perdición.

15. Oh Señor Jesús, ¿quién podrá resistir a tu frío²⁵? ¿Por qué incluso una tentación frívola fatiga al hombre que desea únicamente los bienes substanciales y eternos? ¿Por qué el in-mundo recuerdo del mundo quiere hacer retroceder al alma a la que el amor del cielo ha sacado del mundo? ¿Por qué no se puede, en la medida que se quiere, seguirte libremente, cuando sólo se busca a ti? Oh Señor, *sálvame de la pusilanimidad de espíritu y de la tempestad*²⁶, es decir de los demonios peculiares del desierto. En efecto, temo que la voluntad caiga a consecuencia de la pusilanimidad, si la facultad de obrar no es liberada de la tempestad de la dificultad. 16. Oh Señor de mano poderosa, Jesús omnipotente, que liberaste mi razón del demonio de la ignorancia y arrancaste mi voluntad de la peste de la concupiscencia, libera de esta dificultad a mi facultad de obrar, a fin de que con tus santos ángeles en quienes se conjugan el poder con el querer, podamos con fuerza lo que queremos con devoción, cumpliendo tu palabra para escuchar la voz de tus palabras²⁷. 17. Y sin embargo, puesto que *me fatigué gritando* hasta el punto de que *mi garganta enronqueció*²⁸ y él *no me respondió palabra*²⁹, vosotros, piadosos y santos hermanos, vosotros, sus discípulos

23. Cf. Flp 3, 13

24. Cf. Sal 54, 8

25. Cf. Sal 147, 17

26. Cf. Sal 54, 9

27. Cf. Sal 102, 20

28. Sal 68, 4

29. Mt 15, 23. Ct 5, 6

dignos de ser escuchados, decid en favor mío una palabra a la Palabra, porque yo también grito detrás de vosotros³⁰ y por medio de vosotros hacia aquél de quien sólo puede venir el auxilio, él, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios, antes de los siglos, ahora y siempre. Amén.

SERMÓN 34

(Segundo sermón para el segundo domingo de Cuaresma)

Los discípulos le dicen: *Despídela, porque viene gritando detrás de nosotros*¹. Y bien, hermanos, estamos fatigados del trabajo manual. Detengámonos un poco, mientras respondo a la pregunta de este hermano acerca del final del sermón de ayer, lo que el Señor se dignará concederme. Él se pregunta con asombro, qué significa el hecho de que el Señor no respondiera nada a la mujer, mientras los discípulos movidos a compasión intervinieron en favor de ella, como si fueran más buenos y misericordiosos que su Maestro que es la fuente de la bondad, y cuando *debe bastar al discípulo ser como su maestro*². Pero ¿cómo puedes saber, hermano, si ellos obraron así impulsados por la bondad o vencidos por el fastidio, ya que conocemos solamente estas palabras: *Despídela, porque viene gritando detrás de nosotros*? ¡Pero, sea! Esperemos de ellos los mejores sentimientos y los más conformes a la bondad.

2. Y sin embargo, ¿quién de nosotros no quiere que todos los hombres sean salvos³, y que absolutamente nadie sufra condenación en el infierno? Ahora bien, Dios, a quien por cierto no aventajamos en bondad, hubiera podido hacer con facilidad todo esto de haberlo querido por su voluntad. Del mismo modo,

30. Cf. Mt 15, 23

1. Cf. Mt 15, 23

2. Cf. Mt 10, 25

3. Cf. 1Tm 2, 4

cuando vemos a un pobre transido de frío en invierno y desfalleciendo de hambre en verano, desbordamos, ciertamente, de bondad, pero al no tener con qué remediar su miseria, sólo podemos expresar nuestro dolor profundamente; pero Dios, que es rico en todo, ¿cómo lo descuida, si es bueno, y por qué no viene en su ayuda pudiendo hacerlo fácilmente?

3. Ninguna comparación hay entre la creatura y el Creador, ninguna comparación entre nuestra bondad o nuestra voluntad y las de Dios. A menudo él hace que los suyos quieran por bondad lo que él no quiere por una bondad mayor; a menudo también permite que aquéllos que no son suyos quieran por maldad lo que él quiere por bondad. A menudo, por el contrario, hace que los suyos quieran por bondad lo que él quiere por bondad, y permite que los que no son suyos no quieran por maldad lo que él no quiere por bondad.

4. Pero para tratar mejor de la oración de los discípulos, es preciso, como se dijo, retomar las cosas desde un poco más arriba. Los elegidos, estos bienaventurados que obtienen lo que Israel perseguía y no alcanzaba⁴, se dice que son, lo sabéis, un solo cuerpo, del cual Cristo, el elegido de Dios, es la cabeza; todos aquéllos que están subordinados a esta cabeza tan santa son llamados miembros de este cuerpo. Hay un solo cuerpo, así como una sola cabeza, pero hay multiplicidad de miembros⁵. Todo esto se dice por analogía con el cuerpo humano que tiene la cabeza arriba y el porte erguido. Pues los animales, que son llamados bestias están inclinados hacia su vientre; su cabeza, sus pies y su vientre se inclinan de consuno hacia abajo y por naturaleza tienden hacia una sola dirección. Por el contrario, Dios ha dado al hombre un rostro vuelto hacia lo alto. De donde la expresión del poeta: "Él dio al hombre un rostro que mira hacia lo alto, le ordenó contemplar el cielo y levantar la cabeza hacia los astros" (OVIDIO)

5. Por esta razón, los naturalistas llaman al hombre un árbol invertido, cuya raíz, la cabeza, está en lo alto, y cuyas hojas —es decir los miembros— y las ramas —las articulaciones de los

miembros— están dirigidas hacia lo bajo. Una es la cabeza, que da a los múltiples miembros sensibilidad y movimiento. Una también la redondez de la cima de donde proceden por pares los ojos, las orejas, las narices, los labios, los pechos, los brazos, los flancos, las nalgas, las caderas, las rodillas, las piernas, los pies. Por lo que le hace tocar la tierra, es decir por los pies y las manos, deviene quíntuplo. Múltiple en lo bajo, uno en la cima, quíntuplo hacia la tierra, donde es terreno, uno hacia el cielo, donde es celestial. Ahora bien, lo uno es lo necesario, la pluralidad engendra inquietud y turbación⁶. 6. Según una disposición similar, en este cuerpo místico, bajo una sola cabeza y una sola raíz, Cristo —porque, al mismo tiempo que un solo hombre que grita desde los confines de la tierra⁷, es también un solo árbol que da su fruto a su tiempo⁸—, los miembros son múltiples: los unos son superiores a los otros y están más cerca de la cabeza; los otros, inferiores y más alejados de la cabeza, y por ello más multiplicados y más apoyados en la tierra. 7. Sólo la vida de la raíz es el origen del verdor, del vigor, de la vida para el cuerpo entero del árbol; del mismo modo sólo el Espíritu Santo de Cristo nuestro Dios es quien da a todo el cuerpo de la Iglesia vida, sentimiento, movimiento. La vida de la raíz no pertenece más que a su árbol, y a él todo entero; igualmente el Espíritu de Cristo, en lo que respecta a este sacramento, se extiende a su cuerpo solamente y a este cuerpo todo entero, para que éste, todo entero, viva y se mueva por él y solamente en él. 8. En el cuerpo humano hay una sola alma, presente toda ella en todas partes por su ser, pero no obstante de manera diferente por su virtud y su operación; del mismo modo en la Iglesia hay en todos un único Espíritu, pero de manera diferente por la operación, la función y la gracia. En el cuerpo humano, los miembros no tomaron su lugar ni eligieron su categoría, su posición, su oficio; así en el cuerpo de Cristo tampoco nadie tomó su lugar ni eligió su posición ni su papel, ni determinó su categoría. 9. En el cuerpo humano hay actividades diversas, pero sin embargo, los miembros tienen necesidad los unos de

4. Cf. Rm 11, 7 5. Cf. 1Co 12, 20

6. Cf. Lc 10, 41 7. Cf. Sal 60, 3 8. Cf. Sal 1, 3

los otros según una admirable dependencia y se ayudan mutuamente con una caridad muy servicial; así en el cuerpo de Cristo todos son necesarios, los unos a los otros: ninguno es superfluo y ninguno se basta a sí mismo, de suerte que aquél que tiene más no tiene en demasía y aquél que tiene menos no carece de nada⁹, sino que todos se entregan mutuamente en la comunión de la caridad. 10. Así como en el cuerpo humano los miembros inferiores, más burdos y más duros, soportan a los miembros más elevados, más delicados y más esenciales a la vida, recibiendo de ellos la vida y la fuerza; así también en el cuerpo de Cristo los carnales y los activos tienen que sustentar a los espirituales y contemplativos en sus necesidades corporales y reciben de ellos lo que es incomparablemente mejor, los bienes espirituales. Lo cual hace decir al bienaventurado Apóstol: *Si sembramos en vosotros bienes espirituales, ¿qué hay de extraordinario en que recojamos de vosotros bienes materiales?*¹⁰ Ni el ojo es capaz de caminar por la tierra, ni el pie de iluminar el cuerpo: estas dos funciones sin embargo son necesarias al cuerpo, aunque no puede ejercer las dos con un solo miembro.

11. Así Dios que es todopoderoso y que sería capaz de bastarse a sí mismo en todo y de realizar todo lo que quisiera, quiere sin embargo, que en su cuerpo haya motivo de dependencia y ocasión de humildad para ejercicio de la caridad fraterna, a fin de que el hermano ayudando a su hermano sea como una ciudad fuerte y defendida¹¹. Los miembros inferiores ayudan pues a los superiores y son ayudados por ellos; sucede lo mismo entre aquéllos que son semejantes y entre todos absolutamente, unos respecto de los otros. 12. Aquél que predestinó para todos la solidaridad en la vida presente y la bienaventuranza en la vida futura con diferencias y modos particulares, predestinó también él, estas diferencias y estos modos y lo que daría a cada uno. Él, que puede sostener por sí mismo a todos aquí abajo y hacerlos perfectos allá arriba, predestinó la medida, la manera, el tiempo, el lugar, los intermediarios a través de los cuales cada don llegaría a cada uno. Si él creó el mundo, no es para abandonar a otro

9. Cf. Ex 16, 18. 10. 1Co 9, 11
2Co 8, 15 11. Cf. Pr 18, 19

el gobierno del mismo; y tampoco nada se produce en el mundo por azar. El creador gobierna: sin su voluntad ni una hoja cae del árbol, ni un pajarillo cae en tierra¹². 13. Aquél pues que predestinó para los suyos la vida en el cielo les predestinó el camino en el mundo; aquél que predestinó allí el premio, predestinó aquí el mérito; aquél que dará allí la gloria, da aquí la gracia. Pues él no promete para que otro haga; más aún, lo que predestinó para que fuera, él hace que sea; y quien predestinó allí un rango, predestinó el modo por el cual alcanzarlo. 14. No como dicen locamente algunos, que si Dios predestinó para alguno la vida, éste la conseguirá cualesquiera fueren su conducta y sus acciones. Antes bien, aquél que predestinó para alguno la vida, predestinó también que se conduzca de manera de alcanzarla; esto es, ya sea gracias a tal grado de justicia que le sea propio, bien que no de él, ya sea gracias a la fe y a la oración de otro, ya sea según como Dios sabe distribuir a cada uno. Él realiza lo que predestinó; y lo que preparó por una sola decisión que abarca simultánea y de una vez para siempre todo el conjunto, lo concede cuando quiere, como lo preparó.

15. Pero diréis: "Si Dios predestinó la salvación para cada uno de los suyos y también el modo de alcanzarla, entonces no puede vivir de manera diferente a como vive quien está predestinado a vivir así y al cual Dios hace vivir así; como tampoco puede perecer, quien está predestinado a ser salvado". Sin embargo, verdaderamente el predestinado puede también perecer. Así, puede ser salvado y puede perecer. Porque puede perecer incluso aquél que, de hecho no perecerá; y puede vivir de otro modo, quien de hecho, no vivirá de otro modo. 16. Dios no predestinó de ningún modo a este hombre a que no pueda perecer: dotado de libre arbitrio, puede inclinarse hacia un lado o hacia el otro. Dios no lo predestinó a no poder vivir de un modo diferente a como vive; lo predestinó simplemente a vivir así y a no perecer. En efecto, hay una diferencia muy grande entre no perecer y no poder perecer. La primera de estas alternativas es objeto de la predestinación, la segunda de ningún modo; y sin embargo,

12. Cf. Mt 10, 29

ambas son dones de Dios. Poder perecer corresponde a nuestra naturaleza; no perecer corresponde a su misericordia; perecer corresponderá a nuestra falta y a su justicia. De ahí que el predestinado, puede perecer a causa de la mutabilidad de su naturaleza; pero no perecerá a causa de la predestinación de la gracia. La generación celestial lo salva¹³; si en absoluto pudiera perecer, no tendría necesidad de salvación. 17. El objeto de la predestinación es que no perezca aquél que puede perecer; y ciertamente no perecerá aunque pueda perecer, porque está predestinado. En efecto, es imposible que este hombre sea predestinado y perezca. Es necesario, si es predestinado, que no perezca, para que la predestinación no falle. No es necesario que no pueda perecer, porque esto no está contenido con certeza en la predestinación.

18. Así, aquél que predestinó la liberación de la hija, predestinó, a causa de ella, la oración de la madre y la impetración hecha por los apóstoles. Para que se realizara lo que habría de suceder, lo que no ocurriría de otro modo y, sin embargo, hubiera podido ser de otro modo, ni la solicitud de la madre se revela superflua, ni tampoco la aparente indiferencia del Señor, ni la piadosa oración de los apóstoles; es más, en vistas al modo según el cual se realizaría lo que debía realizarse, todas estas circunstancias resultan necesarias. Esto no sucedía para que se produjese a causa de ello una palabra nueva en el plan de Dios, sino para que se realizase el designio eterno.

19. Él, que hubiera podido ya sea rehusar, ya sea conceder de otra manera, prefirió hacerlo así, a fin de dar a muchas personas a la vez; quiero decir: a la hija, el don de la salud; a la madre, la recompensa por su amor; a los discípulos, el ejercicio de la caridad. Él, que exteriormente no respondió una sola palabra a la mujer, obraba interiormente en ella, al par que en los apóstoles, como Palabra del Padre. Él, que por una razón justa y misteriosa había entregado a la hija a Satanás para ser atormentada en su carne, tomó de allí, por así decir, una ocasión, según aquello de que todo, para los buenos, concurre a su bien¹⁴, y creó en la madre y en los discípulos el mérito de la virtud. 20. En efecto,

13. Cf. 1Jn 5, 18

14. Cf. Rm 8, 28

*quien descuida a los suyos y especialmente a los de su casa renegó de la fe y es peor que un infiel*¹⁵; esto se aplica a la madre y a la hija. Para los discípulos y la madre: *El que ve a alguno en necesidad y le cierra sus entrañas no tiene en sí la caridad del Padre*¹⁶. Mientras aquéllos adquieren mérito y la hija recobra finalmente la salud, sólo el demonio es objeto de juego por parte del Señor, según está escrito: *Este dragón que formaste para retazar con él*¹⁷. Si él hubiera previsto este desenlace, ciertamente que hubiera rehusado atormentar a la niña; pero la malicia, del mismo modo que lo había engegucido, así también lo endureció.

21. He aquí dónde resplandece la bondad de nuestro Dios: él nos arranca, por así decir, los méritos, preparando exteriormente la ocasión de obrar y creando en nosotros la buena voluntad. Al mismo tiempo que exteriormente da una orden, interiormente con nosotros, nos la hace cumplir, según se ha dicho: No yo, sino la gracia de Dios conmigo¹⁸. ¿Qué es eso, pues, sino crear en favor nuestro los méritos para recompensarlos él? 22. Seguramente, en lo que hace sin nosotros, no tiene motivo por el cual retribuirnos, si bien lo que hace lo hace por nosotros; aquí no hay mérito, sino ventaja manifiesta. A la inversa, lo que hacemos sin él, merece siempre el castigo, pues no puede ser sino malo. En realidad ninguna acción puede ser hecha sin él, y por otra parte es evidente que lo que él hace no puede ser más que el bien. Pero del mismo modo que a menudo él hace por alguno un bien que para éste carece de provecho, así también sucede que, por él, alguien haga un acto que no le signifique en sí un mérito para obtener la recompensa. 23. Sólo los actos que Dios cumple con nosotros hasta el fin y de tal modo que nosotros lo cumplamos con él, producen mérito y alcanzan la recompensa eterna. El primero de todos y como el fundamento de todos es la fe, y es evidente que no sin nosotros la crea él en nosotros. Porque nadie cree a pesar suyo. Dios todopoderoso y bueno, nos obliga suavemente desde el interior, y por su propia voluntad nos atrae hacia donde él quiere, sin violencia, obrando en nosotros una división íntima

15. 1Tm 5, 8

17. Sal 103, 26

16. Cf. 1Jn 3, 17

18. 1Co 15, 10

para hacernos querer de buen grado lo que no queremos y para hacernos rehusar con vigor lo que queremos.

24. Amadísimos, demos pues gustosamente todo a Dios, puesto que además, como dice el bienaventurado Cipriano "nada es nuestro". Él es quien, como lo atestigua el profeta, *llevó a cabo por nosotros todas nuestras obras*¹⁹, así como él nos creó; él, y no nosotros²⁰. Pero él no nos hace ni hace nuestras obras al modo de un artesano humano que, después de haber terminado una obra cualquiera, deja de obrar y de esta obra, en adelante subsistente, pasa a otra. Él lo hace a la manera como el alma produce la vida en el cuerpo; o el equilibrio, la salud; o el sol, el día; o la luz exterior, la visión en el ojo. Pero estos agentes, no pueden retirarse dejando subsistir la obra, ni la obra puede subsistir cuando ellos se retiran; sino que, una vez acabada la obra, ellos no dejan de hacerla; y cuando dejan de obrar y se sustraen, todo lo que han hecho no tiene existencia. 25. Igualmente Dios, no deja de obrar continuamente para mantener en el ser todas las obras a las cuales ha dado el ser, según la palabra de la Verdad mediante la cual todo fue creado. *Mi Padre obra sin cesar, y yo obro también*²¹. Por el ser es por lo que todo lo que existe tiene la existencia: una vez sustraído el ser, nada absolutamente de lo que por él tiene existencia puede existir. Si pues sin el ser, el ser mismo no puede existir, ¿cómo, sin él, existirá todo lo que existe por él?

26. Todo, para existir, tiene necesidad sin cesar de recibir el ser. Sólo se basta a sí mismo, aquél que es todo lo que tiene y no tiene necesidad de otro distinto que él. Por su ser sempiterno e inmutable, es decir por la operación continua de aquél que es la fuente de su propia existencia, es como tienen la existencia todos los que existen, y esto en la medida, en el momento, y durante el tiempo que él lo obra. Por su sabiduría eterna, es decir, por la operación continua de aquél que es la fuente de su propia sabiduría, es como son sabios todos los que gustan la sabiduría, y esto en la medida, en el momento, durante el tiempo y de la manera como él lo obra. Por su eterna bondad

y caridad, a saber, por la operación de aquél que es su propia bondad, son buenos los que aman el bien, y esto en la medida, en el momento, durante el tiempo y de la manera como él lo obra. Hay que decir otro tanto de la fuerza y de absolutamente todo lo que tiene una realidad, porque del mismo modo que sin él nada fue hecho²², así también sin él nada, una vez hecho, subsiste; nada tampoco podrá de ningún modo sobrepasar lo que recibió de él. 27. ¿Quién pues podría tener algo que no hubiera recibido de él?²³ ¿Quién podría hacer algo sin él?²⁴ Pero las creaturas hechas por él, naturalezas mudables, por sí mismas pueden desfallecer, no obstante con la permisión de aquél que hace todo porque quiere y tampoco permite nada contra su voluntad, de aquél que no hace nada sin razón ni tampoco permite nada sin motivo, cuyos juicios a menudo son ocultos pero siempre justos.

28. La operación creadora del ser y la iluminación de la sabiduría, el fuego de la caridad y la potencia de la fuerza crean en nosotros el ser, la sabiduría, la caridad, la fuerza que nos permiten existir, saber, querer, poder. Todos estos dones, vueltos hacia Dios por efecto de nuestra propia caridad, formada en nosotros por aquélla con la cual él nos ama, nos hacen entre tanto buenos y religiosos aquí abajo. Pero cuando él se haya vuelto plenamente hacia nosotros y nos haya arrebatado perfectamente en él nos volveremos sin duda alguna, bienaventurados. Entonces, en consideración al mérito eterno que él mismo producirá para la eternidad, nos dará la recompensa eterna que es él mismo. 29. Aquél que haya amado en plenitud y en perfección merecerá ser amado siempre del mismo modo. Entre tanto, quien ama más es más amado, porque Dios ama más a aquéllos que aman más. Él nos ama primero para que nosotros amemos²⁵; y así como distribuye a cada uno su medida de fe²⁶, así también sucede con la del amor, con la de la sabiduría, con la de la fuerza, teniendo consigo el gomor²⁷ que utiliza para la distribución. Sin embargo, de todo lo mencionado, a saber el ser, la sabiduría, la caridad, la fuerza, sólo la caridad parece

19. Is 26, 12

20. Cf. Sal 99, 3

21. Jn 5, 17

22. Cf. Jn 1, 3

23. Cf. 1Co 4, 7

24. Cf. 15, 5

25. Cf. 1Jn 4, 19

26. Cf. Rm 12, 3

27. Cf. Ex 16, 16

obtener aquí abajo la recompensa. Lo demás, y por otra parte no sin ella *que no termina jamás*²⁸, más bien parece formar parte de la recompensa. 30. Existir siempre, tener una sabiduría perfecta, poder plenamente, y deleitarse en todo esto por la dulzura de la caridad, ¿no es acaso la recompensa de la vida bienaventurada, merecida por una vida de bien? En efecto, no hay bien en una vida si no por la caridad con la cual se ama a Dios. Y esta caridad, sólo podemos tenerla, en el momento y en la medida en que ella es creada y formada en nosotros por la caridad con la cual Dios nos ama primero. 31. Imploremos pues eso a Dios Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, con todos los afectos profundos y perseverantes de nuestros corazones, prevenidos como lo estamos por él, precisamente para este fin, y atribuyéndosela enteramente. Pidámosle que su caridad se derrame y al derramarse cree en nosotros esa caridad que ama por encima de todo a Dios Trinidad y a causa de él al prójimo, porque en esto consiste todo el mérito capaz de alcanzar la recompensa eterna. ¡Quiera él concedérmolo! Amén.

SERMÓN 35

(Tercer sermón para el segundo domingo de Cuaresma)

Convenía, amadísimos, compensar con nuestros sudores de hoy lo que perdimos del trabajo de ayer. Como sabéis, el sermón prolongado de ayer nos robó, por decir así, la hora de trabajo. Alguien ha dicho: “Él retiene el día con el sermón” (OVIDIO), pero a nosotros ¡el sermón nos ha retenido, y el día se nos ha escapado! Entonces, ya que no queda casi nada de la hora y no hemos terminado plenamente nuestra tarea cotidiana, sólo digamos algunas palabras.

28. Cf. 1Co 13, 8

2. *No he sido enviado*, dice el Señor, *más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel*¹. Puede decirse brevemente, porque también la hora es breve: a quienes fue prometido, fue enviado. *A Abraham y a su descendencia, fueron hechas las promesas*². La promesa hecha en el tiempo es cumplida a su tiempo, y para los Judíos a partir de los Judíos, como está escrito: *La salvación viene de los Judíos*³. Es a ellos a quienes Cristo, nacido de ellos en la carne, fue enviado al fin de los tiempos; a ellos a quienes había sido prometido al comienzo del tiempo, predestinado antes de todos los tiempos. Predestinado para los Judíos y los paganos, nacido sólo de los Judíos inmediatamente en la carne, fue presentado en su nacimiento según la carne a aquéllos a quienes había sido prometido oralmente en el tiempo.

3. Sin embargo, si elevando más alto nuestro espíritu, nos deleitamos en contemplar el misterio de las palabras, ciertamente, por la gracia de la Palabra, no podrán faltarnos sus palabras. Está escrito: *Cuando los animales se elevaban de la tierra, las ruedas se elevaban a la vez y los seguían*⁴. Porque las palabras pronunciadas por el Espíritu Santo seguirán fácilmente hasta el sentido espiritual.

4. “Israel” —puesto que este nombre significa “hombre que ve a Dios”—, se entiende legítimamente del espíritu racional. Por consiguiente, tiene fundamento interpretar que “la casa de Israel” abarca a estos espíritus divinamente predestinados a la visión de Dios, de Dios que conoce por anticipado el nombre determinado desde toda la eternidad. Mientras noventa y nueve ovejas de esta casa, sobre el monte de visión y de delectación de su propio pastor —es decir del Verbo de Dios— marchan holgadamente y se tienden sin temor en los pingües pastos de hierbas siempre verdes⁵, el buen Pastor descendió de junto al Padre, cuando llegó el tiempo de la misericordia⁶. Fue enviado misericordiosamente en el tiempo aquél que, en la palabra de la predestinación eterna por la que Dios dijo todo juntamente y de una vez⁷, había sido prometido desde toda la eternidad; vino a buscar la única oveja

1. Mt 15, 24 4. Ez 1, 20 7. Cf. Sal 61, 12

2. Ga 3, 16 5. Cf. Ez 34, 1 ss.

3. Cf. Jn 4, 22 6. Cf. Sal 101, 14

que se había perdido⁸. Por ella fue enviado en el tiempo, por ella fue prometido desde toda la eternidad, por ella nació, por ella nos fue dado, por ella fue eternamente predestinado. 5. Ella es única, sacada de los Judíos y de las naciones, presente en los Judíos y en las naciones; única, sacada de todas las naciones, presente en todas las naciones; única en el misterio, múltiple en las personas; múltiple por el cuerpo según la naturaleza, única por el espíritu según la gracia; en suma, una sola oveja y muchas. Por esto, el que vino a buscar la única oveja que se había perdido fue enviado *a las ovejas perdidas de la casa de Israel*; no a los cabritos sino a las ovejas; a ellas solas, ciertamente, y a todas ellas. 6. En otro tiempo, los ángeles desertores salieron de entre los santos ángeles, como los cabritos de entre las ovejas, pero no de entre ellos; del mismo modo muchos, ciertamente, salieron de entre estas ovejas que se perdieron, pero no eran de ellas⁹. Las ovejas, por la creación, tienen la misma naturaleza, por la desobediencia, la misma corrupción; pero los predestinados tienen una gracia especial. *Los dones y el llamado de Dios*, dice el Apóstol, *son sin arrepentimiento*¹⁰. 7. La casa de Israel permanece pues en sus ovejas, ángeles, y hombres, desde el punto de vista de la predestinación y del conocimiento del pastor, intacta en cuanto a su número, inmutable en cuanto al carácter de su elección: ella tiene por fundamento esto: *Dios conoce a los que son suyos*¹¹, y su protección es fiel y poderosa, porque la generación celestial los salva¹². Pero ninguno de los extranjeros podrá unirse a ellos para compartir su suerte. Los otros, o bien no están reunidos en su rebaño para alimentarse de los misterios, o bien, en todo caso, se añaden a él sobrepasando todo número¹³. 8. Ahora bien, lo que el pastor reconoce como suyo, nadie puede arrancarlo de sus manos¹⁴. Porque no se puede forzar el poder, engañar la sabiduría, destruir la caridad. Por eso él habla con plena confianza diciendo: *De todo lo que el Padre me dio, no perderé nada*¹⁵ y también: *No perdí a ninguno de los que me diste*¹⁶. Sin embargo, por un designio profundo e impenetrable, permite

8. Cf. Lc 15, 4 ss.

9. Cf. 1Jn 2, 19

10. Rm 11, 29

11. 2Tm 2, 19

12. 1Jn 5, 18

13. Cf. Sal 39, 6

14. Cf. Dt 32, 39. Jn 10, 28

15. Jn 6, 39

16. Cf. Jn 18, 9

momentáneamente que sus ovejas estén mezcladas y errantes aquí abajo, con aquéllas que no son suyas, mientras que, en los montes, guardó a las otras de la promiscuidad con los extranjeros. Para ponerlas aparte y reunir las, él, —prometido por una predestinación eterna y enviado en la novedad de la Encarnación— declara: *No fui enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*¹⁷.

9. Fue enviado como verdad para los engañados, como camino para los que andan errantes, como vida para los muertos, como sabiduría para los necios, como remedio para los enfermos, como rescate para los cautivos, como refección para los hambrientos, y en todos éstos, fue enviado *a las ovejas perdidas de la casa de Israel* para que ellas no estuvieran perdidas. En fin, fue enviado como un alma a un cuerpo muerto, para que a su venida los miembros recalentados revivieran y para que en los miembros envejecidos surgiese una vida nueva: en los miembros carnales, una vida espiritual; en los miembros terrenos, una vida celestial; esto por la primera resurrección. De ahí aquello: *En verdad, en verdad os digo, que llega la hora, y es ésta, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escuchen vivirán*¹⁸. De ahí también que se diga esto otro de las ovejas: *Ellas oirán mi voz y no seguirán al extraño*¹⁹.

10. Se podría decir, tal vez con más exactitud, que es enviado, como lo sería a un cuerpo trunco y sin cabeza, una cabeza que se le sobrepondría y de la cual recibiría la facultad de comprender y el movimiento. Este cuerpo tendría en cierta medida el soplo vital que le viene del corazón, que en el cuerpo es creado primero; sin embargo, sin el auxilio de la cabeza, no hubiera podido tener en ninguna medida la inteligencia para ser iluminado, ni la fuerza para moverse. 11. Como lo aseguran los investigadores en este dominio, el soplo vital nace en el corazón del animal, y a partir de ahí la vida se difunde en todo el cuerpo, mientras que la inteligencia viene de la parte anterior de la cabeza, y el movimiento, de la parte posterior. De modo análogo, en el hombre que fue abandonado medio muerto²⁰ —que es también la oveja perdida— permanecía por su primera creación el soplo vital, es decir la

17. Mt 15, 24

18. Jn 5, 25

19. Jn 10, 4-5

20. Cf. Lc 10, 30

voluntad racional o la libertad natural, que podía recibir de Cristo, Sabiduría y Fuerza de Dios²¹, la iluminación para el conocimiento y la moción para la virtud. 12. Cristo fue enviado pues, para dar en primer lugar, por su propia predicación, el conocimiento que conduce a la fe, y en segundo lugar, por la misión de su Espíritu, la moción que produce la virtud. *Permaneced, dice, en la ciudad hasta que seáis revestidos del poder de lo alto*²². De él viene a la naturaleza racional o a la razón natural, para obrar bien, el sentido y el movimiento, la verdad y la virtud, la fe aquí abajo, la esperanza y la caridad, sin las cuales la razón hubiera podido desatinar y languidecer, ser engañada por las imaginaciones y complacerse en falsedades insanas. Sin él, ella no hubiera podido hacer nada de nada; enviado a las ovejas, él les ha dicho: *Sin mí no podéis hacer nada*²³. Sin él, la libertad natural estaba sola y no podía más que caer, por lo cual se dice: *¡Ay del solo, que, si cae, no tiene quien lo levante*²⁴.

13. El buen pastor fue enviado para consolidar lo que estaba quebrado, para fortalecer lo que era débil²⁵. Lo que estaba quebrado y era débil, era el libre arbitrio del hombre, que en otro tiempo, elevándose por encima de sí mismo, cayó por debajo de sí; y no teniendo la fuerza de sostenerse se oprimió y se quebró a sí mismo, en sí mismo y por sí mismo. Una vez quebrado por sí mismo y también debilitado en sí mismo, fue totalmente incapaz de enderezarse por sí mismo. Consolidado al fin y reconvertido por la fe y la caridad del propio Cristo y por ello hecho fecundo, pero no completamente engordado y fortalecido, tanto que no es colocado con las otras noventa y nueve en los fértiles pastos, sino que es llevado en los brazos del pastor: *Él llevará en su seno a los corderos*, dice la Escritura, *y cuidará a las paridas*²⁶.

14. Por todas estas razones, y por muchas otras que podrían ser desarrolladas de muchas maneras, fue enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel, por su manera de vivir y sus errores culpables. Preparada desde la eternidad, prefigurada en otro tiempo por muchos hechos y palabras²⁷, la gracia fue revelada finalmente

21. Cf. 1Co 1, 24

22. Lc 24, 49

23. Jn 15, 5

24. Qo 4, 10

25. Cf. Ez 34, 16

26. Is 40, 11

27. Cf. Hb 1, 1

para que no perezcan aquéllos a quienes la elección no permite perecer y a los que su libertad natural es incapaz de salvar.

15. Pero mientras secreta y familiarmente dirigía estas respuestas a sus discípulos, cual si se tratara de secretos, la mujer presurosamente llegó y adoró. Adorémosle también nosotros y pidámosle que se digne iluminarnos sobre la continuación del texto, él, Dios vivo y verdadero con el Padre y el Espíritu. Amén.

SERMÓN 36

(Cuarto sermón para el segundo domingo de Cuaresma)

No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perros¹. Como lo explicamos en el sermón de ayer, *los dones y el llamado de Dios son irrevocables*². Así desde el punto de vista de la verdad inmutable de la predestinación divina, los que una vez son hijos no dejan jamás de serlo, y los que una vez no fueron hijos no devienen jamás hijos. Pero en el plan de las obras de la justicia o de la justicia de las obras, hay quienes no son hijos y devienen hijos, e inversamente, otros que son hijos y dejan de serlo. 2. Por lo que se refiere a aquéllos que son verdaderamente hijos y a aquéllos que no lo son, son contados e inventariados en comparación con el verdadero Padre *en quien no hay ningún cambio ni sombra de variación*³. Él conoce bien lo que, en su Único, en el Verbo inmutable, una vez y para siempre, procreó de manera perfecta al engendrarlo y engendró al proferirlo: en él decidió todo al mismo tiempo y una sola vez. Nada absolutamente de todo esto podrá desaparecer, como tampoco él pudo engañarse, porque no vio por adelantado el futuro que realizaría, sino más bien hizo por adelantado el

1. Mt 15, 26

2. Rm 11, 29

3. St 1, 19

futuro⁴ que vería realizado. 3. Lo que hizo no lo hizo porque sería o debía ser; sino que sería y debía ser porque debió hacerlo. Así sólo sucedería lo que él quiso, y porque lo quiso; y del mismo modo que nunca comenzó a querer lo que quiere, así también no podrá dejando de quererlo poner allí un término; ni queriendo lo que no quería, cambiar eso que quiso; ni, por un nuevo designio sobreañadir a su primera voluntad lo que en primer lugar no quiso. *Su designio permanece eternamente y los pensamientos de su corazón subsisten de generación en generación*⁵. Ciertamente, el Todopoderoso puede todo; pero la Verdad no puede negarse a sí misma; ni la Sabiduría dejar escapar algo de lo cual más tarde tuviera que acordarse; ni la Caridad cometer una falta⁶ que luego tuviera que corregir.

4. Él no hizo lo que nosotros vemos que acontece porque debía acontecer, sino que debía acontecer porque él lo hizo por adelantado; así seguramente lo que llamamos bueno, no lo hace ni lo ama porque sea bueno, sino antes bien es bueno porque él lo hace y lo ama. De él, principio eficiente, necesariamente todo lo que vemos de real y de bueno en las cosas recibe tanto el ser como la bondad.

5. El Hijo que conoce perfectamente al Padre, y da testimonio de su acción, declara exultando en el espíritu: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños⁷. Y añade como para indicar la razón de este modo de obrar: *Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito*.

6. Creamos, hermanos míos, creamos os lo ruego, nosotros los siervos, al Hijo que habla de su Padre. Porque el Padre muestra al Hijo todo lo que él hace⁸, y sin él no hace absolutamente nada; más aún, por él hace todo⁹, el Hijo que es creador con el Padre y hace idéntica y semejantemente todo lo que hace el Padre. *Sí, dice, porque tal ha sido tu beneplácito*¹⁰.

4. Cf. Sal 45, 11 (LXX)

5. Sal 32, 11

6. 1Co 13, 14

7. Mt 11, 25-26

8. Jn 5, 19-20

9. Jn 1, 3; 14, 10

10. Mt 11, 26

Ésta es la razón total y principal de todo lo hecho, ésta es la causa primera y principal de los acontecimientos. Después y bajo esta causa primera y suprema pueden nacer de ella muchas causas diversas de efectos diversos. Pero buscar, antes de esta causa de las causas, otra causa de su existencia, es, como se dice, proseguir el razonamiento más allá de Dios.

7. Lo que agrada al Padre es bueno, y enteramente y solamente bueno en las cosas; y porque esto le agrada, por eso es bueno, no porque esto fuera en primer lugar bueno en sí o por sí o de sí luego le agradó. A la inversa, lo que no le agrada no es bueno, y enteramente no es bueno, y solamente no es bueno: y es porque no le agrada por lo que esto no es bueno. Así, es bueno, solamente bueno, enteramente bueno, lo que es de su beneplácito; y bueno, porque es su beneplácito.

8. Amadísimos, porque ignoramos absolutamente cómo aquél que no tiene necesidad de nuestros bienes¹¹ acepta los bienes que pensamos hacer, nos preguntamos con tanto temor y ansiedad si, en todas nuestras acciones, somos dignos de amor o de odio¹². Estas acciones, suponiendo que lleguemos a saber hasta cierto punto que son buenas, porque le agradan, ¿cómo saber, incluso entonces, a quiénes deben ser útiles, provechosas y buenas, y si a nosotros o tal vez a otros? 9. Por un juicio profundo y escondido, el necio está en efecto al servicio del sabio. Ahora bien *el necio cambia como la luna*¹³, y después de haber progresado por un largo crecimiento, súbitamente decrece y se eclipsa. Por el contrario, el sabio persiste como el sol, y después de haber perseverado, indudablemente será salvado¹⁴ y habrá trabajado no sólo para los otros sino también para sí mismo. Lo que hizo no es pura y simplemente bueno porque agrada a Dios, ni bueno para los otros solamente, sino bueno para sí mismo, porque en esto él mismo agradó a Dios. 10. A veces la acción de alguien agrada al Juez supremo sin que por eso le sea agradable aquél que obra. Y lo que es simplemente bueno

11. Cf. Sal 15, 2

12. Cf. Qo 9, 1

13. Si 27, 12

14. Cf. Mt 10, 22

en sí no siempre es universalmente bueno, porque lo bueno no siempre es bueno para todos. Así no se le dijo a la mujer: "No es bueno para los perros que se tome el pan de los hijos para dárselo a ellos", sino simplemente: *No es bueno tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros*¹⁵. Si se lo hiciera, sería un bien para los perros y un mal para los hijos. Del mismo modo, todo lo que es mal no es mal para todos; es mal, simplemente, lo que no agrada a Dios, así como es bueno, simplemente, lo que le agrada.

11. No es bueno, es decir no agrada a Dios, que se tome la gracia de los predestinados y el pan del cielo —al menos aquél que no puede ser comunicado a los extraños— como fuente propia, para darla a los no predestinados, a los que son reprobados eternamente, y que por lo demás son malos en esta vida: sin embargo, no es que sean malos porque son reprobados, ni, por cierto, que sean reprobados por adelantado porque serán malos después, sino que ellos son a pesar de todo justamente reprobados puesto que su voluntad y sus actos son malos. No obstante, si pudiera ser así, sería un bien para los unos lo mismo que un mal para los otros.

12. De donde se pone de manifiesto que todo bien no es un bien para todos, y que algo puede ser un mal para alguno, pero por su perversidad; que todo mal no es un mal para todos, y que algo puede ser un bien para alguno, pero por la bondad divina; que todo lo que es bueno para alguno no es necesariamente bueno pura y simplemente, como tampoco todo lo que es mal para alguno es, al punto, un mal. 13. Hay bienes que son buenos para los buenos, como también males que son malos para los malos. Y hay bienes que son malos para los malos, como también males que son buenos para los buenos. Sin embargo nunca el bien es el mal, ni el mal es el bien. Quizá hay también bienes que son malos para los buenos, como también males que son buenos para los malos. De todas formas, bueno, simplemente y siempre, es lo que agrada a Dios y que recibe su bondad de aquél que, por sí mismo y en sí mismo, y no debido a otro

15. Mt 15, 26

que a sí mismo, es siempre el soberano Bien, según está escrito: *Nadie es bueno sino sólo Dios*¹⁶. A la inversa, lo que de ningún modo es bueno, es lo que no agrada a aquél cuya satisfacción no saca su bondad de otro bien, sino que él mismo es el propio Bien. Por una consecuencia necesaria, lo que no se compagina con él está en desacuerdo con el bien, y por eso deviene un mal.

14. ¡Ea!, hermanos carísimos, en una tal complejidad de las cosas y en medio de vicisitudes tan diversas que impiden toda consistencia a la multiplicidad misma —porque los bienes y los males no se revelan como si fueran siempre, para todos y uniformemente buenos o malos— ved cómo y hasta qué punto nos convendrá ser siempre temerosos, circunspectos y atentos, por el temor a que las cosas que deseamos como bienes no sean males para nosotros, o que los bienes de hoy no sean males de mañana, o que las cosas que tememos y rehuimos como males no sean para nosotros bienes, o que los males de hoy no sean los bienes de mañana.

15. Ved también que ignoramos no sólo lo que tenemos que hacer, sino también lo que tenemos que pedir o que desear como conviene¹⁷. Imploremos entonces al Espíritu que escudriña, no buscando sino penetrando, las profundidades de Dios¹⁸, y que conoce toda la voluntad del Padre y su beneplácito, según el cual intercede en favor de los santos¹⁹. Pidámosle que ayude sin cesar nuestra debilidad para que queramos, no lo que queremos porque lo queremos, sino solamente y siempre lo que quiere el Padre porque el Padre lo quiere, prefiriendo esperar de él lo que él quiere y amarlo, más bien que determinar lo que nosotros mismos queremos y desearlo. Instruidos por su Verbo sagrado, digamos al Padre: *Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra*²⁰; y también: *No lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*²¹. Al cual el bienaventurado Padre Agustín hablando religiosamente en sus "Confesiones" decía: "Tu mejor servidor es aquél que no piensa en escuchar de ti lo que quiere, sino más bien en querer lo que oyere de ti".

16. Mc 10, 18

17. Rm 8, 26

18. Cf. 1Co 2, 10

19. Cf. Rm 8, 27

20. Mt 6, 10

21. Mc 14, 36

16. Pero decís: “¿Por qué pedir en nuestra oración lo que él quiere, puesto que se hará aunque nosotros no lo pidamos?” Añadiría: ¿por qué pedir en vuestra oración lo que él no quiere, puesto que incluso si lo pedís, qué digo, aunque vosotros os rompíeis el pecho rogando, no sucederá de ninguna manera? Sin embargo, si nuestro sermón de anteayer no se os hubiera ido de la memoria, esta pequeña cuestión no hubiera podido turbaros ahora de ningún modo. 17. Hay muchas cosas que Dios quiere, y que sin embargo no quiere dar sino mediante la oración. Por el contrario, nada de lo que no quiere puede ser obtenido absolutamente de ninguna manera. No obstante, no siempre es tontería o impiedad pedir lo que él no quiere; ni siempre es piedad o sabiduría pedir lo que quiere. De estas cuestiones, hemos tratado ya ampliamente, debéis acordaros de ello.

18. Puesto que ignoramos muy a menudo cuál es su querer, debemos siempre pedir lo que nos pareciere mejor de acuerdo con la piedad, y esto no de una manera absoluta, sino conforme al ejemplo que nos ha dado la propia Sabiduría, que dice al Padre: *Si es posible, o: Si quieres, aleja de mí este cáliz*²². Y de la misma manera debemos decir siempre: *Abba, Padre, no lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*²³. En efecto, si alguien, sabiendo que Dios quiere una cosa, quiere que enseguida no la quiera más ¿dónde estará la piedad? Más aún, querer, para que se cumpla nuestra voluntad, hacer cambiar a Dios que es absolutamente inmutable, ¿no sería un sacrilegio?

19. Yo no quiero en absoluto un Dios al cual mi deseo apasionado haga renunciar, en mi favor, a la verdad de su palabra, sino un Dios cuya acción me haga renunciar a la vanidad de mi palabra; no un Dios que, a causa de mí, empiece a querer lo que hasta entonces no había querido, sino un Dios que, a causa de él, me haga querer lo que siempre ha querido. 20. Mi Doctor y Señor Jesucristo, verdadero Dios, verdadero sacerdote, verdadera víctima, que se ofreció a sí mismo, al Padre y al Espíritu Santo, como hostia y oblación por nosotros, no pidió al Padre

otra cosa que lo que el Padre quiso, y en favor de aquéllos que el Padre quiso, oró al Padre diciendo: “Padre Santo, conserva a aquéllos que me diste. No ruego por el mundo que no me diste, sino por aquéllos que me diste del mundo²⁴”. 21. Por ellos, amadísimos, presente ahora ante el Padre²⁵ intercede²⁶, “poseyendo un sacerdocio sempiterno” cuya permanencia no interrumpe la muerte²⁷, y ofreciendo un sacrificio sempiterno. Porque él no cambió su oración o su voluntad, como si en la tierra hubiera rogado por algunos y allá arriba intercediera por otros. 22. A él, el sacerdote soberano, allá arriba el coro de los santos, como supliendo a la humanidad ignorante, responde añadiendo sin cesar: “Amén” a esta oración: en ellos, ningún sentimiento, ninguna voluntad que le sea contraria o se aparte de él, porque allá arriba no hay ninguna oscuridad que provenga de la ignorancia, ninguna turbación que provenga de las pasiones. Y ésta es la oración de los santos por nosotros. En efecto, en su luz santa, los santos ven con toda verdad lo que deben querer, y con su fuerza tienen la energía para cumplir lo que se les presenta como un deber. 23. De acuerdo con ellos, carísimos, en la medida de nuestra debilidad, amemos todo lo que Dios hace, queramos lo que él quiere porque él lo quiere, sin reservarnos nada de nuestro corazón; respondamos siempre *Amén* y *Deo gratias* al autor y al Señor de todo, Dios, a quien sean el honor y el poder en todo y por encima de todo, por la eternidad y más allá. Amén.

22. Mt 26, 39. Lc 22, 42 23. Mc 14, 36

24. Cf. Jn 17, 11. 9. 6. 26. Cf. Rm 8, 34
25. Cf. Hb 9, 11-24 27. Cf. Hb 7, 23-25

SERMÓN 37

(Quinto sermón para el segundo domingo de Cuaresma)

No es bueno tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros¹. Hoy, amadísimos, con la ayuda de Dios fuimos diligentes. Porque la hora todavía no acabó y he aquí que ya terminamos toda la tarea del día. Vale la pena pues, que nos dispongamos a completar lo que falta del sermón de ayer.

2. Tocamos al pasar la idea de que la Sagrada Escritura habla de "hijos", a veces según la verdad de la predestinación, a veces según el mérito de la vida. El juicio divino sobre los hijos de los hombres se expresa también a menudo de dos maneras diferentes: según el plan de su propia decisión, o según el mérito de la acción humana. Porque según la obra de la justicia o la justicia de la obra, el mal deviene bien y el bien mal; el perro deviene hijo y el hijo, perro. 3. Los Hebreos en otro tiempo fueron llamados hijos a causa de la ley y de la alianza y de las promesas recibidas de Dios, a causa también de los lazos sagrados de las observancias y de su sumisión a los mandamientos; al contrario, todos los paganos, que estaban privados de ellos, fueron llamados perros. Pero a partir del momento en que entre éstos, los hijos que no estaban incluidos en el número de los predestinados, después de haber mentido a Dios recayeron en su vetustez y se alejaron vacilantes del camino de sus padres², que eran hijos según el plan de la predestinación, el reino de Dios les fue arrebatado y fue transferido, junto con el nombre de hijos, a los paganos³. 4. Ahora bien, justamente se dice en un salmo: *Oh Dios, eres tú quien me concedes la venganza y me sometes los pueblos. Por eso, Señor, te alabaré entre las naciones*⁴. Aquéllos pues que antes fueron llamados perros, ahora son llamados hijos; los que antes eran llamados hijos, luego son llamados

1. Mt 15, 26

2. Cf. Sal 17, 46

3. Cf. Mt 21, 43

4. Sal 17, 48-50

perros: *Una jauría de perros*, dice el salmo, *me rodeó*⁵. Y no sólo son tratados de perros, sino incluso de serpientes, según está escrito: *Afilan sus lenguas como serpientes*⁶, etc. Es más, para colmo de ignominia, los que en otro tiempo eran llamados hijos de Dios oyen de boca del verdadero, natural y único Hijo de Dios, que seguramente conocía al Padre de manera privilegiada y a todos sus hermanos por sus nombres⁷ que se les dice: *Vosotros tenéis por padre al diablo*⁸.

5. Pero, como *hay un tiempo para todas las cosas bajo el sol*⁹, y como, a partir de esta especie de punto, que contiene todo simultáneamente, se desprende la sucesión lineal de todo lo real según un rasgo bien determinado, de modo que ellas salgan de él no simultánea y confusamente, sino cada una en su orden, no es bueno que esto mismo que debe sobrevenir, sobrevenga de otro modo que a la hora y del modo que debe sobrevenir. 6. Moisés dice de los Amorreos, cuyas faltas exigían la expulsión, pero que no habían llegado todavía a la plenitud requerida: *Todavía no se han colmado los pecados de los Amorreos*¹⁰. Por eso no podían ser expulsados, para ceder el lugar a los hijos de Israel. Pero, por otra parte, los Hebreos no debían esperar en Egipto, porque los pecados de los Egipcios estaban ya maduros para el castigo. He aquí por qué ellos anduvieron errantes cuarenta años por el desierto. El caso es igual para los gentiles de los cuales habla el Apóstol: *Para que ellos colmen constantemente la medida de sus pecados*¹¹. Y aquello de: *Que el hombre vil siga cometiendo vilezas*, y a la inversa: *Que el justo se justifique todavía más*¹².

7. Amadísimos, en la variedad de todas las cosas, nada sucede a la ventura, nada confusamente, nada sin motivo, nada sin causa, en lo que concierne al gobierno del Moderador supremo. Sí, era necesario que el pan fuese quitado a la generación perversa y a los hijos infieles¹³ y fuese dado a los perros que merodeaban alrededor de la ciudad¹⁴; pero no era todavía algo bueno, porque

5. Sal 21, 17

6. Sal 139, 4

7. Cf. Jn 10, 14-15

8. Jn 8, 44

9. Cf. Qo 3, 1

10. Gn 15, 16

11. 1Ts 2, 16

12. Ap 22, 11

13. Cf. Dt 32, 20

14. Cf. Sal 58, 7

aún no era el momento de que esto se hiciese. Los que mataron a los profetas¹⁵ no habían matado todavía al Señor de los profetas. Los miembros ya muertos no se habían separado todavía de la cabeza, perdiendo así completamente la vida y el sentido. El Espíritu aún no los había abandonado para llenar al centurión y hacerle exclamar abiertamente: *En verdad, este hombre era el Hijo de Dios*¹⁶. 8. Todavía no había llegado para ellos el tiempo de escuchar: *A vosotros convenía predicar primero el reino de Dios, pero puesto que os juzgais indignos de la vida eterna, he aquí que nosotros nos volvemos hacia los paganos*¹⁷. Las amenazas primero, la realización después. He aquí por qué no fue en primer lugar “algo bueno” aquello que lo sería más tarde, llegado el momento de *tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros*.

9. Tal vez, hermanos míos, esta mujer, iluminada interiormente por el Espíritu, comprendió esta verdad, que la filiación de los judíos sería transferida a los paganos por el Cristo a quien ella hablaba. Impaciente en la devoción de su fe y en el deseo de la realización, ella insiste y revela el misterio antes de tiempo diciendo: *Sí, Señor, pero los cachorros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos*. Entonces oyó que se le decía: *¡Mujer, grande es tu fe!*¹⁸ Esta fe, elevada por el fermento del deseo, que sobrepasa la estrechez de su corazón, no puede contenerse en los límites de su secreto. He aquí la razón por la cual Isaías, venciendo por decir así un corazón femenino por una resistencia viril, exclama: *Mi secreto es mío, mi secreto es mío*¹⁹. 10. Según la verdad de la historia, la mujer recurre a una parábola muy legítima cuando dice: *Los cachorros comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos*. Porque mientras el Señor Jesús partía a los hijos el pan de las Escrituras por su enseñanza y por las curaciones que hacía, algunas migajas de sus beneficios, antes de la pasión, llegaron a los perros. Y para no buscar muy lejos un ejemplo, volvamos a la Cananea y a su hija cuya historia tenemos en los labios²⁰. A ella pues se le dice: *Hágase contigo como tú quieres*, puesto que manifestamente, *grande es la fe* con la cual

15. Cf. Mt 23, 31

17. Hch 13, 46

19. Is 24, 16

16. Mt 27, 54

18. Mt 15, 27-28

20. Cf. Ez 36, 3

has pedido. 11. Quien es capaz de creer todo es capaz de obtener todo: *Todo es posible al que cree*²¹. Muy a menudo, hermanos, no obtenemos lo que pedimos porque vacilamos en la petición. Porque para una fe bastante grande nada hay demasiado grande. Comparada a un grano de mostaza, ella transporta incluso las montañas²².

12. La fe, amadísimos, desde el punto de vista que nos interesa aquí, es llamada grande bajo cuatro aspectos: o por la ciencia, o por la confianza, o por la devoción, o por la constancia. Bajo el primer aspecto, es aquella que, —una vez iluminado el rostro del espíritu—, es grande y poderosa para dar razón de la esperanza que está en nosotros a todos aquéllos que nos pregunten²³ y para destruir toda altanería que se levante contra la ciencia de Cristo²⁴. Esta fe resplandeció de modo excelente en el bienaventurado apóstol Pablo, que hace mención de ella cuando dice: *Si tuviera toda la ciencia y conociera todos los misterios...*²⁵, etc. 13. Bajo el segundo aspecto, la fe es grande y poderosa no sólo en discurso y en ciencia, sino también en poder²⁶: por ella se obran fácilmente signos y prodigios. De ella declara también el mismo Apóstol: *Aunque tuviera plenitud de fe, como para trasladar montañas*²⁷, etc. Y en otra parte: *A otro es dada la fe en el mismo Espíritu*²⁸. De ella también dice Santiago: *Sin vacilar en la fe*²⁹. 14. Bajo el tercer aspecto, es grande y poderosa para suscitar la compunción y las lágrimas, el disgusto del mundo entero y el deseo del rostro de Dios. Es ella la que hace suspirar al profeta: *¿Cuándo vendré y apareceré ante el rostro de Dios? Mis lágrimas fueron mi pan día y noche*³⁰. Y en otra parte: *Mi corazón te dijo: Mi rostro te buscó; buscaré, Señor, tu rostro*³¹. Es ella la que, en el silencio de los monjes, habla al Señor en un suave susurro y boca a boca, como un hombre a su amigo³². De ahí que su boca es santa y sus labios puros por la palabra del Señor que ellos frecuentan. Por el deseo de esta pureza, ellos se alejaron de en medio de los pueblos de labios

21. Mc 9, 22

25. 1Co 13, 2

29. St 1, 6

22. Cf. Mt 17, 20

26. Cf. 1Co 4, 20

30. Sal 41, 3-4

23. Cf. 1P 3, 15

27. 1Co 13, 2

31. Sal 16, 8

24. Cf. 2Co 10, 5

28. 1Co 12, 9

32. Cf. Nm 12, 8

impuros³³, huyeron de todos los atractivos de este mundo y permanecen purificados en la soledad³⁴. 15. En fin, bajo el cuarto aspecto, es grande y poderosa para vencer fuerte y constantemente al mundo con sus crueldades y sus atractivos. De ella, el bienaventurado Juan escribe: *Ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe*³⁵. La primera triunfa del mundo por la reflexión, la segunda por los milagros, la tercera por la huida, la cuarta por la lucha.

16. Sin embargo, bajo qué aspecto la fe de esta mujer fue llamada "grande", lo conoce aquél que alabó por fuera lo que formó por dentro. Mas nosotros creemos que es grande por la razón que él mismo ha dicho³⁶, él, que no puede ni engañarse ni engañar.

17. Por lo demás, si podemos a nuestro gusto hacer subir todavía más alto nuestro sermón y ver en los hijos a los santos ángeles y a los espíritus de los justos que, admitidos a la mesa del Verbo, expresan la exultación y la alabanza, participan del festín en presencia de Dios³⁷ y están en transportes de alegría³⁸, embriagados ya de la opulencia de su casa³⁹, mientras nosotros todavía estamos tendidos a las puertas, en la mendicidad y la espera, voy a decir con toda simplicidad, brevemente y en un lenguaje sin pretensión lo que a veces, abandonando una especulación interior más elevada por una devota imaginación, tengo costumbre de representarme a este respecto.

18. Supongamos que mi Señor Jesucristo esté como un padre de familia en su casa *con las puertas cerradas*, festejando con sus hijos y sus amigos, regocijándose en toda opulencia y seguridad, según está escrito: *No me molestes: yo y mis hijos estamos en la cama*⁴⁰. Pero nosotros, que todavía peregrinamos lejos del Señor⁴¹, que estamos apostados aquí y allá, como suele verse ante las casas donde festejan los ricos, como una turba pobre y sórdida, débil y famélica, llamamos por su nombre al Señor y a la Señora y aquellos convidados que conocemos. 19. Para moverlos a compasión, les hablamos del frío y del hambre que padecemos.

33. Cf. Is 6, 5

34. Cf. Sal 54, 8

35. 1Jn 5, 4

36. Cf. 2Co 4, 13

37. Cf. Sal 41, 5

38. Sal 67, 3

39. Cf. Sal 35, 9

40. Lc 11, 7

41. Cf. 2Co 5, 6

Enumeramos sin reticencias las enfermedades que sufre cada uno de nosotros: ceguera, cojera, consunción y contracturas, y también parálisis, o lepra, u otras mil desgracias. Nos alentamos mutuamente a gritar más fuerte. A menudo dominados por la impaciencia, acusamos de sordera a los que están en el interior. Les reprochamos el no rehusarse nada y el tranquilizarse respecto del otro. Les acusamos de ignorar o de descuidar las miserias de los pobres, por olvido o por falta de experiencia. 20. ¿Qué más añadir? Los que en el interior están en paz soportan con gran paciencia la impaciencia de los que padecen hasta que vengan el tiempo y la hora oportunos para distribuir los restos o hacer entrar a algunos para restaurarse completamente. Algunos ricos hacen así todos los días; a menos que tal vez, cansado por la desvergüenza extrema de un audaz y no por amistad hacia él, el padre de familia le haga dar algo aparte, como está escrito: *Él se levantará y le dará todo lo necesario*⁴².

21. Pero quiero añadir algo todavía: mientras los pobres esperan fuera, mendigando y al acecho, sucede a menudo que algunos, para estar más cómodos o tener un lugar mejor, o para tener más calor, se alejan del umbral. A veces, incluso, para poder poner bajo sus pies desnudos alguna alfombra grosera, o barreduras, o paja, u otra cosa semejante se golpean salvaje y cruelmente, se dan puñetazos con brutalidad, de modo que el tumulto sube a oídos del padre de familia y de sus convidados, excitando la irritación de ellos y atrayendo al mismo tiempo sobre los mendigos la vergüenza o tal vez el desprecio. 22. ¿No ocurre lo mismo, decidme, con las rivalidades, los celos, los pleitos entre hombres religiosos y especialmente monjes de nuestro tiempo, por tierras, bosques, pastizales, rebaños? Ellos nunca tienen suficientes tierras para los hombres, suficientes hombres para las tierras, suficientes pastizales para los rebaños, suficientes rebaños para los pastizales: Todo esto sube a mis oídos⁴³, dice el Dios de los ejércitos. Por causa de esto el nombre y la estima de la vida religiosa se han envilecido a los ojos de los hombres; ignorarlo, es no saber nada. 23. Además es de temer que, cuando venga el Señor para

42. Lc 11, 8

43. Cf. 2R 19, 28

dar mientras tanto una limosna a algunos, y para hacer entrar a otros definitivamente, aquéllos estén en lugar apartado debido a sus rivalidades y a sus pleitos. O si están allí, liquidadas sus rivalidades y pleitos, es de temer que sea un gran peligro para ellos, y que se presenten más bien para ser castigados que para ser restaurados. Alegar, como lo hacen, que ellos defienden así la causa de Dios, y que el amor de Dios es el que los mueve a acosar a su hermano por una pajilla, es tan fútil como alejado de la profesión de una vida perfecta. Es por su propio interés que acuden ante la justicia, y son sus propias causas las que, incluso sin saberlo, defienden. Porque lo que es de todos es de Dios. 24. Hermano, este bien —objeto de nuestro litigio— ¿no pertenecerá igualmente a Dios y a su Iglesia, ya sea que tú se lo cedas a él, que es religioso como tú, ya sea que se lo arrebatas? ¿Es tan importante ante Dios arrebatarse este bien a una iglesia o a un monasterio para transferirlo a otro, como para que esta causa tuya, deba ser llamada suya? ¿Por qué no es también la causa de Dios la que él defiende? ¿Habrá que temer que Dios pierda de un lado lo que gane del otro, cuando Dios posee en una y otra parte, él a quien pertenecen el universo y su plenitud⁴⁴, y que no podría ganar aquí, lo que allí no pierde? 25. ¿No es evidente que estos hombres litigan por sí mismos, a fin de conservar o adquirir paja para poner bajo sus propios pies? ¿Dónde prescribió Dios querellas y pleitos? ¿Dónde los aconsejó, recomendó o autorizó? Pero, dicen, los toleró. ¡Y sí! el adulterio, el homicidio y los otros crímenes fueron buenamente permitidos por el Bueno, pero malamente cometidos por el malo. Pero volvamos a nuestro tema. Porque cada uno llevará su propia carga⁴⁵ y dará cuenta de sí mismo a Dios⁴⁶.

26. Cuando el padre de familia, que no debe nada a nadie y da gratuitamente, ha hecho limosna o ha acogido a quien quiso, el que recibió menos murmura más; sucede lo mismo entre nosotros: cuando alguien estima humildemente tener menos gracia que su hermano, murmura piadosamente, se puede decir, contra el padre de familia, a la manera de los viñadores del Evangelio⁴⁷;

44. Cf. Sal 39, 12

46. Cf. Rm 14, 12

45. Cf. Ga 6, 5

47. Mt 20, 11-12

ambiciosa sin envidia carismas más elevados y mejores⁴⁸, rivalizando con un celo bueno en humildad, o en obediencia, o en caridad; o en paciencia, o en meditación, o en oración con la vida de este otro hermano. Pero aquéllos que, al fin de cuentas, no obtendrán absolutamente nada, semejantes a esa gente a la que se llama hoy “truhanes” y a los que se reconoce muy bien en este proceder, se irán de allí blasfemando y, cargados así con una falta eterna, serán justamente castigados para siempre. Entretanto, nosotros esperamos todos juntos. 27. Pero si uno de ellos, más sutil, más ávido y más obstinado que los otros —pues vence todo— encuentra el medio de introducirse a través de las rejas o por alguna brecha, estará en condiciones de gustar ya las migajas que caen de la mesa de sus señores, como también de lamer y sorber una u otra cosa *con qué llenar, hartar y engordar su alma*⁴⁹. Aunque entre nosotros se considera con razón a un hombre tal como muy raro en grandeza y dignidad, o tal vez, como único en su género, es sin embargo comparado aquí, no a un hombre, ni incluso a un perro o a un cachorro, sino a un cachorrito. Pues el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él⁵⁰. Así David que no era solamente un familiar de esta casa, sino un paraninfo, se califica a sí mismo temblando, no sólo de perro, sino también de pulga⁵¹. 28. Pero no sólo por su oportunidad o su bajeza un hombre tal es comparado a un cachorrito; es también a causa de su irracionalidad y de su pusilanimidad y de su mutabilidad. Porque se reconocía como un animal, como un ser mudo, irracional, vil y diminuto cualquiera fuera entre los mortales la sabiduría o el poder de aquél que fue capaz de introducirse hasta la verdadera sabiduría, la verdadera dignidad, la verdadera grandeza. 29. Conocía con toda verdad cuán débil es nuestra fuerza, aquél que pudo deslizarse por encima de sí mismo hasta Dios; aquél que sin embargo, por tener todavía el paladar dañado por la insípida fatuidad terrena, no puede gustar plenamente la dulzura de lo alto, como tampoco puede, con sus ojos legañosos, ver toda la luz: lo que a pesar

48. Cf. 1Co 12, 31

50. Cf. Mt 11, 11

49. Sal 62, 6

51. Is 24, 15

de todo lo que haya oído, o visto, o sentido, una vez vuelto en sí, será totalmente incapaz de expresarlo, porque se trata de esas cosas inefables de las cuales no le está permitido al hombre hablar⁵². Una vez vuelto en sí, todavía es un hombre, aquel que entre tanto, en un arrobamiento tal, es más que un hombre. 30. Abrahán, este incomparable padre en la fe, este modelo de obediencia, después de su visión celestial, se califica de ceniza y de polvo⁵³. Moisés, después de la visión de la zarza, reconoce que no tiene elocuencia y que se le traba la lengua⁵⁴. También Daniel enferma gravemente y languidece durante largo tiempo⁵⁵. Ezequiel cae rostro en tierra y, para poder ponerse en pie, necesita de alguien que lo levante⁵⁶. Juan, el apóstol y evangelista, teme y este gran teólogo cae como muerto a los pies del Señor Jesús, a quien ama ardientemente⁵⁷. Pedro, Santiago y este mismo Juan, ante la voz que viene de la nube, se prosternan en tierra y, como ebrios o locos, no saben ya lo que dicen⁵⁸.

31. En cuanto a nosotros, hermanos, que estamos muy lejos de esta penetración y de esta audacia, de esta sinrazón tan sabia, de esta languidez tan vigorosa y de este sublime abajamiento, esperemos con paz y paciencia, en la vida común, recibir la limosna común, clamando sin cesar al Señor y a sus santos que nos hagan entrar un día, de aquí allá y entre tanto que no nos dejen completamente ayunos, privados de la gracia de la comunión de nuestro Señor Jesucristo que vive y reina, Dios, con el Padre y el Espíritu Santo. Amén.

52. Cf. 2Co 12, 4

53. Gn 18, 27

54. Ex 4, 10

55. Dn 10, 8

56. Ez 1, 28; 2, 1

57. Ap 1, 17

58. Mc 9, 5

SERMÓN 38

(Primer sermón para el tercer domingo de Cuaresma)

Estaba Jesús expulsando a un demonio, y éste era mudo¹. Amadísimo, fácil era al Señor Jesús expulsar de este hombre al demonio, el cual no hubiera podido entrar en él, sin su permisión y su licencia. En toda la multiplicidad de las creaturas nada hay que el Padre no haya creado y que no gobierne por él. Él permitió pues al demonio entrar cuando, porque, y como quiso; y lo expulsó cuando y como quiso.

2. Allí él estaba expulsando a un demonio por su presencia corporal, pero también es él quien antes y después ha expulsado a los demonios y hoy los expulsa, siempre que esto tiene lugar, por el poder divino; se sirve para esto de quien quiere, ángeles u hombres, sean buenos o malos, y obra como lo quiere: por la oración, o la adjuración, o el encantamiento, o las hierbas, o las piedras, o los procedimientos más diversos. Él tiene en verdad *todo poder en el cielo y en la tierra*: como Dios, lo ha tenido siempre del Padre; como hombre, lo ha recibido un día: *Me ha sido dado*, dice, *todo poder en el cielo y en la tierra*². A fin de que en todas partes y siempre se crea en estas cosas las hizo conocer de modo claro en un lugar y en un tiempo determinados. 3. Él había dado a sus discípulos poder sobre todos los demonios³, y sin embargo cuando un hombre les llevó a su hijo endemoniado, en ausencia de Jesús no pudieron curarlo. ¿Cómo pues tenían poder sobre todos los demonios, si sobre aquél no lo tenían; o si lo tenían, por qué no lo expulsaban? 4. La ausencia de Jesús y la impotencia de los discípulos prefiguraban justamente la verdad de la que hablamos; sin la presencia de su poder divino y la cooperación de la gracia, ningún demonio podía ser expulsado. Así, cuando ellos preguntan por qué no han podido expulsar este demonio, él responde: *A causa de vuestra falta de*

1. Lc 11, 14

2. Mt 28, 18

3. Cf. Lc 9, 1

fé⁴. O bien ignoraban todavía esta verdad, o bien no la creían como correspondía. En el mismo sentido, en otro lugar, como parecían atribuirse algún poder, les hacía entrar en sí mismos diciendo: *No os alegréis de que los espíritus se os sometan*, etc. *Porque yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo a causa de vuestra arrogancia*⁵.

5. Hemos hecho esta advertencia previa, hermanos, para que nadie ose atribuirse nada a sí mismo ni se gloríe neciamente por lo que ha recibido⁶. *Dios obra todo en todos*⁷, él que, con misericordia, expulsa los males y da los bienes, y algunas veces, con justicia, quita los bienes y trae los males.

6. Jesús estaba pues ocupado y hasta hoy lo está en expulsar al demonio. Amadísimos, que cada uno de nosotros ruegue por sí al buen Jesús, y le pida asiduamente, que expulse enteramente de sí a su propio demonio, o al menos que lo someta. Puesto que todos los demonios son enemigos nuestros y se regocijan de nuestras desgracias, ya porque son autores de ellas, ya porque las conocen, y puesto que andan errantes de aquí para allá y como al azar en gran número alrededor de gran número de hombres, maquinándoles frecuentes engaños, cada uno de nosotros tiene al menos un demonio familiar, que toma de él un cuidado muy atento, lo observa por todas partes y en todo: esto, un monje no conviene que lo ignore, y la Escritura no lo calla. 7. Yo, amadísimos, creo que conozco y reconozco muy bien a mi propio demonio. Nada me es más conocido, porque nada me es más nocivo. Nada me es más familiar, porque nada me es más habitual. No ignoro qué especie de tentación me acosa: más a menudo y más violentamente. Sé también en qué aspecto trabajo más. De ahí que tenga motivo para exclamar, como hombre que ve su debilidad y conoce a su enemigo: *Señor Jesús, tú que eres el único poderoso, arranca al débil de las manos de los más fuertes que él, al pobre y al indigente de quien lo roba*⁸. *Arranca al indigente y libra al pobre de la mano del pecador*⁹. *Arráncame de la mano del pecador y de la mano de aquél que obra contra*

4. Mt 17, 20

6. Cf 1Co 4, 7

8. Sal 36, 10

5. Lc 10, 18-20

7. 1Co 12, 6

9. Sal 81, 4

*la ley y es injusto*¹⁰. Amadísimos, cuando salmodio en el coro estos versículos u otros semejantes, en verdad es contra él que dirijo secretamente el salmo.

8. *Éste*, se dice, *era mudo*¹¹. El mío es para mí extremadamente locuaz, y teje fábulas interminables y absolutamente engañosas sobre la gloria de este mundo, su belleza y sus delicias y sobre esto o aquello susurra mil sugerencias, hace extrañas promesas, profiere extrañas amenazas; muchas veces me presenta engañosamente, como posibles, cantidad de cosas que no puedo hacer; como imposibles, cantidad de cosas que puedo hacer, propalando mil mentiras; me cuenta cosas extraordinarias en bien y en mal que se habían dicho de mí; me hace largos discursos, ya sobre mi ciencia, ya sobre mi piedad, ya sobre mi modo de vivir, sobre mi familia, sobre mi encanto, sobre mi elocuencia, sobre mi distinción. ¿Qué más decir? A menudo se adueña tan bien de mis oídos y se instala allí tan bien que ya no me resulta posible leer, ni escuchar una lectura. Así, hablándome, me vuelve completamente mudo, me convierte en estúpido y sordo.

9. Tal vez, la razón por la cual se llama mudo al espíritu maligno que no cesa de decir palabras malas, es que a aquéllos que él atormenta los hace mudos para la alabanza de Dios y para los deberes propios de una lengua racional: *Si alguno habla*, dice el apóstol Pedro, *sean palabras de Dios*¹². Reconozco pues que éste es el deber de una lengua racional, y no el decir palabras vanas o mentirosas, palabras pendencieras o perniciosas, palabras de detracción o de jactancia, de codicia o de lujuria, o también cualquier bufonería fuera de lugar¹³: a pesar de todas estas palabras, una lengua gritona y charlatana —exteriormente a oídos de los hombres, o interiormente en la conversación con su demonio familiar— permanece no obstante muda para Dios, como está escrito: *Porque callé mis huesos envejecieron, mientras clamaba todo el día*¹⁴. Hay, pues para la lengua, tres modos de decir las palabras de Dios: alabar a Dios, acusarse ante él, edificar al prójimo. Aquél que guarda silencio sobre esto es mudo, cualesquiera sean sus gritos.

10. Sal 70, 4

12. 1P 4, 11

14. Sal 31, 3

11. Lc 11, 14

13. Cf. Ef 5, 4

10. Oh Señor Jesús, expulsa a mi demonio y abre mis labios para la humilde confesión de mis pecados, para que mi boca proclame dignamente tus alabanzas¹⁵; de lo contrario la alabanza carecerá de belleza en la boca del pecador¹⁶: *Tú estás revestido*, se dice, *de confesión y de belleza*¹⁷. Porque la confesión embellece, y la belleza alaba. 11. Si, siendo pecador, es decir disimulando mis pecados, tengo la desvergonzada presunción de alabar a Dios, al punto él me dice: *¿Por qué tú*, es decir tal como eres, *proclamas mis justicias*, tú que callas tus injusticias, *y pronuncias las palabras de mi alianza con una boca* no purificada por la confesión, y por lo tanto *tuya*?¹⁸ *Pues con los labios se confiesa para conseguir la salvación*¹⁹. Por lo tanto, la confesión purifica los labios; y la contrición, el corazón. Pero tú *odiaste la disciplina*, porque la disciplina supone este orden: en primer lugar la contrición del corazón, después la confesión de los labios, y a continuación la enmienda de la acción. Así pues, tú que tienes el corazón duro, los labios mudos y las manos indolentes, *odiaste la disciplina y arrojaste a tus espaldas mis palabras*²⁰. 12. Entre las palabras de Dios, la confesión de los pecados es la que precede; sin ella, ni la alabanza de Dios que debe seguir es bella, ni es posible la edificación del prójimo. En efecto, quien quiera alabar a Dios, según el orden debido, le da gracias antes de abrir la boca para la alabanza²¹. Porque la confesión abre la boca, así como la obstinación la cierra. Y aquél que quiere enseñar al prójimo ¿no le enseña acaso en primer lugar la penitencia y la confesión? 13. Así pues inauguraron su predicación la Sabiduría y el heraldo de la Sabiduría, diciendo: *Haced penitencia, porque el reino de Dios está cerca*²². Y todo el pueblo, dice, *venía a Juan confesando sus pecados y todos eran bautizados por él*²³. Ésta fue también, lo vemos, la consigna del apóstol Pedro: *Haced penitencia y que cada uno de vosotros se haga bautizar*²⁴; y también la orden de Santiago: *Confesaos mutuamente vuestros pecados*²⁵. Éste es, pues, acabamos de decirlo,

15. Cf. Sal 50, 17

16. Cf. Si 15, 9

17. Sal 103, 1

18. Sal 49, 16

19. Rm 10, 10

20. Sal 49, 17

21. Cf. Sal 50, 17

22. Mt 3, 2; 4, 17. Mc 1, 15

23. Cf. Mt 3, 5-6

24. Hch 2, 38

25. St 5, 16

el orden de las palabras de Dios. 14. Si tú ocultas tus pecados como el oro, de modo que su corrupción engendra llagas en ti²⁶, y si, violando el orden de las palabras de Dios, prorrumpes en sus alabanzas, entonces escucha lo que ha sido dicho: *¿Por qué tú proclamas mis justicias y pronuncias las palabras de mi alianza pura con tu boca impura*?²⁷ Si intentas enseñar al prójimo, el Apóstol te arguye diciendo: *Tú que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo?*; tú que predicas la confesión, ¿no te confiesas?; *tú que predicas no robar, ¿robaste la confesión*?²⁸ 15. Por consiguiente, hermano mío, o bien cállate acerca de todo lo bueno, así como Jesús ordenó a los demonios que se abstuvieran de alabarlos y de anunciarlos; o bien confiesa todo lo malo, para devenir digno de ser admitido a la alabanza y a la predicación. *Tu boca estuvo llena de malicia*²⁹, que se llene de justicia. El comienzo de la justicia para el pecador, es la confesión del pecado, como está escrito: *El justo en primer lugar es acusador de sí mismo*³⁰; en segundo lugar es glorificador de Dios; en tercer lugar es doctor del prójimo. La primera parte de la justicia es pues la confesión. 16. *Y tu lengua urdía engaños*³¹. Que los confiese pues sin engaño, si quiere salir del pecado, como está escrito: *Bienaventurado el hombre a quien Dios no le imputó el pecado ni en su espíritu halló engaño*³². Si tú mismo te lo imputas, Dios no te lo imputa. Si tú acusas y descubres, él perdona y cubre. *Bienaventurados aquéllos cuyas iniquidades les fueron perdonadas y cuyos pecados les fueron cubiertos*³³. 17. Tú te sentabas para hablar contra tu hermano³⁴: siéntate ante tu Padre y confiesa tu pecado contra ti mismo. *Tú preparabas una trampa contra el hijo de tu madre*, la Iglesia³⁵: contra el hijo de tu madre carnal, es decir contra ti mismo, prepara una trampa, la vergüenza y el juicio de haber obrado así contra tu hermano. 18. Por lo demás, el que ahora se calla y se mantiene a la escucha, esperando que tú hables primero, que seas justificado y que te apresures a presentarte ante él para la confesión³⁶, aquél finalmente te acusará y dirá: *Creíste*,

26. Cf. St 5, 2-3

27. Sal 49, 16

28. Rm 2, 21

29. Sal 49, 16

30. Pr 18, 17

31. Sal 49, 19

32. Sal 31, 2

33. Sal 31, 1

34. Sal 49, 20

35. Id.

36. Sal 94, 2

*injustamente, que yo sería como tú*³⁷. Tú callaste, yo callé. Pero ¿acaso siempre callaré? No, no seré en nada semejante a ti, sea que calles, sea que hables. Pues si callas, yo no callaré. Si hablas, yo no hablaré. Si encubres, yo descubriré. Si descubres, yo encubriré. Si acusas, yo excusaré. Si excusas, yo acusaré. No seré pues semejante a ti, puesto que si tú absuelves, yo condenaré; si condenas, yo absolveré.

19. Ésta es, amadísimos, la ventaja de una humilde confesión: tener al Juez para excusar; merecer que el vengador os perdone. Conociendo bien esto, la habilidad fraudulenta, después de haberse insinuado por la delectación del pecado hasta lograr el consentimiento del alma, trata enseguida de cerrar sobre sí la puerta de los labios; y para evitar ser desalojada un día por la confesión, ata la lengua con el lazo de la codicia, del temor y de la vergüenza. Éstos son en efecto, los tres obstáculos que impiden la confesión.

20. Pero tú, Jesús, Señor mío, que abres y nadie cierra³⁸, tú que apareciste para deshacer la obra del diablo³⁹, expulsa de mí, tu servidor, toda delectación del pecado, para que con un corazón contrito haga penitencia; por un deseo mejor, por un temor más fuerte, por un pudor más avisado, desátame los lazos de mi lengua, a fin de que por mi confesión hable, yo, en otro tiempo mudo, de manera de excitar la admiración de la muchedumbre, no sólo de los hombres, sino de los ángeles, e incluso de los demonios. *Nosotros*, en efecto, *hemos sido puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres*⁴⁰, buenos y malos. Haz pues que ellos admiren la palabra de tu servidor, no sólo la de mis labios, sino la de mis obras, porque las obras también son palabras. 21. Que ella exprese, te lo ruego, la humildad de tu servidor, tu propia sublimidad, la utilidad del prójimo: y todo esto por los labios, el corazón y las obras. Que tu servidor no se avergüence de confesar al oído de uno solo, a fin de no ser confundido públicamente ante la multitud. Que no tema perder, como si hubiera perdido, lo que no puede perderse, a fin de no perder lo que puede conservarse para la eternidad. Que no tema perder —como si estuviera deshonorado—, una esperanza

37. Sal 49, 21

39. Cf. 1Jn 3, 8

38. Cf. Ap 3, 7

40. 1Co 4, 9

a menudo engañosa, a fin de no perder la realidad que siempre reconforta. No son tan necios o malos, aquéllos a los cuales diste potestad, Señor, sabio y bueno, como para que no sepan o no quieran compadecerse de nuestras debilidades. Pero, mientras estamos oprimidos por el necio y el mudo, necia y malamente desconfiamos de los prudentes y de los buenos. 22. Por eso, arroja de nosotros este espíritu perverso y mudo, tú Señor, que eres la Palabra del Padre, a fin de que por ti, Palabra de fuerza y de verdad, recibamos la palabra de confesión y de alabanza, tú que con el Padre y el Espíritu Santo, vives y reinas, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén

SERMÓN 39

(Segundo sermón para el tercer domingo de Cuaresma)

Por Beelzebul, príncipe de los demonios, expulsa los demonios¹, y lo demás. Como veis, amadísimos, nos urge el afán del día, de modo que no podemos prolongar el sermón como de costumbre. *Bástete a cada día su afán*, dice el Salvador². Pero en estos tiempos peligrosos no le basta al día su afán, porque *los días son malos*³.

2. Lo propio de los caracteres pervertidos y tocados por el sople de la envidia es cerrar los ojos tanto cuanto pueden sobre el mérito de otro y —cuando vencidos por la evidencia no pueden hacerlo más— despreciarlo o desvirtuarlo. Así, cuando la multitud exulta llena de devoción y se maravilla ante las obras de Cristo, los escribas y los fariseos siempre disimulan lo que saben que es verdadero, o disminuyen lo que es grande, o desvirtúan lo que es bueno. 3. En una circunstancia por ejemplo, haciéndose los que no saben, dicen al autor de tantos signos maravillosos: *¿Qué signos haces para que*

1. Lc 11, 15

2. Mt 6, 34

3. Cf. Ef 5, 16

*creamos en ti*⁴. Aquí, lo que no pueden negar, con desvergüenza, lo desprecian con maldad, reclamando un signo venido del cielo, como si este signo fuera vil y terreno; y lo desvirtúan diciendo: *Por Beelzebul, príncipe de los demonios expulsa los demonios*⁵.

4. Ésta es, amadísimos, aquella blasfemia contra el Espíritu que ata con las cadenas de una eterna culpabilidad⁶ a aquéllos a los que una vez apresó. Esto no significa que se le niegue al penitente el perdón de todo, si hace dignos frutos de penitencia⁷; sino que, aplastado bajo el peso de tanta malicia, no tiene la fuerza de aspirar a esa digna penitencia que atrae el perdón. 5. En virtud de un profundo y justo juicio de Dios, aquél que, percibiendo con evidencia en su hermano la gracia y la operación del Espíritu Santo, impotente para negarlas y estimulado por la envidia, no teme desvirtuar y calumniar, y atribuir con desvergüenza al espíritu maligno lo que sabe a ciencia cierta que proviene del Espíritu Santo, es abandonado hasta tal punto por el Espíritu de la gracia al cual hace esta afrenta, que en adelante, oscurecido, es decir ennegrecido por su propia malicia, no quiere más la penitencia que le obtendría el perdón. 6. ¿Qué cosa más grave en efecto que —por envidia hacia un hermano al cual está prescrito que se lo debe amar como a sí mismo⁸— atreverse a blasfemar contra la bondad de Dios al que se debe amar más que a uno mismo e insultar la divinidad queriendo desacreditar a un hombre? Por tanto, hermanos míos, con toda vigilancia, guardemos nuestros corazones de esta peste de la malicia que odia la felicidad de los otros, cuando amar esta felicidad, es, por el hecho de amarla, hacerla nuestra. 7. Ésta es aquella madre viperina que dio a luz la muerte para el mundo. *Mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo entero*⁹. Él es el primero de los orgullosos, es el primero de los envidiosos, quien por así decir, engendró de sí mismo la arrogancia; de ella y con ella engendró la envidia. No fue en primer lugar arrogante y después envidioso, sino simultáneamente lo uno y lo otro, porque el arrogante es un envidioso. Por una parte, no hay arrogante que no sea envidioso; por la otra, el envidioso es necesariamente arrogante: allá, se trata de una consecuencia; aquí, de una necesidad; aquí

y allá, la verdad. 8. La arrogancia es el apetito de la propia gloria; la envidia, la destestación de la ajena. Existe además otra arrogancia a la que se le puede llamar animal y terrena: es la avidez por las cosas temporales, que da a luz a una hija de su raza, la envidia carnal o secular, porque “de tal madre, tal hija”. En cuanto a esta madre y a esta hija de las cuales hablamos primero, ellas son *los espíritus del mal en los espacios celestes*¹⁰. 9. Así pues, amadísimos, que aquél que quiera estar libre de toda envidia se abstenga de toda arrogancia. En efecto, en toda la generación mala y perversa¹¹ de los vicios, nada es tan opuesto a la caridad hacia Dios y hacia el prójimo como la doble raza de la arrogancia y de la envidia. Así como en aquélla se encuentra la cima de las virtudes, en éstas se encuentra el abismo de los vicios.

10. Sin embargo, la Escritura dice: *La sabiduría triunfa siempre de la maldad*¹². Pero la caridad triunfa por la paciencia, puesto que *la caridad es paciente y soporta todo*¹³; la sabiduría lo hace por la reflexión, porque ella es, también, el Verbo. Mas porque el Señor Jesús es substancialmente la una y la otra, quiero decir la caridad y la sabiduría, a la vez él escucha pacientemente la calumnia, y sabiamente tiene la última palabra contra la calumnia, cumpliendo la profecía hecha en otro tiempo acerca de él: *Él salvará a los hijos de los pobres y humillará al calumniador*¹⁴. 11. Él salvó al pobre, oprimido por el demonio, y rechazó de manera incisiva al fariseo calumniador diciendo: *Todo reino dividido contra sí mismo quedará desolado*¹⁵. Como si dijera: “Yo he venido para esto: para destruir el reinado del diablo sobre los hombres y establecer entre los hombres el reino de Dios. Ahora bien, si he obrado de modo que Satanás expulse a Satanás de los hombres, sin ninguna duda cumplí mi designio”. 12. El adversario está dividido en sí mismo; ahora bien, a la división le seguirá la desolación; luego su reino, dividido en sí mismo, quedará necesariamente desolado y una vez desolado, se dispersará y se derrumbará. Así como la concordia y el entendimiento de los espíritus hacen crecer las más pequeñas cosas, así también la discordia y la desolación hacen desmoronar las más grandes. Por

4. Jn 6, 30 6. Cf. Mt 12, 32 8. Cf. Mt 22, 39. 1Jn 4, 21
5. Lc 11, 15 7. Cf. Lc 3, 8 9. Sb 2, 24

10. Ef 6, 12 12. Cf. Sb 7, 30 14. Sal 71, 4
11. Cf. Dt 32, 5 13. Cf. 1Co 13, 4-7 15. Lc 11, 17

eso dice: "Al venir a este mundo *no traje la paz, sino la espada*¹⁶, entre los demonios mismos, entre la carne y el espíritu, entre los demonios y los hombres, y, entre los hombres: entre los hijos de las tinieblas y los hijos de la luz". 13. Por esto también, hermanos míos, Pablo tuvo la sabiduría de dividir a los fariseos y a los saduceos conjurados rápidamente contra él: la concordia de ellos hubiera causado fácilmente su perdición; su división habría de salvarlo¹⁷. El principio de la victoria es quebrantar la concordia de aquéllos que están coaligados contra vosotros; y es habilidad suma introducir la discordia entre vuestros enemigos.

14. Por lo demás, Cristo da una prueba de esta malicia engañosa al decir: *Si yo expulso a los demonios por Beelzebul, vuestros hijos* — es decir los apóstoles, judíos provenientes de los judíos — *¿por quién lo expulsan?*¹⁸ Si estoy poseído por el príncipe, ¿por quién están poseídos aquéllos que expulsan igualmente a los demonios? Si pueden haber muchos demonios en un solo hombre, no puede haber, por el contrario, uno solo en muchos. *Por eso ellos serán vuestros jueces*¹⁹ verídicos, ellos que ahora saben por sí mismos que vosotros sois acusadores mentirosos. 15. En suma, si Satanás expulsa a Satanás, su reino no puede subsistir, sino que conviene que ceda el paso al reino que yo anuncio. Si por el contrario, no es por Beelzebul sino *por el dedo de Dios que expulso a los demonios*, entonces sin duda *el reino de Dios ha llegado a vosotros*²⁰. Ante mí, el reino del diablo, que está dividido, no podrá subsistir; como tampoco ante mí y los míos pueden subsistir los diablos mismos. 16. Ya sea que expulse a los demonios de la manera como lo insinuáis calumniosamente, ya sea como es en verdad, Satanás ciertamente está vencido, y con él serán vencidos los que pertenecen a su reino y que contra mí y con él *desparraman*²¹ fuera de la unidad y de la caridad. Por otra parte, serán vencedores los que estén conmigo y conmigo *recojan*²² para la unidad y la caridad. Porque el reino del diablo es la codicia, que será destruida; pero el reino de Dios es la caridad que nunca acabará²³. Si soy bastante fuerte como para dominar

incluso al príncipe de los demonios hasta el punto que a mi mandato él se enfurezca contra los suyos y desparrame su propio reino y su propia familia, ¿quiénes sois vosotros, que pretendéis resistir?

17. En cuanto a su victoria sobre el demonio y a su poder sobre él, los prueba al decir: *Cuando un fuerte armado...*²⁴ etc. Lo que equivale a decir: "Si este príncipe, antes fuerte, por la debilidad del pecado en los hombres nacidos en pecado, poseyó a los suyos en una paz y una sumisión tranquila, mientras yo, concebido, nacido, viviendo sin pecado y por eso mismo más fuerte que este demonio y que el hombre, intervine, até al opresor, lo sometí bajo mi poder, liberé al oprimido, y no sólo lo despojé sino, como decís, le hice expulsar a los suyos por mi mandato: ¿por qué pues vosotros, más obstinados que los demonios, tratáis de resistiros?"

18. Veis, amadísimos, los sabios son prendidos en su propia astucia²⁵, la maldad es vencida manifiestamente por la Sabiduría²⁶, y la perversidad, dondequiera se pervierta, es confundida por las afirmaciones de la Verdad. En cuanto a nosotros, hermanos, pidamos al buen Jesús, con una humilde súplica, que se digne expulsar de nosotros toda especie de demonios, desatar nuestra lengua de todo impedimento para la confesión, también nuestra voluntad y nuestras afecciones de toda concupiscencia de este mundo, nuestra razón de toda ignorancia, nuestra libertad de todo obstáculo, para que queramos, sepamos y podamos estar siempre aquí con él y recoger con él, hasta que finalmente seamos recogidos por él junto a él y junto a nuestros Padres. Puesto que seguimos sus Reglas y sus Instituciones, seguramente seremos reconocidos por ellos como sus hijos y recogidos junto a nuestro Padre común, Dios, quien entonces será conocido por todos, desde el más pequeño hasta el más grande²⁷, y será revelado a todos por su Hijo único, quien, con él y el Espíritu Santo, vive y reina, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

16. Mt 10, 34

19. Id.

22. Cf. Lc 11, 23

17. Hch 23, 6-9

20. Lc 11, 20

23. Cf. 1Co 13, 8

18. Lc 11, 19

21. Cf. Lc 11, 23

24. Lc 11, 21

26. Cf. Sb 7, 30

25. Cf. Jb 5, 13

27. Cf. Jr 44, 12

SERMÓN 40

(Primer sermón para el día de Pascua)

Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba¹. Verdaderamente, amadísimos, como dice el bienaventurado Gregorio, la bondad de Dios puso fin a nuestra dureza; más aún, también sobrepasó toda bondad humana.

2. Por cierto es fuerte el vínculo de la bondad y de la alianza humana entre la mujer y el marido, ya que por este amor *dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán ya no dos sino una sola carne*². Sin embargo, es manifiesto que la admirable clemencia divina para con nosotros prevalece de una manera tan admirable como misericordiosa. 3. Por eso se lee en la Escritura: *Si una mujer abandona a su marido y se aparta de él y llegará a ser de otro, ¿se volverá otra vez al primero? ¿No se considera a tal mujer como contaminada y manchada?* Ella no volverá porque ha fornicado y se ha manchado, y esto quizá una sola vez. Pero tú —prosigue la Escritura hablando al alma bajo la figura de Judea— *has fornicado con muchos amantes y sin embargo vuelves a mí, dice el Señor*³. 4. También el Evangelio permite que los cónyuges se separen por la sola fornicación⁴. La bondad de Dios, después de mil fornicaciones del cuerpo y del alma, vuelve a llamar con lágrimas a las que se han apartado, casi gritando a las que le han “vuelto la espalda” y cuando han regresado las abraza con dulzura y las besa suavemente *con un beso de su boca*⁵ santa. A las que permanecen junto a él las introduce *en la bodega*⁶, donde son embriagadas *de la abundancia de su casa*⁷; embriagadas y arrebatadas fuera de sus sentidos por la fuerza de este vino, las introduce en su alcoba⁸, donde poniendo su mano izquierda bajo la cabeza de su amada la abraza con la derecha⁹; allí, adormeciéndose en su carne pero con corazón

vigilante dice: *Yo soy para mi amado y mi amado para mí; él reposará entre mis pechos*¹⁰.

5. Hay también un segundo vínculo de bondad humana entre padres e hijos, que sin embargo no sobrepuja la bondad pura, gratuita y proveniente de Dios hacia el alma racional, según lo atestigua la Escritura que dice: *¿Puede la mujer olvidar a su hijo, no compadecerse del hijo de sus entrañas?*¹¹ Lo cual por cierto es tan cruel, tan inhumano, tan bestial que también sobrepasa la dureza de las Furias, como está escrito: *Hasta los chacales desnudaron la teta, dieron de mamar a sus cachorros*¹². Y aunque ella pudiera olvidar, yo sin embargo no te olvidaré, dice el Señor¹³. 6. Nosotros, por cierto, nosotros ¡ay miserables!, o bien fácilmente lo olvidamos, o bien orgullosamente lo despreciamos. Él, empero, con esa ternura que le es peculiar, que es él mismo, se acuerda con afecto de los que lo olvidan, se interesa de aquéllos que lo desprecian, cuida de los que no le ruegan. Del mismo modo que cuando nadie existía aún, nadie rogó, nadie pudo merecer el ser creado; del mismo modo también cuando todos estaban bajo el mal del pecado¹⁴, nadie pudo merecer, nadie tuvo el derecho de ser escuchado a fin de que se lo redimiera. ¿Quién alguna vez rogó o presumió pensar que Dios entregaría a su propio Hijo, a fin de que no pereciera el siervo malo y perverso?¹⁵

7. Finalmente hay un tercer vínculo de amor humano —tanto más fuerte cuanto más cercano— el del amor humano entre el cuerpo y el alma. En efecto, nadie, por ninguna razón, puede no amarse a sí mismo¹⁶. De ahí que las divinas Letras consideran que este amor del hombre hacia sí mismo¹⁷ debe ser más bien moderado que prescrito. Así, la sobreeminente y sobreabundante compasión divina, con tanta fuerza como misericordia, quebró en sí misma este vínculo por nosotros, a fin de que nada faltase a la más excelente caridad, porque *nadie tiene caridad mayor que la de dar la vida por sus amigos*¹⁸. Padre —dice— *si es posible,*

1. Col 3, 1

2. Gn 2, 24; Mt 19, 6

3. Jr 3, 1

4. Cf. Mt 19, 9

5. Ct 1, 2

6. Ct 2, 4

7. Sal 35, 9

8. Cf. Ct 3, 4

9. Cf. Ct 2, 6

10. Ct 6, 2; 1, 13

11. Is 49, 15

12. Lm 4, 3

13. Is 49, 15

14. Cf. Rm 3, 9

15. Cf. Jn 3, 16

16. Cf. Ef 5, 29

17. Cf. Jn 12, 25. Lc 14, 26

18. Jn 15, 13

pase de mí este cáliz para que no lo beba. Sin embargo, no se haga como yo quiero sino como lo quieres tú¹⁹.

8. ¿Cómo, decidme, hubiera podido anonadarse Dios más que haciéndose hombre, y hombre que moriría? El Señor Dios, ¿convirtiéndose en siervo? ¿Siervo que habría de morir ignominiosamente?²⁰ *A una muerte ignominiosa* —se dice— *condenamoslo*²¹. El inocente ha sido considerado entre los malhechores²², el santo ha sido entregado en manos de los impíos²³; sin embargo se entregó gratuitamente a la muerte y fue considerado como malhechor²⁴. ¡El santo, por haber obrado santamente, padeció cosas impías de parte de los impíos! 9. ¿Qué bondad, pregunto, podría ser tan maravillosa, a no ser que no fuera divina, a no ser que no fuera tal vez tanto más maravillosa cuanto es más divina? Ciertamente, Dios *el único que hace maravillas*²⁵, es el único maravilloso entre todos. ¿Qué más añadir? Confieso, amadísimos, que no sé realmente, que no sé si esta bondad debe ser llamada más o menos maravillosa porque es divina. En efecto ¿qué tiene de maravilloso el que Dios sea tan bueno; y cómo, por decirlo así, no sería sobremanera maravilloso el hecho de que sea tan bueno con los impíos y los enemigos? Por lo cual de un modo semejante, el Apóstol, que admira todo esto dice: *Cuando todavía éramos pecadores, ¿cómo Cristo murió por los impíos*?²⁶ Convenía sin embargo que la bondad inmensa diera señales maravillosas de bondad.

10. La muerte y la resurrección de Cristo, que fueron obradas por nuestra muerte y resurrección —como está escrito: *Fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación*²⁷—, no pudieron ocurrir sino una sola vez; empero nuestra muerte del mismo modo que es doble, así también tiene necesidad de una doble resurrección. 11. La primera muerte es la del alma, cuando por el mal de la desobediencia, es separada de su vida que es Dios. La vida engulle a la muerte mediante la

19. Mt 26, 39

20. Cf. Flp 2, 7-8

21. Sb 2, 20

22. Cf. Mc 15, 28

23. Cf. Jb 9, 24

24. Is 53, 12.

25. Cf. Jn 10, 17-18

26. Sal 71, 18

27. Rm 5, 6.8

28. Rm 4, 25

resurrección²⁸ porque *el justo vive de la fe*²⁹. El cuerpo permanece muerto a causa del pecado, pero el espíritu vive a causa de la justificación³⁰, cuando mediante la obediencia se somete a Dios, como está escrito: *Mi alma ¿no estará sometida al Señor? Porque de él viene mi salvación*³¹. 12. En efecto, así como cuando se aparta de Dios, se aparta de la vida y cae en la primera muerte, así también cuando se acerca a Dios, se acerca a la vida y encuentra la primera resurrección. *Bienaventurado* —dice el apóstol Juan— *los que tienen parte en la primera resurrección; porque la segunda muerte no tiene poder sobre ellos*³², es decir, la del cuerpo, porque no los conducirá a la tercera muerte, que es al mismo tiempo la muerte eterna del alma y del cuerpo; antes por el contrario, más bien los ayudará liberándolos y sacándolos de la cárcel del cuerpo, hasta que vuelvan a ese cuerpo que, sembrado *animal, resucitará espiritual*³³, a *ese cuerpo configurado al cuerpo glorioso de Cristo*³⁴, que es la resurrección segunda, que regenera al mismo tiempo a todo el hombre para la vida. 13. Ahora bien, esta alma dilecta y bendita del Salvador, que vino a pagar lo que no robó³⁵ —aunque débil a causa del pecado ajeno, y sin embargo afirmada contra el propio, como está escrito: *En ti fui afirmado desde el seno*³⁶—, del mismo modo que no pudo caer en la muerte del pecado, así tampoco pudo resucitar del pecado a la vida de la justicia. Unida para siempre al Verbo de vida, está adherida indisolublemente a Dios tanto por la unión personal, como por la complacencia en la justicia, y con preferencia a todos exulta y dice: *Para mí, mi bien es estar adherido a Dios*³⁷; y esto otro: *Quien está adherido a Dios, es un solo espíritu con él*³⁸.

14. Por tanto en Cristo, que subsiste como hombre por la unión del alma racional y de un cuerpo humano y Cristo hombre que subsiste como Dios y como hombre, hay como un doble lazo y dos relaciones diversas. Una primera relación hay, en efecto, entre la divinidad y la humanidad, que mantiene la unidad

28. Cf. 1Co 15, 54.

29. 2Co 5, 4

30. Rm 1, 17

31. Rm 8, 10

32. Sal 61, 2

33. Ap 20, 6; 2, 11

34. 1Co 15, 44

35. Flp 3, 21

36. Cf. Sal 68, 5

37. Sal 70, 6

38. Sal 72, 28

39. 1Co 6, 17

en el ser de Cristo según que es *mediador entre Dios y los hombres*³⁹; ella es totalmente indisoluble y no admite ni la muerte ni la resurrección. 15. La humanidad, asumida de una vez para siempre por la divinidad, no ha padecido jamás divorcio, ni ha recibido libelo de repudio; sino que permanece como misterio de este bendito connubio, también de esta boda venerable y de este lecho nupcial inmaculado⁴⁰, misterio grande⁴¹ y eterno, que posee la garantía y protección de esta sentencia: *Lo que Dios unió no lo separe el hombre*⁴². 16. En cuanto a la segunda relación, entre el cuerpo y el alma, que sólo liga a la humanidad, no mereció por cierto ruptura como salario alguno de un pecado personal⁴³. Sin embargo, a fin de desligarnos de las ataduras de los pecados que nos circundaban⁴⁴ y de las cuales él estaba libre, y a fin de religarnos a Dios, del cual estábamos desasidos y a quien él estaba ligado, Cristo, por un maravilloso misterio afrontó la muerte y llegó a la resurrección, teniendo esta promesa de la misericordia y de la paciencia divinas: *Destruid este templo y en tres días lo reedificaré*⁴⁵. 17. Vosotros destruid; yo reedificaré. Yo, que edifiqué el vuestro, reedificaré el mío. Vosotros, que merecisteis la destrucción del vuestro, destruid el mío. "Destruirlo", no como paga de mi iniquidad, ni por mandato de vuestra autoridad, sino por disposición de mi voluntad. Nadie, en efecto, *me quita mi vida, sino que cuando quiero, yo la doy de mí mismo, y cuando quiero la recobro*⁴⁶. Ciertamente él pudo resucitarse a sí mismo, él que muerto sólo en su carne, vivía. 18. Por consiguiente según esta sola relación, Cristo pudo y quiso morir y resucitar; en él, como dijimos, la humanidad está adherida inseparablemente a la divinidad por la unión personal, y su alma no ha abandonado un instante, por ningún amor extraño, la alegría y el amor del Verbo. Así vivía muerto, el que moría vivo, en un solo y mismo tiempo vivo y muerto. Por el poder, su humanidad vivía con la divinidad; por la caridad, su alma racional vivía con el Verbo de Dios. Sólo la carne murió por la separación de su alma; y sólo resucitó por la recuperación de la misma.

39. 1Tm 2, 5

42. Mt 19, 6

45. Jn 2, 19; Mt 27, 40

40. Cf. Hb 13, 4

43. Cf. Rm 6, 23

46. Jn 10, 18

41. Cf. Ef 5, 32

44. Cf. Sal 118, 61

19. Así pues, amadísimos, si por el momento *resucitasteis* sólo en el alma *con Cristo* que resucita sólo en la carne, *buscad* por la intención y el deseo del alma *las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios*⁴⁷ también con su cuerpo. Muchos pues buscan abajo *las cosas de arriba*; éstos son los que buscan la dignidad y el reconocimiento, la importancia personal y el deleite en lo terreno. Éstos son *los que clavaron sus ojos en la tierra*⁴⁸, los que buscan lo sublime en lo inferior. 20. Otros buscan arriba las cosas de abajo, a saber: la vanagloria en la virtud; la jactancia en la sabiduría; la curiosidad en la verdad; hasta el extremo de buscar en el trabajo espiritual y en la vida religiosa alguna retribución temporal de gloria, de dignidad, de dinero o de libertad licenciosa. Otros buscan abajo las cosas de abajo, es decir: lo terreno en la tierra, y lo carnal en la carne; todos los cuales sin excepción gustan las cosas de la tierra y no las de arriba⁴⁹. 21. Otros, empero, buscan arriba *las cosas de arriba*, es decir la verdad en la verdad, lo espiritual en lo espiritual, lo celestial en lo celestial, y lo divino en lo divino. Ellos gustan *lo que es de Dios*⁵⁰, y caminan *en novedad de vida*⁵¹. *Están íntimamente unidos a Cristo por una muerte semejante a la suya*⁵², porque han muerto al pecado, a la carne y al mundo. Se han configurado a la resurrección de Cristo⁵³, porque, extraños a su vida primera de corrupción y de sensualidad, en cierto modo viven en la carne pero por encima de la carne. Están sentados también con él en los cielos⁵⁴, porque su reposo y su morada están en el cielo⁵⁵. Ellos reinan con él⁵⁶, porque todo lo suyo lo orientan a servir a su progreso espiritual. 22. Además, los que buscan la recompensa celestial en sus obras terrenas, buscan por cierto laudablemente lo más alto en lo más bajo; así como los que buscan lo terreno en lo espiritual, buscan reprehensiblemente lo más bajo en lo más alto. Por cierto, obran todavía menos reprehensiblemente, los que buscan lo más bajo en lo más bajo. Pero lo más laudable de todo es, amadísimos, buscar lo más alto

47. Col 3, 1-2

51. Rm 6, 4

55. Flp 3, 20

48. Sal 16, 11

52. Rm 6, 5

56. Cf. 2Tm 2, 12

49. Cf. Col 3, 1-2

53. Cf. Flp 3, 21

50. Mc 8, 33

54. Cf. Ef 2, 6

en lo más alto, lo cual es nuestra profesión y nuestro propósito. 23. Que se digne cumplirlo en nosotros, aquél del cual veneramos e imitamos, en la medida de lo posible, la resurrección, él, sin el cual no podemos nada⁵⁷ y en el cual todo podemos⁵⁸, Cristo el Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 41

(Segundo sermón para el día de Pascua)

El Señor me dijo: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy*¹. Preguntáis, amadísimos por qué el bienaventurado apóstol Pablo, al hablar de la resurrección recurrió al testimonio de este versículo² que parece convenir más al nacimiento que a la resurrección. Pero nosotros no vacilamos en llamar a la misma resurrección un nacimiento, principalmente porque no ignoramos que el Salvador la llamó una regeneración³. En efecto, si se llama regeneración⁴ a la primera resurrección, la del alma, ¿por qué no podría llamarse regeneración también a la segunda, la del cuerpo? 2. Así, la resurrección de Cristo, puesto que no puede ser sino una, significa sin embargo la primera de nuestras resurrecciones, que son dos, según lo atestigua el mismo Apóstol cuando dice: *Del mismo modo que Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva*⁵; ella inicia la segunda, por la cual también se dice: *Cristo es primicia de los que duermen*⁶.

3. En cierto modo hay así para los hombres, tres nacimientos, dos resurrecciones. Nosotros nacemos carnalmente como hom-

57. Cf. Jn 15, 5

58. Cf. Flp 4, 13

1. Sal 2, 7

2. Cf. Hch 13, 33

3. Cf. Mt 19, 28

4. Cf. Tr 3, 5

5. Rm 6, 4

6. 1Co 15, 20

bres, de los hombres, mediante los hombres, *carne que nace de la carne*, y no se presenta ningún texto donde este nacimiento sea llamado resurrección. Somos dioses que renacemos de Dios espiritualmente por medio del Espíritu, porque lo que nace *del Espíritu es espíritu*; y ésta es la primera resurrección, el segundo nacimiento. Por tanto, seremos regenerados como incorruptibles de lo corruptible; como inmortales de entre los muertos⁸, del polvo de la tierra a la condición celestial, por el poder que viene del cielo: éste es el tercer nacimiento, la segunda resurrección. 4. Cristo no conoció el primer nacimiento; recibió de la Virgen el segundo; del sepulcro, el tercero. Así como renacemos de la fuente bautismal, así nació Cristo de la Virgen. Así como Cristo fue regenerado del sepulcro, así renaceremos nosotros en el futuro. Éste es el estado para el cual fue hecho el hombre, y no será hombre consumado, hasta que se haya cumplido en él aquello por lo que comenzó. 5. Se podrá decir propiamente engendrado, cuando fuere plenamente engendrado; se podrá decir creado, cuando fuere acabado. Entre tanto empero, por los dos primeros nacimientos más bien está en vías de ser engendrado y creado; solamente en el tercero es engendrado y creado. De ahí que exacta y agudamente se dice que Cristo fue dado a luz en el día de su resurrección, como si él fuera plenamente dado a luz en el día de su realización acabada, de su consumación. De ahí que él mismo dice: *Hoy y mañana llevo a cabo curaciones, y al tercer día soy consumado*⁹.

6. Así como al primer hombre, antes de que naciera, Dios le había preparado con qué sustentarse, así también al segundo, antes de que renaciera, le formó de antemano con qué habría de alimentarse. Por eso, antes de su resurrección única —que es figura de nuestra primera resurrección y ejemplar de la segunda—, a saber en el Día del Cáliz, convirtió el pan y el vino en el sacramento de su cuerpo y de su sangre. Así como del viejo hombre creó al hombre nuevo, así también al viejo alimento del viejo <hombre>, lo transformó en una nueva comida para el hombre nuevo. *He aquí*, dice, *que hago nuevas todas las cosas*¹⁰.

7. Jn 1, 12-13; 3, 6

8. Cf. 1Co 15, 53

9. Lc 13, 32

10. Ap 21, 5

una nueva creatura, una nueva comida, una nueva vida; un nuevo nacimiento, una nueva muerte, una nueva resurrección. 7. Así como *el primer hombre, hecho alma viviente*¹¹, tenía necesidad de un alimento a fin de no perder la vida, sino por medio de él ser sustentado, crecer y robustecerse en ella, no para adquirir mediante este alimento otra vida, sino para no perderla por indigencia —porque el alma sola puede dar la vida, pero sola no puede retenerla—; así también *la nueva creatura en Cristo*¹², antes de ser perfeccionada por la segunda resurrección, como *espíritu vivificante*¹³, tiene necesidad después de la primera regeneración de un alimento para conservarse, crecer y robustecerse en la vida que la ha regenerado; no para adquirir después de la gracia del bautismo otra vida mediante la eucaristía, sino para no perder por indigencia la vida recibida. 8. Para una misma vida somos regenerados y alimentados por sacramentos diversos. Sin embargo, no seremos perfeccionados hasta que hayamos nacido una tercera vez como *espíritu vivificante* en el cual nació o fue hecho Cristo al salir del sepulcro, como dice el Apóstol: *El segundo hombre fue hecho espíritu vivificante*¹⁴. Entonces, inmediata y propiamente la carne toda vivirá del alma sola; inmediata y perfectamente toda el alma vivirá de Dios solo, por lo cual ni la carne tendrá necesidad de alimentos, ni el alma de sacramentos. Entonces verdadera, segura y plenamente todos los hijos de Dios¹⁵ escucharán que se les dice: *Tú eres mi hijo, porque yo te engendré hoy*¹⁶, porque acabé de engendrarte. 9. En el principio comencé, cuando se dijo: *Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza*¹⁷. A mitad de camino fui renovado, cuando se dijo: *En medio de los años vivificalo*¹⁸. En tercer lugar fui acabado, cuando se dijo: *Yo te engendré hoy*¹⁹. Hoy te engendré así, en este tercer estado, por causa del cual te creé en el primero y te vivifiqué en el segundo. En primer lugar te creé como *alma viviente*; en segundo lugar te rehice como *espíritu vivificado*; en tercer lugar te di acabamiento como *espíritu vivificante*²⁰, que puede vivificar la

11. 1Co 15, 45

12. 2Co 5, 17

13. 1Co 15, 45

14. Ibid.

15. Cf. Jn 1, 12;

Rm 8, 14

16. Sal 2, 7

17. Gn 1, 26-27

18. Hb 3, 2

19. Sal 2, 7

20. 1Co 15, 45

carne sin alimento y vivir él mismo de mi rostro sin ningún sacramento. 10. Ésta es la gracia, amadísimos, éste es el fruto de la segunda resurrección, en la cual nadie podrá participar si no hubiera participado de la primera. Empero, no podrá ser partícipe de esta resurrección sino aquél que lo hubiera sido de la muerte. Y tampoco nadie será partícipe de la muerte, si no lo hubiera sido de su pasión. Si pues padecemos con él y morimos con él, resucitaremos y reinaremos con él²¹. Que se digne concedérmolo, aquél que vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 42

(Sermón para el día de la Ascensión)

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo¹. Éstas son, hermanos míos, aquellas cosas celestiales difíciles de creer, más difíciles de comprender y muy difíciles de explicar. Si hablándoos de cosas terrenas, dice el Maestro celestial, *no creéis, ¿cómo creeríais si os hablase de cosas celestiales?*² Aquél que viene del cielo habla con sutileza de las cosas celestiales, y el que proviene de la tierra cree con lentitud las cosas de la tierra³. Y hay quien puede ser maestro en las cosas terrenales, y no ser apto para el discipulado celestial. Pero a nosotros, amadísimos, que desde hace tiempo somos *ciudadanos del cielo*⁴, no nos deben ser desconocidas las cosas celestiales. Ciertamente sería demasiado ignominioso desconocer el lugar en el cual habitas; sería necio habitar donde no conoces.

21. Cf. Rm 8, 17. Ef 2, 6
2Tm 2, 11-12.

1. Jn 3, 13

2. Jn 3, 12

3. Cf. 1Co 15, 47;

Jn 3, 12; Lc 24, 25

4. Flp 3, 20

2. *Hijo del hombre* se designa pues a sí mismo, aquél que se humilla como le es habitual. Y en efecto, sólo el Hijo de Dios *bajó del cielo*, tanto por propia voluntad como por su propio poder, mientras que el diablo cayó por haber sido expulsado, y el ángel bueno se alejó por un tiempo, sometiéndose a un poder superior. Pero ¿cómo *el Hijo del hombre bajó* de allí donde ningún hombre estuvo jamás? ¿Acaso el Hijo del hombre no es un hombre? Sin embargo si todo hombre no es el Hijo del hombre, todo hombre es no obstante hijo del hombre.

3. ¿Cómo pues *el Hijo del hombre bajó* de allí, donde no nació ni adonde subió todavía? ¿O tal vez el Hijo del hombre nació en el cielo, del mismo modo que el Hijo de Dios nació en la tierra? El Hijo del hombre ¿estará en todas partes corporalmente, así como el Hijo de Dios está en alguna parte sin estar localizado en ninguna? Aquél que es temporal ¿es eterno, así como el eterno es temporal? 4. Pero sabed, carísimos, que son cosas maravillosas, por eso son verdaderas; que uno y el mismo es antes y después de sí, anterior y posterior a sí mismo, también menor y mayor que sí, creado por sí y creador de sí, siervo y Señor. Uno y el mismo es Dios y hombre, una sola persona, dos naturalezas, tres substancias; o más bien en dos naturalezas y tres substancias. 5. Dios, como hombre, subió; él, que siendo Dios bajó y se hizo hombre; el Hijo del hombre que en cuanto Hijo de Dios está al mismo tiempo en el cielo⁵, en la tierra, y absolutamente en todo lugar, sin estar, a decir verdad en ningún lugar, Dios-hombre. Todo esto, hermanos, lo exige la razón admirable de la unión personal; y el que viene del cielo, aproximando las cosas celestiales a las celestiales así como las espirituales a las espirituales o también las divinas a las divinas, juzga de todas⁶.

6. Sin embargo, ¿qué utilidad reporta el descenso del Hijo de Dios, si tiene un carácter único la ascensión del propio Hijo de Dios? O bien ¿dónde seremos colocados, los que dejamos todo para seguirlo más de cerca?⁷ Los que huimos del infierno, los

5. Cf. Jn 3, 13

6. Cf. 1Co 2, 13.15

7. Cf. Lc 5, 11

que despreciamos el mundo, ¿adónde iremos si no subimos al cielo? Ahora bien, *nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo*⁸. Por consiguiente, o bien bajamos de allí y estamos todavía allí, y somos allí aquel Hijo del hombre; o bien en modo alguno subimos allí y no podemos estar donde queremos, y donde podemos estar no queremos, y así por cierto hemos venido a ser *los más desgraciados de todos los hombres*⁹. 7. Sin embargo, amadísimos, aquéllos que están atentos a la autoridad de las palabras y a la libertad del Espíritu¹⁰ en la Palabra divina, descubren fácilmente que "Hijo del hombre" o "Hijo de Dios" o "Verbo del Padre" o "Cristo", o cualquier otro término similar que se refiere a aquél que habla de estas cosas celestiales, no tiene un alcance exclusivo, ni ha sido empleado según una acepción uniforme. 8. "Cristo", o algún término equivalente, designa a veces esa naturaleza simple que no tiene comienzo ni fin, ni puede ser mudada o alterada, que existe eternamente de solo el Padre, con el Padre, en el Padre, sin que sea el Padre, ni a pesar de ello otra naturaleza que el Padre, según lo que hablando él mismo a los judíos dice: *El Principio, yo que os hablo*¹¹. Y en otra parte: *Yo y el Padre somos uno*¹². En efecto, el Hijo de Dios y el hombre son un solo individuo, sin ser uno, del mismo modo que él y el Padre son uno sin ser un solo individuo. Allí hay dos naturalezas, una persona; aquí, dos personas, una naturaleza. De modo semejante también se dice: *Antes de que Abrahán existiera, Yo soy*¹³. Y hay una cantidad de pasajes que no pueden ser verdaderos sino en este sentido y que se refieren a la propiedad de una naturaleza superior, aunque, como dijimos, se los emplea indiferentemente de aquél que es a la vez superior e inferior a sí mismo. 9. De un modo inverso, estos mismos términos son empleados algunas veces en referencia a lo que de ninguna manera puede ser enunciado con verdad respecto de la persona, a no ser en relación con la naturaleza inferior, como el abajamiento *un poco inferior a los ángeles*¹⁴, el nacimiento temporal y otras cosas semejantes. Hay también algunas expresiones que convienen solamente al alma y otras solamente

8. Jn 3, 13

11. Jn 8, 25

14. Hb 2, 7; Cf. Sal 8, 6

9. 1Co 15, 19

12. Jn 10, 30

10. 2Co 3, 17

13. Jn 8, 58

a la carne. Pero algunas son empleadas respecto de ambas simultáneamente, es decir de toda la humanidad y de ella sola. Otras sin embargo son empleadas conjuntamente respecto de toda la persona de Cristo, a saber de la divinidad junto con la humanidad, como cuando el Apóstol habla *de un hombre, Cristo Jesús, mediador entre Dios y los hombres*¹⁵. Puesto que no puede ser mediador entre las dos partes, si no participa de ambas.

10. Pero en todo esto, os pregunto, carísimos, ¿qué ventaja trae a los hombres desdichados, el hecho de que la divinidad de este hombre haya *bajado del cielo*¹⁶, a fin de que la sola humanidad de este Dios subiera con ella? De ahí que también podamos deducir de nuestras proposiciones aún otro sentido, según el cual el término “Cristo” o “Hijo del hombre” no sea comprendido solamente como más arriba, de Cristo en su conjunto, o en relación a una o muchas de sus partes. Finalmente, él mismo, increpando otrora desde el cielo a su perseguidor, dice: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*¹⁷ Y cierta vez habrá de decir: *Estuve enfermo, y me visitasteis*¹⁸. Y esto ¿por qué razón, sino por la unidad del Esposo y de la Esposa, o bien de la Cabeza y del cuerpo? 11. Así como la cabeza y el cuerpo de un hombre, constituyen un solo hombre, así también el Hijo de la Virgen y sus miembros, los elegidos, constituyen un solo hombre y un solo Hijo del hombre. Dice la Escritura que el Cristo total y completo es la cabeza y el cuerpo. Todos los miembros conjuntamente forman un solo cuerpo, el cual con su Cabeza no es más que un solo Hijo del hombre; que con el Hijo de Dios no es más que un solo Hijo de Dios, que también él, con Dios, no hace más que un solo Dios. Por tanto, todo el cuerpo con la Cabeza es Hijo del hombre e Hijo de Dios, y Dios. De ahí aquello de: *Quiero, Padre, que como tú y yo somos uno, también ellos sean uno con nosotros*¹⁹.

12. Así pues, según este sentido por cierto muy usado en las Escrituras, ni el cuerpo existe sin la Cabeza, ni la Cabeza sin el cuerpo, ni la Cabeza y el cuerpo —el Cristo total— sin Dios. Ya que, la cabeza de la mujer es el hombre; la cabeza

15. 1Tm 2, 5
16. Cf. Jn 3, 13

17. Hch 9, 4
18. Mt 25, 36

19. Jn 17, 21.22.24

del hombre es Cristo; la cabeza de Cristo es Dios²⁰. Mediante el hombre, Cristo es pues cabeza de la mujer; mediante Cristo, Dios es cabeza del hombre. Por consiguiente, Dios es cabeza de la mujer, del hombre y de Cristo. Y así todo es con Dios un solo Dios, pero el Hijo de Dios según su unidad natural con Dios, y el Hijo del hombre según su unidad personal con el Hijo de Dios, su cuerpo según su unidad sacramental con el Hijo del hombre.

13. Y así sólo *el Hijo del hombre bajó del cielo* por causa de su divinidad, pero no todo entero por causa de su humanidad, él, que solo y todo entero ascenderá por causa de la unidad de la Cabeza y del cuerpo. *Nadie* pues *ha subido* sino aquél solo y todo entero *que bajó*²¹ solo y no todo entero. Si cuando el pobre es alimentado, Cristo es alimentado²², ¿cómo cuando el pobre sube, no sería Cristo el que sube? *¡Lo que Dios unió no lo separe el hombre!*²³ Este sacramento es humilde respecto del hombre y de la mujer, pero es *grande* —según el Apóstol— respecto de Cristo y de la Iglesia²⁴.

14. Del mismo modo que si mi pie pudiera hablar como mi lengua, diría lo que dice mi lengua: “En verdad, yo soy Isaac”; así también los creyentes, miembros espirituales de Cristo, pueden con verdad decir todos y cada uno que son lo que es él mismo: Hijo de Dios y Dios. Pero lo que Dios es por naturaleza, ellos lo son por asociación²⁵. Lo que Dios es en plenitud, ellos lo son por participación. 15. Finalmente, lo que el Hijo de Dios es por generación, sus miembros lo son no sólo por constitución, como Moisés, constituido dios de Faraón²⁶, ni sólo por denominación, como *hay una multitud de dioses y de señores*²⁷, sino por adopción, como está escrito: *Recibisteis el Espíritu de hijos adoptivos, en el que clamamos: ¡Abba, Padre!*²⁸ Según este Espíritu *les dio poder de venir a ser hijos de Dios*²⁹, a fin de que aleccionados por aquél que es *el primogénito entre muchos hermanos*³⁰, pudieran decir de un modo privilegiado: *Padre nuestro que estás en los*

20. 1Co 11, 3

21. Cf. Jn 3, 13

22. Cf. Mt 25, 35.40

23. Mt 19, 6

24. Ef 5, 32

25. Cf. 2P 1, 4

26. Cf. Ex 7, 1

27. 1Co 8, 5

28. Rm 8, 15

29. Jn 1, 12

30. Rm 8, 29

cielos³¹. Y en otra parte: *Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*³². Aunque en efecto él sea el Padre común y el Dios de todos por la creación, con todo, lo es de nosotros de un modo especial por la adopción gratuita, y de una manera única lo es de este Hijo único por generación.

16. Es preciso distinguir en cierto modo tres generaciones o nacimientos de Cristo: según que es el Hijo de Dios desde el principio; según que es el Hijo del hombre al final; según que en el misterio es, Cabeza y cuerpo, un solo Cristo. El primer nacimiento es del Padre, sin madre; el segundo es de una madre, sin padre; el tercero —según la substancia— sin padre ni madre, pero —según el sacramento— de Dios Padre por el Espíritu Santo y de la Iglesia, Virgen y madre. 17. En efecto, por este mismo Espíritu, nació del seno de la Virgen el Hijo del hombre, nuestra Cabeza; en él por cierto renacemos de la fuente bautismal hijos de Dios, su propio cuerpo. Y así como él nació sin ningún pecado³³, así también nosotros renacemos para la remisión de todos los pecados³⁴. Porque todos los pecados del cuerpo entero *los llevó sobre el madero en su cuerpo*³⁵ de carne. Y así, mediante la gracia de la regeneración, concedió a su cuerpo espiritual de una vez y al mismo tiempo, que ningún pecado le fuera imputado, como está escrito: *Bienaventurado el hombre a quien Dios no le imputó el pecado*³⁶. 18. Este *hombre bienaventurado* sin ninguna duda es Cristo, quien en cuanto que *la cabeza de Cristo es Dios*³⁷, perdona los pecados; al cual, en cuanto que la Cabeza del cuerpo es un hombre individual, nada le es perdonado; empero, en cuanto que el cuerpo de esta Cabeza está formado de muchos nada le es imputado. Él es justo en sí mismo y se justifica a sí mismo. Único Salvador, único salvado. Único que sube, único que baja. Él concedió, juntamente con el Padre, dones que él acogió entre los hombres: *Recibiste, se dice, dones entre los hombres*³⁸. *Él llevó sobre el madero en su cuerpo*³⁹ lo que a través del agua quitó de su cuerpo, salvando una vez más a través del madero

31. Mt 6, 9

32. Jn 20, 17

33. Cf. Hb 4, 15

34. Cf. Hch 2, 38

35. 1P 2, 24; Cf. Is 53, 4

36. Sal 31, 2

37. 1Co 11, 3

38. Sal 67, 19

39. 1P 2, 24

y del agua⁴⁰. *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*, porque *los llevó sobre sí*⁴¹. Sacerdote, sacrificio y Dios, que ofreciéndose a sí mismo, por sí mismo se reconcilió consigo mismo, como con el Padre y el Espíritu Santo⁴². 19. Por consiguiente, el primer nacimiento es eterno; nace Dios de Dios: como es el Padre, así es el Hijo. El segundo es temporal y breve; nace hombre del hombre: como es la madre, así es el hijo. El tercero es temporal y largo: lo que nace del Espíritu es espíritu, así como lo que nace de Dios es Dios, y lo que nace de la carne es carne⁴³. 20. Este nacimiento de Cristo, y también su vida, su muerte, su resurrección o su ascensión está incoada por cierto, pero aún no está acabada. Con el primer justo comienza, y con el último se consuma; pero en todo el intervalo se desarrolla, como elegantemente lo dice alguien: “Bajo Noé, bajo David, bajo Cristo hubo misterios sagrados”. De aquí que también diga el Apóstol: *Todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, y comieron el mismo alimento espiritual, y bebieron la misma bebida espiritual*⁴⁴.

21. Éstas son, pues, aquellas realidades terrenas, pero sin embargo espirituales, en las que el hombre terreno no cree porque las saborea carnalmente —mientras que deben ser examinadas de un modo espiritual—; y por eso para él es una necesidad que un hombre pueda *nacer cuando ya es viejo*⁴⁵. No obstante, los antiguos escritos, en los cuales fue maestro aquél que no creyó en los nuevos⁴⁶ atraen sutilmente la atención sobre este mismo nacimiento. 22. En efecto, como aseveran los expertos en tales cosas, hay normalmente tres modos de nacer a la vida: o bien con los pies primero, con los brazos colocados a lo largo del cuerpo; o bien con la cabeza primero, y los brazos colocados en la misma posición; o bien la cabeza en primer lugar, con los brazos cruzados sobre la misma. Empero el santo Jacob —como el autor de la naturaleza quería significar en su nacimiento singular algo que sobrepasaba la naturaleza— salió con un brazo extendido antes que la cabeza, asiendo con la mano la planta del pie de

40. Cf. 1P 3, 20-21

41. Jn 1, 29;

Cf. 1P 2, 24

42. Cf. Hb 10, 12;

2Co 5, 18-19

43. Cf. Jn 3, 6

44. 1Co 10, 2-4

45. Jn 3, 4

46. Cf. Jn 3, 10

su hermano que lo precedía⁴⁷. 23. En este pasaje, ¿qué significa Jacob, sino Cristo, no según lo que hay de singular en su propia persona, sino según que Cristo uno y total es la Cabeza con su cuerpo? ¿Qué significa el brazo salido antes que la cabeza, sino el primer pueblo de los elegidos, prevenido por su gracia antes del nacimiento temporal del Salvador, que ase como con los dedos de la mano el tiempo que le ha precedido en las cinco edades del mundo, o también que sujeta al pueblo carnal con los cinco libros de la Ley? Mas el resto del cuerpo está constituido por la totalidad de los gentiles⁴⁸, que tiene por ambos lados a los pocos creyentes venidos de Israel. 24. En verdad, la cabeza, cuando nace, está situada en el medio. Pero cuando ha nacido, el brazo que había salido antes, se coloca por debajo de ella como los demás miembros, de modo que ésta sea reconocida como *Cabeza de toda la Iglesia*⁴⁹, a la cual *le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra*⁵⁰; ante la cual también *toda rodilla se dobla*⁵¹, y que posee el *Nombre que está sobre todo nombre*⁵². Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos ser salvados⁵³. Como Abrahán, así también todos los otros santos que le antecedieron se regocijaron pensando en ver su día: lo vieron y se alegraron⁵⁴. Que también a nosotros nos suceda, amadísimos, verlo en su reino glorioso, con el Padre y el Espíritu Santo. Amén.

47. Cf. Gn 25, 25

48. Cf. Rm 11, 25

49. Col 1, 18; Ef 5, 23

50. Mt 28, 18

51. Flp 2, 10

52. Flp 2, 9

53. Hch 4, 12

54. Cf. Jn 8, 56

SERMÓN 43

(Primer sermón para el día de Pentecostés)

El Espíritu Santo, amadísimos, ha sido dado hoy desde el cielo¹, él que otrora fuera dado en la tierra²; él mismo es el don, él mismo es quien lo da, y los que lo reciben son los mismos. Y por eso, pareciera que hay que indagar por qué obró así aquél que no pudo obrar en nada sin causa razonable. Sin embargo, aquél que recibió al mismo tiempo y de una sola vez la plenitud³ de este Espíritu Santo por el cual fue concebido, lo distribuyó a quienes quiso, cuando quiso y cuanto quiso⁴. Él, que no lo recibió con medida⁵, lo distribuyó solamente con medida. De ahí lo que dice el Apóstol: *A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo*⁶. 2. Aquél que, por decirlo así, midió, no se equivocó ni respecto de la persona, ni del momento, ni de la cantidad, ni igualó con él a nadie en la plenitud del poder, de la virtud o de la gloria. ¿Quién, se dice, *en las nubes será igual a Dios*? O ¿quién será semejante a Dios, entre los hijos de Dios⁷, según la igualdad? ¿Quién de los hijos de adopción se igualará al Hijo por naturaleza? ¿Quién de los “muchos”, al Único? ¿Quién de los posteriores, al Primogénito? ¿Quién de los renacidos de la gracia, al nacido de la substancia? ¿Quién de los arrancados de las tinieblas profundísimas, al nacido en la luz inaccesible⁸? 3. Al nacer, no fue llamado como los otros, de las tinieblas a la luz⁹, sino que es luz nacida de la luz; por su nacimiento, espontáneamente vino a las tinieblas, como está escrito: *La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la percibieron*¹⁰. En efecto, los que la percibieron, fueron iluminados y no permanecieron en las tinieblas. *Algún tiempo fueron tinieblas, pero ahora son luz en el Señor*¹¹. Las tinieblas

1. Cf. Lc 24, 49

2. Cf. Jn 20, 22-23

3. Cf. Jn 1, 16

4. Cf. 1Co 12, 11

5. Cf. Jn 3, 34

6. Ef 4, 7

7. Sal 88, 7

8. Cf. 1Tm 6, 16

9. Cf. 1P 2, 9

10. Jn 1, 5

11. Ef 5, 8

estaban sobre toda la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios era llevado por encima de las aguas¹², y no era sumergido en las aguas ni sofocado por ellas, sino que las incubaba y las calentaba y las fecundaba. 4. De modo semejante, las tinieblas de la ignorancia de las cosas buenas estaban por encima de los corazones de todos los hombres, y éstos eran abatidos por el torpor en las dificultades de la acción y fluctuaban en la móvil corriente de las concupiscencias caprichosas, antes de que mediante el Espíritu, Cristo los hubiera iluminado para darles la ciencia, como lo dice él mismo: *Él os guiará hacia la verdad plena*¹³; antes de que los hubiera inflamado y fecundado para darles la fuerza, según la palabra: *Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto*¹⁴; antes de que fundidos y derretidos pudieran fluir como aguas vivas que saltan hasta la vida eterna¹⁵, como está escrito: *Envía su Palabra y se derriren, sopla su Espíritu y fluyen las aguas*¹⁶.

5. Así pues, el mismo Espíritu fue dado de más arriba para fines más altos: del cielo, para la virtud; el mismo Espíritu que otrora fue dado más abajo para fines más bajos, y debe ser dado algún día de aún más alto¹⁷ para fines aún más altos. Dado en la tierra para la potestad, donde reinan todavía los principados y las potestades, es dado hoy desde el cielo para la fuerza, porque no hay que luchar contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos que habitan en los espacios celestes¹⁸. Verdaderamente, después de la resurrección de los cuerpos, cuando el Hijo entregue a Dios Padre el Reino, cuando sea suprimido todo principado y potestad, y Dios sea todo en todos¹⁹, debe ser dado este mismo Espíritu para la gloria, la paz, el regocijo, la alegría y la seguridad, como está escrito: *Les retiras su espíritu y expiran, y a su polvo retornan. Envías tu Espíritu y son creados, y renuevas la faz de la tierra. ¡Sea por siempre la gloria del Señor; alégrese el Señor en sus obras!*²⁰

12. Gn 1, 2

13. Jn 16, 13

14. Lc 24, 49

15. Jn 4, 14; 7, 38

16. Sal 147, 18

17. Cf. Sb 9, 17

18. Ef 6, 12

19. 1Co 15, 24-28

20. Sal 103, 29-31

6. Éste es el don del "espíritu principal" para el afianzamiento, después de toda debilidad; el que pedía el Profeta al decir: *Afianzame en tu espíritu "principal"*²¹. Él ya había recibido el *espíritu santo* para la justificación y el *espíritu recto* para la conversión²². En efecto, por el *espíritu recto* somos orientados hacia Dios; por el *espíritu santo* nos adherimos a él; por el *espíritu "principal"* no nos apartamos de él. Por el *espíritu recto* somos corregidos del mal, por el *espíritu santo* somos corroborados en el bien, por el *espíritu "principal"* somos afianzados en él. Por el *espíritu recto* nos apartamos del mal, por el *espíritu santo* obramos el bien, por el *espíritu "principal"* tenemos una morada por los siglos de los siglos²³. Por consiguiente, el Espíritu es dado en la tierra para el poder, es dado desde el cielo para la fuerza, es dado de junto al Padre para el fortalecimiento.

7. Respecto del poder está escrito que él insufló sobre ellos diciendo: *Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados; a quienes se los retengáis, les quedarán retenidos*²⁴. Y en otra parte: *Les dio poder sobre todos los demonios, y para curar las enfermedades*²⁵. Hay poder pues para tres cosas, a saber: expulsar demonios, curar enfermos, perdonar pecados; y también para una cuarta: conceder gracias. Todo lo cual es grande y obra del poder divino, como está escrito: *Haréis las obras que yo hago y las haréis mayores que éstas*²⁶. Sin embargo, en cierto modo todas estas obras son exteriores y obradas desde fuera, y pueden ser comunes a los hijos y a los que no lo son, a los que aparentan serlo y a los que lo son en verdad. Se cree que Judas, con los otros apóstoles realizó tales obras. Y en el juicio muchos dirán: *Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchos milagros?* Sin embargo ellos han de escuchar la severa palabra: *¡Apartaos de mí, no os conozco!*²⁷

8. *¡Bendito sea Dios que dio tal poder a los hombres!*²⁸ Pero era necesaria la fuerza, para que el que es poderoso ante los otros,

21. Sal 50, 14

22. Sal 50, 12-13

23. Cf. Sal 36, 27

24. Jn 20, 22-23

25. Lc 9, 1

26. Jn 14, 12

27. Mt 7, 22-23;

Cf. Lc 13, 27

28. Mt 9, 8; Ef 1, 3

sea fuerte en sí mismo²⁹. Por muy grande que sea el poder, ¿qué utilidad hay en expulsar de otros el demonio mediante la gracia del exorcismo, mientras que por el orgullo, o la envidia, o la cólera, o la tristeza o acedia, o la avaricia, o la glotonería o la lujuria, se tiene a un demonio habitando dentro de sí, o también cuando se está lleno de numerosos demonios por los muchos vicios? ¿De qué aprovecha el poder perdonar a otros los pecados, si uno mismo no puede resistir el pecado o salir de él? 9. *¿Alguno entre vosotros, dice el apóstol, está enfermo? Llame junto a sí a los presbíteros de la Iglesia y orarán por el enfermo*, aunque quizá sean ellos más enfermos o merezcan más estarlo. *Y él se restablecerá de la enfermedad*³⁰, sobre todo de aquella que el pecado provocó, como dice el apóstol de aquéllos que comulgan indignamente: *Por eso hay entre vosotros muchos débiles y muchos dormidos*³¹. *Y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados*³², y frecuentemente por aquéllos que andan cargados de pecados y no pueden perdonárselos a sí mismos. *El esclavo del pecado*³³ perdona el pecado: tan glorioso por su poder, como ignominioso por su debilidad. 10. *Médico, está escrito, cúrate a ti mismo*³⁴. *Tú, que predicas que no se debe robar, ¿por qué robas*³⁵. Tú, que enseñas a otros, enséñate a ti mismo. Pero para que el poderoso pueda esto, para que el que es poderoso en medio de los otros sea fuerte en sí mismo, es necesaria la ayuda del cielo, y aquél que ha recibido el poder aquí abajo debe ser revestido *de la fuerza de lo alto*³⁶, como está escrito: *El Señor es fuerte y poderoso; el Señor es poderoso en la batalla*³⁷. Que sea gloriosamente poderoso para imperar sobre los demonios, pero útilmente fuerte para resistir los vicios. 11. Pedro, por su poder, obró milagros poderosamente, pero por su debilidad, ante la voz de una criadilla, débilmente negó. Los judíos, admirados de este poder del Salvador dicen: *Dinos con qué poder haces esto*³⁸. Al ver y ambicionar este poder de los apóstoles, Simón el Mago mereció escuchar: *Perezca tu dinero, y tú con él*³⁹. Pues él no aspiraba a la virtud que lo

29. Cf. Sal 23, 8

30. St 5, 14-15

31. 1Co 11, 30

32. St 5, 15

33. Jn 8, 34

34. Lc 4, 23

35. Rm 2, 21

36. Lc 24, 49

37. Sal 23, 8

38. Lc 20, 2

39. Hch 8, 20

hubiese hecho fuerte contra la malicia en su corazón, sino al poder que lo haría aparecer glorioso en su obrar.

12. Hoy se encuentran algunos, amadísimos —lo decimos sin ofender a nadie—, que contra el consejo del Apóstol que dice: *Aspirad a los carismas superiores*⁴⁰ —prefiriendo por cierto la virtud al poder— aspiran más a los carismas inferiores y menos a los superiores, o bien, *se glorían desmesuradamente*⁴¹ del poder recibido y ambicionan perversamente lo que no han recibido, ávidos de poder, seguros de su virtud. Buscan más ser honrados que ser humildes, presidir más que servir, poder más que ser. En efecto, es sabido que a este poder es al que le corresponde todo aquello que obran los sacerdotes, los obispos o los superiores: bendiciones, consagraciones, ordenaciones, exorcismos e imposición de manos, prelações, predicaciones, bautismos, absoluciones, también excomuniones, y sobre todo el supremo poder de celebrar (realizar) la Eucaristía. 13. En todas estas funciones, juzgamos que deben ser consideradas con sumo cuidado tres cosas: ¿a qué se accede? ¿cómo son los que acceden? ¿por qué acceden? No sea que, o bien se juzgue humano lo que es divino, o bien los orgullosos, los avaros, los impuros, se atribuyan lo que es de los humildes y de los santos; o bien, para decirlo brevemente, que los que han menester de reforma se atribuyan la misión de los que ya se reformaron; o bien que en las realidades espirituales y celestiales se piense en algo terreno o carnal. Pero hasta aquí discurremos acerca del poder, del cual se ha dicho respecto de los que abusan de él: *Los poderosos sufrirán tormentos poderosamente, y un suplicio más fuerte amenaza a los más fuertes*⁴². Y en otra parte: *Derribó a los poderosos de sus tronos, y exaltó a los humildes*⁴³.

14. Respecto de la virtud dada para protección del alma, ella no es susceptible de ningún abuso. Toda la virtud consiste en la verdad de la caridad y en la caridad de la verdad; tanto de la verdad que ilumina para conocer, cuanto de la caridad que inflama para amar. Pues así como sin la caridad *la ciencia hincha*⁴⁴,

40. 1Co 12, 31

41. 2Co 10, 15

42. Sb 6, 7-9

43. Lc 1, 52

44. 1Co 8, 1

así también sin la ciencia la caridad yerra. De ahí que la Verdad diga en el Evangelio: *Cuando os hagan estas cosas, pensarán que dan culto a Dios*⁴⁵. También en el Apóstol, la caridad, llorando por semejantes extraviados, dice: *Doy testimonio en favor suyo que tienen celo de Dios, pero no según la ciencia*⁴⁶. Pues la ciencia sin caridad, *hincha, mientras que la caridad, con ciencia, edifica*⁴⁷. 15. Para que los discípulos fueran revestidos hoy en forma consumada *del poder de lo alto*⁴⁸, les fue concedido desde el cielo el Espíritu en la claridad y en el ardor del fuego, que los introdujo por su claridad *en toda verdad*⁴⁹, y los abrasó por su ardor en toda caridad. Así su poder *se endureció con el fuego como vasija de blanda arcilla*⁵⁰; y su palabra brilló como una lámpara para nuestros pasos⁵¹. 16. He aquí por qué ellos que poco antes, silenciosos y medrosos, abandonaron o negaron todos al Señor en su pasión, de un modo convincente y fervoroso exclaman: *No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído. Vosotros mismos, dicen, juzgad si se debe obedecer a vosotros más que a Dios*⁵². ¡Oh hombres, que hace poco temíais como hombres!, ¿de dónde os viene súbitamente este coraje que hace que ahora, convertidos en super-hombres, no temáis como hombres? Vosotros, que poco antes por temor de los judíos, estábais reclusos en una casa estrecha y oscura⁵³, ¿cómo ahora con tanta confianza estáis hablando públicamente en el Templo?⁵⁴ Verdaderamente, como está escrito: *Los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas*⁵⁵.

17. Éste es pues, carísimos, *el cambio obrado por la diestra del Altísimo*⁵⁶. En efecto, hoy *el Espíritu del Señor adornó los cielos, y a modo de un parto, su mano sacó afuera a la serpiente tortuosa*⁵⁷. La serpiente tortuosa que ocasionó los gérmenes de todas las tortuosidades en nuestros primeros padres y parricidas nuestros, que antes de engendrarnos nos hicieron morir. La serpiente tortuosa con todas sus tortuosidades fue arrojada fuera porque

45. Jn 16, 2
46. Rm 10, 2
47. 1Co 8, 1
48. Lc 24, 49
49. Jn 16, 13
50. Sal 21, 16

51. Cf. Sal 118, 105
52. Hch 4, 19-20; 5, 29
53. Cf. Jn 20, 19
54. Cf. Hch 4, 31;
5, 20-42
55. Is 40, 31

56. Sal 76, 11
57. Jb 26, 13

*el príncipe de este mundo fue arrojado fuera*⁵⁸, y viniendo a los discípulos, tampoco en ellos *tiene nada*⁵⁹ que sea de él. Porque el Espíritu llenó todo, él, que llena todo el universo; y puesto que tiene el conocimiento de todas las voces⁶⁰, forma las lenguas en todo género de palabra. De ahí proviene el hecho de que el Espíritu *llenó toda la casa*⁶¹ y que *adoptó la forma de lenguas*, él, que por la razón sobredicha vino en el fuego.

18. *Ahora es el juicio del mundo*⁶², así como otrora fue el juicio del cielo. Porque del mismo modo que entonces —una vez arrojado el Leviatán robusto, la serpiente tortuosa⁶³— fue purificado el cielo y el Espíritu del Señor, es decir *la caridad de Dios*⁶⁴, llenó y adornó los cielos⁶⁵, a saber los ángeles confirmados en la caridad; así también ahora —una vez juzgado el mundo y arrojado el diablo con sus tortuosidades— son purificados *los cielos que narran la gloria de Dios*⁶⁶ y por *la caridad de Dios, derramada en sus corazones por el Espíritu Santo*⁶⁷, son colmados, adornados, confirmados, de suerte que el temor es arrojado fuera⁶⁸ y *predican con confianza la palabra de Dios*⁶⁹. 19. En efecto, las tortuosidades y sinuosidades serpentina consisten en temer lo que no se debe temer, y en no temer lo que se debe temer. Inficionado Pedro con este veneno llegó hasta la triple negación. Consisten igualmente en amar lo que no se debe amar y en no amar lo que se debe amar: también Judas, corrompido por esto, pecó *entregando la sangre del Justo*⁷⁰ injustamente. Éstos son pues los orígenes de todas las tortuosidades y vicios, y las fuentes de todos los males. Cuando la caridad los deseca, todo lo llena, todo lo posee y, conteniendo todo, introduce en todo el conocimiento de la verdad⁷¹. 20. Porque hoy *el Espíritu del Señor llenó el universo*⁷². Y, puesto que el mundo que yace en poder del Maligno⁷³ fue

58. Jn 12, 31
59. Jn 14, 30
60. Cf. Sb 1, 7
61. Hch 2, 2
62. Jn 12, 31
63. Cf. Is 27, 1

64. Rm 5, 5
65. Cf. Jb 26, 13
66. Sal 18, 2
67. Rm 5, 5
68. Cf. 1Jn 4, 18
69. Hch 4, 31

70. Mt 27, 4
71. Cf. Jn 16, 13
72. Sb 1, 7
73. Cf. 1Jn 5, 19

reprobado; el universo está todo entero en germen sólo en aquéllos a los que hoy *el Espíritu llenó*. En efecto, de ellos está escrito: *Él afirmó el universo, que no será quebrantado*⁷⁴. Es afirmado *por el poder de lo alto*⁷⁵, gracias a la venida del Paráclito, para no ser conmovido ni por el temor ni por el amor, hasta el punto de querer pecar. Gracias a la presencia del rostro del Padre, será confirmado de modo de no tener más ocasión de poder pecar. Ahora la caridad llena todo, el poder contiene todas las cosas⁷⁶ y la verdad ilumina todo por la ciencia; entonces Dios solo, fuente inagotable de caridad, de virtud y de verdad será *todo en todos*⁷⁷.

21. Por consiguiente, la virtud a la que la caridad inflama y a la que la verdad ilumina es prudente, sobria, paciente y justa. Por la prudencia, evita las temeridades y las novedades presuntuosas, *los consejos engañosos*⁷⁸ y las objeciones de la falsa ciencia⁷⁹, las astucias de Satanás y las trampas de los malos⁸⁰; y, para decirlo brevemente, pisotea *al dragón*⁸¹ y rápidamente aplasta bajo sus pies⁸² a Satanás que se *disfraza de ángel de luz*⁸³. 22. Por la sobriedad, refrena la concupiscencia de la carne y enfría el ardor de las agitaciones interiores; modera la curiosidad exterior y mortifica la concupiscencia de los ojos⁸⁴; camina *sobre el áspid y el basilisco*⁸⁵, mientras pone en fuga mediante la abstinencia a los instigadores de la voluptuosidad, y elude a los servidores de la avaricia, por amor a la pobreza. 23. Por la paciencia empero, consigue no temer ya a nadie; es librada del temor de los enemigos *que matan el cuerpo*⁸⁶, pero no pueden hacer nada más; ella *habiendo soportado escarnios y azotes, e incluso cadenas y cárceles*⁸⁷, sobrelleva valientemente lapidaciones, mutilaciones, y toda clase de muertes crueles y refinadas; Aplasta *al león*⁸⁸ y todo el furor de las artimañas diabólicas, triunfando por su magnanimidad tanto de la pusilanimidad como del soplo de la tempestad⁸⁹. 24. Por la justicia, finalmente, ella observa la equidad hacia todos, no

74. Sal 92, 1

75. Lc 24, 49

76. Sb 1, 7

77. 1Co 15, 28

78. Pr 12, 5

79. Cf. 1Tm 6, 20

80. Cf. Ef 4, 14

81. Sal 90, 13

82. Cf. Rm 16, 20

83. 2Co 11, 14

84. Cf. 1Jn 2, 16

85. Sal 90, 13

86. Mt 10, 28

87. Hb 11, 36-37

88. Sal 90, 13

89. Cf. Sal 54, 9

rechaza a nadie, hace el bien a los que puede, desea el bien de todos, satisface su deuda para con los *sabios y los ignorantes*⁹⁰, ama a todos como a sí misma, tiene *cuidado principalmente de los suyos*⁹¹. Y aquél que, por las otras virtudes, venció a los demonios, por la justicia se ha hecho semejante a los ángeles⁹², hasta que, por el tercer don del Espíritu Santo, pueda devenir su igual.

25. He aquí, amadísimos, cómo eran estos hombres y cuán fuertes los hizo hoy el Espíritu por el segundo don de lo alto, él que los hizo poderosos aquí abajo por el primer don y los hará gloriosos allá arriba por el tercero. ¡Y bien, amadísimos, lo que el Señor nos sugirió acerca del poder y de la virtud, nosotros lo hemos expuesto tanto más escrupulosamente cuanto menos los poseemos! Acerca de la gloria empero, cuando seamos gloriosos, la exposición nos será tanto más fácil cuanto feliz sea la posesión. Que se digne concedérmolo el Espíritu Santo, que con el Padre y el Hijo vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 44

(Segundo sermón para el día de Pentecostés)

Comed, amigos, bebed y embriagaos, *carísimos*¹. Según costumbre, después de las cosechas se celebran las vendimias, y es sabido que el orden de las estaciones está al servicio de los misterios celestiales. También el rostro de la creación ilumina para que pueda contemplarse el rostro del Creador. *Porque desde la creación del mundo las realidades espirituales se dejan ver a través de sus obras*². 2. El mundo visible sirve pues a su señor, es decir al hombre, para su subsistencia; sirve también para su instrucción. Alimenta e instruye, sostiene y enseña: es

90. Rm 1, 14

91. 1Tm 5, 8

92. Cf. Lc 20, 36

1. Ct 5, 1

2. Rm 1, 20

un buen siervo si no tiene un mal señor. La enseñanza de Dios aparece fuera, en la creación; la imagen de Dios dentro, en el alma; y entre estas *dos grandes lumbreras, la lumbrera mayor y la lumbrera menor*, que presiden el día y la noche³, el ciego tantea con su mano todo el día y toda la noche⁴ como si le faltara la luz. 3. Necio y miserable, sus *ojos están puestos en los límites de la tierra*⁵, de modo que no ve más que tinieblas, obliga a todo el mundo a servir a su vientre y a su espalda, él que ignora por qué fue creado el mundo. Considera que Dios creó un mundo tan grande para un vientre tan exiguo. ¡Oh!, ¡cuán pésimo es el fuego de este vientre que consume tanta cosa y una y otra vez dice: *Trae, trae*!⁶ A éstos, ¡oh dolor!, el vientre los redujo a una esclavitud tal, que lo adoran como si fuera un dios, y por su imperio desprecian a aquél que es el verdadero Dios. 4. Éstos, amadísimos, mientras se sientan *para comer y beber* y se levantan luego *para danzar*⁷, provocan el llanto del Apóstol que dice: *Lo digo ahora con lágrimas, son enemigos de la cruz de Cristo, que tienen por dios al vientre y cuya gloria está en su vergüenza*⁸. Éstos, cuando escuchan lo que al presente propusimos de las Escrituras divinas: *¡Comed, amigos, bebed y embriagaos, carísimos*⁹, y otros pasajes similares, no pueden saborear nada que no sea sus sabores acostumbrados y sus habituales condimentos. Porque la repetición hace al maestro, y el hábito es una segunda naturaleza. Cuando nosotros y otros les reprochamos tales gustos: ¿para qué, preguntan, hizo Dios estas cosas, sino para que las usemos? Todo el uso de todas las cosas ¿no es acaso para la boca? Entonces, verdaderamente ¡todo el trabajo del hombre es para su boca!¹⁰

5. Pero nosotros, amadísimos, para quienes Dios es Espíritu¹¹, así como en las cosas creadas sabemos ver las realidades inteligibles, así también en las palabras carnales sepamos ver las realidades espirituales. Sobre todo hoy, cuando el Espíritu es enviado desde el cielo, no debemos desconfiar de que seremos ayudados a escudriñar las realidades espirituales.

3. Gn 1, 16

4. Cf. Dt 28, 29;
Jb 5, 14

5. Pr 17, 24

6. Pr 30, 15

7. Ex 32, 6;
1Co 10, 7

8. Flp 3, 18-19

9. Ct 5, 1

10. Cf. Qo 6, 7

11. Cf. Jn 4, 24

6. En la reciente solemnidad pascual, cosechamos pues nuestro pan del cielo. Recogido y sacudido cuando fue capturado y flagelado, y también enteramente molido entre judíos y gentiles por preguntas e indagaciones *este pan que bajó del cielo, y da la vida al mundo*¹², fue por último cocido en el fuego de la pasión y en el horno de la cruz. *Comed, amigos* este pan que prepararon los enemigos. Porque como está escrito en otra parte: *El necio servirá al sabio*¹³. Otros trabajaron, aprovechad de sus trabajos¹⁴. 7. *Comed* pues, *amigos*¹⁵, y comed para que seáis amigos. Porque aquél que desdena comer, no podrá de ningún modo ser un amigo. Come el ángel, como rico y de la familia, a boca llena, y se sacia *de la grosura del trigo*¹⁶ *entre voces de júbilo y de alabanza*¹⁷. Coma el hombre peregrino y pobre, según su capacidad, de la flor mezclada con la cascarilla del trigo, para que al menos, restaurado por este viático, no desfallezca en el camino comenzado. *Si los despedido, dice, completamente ayunos, desfallecerán en el camino*, porque vinieron de lejos y permanecieron tres días¹⁸, a causa de su fe en la Trinidad. Porque Jesús mismo no confía en los que no tienen fe¹⁹.

8. Hoy, amadísimos, después de semejante cosecha, de algún modo se celebran similares vendimias. Porque cincuenta días después de la santa Pascua, el Espíritu Paráclito —en el cual reside todo el reposo sabático de los santos, en la tranquilidad y la paz, apartados de toda obra mala y entregados a toda obra buena y por encima de toda obra— invadió copiosamente los corazones de los discípulos con la plenitud de la vida verdadera, de la cual *el Padre es el viñador*²⁰; quien a sus almas, como a toneles sumamente purificados y sujetos por el Hijo de Dios, las llenó con un vino fuerte y claro. 9. Ciertamente, *el Espíritu del Señor* enviado por el Padre y el Hijo *llenó el universo*; y en su fuerza, reivindicando todo para sí: la memoria, el sentido, la voluntad, abarcó todo a la vez; poniéndolo completamente fuera de sí, a modo de un vino fortísimo, le enseñó su propia *ciencia de la*

12. Jn 6, 33

13. Pr 11, 29

14. Cf. Jn 4, 38

15. Ct 5, 1

16. Sal 80, 17

17. Sal 41, 5; Jon 2, 10

18. Mc 8, 2-3

19. Cf. Jn 2, 24

20. Jn 15, 1

*palabra*²¹, de modo que, sobriamente ebrio, no fuese más su sentido y su espíritu los que lo impulsaran, lo rigieran, lo hicieran hablar, sino que todo se obrase por el calor, el aroma y la fuerza del vino. 10. Con razón pues, también los judíos consideran que *están llenos de vino nuevo*, aquéllos a los que el Espíritu había llenado²². Ciertamente, estaban embriagados; pero *de la abundancia de la casa de Dios*²³. Ahora bien, la casa del Padre es el Hijo, y la casa del Hijo es el Padre. *¿No sabéis*, dice, *que el Padre está en mí y yo en el Padre*?²⁴ Pero la abundancia y la plenitud de ambos es el Espíritu Santo, torrente también de sus delicias, donde los discípulos se habían abrevado y embriagado. En el Padre y el Hijo, el Espíritu es la fuente inagotable de abundancia; torrente de delicias para los discípulos, y a partir de ellos, torrente desbordante de gloria para las naciones²⁵.

11. El Espíritu, que no es en sentido propio ni vino ni agua, es llamado ambas cosas por semejanza; vino, porque embriaga por el fervor de la caridad; agua, porque refresca el ardor de la pasión. El Profeta desea esta agua y dice: *Déjame, para que pueda refrescarme antes de que me vaya*²⁶. A tomar de esta agua invitaba aquél que de pie clamaba: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, y ríos de agua viva correrán de su seno. Esto lo decía*, agrega el Evangelista, *refiriéndose al Espíritu que habrían de recibir los que creyeran en él*²⁷. He aquí que, puesto que no beben este vino o esta agua sino *los que creen en él*, así como tampoco comen este pan sino aquéllos que lo esperan tres días²⁸, esperemos y comamos, creamos y bebamos. Comamos para devenir amigos; bebamos para que, devenidos carísimos por la caridad, seamos embriagados²⁹.

12. La caridad, en efecto, es mezclada como el vino, principalmente cuando la Sabiduría pone la mesa, mezcla el vino y llama a su banquete a los pequeños³⁰. Porque sólo la humildad es invitada al banquete de la Sabiduría, donde el pan es la verdad y el vino es la caridad. La caridad también es derramada como

21. Sb 1, 7

22. Cf. Hch 2, 13

23. Sal 35, 9

24. Jn 14, 11

25. Cf. Sal 35, 9-10;

Is 40, 28. 66, 12

26. Sal 38, 14

27. Jn 7, 37-39

28. Cf. Mc 8, 2-3

29. Cf. Ct 5, 1

30. Cf. Pr 9, 2-4

agua cuando se la da para la ablución. 13. Sin duda, el orden normal requiere que si uno va a sentarse a la mesa, se lave primero las manos. *Lavaos*, se ha dicho, *purificaos*³¹. Y en otra parte: *Cuando el Señor haya lavado la mancha de las hijas de Sión con soplo justiciero y soplo abrasador*³². El Profeta ora con este deseo: *Lávame a fondo, Señor, de mi iniquidad, y de mi pecado purifícame*³³. Y en otra parte: *Lavaré mis manos entre los inocentes, y daré vueltas Señor, alrededor de tu altar*³⁴. El altar del Señor es la mesa donde comemos y bebemos la carne de Cristo que es *verdaderamente comida*, y bebemos su sangre que es *verdaderamente bebida*³⁵. El bautismo lava, el altar alimenta; pero sin la caridad que *es el fruto del Espíritu*³⁶, ninguno de los dos aprovecha. Por consiguiente, la caridad obra todo: sin ella carece de valor todo lo que se hace. 14. La caridad es agua que lava, vino que embriaga: lava de vicios, embriaga de virtudes; lava a los manchados por el amor de este mundo, embriaga a los purificados por el amor de Dios; lava a los que están sucios por el amor de sí mismos, embriaga a los que están purificados por el amor al prójimo. Efectivamente, la caridad es el Espíritu, porque el Espíritu es Caridad. Y así la Verdad alimenta, la Caridad apaga la sed, el poder fortalece. La Verdad es el Hijo; la Caridad, el Espíritu; el Poder, el Padre. Mediante la Verdad y la Caridad que han sido enviadas hacia nosotros, a causa de nosotros, llegaremos al Poder, cuando lleguemos al Padre. Y el Padre nos concederá una saciedad completa, como está escrito: *Seré saciado cuando aparezca tu gloria*³⁷.

15. Esta maravillosa saciedad procedente del rostro del Padre, concederá una fortaleza perfecta, quitará todo padecimiento proveniente del hambre y de la sed, como está escrito: *No tendrán más hambre ni sed*³⁸. Este banquete eterno ofrecerá todas las delicias³⁹ sin hastío, y las hará desear sin padecimiento. Entonces allí, como nos lo prometió aquí el Hijo que no engaña, comeremos y beberemos con él a su *mesa en el reino de su Padre*⁴⁰.

31. Is 1, 16

32. Is 4, 4

33. Sal 50, 4

34. Sal 25, 6

35. Jn 6, 56

36. Ga 5, 22

37. Sal 16, 15

38. Ap 7, 16

39. Cf. Si 30, 16

40. Lc 22, 30

en este sublime altar, "en presencia de la divina majestad", resplandecientes en la Verdad, fervorosos en la Caridad, fuertes en el Poder.

16. Entre tanto pues, por la participación en este altar inferior, gustemos con Cristo lo que él gustó por nosotros. Sentados a la mesa del rico que por nosotros se hizo pobre, preparemos manjares similares, para que seamos enriquecidos con su pobreza y gocemos con él de sus riquezas⁴¹, con él, del cual es más verdadero que no rehusamos la pobreza, cuando comemos y bebemos aquí *el trigo de los elegidos y el vino que nutre a las vírgenes*⁴², y a él lo invitamos para que venga a nosotros, a fin de que, como está escrito, entre a nuestra casa y cene con nosotros. 17. Pero porque somos tibios y olvidamos fácilmente o menospreciamos invitar a un convidado tan grande, he aquí que él está a la puerta y llama; si alguien le abre, entra y cena con él⁴³. Abrámosle, amadísimos, y desde nuestra pobreza, gustosa y devotamente, vayamos en ayuda de su abundancia⁴⁴, a fin de que alguna vez seamos colmados de los bienes de su casa⁴⁵, por generosidad de aquél que vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 45

(Tercer sermón para el día de Pentecostés)

La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado¹. Era poco, amadísimos, que el Hijo de Dios nos haya sido dado, como está escrito: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado*²; sino que el Espíritu Santo también nos sería dado. ¿Acaso el Padre mismo no nos será dado algún día, a fin de que los que nada

41. Cf. Pr 23, 1-2 (Vet.Lat.);

2Co 8, 9

42. Za 9, 17

43. Cf. Ap 3, 20

44. Cf. Mc 12, 44;

2Co 8, 9

45. Cf. Sal 64, 5

1. Rm 5, 5

2. Is 9, 6 (Vet.Lat.)

somos, recibamos todo, y los que perdimos toda la humanidad, nos enriquezcamos con toda la divinidad? *¿Quién oyó tales cosas?*³

2. Estábamos ciegos: en las tinieblas nació la luz que nos iluminará⁴. Y éste es el nacimiento de Cristo por nosotros, de nosotros, entre nosotros. Este nacimiento que aceptó por nosotros, nos lo ha dado también a nosotros. Y el bautismo de Cristo por nosotros, es como otra especie de nacimiento, por el cual naceríamos en aquél que había nacido en nosotros. Y así como él en nosotros, así también nosotros en él: él, Hijo del hombre, por el Espíritu Santo, de la Virgen María; nosotros, hijos de Dios, por el mismo Espíritu, de la Iglesia Virgen. Éramos siervos malos sometidos al pecado⁵: él sirvió bien por nosotros, obedeciendo al Padre en la justicia⁶, satisfaciendo por su obediencia la deuda de nuestro servicio. Y ésta es la vida de Cristo por nosotros. Éramos *hijos de muerte*⁷ por el pecado, *porque el salario del pecado es la muerte*⁸: él mismo, muriendo por nosotros, ofreció el sacrificio expiatorio por nuestro pecado. Y ésta es la muerte de Cristo por nosotros. 3. He aquí, amadísimos, que para nosotros, cuyo nacimiento fue impuro, la vida perversa, la muerte peligrosa, ahora, por la gracia de Cristo, todo se ha cambiado en mejor; como lo dice el título de un salmo: "Para aquéllos que serán cambiados"⁹. Ahora el nacimiento es santo, como está escrito: *Lo que nacerá de ti será santo*¹⁰; la vida, justa: *Mi justo*, está escrito, *vivirá de la fe*¹¹; la muerte, victoriosa: *¡Mas, gracias a Dios, que nos dio la victoria por Jesucristo nuestro Señor!*¹²

4. Pero entonces, pregunto, si las solemnidades precedentes nos atraen tal abundancia de gracias, ¿era necesario que fuese concedida esta celebración de hoy? ¿Qué faltaba a los que fueron reconciliados perfectamente, que debiese ser añadido? Aquél que nos dio a su propio Hijo¹³, ¿cómo no nos dará con él todas las

3. Jr 18, 13;

Cf. Is 66, 8

4. Cf. Is 9, 2; 58, 10;

Jn 1, 5; Lc 1, 79

5. Cf. Mt 24, 48;

Rm 6, 20; 7, 14

6. Cf. Flp 2, 8;

Rm 6, 16

7. 1S 26, 16

8. Rm 6, 23

9. Sal 44, 1

10. Lc 1, 35

11. Hb 10, 38

12. 1Co 15, 57

13. Cf. Jn 3, 16

cosas?¹⁴ ¿Acaso Pablo, Cefas, Apolo, absolutamente todo, no es nuestro, si nosotros somos de Cristo?¹⁵ Sin omitir que este mundo visible con todos sus elementos, y los mismos elementos con toda su plenitud y su ornato nos sirven, ¿acaso los ángeles no son todos espíritus administradores, enviados para el ministerio en favor de aquéllos que han de recibir la herencia de la salvación?¹⁶ 5. Y esto es poco. Dios, Hijo de Dios y él mismo hombre, Hijo del hombre, no vino para ser servido por nosotros, sino para servirnos, y para entregar esta alma suya amada, que dio como rescate por muchos¹⁷. ¿Quién vió jamás cosa semejante?¹⁸ Nuestro Señor es nuestro servidor en todo. ¿Y qué servidor habrá tan servicial? Por nosotros nace, por nosotros vive, por nosotros muere, por nosotros resucita, por nosotros asciende, como está escrito: *Si así no fuera ¿os hubiera dicho: Voy a prepararos un lugar?*¹⁹; nos quita un lugar en el mundo, nos prepara un lugar en el cielo; por nosotros también vendrá de nuevo del cielo: *Vendré de nuevo a vosotros*, dice, *y os tomaré conmigo*²⁰. Verdaderamente *aquél que nos hizo*²¹, hace todo por nosotros. ¿Por qué también nosotros, carísimos, no hacemos todo por él?

6. Pero lo repito: ¿qué necesidad había de esta solemnidad? Más allá de esto ¿qué hará otro Paráclito?²² Ofendimos a Dios, pero, como se dice vulgarmente, lo hicimos “rectamente”, disipamos “lo principal de la querella” y, como se dice, “dimos una prenda por la fechoría”. Le sustrajimos a un hombre, le restituimos uno mejor; le arrebatamos a un siervo, le liberamos al Hijo. ¿Qué más? Fuimos citados a pleito, escuchamos la queja, fuimos convencidos, a causa del juicio restituimos todo. ¿Acaso no es suficiente? ¡Ciertamente! Pero gracias a la redención, no al favor; gracias a la justicia, no a la amistad. 7. He aquí que el hombre es “justo” respecto del pasado: ¿qué hará respecto del futuro, él que cae siete veces al día?²³ A él, cuyos *sentidos*

14. Rm 8, 32

15. Cf. 1Co 3, 22-23

16. Hb 1, 14

17. Cf. Mt 10, 28;

Jr 12, 7; 1Jn 3, 16

18. Cf. Is 66, 8

19. Jn 14, 2

20. Jn 14, 3

21. Sal 94, 6

22. Cf. Jn 14, 16

23. Cf. Sal 10, 4;

Sal 118, 164; Pr 24, 16

*desde la adolescencia están inclinados al mal*²⁴; ¿quién lo conservará en el bien? O si cayera, ¿quién lo levantará? ¡Ay del solo! *Si cayera, no tiene quien lo levante*²⁵. Me atrevo a decir, sin el Espíritu está solo. En efecto, quien tiene a Cristo sin el Espíritu, está solo. Porque no sin motivo, después de Cristo, es enviado el Espíritu. *Os conviene*, dice el Señor, *que yo me vaya; de otro modo, el Paráclito no vendrá*²⁶.

8. Hablemos con simplicidad, hermanos, principalmente a causa de los hermanos simples e iletrados que no comprenden a aquéllos que hablan por encima del lenguaje común. Un poderoso ajusta cuentas con su siervo; demuestra al acusado el daño que le ha ocasionado; tiene al convicto, lo inculpa, lo ahoga²⁷, hasta que pague *el último céntimo*²⁸ y sufra una pena judicial por la ofensa. ¿Qué ocurre, pues? Es perdonado, pero no amado. Se le dice: *Vete, y no peques ya más, no te acontezca algo peor*²⁹. Quedas libre, pero si recayeras en mis manos, no te escaparás así. Es tremendo, pues, caer en manos del Señor³⁰. 9. Pero ¿qué siervo podrá defenderse de los peligros que pueden venirle de su señor? ¿Cómo podrá permanecer, si su señor lo quiere observar en todo, si no quiere perdonarle nada, si quiere imputarle todo? ¡Desgraciado el siervo a quien su señor le imputa todo pecado!³¹ Por eso el siervo prudente, después de haber restituido todo a su señor, busca su gracia en cuanto a lo demás, su amor en lo restante, y su buena paz en el futuro, para que no quiera buscar ocasiones contra él, ni acoger fácilmente al acusador; y para terminar, no omite el beso, como signo de caridad y de paz.

10. Ésta es pues, amadísimos, la gracia del día presente. Fuimos convictos de rapiña, y porque no pudimos solventar la deuda, Cristo la solventó por nosotros. Fuimos hechos libres, pero no todavía amigos. Escapamos del pasado, pero no estamos seguros del futuro. ¿Y quién podrá mantenerse en pie de nuevo ante su justicia, si su caridad no perdona? ¿Y quién podrá ocultarle algo, si su caridad no lo cubre?³² 11. Todo esto, carísimos, que

24. Gn 8, 21

25. Qo 4, 10

26. Jn 16, 7

27. Cf. Mt 18, 23-28

28. Mt 5, 26

29. Jn 8, 11; 5, 14

30. Cf. Hb 10, 31

31. Cf. Sal 31, 2

32. Cf. 1P 4, 8

tratamos tan prolijamente, el profeta David lo resume en pocas palabras: *Ante su frío*, dice —a saber, ante el rigor de su dureza y de su inflexible justicia que observa e imputa todo— *¿quién podrá resistir?* Dice: *Enviará su palabra* —Cristo—, *y derretirá todo*³³, o sea, disolverá todo. Porque Cristo disuelve todo, él, que por cierto, vino a disolver *las obras del diablo*³⁴. *Soplará*, prosigue, *su espíritu*, como hoy, cuando *vino de repente un ruido del cielo como el de un espíritu* —a saber de un viento— *impetuoso*. Y estas aguas que por el Verbo habían sido disueltas, por el Espíritu fluirán sin impedimento hasta la vida eterna³⁵. 12. Así, por el Espíritu Santo se nos da la gracia después de la justicia; y el siervo que había sido liberado por el Hijo³⁶ es convertido hoy en amigo por el Espíritu. Hoy, una vez que la justicia reparó la ofensa, el Señor besa al siervo, es más, el amigo besa al amigo *con un beso de su boca*³⁷. Si pues el Hijo puede ser considerado con razón como la boca del Padre, con razón también el Espíritu puede ser designado como el beso de su boca. Este beso es la señal distintiva del amor y de la caridad para el porvenir. Porque *la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*³⁸. *La caridad cubre todo*³⁹, la caridad no imputa nada; la caridad todo lo soporta, todo lo excusa, todo lo perdona. *Siete veces al día* cae por su culpa el que ha sido justificado por Cristo⁴⁰; *siete veces al día* es levantado por el Espíritu.

13. Y así hoy, por medio de Cristo que intercede por nosotros⁴¹, Dios nos concedió su caridad y su amor, para que así como por Cristo, en el cual él era, Dios reconcilió consigo al mundo, no imputándole sus pecados pasados⁴², así también, por el Espíritu, en el cual también era, unió consigo al mundo reconciliado, no imputándole los pecados futuros. De ahí que esté escrito: *Bienaventurado el hombre a quien el Señor no le*

*imputó el pecado*⁴³. Por Cristo perdona todo; por el Espíritu no imputa nada. Y tal vez no a todos a los cuales perdona todo, no les imputa nada. 14. Por consiguiente, de algún modo Cristo es mediador para la justicia; el Espíritu, para la amistad. Cristo, para la verdad; el Espíritu, para la caridad. Cristo, para la remisión; el Espíritu, para la conservación. Cristo, para la indulgencia; el Espíritu, para la perseverancia. Cristo, para la absolución; el Espíritu para la unión. Sin embargo, indivisamente, Cristo obra todo y todo obra el Espíritu. Pues el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo obran todo conjunta y similarmente, ellos que sin confusión son uno y sin división son tres. 15. Sin embargo el Hijo, en cierto modo, tiene como una legación personal del Padre, por el cual solo es enviado; el Espíritu también tiene como la suya del uno y del otro, él que es enviado por el uno y por el otro. El Hijo apacigua, se podría decir, al Padre airado y disipa las enemistades; el Espíritu, por así decir, atempera la justicia absoluta, y en cierto modo la mitiga y anuda los lazos de amistad. Entre la iniquidad del culpable y la equidad del juez, el Hijo intercede como reconciliador y abogado; entre la debilidad del que ha sido reconciliado y la majestad del que ha sido aplacado, el Espíritu interviene como apaciguador y paráclito.

16. Así como el aire es un lenitivo y como un baño para los seres vivientes, moderando para ellos, a partir de él y bajo él, por su suavidad y encanto naturales, el calor intolerable del elemento superior, así también el Espíritu Santo se cierne por encima de las aguas espirituales, interpuesto en cierto modo entre el torpor de las mismas y el rigor de la justicia suprema, protegiéndolas, incubándolas y fecundándolas con su caridad y su gracia⁴⁴, para que no se evaporen enteramente y la tierra, desecada, no se agriete. 17. El profeta, considerando esto dice: *Mi alma ante ti es como tierra sin agua*⁴⁵, ante ti, que eres el cielo y un fuego devorador⁴⁶. *Apresúrate, Señor, a escucharme*, in-

33. Sal 147, 17-18

34. 1Jn 3, 8

35. Hch 2, 2; Sal 147, 18;

Jn 4, 14; 7, 38-39;

Cf. Ex 14, 21; Sb 19, 7

36. Cf. Jn 8, 36

37. Ct 1, 1

38. Rm 5, 5

39. Cf. 1P 4, 8

40. Cf. Pr 24, 16; Sal 118, 164

41. Cf. Hb 7, 25

42. Cf. 2Co 5, 19

43. Sal 31, 2

44. Cf. Gn 1, 2;

Sb 12, 1

45. Sal 142, 6

46. Cf. Hb 12, 29;

1R 18, 38

terponiendo tu Espíritu, porque *mi espíritu desfallece*⁴⁷. Y porque el Espíritu es asimilado al aire, se dice que la caridad ha sido derramada por el Espíritu⁴⁸. La tierra en efecto se extiende propiamente abajo⁴⁹, el fuego se aviva arriba, el agua se desliza, el aire se propaga, lo que también se reconoce fácilmente en los olores.

18. Hay quienes dicen también que el cielo gira, y con tanta velocidad, que aunque se lo llama inmóvil, se mueve circularmente desde el Oriente al Oriente pasando por el Occidente, de tal modo que en su ímpetu irresistible subvertiría fácilmente todos los elementos inferiores, si por la providencia del Creador, no fuera retardado por siete de las estrellas que se denominan planetas que marchan en sentido contrario al de sus revoluciones, esto es desde el Occidente al Occidente pasando por el Oriente. Así como el aire es para los seres inferiores una protección contra el calor, así también los planetas son una tutela contra el ímpetu del firmamento. Todo lo cual concuerda fácilmente con esta afirmación: también a partir del mundo creado, a través de lo que ha sido hecho, pueden percibirse las realidades espirituales⁵⁰. 19. En efecto, la gracia septiforme del Espíritu Santo, por la cual él vela sobre nosotros y nos trae la consolación, atempera, por una especie de movimiento contrario, el rigor de esta velocidad divina, que, estable en su movimiento, examina y escruta todo al mismo tiempo; ella le impide entrar enseguida en juicio con sus siervos que no pueden *responderle una vez entre mí*⁵¹; él, *ante cuya presencia ningún viviente será justificado*⁵², *ni los cielos mismos son puros*⁵³, y que *en sus ángeles halló extravío*⁵⁴. 20. Sólo la benignidad de Dios que es llevada siete veces por encima de nosotros⁵⁵, atempera su severidad hacia nosotros, inclina su majestad, retarda su venganza. Y mientras que él, que es tan bueno como grande, tan piadoso como fuerte, en cierto modo se opone a sí mismo, el pecador encuentra un espacio para la penitencia, como dice el Apóstol: *¿Ignoras que*

47. Sal 142, 7

50. Cf. Rm 1, 20

53. Jb 15, 15

48. Cf. Rm 5, 5

51. Jb 9, 3

54. Jb 4, 54

49. Cf. Pr 25, 3

52. Sal 142, 2

55. Cf. Gn 1, 2

*la benignidad de Dios te convida a penitencia*⁵⁶. 21. Considerando al mismo tiempo esta grandeza y esta bondad el profeta dice: *Grande es el Señor y laudable en extremo en la ciudad de nuestro Dios*⁵⁷. Por la bondad, Dios es laudable y amable, así como por la grandeza y severidad es terrible. Quien considera la severidad sin la bondad, desespera; quien considera la bondad sin la severidad, peca por el contrario en su esperanza. Por eso, como dice el Apóstol, *considera la bondad y la severidad de Dios: severidad con los que se pierden, bondad contigo, si permanecieres en la bondad; que si no, también tú serás desgajado*⁵⁸.

22. Hermanos, que para vuestra ejercitación debéis recoger de lo poco mucho y obtener grandes cosas a partir de lo que someramente ha sido tocado o rozado, os dejamos el trabajo de hacer el cotejo entre las gracias de los diferentes espíritus⁵⁹ y el número y el orden de los planetas. Así como desde la luna se asciende gradualmente hasta Saturno, así también, comenzando por el espíritu de temor, que tiene mucha similitud con la luna —la cual naturalmente es lo más bajo y gélido y preside la noche⁶⁰, gobierna los humores y toma prestada a otro su luz— elevaos, por medio de la comparación, hasta el espíritu de sabiduría que se encuentra en los ancianos y hace maduros y graves a los que están próximos al cielo. 23. El espíritu de inteligencia os asistirá para que no os alejéis de la verdad; el de consejo para que no seáis desviados por la vanidad ajena; y el de fortaleza para que no os fatiguéis por vuestra propia debilidad. Que se digne concedérmolo aquél que con el Padre y el Hijo, del Padre y del Hijo, en el Padre y el Hijo, es un solo Dios, vivo, verdadero y omnipotente, por los siglos de los siglos. Amén.

56. Rm 2, 4

58. Rm 11, 22

60. Cf. Gn 1, 16

57. Sal 47, 2

59. Cf. Is 11, 2-3

SERMÓN 46

(Primer sermón para la Natividad de San Juan Bautista)

Entre los nacidos de mujer, no ha surgido uno mayor que Juan el Bautista¹. Amadísimos, este testimonio de nuestro Señor y Salvador acerca de Juan, el que lo bautizó, nos asegura de tal manera acerca de la excelencia de su gloria, que no dudamos que él no es inferior a nadie, incluso, si no es, como piensan algunos, superior a todos. Según esta atestación de la Verdad, no es segundo por relación a nadie en el reino de Dios; ni tampoco, según la autoridad de la misma, es el primero de todos. Si no hay mayor que él, ¿quién osaría negar, aunque no tuviera la presunción de afirmarlo, que tampoco tiene igual? 2. Porque —respecto al hecho de que algunos que adhieren a la palabra “resucitó”, interpretan simplemente que nadie fue mayor entre los santos que lo precedieron pero no entre los que habrían de venir— creemos que es algo tan nuevo como frívolo. Ninguno de los santos lo expuso así, ni la Iglesia de Cristo lo oyó hasta aquí. Sin embargo, ellos se amparan en el bienaventurado Ambrosio, que cantó en alabanza de Juan: “Mayor que los profetas y menor que los ángeles”. ¡Ah, ojalá hubiese añadido: “y que ellos solos!” Por lo demás no dijo: “menor que los apóstoles”, sino: “que los ángeles”. Pero, dicen ellos, no dijo tampoco “mayor que los apóstoles”, sino simplemente “mayor que los profetas”, y simplemente “menor que los ángeles”. Por tanto “el ejemplo nada aporta, porque resuelve un problema con otro problema” (HORACIO).

3. De todos modos, es una alabanza extraordinaria el que se realce que no es inferior a ninguno de los nacidos de mujer. Pues mientras vive en este cuerpo corruptible, que hace *pesada el alma* —ya ligera por el deseo del cielo y en cierto modo impaciente por volar hacia él— mientras *la habitación terrena*

1. Mt 11, 11

*abaja el espíritu*² de lo único necesario a lo múltiple que turba porque solicita, y solicita porque turba³, incluso el mayor de los mortales es menor que el más pequeño de los ángeles. De ahí que también del mismo Juan se dice: *El menor en el reino de los cielos, es mayor que él*⁴. Pero cuando el alma luminosa y libre se evada del peso del cuerpo y de la prisión ciega de la carne hacia el cielo, no dudamos que muchos de los santos volarán más alto que muchos millares de ángeles. 4. Sin embargo el bienaventurado Ambrosio, que se opone a nosotros, está con nosotros cuando interpreta así la palabra: *Que el menor en el reino de los cielos es mayor que él. Quien es menor*, a saber: a sus propios ojos, o sea más humilde *en el reino de los cielos* —es decir la Iglesia presente— *es mayor*, según el mismo punto de vista, que Juan”. Porque si Juan es el más humilde de todos, es ciertamente, el más elevado de todos. Pues *todo el que se humilla será ensalzado*⁵, y será ensalzado tanto más cuanto se haya humillado. El menor de todos es por consiguiente, el mayor de todos. Y cuanto mayor es alguien respecto del menor, tanto menor es respecto del mayor.

5. Además, esta natividad es más venerada que la de otros santos, porque se reconoce que hay en ella algo de misterioso y figurativo. Porque no sólo por su predicación y el bautismo, sino también por el estilo de su vida, la naturaleza de su muerte y el milagro de su natividad, la voz⁶ predijo al Verbo, el precursor precedió al Señor, el profeta prefiguró al que habría de venir, el más que profeta lo mostró presente, el ángel⁷ designó a aquél que había evangelizado, y esto no sólo a los vivos en este mundo, sino también a los muertos en el infierno. 6. Nació pues contra la naturaleza y prefiguró a aquél que habría de nacer por sobre la naturaleza. Aquél contra lo habitual en la naturaleza, éste por sobre las exigencias de la naturaleza. Aquél de un modo admirable, éste de un modo único. Aquél había existido de una manera insólita antes del modelo. Éste no tenía en absoluto ningún modelo. La esterilidad de Isabel prefiguró la virginidad

2. Sb 9, 15; 2Co 5, 6

4. Mt 11, 11

6. Cf. Jn 1, 23

3. Cf. Lc 10, 41-42

5. Lc 14, 11

7. Cf. Mt 11, 9-10

de María. Allí una esterilidad grávida, aquí una virginidad fecunda. La llena de años tuvo un solo hijo, a causa del Único dado a luz por la Virgen. 7. El padre de Juan fue un viejo de edad avanzada; no hubo ningún padre de Cristo, en ninguna edad. Así como el silencio de la Escritura respecto de la genealogía de Melquisedec señala por anticipado la infabilidad de la generación de Cristo⁸, así también la vejez de Zacarías indica la ausencia de generación paterna en Cristo. Aquí pues, un hombre viejo engendró; allí, ningún hombre. Aquí, un hombre engendró por un don de la gracia, lo que no podía por la naturaleza; allí ningún hombre engendró ni por naturaleza ni por gracia, ya que el dador de la gracia, que es también el autor de la naturaleza, realizó todo él solo. 8. Así por cierto fue conveniente, que desde todo punto de vista se encontrara menos en la figura, y desde todo punto de vista más en la realidad. Pues por la mañana y por la tarde las sombras son más largas que los objetos, mientras que a mediodía, son más cortas. Por la mañana, la profecía de Cristo; por la tarde, su memoria; a mediodía, su presencia. Por eso también convenía que Cristo creciera y Juan disminuyera⁹; que Cristo, en la muerte, fuera exaltado¹⁰, y que Juan fuera humillado; que Cristo naciese en el crecimiento del día y Juan en el decrecimiento.

9. Además, el matrimonio de Zacarías e Isabel, que por naturaleza no engendra a nadie, y por gracia, a uno tan grande, que por cierto dio a luz a Juan y prometió a Jesús, designa misteriosamente otro matrimonio más profundo y más secreto en el género humano. En efecto, así como exteriormente entre el hombre y la mujer es notorio y usual este matrimonio entre la carne y la carne, que no engendra nada más allá de la carne; así también, interiormente, en el hombre y en la mujer existe otro matrimonio entre la carne y el espíritu, que engendra en la carne mediante el espíritu. Además, se encuentra también un tercer matrimonio, más íntimo, en la misma alma racional del hombre y de la mujer, todo él en el espíritu, al que se llama libre arbitrio, en el cual la razón es Zacarías, y la voluntad, Isabel.

¿Qué otra cosa es, ciertamente, el libre arbitrio, sino la voluntad libre unida a la razón? Por cierto, por la razón es arbitrio, y por la voluntad es libre.

10. La razón no sólo debe regir, como el marido, la afección del corazón y todo el movimiento del cuerpo y del alma; sino que, a semejanza del sacerdote del Señor, debe penetrar en el Santo de los Santos y contemplar *a rostro descubierto*¹¹, lo que no es permitido a los pueblos; y mientras la multitud de los sentimientos y de las imaginaciones espera afuera, aguarda ser instruida adentro por la revelación. Empero, la voluntad del alma o la afección del corazón debe obedecer y someterse a la razón y estarle sumisa como la mujer al marido¹²; y sin su consentimiento no debe osar hacer nada con los que le están sometidos, ni presumir hacer nada con los extraños. Ella debe ser fecundada sólo por su marido, y debe aborrecer absolutamente los abrazos adulterinos. 11. Por cierto, tu morada interior está en orden, si las afecciones no presumen hacer nada sin el consejo de la razón. Es la afección la que califica la acción, de modo que según ella, se dice que la obra es buena o mala. A justo título la razón rige a la afección como el marido a la mujer; de modo que según la razón, la afección es llamada luminosa o tenebrosa, legítima o ilegítima. En efecto, *los que son sabios para obrar el mal*¹³ tienen una conciencia desordenada; en ellos, la razón sirve y el afecto señorea, la voluntad guía y la razón sigue, y también la concupiscencia del corazón se sirve de la razón contra la razón. 12. No ocurre así con Zacarías y su esposa Isabel. *Ambos eran justos; de edad avanzada*¹⁴, pero sin prole, pero sin fruto. Tanto más desprovistos de prole, cuanto que eran de edad avanzada. Tanto más estériles, cuanto que eran viejos. Porque es la novedad —ya la nueva, ya la renovada— la que fructifica. La novedad, nueva en la Virgen, dio a luz a Cristo; renovada en la estéril, dio a luz a Juan. Sin embargo, ellos eran justos, porque vivían conforme al orden y la compostura; pero no podían ser fecundos por sí mismos, porque todavía eran viejos con la vetustez del

11. 2Co 3, 18

13. Jr 4, 22

12. Cf. Ef 5, 22

14. Lc 1, 6-7

8. Cf. Hb 7, 3

9. Cf. Jn 3, 30

10. Cf. Jn 3, 14

viejo Adán. 13. En los filósofos de otrora y en los sabios de este siglo, la casa del hombre interior podía estar compuesta y ordenada; en ella no había ningún estrépito confuso en la domesticidad de los movimientos interiores, ni había desorden proveniente de la irrupción de los extraños; la mujer procaz no acometía al marido, ni la lisonjera lo engañaba. Pero esta casa en modo alguno podía ser fecunda para la eternidad, ni ser capaz de dar a luz al heraldo de la salvación.

14. En efecto, el libre arbitrio —sin el cual nadie es salvado— en muchos vale mucho, pero sin la gracia de Dios no vale absolutamente nada para la salvación. *El Señor dará la gracia y la gloria*¹⁵, porque Cristo viene después de Juan. Este don se le hace al libre arbitrio, porque es el único en ser salvado; y se le hace precisamente porque sin la gracia no es salvado. El libre arbitrio recibe la gracia, la gracia precede a la salvación. El libre arbitrio no recibe la gracia ni cuando quiere ni como quiere; tampoco Zacarías engendra la prole cuando quiere ni como quiere. Zacarías e Isabel no engendran nada por sí mismos, pese a sus muchos esfuerzos; porque en los hombres la razón y la voluntad nada obtienen sin la gracia, pese a sus muchos esfuerzos. 15. Dios visita pues a los que quiere, cuando quiere y como quiere; y por gracia, es decir gratuitamente, da la gracia, que puede en primer lugar prometer la salvación en la esperanza de una vida santa, y después procurarla en la realidad de la visión bienaventurada. Por eso, concedido a aquéllos a quienes Dios quiso, cuando quiso y como quiso, Juan precedió y prometió a Jesús por su nacimiento y por su vida, y finalmente lo señaló con el dedo. Juan fue engendrado por Zacarías e Isabel, no por su naturaleza, sino por la acción de Dios; así también únicamente del libre arbitrio es engendrado el consentimiento bueno, aunque no por su eficacia propia, sino por la munificencia de Dios.

16. Isabel permanece en la casa, o quizá espera afuera con el pueblo, mientras Zacarías que había entrado en el Santo de los Santos ve al ángel. Sara también aguarda en la casa, mientras

15. Sal 83, 12

que en *el calor del día* Abrahán sale al encuentro de los ángeles¹⁶. También el pueblo entero espera abajo, mientras Moisés sube solo al monte hacia Dios¹⁷. Pero *¿quién es capaz de cumplir esto?* ¹⁸ En todas partes los hombres, en todas partes los sacerdotes, en todas partes los superiores, dejando las esposas y las muchedumbres, solos, penetran hacia las realidades celestiales y sublimes, o salen al encuentro de ellas o se elevan hasta ellas. Pero en el Santo de los Santos un solo ángel atrae las miradas, no sin inspirar mucho temor. *En el calor del día*, al aire libre y en el campo espacioso, sale al encuentro de los tres ángeles, con confianza y prontitud. En el monte, Moisés entabla conversación con el propio Dios como un hombre con su amigo¹⁹. 17. Guardo silencio sobre el hecho de que Jesús deja incluso a sus discípulos y *sube al monte solo* para hablar a su Padre²⁰. Si pues, amadísimos, quisiéramos proseguir hablando acerca de esto, no nos bastaría un sermón; ni tampoco la hora, como sabéis, nos bastaría para platicar. Por eso, en lo que respecta a la solemnidad presente, concluyamos en pocas palabras acerca de Zacarías. Os arrojamos aquí, por decir así, los fundamentos para vuestra meditación, y dimos la ocasión al sabio para que, meditando en esto, se haga más sabio²¹.

18. Zacarías ve pues al ángel y teme; escucha al que promete y desconfía; por eso es castigado con la mudéz hasta el tiempo del cumplimiento de la promesa²². En efecto, la razón humana, cuando escucha cosas que no comprende acerca de los misterios celestiales y de las promesas divinas, se asombra, vacila e investiga cómo puede ser esto²³. Mas, porque *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre subió, lo que Dios preparó para los que lo aman*²⁴, aunque la razón crea, permanece muda hasta que ve. Y cuando aparezca lo que seremos —somos en efecto hijos de Dios, pero *todavía no aparece lo que seremos*²⁵—, ella exultará con exultación inenarrable, diciendo: *Bendito el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo*²⁶. 19. Entre tanto, la

16. Gn 18, 1

17. Cf. Ex 19, 3; 24, 2

18. 2Co 2, 16

19. Cf. Ex 33, 11

20. Mt 14, 23

21. Cf. Pr 1, 5

22. Cf. Lc 1, 20

23. Cf. Lc 1, 34

24. 1Co 2, 9

25. 1Jn 3, 2

26. Lc 1, 68

razón engendra por la fe lo que no puede expresar, y la voluntad concibe por la caridad lo que todavía no ve con sus ojos; la esperanza empero, por la longanimidad, lleva en el seno del alma lo que desea ver²⁷. *Teniendo en su seno las primicias del Espíritu* —porque *el fruto del Espíritu es la caridad*²⁸—, Isabel gime y sufre dolores de parto hasta la revelación de la gloria de los hijos de Dios²⁹. *La mujer, cuando va a dar a luz, está triste; pero cuando ha dado a luz exulta de alegría*³⁰, y muchos se gozarán del nacimiento³¹ de tal niño. Gozarán por cierto al mismo tiempo todo el hombre interior y exterior; juntos se felicitarán cuando juntos sean glorificados³². 20. Entre tanto Zacarías conoce en parte, y en parte profetiza³³. *Pero cuando venga lo que es perfecto*³⁴, lo prometido a las tinieblas³⁵, y *aparezca lo que seremos*³⁶, entonces él conocerá como es conocido³⁷; se le desatará la atadura de su lengua³⁸ y su boca se llenará de júbilo para bendecir a Dios³⁹ por la gracia que al presente obra ocultamente en la naturaleza, incluso ignorándolo la misma naturaleza, y que entonces será manifestada y conocida. 21. *Pues todos ellos del más chico al más grande conocerán*⁴⁰, en este día, la gracia y la verdad de Dios⁴¹, totalmente llenos de gracia y de verdad⁴², de exultación y de alabanza. Que se digne realizarlo en nosotros la gracia de Dios, para que en su manifestación también nosotros gocemos con todos los santos por los siglos de los siglos. Amén.

27. Cf. Rm 8, 25

28. Ga 5, 22

29. Rm 8, 19, 21-23; Mt 1, 18

30. Jn 16, 21; 3, 29

31. Lc 1, 14

32. Cf. Rm 8, 17

33. Cf. 1Co 13, 9

34. 1Co 13, 10

35. Cf. Ef 5, 8

36. 1Jn 3, 2

37. Cf. 1Co 13, 12

38. Mc 7, 35

39. Cf. Sal 70, 8;

Jb 8, 21

40. Jr 31, 34

41. Cf. Col 1, 6

42. Cf. Jn 1, 14

SERMÓN 47

(Segundo sermón para la Natividad de San Juan Bautista)

El que tiene la esposa es el esposo; mas el amigo del esposo, el que asiste y le oye, se llena de gozo con la voz del esposo¹.

En los otros santos, amadísimos, son sus abstinencias, o su soledad, o sus obras de misericordia o la eficacia de sus milagros² u otras señales semejantes las que dan testimonio de su santidad. Pero en algunos, estas obras las ha promulgado la autoridad de nuestro Señor y Salvador. Por ejemplo, del bienaventurado apóstol Pedro se dice: *Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, etc.³ También de Pablo, su compañero de apostolado: *Este es para mí vaso de elección para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel*. 2. Empero del bienaventurado Juan, se acumulan muchos oráculos de los profetas y testimonios dados por la propia Verdad. El bienaventurado profeta Isaías habla así de él: *Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor*, etc.⁴ También el evangelista Marcos lo celebra en el exordio de su Evangelio⁵. Igualmente Jeremías: *Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocí; y antes de que salieras del seno, te santifiqué; y te constituí profeta de las naciones*⁶. Pero tampoco el bienaventurado evangelista Lucas omitió esto⁷. 3. Mas la Verdad en persona, que no puede engañar ni ser engañada habla así de él: *Entre los nacidos de mujer no surgió uno mayor que Juan el Bautista*⁸. Y en otro lugar: *¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Un profeta? Ciertamente os digo, y más que un profeta. Porque éste es de quien está escrito: He aquí que envío mi ángel delante de ti*, etc.⁹ Y también: *Él era la lámpara que*

1. Jn 3, 29

2. Cf. Rm 15, 19

3. Mt 16, 17-18

4. Hch 9, 15

5. Is 40, 3

6. Cf. Mc 1, 3

7. Jr 1, 5

8. Cf. Lc 1, 14-15

9. Mt 11, 11

10. Mt 11, 7-10

11. Jn 5, 35

12. Sal 131, 17

*arde y alumbra*¹¹. De ahí que el bienaventurado David diga: *Preparé una lámpara para mi Cristo*¹². Y así, al bienaventurado Juan, lo que lo ha recomendado a la Iglesia de Cristo es el milagro de su nacimiento, la singularidad de su vida, la cualidad de su muerte y también, como dijimos, los oráculos de los profetas y los testimonios de la Verdad en persona.

4. Entonces, carísimos, cuando considero y cotejo en mi corazón¹³ estos testimonios sublimes y otros semejantes de hombres sublimes respecto del bienaventurado Juan, y las humildes respuestas de éste acerca de sí mismo, claramente colijo que en efecto la virtud se perfecciona en la humildad¹⁴ y la Verdad declara que tanto más grande es alguien cuanto más pequeño se considera a sí mismo. Dice la Sabiduría: *Cuanto más grande eres, más humíllate en todo*¹⁵. Y ciertamente, cuanto te humillares, tanto mayor serás en todo. ¡Oh buena humildad! Por cierto *el Señor es excelso*, pero *mira las cosas humildes*¹⁶. ¡Oh la humildad amable a Dios! *Miró, dice, la humildad de su sierva*¹⁷. También el Espíritu Santo sólo reposa *sobre el humilde, el manso, el que tiembla a las palabras de Dios*¹⁸. 5. Por eso, carísimos, este bienaventurado Juan —tanto más bienaventurado cuanto más humilde, y tanto más humilde cuanto más bienaventurado—, cuando era tenido en gran estima por los hombres por su doctrina y lo mortificado de su vida, al punto que se lo consideraba como el propio Cristo, “eligió —como lo dice el bienaventurado Gregorio— permanecer sólidamente en sí mismo por la humildad, antes que ser arrastrado vacuamente sobre sí por la vanidad de una opinión vana”. Pues él no era *como el polvo que lleva el viento de la superficie de la tierra*¹⁹. Aunque el viento de la vanidad lo arrebatara hasta el cielo, él sin embargo, húmedo y pesado, no se separaba de la tierra acordándose de aquella sentencia: *Tierra eres, y a la tierra tornarás*²⁰. 6. ¿Dónde están los que se hinchan de nada, los que se abotargan mucho por poca cosa, tanto más vanas cuanto más vacías? ¿Qué tienes, en comparación con Juan, tú que te glorías

13. Cf. Lc 2, 19

16. Sal 137, 6

19. Sal 1, 4

14. Cf. 2Co 12, 9

17. Lc 1, 48

20. Gn 3, 19

15. Si 3, 18

18. Is 66, 2 (Vet.Lat.)

más que Juan? O si tienes algo, ¿*qué tienes que no hayas recibido*?²¹ O a causa de lo que recibiste, ¿por qué te vaciaste tú mismo, aventándote por la vanagloria? Porque aquél que está hinchado no está verdaderamente pleno, sino vacuamente abotargado.

7. Escuchemos pues a Juan, que cuanto más grande es, tanto más humildemente habla²²: “No soy, dice, el Cristo, no soy el profeta, no soy Elías. Yo soy el heraldo, soy la voz que clama en el desierto, soy el precursor. Preparad el camino del Señor. Viene detrás de mí uno más fuerte que yo de quien no soy digno de inclinarme para desatar la correa de su sandalia”²³. Y como se lo apremiaba con mucha insistencia, exultando en el espíritu de verdad y en la pureza del corazón, dice lo que arriba citamos: *El que tiene la esposa es el esposo* —como si dijera: “No tengo esposa y no debo ser llamado esposo” — *mas el amigo del esposo, el que asiste y le oye, se llena de gozo con la voz del esposo*²⁴. En efecto, si quieres saberlo, esto soy y esto hago; y lo soy porque lo hago; lo hago, porque lo soy.

8. El Esposo, como sabéis, es Cristo, y la Esposa es la Iglesia de Cristo. El Esposo es el Verbo de Dios, la Esposa, el alma fiel. Así como la Esposa tiene doncellas y amigas, así también el Esposo tiene sus jóvenes y amigos, de los cuales dice al hablar a la Esposa: *Haznos escuchar tu voz: mis amigos escuchan*²⁵. Por consiguiente, el amigo está con él y lo escucha, y oye no sólo la voz del Esposo²⁶ sino también la de la Esposa. 9. No puede pues desdeñar a la Esposa, el que quiere escuchar al Esposo: o bien desdeñará a ambos, o bien escuchará a ambos. Nadie puede ser amigo del uno sin serlo de la otra. *Porque lo que Dios unió, no lo separe el hombre*²⁷. *Quien a vosotros escucha, dice, a mí me escucha; y quien a vosotros rechaza, me rechaza. Pero quien me escucha, escucha a aquél que me envió*²⁸. He aquí cómo, por medio de Cristo, estamos unidos a Dios: *La cabeza de la mujer es el hombre, la cabeza del hombre es Cristo, la cabeza de Cristo es Dios*²⁹.

21. 1Co 4, 7

24. Jn 3, 29

27. Mt 19, 6

22. Cf. Si 3, 20

25. Ct 8, 13

28. Lc 10, 16; Mt 10, 40

23. Cf. Jn 1, 20-21.23.27

26. Cf. Jn 3, 29

29. 1Co 11, 3

10. Así, amadísimos, si deseamos ser los amigos del Esposo, y por él los amigos de Dios, escuchemos a la Esposa y obedezcamos a aquéllos a través de los cuales la Esposa habla y ordena, es decir a nuestros pastores y superiores³⁰. Nosotros, en efecto, que les estamos sometidos, lo estamos simplemente como la mujer; el orden de los pastores es para nosotros como nuestro marido, que debe gobernarnos, instruirnos, alimentarnos, hacernos fecundos y disponer de nosotros en todo y para todo. También es nuestra cabeza; la suya es Cristo; la de Cristo es Dios. De ahí que, a través de nuestros superiores, estamos sometidos y nos adherimos a Cristo y a Dios.

11. *El amigo del Esposo lo asiste y le oye*³¹; el Esposo empero está sentado y enseña³². Ya que hablar y enseñar corresponde a los maestros; pero escuchar y obedecer corresponde a los discípulos. Y con alegría, porque *Dios ama al que da con alegría*³³. Y con gozo, como este *amigo del Esposo oye y goza*. Y esto *a causa de la voz del Esposo*³⁴. Muchos gozan por lo mucho que oyen, pero no *a causa de la voz del Esposo*. Muchos obedecen gustosamente lo mucho que se les ordena, pero no *a causa de la voz del Esposo*. Pues cuando oyen lo que quieren, gozan a causa de sí mismos, y por esto *ya recibieron su recompensa*³⁵. Y cuando se les ordena lo que esperaban y deseaban, obedecen gustosamente, pero a sus propias concupiscencias³⁶; y por esto no tienen nada que esperar del Esposo, sino tal vez la enemistad. Porque lo que no se hace a causa de él, en absoluto será recompensado por él.

12. Así, la voz de la Esposa es todo el orden y la institución eclesiástica: quien la juzga o la desprecia no podrá de ninguna manera ser el amigo de la Esposa. La voz de la Esposa es también la palabra y los preceptos de los superiores: quien desprecia escucharlos o descuida lo que ha oído, sin ninguna duda va a caer en la enemistad; o bien si los cumple tibia, lenta y temerosamente, con descontento del corazón y murmuración de los labios, ciertamente no ha llegado todavía a la amistad, porque *no se llena de gozo a causa de la voz de la Esposa*.

30. Cf. Hb 13, 17

33. 2Co 9, 7

36. Cf. Rm 6, 12

31. Jn 3, 29

34. Jn 3, 29

32. Cf. Lc 5, 17

35. Mt 6, 2

13. El Esposo, como dijimos, es el Verbo de Dios; pero la Voz del Verbo es todo acontecimiento. Todo lo que sucede en el universo a lo largo del tiempo, existió simultáneamente desde la eternidad en Dios por el Verbo. Pero para nosotros, miserables y ciegos, el libro interior que ven y leen los ángeles, permanece cerrado; y solamente en el libro exterior leemos y aprendemos lo que se contiene en el libro interior³⁷. Cuando vemos que esto o aquello acontece por fuera, entonces conocemos lo que estaba dispuesto por dentro. Porque todo se hace como lo quiere o lo permite aquél sin cuya disposición y voluntad nada se hace. El acontecimiento que sucede por fuera es pues la voz del Verbo, ante la cual no murmura por fuera, aquél que ama lo que está dispuesto por dentro. Todas las cosas que suceden, cualesquiera fueren, están bien dispuestas por aquél que es bueno, y se hacen bien en su lugar, en su tiempo, en su modo; y, a causa de aquél que es bueno, por el cual están bien hechas, deben ser bien amadas por los buenos.

14. Por tanto, lo esencial de toda vida religiosa y de toda obediencia es amar lo que Dios ama porque Dios lo ama; aborrecer lo que Dios aborrece porque Dios lo aborrece; querer lo que Dios quiere porque Dios lo quiere; no querer lo que Dios no quiere porque Dios no lo quiere. Cuando aprendemos todo esto en las cosas de fuera, es como si escucháramos a través de su voz la voluntad de Dios. Y si queremos ser amigos del Esposo, aunque nos aflijamos por algún otro motivo, gocémonos sin embargo a causa de la voz que nos manifiesta la voluntad del Esposo. *Buena es la palabra del Señor*³⁸, dice *un amigo del Esposo* incluso acerca de su malestar temporal. *Él es el Señor; que haga lo que es bueno a sus ojos*³⁹. 15. Ciertamente, incluso el mal del siervo malo es compatible con la bondad de la palabra del Señor bueno. Si al miserable lo pierde miserablemente⁴⁰, él es justo, y todo lo justo es un bien; y quienquiera que no ame la justicia, es malo, y esto mismo es también un bien. Si perdona piadosamente al malo, es piadoso, y toda piedad es un bien; y quien no ama

37. Cf. Ap 5, 1

39. 1S 3, 18

38. 2R 20, 19

40. Mt 21, 41

la piedad es impío, y está mismo también es piadoso. Si recompensa bien a aquél que es bueno, él es justo; si lo prueba y lo castiga, es benigno; y quien no ama ni lo uno ni lo otro es malo; y esto mismo es una benevolencia justa y una justicia benévola. 16. Éstos son *todos los caminos del Señor, la misericordia y la verdad*⁴¹, por los cuales se avanza entre los hijos de los hombres, matando y vivificando, golpeando y sanando⁴², elevando y abajando⁴³, dando y retomando⁴⁴, aterrando y acariciando⁴⁵. Y nada acontece por azar, ni sin saberlo él, ni sin quererlo, ni sin su solicitud, sino que a través del tiempo gobierna bien todo bien, así como antes de todos los tiempos todo lo dispuso bien; y aquél que no disiente en nada respecto de él, se llena de gozo en todo a causa de sus disposiciones y de su voluntad. La amistad verdadera es ciertamente tener con el amigo, a causa del amigo, un mismo querer y no querer.

17. *El amigo del Esposo* está cerca del Esposo y lo oye, pronto para obedecer en todo, y *se llena de gozo en todo a causa de la voz del Esposo*⁴⁶; aunque por otros motivos en muchísimos casos se contriste. La voz del Esposo incluye también esto. Porque también el Esposo a veces está encolerizado y contristado, llora y se aflige; sin embargo en todo esto goza a causa de aquél de quien es el Verbo y corre con gozo al combate que se le propone⁴⁷. 18. ¿Dónde están los que murmuran contra los acontecimientos y blasfeman contra Dios, los que no aman sus disposiciones? Si esto viene de Dios, ¿no es acaso un bien? Y si es un bien, ¿por qué murmurar? No puedo, dices, amar lo que me daña o la pérdida de mi amigo. Pero tampoco debes aborrecer la justicia de Dios o su enseñanza⁴⁸. Por cierto tampoco Dios ama la pérdida de nadie. Porque *la caridad no se goza de la iniquidad*, sino que ama su propia verdad y castiga tu iniquidad. Porque *la caridad se goza con la verdad*⁴⁹, y si tú no gozas con ella estás sin caridad, y por eso mismo sin Dios y con el diablo,

41. Sal 24, 10 44. Cf. Jb 1, 21 47. Cf. Hb 12, 1-2;

42. Cf. Dt 32, 39 45. Cf. Jb 9, 34; Rm 8, 37

43. Cf. Lc 1, 52; Is 66, 13 48. Cf. Sal 49, 17

1S 2, 6-7 46. Jn 3, 29 49. 1Co 13, 6

el cual aborrece la justicia que condena su propia malicia. Éste es su pecado eterno, por el cual merece un suplicio eterno.

19. Así, en lo bueno que obra Dios amemos, amadísimos toda la obra porque es buena, proviene del Ser bueno, está bien hecha y para el bien. Pero en lo que respecta al mal que permite el Ser bueno de una manera también buena y para el bien, amemos, no la malicia que Dios aborrece sino la causa por la que Dios la permite. Ya que es una permisión del Creador la malicia de la creatura. 20. Ésta es, carísimos, la paz buena y la tranquilidad del corazón: permanecer en la ecuanimidad y escuchar con reverencia todo lo que sucede bajo el cielo⁵⁰ y bendecir en todo a aquél que lo dispone todo; no querer cambiar lo que está bien y concurre a la belleza del universo —salva en todo la caridad— que, como dijimos, *no se goza con la iniquidad, sino que se goza con la verdad*⁵¹. Que se digne obrarlo en nosotros aquél que vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 48

(Tercer sermón para la Natividad de San Juan Bautista)

Preparé una lámpara para mi Cristo. Cubriré de confusión a sus enemigos; mas sobre él florecerá mi santificación¹.

Desde hace algún tiempo, amadísimos, os vemos más que de ordinario tibios y como tardos para escuchar. De ahí que también nosotros, lo confieso, nos hayamos hecho más tibios e incapaces para hablar². Pues la atención del discípulo estimula la diligencia del maestro. Y con cuanto más agrado alguien es escuchado, con tanto más esmero habla. Pero indagáis por qué nosotros —no se sabe por qué razón— hemos cambiado de estilo. Nosotros

50. Qo 1, 14

51. Cf. 1Co 13, 6

1. Sal 131, 17-18

2. Cf. Hb 5, 11

que sutilmente acostumbrábamos ya sea a encontrar modos de decir nuevos, ya sea a renovar elegantemente los viejos; ahora sólo frecuentamos lugares comunes y damos vueltas sobre lo mismo con palabras gastadas. 2. ¿Dónde —dicen algunos de vosotros— se ha sumergido este hombre? ¿Cómo se ha oscurecido el oro de su inteligencia, se ha mudado el bellissimo color de su elocuencia?³ Él, que de un modo admirable solía expresar cosas admirables, y de un modo singular descubrir cosas inauditas, definir con claridad lo oscuro, analizar con precisión lo complicado⁴, enunciar con ejemplos evidentes lo analizado, ¿cómo ahora confunde todo, mezcla todo, toca todo, y no conduce nada hasta el fin esperado? ¿Cómo su *vino se ha mezclado con agua* y su *plata se ha trocado en escoria*?⁵ ¿Cómo no decide, o bien callarse, o bien hablar?

3. Y he aquí que callaremos, pero por vosotros; y hablaremos, pero no por vosotros. ¡Todos vosotros sois oyentes curiosos! Y por eso cambiamos nuestro modo de hablar, porque no supisteis imponer una medida a vuestra curiosidad. Captáis sólo lo nuevo. Y ¿con qué forjaremos sin cesar cosas nuevas? Las antiguas y las que pueden ser halladas en los textos las despreciáis. Y ¿por qué transcribimos libros? Si decimos lo que se dijo antes de nosotros o puede ser hallado en un escrito, ello excita en vosotros la náusea o la bilis; no porque no sea verdadero, bueno y conveniente, sino porque no es en absoluto reciente e inédito. Si decimos lo que dijo Agustín, lo que dijo Ambrosio, lo que se lee en otra parte, enseguida se acude a los libros: uno muestra al otro que lo dicho ya fue escrito, y por esta sola causa se disgustan el uno y el otro.

4. Yo mismo, lo confieso, soy en parte responsable ante vosotros de esta insolencia. Pues os educamos con tales métodos, os acostumbramos a un tal estilo, de modo que apenas podéis escuchar otro fuera del nuestro, ni os interesáis ya de escucharnos en otro. Pero entonces, ¿por qué nosotros, o bien seguimos tales métodos por curiosidad, o bien caímos en ligereza abandonando los modos habituales? La razón de esta doble actitud es fácil de dar.

3. Cf. Lm 4, 1

4. Dn 5, 16

5. Is 1, 22

5. Surgieron recientemente algunos, cuyos nombres callo, hombres de ingenio notable y de sorprendente habilidad quienes, por cierto, sin pervertir como los herejes las Escrituras santas, pero teniendo menos a su alcance el sentido legítimo de las mismas, las acomodaron con mucho arte a sus opiniones personales, y en el uso de los textos auténticos (autoridades patristicas) —dicho sea esto sin ninguna malevolencia— hicieron malabarismos de un modo muy agradable, suscitando la admiración y la gran edificación de mucha gente. Nada dijeron contra la fe y la verdad, todo lo atrajeron con admirable novedad al servicio del progreso y de la honestidad de la vida y de las costumbres, como lo sabéis, puesto que os preguntáis si lo hemos dejado de lado. Y lo admirable es que su pobreza en cuanto al sentido los hizo sensatisimos. 6. A éstos pues seguimos, porque el mundo los seguía. Todo el mundo corría tras ellos⁶, y a juicio de los hombres, nunca hombre alguno había hablado así⁷. Quien no hablaba así era objeto de mofa, era despreciado, abandonado. Si alguien empero contradecía, se lo tenía por envidioso. Por eso, para no contradecir —ya por envidia, ya por pobreza de ingenio— pensamos hablar así, aplicamos el espíritu a ello. Y, como sabéis, no fuimos inferiores a todos en este género. “Porque mi fibra no es córnea”, dice el poeta. La verdad que decimos ahora, la concebimos desde el principio; pero para no ser acusado, lo repito, de envidia o de necedad, plegándonos a las circunstancias hasta ahora la hemos reprimido.

7. Ahora bien, *sobrevendrán tiempos peligrosos*⁸ y aparecerán corruptores de la verdad que acomodarán a su propio parecer las sentencias de la Escritura, los cuales corren el riesgo de apoyarse peligrosamente en esta libertad que nos permitimos⁹. ¿Por qué no abandonarían en provecho de sus novedades las antiguas exposiciones de los Padres, si la Iglesia tuvo esta costumbre antes que ellos? ¿Cómo se les objetará: así y así expuso Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Gregorio? ¿Acaso no dirán: a otros se les permitió obrar así, por qué no se nos permitirá también

6. Cf. Jn 12, 19

8. 2Tm 3, 1

7. Cf. Jn 7, 46

9. Cf. 1Co 8, 9

a nosotros? ¿Acaso no dirán —como hemos oído de sus propios labios—: *Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad*¹⁰, no estamos obligados “a jurar más que por un maestro”?

8. Semejante a esto y casi en la misma época surgió el monstruo nuevo de aquella nueva milicia cuya observancia —como muy bien dice alguien— “proviene del quinto evangelio”, que con lanzas y palos obliga a profesar la fe a los incrédulos; y a los que no llevan el nombre de Cristo los expolia libremente y los mata religiosamente; si algunos por esta causa caen bajo la devastación de los tales, se los designa mártires de Cristo. ¿Acaso también éstos no le fomentan a aquel hijo de perdición que debe venir¹¹ la autoridad de su crueldad contra los cristianos? ¿Cómo se les objetaría la mansedumbre de Cristo, su paciencia¹², su forma de predicar? ¿Por qué no hará de buen grado, lo que encuentra que fue hecho libremente? ¿Cómo no dirá: Como lo hizo la Iglesia, así hacédselo a ellos?

9. Por consiguiente ¿qué? ¿Condenamos a los unos como a los otros? ¿En absoluto! Por cierto no condenamos ni a los unos ni a los otros, pero en esto no alabamos ni a los unos ni a los otros. Los alabamos, pero en esto no los alabamos¹³; y no porque lo que hacen tal vez fuere absolutamente malo, sino porque podría ser la ocasión de males futuros. Porque, lo que es lamentable, casi todos los males arraigaron en realidades buenas. Incluso las virtudes alimentan los vicios, y una vez agotadas son ahogadas por sus vástagos por poco que éstos hayan ya crecido.

10. Por tanto, amadísimos, es necesaria mucha cautela y circunspección. Porque todas las cosas que deban sobrevenir, sean buenas o sean malas, están precedidas de ciertas causas que podríamos llamar madres, porque de ellas provendrán; de ciertas cualidades preparatorias y por así decir nutricias según las cuales se producirán; de ciertos signos de su venida que indican el momento de su advenimiento. Está escrito: *Preparaste su alimento, porque así es su preparación*¹⁴. Y el texto que citamos

10. 2Co 3, 17

12. Cf. 2Co 10, 1

14. Sal 64, 10

11. Cf. 2Ts 2, 3

13. Cf. 1Co 11, 22

más arriba: *Preparé una lámpara para mi Cristo*¹⁵. 11. Nada es en vano, nada es confuso, nada es inesperado. Sin embargo, a menudo, todo lo que preparó algunos acontecimientos permanece oculto a todos los desdichados mortales; todo lo que prepara otros es manifiesto a todos; mientras que lo que prepara otros es manifiesto para algunos y oculto para otros; y a veces incluso es en parte manifiesto y en parte oculto. De ahí que también los Apóstoles, adoctrinados acerca de la causa y del modo del segundo advenimiento del Señor, pero preocupados respecto de sus signos, dicen: *Dinos cuándo sucederá esto, y cuál será el signo de tu advenimiento*¹⁶.

12. La causa del advenimiento de Cristo en la carne es la miseria humana; su preparación, el desposorio virginal de María; su signo, la estrella en el cielo¹⁷, el aceite que brota de la tierra¹⁸. La causa de la venida de Cristo al bautismo, es la unión del hombre con Dios; su preparación, el bautismo de Juan. En efecto, para la luz que venía estaba preparada una lámpara a fin de que los ojos educados en las tinieblas se habituaran a contemplar a partir de una tenue luz, una luz grande.

13. Así se dice, cuando la profecía habla de Juan por la voz del Padre: *Hasta allí extenderé el cuerno de David*; es decir, la gloria de ese pueblo cuyo rey era David la extenderé hasta *esta lámpara que preparé para mi Cristo*¹⁹. Pues, como lo dice el propio Cristo, *la Ley y la profecía* —en las cuales residía la gloria de este pueblo— *llegaron hasta Juan*²⁰; y él también lo llama *una lámpara que arde y que alumbra*²¹. *Sobre él* —es decir Cristo para el cual está preparada la lámpara— *florece mi santificación*²². Él solo es la flor y el fruto de la santidad, *el santo entre los santos*²³, él mismo santo y santificador, nacido santo²⁴ y que engendra santos. *A sus enemigos* —es decir a los enemigos de la lámpara— *los cubriré de confusión*²⁵, porque descuidaron habituarse a la lámpara para poder soportar la luz. En efecto, hay dos cosas que hacen confusa la visión: la carencia de luz

15. Sal 131, 17

19. Sal 131, 17

23. Dn 9, 24

16. Mt 24, 3

20. Mt 11, 13

24. Cf. Lc 1, 35

17. Cf. Nm 24, 17

21. Jn 5, 35

25. Sal 131, 18

18. Cf. Dt 32, 13

22. Sal 131, 18

y el resplandor súbito de una gran luz. 14. Pero escuchemos del mismo Evangelio cómo el Padre confundió por medio de Cristo a los enemigos de Juan, de Cristo y del Padre. Cuando los fariseos —admirados, envidiosos, indignados— interrogaron a Jesús acerca de su autoridad, éste les respondió: *También yo quiero preguntaros una cosa: si me contestáis a ella, yo os diré a mi vez con qué autoridad hago esto.* Porque si aceptáis la lámpara, yo voy a mostraros la luz. *El bautismo de Juan ¿es del cielo o de los hombres?*²⁶ Y quedaron confusos; Dios los despreció porque ellos despreciaron su lámpara. Como no quisieron reconocer la verdad y las tinieblas no osan mentir acerca de la lámpara, su mentira les recae sobre su cabeza²⁷ y *la iniquidad miente contra sí misma*²⁸. Porque responden: *No sabemos.* Si hubieran dicho lo que era verdadero: *Del cielo*, les hubiera objetado por qué no creían en su testimonio respecto de la luz. Mas si hubieran respondido: *De los hombres*, hubieran caído en manos de la muchedumbre que tenía a Juan —lo cual era verdadero— por un profeta²⁹.

15. Hoy os hemos hablado poco acerca de una solemnidad tan grande, porque el tiempo previsto lo consagramos a la apología precedente. Finalmente, deseamos que vuestra caridad sea a la vez implorada y sagaz, para —como dice el Profeta— *preguntad por los senderos antiguos, cuál es el camino bueno*, el hollado por los pies de los santos y *andad por él*³⁰. La curiosidad es madre de toda vanidad. Toda verdad es inquebrantable, y no sólo es antigua sino eterna. 16. Además nuestra conversación es con los simples³¹, y principalmente en estos días solemnes, en los cuales una muchedumbre de laicos se reúne de todas partes. No faltará quizá un coloquio más familiar, donde podamos profundizar con vosotros algo, de una manera más aguda y sutil. Empero estos sermones solemnes son simples para los simples y dichos en un estilo prosaico por causa de los que todavía no adquirieron alas³², sino que siguen pedestremente el andar de Jesús. Con el Padre y el Espíritu Santo *a él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*³³.

26. Mt 21, 24-25 29. Cf. Mt 21, 25-26 32. Cf. Is 40, 31;

27. Cf. Dn 13, 55 30. Jr 6, 16 Sal 54, 7

28. Sal 26, 12 31. Pr 3, 32 33. 1P 4, 11

SERMÓN 49

(Primer sermón para la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo)

Estos son hombres misericordiosos, cuyas acciones justas no cayeron en el olvido. Con su posteridad permanecen los bienes; su heredad santa son sus descendientes¹. Celebramos, amadísimos, el nacimiento de los apóstoles Pedro y Pablo; y es conveniente, muy conveniente que a esta muerte se la llame nacimiento porque engendra para la vida. De ahí que la natividad por la cual hemos nacido para la muerte, más apropiadamente debería ser llamada muerte que nacimiento. Pues comenzamos a morir cuando nacemos, y a vivir cuando morimos. Y así como esta vida se llama mortal, así también esta muerte debería ser llamada vital. Por eso, mientras vivimos aquí, morimos; y cuando abandonamos nuestra vida, simultáneamente somos despojados de la muerte. 2. Aborrecible la vida que no puede estar sin la muerte, y deseable la muerte que pone fin a la falsedad de la vida e inicia la verdad de la misma. Cosa admirable: la vida conduce a la muerte, y la muerte a la vida; la vida es nacimiento de la muerte y la muerte de la vida. Así como la antorcha encendida por el fuego consume el fuego por el cual es consumida; así también esta vida, encendida desde el comienzo por la muerte, consume finalmente a la misma que la consumió. *El vapor del fuego*², una vez introducido en la paja, devorándola se consume a sí mismo; así también la muerte que es sembrada y concebida con la vida, matándola, al mismo tiempo se destruye. Porque la vida presente *es un vapor* y humo que *aparece por un instante*³. Mientras que la vida que viene después es sólo vida, sin nada de común con la muerte, de ahí que permanece vital para el porvenir. Aquella es pues mortal; ésta, vital.

3. Además, en lo que se refiere al estado presente, esta vida engendra la muerte, y la muerte misma mata la vida. Según esta

1. Si 44, 10-12

2. Si 38, 29

3. St 4, 15

vida, los sensatos a los ojos de los insensatos pareció que habían muerto; pero ellos están en paz⁴, allá donde, muerta ya la muerte de aquí abajo, se vive, sin conflicto con ella, sólo la vida. Las almas de los justos, se dice, están en las manos de Dios; y no los alcanzará el tormento de la malicia⁵. El tormento de la malicia, es la tentación de Satanás. Aquí abajo, ciertamente, mientras se combate con la muerte, nadie se libra de ella, pero a los santos no los quebranta; allá arriba tampoco los quebrantará ni los "tocará". Porque ellos se han alejado de él más de un tiro de piedra⁶, de ahí que la ballesta de la malicia no arrojará una piedra hasta ellos. 4. He aquí adónde llegarán los santos, desde esta vida mortal, a través de esta muerte vital, a esta vida por así decir vital que está en la mano de la Vida viviente. El Padre, dice Cristo, es la Vida viviente⁷. Pero ¿por qué llegarán? Porque son misericordiosos, primero para consigo mismos, y según aquella regla⁸, para con el prójimo. Ten piedad de tu alma, está escrito, agradando a Dios⁹, y ciertamente ayudando a tu prójimo. En efecto, bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia¹⁰. En la medida en que sean misericordiosos, en esa medida alcanzarán misericordia. En la medida en que no sean misericordiosos, en esa medida sufrirán el juicio. Empero, el juicio será sin misericordia para aquéllos que no tuvieron misericordia¹¹. Porque con la medida con la que hayan medido, se los medirá a ellos¹².

5. Los hombres misericordiosos¹³ son viriles en su misericordia. En efecto, hay tres clases de misericordiosos. Los primeros ayudan con sus bienes, no para pasar estrechez mientras los otros tienen alivio, sino a fin de suplir con su abundancia la indigencia de los otros¹⁴; en este caso, la Verdad mide, con la intención del alma, la importancia de los recursos de donde proviene el don más bien que la suma que se da. Éstos enjugan los pies de Jesús con sus cabellos¹⁵; son bien acogidos por lo que tienen, no por lo que no tienen¹⁶, aunque sólo fuere un vaso de agua fría¹⁷,

4. Sb 3, 2-3

9. Si 30, 24

14. Cf. 2Co 8, 13-14

5. Sb 3, 1

10. Mt 5, 7

15. Lc 7, 38

6. Cf. Lc 22, 41

11. St 2, 13

16. Cf. 2Co 8, 12

7. Cf. Jn 6, 58; 5, 26

12. Cf. Mt 7, 2

17. Mt 10, 42

8. Cf. Mt 22, 39

13. Si 44, 10

o sólo la buena voluntad, que basta por sí sola si no se dispone de otra cosa. 6. Los segundos distribuyen todo lo suyo y en lo sucesivo adquieren en común, así como también gastan en común; a nada llaman suyo, sino que todo —según la necesidad y lo razonable— es común a todos¹⁸; el que mucho recogió, no tuvo de más; y el que poco, no tuvo de menos¹⁹. Ciertamente, en este caso, la Verdad mide más bien lo que no quisieron poseer, que lo que pudieron abandonar. Porque es abandonar todo, no querer poseer nada; cuanto uno se abstiene de desear, tanto abandona; y es dejar totalmente todo a todos, el no rehusar nada a nadie. Éstos reciben el céntuplo y poseerán la vida eterna²⁰. 7. Los terceros empero, no sólo gastan todo, sino que ellos mismos se desgastan completamente²¹ y se entregan a sí mismos al peligro de la cárcel, de la proscripción y de la muerte²² para apartar a otros del peligro de sus almas, sobremanera pródigos de sí mismos y ávidos de los otros. Y a éstos, la Verdad los mide según la caridad, porque nadie tiene mayor amor, que el que da su vida por sus amigos²³. Viriles en su misericordia, son los hombres misericordiosos²⁴ y los más elevados en misericordia.

8. Así son, amadísimos, estos gloriosos príncipes de la tierra y servidores del cielo, cuyas muertes victoriosísimas, tras largas privaciones en hambre, en sed, en frío y en desnudez, y durísimos trabajos y los peligros de los de su misma nación, de los gentiles y de los falsos hermanos²⁵, celebramos hoy. A estos hombres se les aplica bien lo que sigue: Cuyas acciones justas no cayeron en el olvido²⁶. Y en el olvido no cayeron sus acciones justas porque no olvidaron la misericordia. Y en la medida en que se acordaron de la misericordia, en esa medida sus justicias no cayeron en el olvido. 9. En efecto, las iniquidades de algunos caen en el olvido, y Dios sólo se acuerda de sus acciones justas; y las acciones justas de otros caen en el olvido, y Dios sólo se acuerda de sus iniquidades. Pero él se acuerda de las acciones justas de aquéllos

18. Cf. Hch 2, 45; 4, 32

21. Cf. 2Co 12, 15

25. 2Co 11, 26-27

19. 2Co 8, 15;

22. Cf. 2Co 11, 23

26. Si 44, 10

Cf. Ex 16, 18

23. Jn 15, 13

20. Cf. Mt 19, 29

24. Si 44, 10

que no olvidaron la misericordia; y se acuerda de la injusticia de aquéllos que no se acordaron de la misericordia. Porque sólo los misericordiosos encontrarán a Dios misericordioso²⁷. Y a aquéllos a los que no recomiende la misericordia, la justicia los condenará²⁸. Y en la medida en que la misericordia recomiende, en esa medida la misericordia glorificará.

10. *Con su posteridad permanecen los bienes*²⁹. En la vida presente, ni los bienes ni los males permanecen con los hombres, sino que alternativamente y como por un acaso ciego, se derraman sobre buenos y malos. En la vida futura empero, sólo los bienes permanecerán con los sólo buenos, y sólo los males permanecerán con los sólo malos. Así se ha dicho: *Con su posteridad*, más bien que: "con ellos"; lo mismo que se ha dicho en otra parte: *Su alma morará en los bienes —sin más vicisitudes ni cambio—* y su posteridad —lo nuevo que proviene de lo viejo— *heredará la tierra*³⁰, es decir un cuerpo inmortal que en modo alguno perderá. *Se siembra*, está escrito, *animal, pero resucitará espiritual*³¹, de la vieja simiente proviene la nueva semilla; de lo mortal, lo inmortal; de lo corruptible, lo incorruptible³²; y con esta simiente, capaz de permanecer, permanecerán los bienes.

11. *Su heredad santa son sus nietos*³³. *Los hijos de los hijos*³⁴, son los frutos de las obras. Las obras perecerán, los frutos permanecerán inmutables y serán poseídos como heredad santa, es decir firme y eterna. Está escrito: *Decid al justo, cuyas acciones justas no cayeron en el olvido*³⁵ porque no abandonaron la misericordia, que todo va bien. ¿Y por qué bien? Porque *comerá del fruto de sus obras*³⁶. Del trabajo de sus manos comerá, y por eso todo le irá bien³⁷. 12. Pero *¡ay del impío que va al mal! porque se le dará la paga de la obra de sus manos*³⁸; pues así como él saqueó, así también será saqueado. *¡Ay de ti, que despojas!* está escrito, *¡no serás despojado!*³⁹ Y así como golpeó, así también será

27. Cf. Mt 5, 7

28. Cf. St 2, 13

29. Si 44, 11

30. Sal 24, 13

31. 1Co 15, 44

32. Cf. 1Co 15, 42.53

33. Si 44, 12

34. Pr 17, 6

35. Si 44, 10

36. Is 3, 10

37. Cf. Sal 127, 2

38. Is 33, 11

39. Is 33, 1

golpeado. Y así como cerró su mano al mendigo, así también se le cerrará a él cuando mendigue. Por eso, la heredad del avaro, sus nietos, será para él maligna. La heredad del avaro será para él *una caverna de biena*⁴⁰. La heredad del avaro, a la cual no puede morir, será para él un fuego inextinguible⁴¹. 13. Pero a los misericordiosos, *las cuerdas les cayeron en lo más selecto; y su heredad será excelente a sus ojos*⁴². A la cual se digne conducirnos el misericordioso y benigno Jesús, que con el Padre y el Espíritu Santo es Dios, y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 50

(Segundo sermón para la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo)

No queremos, hermanos carísimos, que ignoréis por completo el ideal de vuestra existencia y el valor de vuestro estilo de vida. Porque muchos, curiosos de la vida ajena y muy confiados respecto de su propia muerte, cuando encuentran a los más simples los fatigan con cuestiones de poca monta y con voz de serpiente —como la que habló a nuestra primera madre— dicen: ¿Por qué se os prescribió trabajar así, hacer abstinencia, obedecer a hombres, callar con los hombres, reuniros aparte en pequeños grupos, menospreciar así la vida ordinaria de los hombres? ¡Oh curiosidad ociosa o maliciosa! ¿Por qué, dice el diablo a Eva, *os prescribió Dios que no comierais del árbol de la ciencia del bien y del mal?* La astuta malignidad se insinuó en el espíritu simple de esta pobre mujer, traspasado por esta cavilación; y como la simplicidad ingenua no supo dar razón del precepto divino, no pudo refutar el alegato hábilmente persuasivo.

40. Jr 12, 9 (Vet.Lat.)

41. Cf. Mc 9, 44

42. Sal 15, 6

1. Gn 3, 1; 2, 17

2. Por eso, amadísimos, como lo dice el bienaventurado apóstol Pedro, deseamos que estéis prestos y adoctrinados para dar razón *a todo el que os pregunte* del estilo de vida *que es el vuestro* y de vuestra obediencia². En otra ocasión por cierto, si no lo habéis olvidado, ya os dijimos alguna palabra al respecto; pero, porque en este día del nacimiento de los apóstoles, la afluencia de los hermanos venidos de todas partes ha sido más grande que de costumbre, creemos que de ninguna manera será pesado para nosotros, repetir lo que consideramos necesario para vosotros.

3. El hecho de que trabajemos con nuestras manos para cultivar la tierra, tiene su modelo en nuestro primer padre Adán, no por cierto en el paraíso donde él peca, sino fuera del paraíso donde él hace penitencia. En el ocio del paraíso y en la opulencia de todos los bienes, se produjo el pecado que irritó al Señor. Fuera del paraíso fue soportada la pena que castigó con toda justicia al siervo. Por consiguiente, más vale la pena en el exilio, que el pecado en el paraíso. 4. Por eso, porque los pecadores y los hijos de los pecadores según la carne, todavía estamos en la carne, no rechazamos la sentencia de condenación de la carne, y *con el sudor de nuestra frente*³ comamos nuestro pan. Además, *para que todo el trabajo del hombre no sea para su boca*⁴, trabajamos con nuestras manos más laboriosamente *a fin de tener de donde dar a quien padece necesidad*⁵.

5. ¿Por qué en silencio? Porque *en el mucho hablar no faltará el pecado*⁶; porque el Apóstol nos advirtió esto⁷; porque antes que el Apóstol el profeta dijo: *Enmudecí, y me humillé, y callé también del bien, y mi dolor se renovó*⁸. Nada disipa tanto el corazón del hombre, como el mucho hablar. Nada conduce más rápidamente al discurso vano o a la necedad en el hablar o incluso a la conversación grosera como el mucho hablar. Por eso, para huir del mucho hablar, callemos también *del bien*, a fin de no dar ocasión al mal. 6. Dice el poeta: "Cubierto, el fuego arde más" (OVIDIO). De ahí que el movimiento del alma, si no se

2. 1P 3, 15

3. Gn 3, 19

4. Qo 6, 7

5. Ef 4, 28

6. Pr 10, 19

7. Cf. St 1, 19.26

8. Sal 38, 3

derrama fuera por la verbosidad, gira interiormente en una ronda continua, como una llama de fuego, y recorriendo lo más recóndito de la conciencia, encuentra motivos de renovar en él el dolor de una saludable compunción. También el corazón, porque no se evapora fuera, se abrasa dentro con el fuego ardiente de la compunción, crea un fuego luminoso que en su meditación dirige hacia lo alto. Y *en mi meditación*, se ha dicho, *se inflamará el fuego*⁹. Y así sucede que aquél que aprendió a callar exteriormente con los hombres, comienza interiormente a hablar a Dios. Está escrito: *Hablé con mi lengua: Señor, hazme conocer mi fin*¹⁰. Menospreciador del presente y olvidado *de lo que está detrás*¹¹, pregunta acerca de su fin. He aquí por qué en silencio.

7. Mas, ¿por qué en la obediencia? El diablo es el primer inventor de este *por qué*. En efecto, el diablo es el primero en discutir el precepto de la obediencia: *¿Por qué, dice, os prescribió Dios que no comierais del árbol de la ciencia del bien y del mal?*¹² Anteriormente el hombre simple había obedecido simplemente, no tanto a causa de la razón del precepto, cuanto a causa de la autoridad del que lo prescribía. Pues "así como la fe carece de mérito si la razón humana le suministra pruebas" (SAN GREGORIO MAGNO), así también sin duda la obediencia pierde la virtud de la humildad, desde el momento que el motivo del precepto toma su lugar. 8. Sin embargo, ¿quieres saber por qué según el parecer y el imperio de otro ora trabajamos, ora descansamos? Porque haciendo esto, somos sin ninguna duda imitadores de Cristo, como hijos muy queridos y andamos en el amor con el cual nos amó¹³ aquél que en todo se hizo obediente¹⁴ a causa de nosotros, no sólo para servirnos de remedio sino también para servirnos de ejemplo, a fin de que nos comportemos en este mundo como él se comportó¹⁵. *En esto* —como dice el bienaventurado Juan— *estriba nuestra confianza*¹⁶. 9. Él, pues, *se hizo obediente*, no sólo al Padre *hasta la muerte*¹⁷, sino a María

9. Sal 38, 4

10. Sal 38, 5

11. Flp 3, 13

12. Gn 3, 1; 2, 17

13. Cf. Ef 5, 1-2

14. Cf. Flp 2, 8

15. Cf. Jn 13, 15;

1P 2, 21

16. 1Jn 4, 17; 5, 14

17. Flp 2, 8

y a José hasta que ocupó el lugar de preeminencia¹⁸. En efecto, cuando por la voz del Padre que decía: *Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco, escuchadlo*¹⁹, era llamado a ocupar el lugar de preeminencia, entonces comenzó a presidir a los otros, él, que por largo tiempo había aprendido a someterse a ellos; comenzó a mandar, después de haber aprendido a obedecer. 10. Además, parece una justa reparación, que aquél que en el paraíso desdénó reinar como señor sometido al Señor, en el exilio sirva ahora como siervo sometido a un compañero de servicio. La condición de naturaleza estableció al hombre bajo el Señor; la transgresión de la obediencia lo colocó bajo el yugo del enemigo; la reconciliación por la gracia empero, lo sometió a su hermano, compañero de servicio. La naturaleza lo sometió a Dios; el pecado, al diablo; la reconciliación, a un hombre amigo.

11. ¿Y por qué, dices, en abstinencia de los alimentos que Dios creó para uso del hombre? Escúchalo brevemente. Porque otrora hemos usado con licencia de lo ilícito y sin licencia de lo lícito, ahora usamos parcamente de lo lícito y en modo alguno de lo ilícito. Porque “sin Ceres y Baco, Venus se enfía” (TERENCIO) y porque “la parquedad en los alimentos y las bebidas disminuye el orgullo de la carne”, nos moderamos incluso en lo que se nos concede. Sin duda alguna *todo es lícito, mas no todo conviene*²⁰. Pablo castiga su cuerpo y lo reduce a sevidumbre²¹. Y ¿cómo devoradores de carne y bebedores de vino²², *en lo cual hay lujuria*²³ pueden gloriarse de castidad? Por cierto, *no se la encuentra en la tierra de los que viven en las delicias*²⁴. Y nosotros, vestidos con hábitos delicados²⁵ y sepultados en la pluma ¿roncamos toda la noche?²⁶ 12. ¿Quieres conocer la virtud del ayuno? La especie más terrible de los demonios no será arrojada sino con el ayuno y la oración²⁷. También con el ayuno, el Salvador combatió al diablo en el desierto²⁸. Escucha también brevemente el triple fruto de la única abstinencia. El

18. Cf. Lc 2, 51

19. Mt 17, 5; Cf. 3, 17

20. 1Co 6, 12

21. Cf. 1Co 9, 27

22. Cf. Mt 11, 19

23. Ef. 5, 18

24. Jb 28, 13

25. Cf. Lc 7, 25

26. Cf. Jn 11, 18

27. Cf. Mt 17, 21;

Mc 9, 29

28. Cf. Mt 4, 2

bienaventurado Papa Gregorio canta: “Tú, que por el ayuno corporal reprimes los vicios, elevas el alma, otorgas la virtud y su recompensa. Esta es la razón de nuestra abstinencia.

13. Pero dices: Si hay tanta restricción y rigor en el alimento y en el vestido, ¿por qué tanta fatiga física²⁹ en los trabajos, tanta actividad por adquirir las cosas? Porque el que trabaja mucho y adquiere mucho con el único fin de comer mucho, sólo sirve a su vientre³⁰ y para él solo se pone en actividad; por consiguiente es *a fin de tener de donde dar a quien padece necesidad*³¹, para que otros puedan compartir el fruto de nuestros trabajos, sea con nosotros o después de nosotros³².

14. ¿Por qué apartados de los hombres? Porque *las conversaciones malas corrompen las buenas costumbres*³³. ¿Y por qué muchos juntos? Juntos, porque todavía no nos bastamos para la soledad. Juntos, para que si alguien cae no le falte quien lo levante³⁴. Juntos, porque el hermano que ayuda a su hermano será exaltado como ciudad fortificada y poderosa³⁵. Juntos, finalmente, porque *es bueno y dulce habitar los hermanos en la unidad*³⁶.

15. Dijimos que con el trabajo de nuestras manos, *con el sudor de nuestra frente*³⁷, comemos nuestro pan a semejanza del penitente Adán; además, si tenemos jornaleros y rebaños, es a semejanza de los patriarcas. En efecto, “nuestros padres”, como dice alguien, fueron *pastores de ovejas*³⁸. Vivir del propio trabajo y del de los jornaleros, y de la cría de animales, no es apartarse del camino recto, ni tampoco obrar sin precedentes autorizados. ¿Por qué entonces, algunos comercian y mendigan, apiñándose en el mercado y frecuentando las cortes? Respondo brevemente: *Lo que pasa de aquí, viene del Maligno*³⁹.

16. Hace poco, sin embargo, surgió un doble género de religiosos, y lo que ignoraron los siglos precedentes, lo engendraron estos tiempos nuestros de efervescencia. En efecto, así como de

29. Cf. 1Tm 4, 8

30. Cf. Rm 16, 18

31. Ef 4, 28

32. Cf. Jn 4, 38

33. 1Co 15, 33

34. Cf. Qo 4, 10

35. Cf. Pr 18, 19

36. Sal 132, 1

37. Gn 3, 19

38. Gn 47, 3

39. Mt 5, 37

aquéllos que se llaman truhanes hay dos especies —unos pasean por la tierra y la recorren⁴⁰, mendigos que siempre y en todas partes mendigan, engañadores que saben engañar con muchos y sorprendentes modos de simulación y disimulación, mientras que otros plantan su tienda en las encrucijadas de los caminos y a la entrada de los templos, y sobrepujan a los primeros en toda astucia de simulación y dolo—, así también algunos religiosos, bajo apariencia de santidad y con palabras mentirosas acerca del mundo al que han muerto, comercian ardorosamente. 17. Penetran por todas partes, por todas partes andan errantes, no dejan nada sin haberlo intentado, por ellos el propio mundo *sufre violencia y los violentos lo arrebatan*⁴¹. Incluso si no es por amistad, al menos es a causa de su desvergüenza por lo que los hombres se levantan y les dan más de tres panes⁴². Empero, así como siempre son mendigos, así también siempre son comilones, porque lo que consiguen fácilmente, fácilmente lo derrochan. 18. Otros, echando el ojo a algún vecindario rico, se internan en pequeños bosques cerca de poblaciones opulentas y ciudades populosas, se guarecen en fosos y precaviéndose de los hombres con el mayor cuidado, tienen un arte prodigioso para hacerse valer tanto más caro cuanto más celosamente se ocultan. Trabajan un poco con sus manos, no crían nada en absoluto; siempre están con la boca abierta a merced de manos extrañas, nada rechazan. Son los pájaros del Evangelio, que *ni siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros*, y a los que *el Padre celestial los alimenta*⁴³. Ciertamente, amadísimos, el Señor alimenta a los pájaros, pero sin embargo, ¡ellos importunan a los hombres poniendo asechanzas a sus trabajos!

19. Por eso, consideremos más aquella conocida sentencia donde la Verdad declara: *Hay mayor felicidad en dar que en recibir*⁴⁴, y trabajemos con muchos sudores en lo que podremos dar con mucha caridad. Atendamos también diligentemente lo que de buen grado podamos distribuir. Con lo nuestro, más bien que con lo ajeno, edifiquemos un templo a Dios y una morada digna a sus servidores, teniendo siempre más alegría y

40. Cf. Jb 1, 7

41. Mt 11, 12

42. Cf. Lc 11, 5-8

43. Mt 6, 26

44. Hch 20, 35

agradecimiento por haber dado que por haber recibido, por haber acogido a los otros que por haber sido acogidos por ellos, porque está escrito: *Dad limosna, y todas las cosas serán puras para vosotros*⁴⁵. Y en otro lugar: *Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y sin hogar recíbelos en tu casa*⁴⁶. Así también nuestros padres, practicando el bien de la hospitalidad, merecieron hospedar incluso a ángeles⁴⁷.

20. En cuanto a los que hemos profesado la castidad, sin mujer ni hijos, y también sin nada propio, vivimos en común, obedeciendo todos a uno solo, esperando todo de él según las necesidades de cada uno⁴⁸; indudablemente eso es conforme al ideal de los bienaventurados apóstoles y de aquella primitiva Iglesia de Jerusalén; ellos ponían en común sus bienes y tenían también *un solo corazón y un alma sola*⁴⁹. Su fervor inestimable, encendido por el Espíritu Santo, de camino hacia Jerusalén en el día santo de Pentecostés — como está escrito: *Su fuego está en Sión, y su horno en Jerusalén*⁵⁰, se ha evaporado de día en día, durante un largo período donde la caridad se enfrió y donde la iniquidad abundó⁵¹. En comunidades como ésta, todavía humea débilmente, y hace ver por así decir algunos vestigios del incendio casi extinguido, y muestra como pequeñas partículas de las grandes brasas.

21. Éstas son pues hoy, carísimos, *las saetas agudas del poderoso, con carbones asoladores* las cuales aplicamos *contra la lengua engañosa* de aquéllos que, *con labios inicuos y lengua engañosa*⁵², inquieren por qué hacemos esto y aquello sin inquietarse de por qué ellos fueron hechos. Así, no es por haber seguido presuntuosas novedades, sino por haber sido edificada *sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas* como ha sido edificada nuestra Orden. Su construcción, que se eleva casi por todo el mundo, tan lejos que alcanza este día, ha crecido *para ser un templo santo en el Señor; en el cual también vosotros*, en vuestro lugar y en vuestro tiempo *estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de*

45. Lc 11, 45

46. Is 58, 7

47. Cf. Hb 13, 2;

Gn 18, 2-3

48. Cf. Hch 2, 44-45; 4, 35

49. Hch 4, 32

50. Is 31, 9

51. Cf. Mt 24, 12

52. Sal 119, 2-4

*Dios en el Espíritu Santo*⁵³, por obra de aquél *que obra todo en todos, Dios*⁵⁴, *a quien sean el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén*⁵⁵.

SERMÓN 51

(Primer sermón para el día de la Asunción)

En todos busqué reposo, y en la heredad del Señor moraré^a... Acerca de la solemnidad de hoy, es decir de la Asunción de la bienaventurada Virgen María, es difícil encontrar algo que se pueda decir con propiedad. Porque para permanecer en los límites fijados por los Padres, que está prohibido sobrepasar², no osamos explicar otra cosa sino que un día como hoy —sea en su cuerpo, sea sin su cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe—, ella fue arrebatada no por cierto tiempo, ni sólo hasta el tercer cielo³ —si es que hay muchos cielos— sino a la morada feliz para siempre, al supremo cielo de los cielos. 2. Ella fue elevada por aquél que de ella tomó en la tierra la carne, la única a la cual quería subordinarla en los cielos. En efecto, creemos que después del fruto mismo de su vientre⁴ ella ocupa —o si todavía no ha resucitado, ocupará— un rango y un lugar tales que su alma vendrá inmediatamente después del alma dilecta de él en cuanto a la sabiduría, y su cuerpo, inmediatamente después del cuerpo de él en cuanto a la gloria. Por eso, con todo derecho, ella ocupa el primer lugar en la generación de los justos, ella que engendró verdaderamente al primogénito entre todos⁵.

53. Ef 2, 20-22

1. Si 24, 11

4. Cf. Lc 1, 42

54. 1Co 12, 6

2. Cf. Pr 22, 28

5. Cf. Col 1, 15

55. Rm 16, 27

3. Cf. 2Co 12, 2

3. Él es el *primogénito entre muchos hermanos*⁶, él que, único por naturaleza, asoció a sí, por gracia, a muchos hermanos que son uno con él. Porque a aquéllos que lo acogen *les dio poder de devenir hijos de Dios*. ¡Oh amable y admirable poder! ¡Oh! si le fuera permitido y posible a un pobre y plebeyo, escoger a voluntad como padre a un rico y noble, ¿quién no correría, quién no se apresuraría a ir tras los hombres que son reyes y príncipes? 4. Y ciertamente, todos los que quieren pueden devenir hijos de Dios. ¿Y por qué, os pregunto, sino porque el Hijo de Dios quiso devenir hijo del pobre, a fin de enriquecer con su pobreza a una multitud?⁸ Pero ¿quién es el hijo de rey y rico que se despoja a sí mismo gratuitamente y se hace a sí mismo hijo de pobre y plebeyo por los otros?⁹ Y, hecho pobre, ¿cómo podría enriquecer a otros? Hecho plebeyo, ¿cómo los ennoblecería? 5. Así pues, permaneciendo noble rehusaría descender; hecho plebeyo, no podría elevar a los otros. Pero Dios, en su caridad incomparable y su poder inestimable, pudo hacer esto como lo quiso, y como lo pudo hacer, lo quiso. Porque así como *lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres*¹⁰, así también lo pobre de Dios es más rico que los hombres, y lo innoble de Dios, es más noble que los hombres. 6. Él, hecho hijo de pobre, hizo devenir a muchos, hijos de ricos; hecho hijo de una esclava, hizo devenir a muchos hijos de nobles; en suma, hecho Hijo del hombre, hizo devenir a muchos hijos de Dios. Por su caridad y su poder, como lo hemos dicho, el Único asoció consigo a una multitud. En sí mismo, por la generación carnal ellos son muchos, y sin embargo por la regeneración divina son uno con él y en él.

7. Porque no hay más que un solo Cristo, único y total, cabeza y cuerpo. Y este único —del Dios único en los cielos y de una madre única en la tierra— es a la vez multitud de hijos y un único Hijo. Y así como la cabeza y los miembros son un único Hijo y muchos hijos, así también María y la Iglesia son una sola madre y muchas, una sola virgen y muchas. Tanto una como otra es madre; tanto una como otra es virgen. Una y otra sin libidine concibe

6. Rm 8, 29

8. Cf. 2Co 8, 9

10. 1Co 1, 25

7. Jn 1, 12

9. Cf. Flp 2, 7

del mismo Espíritu; una y otra sin pecado da una descendencia a Dios Padre. Una, exenta de todo pecado¹¹, engendró la cabeza de este cuerpo; la otra, en la remisión de todos los pecados¹², dio a luz al cuerpo de esta cabeza. Una y otra es madre de Cristo, pero ninguna de las dos lo da a luz todo entero sin la otra. 8. De ahí que en las Escrituras divinamente inspiradas, lo que se dice universalmente de la Iglesia, Virgen-madre, se dice singularmente de María, Virgen-madre; y lo que se dice especialmente de María, Virgen-madre, es comprendido en forma general de la Iglesia, Virgen-madre. Y cuando en un texto se habla de una u otra, su contenido se aplica casi sin distinción a una y a otra. También cada alma fiel, puede ser entendida con razón, en su modo peculiar, como esposa del Verbo de Dios, como madre, hija y hermana de Cristo¹³, como virgen y fecunda.

9. Es pues a la Iglesia —universalmente—, a María —especialmente—, y al alma fiel —singularmente—, que alude la propia Sabiduría de Dios que es el Verbo del Padre cuando dice: *En todos busqué reposo*¹⁴... En todas partes y en todos es la Sabiduría divina la que abarcando *de un extremo al otro*¹⁵, es decir desde el principio absoluto hasta la consumación suprema, imprime por todas partes sus huellas que permiten buscarla y descubrirla. Pero sólo en las almas que poseen su imagen y semejanza¹⁶ encuentra reposo y alegría, o al contrario dificultad y desagrado. 10. De ahí que de algunos se queja diciendo: *He sufrido en soportarlos*¹⁷, y en otra parte: *Molestáis también a mi Dios*¹⁸. De otros, ciertamente, en compañía de los cuales encuentra tranquilidad y reposo dice: *No me molestes; he aquí que mis niños están ya conmigo en la cama*¹⁹. En efecto, los semejantes gozan tanto más por naturaleza de la semejanza en sus semejantes, cuanto sufren más por naturaleza de la desemejanza descubierta en sus semejantes.

11. ¿Cómo pues la Sabiduría pudo engañarse hasta el punto de buscar *el reposo en todos*²⁰ —a saber en todas las almas— si

11. Cf. Hb 4, 15

12. Cf. Hch 2, 38

13. Cf. Mt 12, 50

14. Si 24, 11

15. Sb 8, 1

16. Cf. Gn 1, 26

17. Is 1, 14

18. Is 7, 13

19. Lc 1, 17; Cf. Is 8, 18

20. Si 24, 11

no lo encuentra plenamente más que en pocos o en absoluto en ninguno? ¿Pero qué más sorprendente que aquella Minerva, la cual nacida de la sutileza del cerebro de Júpiter engordó y se puso pingüe²¹, hasta el punto de buscar frutos en una higuera —y quizá no en el tiempo de los frutos— sin encontrarlos²². Porque *todas las cosas tienen su tiempo bajo el cielo*²³. Mientras que por encima del cielo, no hay nada temporal, ni tampoco hay tiempo.

12. Sólo en los sabios reposa la Sabiduría. *El tesoro deseable*, dice el Sabio al hablar de la Sabiduría, *reposa en la boca del sabio*²⁴. Para el necio es gravosa y antipática²⁵, y por eso la aborrece; y esa riqueza que junto con su padre y con su hermano podría poseer en forma apacible y abundante, prófugo la dilapida *conviviendo disolutamente, en una región lejana*²⁶. Pero no sólo el conocimiento de las cosas hace al sabio, sino también la elección de las buenas y la reprobación de las malas. De aquí que se diga con razón, acerca del niño que se alimenta de manteca y de miel: *Hasta que sepa desechar lo malo y elegir lo bueno*²⁷. 13. Ésta es, en efecto, la sala de triple lecho del alma racional, que *la Sabiduría se edifica*²⁸ para habitar y reposar: racional, irascible, concupiscible, a fin de que mediante la razón ella discierna entre el amigo y el enemigo, entre el esposo y el adúltero; mediante el irascible, tenga a raya a uno y otro adversario, o bien si incautamente lo admitió, lo expulse con celo enérgico; mediante el concupiscible desee, admita y ame sólo al amigo y esposo legítimo, y le procure a él solo el reposo junto a sí. 14. Por eso el espíritu racional fue creado precisamente para que se regocije y deleite con Dios, de Dios, y de todas las cosas en él solo. Ciertamente fue creado racional, para que busque a Dios mismo en sí y en todas las cosas; fue creado concupiscible, para que ame y desee a él solo; fue creado irascible, para que rechace todo lo que se opone a esta contemplación y delectación, como está escrito: *Para que él conozca* mediante lo racional; *para reprobar el mal* mediante el irascible; y *para elegir el bien* mediante el concupiscible. Por

21. Cf. Dt 32, 15

22. Cf. Mc 11, 13

23. Qo 3, 1.17

24. Pr 21, 20 (Vet.Lat.)

25. Cf. Sb 2, 12.15

26. Lc 15, 13

27. Is 7, 15

28. Pr 9, 1

consiguiente, de la razón proviene el conocimiento; del irascible, la reprobación; del concupiscible, la elección. 15. Así el sabio, que por la razón conoce el bien y el mal, que por el celo reprueba y aborrece todo el mal, y que por el concupiscible elige y ama sólo el bien, edifica en sí mismo una casa a la Sabiduría y le procura el reposo. También dispone un aposento o bien prepara un lecho, donde ella pueda reposar y deleitarse más privadamente, según que en estos dominios él manifieste más dedicación, fervor y afecto.

16. Con razón pues, busca *en todos su reposo*²⁹, aquél que creó a todos de modo que pudiera reposar en todos. Sin embargo, de ninguna manera encuentra el reposo en todos, porque no todos perseveraron en aquello que recibieron. Pero ¿por qué no volvería a pedir lo que prestó? ¿Por qué no exigiría lo que anticipó? ¿Por qué no buscaría donde colocó? ¿Por qué no cosecharía donde sembró?³⁰ 17. Así ciertamente a Adán, a quien antes del pecado lo había puesto en la claridad y en la luz del paraíso, después del pecado lo buscó en ese mismo lugar. Y como no lo encontró allí —porque había huido a un lugar oscuro a causa de su pecado— lo persiguió gritando: *Adán, ¿dónde estás?*³¹ Como si dijera: No estás donde te puse; y donde estás, yo no te puse. No te seguiré hasta las tinieblas, no te seguiré hasta la sombra a ti, a quien dejé en la luz y en la claridad.

18. Pero ¿qué hacemos, hermanos? Ciertamente la Sabiduría tiene derecho a exigir en justicia cada depósito, de reclamar lo que colocó, y no sólo tal cual sino con un interés, porque todo lo que dio fue entregado para hacerlo fructificar. Ahora bien, la lascivia dilapidó todo *viviendo disolutamente con prostitutas*³². Y nuestra *fuerza debilitada por la pobreza*³³, no puede restituir lo que fue disipado, ni siquiera tal cual y sin interés. Sin ninguna duda, aquéllos a los que la justicia acusa con verdad, son condenados despiadadamente por el juicio, a no ser que sólo la clemencia interceda misericordiosamente. La justicia exige todo, la malicia despilfarra todo, la debilidad nada restituye, el juicio nada perdona.

29. Si 24, 11

30. Cf. Mt 25, 24

31. Gn 3, 9

32. Lc 15, 13.30

33. Sal 30, 11

19. Que venga pues y que intervenga la misericordia, que se anticipe a la justicia, *porque vino el tiempo de hacer misericordia*³⁴, y *el tiempo de obrar*³⁵, si es verdad que hay un tiempo y un tiempo *para cada cosa bajo el cielo*³⁶. Que persiga y alcance a Adán, errante como la oveja perdida en el desierto³⁷; a Adán, a quien otrora la justicia persiguió y alcanzó cuando estaba escondido bajo un árbol en el paraíso³⁸. Que la misericordia se adelante hasta las tinieblas y la sombra de muerte *para buscar lo que estaba perdido*³⁹, porque la justicia, permaneciendo en la luz, interpela a gritos desde lejos a aquél que, oculto en la sombra, estaba perdido y le dice: *Adán, ¿dónde estás?*⁴¹ 20. Que donde está la miseria venga la misericordia, porque donde está la injusticia, no puede venir la justicia. Venga por último la propia Sabiduría a preparar un trono de misericordia, ella que otrora edificó una casa⁴² de justicia. *En la misericordia, está escrito, te será preparado un trono*⁴³. De hecho, si en los santos ángeles la Sabiduría se preparó en la justicia un trono excelso, en revancha, en los hombres, ella se preparó en la misericordia un trono elevado. Por eso Isaías contempla al Señor justo y misericordioso *sentado sobre un trono excelso y elevado*⁴⁴.

21. Que venga la misericordia, y de la casa vetusta y ruinosa, abierta a los vientos y a las lluvias, expuesta a los pájaros del cielo y a las bestias de la selva, en la cual el hombre no se atreve a habitar y el Hijo del hombre no reposa, edifique para sí con arte nuevo una morada nueva donde *el Hijo del hombre pueda reclinar la cabeza*⁴⁵ y gustar un poco de descanso⁴⁶, como está escrito: *Dormid ya y reposad*, y a continuación: *¡Levantaos y vámonos de aquí!*⁴⁷ En efecto, exiguo y breve es aquí abajo el reposo de los santos, mientras que el trabajo es grande y casi continuo.

22. Que venga pues el Eterno a lo vetusto, y para renovar al viejo hombre renovando todas las cosas⁴⁸, que él mismo de

34. Sal 101, 14

35. Sal 118, 126

36. Qo 3, 1.17

37. Cf. Lc 15, 4;

Sal 118, 176

38. Cf. Gn 3, 8

39. Cf. Lc 1, 79

40. Lc 19, 10

41. Gn 3, 9

42. Cf. Pr 9, 1

43. Is 16, 5

44. Is 6, 1

45. Mt 8, 20

46. Cf. Mc 6, 31

47. Mt 26, 45-46;

Jn 14, 31

48. Cf. Sb 7, 27;

Col 3, 9-10

algún modo envejezca. Sí, como por un arte nuevo e inaudito, la majestad eterna se abajó, para que viniera sobre nosotros la sublimidad de una cabeza nueva que renovara todo el cuerpo. La luz, en cierto modo se oscureció y ensombreció, para que en los ciegos surgiera una luz nueva de las antiguas tinieblas; así, de algún modo, la eternidad envejeció, a fin de que de ella naciera la novedad para los hombres envejecidos. 23. Y así como por su anonadamiento llenó el vacío⁴⁹, por su pobreza enriqueció al indigente⁵⁰, por su necedad instruyó al insensato⁵¹, por su debilidad fortaleció al débil, por su cautividad redimió al cautivo, por sus cadenas liberó al encadenado, y finalmente por su muerte vivificó al muerto: así también, por su envejecimiento renovó al vetusto. En efecto, todo lo que es disminución en Dios, es más grande que los hombres. El Señor, pues, nuevo mediante su envejecimiento, renovó por un arte nuevo, a partir de lo que estaba envejecido una heredad nueva donde moraría, y un tabernáculo donde reposaría, él, que antes buscó *en todos el reposo* y en ninguna parte lo encontró.

24. De ahí que se diga a continuación: *Y en la heredad del Señor moraré*⁵². Porque la heredad del Señor es universalmente la Iglesia, especialmente María, singularmente el alma fiel. En el tabernáculo del seno de María Cristo moró nueve meses; en el tabernáculo de la fe de la Iglesia morará hasta la consumación del mundo⁵³; en el conocimiento y el amor del alma fiel morará por los siglos de los siglos.

25. El texto continúa: *Entonces me ordenó y me dijo el Creador del universo*⁵⁴... Es la heredad misma la que habló. En efecto, como dijimos, cuando buscó en todas partes *el reposo* y en ninguna lo encontró, entonces se reservó como heredad al pueblo judío⁵⁵, al cual por Moisés ordenó y habló, es decir dictó sus preceptos. Y aquél que por esta segunda creación creó a la Sinagoga, madre de la Iglesia, *reposó en su tabernáculo*⁵⁶, en el tabernáculo de la

49. Cf. Flp 2, 7

50. Cf. 2Co 8, 9

51. Cf. 1Co 1, 25

52. Si 24, 11

53. Si 24, 12; Mt 28, 20

54. Si 24, 12

55. Cf. Sal 32, 12

56. Si 24, 12

Alianza. De un modo semejante, reposa ahora en la Iglesia, en el sacramento de su Cuerpo. 26. Y también, como él había buscado, por así decirlo, entre todas las mujeres a aquélla de la cual nacería, escogió para sí muy especialmente a María, que desde entonces es llamada *bendita entre todas las mujeres*⁵⁷. Entonces, por el Espíritu Santo le ordenó interiormente apartarse de todo comercio carnal, amar la virginidad, y por el arcángel Gabriel le dijo exteriormente que ella concebiría a Cristo por obra del Espíritu Santo, a quien ya poseía interiormente⁵⁸. Por último, aquél que la había creado como nueva creatura en sí mismo⁵⁹, Cristo, reposó en su seno. 27. También a cada alma fiel predestinada a la salvación, la Sabiduría, cuando quiere y como quiere, ordena y habla, ya sea interiormente por la propia inteligencia por la cual *ilumina a todo hombre que viene a este mundo*⁶⁰, y mediante la inspiración de la gracia, por la cual reserva a su heredad *una lluvia gratuita*⁶¹; ya sea exteriormente por la doctrina y por la creación, cuando *a través de las cosas creadas se perciben las realidades espirituales*⁶². Y la Sabiduría, que así crea y forma al alma *en Cristo Jesús haciéndola obrar bien*⁶³, reposa en su conciencia.

28. El texto prosigue: *Y me dijo: Habita en Jacob [y ten tu heredad en Israel, y en mis elegidos echa raíces]*⁶⁴. La voz del Padre se dirige a la Sabiduría, a Cristo. La Sabiduría habita en Jacob, posee su heredad en Israel, pero sólo en los elegidos del Padre y en todos ellos echa sus raíces. Porque *toda planta que no plantó el Padre celestial* aunque crezca, aunque florezca, será finalmente *desarraigada*⁶⁵. Y no le corresponde al Hijo dar el Reino, sino *a aquéllos para quienes está preparado por el Padre*⁶⁶. Por consiguiente la Sabiduría no posee su heredad en todas partes donde habita, ni en todas partes donde posee su heredad echa raíces. Pues de la heredad caerán mil, y diez mil de su morada, pero la ruina no se acercará a los elegidos⁶⁷. Porque la generación

57. Lc 1, 28

58. Cf. Lc 1, 35

59. Cf. 2Co 5, 17

60. Jn 1, 9

61. Sal 67, 10

62. Rm 1, 20

63. Ef 2, 10

64. Si 24, 13

65. Mt 15, 13

66. Mt 20, 23

67. Cf. Sal 90, 7

celestial, como raíz fortísima los conservará⁶⁸. 29. O si os place, la Sabiduría habita en los activos, quienes habiendo domeñado los vicios se prodigan en obras buenas, y ella posee por así decir su heredad en los contemplativos, los cuales eligieron la buena parte que no les será quitada⁶⁹. Pero en unos y otros de los elegidos echa raíces⁷⁰, ya que habrá preservado a unos y a otros contra todo el ímpetu y la fuerza de los vientos⁷¹. En esta perspectiva las demás distinciones se deducen fácilmente, aunque con las transposiciones requeridas. 30. Sin embargo, la acción y la contemplación son dos vidas en la Iglesia; en María, dos deberes plenamente cumplidos con respecto a Cristo; en cada uno de nosotros, dos estados de los cuales el cambio es muy útil y la alternancia necesaria. En efecto, todo lo que ignora el reposo que procura el cambio, no podría durar en nuestra condición presente. Lo cual se digne cumplir también en nosotros, por intercesión de María, Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 52

(Segundo sermón para el día de la Asunción)

Quién es ésta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada en su amado? Casi al principio de este epitalamio, aparece no sé qué creatura admirable, que parece tendida en el desierto. Es ardiente y humeante: retiene en sí un fuego misterioso, que desprende un humo que se eleva en volutas odoríferas, en las que se mezclan aromas de mirra y de incienso y de todo polvo de aromas, de la cual se dice: *¿Quién es ésta, que sube por el desierto como una voluta de humo?* 2. Pero yendo más adelante

68. Cf. 1Jn 5, 18

69. Cf. Lc 10, 42

70. Cf. Si 24, 13

71. Cf. Sb 7, 20

1. Ct 8, 5

2. Ct 3, 6

hay otra —o tal vez la misma que ha progresado en virtud— que, esta vez, *se levanta y avanza*, y no de golpe clara o brillante sino *como la aurora* que, pálida todavía en el confin de la noche, deviene día en su clara luz. También *es bella como la luna*, que no es toda hermosa; *refulgente como el sol*, que aunque es totalmente luminoso, no es sin embargo totalmente apacible. En efecto, es resplandeciente y ardiente, y por cierto tanto agrada por su resplandor, cuanto a veces daña por su ardor. Hay en la naturaleza algunos seres que escogen la luz del sol, pero rehúyen su calor; y hay otros que son reanimados por su calor, pero perjudicados por su luz; para unos el calor es un amigo, el resplandor un enemigo; para otros el resplandor es un amigo, el calor un enemigo. Finalmente *terrible como un ejército ordenado*³, pero no todavía apaciguado. Ciertamente un ejército puede estar bien ordenado, pero mientras es un ejército, no puede en absoluto ser tranquilizador ni completamente pacífico o apaciguado. 3. Hacia el fin empero, aparece una tercera, más admirable y excelente que las otras, que no está tendida ni humea por el desierto, ni se levanta y avanza desde el desierto, sino que con mucha fuerza y alegría admirable sube del desierto, no digo que rodeada o llena, sino sobreabundando y desbordando de delicias; la cual por su excesiva delicadeza no puede sostenerse a sí misma, como la reina Ester que sube de la sala común de las mujeres al palacio del rey Asuero, recostada y *apoyada en su Amado*⁴. 4. Y quizá esta última, es esa “Reina del mundo que hoy es arrebatada de este mundo y de este siglo malo”. En un rango más alto que las esposas y las viudas, ella deja la sala común de la Iglesia de aquí abajo, en compañía de las vírgenes, lavada y adornada pero mucho más que todas ellas —porque *si muchas hijas acumularon riquezas ella las sobrepujó a todas*⁵. Para interceder en favor de su pueblo, entra hoy hasta la presencia del Rey⁶, su hijo y su esposo, cuyo rostro majestuoso ni la propia madre soportaría *a no ser que el rey hubiera extendido su cetro de oro como señal de clemencia*⁷. En efecto, si la infinita majestad divina

3. Ct 6, 9

4. Ct 8, 5; Cf. Ct 3, 6;

Est 2, 13.16; 15, 6

5. Pr 31, 29

6. Cf. Est 5, 1

7. Est 4, 11; Cf. 15, 9

no ha sido en primer lugar atemperada por la bondad que le es connatural y que la iguala, resulta insostenible e inalcanzable a toda creatura. 5. Ante ella caen de bruces los profetas⁸, y cuando por fin ella los levanta por su clemencia, durante largo tiempo permanecen lánguidos y desfallecientes⁹. Ante ella también, al fin, *las fuerzas de los cielos serán sacudidas*¹⁰ y se estremecerán. Sin embargo, con más seguridad que todos ellos, la madre avanza hacia su hijo, y no tanto porque ella sola lo engendró, cuanto porque de un modo singular lo amó. *Apoyada*, está escrito, no sobre su hijo, sino *sobre su Amado*¹¹. En efecto, uno puede ser hijo o hermano o padre o esposo o quienquiera fuere, y no ser amado; pero de ningún modo uno puede ser el amado sin ser amado.

6. Por consiguiente "hoy María subió" del desierto de este mundo, no sin provocar la admiración de las potencias celestiales que hasta entonces no habían visto nada semejante: que alguien alzara vuelo desde este mundo y se colocara más arriba que todos sus coros y sus tronos. De ahí que se haya dicho: *¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de delicias?*¹² Las delicias son los frutos de las virtudes: mientras se propagan o florecen o forman frutos aún inmaduros, hay en ellas algo de amargo, de desagradable, de afligente; pero para aquéllos que por ellas serán ejercitados hasta el fin, llevarán en una paz muy grande un fruto de justicia sobremedida delicioso¹³. 7. Así pues como en el tiempo de los frutos maduros, arrojada la corteza, abierta la cáscara, se llega finalmente a la dulzura y a la suavidad de la nuez y se recoge con beneplácito y alegría lo que durante largo tiempo se trabajó con ahínco y se esperó; así también, por cierto, después de esta vida, una vez abolidos totalmente¹⁴ los ejercicios que exigen las virtudes, sólo en ellas, simples y desnudas, nos deleitaremos. Y, ya que la bienaventurada Virgen María, durante esta vida floreció más que todos en estas virtudes (es muy justo que sea en *Nazaret* donde haya concebido inmediatamente del Espíritu Santo), así también, en esta morada celestial, como en "la casa del pan"

8. Cf. Is 21, 3; Dn 8, 17

9. Cf. Dn 8, 27; Is 21, 4

10. Lc 21, 26

11. Ct 8, 5

12. Ct 8, 5

13. Cf. Hb 12, 11

14. Cf. 1Co 13, 10

se ve colmada de delicias más abundantemente que todos, en todo *apoyada en su Amado*¹⁵, al cual, por su fe y su dilección, llevó felizmente en su corazón más que en su carne. De ahí este texto de la Escritura: *Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan*¹⁶. Pero entre tanto el Esposo, esperando el momento de recoger su mirra madura y sus aromas¹⁷, baja en visitas frecuentes al huerto de los nogales, para observar si florecen las viñas y germinan los granados¹⁸.

8. Además, carísimos, no es incongruente que cada día reconozcamos en nosotros mismos subidas semejantes debidas al progreso de nuestra vida espiritual, según lo que está escrito: *Dispuso subidas en su corazón*¹⁹... Y en otra parte: Él nos hizo reinar con él y sentarnos con él en los cielos²⁰. Hay por tanto para el alma racional como una muerte mística; hay también un nacimiento, una resurrección, una ascensión y un reino. Y casi todo lo que ocurre externamente de un modo histórico, se repite internamente en el misterio. 9. Por la desobediencia, el alma muere a Dios y nace al diablo y al mundo. De ahí aquello: *Maldito el que anunció a mi padre, diciendo: Te nació un hijo varón*²¹. Es una desgracia que le nazca al diablo una hija, una desgracia peor que le nazca un varón. Es una felicidad que le nazca a Dios una hija, es una felicidad más grande que le nazca un varón. Y por la penitencia el alma muere al diablo y nace a Dios.

10. Así, el primer movimiento que se produce hacia la vida en el seno de la muerte del pecado, es la contrición del corazón. Y como ésta se llena de compunción y se inflama de dolor por el continuo examen de los males precedentes, produce en su interior como un fuego de infierno, que humea hacia arriba por la confesión oral. Y porque la contrición del corazón no basta sin la confesión oral y ésta no aprovecha sin la enmienda de las obras, se añaden perfumes para que den un buen olor al humo, y aquél que confiese sus pecados manifieste a todos su enmienda por el suave perfume de sus obras. Se trata principalmente de

15. Ct 8, 5

16. Lc 11, 28

17. Cf. Ct 5, 1

18. Cf. Ct 6, 10

19. Sal 83, 6

20. Cf. Ef 2, 6

21. Jr 20, 15

la mirra y del incienso, ya que por el ayuno y la oración se expulsa fácilmente la más cruel especie de los demonios²²; pero también de todo polvo de aromas²³, ya que después de la compunción del corazón y de la confesión oral, y también de la mortificación de la carne y de la oración pura dirigida a Dios, no conviene descuidar la liberalidad de las limosnas, que semejantes al polvo proveniente de la materia terrena de la cual es lo superfluo, son dispersadas en menudas partículas. 11. *Dispersó, se dice, y dio a los pobres. ¿Y qué sigue? Su justicia permanece por los siglos de los siglos*²⁴. Esta conversión del pecador es seguida pues de la justicia que se levanta y avanza como la aurora²⁵ desde el fondo del valle de las lágrimas²⁶. *Dad limosna, dice el Salvador, y todas las cosas serán puras para vosotros*²⁷. Sin embargo la limosna bien ordenada es la que no se olvida de ningún modo de sí misma, la que se acuerda primero de sí misma, como está escrito: *Apiádate de tu alma, haciéndote agradable a Dios*²⁸.

12. Así, hermano, por la contrición, la confesión, la mortificación y la oración te acuerdas excelentemente de ti y de Dios; por la limosna te acuerdas piadosamente del prójimo, y por la gracia de la penitencia restauras todo, tú que por la ofensa de la transgresión te habías arruinado a ti mismo, a Dios y al prójimo. Tú, a quien la compunción concibió en su seno de entre los muertos para la vida, a quien la confesión dio a luz; a quien la abstinencia cortó el cordón umbilical, la oración lavó, la limosna frotó con sal; finalmente, la justicia recibe purificado, envuelve con los pañales de las virtudes²⁹ y, vestido, hace pasar de las tinieblas a la luz³⁰. 13. En efecto, el humo puede tener algún olor, pero no puede tener ningún esplendor. La aurora tiene alguna luz, y es el primer paso de la justicia hacia la gloria. La luna es casi totalmente brillante. El sol no tiene ninguna tiniebla. El ejército, aunque ordenado, inspira temor. Así pues el primer grado de la justicia es tener en uno mismo, por la inocencia, la luz de la justicia; el segundo es iluminar a los otros por una

22. Cf. Tb 6, 8; Mc 9, 29; 25. Cf. Ct 6, 9 29. Cf. Ez 16, 4
Mt 17, 21 26. Cf. Sal 83, 7 30. Cf. 1P 2, 9;
23. Ct 3, 6 27. Lc 11, 41 Sal 106, 14
24. Sal 111, 9 28. Si 30, 24

conducta buena para que ellos la sigan; el tercero es arder en el celo de la justicia hacia aquéllos que ya son luminosos, para que lo sean más; el cuarto es inspirar un temor reverencial por una luz incomparable y una especie de majestad insostenible. 14. No obstante, aquí abajo, apenas se posee la inocencia plena y verdadera que no se perjudica a sí misma ni perjudica a nadie; la conducta no resplandece fácilmente sin ningún artificio; el celo arde difícilmente sin ninguna pasión; y es rarísimo que un sinnúmero de virtudes bien ordenadas inspire temor por un prestigio del todo pacífico. Por eso era necesaria la presencia de una tercera creatura, que totalmente desborde de delicias³¹, que no arda como el sol durante el día, ni como la luna durante la noche³² —es decir que no escandalice a nadie por su conducta o por sus reproches—, que agrade y pacifique a todos por su dulzura y su encanto; de una creatura así está escrito: *Y encontró gracia ante los ojos de todo el mundo*³³. Y también: *Lo engrandeció para temor de los enemigos, y por su palabra puso fin a los prodigios*³⁴.

15. Vimos sin embargo a un hombre que tenía ciertamente algo sobrehumano. Sus gestos o sus reproches a veces hacían murmurar contra él, en su ausencia, a algunos que se indignaban por ellos; pero una especie de majestad divina digna de ser amada y de caridad digna de ser reverenciada resplandecía en su rostro, con un no sé qué de pacificador a la vez que de temible, y había en sus labios tal gracia derramada³⁵, que al punto, agrados desde que lo veían ellos mismos se censuraban haber censurado a él, y amaban, alababan y celebraban todo en él. De su alma santa verdaderamente afluían delicias³⁶, como es fácil reconocerlo en sus escritos y sobre todo en aquello que ha dicho sobre el *Cantar de los Cantares*. Pues es de San Bernardo, abad de Claraval, de quien hablamos. A aquéllos pues para quienes, ausente, era sol, luna y ejército terrible³⁷, se sentían en su presencia como inundados de delicias de las cuales él era colmado sin cesar. Para todos era tan exigente en su amor, tan amable en su exigencia,

31. Cf. Ct 8, 5 34. Si 45, 2 37. Cf. Ct 6, 9
32. Cf. Sal 120, 6 35. Sal 44, 3
33. Si 44, 27; 42, 1 36. Cf. Ct 8, 5

que nadie, por su palabra o por su conducta, se dejaba descorazonar por ninguna pusilanimidad, ni consumir por ninguna impaciencia, ni roer por ninguna envidia.

16. Éste es pues, amadísimos, el grado supremo de la justicia en esta vida. El primer grado es la inocencia que no hace mal a nadie. El segundo, la munificencia que hace el bien a quienes puede, desea el bien de todos, bienhechora con quienes ella puede serlo, benévola con todos. Porque así como la limosna del pecador redime sus pecados, así también la misericordia del justo lo educa para una justicia mayor, de modo *que el justo se justifique todavía más*; mientras que la avaricia del pecador lo sumerge siempre más abajo, de modo *que el hombre manchado se ensucia todavía más*³⁸. El tercer grado es el celo, donde el paraninfo, que arde en el amor del Esposo, no permite que el Esposo se entibie en el amor. El cuarto es la autoridad, que sin otro poder, sólo por el prestigio de la virtud y la fama de la santidad, se hace venerable a todos. El quinto es la caridad, *que por encima de todo*³⁹ se muestra a todos graciosa y amable, hecha bella por sus progresos en la justicia, y sumamente suave en sus delicias, como esta santa Madre de Dios lo es en su vida, y más aún hoy en su muerte. Ella sube hoy, junto a su Hijo: que se digne allá arriba rogarle por nosotros, a él que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

38. Ap 22, 11

39. Col 3, 14

SERMÓN 53

(Tercer sermón para el día de la Asunción)

Tomaste mi mano derecha, y me condujiste según tu voluntad, y con gloria me acogiste¹. Tres cosas dice: tomaste, condujiste, acogiste. Tomó para que no cayera, condujo para que no errara, acogió para que no desfalleciera. Tomó para la estabilidad, condujo para el progreso, acogió para la perfección. Pero ¿quién tomó a quién, y cómo lo condujo y lo acogió? Tomó, dice, la derecha, y condujo según su voluntad y acogió en su gloria. Tomó pues en su fuerza, condujo en su voluntad, acogió en su claridad. Tomó en la fe, condujo en la esperanza, acogió en la realidad. 2. Se trata, por ahora, de la voz del alma fiel liberada *de la red del cazador*. Una vez rota la red, encontrándose liberada² y recibida, da gracias a su liberador, en espera de que al fin toda la Iglesia juntamente cante este salmo, considerando dónde yacía y en qué estado, por dónde pasó y cómo, dónde estuvo colocada y por quién, dónde fue hundida y por qué. Ya que la contemplación de todo esto será para ella bueno y casi siempre hará brotar nuevas acciones de gracias. En efecto, toda la divina Escritura se puede repartir en estos puntos y sobre todo el salterio. Éste, si se le añaden aún dos puntos —a saber, en primer lugar de dónde ella cayó y cómo— aparece muy completamente como un decacordo. *En el salterio de diez cuerdas, se dice, tañédle*³.

3. Que María, Virgen y Madre diga estas palabras y cante este salmo con voz más alta, ella *que ha sobrepujado a todas las creaturas*⁴. Que dé gracias al hijo de su carne, al hermano de su gracia, en cuanto que es *el primogénito entre muchos hermanos*⁵, al padre de su naturaleza, al señor de su vida, al redentor de su alma; en síntesis, al que mantuvo su estabilidad, al que guió su progreso, al que hoy acoge su espíritu, y, si ella resucitó en

1. Sal 72, 24

3. Sal 32, 2

5. Rm 8, 29

2. Sal 90, 3; 123, 7

4. Pr 31, 29

su carne, igualmente su cuerpo. Que diga pues: *Tomaste mi mano derecha*⁶... 4. La mano izquierda es la vida de la carne y su prosperidad. A ésta de algún modo la abandonó, ya que la expuso a la pobreza, al sufrimiento, a la debilidad, a la muerte; pero en todas partes tomó la derecha, ya que en todas las cosas guardó su alma, le dio la paciencia, aumentó su mérito. Dios toma a algunos la izquierda y abandona la derecha; a algunos le sostiene la mano derecha y abandona la izquierda; a algunos les abandona las dos manos; a otros, muy raros, les toma ambas manos. 5. Ella dice pues: *Tomaste mi mano derecha*. ¿Dónde están los que se lamentan respecto de su mano izquierda? La Madre de Cristo se gloria sólo de su mano derecha, y ante la dulzura y la abundancia de la gloria que la ha acogido, enumera entre los beneficios incluso lo que padeció. Por experiencia⁷ sabe ahora cómo, *para los que aman a Dios, todo coopera a su bien*⁸. 6. Éste fue el caso de cierto juez del pueblo de nuestros padres que en los combates del Señor *usaba una y otra mano como si fuera la derecha*⁹, de ahí que se le llamara “ambidextro”. También es el caso del apóstol Pablo, que *está avezado a todo y en todo, que sabe estar en la abundancia y padecer necesidad*¹⁰, que se gloria *de buena gana en las tribulaciones y en las enfermedades*, que avanza en medio *de la infamia y de la buena fama, de la gloria y del deshonor*¹¹, haciendo en todo de necesidad virtud. 7. Tampoco Juan Bautista se deja agitar como una caña flexible al viento¹² del favor o del vituperio. Y él mismo atestigua a los judíos que en medio de ellos está aquél que ellos no conocen¹³, es decir Jesús. En efecto, las virtudes están en el medio —como dice también un pagano: “La virtud es el medio entre dos vicios, a igual distancia del uno y del otro”— y las ignoran quienes en la prosperidad se hinchan y en la adversidad se consumen.

8. El texto continúa: *Y me condujiste según tu voluntad*¹⁴. Se dice: *la tuya*, y no: *la mía*. María tampoco es conducida según

6. Sal 72, 24

7. Cf. Gn 30, 27

8. Rm 8, 28

9. Jc 3, 15

10. Flp 4, 12

11. Rm 5, 3;

2Co 6, 8; 12, 9

12. Cf. Mt 11, 7;

St 1, 6; Ef 4, 14

13. Cf. Jn 1, 26

14. Sal 72, 24

su propia voluntad. Y en el Evangelio los apóstoles aprenden a orar al Padre: *Hágase tu voluntad*¹⁵. Ahora bien, no sé qué necios son —y lo que es el colmo, tratándose de gente que ha abdicado de su propia voluntad y profesado obediencia a los hombres— los que litigan diariamente en favor de su propia voluntad, murmuran contra Dios en muchas ocasiones y resisten sus órdenes, mientras se rebelan contra la autoridad que viene de él¹⁶. Deseosos de ser los administradores de ellos mismos dicen: Haremos así o asá, y ahora esto y después aquello. Y lo que todavía es más insensato, pretenden conducir a los demás a obrar todo según su voluntad. Es así y asá dicen, como deberían hacer. Y cuando algo se hace de diversa manera murmuran, denigran, juzgan y condenan. He aquí dónde se sumergen aquéllos que tienen el deber de obrar en todo según el imperio de otro y menosprecian ser guiados por otros haciéndose sus propios guías y sus propios destructores. 9. *Me condujiste*, dice, *según tu voluntad*¹⁷. El hombre insolente y obstinado en su voluntad, con razón es vituperado por todos. Y sin embargo por este solo motivo nacen todas las controversias que engendran todos los litigios y todas las rivalidades. En efecto, si alguien lucha, es porque defiende lo que le parece bueno, placentero, deseable, contra otro que quiere otra cosa. Obrar así, entre hombres puede a veces conllevar una parte de justicia o de excusa, pero frente a Dios toda desobediencia es pura impiedad.

10. Porque a aquél que es el Creador, el Señor, el Juez de todos, deben someterse todos con humilde voluntad; e incluso los que rehúsan hacerlo, lo hacen por necesidad servil. *Me condujiste según tu voluntad*. Palabras de un afectuoso respeto de quien filialmente obedece, y con piedad da gracias a aquél que lo condujo de una manera provechosa. En efecto, Dios sostiene fuertemente a sus elegidos, los conduce de una manera provechosa, los acoge con alegría. *Y con gloria*, dice, *me acogiste*¹⁸. Acoge para el reposo, a quien sirviera en el trabajo. Acoge en el cielo a aquél por quien fue acogido en la tierra. *Amo*, dice, *a los que*

15. Mt 6, 10

16. Cf. Rm 13, 1

17. Sal 72, 24

18. Id.

*me aman*¹⁹ y acojo a los que me acogen; pero *los que me desprecian serán deshonrados*²⁰, y los que no me acogen serán execrados.

11. Hoy pues acoge en el cielo a esta madre que acogió a este hijo en la tierra; y la que lo acogió en su seno, fue acogida por él en su reino. ¿Y qué más? Como cada uno acoge, así también será acogido; y como rechaza, así también será rechazado. Por tanto como ésta acogió de un modo único, así también de un modo único fue acogida. Marta lo acogió en su casa²¹; ésta, en su seno. Marta sirvió no sé qué alimento exterior; ésta, con su propia leche, alimentó a su hijo. No sé quién lo revistió con un vestido; ésta lo revistió con su carne. A María Magdalena se le perdonó mucho porque amó mucho²², y ella amó mucho porque se le perdonó mucho; a ésta le fue dado inmensamente porque amó inmensamente, y amó inmensamente porque recibió inmensamente. 12. Así pues, se le perdona al amor lo debido y se le da lo indebido, y uno y otro favor hacen crecer el amor, y el amor procura uno y otro. Por consiguiente, el amor es el medio expiatorio de los pecadores; el amor, el mérito de los santos; el amor, la recompensa de los bienaventurados. Sin embargo, para que Dios pudiera ser amado por nosotros, Dios estaba primero en nosotros, a saber con ese amor con el cual nos previene para que también nosotros lo amemos. De ahí aquello del bienaventurado discípulo a quien Jesús amaba²³. *No que nosotros lo hayamos amado primero, sino que él nos amó primero*²⁴.

13. Por lo tanto, el amor que previene aprehende y toma nuestra mano derecha: *Su misericordia*, está escrito, *me prevendrá*²⁵. El amor que ayuda nos conduce: *Y su misericordia*, está escrito, *me ayudaba*²⁶. El amor que acompaña nos acoge: *Y su misericordia*, se dice, *me acompañará todos los días de mi vida*²⁷. El primer amor reconcilia al enemigo; el segundo justifica al amigo; el tercero glorifica al hijo. Porque *a los que predestinó, a esos también los llamó; y a los que llamó, a esos también los*

*justificó; y a los que justificó, a esos también los glorificó*²⁸. 14. Incluso antes de que nosotros existiéramos el amor predestinó para nosotros lo que nos daría la felicidad eterna. Y a nosotros, predestinados por él, según su voluntad nos aprehende, nos toma y conduce por todas partes, realizando todo en nosotros²⁹. *Dios es pues quien obra en nosotros el querer y el poder como bien le parece*³⁰, hasta que nos acoja en la gloria³¹. Dígnese la Virgen-Madre obtenérnosla de su Hijo que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 54

(Sermón para la Natividad de María)

El Señor misericordioso y compasivo dejó memoria de sus maravillas¹. En el principio, amadísimo, Dios hizo maravillosamente de la nada este mundo donde habitamos²; pero al fin, más maravillosamente todavía, del mismo mundo envejecido y decrepito hizo uno nuevo³. Pues así como en el Antiguo Testamento estaba contenido el Nuevo Testamento, siendo el primero "la sombra" y éste "el cuerpo"⁴, siendo el primero la figura⁵ y éste la verdad, así también en el viejo pueblo estaba contenido el pueblo nuevo, y en el hombre viejo el hombre nuevo, y en el mundo viejo el mundo nuevo; y por todas partes lo que maravillosamente se dijo o se hizo, se recapitula y se conmemora más maravillosamente aún en el misterio. 2. Todo se desenvuelve de nuevo desde el origen. Porque todas las realidades que han precedido son figura de las que seguirán, las cuales comienzan a revelarse ahora cada una a su tiempo; y éstas son

19. Pr 8, 17

20. 1S 2, 30

21. Cf. Lc 10, 38

22. Cf. Lc 7, 47

23. Jn 21, 7

24. 1Jn 4, 10

25. Sal 58, 11

26. Sal 93, 18

27. Sal 22, 6

28. Rm 8, 30 (Vet.Lat.)

29. Cf. Is 44, 24;

Hb 13, 21

30. Flp 2, 13

31. Sal 72, 24

1. Sal 110, 4

2. Cf. Gn 1, 1

3. Cf. Ap 21, 1

4. Cf. Col 2, 24

5. Cf. 1Co 10, 6

a su vez como envolturas y *prefiguraciones de las venideras*⁶. Y así como éstas son más verdaderas y manifiestas que las precedentes, así también las venideras lo serán respecto de éstas; si bien es siempre como en imagen y en una especie de vanidad que pasa *todo hombre viviente, todo vanidad*⁷, hasta que llegue al rostro descubierto, manifiesto y estable de la verdad. 3. De ahí que esté escrito de quien llega a la perfección consumada: *Sus bienes han devenido estables en el Señor*⁸; y en otra parte: *Hasta que él haga estable a Jerusalén y haga de ella un objeto de alabanza en la tierra*⁹. También el Salvador prometió a sus discípulos mostrarse a ellos en el futuro¹⁰. Pero Moisés que pidió esto antes del tiempo no lo obtuvo en modo alguno. *Si hallé gracia ante ti, dice, muéstrate tú mismo a mí*¹¹.

4. Ahora bien, *en el principio* del primer mundo, Dios creó el cielo y la tierra¹²; y en el principio del segundo mundo, Dios creó la tierra y el cielo, y de la tierra el cielo. María en efecto, cuya Natividad celebramos hoy es, según la procedencia de su carne, terrena, sacada de la tierra, tierra ella misma; empero de ella provino el fruto de su vientre¹³, *celestial, venido del cielo*¹⁴, y cielo él mismo. 5. Y como allí, en la historia, los cuatro elementos a partir de los cuales se compone el universo material son creados, ordenados, adornados; así también aquí, en el misterio, son creados, ordenados y adornados, como el cielo y la tierra, el Esposo y la Esposa, los superiores y los súbditos, o bien los contemplativos y los activos. 6. Y del mismo modo como allí *una estrella difiere de otra estrella en resplandor*¹⁵, así también aquí uno brilla por la palabra de sabiduría para presidir el día, otro por la de ciencia para presidir la noche¹⁶, otros también poseen gracias menores¹⁷ para señalar los signos y los tiempos¹⁸. En su lugar y según su don resplandecen en el firmamento nuevo que *no será conmovido*¹⁹, sino que separa con firmeza las aguas

6. Hb 9, 24; 10, 1

7. Sal 38, 6-7

8. Si 31, 11

9. Is 62, 7

10. Cf. Jn 14, 21

11. Ex 33, 13 (Vet.Lat.)

12. Gn 1, 1

13. Cf. Lc 1, 44

14. 1Co 15, 47

15. 1Co 15, 41

16. Cf. 1Co 12, 8;

Gn 1, 16

17. Cf. 1Co 12, 9-10

18. Cf. Dt 4, 19;

Gn 1, 14; Mt 16, 4

19. Sal 92, 1;

Cf. Gn 1, 17; Dn 12, 3

superiores de las inferiores²⁰, por temor a que, rotas las compuertas, se mezclen y provoquen el diluvio²¹. Porque el segundo mundo tiene también su diluvio, del cual está escrito: *El Señor hace habitar en el diluvio, y se sentará el Señor como rey para siempre*²².

7. Allí, en el sexto día, el hombre fue hecho *a imagen y semejanza de Dios*²³; aquí, en la sexta edad, Dios se hizo a imagen y semejanza del hombre. Allí, de la tierra fue formado el hombre; aquí, de María fue formado Dios. Allí, de la tierra todavía incorrupta y virgen²⁴, el hombre recto y él mismo virgen; aquí, de María siempre incorrupta y virgen, Dios justo²⁵, el mismo que hace vírgenes. Allí, del costado del hombre, sin mujer, fue creada la mujer²⁶; aquí, del seno de una mujer, sin hombre, fue engendrado un hombre. 8. Allí, de la costilla de Adán adormecido, fue formada la mujer para servirle de ayuda²⁷; aquí, del costado de Cristo moribundo, fue consagrada la Esposa. Allí, la carne suple una costilla; aquí, por la fuerza que es otorgada, la debilidad es asumida. Allí, dos en una sola carne²⁸; aquí, ya no dos, sino uno solo en un solo Espíritu²⁹. Allí, por su esposa *el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a ella*³⁰; aquí, *este gran misterio se revela en Cristo y la Iglesia*, porque en cierta manera abandonó padre y madre al descender de junto al Padre y al abandonar la Sinagoga para unirse a la Iglesia de las naciones. 9. Allí, el hombre creado es colocado *en el paraíso de delicias para trabajarlo y cuidarlo*³¹; aquí, el hombre renovado es colocado en la Iglesia, opulenta en delicias espirituales y adornada con toda especie de flores de gracias y con el fruto dulce de las virtudes, para que allí el hombre trabaje *con temor y temblor en su salvación*³², y cuide siempre con prudencia lo que recibió del creador, como está escrito: *El que crea estar en pie, mire no caiga*³³.

20. Cf. Gn 1, 7

21. Cf. Gn 7, 11-12

22. Sal 28, 10

23. Gn 1, 26; 5, 1

24. Cf. Gn 2, 7

25. Cf. Dt 32, 4

26. Cf. Gn 2, 22

27. Cf. Gn 2, 18.21-22;

Sal 121, 3

28. Cf. Gn 2, 24

29. Cf. Mt 19, 6;

1Co 6, 17; Ef 2, 18

30. Gn 2, 24; Mt 19, 5

31. Gn 2, 15

32. Ef 6, 5; Flp 2, 12

33. 1Co 10, 12

10. ¿Y qué más? Todo lo que se cuenta que fue hecho allí de una manera actual, en ese mundo actual y sensible, comienza hoy a ser recapitulado en este segundo mundo místico y espiritual, y Dios comienza a rememorar todo lo que hizo³⁴, renovando y realizando todo, como está escrito: *He aquí, que hago nuevas todas las cosas*³⁵, y también: *Cuando sea elevado de la tierra, atraeré todo hacia mí*³⁶. 11. Por cierto, él quiso morir en alto, en el aire, suspendido a distancia de la tierra, para elevar al hombre terreno al estado espiritual, hasta elevarlo al fin al cielo y establecerlo completamente en una perfección celestial. En efecto, nacido en la tierra, muere en el aire y sube al cielo, porque él hizo al primer hombre terreno, en su mundo terreno, y al segundo espiritual, en su mundo espiritual, y habrá de hacer al tercero celestial, en su mundo celestial³⁷. 12. El primer mundo es histórico: su creación y su gobierno están narrados en el Antiguo Testamento; el segundo es moral y alegórico: su creación y su gobierno están narrados en el Evangelio; el tercero es anagógico, es decir que conduce hacia lo alto: su condición *nadie la conoce, sino el que la recibe*³⁸. El Antiguo Testamento narra la creación del primer mundo y simboliza la obra del segundo. El Nuevo Testamento empero, anuncia la reconciliación del primer mundo —que es la creación del segundo— y promete, prefigurándola, la condición del tercero. *A la tarde, a la mañana y al mediodía, contaré y anunciaré, y él oírá mi voz*³⁹. 13. A la tarde muere el hombre terreno y viejo en el mundo viejo, bajo la mirada de los hijos de la vetustez; por la mañana resucita el hombre nuevo y se muestra en el mundo nuevo a los hijos de la novedad⁴⁰; al mediodía *sube al cielo*⁴¹, celestial, y se muestra en presencia de la majestad paterna⁴², ante el asombro de los santos ángeles que dicen: *¿Quién es ése que viene de Edom, de Bosrá, con las ropas teñidas de rojo?*⁴³ Allí es escuchado *por su actitud reverente*⁴⁴,

34. Cf. Sal 110, 4

35. Ap 21, 5

36. Jn 12, 32

37. Cf. 1Co 15, 47-49

38. Ap 2, 17; Cf. 19, 12

39. Sal 54, 18

40. Cf. 1Co 15, 47;

Rm 6, 6; 7, 6; Col 3, 9-10

41. Jn 3, 13; Cf. 20, 17

42. Cf. Hb 1, 13

43. Is 63, 1

44. Hb 5, 7

mientras intercede por nosotros⁴⁵; por eso está escrito: *Y escuchará mi voz*⁴⁶. Colocado en el tercer mundo y reinando en él, ora al Padre por aquéllos que saca del primer mundo y pone entre tanto en el segundo mundo, como está escrito: *No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste*⁴⁷ del mundo.

14. En efecto, el hombre fue creado fuera del paraíso, colocado después en el paraíso⁴⁸, para luego ser colocado en el cielo. Pero, cuando por su desobediencia culpable se apartó de Dios, por una justa venganza su carne se apartó de su espíritu, fue arrojada del paraíso, y así todo el hombre se encuentra exiliado. Porque no es en tal cuerpo donde el alma fue creada o colocada, ni en tal mundo, el cuerpo. En realidad, el alma es extranjera en tal cuerpo⁴⁹, y el cuerpo lo es en tal mundo. 15. El hombre estaba en un estado ordenado y normal, en cuanto que el espíritu estaba ordenado a Dios, la carne al espíritu, el mundo a la carne, y, en el espíritu mismo, la afección estaba sometida a la razón. Y éste era el primer mundo en el estado normal, el siglo de oro de Saturno y la cadena de oro del poeta. Pero cuando la desobediencia rompió esta cadena entre el espíritu y Dios; la concupiscencia, entre la carne y el espíritu⁵⁰; y por fin la maldición, entre la actividad de la carne y el mundo⁵¹, súbitamente apareció una cierta fisonomía desordenada de las cosas, llamada con razón caos, tinieblas y abismo⁵². De allí fue sacado, él lo recuerda, él que colocado por gracia creatura nueva en Cristo⁵³, en un mundo nuevo, canta: *Cuántas tribulaciones me hiciste probar, muchas y graves; después volviste, me diste vida, y me hiciste subir de los abismos de la tierra*⁵⁴. 16. En efecto, el hombre sacado de la tierra⁵⁵ por la naturaleza, colocado por encima de la tierra⁵⁶ por la gracia, cayó por debajo de la tierra por el pecado⁵⁷. Mas ahora alguien puede decir en acción de gracias: *Me sacó de un lago de miseria, y de una charca fangosa*⁵⁸. Porque la primera vez fue creado del limo⁵⁹, la segunda vez fue

45. Cf. Hb 7, 25

46. Sal 54, 18

47. Jn 17, 9

48. Cf. Gn 2, 7-8

49. Cf. 2Co 5, 6

50. Cf. Ga 5, 17

51. Cf. Gn 3, 17

52. Cf. Gn 1, 2

53. Cf. 2Co 5, 17

54. Sal 70, 20

55. Cf. Gn 3, 19

56. Cf. Gn 1, 28

57. Cf. Gn 3, 17-19

58. Sal 39, 3

59. Cf. Gn 2, 7

creado del lodo y extraído del lago, él que, creado de la tierra, cayó en el abismo y no encontró fondo. El abismo es una profundidad sin fondo. *Hundido estoy, dice, en un limo profundo, y nada hay que me retenga*⁶⁰.....

SERMÓN 55

(Sermón para el día de la Dedicación de la iglesia)

Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una esposa ataviada para su esposo¹. Esta ciudad santa sin duda alguna designa a la Iglesia. Ella es la Jerusalén que está edificada, aquí abajo, como una ciudad: aquí donde está edificada² constituye una misma realidad a causa de la única fe, del único Dios, del único bautismo³; allí donde está dedicada participa de la Realidad misma⁴, a causa de la idéntica contemplación de la única Trinidad. 2. Aquí donde está edificada, son muchos los aprendizajes, muchísimos los golpes, variados los sacramentos: la esposa está vestida de diversos colores⁵, no obstante todo tiende a la unidad. Después que ella haya sido presentada con alegría y algazara en el templo del rey su Esposo⁶, por encima de todo y más allá de todo no habrá sino unidad. Marta se inquieta y se turba por muchas cosas. María eligió la mejor parte, es decir la realidad única⁷ por encima de todas y más allá de todas y a causa de la cual las otras son por el momento útiles y necesarias. 3. Aquí donde es edificada, todos los que quieren vivir con piedad en Cristo

60. Sal 68, 2

1. Ap 21, 2

2. Sal 121, 3

3. Cf. Ef 4, 5

4. Sal 121, 3

5. Sal 44, 15

6. Sal 44, 16;

Cf. 1Co 15, 24

7. Lc 10, 41-42

Jesús sufren persecución⁸; pero allí donde está dedicada, no se oye el sonido del martillo, ni el del hacha⁹. Aquí es edificada en seis años; allí será dedicada en el séptimo, porque en seis tribulaciones la libera su Esposo, y en la séptima el mal no la alcanzará¹⁰. 4. Aquí, de la masa común de perdición, como de una cantera, mientras unos son con justicia abandonados, otros son extraídos con misericordia; y de estos últimos, en las manos de los que tallan la piedra, unos se quiebran y son rechazados, otros resisten y son perfeccionados. Llevados por los ángeles¹¹ allí donde deben ser colocados, en una paz y un silencio absolutos, en sus rangos y grados, en el edificio celestial cuyo nombre es el Señor está allí¹², son acogidos por aquél que conoce a los que eligió¹³. Ahora bien, a los que predestinó, a esos también los llamó. Y a los que llamó, a esos también los justificó. Y a los que justificó aquí, allí los glorificará¹⁴, es decir los dedicará. Pero eso sucederá en el momento mismo en que entregue el reino a Dios Padre¹⁵, Dios que tenía previsto algo mejor en favor nuestro, para que los primeros no alcancen su perfección sin nosotros¹⁶, los últimos. 5. Por tanto, esta dedicación general de la Iglesia se realizará al fin de los tiempos: al presente ella es edificada¹⁷ en diversos tiempos y de diversas formas y es probada y purificada por las tribulaciones. Allí, Dios en sus moradas —los corazones de todos— será conocido cuando él la acoja¹⁸, es decir a la Iglesia junto a sí. Allí pues no tendrá que enseñar un hombre a su prójimo, porque todos desde el más pequeño hasta el más grande lo conocerán¹⁹. 6. Pero aquí, mientras peregrinamos en la tierra lejos del Señor²⁰, nuestras lágrimas son nuestro pan día y noche, mientras que cada día se nos dice: ¿Dónde está vuestro Dios?²¹ Porque a aquél a quien adoramos no lo vemos. Y aquél a quien amamos, cuando nos expone a las tribulaciones, parece abandonarnos —como está escrito: Dios, Dios mío, mírame, ¿por qué me abandonaste?²² Y

8. 2Tm 3, 12

9. Cf. 1R 6, 7;
Si 38, 30

10. Jb 5, 19

11. Lc 16, 22

12. Ez 48, 35

13. Cf. 2Tm 2, 19;

Hch 1, 2; Jn 13, 18

14. Rm 8, 30 (Vet.Lat.)

15. 1Co 15, 24

16. Hb 11, 40

17. Sal 121, 3

18. Sal 47, 4

19. Jr 31, 34

20. 2Co 5, 6

21. Sal 41, 4

22. Sal 21, 2

en otra parte: *¿Te olvidas de nuestra miseria y de nuestra tribulación?*²³ Aquí amamos, y por decir así, no somos amados; allí seremos amados tanto cuanto amemos.

7. Pero ¿qué significa que vio esta *ciudad que bajaba del cielo* y en cierta forma corría al encuentro de su *Esposo*?²⁴ ¿Cómo pues? ¿Ella estaba arriba y él abajo?²⁵ ¿Ella baja y él sube?²⁶ ¿Ella viene del cielo y él de la tierra?²⁷ ¿No dijo al hablar de sí mismo: *El que viene del cielo está por encima de todos*?²⁸ Y en otra parte: *Yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me envió*.²⁹ Por consiguiente, el Hijo de Dios, el Esposo del alma espiritual y fiel, por naturaleza es *de arriba*³⁰, *resplandor de la gloria del Padre e imagen de su substancia*³¹, su impronta e *imagen*³² real. 8. Permaneciendo pues lo que era, viene hacia abajo a asumir lo que no era; reteniendo todo lo que tenía, viene a recibir lo que no tenía, es decir la imagen y la semejanza del hombre. Él, que nos hace *a imagen y semejanza*³³ suya, se hace a imagen y semejanza nuestra. La cual asumió en la tierra, pero a fin de llevarla al cielo. Así, el Esposo puede aparecer a la vez como subiendo y bajando. 9. Pero la Esposa, que formada de la tierra es terrena³⁴, ¿cómo pudo aparecer como bajando? Sin embargo, amadísimos, ella, en atención a su parte mejor, a saber el alma racional, según la cual fue hecha *a imagen y semejanza de Dios*³⁵, ¿no parece celestial o más bien divina? Él es la *Imagen*; ella es *a imagen*. Él, por lo demás, es la *Imagen* sólo del Padre³⁶; ella es *a imagen* de toda la Trinidad. Él, en suma, es la Imagen substancial, propia y natural; ella es imagen según la *Imagen*. 10. Y así, según su substancia y según su forma, el alma racional aparece como celestial, espiritual y divina. Lo que hace decir incluso a un pagano: "Hay vigor ígneo y un origen celestial en estas simientes, en la medida en que los cuerpos nocivos no les pongan obstáculo, ni las debiliten los miembros perecederos y los órganos terrenos" (VIRGILIO).

23. Sal 43, 24

24. Ap 21, 2

25. Cf. Ga 4, 26; Jn 8, 23

26. Cf. Ef 4, 9-10; Jn 3, 13

27. Cf. 1Co 15, 47

28. Jn 3, 31

29. Jn 6, 38

30. Jn 3, 31

31. Hb 1, 3

32. Col 1, 15

33. Gn 1, 26-27

34. Cf. 1Co 15, 47

35. Gn 1, 26; 5, 1

36. Col 1, 15

Pero que los órganos sean terrenos, es decir creados de la tierra, proviene de la naturaleza y de la obra de Dios; que "los cuerpos sean nocivos y los miembros perecederos", proviene del pecado y del vicio del mismo espíritu.

11. Éste es en efecto aquél que bajó *de Jerusalén a Jericó* y *cayó en medio de ladrones*³⁷, es decir que bajó por propia voluntad de su estado natural de imagen y semejanza de Dios a la concupiscencia de la carne, y cayó en medio de las pasiones carnales, de las curiosidades del mundo y de las perversiones espirituales³⁸. El alma, bajando así y abandonando la visión de Dios y de los ángeles, lo mismo que la paz con Dios por encima de ella, con los ángeles junto a ella, y también con ella en sí misma, y con la carne y el mundo por debajo de ella, de ninguna manera hubiera podido ser llamada "Jerusalén", ser designada santa, o nueva, o adornada, o esposa preparada para salir al encuentro de su esposo³⁹, sino más bien: despojada, colmada de golpes, abandonada medio muerta⁴⁰.

12. ¿Cómo pues Juan la vio bajar *del cielo nueva, santa y adornada*, sino porque esta novedad, santidad y adorno le bajó del cielo? En efecto, según esta forma ella no es de la tierra y terrena, sino del cielo y celestial⁴¹. Ciertamente, cada uno de los seres es cualificado según su forma o cualidad propia. Ahora bien, para ella, su nuevo nacimiento le viene del cielo, y de su nacimiento, su novedad; de su novedad, su santidad; de su santidad, su adorno. He aquí por qué aparece como bajada del cielo en este estado. Su Esposo empero, es visto por el profeta como si subiera de la tierra, lo que le hace decir: ["Y subirá como un retoño ante él, y como una raíz de la tierra sedienta."] Nosotros lo vimos y *no había en él belleza ni hermosura*⁴² cual nacido de la carne es carne⁴³, es decir *de la tierra, terreno*⁴⁴.

13. Por eso, en una especie de "conjunción", el Esposo y la Esposa se encuentran y se dan cita uno a la otra, según aquello

37. Lc 10, 30

38. Cf. Ef 6, 12

39. Cf. Ap 21, 2

40. Cf. Lc 10, 30

41. Cf. 1Co 15, 47

42. Is 53, 2

43. Cf. Jn 3, 6

44. 1Co 15, 47

de: *La misericordia y la verdad se han dado cita una a la otra. Porque la verdad ha brotado de la tierra*, entendido: la verdadera carne del Verbo, de la verdadera carne de la Virgen; o bien: la propia Verdad, de la Virgen. *Y la justicia miró desde el cielo*⁴⁵: la misericordia misma que encuentra a la verdad que viene de la tierra, es designada como la justicia que mira desde el cielo; porque sólo por la misericordia es justificado el impío, al recibir la justicia de Dios que viene del cielo. En este encuentro igualmente *la justicia y la paz*, es decir la Esposa y el Esposo *se han abrazado*⁴⁶. Y este encuentro es —ya sea la unión de Dios y del hombre en la persona de Cristo, ya sea *el gran sacramento del desposorio* misterioso exaltado por el Apóstol *de Cristo y de la Iglesia*⁴⁷. 14. Así pues, la primera forma de Cristo es del cielo; la segunda, de la tierra; la primera forma de la Iglesia es de la tierra; la segunda, del cielo; la primera, de la vetustez, la segunda, de la novedad; la primera, de la impureza, la segunda, de la santidad; la primera, de la fealdad y de la deformidad, la segunda, del adorno y de la belleza; la primera, de lo bajo, la segunda, de lo alto; la primera, del valle, la segunda, del monte: *Mira*, se dice, *harás todo conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte*⁴⁸.

15. Ciertamente, amadísimos, en el alma racional la parte superior, llamada espíritu, lleva la imagen y la semejanza de aquél debajo del cual está colocada inmediatamente⁴⁹, porque entre el espíritu racional y Dios no hay ningún intermediario; en cuanto a la parte inferior, la imaginativa, que está colocada también inmediatamente por encima del cuerpo, no se aparta de las semejanzas con él, porque en ellas, ya sea velando, ya sea durmiendo⁵⁰, vive, obra y padece. Así también en la Iglesia, los que son superiores⁵¹ y a causa de su contemplación se los designa como *alas de plata*⁵² por las cuales ella se eleva en los aires, mientras que con sus pies, es decir los activos, camina sobre la tierra; aquéllos que, alejados del mundo y de la carne, son, adhiriéndose a Dios, un solo espíritu con él⁵³, tienen por función

45. Sal 84, 11-12

48. Hb 8, 5

51. Cf. Flp 2, 3

46. Sal 84, 11

49. Cf. Gn 1, 26

52. Sal 67, 14

47. Ef 5, 32

50. Cf. 1Ts 5, 10

53. Cf. 1Co 6, 17

representar en ellos la forma celestial⁵⁴, y manifestar en la tierra la vida angélica⁵⁵, la vida que las almas carnales, que son la parte inferior de la Iglesia, no pueden ni mostrar ni comprender⁵⁶. 16. Ahora bien, en esta vida angélica, según parece, se puede distinguir y enumerar cuatro virtudes: primero, *la pureza de vida*⁵⁷; segundo, la humilde obediencia, puesto que, obediéndose los unos a los otros, según la orden recibida de lo alto, tienden a la humildad; tercero, la caridad, puesto que, sin arrogancia ni murmuración⁵⁸, perseveran en esta obediencia; cuarto, el uso común de los bienes, dado que todos participan en lo mismo⁵⁹. En efecto, todos gozan de un bien único y común, a saber de Dios, que les es distribuido, según la medida que conviene a cada uno, por el Único en persona⁶⁰, que es para todos el único abad, y para todos, el único mayordomo, y para todos la única mayordomía, según lo que está escrito: *Y ahora ¿cuál es mi esperanza? ¿Acaso no es el Señor? Y mis bienes están junto a ti*⁶¹. Allí el Padre se le mostrará a Felipe, y esto le bastará⁶².

17. Así pues, amadísimos, la santa ciudad, que aquel bienaventurado Teólogo contempló, se encuentra allá arriba dispuesta *en cuadrado*⁶³. Y esta cuadratura, siguiendo una costumbre arraigada aquí desde la antigüedad, nosotros también la representamos desde siempre en nuestros claustros materiales. ¡Y ojalá también las adecuemos a nuestras costumbres y virtudes! Éste es, en todo caso, como sabéis, nuestro propósito de vida y nuestro compromiso.

54. Cf. 1Co 15, 49

55. Cf. Flp 3, 20; Ba 3, 38

56. Cf. 1Co 2, 14

57. Hb 12, 14

58. Cf. 1P 4, 8-9

59. Cf. Sal 121, 3

60. Cf. Hch 2, 44-45

61. Sal 38, 8

62. Cf. Jn 14, 8

63. Ap 21, 16

APÉNDICES I-III

FRAGMENTOS

I. PARA LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

De Oriente vinieron Magos a Belén, etc

Es preciso que prestemos atención a nuestro tema, y que veamos brevemente qué hay de tropológico bajo la superficie de las palabras: qué significan el Oriente, el cielo, la estrella, Belén, el niño, la adoración del niño, los tres Magos, los tres dones. Ciertamente, no creemos que para vosotros sea desconocido o inédito; sin embargo, pensamos que no os resultará gravoso que os presentemos las cosas que conocéis o que os sirvamos de lo vuestro.

2. En pocas palabras, pues, el Oriente es la dispensación de la misericordia divina; el cielo, el alma consumada en la vida espiritual; la estrella, el renombre de una buena reputación; Belén, la compañía de una comunidad santa; el niño Jesús, la edad espiritual; los tres Magos, las personas convertidas, los tentados, los probados; la adoración del niño significa perfeccionar cada edad de la vida por la práctica de la vida religiosa; en cuanto a los tres dones: la mirra representa la mortificación de la carne; el incienso, la devoción en la oración; el oro, el ocio de la contemplación. He aquí que en cierto modo hemos sembrado por anticipado algunas semillas de las cuales surgirá lo que se oculta en la raíz de este sermón. Por consiguiente, debemos ver la coherencia de estas palabras.

3. *De Oriente*, etc. Los Magos vienen *de Oriente a Belén*, cuando por la contemplación de la misericordia divina que los visita *de lo alto*¹, los fieles, cualesquiera fueren —convertidos, tentados, probados— se asocian a una comunidad santa. Ahora bien, los convertidos están en el punto de partida, los tentados progresan, las personas probadas han alcanzado la perfección. Los convertidos son los que comienzan; los tentados, los que progresan;

los probados, los que están en vías de perfección o son perfectos. Ellos vienen a la ciudad, porque todo miembro de una comunidad, o bien como novicios son convertidos, o bien como algo adelantados son tentados, o bien como ancianos y maduros son probados. 4. Notemos empero, que se dice que tres y no menos de tres encontraron y adoraron al niño Jesús, porque ya se trate de convertidos, ya de tentados, si no fueren probados no llegarán a la *medida de la edad de la plenitud de Cristo*². De ahí que en el libro de la Sabiduría se llame *bienaventurado* no al que sucumbe, sino *al que soporta la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de la vida*³.

5. Con razón se dice que fueron tres los Magos, porque el pueblo de los gentiles que viene a la fe, aprende a confesar a Dios, Trinidad indivisa. O bien fueron tres, porque los que adoran a Dios deben poseer las tres virtudes principales, a saber: la fe, la esperanza y la caridad. O también fueron tres, porque los que desean ver a Dios deben preservar del mal su pensamiento, su modo de hablar y su obrar, y ocupar en el bien su memoria, su inteligencia y su voluntad. O también vinieron tres con tres dones, porque el pueblo de los gentiles al venir a la fe, trajo consigo tres disciplinas naturales, a saber: la física, la ética y la lógica, esto es: las ciencias de la naturaleza, de las costumbres y de la razón.

6. *Le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra*⁴. El oro conviene al rey, el incienso se ofrece en sacrificio a Dios, con la mirra son embalsamados los cuerpos de los muertos. Todo esto no deja de ofrecerlo en verdad a Cristo, aquél que reconoce a este Único y mismo ser como verdadero Dios, verdadero rey y verdadero hombre, y cree en verdad que realmente murió por nosotros. Ofrezcamos a nuestro rey el oro: creamos que él reina en todas partes. Ofrezcámosle el incienso: confesemos que él es verdadero Dios y creador de todo, que existe sin haber tenido comienzo. Ofrezcámosle la mirra: no dudemos que él asumió un cuerpo mortal por nuestra salvación.

2. Ef 4, 13

3. St 1, 12

4. Mt 2, 11

7. O bien mediante el oro se designa la elocución brillante, de ahí la palabra de Salomón: *Un tesoro deseable reposa en la boca del sabio*⁵; mediante el incienso, una oración pura acompañada por la compunción del corazón; mediante la mirra, la mortificación de la carne. Le ofrecemos oro, cuando todo lo que dignamente sabemos y hablamos lo atribuimos a su gracia. Ofrecemos incienso, cuando en nuestra oración mostramos un corazón contrito y un espíritu humillado⁶, diciendo con el salmista: *Que mi oración se eleve como incienso en tu presencia, Señor*⁷. Ofrecemos mirra, cuando por amor de él mortificamos los deseos de nuestra carne⁸, y cumplimos aquello del Apóstol: *Mortificad vuestros miembros terrenos: la fornicación*⁹, etc.

8. Vienen pues los tres Magos, pero precedidos por una estrella brillante, es decir teniendo por precursor el renombre de una buena reputación. Esta estrella sin duda no se reconoce sino desde el Oriente y en el cielo, porque no puede lucir si no recibe la luz que otorga la misericordia divina; ni tampoco recibe luz desde el Oriente si antes no se mantiene fija en las almas de una vida religiosa íntegra.

9. Por cierto, las lámparas de los hipócritas, aunque parezcan lucir por algún tiempo, se extinguen con razón en sus propias tinieblas, porque no reciben la luz del Oriente sino de ellas mismas¹⁰. Pero las almas de los justos, en cuanto que son sedes de la Sabiduría llevan ante sí la estrella, es decir su renombre, porque una lámpara no puede estar oculta *bajo el celemin*, sino que debe lucir *ante los hombres, a fin de que ellos vean sus buenas obras*¹¹, etc. 10. Esta estrella se reconoce sin embargo en el fulgor de tres rayos, cuando se manifiestan tanto la pureza del corazón, como la eficacia de la palabra y la rectitud en el obrar. Éstos son los rayos cuyo resplandor ilumina el cielo, penetra el aire y hace reverberar la tierra. Hace reverberar la tierra, cuando el ejemplo de los buenos estimula a los hombres. Penetra el aire cuando los demonios se entristecen por el retorno de los justos.

5. Pr 21, 20 (Vet.Lat.)

8. Ga 5, 16

11. Mt 5, 15-16

6. Cf. Sal 50, 19

9. Col 3, 5

7. Sal 140, 2

10. Cf. Pr 13, 9

Ilumina el cielo cuando las potestades angélicas se congratulan de la compañía de los santos. Así pues bajo el centelleo de estos rayos, precedidos por esta estrella, los convertidos llegan a la ciudad, permanecen en ella los tentados, y reinan los que son probados.

11. Acerca de la estructura de la ciudad, unas pocas palabras pueden decirse, a fin de que se conozca cómo la realidad conviene al lugar o el lugar a las realidades. *Esta ciudad está dispuesta en cuadrado*¹², a fin de mantenerse firme. En el primero de sus ángulos se encuentran los afectos santos; en el segundo, los pensamientos puros; en el tercero, las obras de virtud; en el cuarto, las virtudes de estas obras. El orden también tiene importancia. 12. En primer lugar los movimientos santos de la afectividad, sin los cuales la virtud no obtiene este nombre, ni la obra adquiere mérito, ni el pensamiento lleva fruto. En segundo lugar los pensamientos puros, porque lo que queremos ansiosamente, ansiosamente lo pensamos; y si el pensamiento no examina lo que sugiere la afectividad, es decir la voluntad, la obra será considerada con razón algo irreflexivo y la virtud poco sólida. En tercer lugar las obras, sin las cuales el impulso afectivo será juzgado ineficaz, el pensamiento inestable, y la virtud nula. Las virtudes están colocadas en el cuarto ángulo, porque obteniendo su firmeza de los otros tres, ellas mismas acaban el cuadrado, conservando inmóvil el edificio de la ciudad. 13. Esta ciudad tiene también tres puertas de cada lado¹³. A la afectividad le corresponde el temor, el dolor y el amor: temor de los suplicios, dolor por la dilación del reino, amor que despierta el deseo de la eternidad. A los pensamientos les corresponden el conocimiento, la meditación, la contemplación: conocimiento de sí mismo, meditación de la muerte, contemplación de la vida. A las obras, la paciencia, la misericordia, la compunción: paciencia en el padecimiento de los males, misericordia en la liberalidad respecto de los bienes, compunción en la purificación de las faltas. 14. A las virtudes, la prudencia, la justicia, la temperancia: la prudencia dicta a la justicia lo que debe hacer; la justicia dispone lo que ha dictado la prudencia; la temperancia impone una medida a

12. Ap 21, 16

13. Cf. Ap 21, 12-13

las energías de la una y de la otra y no se aparta del punto medio. Y así a la prudencia le concierne el conocimiento de las realidades; a la justicia, su administración; a la temperancia su medida, de modo que no haya ni carencia ni exceso.

15. Éstas son las fortificaciones de la ciudad de la santa religión, establecida sobre fundamentos sólidos, y en ella el niño Jesús, es decir la edad espiritual, es alimentado, instruido, conducido a su perfección. Es alimentado en la infancia, instruido en la adolescencia, conducido a su perfección en la edad viril, es decir cuando crece *como varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo*¹⁴. En la infancia es alimentado en la doctrina; en la adolescencia es instruido en la ciencia; en la edad viril llega a la perfección en la experiencia. 16. A las cuatro edades del hombre, corresponden también las cuatro estaciones del año y las cuatro especies de encantos que les son propias. En efecto, la primavera tiene su encanto, el concierto de los pájaros; el verano el suyo, la belleza de las flores; el otoño el suyo, el perfume de los frutos; el invierno el suyo, el sabor de los granos. El primero ofrece encanto a los oídos, el segundo a los ojos, el tercero a la nariz, el cuarto al paladar. 17. Así también, según estas cuatro edades, hay en el hombre cuatro grados de progreso. En efecto, el progreso de la infancia consiste en la escucha de la enseñanza; el progreso de la juventud, en el deseo de la rectitud; el progreso de la edad viril, en el cumplimiento de la obra buena; el progreso de la vejez, en la experiencia de la virtud.

18. Por consiguiente, en la ciudad que hemos descrito se busca al niño Jesús para adorarlo, cuantas veces en la comunidad de los justos¹⁵ el crecimiento espiritual se instaure en los convertidos por las disciplinas santas, cobra forma gracias a las costumbres en los que son tentados, se adorna con las virtudes en las personas probadas. De ahí que no sea incongruente que estas tres clases de individuos le ofrezcan tres dones: el oro, el incienso y la mirra; porque ciertamente los convertidos o principiantes ofrecen la mortificación de la carne; los tentados

14. Ef 4, 13

15. Cf. Sal 110, 1

o adelantados, la devoción en la oración; los probados o perfectos, el ocio de la contemplación.

19. Nosotros también, hermanos, vengamos juntos a esta ciudad que es la casa del pan, del pan *de vida y de inteligencia*¹⁶; alimentemos nuestra edad espiritual con el pan de la doctrina, domeñando al adversario del espíritu, es decir a la carne¹⁷, instruyámosla implorando el auxilio divino, progreseemos gustando y viendo *cuán suave es Dios*¹⁸. *A él sea el honor*¹⁹.

II. SERMÓN DE LA PEREGRINACIÓN

El Señor libera a los encadenados¹. Ciertamente sé, hermanas, sé y no dudo de ello, que vuestra caridad soportó tan difícilmente nuestro exilio cuanto ha acogido gratamente nuestro regreso; vosotros, de quienes he sabido con certeza que habéis sido heridos con los mismos dardos que yo, aprisionados con las mismas cadenas que yo. Tengo la prueba evidente de vuestro amor, en el hecho de que os sentisteis turbados por nuestra ausencia, vosotros a los cuales os regocija ahora en gran manera nuestra presencia. 2. Y ciertamente, en mi peregrinación, mi más grande y único consuelo consistía en saber que tenía tantos compañeros de exilio cuantos amigos había dejado en la casa. No podían ni debían dejar de participar en mi adversidad aquéllos junto a los cuales me había sonreído la

16. Si 15, 3

17. Cf. Ga 5, 17

18. Sal 33, 9

19. 1Tm 6, 16; Rm 16, 27

1. Sal 145, 7

prosperidad, o a quienes ella les había sonreído en mi compañía. Por tanto me regocijo y doy gracias al Dios y Padre² que me ha concedido no carecer de compañeros en mi peregrinación como exiliado ni de amigos a mi regreso a casa.

3. Pero puesto que es también en exilio que todos *peregrinamos*³ y que en este exilio hay cadenas y ataduras que nos retienen y nos ligan a todos, nos es necesario orar a Dios *que hace salir a los cautivos con mano fuerte*⁴, a fin de que nos vuelva a conducir de las ataduras a la libertad y del exilio a la patria. En efecto, ¿qué otra cosa es *el mundo*, qué otra cosa *su concupiscencia*⁵, sino un duro y gravoso exilio para los que suspiran por la patria, sino cadenas que aprietan y retardan a los que quieren volver a ella?

4. *El Señor libera a los encadenados*⁶. Todo pecado es una cadena. Pero nadie está exento de pecado. Nadie pues está exento de cadena. Y así todo hombre es un encadenado. En efecto *todos pecaron y están privados de la gracia de Dios*⁷, sin la cual no recibimos la inspiración de obrar el bien que queremos, ni somos ayudados a cumplirlo. Por consiguiente, sin la gracia nadie es liberado de sus cadenas. Pero *el Señor libera a los encadenados*⁸. *Porque miró desde su altura santa, para escuchar el gemido de los encadenados, y no sólo para escucharlos, sino también para liberarlos*⁹.

5. Por lo demás, ¿quién dudaría que estar encadenado, equivale a ser vencido? Mas todo vencido ha sido vencido por un vencedor. Y así todo prisionero ha sido vencido por un vencedor. La victoria empero es el fin de la guerra. Pues donde hay victoria es necesario que haya precedido la guerra. Es manifiesto por tanto que todo encadenado es un vencido de guerra.

6. Ahora bien, la guerra está suspendida sobre nosotros, guerra no única sino múltiple: el reino del mundo, el reino del pecado, el reino del diablo. Y reunido en un sólo ejército; el número infinito de los enemigos es *tal que no puede contarse*¹⁰. Su

2. Col 1, 3

3. 2Co 5, 6

4. Sal 67, 7

5. 1Jn 2, 17

6. Sal 145, 7

7. Rm 3, 23

8. Sal 145, 7

9. Sal 101, 20-21

10. Gn 32, 12

*sombra cubre los montes*¹¹, y su multitud ocupa *toda la superficie de la tierra*¹².

7. El mundo en efecto envía al combate un ejército dividido en tres líneas, cohorte temible: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida¹³. La voluptuosidad da pues el asalto en primera línea, la curiosidad en segunda línea y la ambición en tercera. En primera línea el apetito de la carne ataca en cada uno por la lujuria; en segunda línea el vagabundeo del corazón al lado de cada uno por la avaricia; en tercera línea la altivez del espíritu por encima de cada uno por el amor de la gloria. 8. En el transcurso de estos tres asaltos fue vencido el viejo Adán. En el transcurso del primero, cuando tocó el árbol y comió el fruto prohibido: y he aquí la voluptuosidad. En el transcurso del segundo, cuando quiso conocer el bien y el mal: y he aquí la curiosidad. En el transcurso del tercero, cuando deseó ser *semejante* a Dios: y he aquí la ambición¹⁴. Pero el nuevo Adán venció el primer asalto que sufrió, cuando rehusó convertir las piedras en panes; el segundo, cuando no se arrojó desde el pináculo del templo; el tercero, cuando despreció *todos los reinos del mundo*¹⁵.

9. El reino del pecado combate contra los decretos de la razón en el duelo del espíritu y de la carne. Guerra continua, ciertamente, y victoria incierta. Pues *la carne desea contra el espíritu* y viceversa¹⁶. Por consiguiente, notemos que en el hombre hay tres elementos: el espíritu, el alma y la carne¹⁷. Cuando se dice: *La carne desea contra el espíritu*, etc., sin ninguna duda hemos de entender el alma, colocada en el medio, que o bien asiente a los deseos del espíritu, o bien se inclina hacia los apetitos de la carne. Si ella se une a la carne, se hace un solo cuerpo con ella en su deseo y sus concupiscencias¹⁸; pero si se adhiere al espíritu, será sin ninguna duda un solo espíritu¹⁹ con él. 10. De

11. Sal 79, 11

12. Ex 10, 15

13. Cf. 1Jn 2, 16

14. Cf. Gn 3, 1-6;

Is 14, 14

15. Mt 4, 8

16. Ga 5, 17

17. Cf. 1Ts 5, 23

18. Cf. 1Co 6, 16;

Ga 5, 24; Rm 6, 12

19. Cf. 1Co 6, 17

los primeros se dice: *Mi espíritu no permanecerá en el hombre, porque es carne*²⁰. De los segundos dice el Apóstol: *Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu*²¹. Por lo demás, cada parte tiene ángeles como defensores y auxiliares. En efecto, el diablo y sus ángeles favorecen las concupiscencias de la carne, mientras que los ángeles buenos favorecen al espíritu en su *lucha contra la carne*²², y Dios también lo favorece. 11. Sin embargo, de una y otra parte, todo queda en el orden del favor, uno no hace otra cosa que favorecer, porque el asunto no se decide por coacción, uno no se inclina hacia una u otra parte en virtud de una necesidad inevitable —porque entonces ni la elección del bien merecería el premio, ni la del mal el suplicio— sino que el alma conserva en todo el libre arbitrio, de modo que puede inclinarse hacia lo que prefiere. De ahí que esté escrito: *He aquí que ante ti puse la vida y la muerte, el fuego y el agua*²³. He aquí el duelo del pecado.

12. Porque si queremos prestar atención a *la muchedumbre inmensa, que nadie podría contar*²⁴, a los asaltos que provienen del ejército de la carne, examinemos cuáles son sus malos frutos y su mala progenie. *Los frutos de la carne*, está escrito, *son: lujuria, impureza, avaricia, homicidios, hechicería, iras, rencillas, disensiones y otros semejantes*²⁵. He aquí la raza impía de una madre bien rolliza; cuando ella se ha propagado a partir de la raíz de la impiedad, es más perniciosa para su madre que para cualquiera, su madre a expensas de la cual ella concibe ahora <la concupiscencia engendra más tarde> la ira de eterna condenación; ahora la voluptuosidad, más tarde *el fuego que consume*²⁶ y el gusano que roe²⁷.

13. Y así esta guerra, estos asaltos se alzan contra nosotros desde el reino del mundo <y> desde el reino del pecado. Y como si para combatirnos sólo tuviesen un modesto ejército, convocan además al reino del diablo que lucha contra nosotros, desde múltiples ciudadelas de combate, *porque <nuestra lucha no es sólo*

20. Gn 6, 3

21. Rm 8, 9

22. Ga 5, 17

23. Si 15, 17-18;

Cf. Dt 30, 19

24. Ap 7, 9

25. Ga 5, 19-21

26. Sal 104, 32

27. Cf. Mc 9, 43

contra la carne y la sangre sino contra los principados, las potestades y los espíritus del mal²⁸, enemigos ciertamente tanto más funestos cuanto más arteros, temibles por sus dardos emponzoñados, superiores en astucia, ejercitados por el hábito, pertinentes por sus frecuentes victorias, por ninguna vigilia fatigados, por ningún saqueo o muerte perjudicados.

14. Y así, rodeados de un ejército tan numeroso, atacados por tantos asaltos guerreros, gritemos *al Señor frente a nuestros opresores, y él nos enviará un salvador, un defensor que nos librará*²⁹. Porque si él no extiende su mano, si no nos ayuda, si no juzga a los que nos hacen mal y somete a los que nos asaltan³⁰, ¿quién no será aprisionado con estas cadenas? 15. Sin embargo la diferencia es grande. En efecto, una cosa es quedar retenido por estas cadenas; otra, querer estar retenido; y otra, no querer no estarlo. Pues estar retenido es propio de la condición terrena. Querer estar retenido es animal. No querer no estarlo es demoníaco³¹. *¡Pobre de mí!*, hombre, *¿quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte? La gracia de Dios, por Jesucristo, nuestro Señor*³². Que su gracia, su ternura, su bondad se dignen tanto arrancarnos de estos asaltos como librarnos de estas cadenas, a fin de que expeditos podamos correr y llegar seguros por él, hasta él.

28. Ef 6, 12
29. Is 19, 20

30. Cf. Sal 34, 1
31. Cf. St 3, 15

32. Rm 7, 24-25

III. CUATRO GÉNEROS DE ORGULLOSOS

Hay cuatro géneros de orgullosos. Uno se enorgullece y se hincha por sus bienes terrenos y mundanos, los últimos de todos: el oro, la plata, las riquezas, las posesiones, los campos fértiles y el gran número de hijos y de siervos. Otro, por sus dones espirituales y las virtudes recibidas de lo alto: la elocuencia, la sabiduría, la doctrina, la piedad, la castidad, la justicia, la liberalidad, etc. Otro, por sus fechorías e iniquidades: el adulterio, la fornicación, el robo, el homicidio, las contiendas, los ultrajes, etc. Otro, por nada de esto, sino que se hincha por la virtud, la santidad, el poder, la riqueza y la nobleza de otro y se las atribuye como si fueran propias.

Del primer género era el rey de Babilonia, del cual por medio de Daniel se dice: *El rey se paseaba en el palacio de Babilonia; y se puso a hablar y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué como residencia real, con la fuerza de mi poder y en el esplendor de mi gloria?*¹

Del segundo género proviene el fariseo, quien bajó del Templo sin ser justificado, porque al examinar sus méritos se ensalzó, diciendo: *Te doy gracias, ¡oh Dios!, porque no soy como los demás hombres: rapaces, adúlteros, injustos, ni como este publicano*².

Del tercer género son aquéllos de los que se dice: *Se gozan cuando hacen el mal y se regocijan en la perversidad*³.

Del cuarto género fue Moab, del cual el Señor dice: *Conoci la soberbia de Moab y que su arrogancia no responde a su fuerza*⁴. Y por medio del ángel de la Iglesia de Laodicea le dice: *Te imaginas: Soy rico, me he enriquecido y no carezco de nada; y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un desnudo y un ciego*⁵.

1. Dn 4, 26-27

2. Lc 18, 11

3. Pr 2, 14

4. Is 16, 6; Jr 48, 29-30

5. Ap 3, 14.17

ÍNDICE BÍBLICO

GÉNESIS

1, 1	327, 328	6, 2	38
1, 2	258, 275, 276, 331	6, 3	349
1, 4	101	6, 7	38
1, 4-5	3	7, 11-12	329
1, 7	329	7, 17 ss.	88
1, 14	328	8, 21	273
1, 16	190, 266, 277, 328	12, 1	107, 188
1, 17	328	15, 16	221
1, 26	162, 189, 310, 329, 334, 336	16, 12	11
1, 26-27	248, 334	18, 1	283
1, 27	137, 190	18, 2-3	307
1, 28	331	18, 9	26
1, 31	144	18, 27	132, 228
2, 2	101	21, 9	162
2, 7	329, 331	21, 10	163
2, 7-8	331	25, 25	256
2, 15	27, 30, 94, 329	26, 13	47, 164
2, 17	157, 301, 303	26, 15 ss.	94
2, 18	329	27	15
2, 19	168	27, 1	55
2, 21-22	329	27, 22	11
2, 22	329	28, 4	68
2, 24	33, 240, 329	28, 12	74
3, 1	301, 303	29, 16 ss.	25
3, 1-6	348	29, 18	31
3, 3	26, 40	29, 20	125
3, 7	13, 168, 169	29, 26	25
3, 8	313	30, 15	146
3, 9	13, 312, 313	30, 27	324
3, 15	185	32, 12	347
3, 17	331	32, 26	127
3, 17-19	331	47, 3	305
3, 18	111		
3, 19	45, 86, 120, 142, 286, 302, 305, 331		
4, 8	38		
4, 13	38		
4, 17	38		
5, 1	329		
6, 1	38		

ÉXODO

2, 22;	12
3, 14	119
4, 10	228
5, 12	184
7, 1	253
10, 15	348
14, 21	274
16, 16	207

16, 18	202, 299	26, 16	271
19, 3	283		
24, 2	283	2SAMUEL	
32, 6	266	3, 10	86
33, 11	84, 283	22, 3	86
33, 13	121, 328		
LEVÍTICO		IREYES	
5, 8	72	6, 7	333
		18, 38	275
NÚMEROS		19, 3	14
12, 8	223	19, 19	8
21, 6-9	91	2REYES	
24, 17	295	19, 28	225
		20, 19	289
DEUTERONOMIO		ICRÓNICAS	
4, 19	328	16, 11	123
6, 4	55	29, 15	173
8, 3	72		
28, 29	266	TOBÍAS	
30, 19	349	4, 16	183
32, 4	329	6 ss.	46
32, 5	37, 40, 237	6, 8	320
32, 10	85	9, 6	47
32, 13	295		
32, 15	85, 311	ESTER	
32, 20	221	2, 13	317
32, 39	210, 290	2, 16	317
		4, 11	317
JOSUÉ		5, 1	317
1, 8	17	15, 6	317
		15, 9	317
JUECES		IMACABEOS	
3, 15	324	1, 16	113
ISAMUEL		JOB	
2, 6-7	290	1, 7	306
2, 10	112, 166	1, 18	175
2, 30	326	1, 21	290
3, 18	289	3, 1ss.	96
13, 14	19		
16, 13	166		
24, 15	227		

3, 8	187	16, 8	223
4, 54	276	16, 11	245
5, 7	30, 104, 123	16, 15	136, 269
5, 13	63, 239	17, 4	69
5, 14	266	17, 11	73
5, 19	333	17, 20	8
5, 24	75	17, 24	69
8, 21	284	17, 29	130
9, 3	18, 276	17, 46	220
9, 24	171, 242	17, 48-50	220
9, 34	290	18, 2	263
10, 21	14	18, 3	6
10, 22	189	21, 2	333
14, 4	43	21, 16	262
15, 15	276	21, 17	221
17, 12	175	22, 6	326
25, 4	43	23, 4	93
26, 13	262, 263	23, 8	260
28, 13	304	24, 10	290
33, 14	114	24, 13	300
		24, 17	188
SALMOS		25, 6	269
1, 1	168, 195	26, 1	147, 174
1, 2	182, 192	26, 12	296
1, 3	201	26, 13	11
1, 4	286	27, 1	86, 136
2, 7	246, 248	28, 10	329
3, 6	89	29, 12	173
4, 3	9, 172	30, 9	8
4, 8-9	128	30, 11	312
5, 9	7	30, 13	159
5, 12	7	30, 20	106
6, 3	70	31, 1	233
6, 8	55, 169	31, 2	233, 254, 273, 275
7, 12	195	31, 3	231
7, 15	57	32, 2	323
8, 6	251	32, 11	141, 214
10, 4	272	32, 12	314
10, 5	81	33, 6	171
11, 2	63	33, 9	346
12, 4	83	33, 10	52
13, 1	125	34, 1	350
13, 3	44	35, 9	224, 240, 268
15, 2	165, 215	35, 9-10	268
15, 6	301	35, 10	120, 154, 189
		36, 10	230

36, 11	11	49, 19	233
36, 27	259	49, 20	233
36, 29	11	49, 21	234
37, 11	169	50, 4	269
38, 1	127	50, 6	56
38, 3	20, 302	50, 12-13	259
38, 4	20, 303	50, 14	259
38, 5	303	50, 17	232
38, 6	171	50, 19	91, 343
38, 6-7	328	54, 3	107
38, 8	337	54, 7	21, 296
38, 14	268	54, 8	4, 198, 224
39, 3	12, 331	54, 9	86, 198, 264
39, 6	36, 210	54, 18	330, 331
39, 12	226	56, 3	173
39, 13	169	58, 7	221
41, 3	136	58, 10	36
41, 3-4	223	58, 11	326
41, 4	333	60, 3	201
41, 5	224, 267	61, 2	243
41, 6-7	91	61, 12	209
41, 7	101	62, 2	75
41, 7-8	91	62, 6	227
41, 5	120	63, 7	64, 130
42, 3	170	64, 5	270
42, 6	157	64, 8	80
43, 24	334	64, 10	294
44, 1	271	67, 3	224
44, 3	321	67, 4	30
44, 10	159	67, 5	5
44, 11	107, 188	67, 7	347
44, 14	161	67, 10	315
44, 15	332	67, 14	336
44, 16	332	67, 15	47
44, 17	159	67, 19	254
45, 2	80, 81	67, 20	159
45, 3	80	67, 34	5
45, 4	80	68, 2	332
45, 5	19	68, 2-3	88
45, 11	74, 214	68, 4	198
47, 2	277	68, 5	78, 243
47, 4	333	70, 4	231
48, 13	37, 51	70, 6	184, 243
48, 19	111	70, 8	284
49, 16	232, 233	70, 20	36, 331
49, 17	232, 290	71, 2	159

71, 4	237	93, 17	44
71, 18	242	93, 18	44, 326
72, 17	31	93, 19	14
72, 24	323, 324, 325, 327	94, 2	233
72, 25	11	94, 6	14, 272
72, 26	31, 33	95, 10	15
72, 27	32	95, 13	15
72, 28	32, 33, 243	99, 3	206
73, 7	184	100, 1	20
73, 14	190	101, 5	191
76, 3	121, 192	101, 14	209, 313
76, 3-4	121	101, 20-21	347
76, 4	132, 192	101, 28	123
76, 11	262	102, 20	198
76, 20	10	103, 1	232
77, 9	110	103, 6	88
79, 11	348	103, 20	97
79, 13	94	103, 20-21	100
79, 14	94	103, 21	97
80, 17	267	103, 22-23	97
81, 4	230	103, 23	28
81, 5	100	103, 25	77
81, 6	52	103, 26	205
83, 3	132, 184	103, 29	63
83, 4	91	103, 29-31	258
83, 5	96	103, 30	63
83, 6	3, 319	104, 32	349
83, 6-7	182	105, 26-27	176
83, 7	320	106, 7	63
83, 8	17	106, 8	196
83, 12	173, 282	106, 10	167
84, 9	5	106, 14	102, 320
84, 11	336	106, 18	82, 129
84, 11-12	336	106, 25-26	90
85, 11	7	106, 28	176
85, 17	174	106, 29	90, 176
88, 7	45, 73, 257	106, 30	176
88, 11	179	106, 38	27
88, 21	19	107, 3	176
90, 3	323	110, 1	345
90, 7	19, 315	110, 4	327, 330
90, 12	180	110, 10	41, 66
90, 13	180, 264	111, 9	320
92, 1	264, 328	114, 4	28
92, 4	83	114, 7	173
92, 5	174	114, 7-8	106

115, 13	20	2, 14	351
115, 16	28	3, 32	296
117, 24	101	8, 17	326
117, 27	101	9, 1	311, 313
118, 14	105	9, 2-4	268
118, 25	45	10, 19	302
118, 32	106	11, 29	267
118, 61	244	12, 5	264
118, 105	141, 262	13, 9	343
118, 126	313	14, 13	12
118, 131	30	16, 18	193
118, 164	272, 274	17, 6	300
118, 176	191, 313	17, 24	169, 266
119, 2-4	307	18, 17	17, 69, 98, 233
119, 5	90	18, 19	202, 305
120, 6	321	21, 20	311, 343
121, 1-3	193	22, 28	308
121, 3	329, 332, 333, 337	23, 1-2	270
123, 7	323	24, 16	272, 274
126, 2	177	25, 3	276
127, 2	300	26, 9	111
130, 2	18	27, 6	162
131, 17	285, 295	28, 9	86
131, 17-18	291	30, 15	266
131, 18	295	31, 29	317, 323
132, 1	305		
134, 7	82		
136, 4	12		
137, 6	286		
139, 4	221		
140, 2	343		
140, 6	63		
142, 2	19, 276		
142, 6	275		
142, 7	276		
143, 8	7		
143, 13	7, 27		
145, 7	346, 347		
147, 14	27		
147, 17	198		
147, 17-18	274		
147, 18	258, 274		
PROVERBIOS			
1, 5	283		

CANTAR DE LOS CANTARES

1, 1	274
1, 2	6, 240
1, 3	74
1, 4	5
1, 8	51
1, 13	61, 241
2, 4	26, 240
2, 6	240
2, 8	4
2, 14	91
2, 16	61
3, 2	121
3, 3-4	121, 123
3, 4	127, 141, 240
3, 6	316, 317, 320
4, 1	161
4, 6	91
4, 15	92
4, 16	80
5, 1	265, 266, 267, 268, 319
5, 6	198
5, 16	61
6, 2	241
6, 5	130
6, 9	317, 320, 321
6, 10	319
8, 5	316, 317, 318, 319, 321
8, 6	174
8, 13	287

SABIDURÍA

1, 5	191, 152
1, 7	93, 263, 264, 268
11, 21	115
2, 12	311
2, 15	311
2, 20	242
2, 21	52
2, 24	236
3, 1	298

3, 2-3	298
6, 7	261
6, 9	261
7, 20	316
7, 26	147
7, 27	313
7, 30	237, 239
8, 1	143, 310
9, 15	101, 182, 279
9, 17	147, 258
11, 21	127
12, 1	275
19, 7	274

ECLESIASTICO

1, 16	41
2, 1	187
3, 18	286
3, 20	287
3, 22	129
12, 3	196
14, 5	96
15, 3	6, 32, 82, 193, 346
15, 9	232
15, 17-18	349
18, 1	136
24, 11	308, 310, 312, 314
24, 12	314
24, 13	315, 316
27, 12	167, 215
30, 16	269
30, 24	298, 320
31, 11	328
37, 6	34
38, 25	6
38, 29	297
38, 30	333
42, 1	321
44, 10	298, 299, 300
44, 10-12	297
44, 11	300
44, 12	300
44, 27	321
45, 2	321

ISAÍAS

1, 7	68	40, 3	285
1, 14	310	40, 11	212
1, 16	269	40, 17	119
1, 22	292	40, 28	268
2, 2	4	40, 31	21, 262, 296
3, 10	300	42, 19	55
4, 4	269	44, 24	327
5, 4	56	45, 11	136
6, 1	136, 313	46, 8	12, 103
6, 1.2	34	49, 14	50
6, 2	132	49, 15	241
6, 5	224	49, 22	186
7, 13	310	52, 11	196
7, 15	50, 150, 311	53, 1	10
8, 18	310	53, 2	335
9, 2	271	53, 4	186
9, 6	59, 270	53, 7	88, 176
11, 1	39	53, 12	242
11, 2	39	55, 6	123
11, 2-3	277	58, 4-5	183
14, 12	98	58, 7	307
14, 13	9, 79	58, 10	271
14, 14	37, 348	59, 2	57
16, 5	313	62, 5	86
16, 6	351	62, 7	136, 328
18, 2	159	63, 1	330
19, 14	31	66, 2	177, 286
19, 20	350	66, 8	271, 272
21, 3	318	66, 12	186, 268
21, 4	318	66, 13	290
21, 12	48		
24, 16	222		
26, 12	206		
26, 18	41		
27, 1	263		
28, 20	58		
30, 20	56		
31, 6	48		
31, 9	307		
33, 1	300		
33, 11	300		
37, 31	156		
38, 14	177		
38, 15	103		

JEREMÍAS

1, 5	45, 285
3, 1	58, 240
4, 3	111, 142
4, 10	142
4, 22	281
5, 25	57
6, 14	7
6, 16	296
7, 28	113
12, 7	272
12, 9	301
13, 23	190
15, 19	39

16, 22	47
17, 16	96
18, 13	271
20, 14	96
20, 15	319
31, 22	49
31, 34	284, 333
44, 12	239
48, 29-30	351
50, 8	196

LAMENTACIONES

4, 1	292
4, 3	241
4, 5	37

BARUC

3, 38	337
-------	-----

EZEQUIEL

1, 12	4, 61
1, 20	209
1, 28	228
2, 1	228
2, 9	16
15, 45	172
16, 3	38, 168
16, 4	38, 320
34, 1 ss.	209
34, 14 ss	191
34, 16	212
36, 3	222
48, 35	333

DANIEL

4, 10	114
4, 26-27	351
5, 16	292
8, 17	318
8, 27	318
9, 24	295
10, 8	228
12, 3	328
12, 4	92

13, 55	296
13, 56	38
13, 58	126

OSEAS

2, 14	6, 178
6, 2	101

JOEL

1, 17	37
2, 12	14
2, 23	52
3, 5	69

AMÓS

4, 12	196
-------	-----

JONÁS

2, 10	267
-------	-----

NAHÚM

2, 11	191
-------	-----

SOFONÍAS

3, 13	191
-------	-----

AGEO

1, 6	30
------	----

ZACARÍAS

9, 17	270
-------	-----

MATEO

1, 18	284
2, 11	342
3, 2	232
3, 5-6	232
3, 7	37
3, 14-15	78
3, 17	79, 178, 304
4, 1	176, 181, 187
4, 2	183, 304

4, 3	179, 187, 191	8, 26	86
4, 6	180	8, 27	86, 90
4, 8	348	9, 8	259
4, 9	193	10, 22	112, 166, 215
4, 10	193	10, 25	199
4, 17	66, 232	10, 28	264, 272
5, 1	3, 4	10, 29	203
5, 2	5, 6	10, 34	238
5, 3	5, 6, 7, 41, 128	10, 36	162
5, 4	9	10, 39	12
5, 5	11, 13, 15	10, 40	287
5, 6	16, 18	10, 42	298
5, 7	18, 19, 298, 300	11, 4-6	175
5, 8	22, 25, 153	11, 7	324
5, 9	27, 29, 31	11, 7-10	285
5, 15-16	343	11, 9-10	279
5, 21-22	183	11, 11	227, 278, 279, 285
5, 25	182	11, 12	127, 306
5, 26	71, 273	11, 13	295
5, 37	305	11, 15	84
6, 2	288	11, 19	56, 74, 304
6, 6	5	11, 25-26	214
6, 9	254	11, 26	214
6, 10	217, 325	11, 27	5
6, 12	20	11, 29	53, 106, 109, 178
6, 15	71	11, 30	105
6, 22	189	12, 13	28
6, 26	306	12, 32	236
6, 32	17	12, 45	26
6, 33	17	12, 49	173
6, 34	235	12, 50	310
7, 2	20, 298	13, 9	10
7, 3	168	13, 18-23	108
7, 7	84	13, 45	29
7, 12	17, 183	14, 23	283
7, 14	10, 106	15, 2	65
7, 22	165	15, 13	315
7, 22-23	259	15, 16	65
8, 1	67, 73	15, 21	194
8, 2	69, 76	15, 22	197
8, 3	69, 74, 76	15, 23	198, 199
8, 3-4	71	15, 24	209, 211
8, 4	70	15, 26	213, 216, 220
8, 20	313	15, 27-28	222
8, 23	77, 79, 87, 89	15, 32	143
8, 24	80, 82	16, 4	328

16, 17-18	285	25, 29	77
17, 1	4	25, 34	19
17, 4	74	25, 35	253
17, 5	178, 304	25, 36	252
17, 20	223, 230	25, 40	253
17, 21	304, 320	26, 36	4
18, 23-28	273	26, 39	218, 242
19, 5	33, 329	26, 41	83, 89
19, 5-6	56	26, 45-46	313
19, 6	71, 240, 244, 253, 287, 329	27, 4	263
19, 9	240	27, 40	244
19, 24	128	27, 54	222
19, 26	160	27, 64	3, 12
19, 27	20, 21, 121	28, 18	229, 256
19, 28	246	28, 19	158
19, 29	299	28, 20	314
19, 30	68	MARCOS	
20, 1	98	1, 3	285
20, 1 ss.	92, 99	1, 15	232
20, 8 ss.	97	6, 31	6, 313
20, 9-12	165	7, 35	284
20, 11-12	226	8, 2-3	267, 268
20, 16	88	8, 6	143
20, 22	79	8, 33	245
20, 23	315	9, 3	24
20, 28	53, 74	9, 5	228
21, 24-25	296	9, 9	25
21, 25-26	296	9, 22	223
21, 31	165	9, 29	304, 320
21, 41	289	9, 43	349
21, 43	69, 220	9, 44	301
22, 15	68	10, 18	217
22, 39	236, 298	11, 13	311
23	53	12, 44	270
23, 3	67, 109	14, 33-34	102
23, 4	178	14, 36	21, 89, 217, 218
23, 9	173	15, 28	242
23, 12	177	16, 15	158
23, 31	222	LUCAS	
24, 3	295	1, 6-7	281
24, 12	307	1, 14	284
24, 48	271	1, 14-15	285
25, 11-12	165	1, 17	310
25, 14 ss.	94		
25, 24	312		

1, 20	283	10, 38	326
1, 28	315	10, 39-40	82
1, 34	283	10, 41	26, 152, 201
1, 35	271, 295, 315	10, 41-42	279, 332
1, 42	308	10, 42	316
1, 44	328	11, 5-8	306
1, 48	286	11, 7	224
1, 52	261, 290	11, 8	225
1, 68	283	11, 9	7, 29, 136
1, 78	341	11, 13	147, 191
1, 79	271, 313	11, 14	229, 231
2, 14	59	11, 15	235, 236
2, 19	286	11, 17	237
2, 42	43	11, 19	238
2, 44	47, 50	11, 20	238
2, 46-47	48	11, 21	239
2, 48	50	11, 22	47, 179
2, 48-49	51	11, 23	238
2, 51	53, 304	11, 28	319
2, 52	45	11, 41	20, 320
3, 8	236	11, 45	307
4, 1	177	12, 2-3	165
4, 13	180	12, 19	37
4, 23	260	13, 27	259
5, 11	250	13, 32	247
5, 17	288	14	9, 15
6, 24	128	14, 10	79
6, 25	13	14, 11	279
6, 37	20, 71	14, 26	241
6, 38	71	14, 31	18
7, 25	304	15, 4	32, 191, 313
7, 38	298	15, 4-5	191
7, 47	326	15, 4 ss.	210
8, 5	107, 109, 113, 143	15, 12	31
8, 6	157	15, 13	31, 311, 312
8, 7	157	15, 13ss.	12
8, 13	157	15, 30	312
8, 15	112, 157, 181	16, 9	21
8, 18	71	16, 15	165
9, 1	229, 259	16, 22	333
9, 3	10	17, 10	28
10, 4	11	18, 11	351
10, 16	287	18, 31 ss.	159
10, 18-20	230	18, 32-33	160
10, 30	35, 36, 44, 211, 335	18, 34	164
10, 34	40	18, 35	167

18, 38-40	174	3, 8	110
19, 10	313	3, 10	255
19, 31-33	161	3, 12	249
19, 41	53	3, 13	72, 249, 250, 251, 252, 253, 330, 334
20, 2	260	3, 14	280
20, 36	265	3, 16	241, 271
21, 19	181	3, 19	31
21, 26	318	3, 29	284, 285, 287, 288, 290
21, 34	111, 152	3, 30	280
22, 19	11	3, 31	334
22, 30	269	3, 34	177, 257
22, 32	166	4, 11	6
22, 41	298	4, 14	258, 274
22, 42	218	4, 22	209
24, 25	249	4, 24	266
24, 26	90	4, 38	267, 305
24, 49	212, 257, 258, 260, 262, 264	5, 14	71, 273
JUAN			
1, 1	114	5, 17	206
1, 3	207, 214	5, 19-20	214
1, 3-4	135	5, 23	71
1, 5	257, 271	5, 25	211
1, 9	148, 157, 315	5, 26	298
1, 12	29, 160, 172, 248, 253, 309	5, 35	285, 295
1, 12-13	180, 247	5, 36	175
1, 13	161	6, 9	60
1, 14	56, 158, 194, 284	6, 30	236
1, 16	257	6, 33	267
1, 20-21	287	6, 38	334
1, 23	279, 287	6, 39	210
1, 26	324	6, 44	196
1, 27	287	6, 56	269
1, 29	255	6, 58	298
2, 1	54, 64	6, 70	52
2, 2	60, 61	7, 4	180
2, 4	64	7, 16	32
2, 9	66	7, 19	55
2, 19	244	7, 37-39	268
2, 24	267	7, 38	258
3, 4	255	7, 38-39	274
3, 6	160, 180, 247, 255, 335	7, 46	293
		8, 6	73
		8, 11	71, 273
		8, 21	4
		8, 23	334

8, 25	251	15, 22	97
8, 28	176	16, 2	262
8, 34	260	16, 7	273
8, 35	164	16, 13	258, 262, 263
8, 36	162, 195, 274	16, 21	284
8, 44	51, 52, 98, 156, 221	16, 28	113, 177, 194
8, 56	101, 256	16, 33	179
8, 58	251	17, 3	97
9, 4	95, 96	17, 5	91
9, 6	96	17, 6	219
10, 4-5	211	17, 9	219, 331
10, 8	79	17, 10	70
10, 9	54	17, 11	33, 57, 219
10, 14-15	221	17, 21	70, 252
10, 16	191	17, 22	252
10, 17	88	17, 24	252
10, 17-18	242	18, 9	210
10, 18	244	20, 17	51, 254, 330
10, 28	210	20, 19	262
10, 30	251	20, 22-23	257, 259
11	82	21, 7	326
11, 11	82		
11, 18	304		
11, 33-34	14		
12, 19	293		
12, 25	241	1, 1	109, 178
12, 31	263	1, 2	274, 333
12, 32	330	1, 10	23
13, 15	303	2, 2	263
13, 18	333	2, 13	268
14, 2	272	2, 38	161, 232, 254, 310
14, 3	272	2, 44-45	307, 337
14, 6	7, 168, 176	2, 45	299
14, 8	337	4, 12	256
14, 10	214	4, 19-20	262
14, 11	268	4, 31	262, 263
14, 12	259	4, 32	299, 307
14, 16	272	4, 35	307
14, 21	34, 328	5, 20-42	262
14, 30	180, 263	5, 29	262
14, 31	313	8, 20	260
15, 1	267	9, 4	252
15, 2	94	9, 15	285
15, 5	94, 207, 212, 246	13, 33	246
15, 13	20, 53, 241, 299	13, 46	222
15, 15	29	20, 35	306

HECHOS DE LOS APÓSTOLES

23, 6-9	238	8, 10	14, 243
		8, 12	152
ROMANOS		8, 14	177, 248
1, 14	7, 265	8, 15	253
1, 17	243	8, 17	29, 249, 284
1, 19	30	8, 19	284
1, 20	30, 135, 169,	8, 21-23	284
	265, 276, 315	8, 25	284
1, 21	30	8, 26	217
1, 21-22	156	8, 27	217
2, 4	277	8, 28	204, 324
2, 21	233, 260	8, 29	15, 53,
3, 9	241		253, 309, 323
3, 23	347	8, 30	327, 333
3, 26	174	8, 32	272
4, 13	173	8, 34	219
4, 17	126	8, 37	290
4, 25	242	9 ss.	68
5, 3	324	9, 27	157
5, 5	112, 263,	10, 2	262
	270, 274, 276	10, 10	113, 232
5, 6	242	10, 16	110
5, 6-7	28	11, 7	200
5, 8	242	11, 22	277
5, 10	28	11, 25	157, 256
6, 4	107, 245, 246	11, 29	210, 213
6, 5	245	12, 3	207
6, 6	160, 330	12, 11	73
6, 10-11	163	13, 1	325
6, 12	288, 348	13, 13	13
6, 16	271	14, 4	11
6, 19	104	14, 12	226
6, 20	271	14, 23	65
6, 23	244, 271	15, 4	167
7, 6	330	15, 8-9	68
7, 14	271	15, 19	285
7, 15	197	16, 18	305
7, 18	187, 197	16, 20	264
7, 24	14, 197	16, 27	308, 346
7, 24-25	350		
7, 25	197		
8, 3	161, 194, 196	ICORINTIOS	
8, 7	11, 182	1, 20	62, 63
8, 8	88, 187	1, 21	12, 62
8, 9	349	1, 24	77, 154, 179, 212
		1, 25	62, 309, 314

	331, 333, 347	6, 2	186
5, 7	32	6, 3	119
5, 10	165	6, 5	226
5, 13	74	6, 9	29
5, 17	172, 248, 315, 331	6, 9-10	76
5, 18-19	255	6, 10	96
5, 19	274	6, 14	160
6, 1	93	6, 15	172
6, 8	324		
8, 9	270, 309, 314	EFESIOS	
8, 12	298	1, 3	259
8, 13-14	298	2, 6	245, 249, 319
8, 15	202, 299	2, 8	64
9, 7	288	2, 10	315
10, 1	294	2, 14	58, 170
10, 5	223	2, 14-17	53
10, 12	101	2, 18	329
10, 15	261	2, 20-22	308
11, 14	179, 188, 264	3, 10	92
11, 20	10	3, 17	64
11, 23	299	3, 18	64
11, 26-27	299	4, 2	186
12, 2	308	4, 5	332
12, 4	5, 228	4, 7	257
12, 9	286, 324	4, 9-10	334
12, 15	20, 299	4, 11	79
		4, 13	164, 342, 345
GALATAS		4, 14	264, 324
2, 19	107	4, 28	151, 302, 305
3, 16	68, 209	5, 1-2	303
3, 27	41	5, 3	22
4, 1 ss.	164	5, 4	231
4, 19	164	5, 8	95, 171, 257, 284
4, 22	162	5, 16	235
4, 25-26	159	5, 18	304
4, 26	334	5, 22	281
4, 28	163	5, 23	256
4, 29	162	5, 29	241
5, 16	343	5, 32	71, 244, 253, 336
5, 17	170, 184, 331,	6, 5	329
	346, 348, 349	6, 12	15, 38, 100,
5, 19-21	349		237, 258, 335, 350
5, 22	269, 284		
5, 24	89, 348	FILIPENSES	
5, 25	73, 107	1, 23.24	74

2, 3	336
2, 5-7	62
2, 6-7	67, 194
2, 7	78, 309, 314
2, 7-8	242
2, 8	74, 176, 271, 303
2, 9	256
2, 10	256
2, 12	28, 329
2, 13	77, 327
3, 9	17
3, 12	17
3, 13	102, 160, 198, 303
3, 14	17
3, 18-19	266
3, 19	11
3, 20	245, 249, 337
3, 21	243, 245
4, 7	5, 23
4, 12	324
4, 13	81, 246

COLOSENSES

1, 3	347
1, 6	284
1, 15	308, 334
1, 18	256
1, 24	90
2, 3	6
2, 9	167, 177
2, 14	58, 70
2, 24	327
3, 1	240
3, 1-2	245
3, 3	91
3, 5	343
3, 9-10	313, 330
3, 14	322

ITESALONICENSES

2, 16	221
5, 5	95, 96
5, 10	336
5, 23	348

2TESALONICENSES

2, 3	294
3, 2	110

1TIMOTEO

2, 4	199
2, 5	244, 252
4, 8	32, 305
5, 8	205, 265
6, 9	52
6, 16	5, 23, 147, 148, 257, 346
6, 20	264

2TIMOTEO

2, 6	32
2, 11-12	249
2, 12	245
2, 19	210, 333
3, 1	293
3, 12	89, 333

TITO

2, 12	35, 100
2, 13	35
3, 5	64, 173, 246

HEBREOS

1, 1	212
1, 3	195, 334
1, 13	330
1, 14	272
2, 7	251
3, 2	248
3, 14	94
4, 15	161, 195, 254, 310
5, 4	78
5, 5-6	79
5, 7	330
5, 11	291
5, 14	25, 84
7, 3	280
7, 23-25	219

7, 25	5, 195, 274, 331
7, 26	43
8, 5	336
9, 11-24	219
9, 14	66
9, 24	328
10, 1	328
10, 12	255
10, 31	273
10, 36	181
10, 38	271
11, 6	65
11, 36-37	264
11, 40	333
12, 1	88
12, 1-2	290
12, 11	18, 318
12, 14	337
12, 15	37, 40
12, 29	275
13, 2	307
13, 4	244
13, 17	288
13, 21	327

SANTIAGO

1, 4	181
1, 5	29
1, 6	223, 324
1, 12	342
1, 14	162, 183
1, 14-15	40
1, 17	81, 122, 140, 148
1, 18	172
1, 19	213, 302
1, 23-24	136
1, 26	302
1, 27	151
2, 13	20, 298, 300
3, 15	9, 350
3, 17	10
4, 6	177
4, 8	84
4, 15	297
5, 2-3	233

5, 14-15	260
5, 15	260
5, 16	232

IPEDRO

1, 12	34, 132
2, 9	257, 320
2, 11	38, 172
2, 21	91, 303
2, 22	70
2, 24	70, 163, 254, 255
3, 15	223, 302
3, 20	88
3, 20-21	255
4, 8	273, 274
4, 8-9	337
4, 11	231, 296
4, 18	19
5, 7	17
5, 8	185

2PEDRO

1, 4	253
------	-----

IJUAN

1, 1	56, 158
1, 5	101, 130, 167
2, 6	53, 161
2, 16	15, 180, 188, 264, 348
2, 17	347
2, 19	210
2, 23	50
3, 2	283, 284
3, 8	234, 274
3, 9	166
3, 16	272
3, 17	205
3, 20	153
4, 10	326
4, 17	303
4, 18	66, 105, 106, 263
4, 19	207
4, 21	236

5, 4	224	5, 1	53, 54, 289
5, 14	303	7, 9	349
5, 18	204, 210, 316	7, 16	269
5, 19	263	12, 9	180
APOCALIPSIS		14, 4	141
1, 10	101	19, 12	330
1, 17	228	20, 6	243
2, 11	243	21, 1	327
2, 17	105, 330	21, 2	332, 334, 335
3, 7	234	21, 5	247, 330
3, 14	351	21, 12-13	344
3, 17	351	21, 16	337, 344
3, 20	31, 270	22, 5	55
		22, 11	221, 322
		22, 12	165

ÍNDICE GENERAL

CONTENIDO	vii
INTRODUCCIÓN	xi
SERMONES	
SERMÓN 1	
(En la fiesta de todos los Santos)	3
SERMÓN 2	
(Segundo en la fiesta de todos los Santos)	9
SERMÓN 3	
(Tercero para la fiesta de todos los Santos)	16
SERMÓN 4	
(Cuarto para la fiesta de todos los Santos)	22
SERMÓN 5	
(Quinto para la fiesta de todos los Santos)	27
SERMÓN 6	
(Sexto para la fiesta de todos los Santos)	35
SERMÓN 7	
(Primer sermón para el domingo de la octava de Epifanía)	43
SERMÓN 8	
(Para el mismo domingo)	48
SERMÓN 9	
(Primero para el primer domingo después de la octava de Epifanía)	54
SERMÓN 10	
(Segundo para el primer domingo después de la octava de Epifanía)	61
SERMÓN 11	
(Primero para el tercer domingo después de Epifanía)	67

SERMÓN 12	
(Para el tercer domingo después de Epifanía)	73
SERMÓN 13	
(Primer sermón para el cuarto domingo después de Epifanía)	77
SERMÓN 14	
(Segundo sermón para el mismo domingo)	82
SERMÓN 15	
(Tercer sermón para el mismo domingo)	87
SERMÓN 16	
(Primer sermón para el domingo de Septuagésima)	92
SERMÓN 17	
(Segundo para el mismo domingo)	99
SERMÓN 18	
(Primer sermón para el domingo de Sexagésima)	107
SERMÓN 19	
(Segundo sermón para el domingo de Sexagésima)	113
SERMÓN 20	
(Tercer sermón para el domingo de Sexagésima)	120
SERMÓN 21	
(Cuarto sermón para el domingo de Sexagésima)	123
SERMÓN 22	
(Quinto sermón para el domingo de Sexagésima)	129
SERMÓN 23	
(Sexto sermón para el domingo de Sexagésima)	136
SERMÓN 24	
(Séptimo sermón para el domingo de Sexagésima)	142
SERMÓN 25	
(Octavo sermón para el domingo de Sexagésima)	149

SERMÓN 26	
(Noveno sermón para el domingo de Sexagésima)	153
SERMÓN 27	
(Primer sermón para el domingo de Quincuagésima)	159
SERMÓN 28	
(Segundo sermón para el domingo de Quincuagésima)	164
SERMÓN 29	
(Tercer sermón para el domingo de Quincuagésima)	170
SERMÓN 30	
(Primer sermón para el primer domingo de Cuaresma)	176
SERMÓN 31	
(Segundo sermón para el primer domingo de Cuaresma)	181
SERMÓN 32	
(Tercer sermón para el primer domingo de Cuaresma)	187
SERMÓN 33	
(Primer sermón para el segundo domingo de Cuaresma)	194
SERMÓN 34	
(Segundo sermón para el segundo domingo de Cuaresma)	199
SERMÓN 35	
(Tercer sermón para el segundo domingo de Cuaresma)	208
SERMÓN 36	
(Cuarto sermón para el segundo domingo de Cuaresma)	213
SERMÓN 37	
(Quinto sermón para el segundo domingo de Cuaresma)	220
SERMÓN 38	
(Primer sermón para el tercer domingo de Cuaresma)	229
SERMÓN 39	
(Segundo sermón para el tercer domingo de Cuaresma)	235

SERMÓN 40	
(Primer sermón para el día de Pascua)	240
SERMÓN 41	
(Segundo sermón para el día de Pascua)	246
SERMÓN 42	
(Sermón para el día de la Ascensión)	249
SERMÓN 43	
(Primer sermón para el día de Pentecostés)	257
SERMÓN 44	
(Segundo sermón para el día de Pentecostés)	265
SERMÓN 45	
(Tercer sermón para el día de Pentecostés)	270
SERMÓN 46	
(Primer sermón para la Natividad de San Juan Bautista)	278
SERMÓN 47	
(Segundo sermón para la Natividad de San Juan Bautista)	285
SERMÓN 48	
(Tercer sermón para la Natividad de San Juan Bautista)	291
SERMÓN 49	
(Primer sermón para la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo)	297
SERMÓN 50	
(Segundo sermón para la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo)	301
SERMÓN 51	
(Primer sermón para el día de la Asunción)	308
SERMÓN 52	
(Segundo sermón para el día de la Asunción)	316
SERMÓN 53	
(Tercer sermón para el día de la Asunción)	323

SERMÓN 54	
(Sermón para la Natividad de María)	327
SERMÓN 55	
(Sermón para el día de la Dedicación de la iglesia)	332
APÉNDICES	
I. PARA LA EPIFANÍA DEL SEÑOR	341
II. SERMÓN DE LA PEREGRINACIÓN	346
III. CUATRO GÉNEROS DE ORGULLOSOS	351
ÍNDICE BÍBLICO	353
ÍNDICE GENERAL	373

Se terminó de imprimir el 24 de junio de 1992,
Solemnidad de San Juan Bautista,
en la Abadía Santa Escolástica,
Martín Rodríguez 547,
Victoria (B)
Argentina

PADRES CISTERCIENSES

Es una colección dedicada a la difusión de las obras de los más destacados autores cistercienses del siglo XII. La serie permite al lector contemporáneo tomar contacto con esta literatura espiritual tan amplia y fecunda como generalmente desconocida. Las ediciones se basan en los mejores textos latinos existentes y, aunque no pretenden dar traducciones definitivas, presentan versiones castellanas claras y precisas, capaces de brindar seguridad al estudioso y comprensión inmediata al lector no especializado.

Los volúmenes incluyen introducciones y notas preparadas por entendidos en la espiritualidad del Cister y la teología monástica, que facilitan un acceso fructuoso de los textos publicados.

Editada por los monjes trapenses de Azul (Argentina), la colección surge de múltiples colaboraciones: sin ese aporte estas páginas no verían nunca la luz.

VOLUMENES PUBLICADOS

1. Guillermo de Saint-Thierry: De la contemplación de Dios... (ag.).
2. Guillermo de Saint-Thierry: Diálogo con Dios... (ag.).
3. Balduino de Ford: Sacramento del Altar. (ag.).
4. Elredo de Rieval: Opúsculos.
5. Elredo de Rieval: Homilias litúrgicas.
6. Guillermo de Saint-Thierry: Comentario al Cantar. (ag.).
7. Bernardo de Claraval / Amadeo de Lausana: Homilias Marianas.
8. Guillermo de Saint-Thierry: Espejo y Enigma de la fe. (ag.).
9. Elredo de Rieval: Caridad-Amistad.
10. Guerrico de Igny: La luz de Cristo.
11. Gilberto de Hoyland: Encuentro con Dios.
12. Elredo de Rieval: Caminar con Cristo.
13. Elredo de Rieval: Volver a Dios.
14. Balduino de Ford: Tratados Espirituales.
15. Isaac de la Estrella: Sermones litúrgicos.

DE PROXIMA APARICION

16. Guillermo de Saint-Thierry: Carta de oro.

PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES

Argentina:	Hermanas Trapenses Casilla 16 7318 - Hinojo (B)
España:	Abadía de Viaceli 39320 - Cóbreces (Cantabria)
México:	Monasterio benedictino. Apartado 488 Cuernavaca - Morelos

